29—Lº 16-11

# CARLOS III

ó

# LOS MENDIGOS DE LA CORTE.

L47
3651

# CARLOS III

ó

# LOS MENDIGOS DE LA CORTE.

GOBIERNO DE PROVINCIA BARCELONA

# CARLOS III

O LOS

# MENDIGOS DE LA CORTE.

Novela histórica original,

POR

## D. J. MARIA DE ANDUEZA.

MADRID.

Librerías de Salvador Monserrat, Magdalena, n.° 11; Vicente Domingo, plazuela de Celenque, n. 1, p. 3.°; José Simon, Olmo, n. 12, principal.

BARCELONA.

Librería Popular-Económica: Hijo Mayol: José Ginesta: Isidro Cerda. Imp. Hispana de Vicente Castanes, Asalto, 20.

# CARLOS III

O LOS

# MENDIGOS DE LA CORTE.

Novela histórica original,

POR

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

ES PROPIEDAD DE VICENTE CASTAÑOS.

BARCELONA.

Imprenta Hispana de Vicente Castaños, Asalto, 20.

—

1859.

# INTRODUCCION.

El doctor Pimentel.

En Madrid hay una plazuela, que pudiera formar un cuadrado, ó al menos un paralelógramo regular, si concluyese donde naturalmente debiera concluir, si no se apegase á ella otra tan irregular como estrambótica en sus pormenores y conjunto, y si esta no hubiese llegado á usurpar, casi por completo, á su vecina el nombre que ni en justicia ni en derecho le pertenece.

Esas dos plazuelas, que solo forman una, resultado de los cálculos viciosos que presidieron, en las primeras ampliaciones de la poblacion, al desaprovechamiento del terreno, y consecuencia forzosa del desarreglo arquitectónico, en los mejores edificios de la imperial y coronada, muy noble, muy leal y muy heróica villa y corte de España (1), así como del completo abandono, con que

(1) En 1435 concedió Enrique IV á Madrid los cuatro primeros dictados, y Fernando VII el último en 1814.

las antiguas municipalidades y sus encomiados arquitectos miraban las reglas del buen gusto y las de la conveniencia pública, contienen todo lo que un buen cristiano y un hombre sin recursos pueden desear en estos tiempos calamitosos, á saber: las *Descalzas Reales*, monasterio de religiosas franciscas de Santa Clara, fundado por la princesa doña Juana de Austria, hija del emperador Cárlos V, en el mismo palacio que la sirvió de cuna, y el *Monte de Piedad*, sublime concepcion del cálculo mercantil, hermanado con el sentimiento de la beneficencia, por cuyo medio un solo real de plata depositado en una cajita por el insigne y virtuoso don Francisco Piquer, capellan del rey don Felipe V, ha llegado á producir en menos de ciento cincuenta y cinco años inmensos capitales.

La iglesia de las *Descalzas Reales* fué, en su época de prosperidad, una de las mas suntuosas, y disfrutó asimismo de gran voga y esplendor entre los principales templos de la corte. Al presente le queda ya muy poco de su pasada grandeza: la renovacion y los magníficos frescos de los hermanos Velazquez, que la hermosearon en 1756; algunas obras preciosas de pintura, escultura y arquitectura, como el altar mayor de Gaspar Becerra, los dos colaterales y la capilla del presbiterio, en el cual ejecutó Pompeo Leoni, con gran maestría, el entierro de la augusta fundadora del convento. Pero siempre acompañará á esta santa mansion la memoria de haberse retirado á ella, para llorar sus culpas, varias personas reales, y la consideracion de la grandeza de España, que vienen gozando sus abadesas, como sucesoras en Jesucristo de la princesa doña Juana.

El *Monte de Piedad* ha alcanzado mejores dias que el monasterio, porque el siglo de la fé ha cedido el campo al siglo positivo; porque á principios del siglo XVIII se mantenian los fieles vergonzantes de limosnas, y los pobres de solemnidad con la sopa de los conventos, al paso que en 1858 toda retribucion del trabajo nos parece mezquina é insuficiente para alimentar nuestros vicios; porque á la moda de acudir al templo ha sucedido la

de figurar en el *Prado* y en las carreras á que nos va acostumbrando poco á poco el *fashionable jockey's club*; porque las horas de oracion, de recogimiento y de una vida honrada y laboriosa no ocasionaban gastos mayores, siendo así que hoy es indispensable que nos arrimemos en el garito, aunque para ello tengamos que empeñar rentas, alhajas, muger é hijos, con tal que haya quien los quiera. El filantrópico establecimiento del capellan de Felipe V ha prosperado, á fuerza de remediar necesidades de todo género, y de proteger á la humanidad contra la miseria, prestando desde la mayor hasta la mas pequeña suma, á un interés ínfimo, con una generosidad verdaderamente evangélica: en él se ha convertido siempre la hacienda del pobre en garantía segura contra su hambre, y digan lo que quieran nuestros modernos críticos..... Pero ¿qué es lo que dicen? Oigámosles.

El *Monte de Piedad*, esclaman con énfasis, hace la forzosa al necesitado, para que reciba cuatro por lo que vale cuarenta.—Contestacion: puede empeñar diez, veinte veces sus efectos y les hará producir todo su valor, ó duplicará este, sin enagenar aquellos.—El *Monte de Piedad*, prosiguen los declamadores, es una especie de banco, una casa abierta, ó mejor dicho, una sociedad anónima cuyos accionistas, los malaventurados que acuden al empeño, nunca cesan de contribuir, á no ser cuando despues de dejar en prenda la última camisa, recurren al último asilo, que por fin la ilustracion del siglo XIX les depara al hospital.—Este cargo abraza varios puntos y debemos ser muy esplícitos para desvanecerlos. El que en la corte busca un alivio á sus trabajos y penalidades ¿lo encuentra por ventura tan fácilmente y á tan bajo precio como en el *Monte*? ¿Irá el infeliz á entenderse con los prestamistas? Por otra parte solo nuestra desmoralizacion tiene la culpa de que haya hijos de familia á quienes el vicio hace empeñar la cadena del reloj ó el alfiler de brillantes; de que abunden criadas, cuyo afan de vestir con lujo las obligue á llevar al *Monte*, ó á otras partes menos seguras las sábanas ó los cubiertos de sus amos, cuya falta se achaca despues á la lavandera, al

carbonero y, si es preciso, al aguador. El tahur que á todo trance necesita unas cuantas monedas para engolosinar á media docena de inocentes ó de imbéciles con un *brulote*, despues de la banca de *cabecera*, y se apresura á almacenar en la casa grande de la plazuela de las *Descalzas*, los anillos de su amada y el baston con puño de oro, olvidado la noche anterior en el garito por algun *punto;* la viuda verde, que ha convidado á su admirador preferido con un palco para la primera corrida, y compra la localidad con el empeño de un guarda-pelo que suele besar frecuentemente, recordando que fué regalo de su nunca bien sentido esposo, ¿tienen acaso derecho para quejarse del *Monte de Piedad* por las consecuencias que les produzcan sus errores? Estos son los que nos arrastran al hospital, y no la existencia de un establecimiento creado con el único fin de atender al desvalido, pero que al cabo no es una institucion de policía para evitar el fraude, ni una cátedra desde la cual puedan anatematizarse nuestras perversas costumbres. La última acusacion que se dirige al *Monte de Piedad* consiste en decir que aquellos que nada tienen que empeñar, abrigan el consuelo de haber asegurado sus prendas de ladrones por el tiempo de trece meses, y que trece meses dan mucho de sí, y que mientras transcurren, puede pensar sériamente un hombre, si al cabo de ellos se arrojará al canal ó se dedicará á jugar á la Bolsa.—Y sin embargo, añaden, no aparece menos cruel ni menos apremiante, ni menos tiránica la necesidad de comer durante esos trece meses, y la de aprontar, vencido el plazo, el rescate de los empeños, si no se quiere que pasen á la sala de almonedas, esto es, al *Rastro* de la plazuela de las *Descalzas*, martillo público en que el vendedor no se cuida de lo que una alhaja ha costado á su dueño, sino de si el comprador cubre la cantidad que aquel recibió al empeñarla. De todo esto deducen los adversarios de tan santa y utilísima casa que una familia, despues que deposite en el *Monte de Piedad* todas sus alhajas, las cuales vendidas legalmente pudieran remediar sus apuros por espacio de dos ó tres años, está muy espuesta á perecer

de hambre durante los trece meses del empeño, por no producir este lo necesario para su manutencion de treinta dias; y que por el contrario, el *Monte de Piedad* tiene de cien probabilidades noventa y nueve contra una, de quedarse con los efectos que en él se empeñan.—Toda la balumba de tan rebuscadas observaciones viene á convertirse en humo, con solo imaginar que nadie está obligado á crearse compromisos con aquel establecimiento, y que si necesita metálico, puede vender sus prendas. Y cuidado que acabamos de poner el dedo en la llaga. ¿Quién es el que se resigna á privarse para siempre de una docena de cubiertos, de un aderezo riquísimo, ó de un magnífico reloj, habiendo en Madrid una casa en que depositarlos, por un interés mezquino, por mezquina que sea igualmente la cantidad que el depósito le produzca? ¿No es el *Monte de Piedad*, considerado bajo este punto de vista, una verdadera tabla de salvacion?

Salgamos de él..... ¿qué vemos en frente? El ángulo de un edificio, cuya historia exigiria muchas páginas, si intentásemos emprenderla. Pocas razones bastarán para convencer á nuestros lectores. Convento de San Martin en sus buenos tiempos; despues parroquia del mismo nombre, y sucesivamente escuela de comercio, Bolsa, Gefatura política de la provincia y cuartel de la Guardia civil, puede decirse que ha recorrido todos los acontecimientos mas notables de la capital de la monarquía, durante el largo período de doscientos años. Hace algunos que este edificio era designado con el nombre de *Bóbedas de San Martin*, á pesar de que nada tiene de imponente ni de sombrío por su arquitectura; pero á todos inspiraban respeto el centinela de la entrada principal y la vecindad de los dos cuarteles (uno de ellos empotrado en sus muros) de *Salvaguardias* y de *Guardias civiles*: porque era el caso que en San Martin descansaban provisionalmente de sus fatigas y proezas los inumerables hermanos de la noble industria, á quienes la policía hacia tañer primero de traspuesta y despues afianzaba de gancho. Hé ahí pues esta construccion-proteo, cuyo interior nunca ha tenido forma fija, desde

que dejó de ser casa de Dios, y que parece destinada por la fatalidad á sufrir todavía otras innovaciones. Capricho político de la edad presente, como estravagancia del arte en otro tiempo, solo abriga en sus entrañas tristísimos recuerdos de una época gloriosa, solo refleja los dias amargos de la generacion presente, y augura para las venideras nuevas felicidades ó desgracias, brillantes triunfos acaso, ó tal vez desengaños terribles. La parroquia de San Martin, arrojada de su seno, tuvo que refugiarse en otra. ¿Fué esto una amenaza providencial? ¿Quién puede sondear los arcanos de la Omnipotencia?

---

Era el 11 de julio de 1730 y acababan de tocar á coro de oraciones en la iglesia de las *Descalzas Reales*. La noche se anunciaba fria, el cielo encapotado y tempestuoso y el bullicio de Madrid, *Pandemonium* general de vendedores ambulantes y de vagos, de aves entre dos luces y de corchetes linces, iba tocando á su término. De vez en cuando cruzaba por la despejada plazuela algun bulto sospechoso envuelto en larga capa; pero no se detenia, si era persona que tenia que perder, porque el recuerdo de la hora y el sitio le obligaban, aun cuando contase con su valor, á apretar el paso hasta internarse en las calles estrechas de *Capellanes* ó del *Postigo*, segun la direccion que seguia. Tampoco á los rateros agradaba mucho aquel campo raso, que podian invadir fácilmente los corchetes por cinco ó seis puntos á un tiempo; pero no queriendo perder la ocasion de un lance, si se les presentaba propicia, solian permanecer á la sombra de los muros del templo, ó hácia el rincon formado por el ángulo recto del *Monte de Piedad* y las casas fronteras de las *Descalzas*. Arrojábanse desde allí como tigres, sobre la presa que les deparaba la casualidad; pero muchas veces huian de la horma de su zapato, ó daban con sus míseros cuerpos en el soberbio recinto que mandó construir, allá por los años de 1634 la justicia del Señor don

Felipe IV, con sujecion á los planos del buen marqués Juan Bautista Crescenci. Desde aquellas cuatro paredes, conocidas hasta hace pocos años con el temible título *Cárcel de corte*, solian tomar sus huéspedes el camino de Ceuta ó el de la plazuela de la *Cebada*, porque Felipe V no andaba en dimes ni diretes con los protervos y hacia justicia seca.

Pero sea de esto lo que fuere, podemos asegurar que en la referida noche del 11 de julio de 1730 se detuvo un coche delante de la primera casa de la plazuela, que hace esquina al *Postigo de San Martin*, dando frente al ex-convento. Aquel coche habia entrado en la calle de *Jacometrezo*, despues de haber subido precipitadamente la cuesta de *Santo Domingo el Real*, y dirigiéndose por el estrecho canal de la mencionada calle, torció luego á mano derecha y entró en el *Postigo*, bajando hasta el punto en que lo hemos encontrado. Abrióse la portezuela, saltó un embozado á las losas y murmurando entre dientes una imprecacion, dijo en voz alta y como si hablase con otra persona:

—Aquí ha de ser; y con tal que no me lleve chasco, bendeciré á mi estrella.

—El doctor nunca sale de casa á estas horas, le contestó otro hombre que permanecia en el carruaje.

—Pero saldrá esta noche, si Dios quiere, repuso el primero. ¿No os apeais?

—Hemos convenido en que debo guardaros las espaldas. ¿No es mejor que me quede aquí? Si oigo la señal, me tendreis al punto á vuestro lado.

El que estaba en la calle se acercó á la casa de la esquina, y echando mano al aldabon de la puerta, lo dejó caer pausadamente, produciendo un sonido prolongado y sordo, en medio del silencio de la noche.

Abrióse al punto una ventana y preguntaron desde ella:

—¿A quién buscais á estas horas?

—No es muy tarde, contestó el embozado.

—¡Oh!... sí, por cierto: hace mas de hora y media que tocaron las monjas á oraciones.

—¡Y qué! ¿No puede visitar á las diez de la noche el doctor Pimentel á un enfermo que está en peligro?

—Dirigíos al doctor Cornejo, que vive muy cerca..... á la entrada de la calle de la *Sarten*.....

—Me consta que el doctor Cornejo está devanándose la mollera para salvar la vida á un moribundo. Ea; no me hagais perder tiempo, porque no lo tengo de sobra.

—Es que..... el doctor Pimentel..... ha salido.

—¿Os habeis propuesto apurar mi paciencia?

—Os aseguro, caballero, ó quien seais, que.....

—Y yo os afirmo, vieja ó jóven, fea ó bonita, lo cual me es imposible conocer en medio de tanta oscuridad, que si no abrís pronto, echaré la puerta abajo.

—Con buenos humos viene el gran señor.....

—Vamos, comadre, si lo sois; no os irriteis por mis palabras y decid lisa y llanamente al doctor Pimentel, que el rey nuestro Señor me envia á buscarle.

—¡Ah! El rey nuestro Señor..... esa es otra cosa... ¿por qué no os habeis esplicado desde el principio?..... Voy..... voy al momento..... Pero me ocurre una duda.

—¡Vive Dios que para dudas estamos, en noche tan hermosa! ¿Me juzgais enamorado de vuestras gracias para tenerme tanto tiempo de planton?

—No, caballerito, no; pero puede suceder que no seais lo que decís. Los tiempos están muy malos y estos alrededores gozan de una fama poco envidiable.

—¿Habeis visto alguna vez perdonavidas en coche, ó rateros que metan tanto ruido como yo?

—Señora Mendez, no pronuncieis palabras ociosas y abrid la puerta al enviado de S. M., dijo con mucha flema un hombre, que en aquel instante se acercó á la ventana.

La muger que habia hablado se retiró de ella, y pocos momentos despues se abrió la puerta de la calle. En tanto que esto sucedia, acercóse al carruaje el embozado y dijo en voz baja al que estaba dentro:

—Contad con nuestro hombre.

—Demasiado pronto lo asegurais; esa muger que toma cartas en el negocio, es un ave de mal agüero.

—No tardará en morderse la lengua. Pero ya abren..... silencio.

—Y vos..... muchísima prudencia.

La puerta se cerró estrepitosamente, no bien hubo traspuesto su umbral nuestro embozado: la calle volvió á quedar en un silencio profundo.

---

Á pesar de la moderacion que revelaban las cortas frases, que el doctor Pimentel habia dirigido á la señora Mendez, debemos poner en conocimiento del lector, que era hombre de pelo en pecho y sobre todo de malísimas pulgas. La costumbre de estudiar los padecimientos de sus semejantes habia embotado en su alma, hasta cierto punto, la sensibilidad: esclavo de la ciencia, siempre examinaba los objetos con relacion á sus adelantos, y en cada hombre solo veia un libro capaz de ilustrarle mas y mas en los misterios de la medicina: al formar el diagnóstico de una dolencia, lo primero que procuraba inquirir, no era el método curativo que debia emplear para combatirla, sino el síntoma desconocido que podia conducirle á algun descubrimiento importante y útil, á fin de consignarlo en sus *Memorias* y alcanzar gloria y fama entre sus comprofesores. Y cuando conseguia su objeto, cuando á fuerza de observaciones y de vigilias lograba adivinar las causas destructoras de una naturaleza vigorosa, desconocidas á los profanos y aun á muchos facultativos, veíanse brillar las pupilas de sus ojos como las de un gato montés, reflejábase en su rostro la satisfaccion interior que le embargaba los sentidos y sus labios temblorosos se movian precipitadamente, repitiendo la gran palabra del sabio: Eureka.

El doctor Pimentel frisaba en los cincuenta años; era alto, se-

co y cejijunto; en sus mejillas habian impreso hondas señales sus frecuentes lucubraciones, y su espaciosa frente anunciaba talento, penetracion y agudeza. Tenia todo el pelo blanco, y su cuerpo, algo inclinado hácia adelante, le permitia observar á sus anchuras cuanto abarcaba con la vista, sin que las personas que le acompañaban pudiesen sospechar los motivos de una observacion tan escrupulosa como incesante. Cuando el embozado puso los piés en su gabinete de estudio, hallábase estendiendo una consulta que le habian pedido para cierta enfermedad, que hasta entonces se habia resistido á todas las pócimas de Esculapio. Hizo con la mano izquierda al visitador nocturno una señal para que tomase asiento, y luego que acabó de escribir, fijó en él tenazmente los ojos y dijo:

—Constitucion robusta; temperamento sanguíneo; agitacion febril..... debe haber fuertes latidos de corazon. ¿Me permitís que os tome el pulso, caballero?

El embozado se sonrió, y desembarazándose de la capa que le cubria, acercóse á la mesa del doctor, alargó su brazo y repuso con sorna:

—¿Qué apostamos que tengo calentura?

Apoderóse el doctor Pimentel de la muñeca del recien llegado, meditó algunos segundos y pronunció con asombrosa seguridad este fallo:

—Hay frecuencia..... la calentura vendrá despues..... antes de dos horas..... retiraos, caballero, porque estais en peligro de muerte.

—Es probable que no os equivoqueis, replicó su interlocutor; pero antes de dejaros, permitidme.....

—¡Ah! Ya me acuerdo; habeis dicho desde la calle que veniais en nombre del rey.

—A buscaros, doctor.

—¿Está enfermo?

—Sin duda alguna, puesto que os llama.

—¿Y he de ir con vos?

—Se supone.

—Es que..... la noche está muy mala, caballero.

—Malísima, murmuró éste, acercándose á la ventana, que la señora Mendez habia dejado abierta.

Y con maravillosa prontitud sacó de su bolsillo un objeto, que arrojó á la calle. Aquel objeto remataba en dos puntas, y estas quedaron afianzadas por medio de dos fuertes nudos, en los postigos de la celosía. Era una escala de seda.

El doctor no la perdia de vista, pero no dió á entender en manera alguna que hubiese observado su colocacion. Contentóse con abrir el cajon de la mesa y meter en él sus manos, como si buscase algunos papeles.

—¿Estais pronto? le preguntó el desconocido, cruzándose de brazos.

—Ya os he dicho que vais á morir pronto, si Dios no lo remedia, le respondió el primero. Vuestro rostro se demuda..... estoy segurísimo de mis observaciones..... en este instante baña un sudor helado vuestra piel y no tardareis en sentir congojas mortales. Cuidaos, caballero..... mirad por vos.....

—Basta ya de fingir, doctor Pimentel, repuso el último, sacando del pecho una pistola y cerrando con cerrojo y llave la puerta del gabinete. Estais á mi disposicion y no teneis mas remedio que obedecerme: escuchad ahora lo que se exije de vos.

—Esplicaos..... esplicaos, caballero, contestó el doctor impasible, sin que sus manos abandonasen el cajon de la mesa. ¡Qué sangre tan fogosa! Estais muy espuesto á un ataque cerebral, y por lo tanto.....

—Una muger necesita inmediatamente los ausilios de vuestra ciencia, le interrumpió el caballero.

—¿Es por ventura la reina nuestra Señora, doña Isabel Farnesio?

—Sois capaz de hacer que se condene mi alma, doctor. Seguidme al punto; no es la reina.

—Pronunciad pues el nombre de la paciente.

—Eso es lo que no habeis de saber, por todos los diablos del infierno. Vamos..... vamos, porque el tiempo vuela y hemos perdido ya demasiado.

—¿Qué me sucederá, si no accedo á vuestra peticion?

—¿No lo imaginais? El arma mortífera que empuño os lo dice..... estoy decido á levantaros la tapa de los sesos.

—¡Oh! La operacion del trépano es una de las mas difíciles que se conocen..... Mirad como tiembla vuestra mano.

Y retirando las suyas del cajon de la mesa, añadió, despues de dirigir los cañones de dos pistolas al pecho de su enemigo:

—Estoy mucho mas tranquilo que vos y mi juego es doble; por consiguiente debo mataros. Si descargais primero y caigo por casualidad, acudirá la ronda y os vereis perdido: si os atravieso el corazon, lo cual ha de suceder infaliblemente, en cuanto mueva el gatillo de una de estas armas, á nadie tendré que dar cuenta de vuestra muerte, porque os hallarán en mi aposento á deshora de la noche.

—Tened entendido, doctor Pimentel, que yo no quiero el sacrificio de vuestra vida..... quiero que me sigais.....

—¿A dónde?

—Oidme bien. Bajareis por una escala de seda, que pende de esa ventana.....

—¡Ah! Con que habeis traido una escala de seda.....

—Nadie ha de saber en vuestra casa que habeis salido.

—¿Qué mas?

—Entrareis en mi coche, que nos espera en la calle.

—Ya lo he visto cuando hablabais desde abajo con la señora Mendez. ¿Y despues?

—Os vendaré los ojos.

—Precaucion inútil, porque está la noche como boca de lobo.

—No hay duda; pero los médicos conocen las calles á tientas.

—¿Y luego?

—Os conduciré al palacio de.....

—Alto allá; se me figura que vais á descubrir vuestro secreto.

—Hay en Madrid muchos palacios; pero os agradezco la advertencia, porque efectivamente debo ser mas sóbrio de palabras. Seguidme pues.

—¿Por qué razon, supuesto que soy el mas fuerte?

—¿Con que os negais?

—Ya lo estais viendo.

—¿Y nada puede decidiros?

—Nada.

—¿Ni la recompensa de ocho mil escudos de oro?

—Eso menos que nada.

—En tal caso.....

—Decidíos pronto.

—Me retiro..... voy á buscar al doctor Cornejo.

—Bien os lo aconsejó la señora Mendez; pero contais sin la huéspeda.

—¡Qué quereis decir!

—Que os tengo á mi disposicion; que puedo dejaros muerto á mis piés y que.... no hablemos mas, caballero; encomendad vuestra alma á Dios.

—¿Os empeñais en que así sea? Pues bien: ya sé que voy á morir al primero ó al segundo tiro de vuestra mano, si antes no os atravieso el corazon; me he equivocado acerca de vuestro carácter..... mas no lo siento por mí, no: hay en este instante una muger desgraciada que padece, que exhalará tal vez esta misma noche el último suspiro, si no acudís con vuestro auxilio.

—Pronunciad su nombre.

—No..... no; asesinadme, si quereis.

—Estais libre, caballero, dijo el doctor Pimentel, metiendo las pistolas en el cajon de la mesa. Y ahora..... disponed de mí.

—¡Cómo! esclamó el desconocido haciéndose atrás. ¿Qué significa esa variacion?

—Significa una cosa muy natural y muy sencilla. Me encuentro en la necesidad de abriros el cráneo con una bala, ó permitiros que os marcheis; pero vuestras miradas me anuncian que si

accedo á lo segundo, sois muy capaz de cometer algun desatino contra el doctor Cornejo, si antes no perdeis la razon; y como tampoco me acomoda derramar inútilmente vuestra sangre, he ahí porque me propongo acompañaros.

—Doctor Pimentel, en vez de quitarme la vida, acabais de dármela. Contad con mi eterna.....

—Si imaginais que el ofrecimiento de vuestros ocho mil escudos de oro ha influido en mi determinacion, volveré á sacar las pistolas.

—No podeis creer que os ofenda hasta ese punto.

—Está bien; marchemos.

Y observando, despues de haber cogido su sombrero y su baston, que el caballero se dirigia á la ventana, añadió:

—¿Pretendeis todavía hacerme volar? Saldremos por donde manda Dios.

El desconocido recogió la escala de seda sin desplegar los labios, el doctor abrió la puerta del gabinete y ambos bajaron, alumbrados por la luz de un velon de cuatro mecheros, que llevaba la señora Mendez.

Al llegar á la calle dijo á ésta su amo:

—Cerrad bien, y no os durmais rezando, segun costumbre. Os advierto que esta noche no he salido de casa. ¿Lo oís? No he salido ¿eh?

Y sin esperar contestacion se dirigió hácia el coche. Cinco minutos despues partieron velozmente los caballos.

---

El hombre que habia permanecido dentro del coche bajó con cuidado el cuello de su capa y miró al doctor de hito en hito. Las persianas iban echadas, como asimismo los cristales, de modo que no pudo observar su fisonomía. Al cabo de tres cuartos de hora de marcha, prolongada evidentemente por calles y plazuelas, con el único objeto de ocultar el sitio á que se dirigia, y sin que nin-

guno de los personages que hasta ahora hemos presentado en escena profiriese una sola palabra, detúvose por fin el carruaje en frente de un edificio de piedra sillería, situado en el último término de una calle espaciosa. Era un verdadero palacio, en opinion del doctor Pimentel, que habia perdido la brújula (al menos así lo creian sus conductores) en aquel viaje nocturno y silencioso; y no se engañaba por cierto en cuanto al caseron que tenia delante, porque de palacio merecia hasta cierto punto el nombre: como que habia sido construido en el reinado de Felipe III, por el famoso arquitecto Francisco de Mora, para morada de los duques de Uceda, á quienes muchos años despues lo tomó el Estado, á costa de grandes indemnizaciones, y por último llegó á instalarse en él por los años de 1717 el Consejo de Castilla. Nuestros lectores lo conocerán al punto por la siguiente descripcion. Figura cuadrada y de altura igual por los cuatro costados; el zócalo general de piedra; cada portada de las dos que contiene, compuesta de dos columnas dóricas, istriadas por la parte inferior, y otras dos jónicas; sobre el remate de las ventanas los escudos de armas de Sandoval y Padilla, sostenidos por leones que tambien figuran en las de los ángulos; frontispicios semicirculares en todas las ventanas del piso principal y triangulares en las del bajo. ¿Tendremos necesidad de añadir que su gran fachada mira al Norte, dando frente á la iglesia de Santa María?

Apeáronse el doctor y sus dos acompañantes, y el primero fué introducido con los ojos vendados, en una habitacion débilmente alumbrada y cuya puerta se cerró con suavidad apenas entraron.

Muebles preciosos, incrustados segun la moda rigurosa del tiempo; blandas alfombras que amortiguaban el ruido de los pasos; magníficas colgaduras de terciopelo carmesí, vistosamente recamadas de oro y sujetas por gruesos borlones; cuadros de Jordan y de Mengs, de un mérito que en aquella época pocos podian calificar..... todo en aquella estancia misteriosa revelaba la opulencia.

El hombre que se habia aventurado á habérselas con el doc-

tor en su propia casa, le señaló, despues de destaparle los ojos, la puerta-vidriera, á la sazon cerrada, de una alcoba, y le dijo:

—Habeis llegado al punto en que os necesitamos; pero antes de entrar á ver á la paciente, juradme por la salvacion de vuestra alma, que, sea cual fuere lo que veais ú oigais, quedará para vos olvidado desde el instante en que os retireis de aquí.

—Lo juro, respondió el doctor con entereza; la profesion de médico es un sacerdocio.

—Basta, añadió el primero; os confio esa muger.....

—Mas..... esplicadme antes..... replicó Pimentel.

—¿Qué quereis que os esplique?

—La enfermedad que voy á encontrar, ó al menos todo lo que conduzca á ilustrarme para el caso en que me veo, sobre la naturaleza y costumbres de la paciente.

—¡Oh! No es menester: vais á asistir.....

—¿A qué?

—A un parto.

—¡A un parto! esclamó el doctor sorprendido. ¿Estais en vos, caballero?

—¡Cómo! ¿Os negareis á cumplir vuestra palabra?

—No os la he dado para lo que ahora me proponeis, y..... debo además deciros, que no he hecho estudios especiales para la profesion de que intentais revestirme.

—Pero sois un sabio, doctor Pimentel, y no podeis ignorar.....

Un gemido doloroso llegó en aquel instante á los oidos del médico; sus cabellos se erizaron y murmuró precipitadamente:

—Estoy pronto, caballero; aunque no ejerzo la facultad que la enferma necesita, puedo ser útil esta noche, porque un parto no está muy lejos muchas veces de producir un infanticidio.

El caballero se puso pálido al escuchar estas razones, y el doctor Pimentel entró en la alcoba.

El hombre que hasta entonces no habia despegado los labios, se hallaba al otro estremo del salon: paseábase agitado en un corto trecho, sumido al parecer en profundas cavilaciones, de las

cuales le sacó el ruido que hizo el médico al abrir la puerta-vidriera, para dirigirse al lecho de la paciente.

—Por fin..... dijo entre dientes y apretando los puños.

Acercóse á él pausadamente el otro y le preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las doce, pronunció el primero con acento lúgubre.

—Mucho hemos tardado..... ¡Dos horas!

—¡Con tal que el doctor llegue á tiempo!

—Ni una palabra mas..... ya sabeis lo convenido..... si es varon.....

Y acompañó estas razones con un gesto significativo.

Entretanto se habia acercado el doctor Pimentel al lado de la paciente, que lanzaba ahogados gemidos, y vió que tenia cubierto el rostro con un espeso velo, sin duda para evitar que él la reconociese. Olvidó entonces su propia curiosidad; los horribles dolores de aquella pobre muger le recordaron sus deberes y se dedicó al exámen de la causa de una contraccion nerviosa que agitaba todos los miembros del cuerpo, tan estrañamente abandonado á los auxilios de su ciencia. Cinco minutos despues asomó una sonrisa de triunfo á sus labios, que repitieron dos ó tres veces la palabra *Eureka*, y se dirigió al salon.

—¿Qué noticias me dais, buen doctor? le preguntó el hombre que habia ido á buscarle á su estudio.

—Se presenta muy difícil y trabajoso, contestó el médico frotándose las manos. Observo síntomas que me hacen sospechar.....

—¿Qué?

—Nada..... nada, caballero; las funciones de la naturaleza son siempre misteriosas.

—¿Pero hay realmente peligro?

—Hasta ahora me es imposible asegurar lo que puede suceder. Parece que la enferma ha hecho todo lo que estaba en su mano para morirse esta noche.

—¿Qué quereis dar á entender?

—Respondedme vos primero á lo que voy á preguntaros, por-

que importa mucho. ¿Qué ha tomado esa muger para alimentarse?

—Dos caldos.

—¡Dos caldos! murmuró el doctor. Si la sustancia que se ha echado en ellos, se hubiera disuelto en un vaso de agua ya estaria á estas horas la paciente en el otro mundo.

—¿Y qué pensais hacer? repuso el caballero visiblemente turbado.

—Mi obligacion es pediros que aviseis al punto al doctor Cornejo, ó á otro profesor; necesito consultar el caso.

—Vuestra proposicion es inadmisible, doctor; si ocurre un accidente que deba comprometer la vida de la madre.....

—¿Pretendeis enseñarme lo que la ciencia, la religion y la humanidad me prescriben?

—Es que..... todos los médicos, en iguales circunstancias optan en favor de la madre contra el hijo.

El doctor clavó en aquel hombre una mirada escrutadora, una de aquellas miradas, con que solia descubrir los mas ocultos pensamientos, y le dijo:

—Dadme vuestras órdenes.

—La criatura que va á nacer, replicó el caballero con tanta emocion, como si pronunciase una sentencia de muerte, no ha ofendido á Dios ni á los hombres.

—Entiendo, repuso el doctor: soy esta noche un instrumento de venganza.

—No, sino de justicia.

—La palabra es indiferente, cuando la idea se presenta clara á nuestra imaginacion.

—Perfectamente: no ignorais lo que de vos se exige.

—De modo que esa muger.....

—Estoy en que debe morir.

—¡Ah! No: salvadla..... salvadla..... yo os lo ruego, por el alma de vuestra madre, doctor, esclamó el hombre silencioso del coche, arrojándose á los piés del médico.

—Callad, le gritó el otro furiosamente. ¿No sabeis que puede perderos para siempre sin que por eso..... Habeis jurado obedecer lo que yo disponga..... Dejadme con el doctor Pimentel.

—Disputais ambos, dijo éste, sobre un hecho que solo está en la mano de Dios. ¿Quién es capaz de presumir lo que dentro de una hora, de media, de diez minutos, será de esa muger y de su hijo? Solo el que todo lo puede; solo el que da la ciencia y la quita. Someteos á lo que tenga dispuesto su omnipotente voluntad. Me habeis traido, prosiguió encarándose con el que le habia sacado de su casa, para que mi inútil asistencia encubra á los hombres lo que no puede ocultarse á los ojos de Dios: sois el mas fuerte y ganais la partida.

—Vuestra existencia depende del exacto cumplimiento de mis mandatos.

El doctor se dirigió, sin contestarle, á la alcoba de la enferma.

—No hay esperanza para mí, murmuró ésta con angustioso acento.

—Confiad en la misericordia de Dios, hija mia, murmuró el médico á su oido.

—¡Ah!.... ¡Quién sois!

—Un desconocido..... un médico.

—¡Un médico!.... ¿Y os han dicho que estoy envenenada?

—No..... no lo estais..... es un error..... se ha cometido una equivocacion..... os han dado en caldo lo que debisteis tomar en agua para morir..... respondo de vuestra vida, si haceis lo que voy á ordenaros.

—Hablad..... hablad..... ¡Ah! No puedo mas..... parece que van á desgarrarse mis entrañas.

El doctor examinó el pulso de la paciente, y la dijo:

—Pronto vais á ser madre; no olvideis una sola de mis palabras. Apenas os veais libre, os haré beber un cordial que paralizará todas vuestras facultades y movimientos; nada sentireis..... os creerán muerta y lo mismo acontecerá á vuestro hijo. Despues..... yo velaré por vuestra seguridad.....

No pudo proseguir el médico, porque un grito desgarrador le dió á entender que se acercaba el instante decisivo. La paciente empezó á retorcerse las manos, para contrarestar con sus fuerzas convulsivas la intensidad de sus dolores..... por fin un gemido prolongado anunció la crísis; á él sucedieron inmediatamente un llanto agudo y una esclamacion de consuelo..... el llanto era de la criatura que acababa de nacer; la esclamacion habia sido producida por el placer de la madre, al pasar de un trance violento y doloroso á la tranquilidad y dulzura de un alivio inesperado.

El doctor, atento á las consecuencias fatales que la terminacion de aquel trance podia producir, no perdió tiempo: sacó del bolsillo un frasco, abrió la boca del recien nacido y vertió en ella algunas gotas de un licor amarillento; hizo lo mismo con la madre, despues de atenderla segun lo requeria su estado, y pronunció lentamente estas palabras:

—Cuando desperteis de vuestro letargo, nadie os dará razon de vuestro hijo: si anhelais algun dia saber su paradero, preguntad por el doctor Pimentel. Que no se os olvide este nombre.

—¡Oh! Jamás..... jamás..... el cielo os bendiga, esclamó aquella muger con voz doliente.

El doctor salió del gabinete con precipitacion; parecia consternado.

—¿Qué ha ocurrido? le preguntó el caballero que, al parecer, disponia allí de todas las voluntades. Muy pronto salís del gabinete.

—¿Pretendeis acaso que permanezca en él hasta el dia, contemplando la imágen de la muerte? le contestó el médico con bien fingida tristeza.

—¡Cómo! ¡Ya! esclamó el primero.

—La suerte ha favorecido vuestros deseos. La madre y la criatura descansan en el seno de Dios: los dos caldos..... tenedlo presente, caballero..... contenian una ponzoña que debia obrar con lentitud, pero las dificultades de un parto en estremo doloroso han precipitado la catástrofe.

El caballero corrió al gabinete y levantó el espeso velo, que cubria el rostro de aquella muger. Se estremeció al examinar sus lívidas facciones y llamando al médico le dijo, al mismo tiempo que señalaba al recien nacido:

—Voy á haceros dos preguntas, doctor.

—Pues daos prisa, le respondió éste, porque es tarde y nada tengo ya que hacer aquí.

—¿Era varon ó hembra?

—Hembra, caballero.

—Y..... ¿creeis que así la madre como la hija están real y verdaderamente muertas?

—Tomadles el pulso, si lo dudais.

—Está bien; marchemos.

El que acababa de hablar hizo una seña al hombre silencioso, que habia permanecido en el salon durante el corto diálogo precedente, y los tres salieron á la calle, en la cual les esperaba el mismo coche que hasta allí les habia llevado. Otra vez habia cubierto una espesa venda los ojos del doctor, pero observando éste que el caballero hablaba con el cochero, indicándole sin duda la direccion que debia seguir, se acercó al otro y le dijo:

—La madre y la hija se han salvado. Haced de modo que ese mónstruo no vuelva á verlas, y respondo de las dos.

El silencioso estrechó convulsivamente las manos del doctor entre las suyas, y murmuró en voz baja:

—Habia jurado levantarme hoy mismo la tapa de los sesos, pero acabais de reconciliarme con la vida. No temais nuestra vuelta á esa casa, al menos por ahora, porque apenas os dejemos en la calle del *Postigo de San Martin*, saldremos de la corte por la puerta de *Alcalá*.

No hablaron mas, porque el caballero se dirigia al coche. Este se puso en marcha un instante despues, rodeó largo trecho como para desorientar al doctor, y por fin se detuvo delante de su puerta. La señora Mendez se asomó al punto á la ventana.

—Os he ofrecido ocho mil escudos de oro, señor Pimentel, di-

jo el caballero; pero doblaré la suma, porque habeis cumplido exactamente vuestra palabra.

—No he hecho mas que ayudar á la naturaleza, respondió éste, apeándose con prontitud.

—Repito que recibireis dentro de pocos dias diez y seis mil escudos.

—Como os plazca.

El coche volvió á partir á escape; mas no bien hubo dado vuelta por la calle del *Arenal* para dirigirse á la *Puerta del Sol*, cuando el médico, sin cuidarse de entrar en su casa ni de los gritos de la señora Mendez que habia bajado á abrirle y le llamaba á voz en cuello, imaginando que habia perdido el juicio, echó á correr con toda la celeridad que podia, tomó en la calle del *Arenal* el camino opuesto al que llevaba el coche, y entrando por la calle de las *Fuentes*, subió á la *Mayor*, y sin vacilar un momento se encaminó hácia la iglesia de *Santa María*. Allí se detuvo para tranquilizar su espíritu y reponerse de la fatiga que esperimentaba, y murmuró entre dientes:

—¡Y ha creido el imbécil que me engañaba, haciendo dar á su coche mil vueltas y revueltas! No: he llevado exactamente el itinerario en mi imaginacion. Ese es el palacio, añadió, señalando el edificio que tenia al frente. Entremos.

Hízolo así con resolucion y sin tropiezo alguno, no pudiendo menos de pensar, que la circunstancia de hallarse la puerta principal abierta era un indicio evidente de que no se habia equivocado. Siguió adelante, conducido por el admirable recuerdo que conservaba de aquella localidad, y no tardó mucho en reconocer el magnífico salon, mudo testigo de una escena que conmovia profundamente su ánimo.

Su primer cuidado fué dirigirse en puntillas á la alcoba; pero es imposible espresar lo que esperimentó su alma, al ver salir de ella á una anciana que sobrecogida de terror, no bien llegó á divisarle, lanzó un espantoso grito y hubiera dado con su cuerpo en la alfombra que cubria el piso de la estancia á no haberse apresurado él á sostenerla.

—¡Favor!..... ¡Socorro!..... esclamó con ahogado acento, apenas recobró el uso de la palabra.

—Callad y ayudadme, la dijo el doctor imperiosamente, como hombre que no perdia el aplomo en las ocasiones difíciles. ¿Quién sois?

—Yo..... yo..... balbuceó la infeliz..... ¿Habeis venido tambien á matarme?

—Vengo á salvar á los que están en peligro de muerte.

—¡Ah! ¡Qué decís!..... ¡Con que no sois el que.....

Y al mismo tiempo estendió su mano hácia la alcoba.

—¿Me parezco á un asesino? Pero os he preguntado quién sois y necesito que me respondais.

—Soy..... soy..... el ama de gobierno de la pobre difunta..... he sentido ruido en el palacio esta noche..... he llamado á los criados y..... nada: como duermen en la parte de atrás..... por fin..... temiendo que mi señora..... porque habeis de saber que ayer ya se sintió mala..... muy mala, y en su situacion..... cualquiera cosa..... un susto.....

—Acabad de una vez.....

—¡Ah! Teneis razon..... He bajado para cerciorarme de lo que podia necesitar mi señora y..... ¡muerta, Dios mio!..... ¡muerta!..... ¿Qué es lo que ha sucedido aquí?

—Escuchadme y haced lo que voy á deciros. Esa muger abrirá en breve los ojos, porque solo está rendida á un letargo semejante á la muerte; asistidla con esmero hasta que amanezca, pero disponed al mismo tiempo que llamen al médico de la familia, aunque presumo, que lo que ha menester principalmente la enferma es un alimento moderado y sobre todo mucha tranquilidad. No se os olvide decirla que no piense en la criatura que ha dado á luz, pues se halla en poder de la persona, cuyo nombre sabe.

Dicho esto entró el doctor en la alcoba, envolvió á la recien nacida en una sábana que pidió al ama de gobierno y salió á la calle, llevándola en sus brazos. La anciana, que no podia com-

prender aquellos misterios, se contentó con santiguarse repetidas veces, y no queriendo permanecer sola en el salon ni en la alcoba, corrió á los aposentos de los criados y armó tal estrépito de gritos y de esclamaciones que puso en conmocion toda la casa.

El médico entró media hora despues en su gabinete de estudio, sin contestar á las multiplicadas preguntas de la señora Mendez; cogió un bisturí, cuya punta empapó en una disolucion de azul de Prusia y ocre amarillo y picó á la criatura en el antebrazo izquierdo, dibujando en él una *U*; despues empuñó la pluma y escribió en un papel, que dobló luego cuidadosamente. La señora Mendez se estremeció al escuchar los gritos de la recien nacida y no supo á qué santo encomendarse, cuando vió salir de nuevo al doctor con el envoltorio que habia llevado. Aquella vez fué mucho mas corta su ausencia, y volvió con las manos vacías. Al retirarse á descansar, dijo á la señora Mendez:

—Os advierto que no he salido de casa esta noche.

Al dia siguiente encontraron las religiosas *Descalzas* una niña, hermosa como un ángel, en el torno de su convento. Entre los pliegues de la sábana que la cubria, habia un escrito concebido en estos términos:

«Es de familia ilustre y no está bautizada; en el brazo izquier-» do conserva la inicial de su apellido. El monasterio de las *Des-» calzas Reales* recibirá dentro de pocos dias diez y seis mil es-» cudos de oro.»




Es de familia ilustre y no está bautizada; en el brazo izquierdo conserva la inicial de su apellido

# CARLOS III

ó

# LOS MENDIGOS DE LA CORTE.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### Preliminares de una intriga amorosa.

Acababa de espirar Felipe V de un accidente apoplético, en los brazos de su esposa, el dia 11 de julio de 1746, á los sesenta y dos años de su edad y cuarenta y cinco y medio de reinado. Unido en primeras nupcias con doña María Luisa Gabriela de Saboya, tuvo de ella al príncipe don Luis, que solo habia ocupado el trono diez meses por abdicacion de su padre, muriendo en la flor de su edad, á consecuencia de unas viruelas malignas, y á don Fernando, que en 1729 habia contraido matrimonio con doña María Bárbara de Portugal, princesa del Brasil, y que era por consiguiente el legítimo sucesor á la corona de España. El segundo enlace del primer monarca, que el solio de Castilla debió á la casa de Borbon, habia sido mas fecundo, porque dejó seis hijos de doña Isabel Farnesio, á saber, don Cárlos, que fué el *tercero* de este nombre, don Felipe, duque de Parma, don Luis, doña Ma-

ría Victoria, reina despues de Portugal, doña María Antonia Fernanda, reina de Cerdeña y doña María Teresa, esposa del Delfin de Francia.

Seis años hacia ya que duraba en Italia la sangrienta lucha, á que dió lugar el fallecimiento del emperador Cárlos VI, último varon de la casa de Austria, que habia dejado por única heredera de sus estados á su hija María Teresa, gran duquesa de Toscana. Al punto fué ésta saludada como reina de Hungría, pero su elevacion excitó los celos de dos competidores poderosos, que trastornaron la Europa entera, poniendo en el mas estrecho conflicto á la nueva soberana. El elector de Baviera y el rey de Polonia alegaron sus respectivos derechos á la sucesion del imperio germánico y apelaron á las armas; la Francia se declaró en favor del primero, el rey de Cerdeña por María Teresa, y Felipe V, que tambien se creia autorizado para entrar á la parte de la division que se hiciese, porque descendia de doña Ana de Austria, cuarta muger de Felipe II, se preparó á sostener dignamente sus pretensiones. No atreviéndose, con todo, á manifestarlas de una manera ostensible, por no alarmar antes de tiempo á las naciones europeas, envidiosas de su poder, que nunca podrian consentir en ver reunidas las coronas de Alemania y de Castilla en una rama de la casa de Borbon, se limitó á reclamar las provincias que la heredera de Cárlos VI ocupaba en la Lombardía, á fin de establecer en ellas sólidamente al infante don Felipe, hijo segundo, como ya hemos dicho, de su segundo matrimonio, lo mismo que habia hecho en el reino de Nápoles con el infante don Cárlos.

El plan del rey católico era atrevido, y con objeto de asegurarlo, pasaron á Italia quince mil hombres á las órdenes del célebre duque de Montemar, que ya en 1733 se habia apoderado de Oran y Mazarquivir, y al año siguiente habia desecho completamente á los imperiales en las cercanías de Bitonto. Las tropas españolas se unieron á otras tantas auxiliares napolitanas; mas como el rey de las Dos Sicilias se habia declarado neutral en la contienda y al mismo tiempo favorecia á España, los ingleses que

estaban en guerra con esta nacion y protegian la dominacion absoluta de María Teresa, se presentaron de improviso delante de Nápoles con una fuerte escuadra, amenazando bombardear todos sus edificios, si el rey persistia en que sus fuerzas hiciesen causa comun con las de su hermano don Felipe. El término prefijado para romper el fuego contra la ciudad era una hora, y viéndose don Cárlos en la imposibilidad de resistir al enemigo, tuvo que ceder, conformándose con la dura ley que se le imponia.

Entretanto habia recaido el mando de las tropas españolas en el conde de Gages, general intrépido, que marchando al encuentro de los alemanes dió la sangrienta batalla de *Campo Santo*, en la cual quedaron destruidos los dos ejércitos é indecisa la victoria. El conde se encontró muy debilitado despues de la refriega y sin medios suficientes para conservar la ofensiva contra las divisiones contrarias, que todos los dias recibian nuevos refuerzos, por lo que emprendió la retirada, aunque sin dejar por eso de combatir y aun arrollando muchas veces á los austro-sardos, como sucedió en los territorios de Bolonia, Ferrara y Marca de Ancona; hasta que, acosado muy de cerca por el general Lobkowitz, que le seguia los pasos con treinta mil hombres de refresco, tuvo que acogerse á la plaza de Nápoles, no obstante la neutralidad á que de nuevo acababa de comprometerse el rey don Cárlos. Convencido éste por último, en vista de los movimientos del ejército austríaco, de que el plan de la infatigable María Teresa era conquistar con un solo golpe las Dos Sicilias, se puso inmediatamente en campaña, uniendo sus fuerzas con las españolas y se dirigió á esperar al enemigo á los estados de la iglesia, fijando su cuartel real en la ciudad de Veletri, distante seis leguas de Roma, y estendiendo sus tropas hasta el monte de los *Capuchinos*. Los austríacos no se atrevieron á acometerle en su fuerte posicion; contentáronse con acampar á su vista, y los dos ejércitos dejaron transcurrir varios dias sin inquietarse. Por fin conoció el general Lobkowitz la imperdonable falta que cometia, permaneciendo en la inaccion, y el dia 11 de agosto de 1744

al amanecer destacó á su segundo, el general Brown, con seis mil hombres para que sorprendiese á Veletri y se apoderase de la persona de don Cárlos, si podia, con el objeto de terminar la guerra en una sola jornada. Los soldados napolitanos y españoles, que estaban de centinela, fueron pasados á cuchillo y la misma suerte cupo á las avanzadas que intentaron defenderse. Los enemigos entraron en la ciudad á sangre y fuego, haciéndose dueños de las calles y plazas, en medio de la consternacion general. Dormia entretanto sosegadamente el rey; al estruendo de los arcabuces abrió los ojos, y enterado por el duque de Módena, que corrió á su estancia, de que los austríacos habian invadido á Veletri, vistióse con tranquilidad, empuñó la espada y saliendo á la calle al frente de un puñado de fieles servidores, se abrió paso por las filas enemigas y consiguió llegar sano y salvo al monte de los *Capuchinos*. Nada habia adelantado Lobkowitz mientras no se apoderase de esta posicion y la atacó en persona con nueve mil hombres. Peleóse todo el dia encarnizadamente, y por último los autríacos, diezmados por los proyectiles napolitanos y españoles, se retiraron con grandes pérdidas á sus líneas y volvieron ambos contendientes á la táctica de observarse para destruirse de nuevo. Comprendió al cabo el general de María Teresa, que le seria imposible penetrar en el reino de Nápoles sin vencer al ejército del rey, y emprendió su marcha hácia Roma, cometiendo la imprudencia de descubrir su intencion al adversario que no le perdia de vista. Don Cárlos se aprovechó hábilmente de aquella falta, y destacando del monte de los *Capuchinos* diez y ocho mil hombres, le persiguió con tenacidad, hasta que consiguió arrojarle de los Estados Pontificios.

En tanto que esto acontecia en Italia, se declaró Luis XV, rey de Francia, contra María Teresa y estrechó mas y mas sus relaciones con Felipe V, para oponerse á los esfuerzos de sus contrarios. Resolvieron los dos monarcas inaugurar esta alianza ventajosa con un golpe de mano memorable, y al punto se reunió en el puerto de Tolon una escuadra combinada, compuesta de bu-

ques españoles y franceses, que se hizo al mar, con el firme propósito de acometer á la que mandaba el almirante Mathews. Cruzaba éste por las costas de Provenza, cuando le avistaron los aliados, y cayendo con desusada furia sobre sus buques, dieron principio á una encarnizada pelea. Los navíos franceses no pudieron ceñir el viento como deseaban, á fin de estrechar la escuadra inglesa contra la española, y aprovechando Mathews esta ventaja, disminuyó su línea por el frente, haciendo que las naves de mayor porte pasasen á retaguardia para embestir á las del rey católico. Solo el navío que mandaba el vice-almirante Court consiguió adelantarse, con riesgo de naufragar, y voló al ausilio del *Real Felipe*, de ochenta cañones y vivamente atacado por cinco navíos contrarios de tres puentes. El buque almirante español los destrozó, disparando sus andanadas á medio tiro de pistola; nuestros intrépidos marinos, entregados á sus propias fuerzas hicieron prodigios de valor por espacio de seis horas, y aunque tuvieron muchas bajas, lograron al fin que la escuadra inglesa se retirase á velas desplegadas hasta el puerto de Mahon, para reparar sus averías. Esto no obstante, la Inglaterra quedó por señora del Mediterráneo.

La campaña de 1745 fué asimismo gloriosa para las armas de Castilla. Sostenido fuertemente el infante don Felipe por un ejército francés, á las órdenes del príncipe de Conti, pasó el Var, y despues de haber sometido el condado de Niza, y forzado á marchas dobles los al parecer inespugnables atrincheramientos de los Alpes, se abrió el paso de Villafranca, barrera principal del Piamonte, adelantándose victoriosamente hasta Montalvan, á pesar de la superioridad de las fuerzas enemigas. No se limitaron sus proezas á esta arriesgadísima operacion; sino que despues de haber asaltado las fortificaciones que aquellos habian construido sobre una altísima y escarpada roca, desalojó de todas al rey de Cerdeña, que las defendia prodigando heróicamente su sangre, apoderóse acto continuo de Castel-Delfin, avanzó hasta Dumont, se hizo dueño de su castillo, y por último, solo se detuvo para

poner sitio á la plaza de Coni. La guarnicion de esta, tan valiente como poco afortunada, hizo una salida contra el ejército del infante; pero agotó inútilmente su bravura en la firmeza de las líneas que le cercaban. Despues de una ruda batalla que duró siete horas, tuvo que huir con precipitacion á ocultarse en sus muros, dejando en el campo mas de cinco mil hombres.

A pesar de tan repetidas victorias, no pudo sostenerse don Felipe en las posiciones que ocupaba, porque le cogió en ellas el principio del invierno. Se vió, pues, obligado á levantar el sitio de Coni y á trasponer los montes; pero le compensó de este contratiempo la noticia de que la república de Génova acababa de estrechar su alianza con España. El primer resultado de tan favorable novedad fué el refuerzo que recibió el infante de diez mil genoveses, circunstancia que le permitió penetrar francamente en la Lombardía. Al mismo tiempo acosó el conde de Gages á los austríacos hasta Módena, y atravesando el Apenino, efectuó su reunion con don Felipe, que se encontró de este modo casi inesperado, al frente de noventa y seis mil hombres aguerridos. Tortona tuvo que rendirse; la fortaleza de Plasencia no pudo resistir el empuje de doce mil españoles; Parma sufrió la misma suerte, y las guarniciones austríacas de estos dos puntos quedaron prisioneras. Resuelto el rey de Cerdeña, que se habia atrincherado á orillas del Tánaro, no lejos de Basignano, á contener aquella formidable invasion, dió sus disposiciones para cortar el paso al enemigo; pero don Felipe forzó su campo despues de una reñida batalla, y le persiguió encarnizadamente hasta Casal y Pavia, célebre ya en la historia de los grandes triunfos españoles por el descalabro de Francisco *primero*, y estas dos plazas, así como las de Valencia y Asti y todo el Montferrato se rindieron á sus armas victoriosas. Tan brillantes operaciones produjeron la espulsion de los austríacos y de toda la Lombardía y la entrada del ejército combinado en Milan.

El año siguiente fué funestísimo para España, á pesar de los anuncios lisongeros del anterior, porque reconcentrándose todas

las fuerzas enemigas en Italia, inauguró la pérdida de Asti una série de desgracias increibles. Los austríacos invadieron en grandes masas la Lombardía, y el ejército combinado, dividido en pequeñas columnas, por ser demasiado estensas las líneas que tenia que cubrir, se vió espuesto mil veces á no contar con sus comunicaciones. Perdiéronse por lo tanto las ciudades de Milan y de Parma, y el príncipe Lichtenstein, general en gefe del ejército de María Teresa, sitió al infante don Felipe en Plasencia, punto en que se habia refugiado con muy pocas fuerzas, que pudo reunir precipitadamente. El hijo de Felipe V conoció que debia echar el resto en aquella jornada, y poniéndose acero en mano al frente de su cuerpo de ejército, acometió á los cuarenta mil austríacos que le cercaban y peleó desde las ocho de la mañana hasta igual hora de la noche, logrando al fin abrirse paso á viva fuerza, aunque no sin dejar entre muertos, heridos y prisioneros nueve mil hombres. Por último la batalla de Tidona, no menos sangrienta que la anterior, y en la que estuvo tambien muchas veces espuesto á morir el intrépido infante don Felipe, puso término á tan desastrosa campaña.

Hemos presentado un resúmen histórico de los principales hechos, ocurridos durante la segunda guerra que el monarca español se vió precisado á sostener en Italia, despues de haber vuelto á empuñar el cetro, á consecuencia de la muerte de su hijo don Luis. Poco mas de veinte años duró la última parte de su reinado, cuyas horas estaban ya contadas por la Providencia el dia 11 de julio de 1746.

Esperamos de la condescendencia del lector, que no lleve á mal el que, para dar principio á las interesantes escenas que nos proponemos presentar á su vista, le llevemos como por la mano hasta un edificio religioso que ya no existe, pero que entonces y hasta nuestros dias ocupaba todo el espacio comprendido entre la calle ahora llamada de las *Infantas* y la de *San Marcos*, y entre la de *San Bartolomé* y la *Costanilla de Capuchinos*. Este era el nombre del convento en el cual acababa de oir misa un apuesto

galan, y que apostado delante de la fachada de los *Capuchinos de la Paciencia*, esperaba al parecer la salida de la iglesia de alguna persona, con la que debia tenerle cuenta departir. Y no fué muy largo su planton, porque á poco rato se le reunió un viejecillo, cuyas trazas eran mas bien de escudero que de hombre de bien. El galan le hizo una seña y se dirigió á la porteria del monasterio; siguióle el otro sin chistar y ambos entraron en el claustro. Entonces el primero sacó por debajo de la capilla de terciopelo un billete plegado con gran esmero y pulidez, y alargándoselo al viejo, le dijo:

—Hé aquí lo que has de poner en las bellísimas manos de doña Isabel.

Sonrióse á lo marrullero el hombre, á quien el galan se dirigia, y contestó á éste, despues de guardar la carta en el bolsillo de su ropilla:

—Malísima ocasion para amoríos, don Fernando.

—No tal, Gonzalo, no tal; quiero vencer su crueldad, quiero persuadirla de que la amo mas que á mi vida, y no cesaré de repetírselo todos los dias y á todas horas.

—Persuadida debe estar, si hemos de atenernos á vuestra insistencia.

—¡Y con todo, no se ha dignado contestar á uno solo de mis apasionados billetes!

—Ahí vereis.....

—¡Qué altiva es y desdeñosa!

—¡Bah! No lo creais, aunque os lo juren.

—Hartas pruebas tengo, Gonzalo, de lo que digo. ¿Me has traido hasta ahora alguna palabra de su parte? ¿Te ha dirigido preguntas que puedan darme á entender.....

—Eso no; pero ha hecho mas, y no debeis olvidarlo.

—¡Ha hecho mas! ¡Y tan callado me lo tenias!

—Si lo sabeis tanto como yo..... ¿No recibe por ventura vuestras amorosas cartas?

—Verdad es..... pero á ninguna responde.

—Ya responderá..... ya responderá..... Es preciso dar tiempo al tiempo.

—¿Y por qué dijiste antes, que hoy es mal dia para enredos de amor?

—Por las nuevas fatales que corren, supongo que no las ignorais.

—¿Qué nuevas son esas? ¿Han llegado por ventura á Madrid los soldados feroces de la reina de Hungría?

—No lo echeis á zambra y á chacota, señor mio, que todo pudiera ser y á no ser milagro.

—Esplícate pues, porque hasta ahora no te entiendo.

—El rey don Felipe está desde ayer.....

—Acabáras, Gonzalo, para que yo no me volviera loco. En efecto; no sale de su cuarto y se queja mucho de dolores en las piernas; es casi seguro que hoy guardará cama.

—El asunto es mas sério de lo que parece: se me figura que morirá.

—No lo dudo; algun dia ha de llegarle su hora.

—No, don Fernando; hoy mismo dará cuenta á Dios de sus culpas.

—Pero..... ¿eres brujo?

—¿Faltan acaso en la corte?

—Es decir que.....

—Es decir que el doctor Cornejo afirma, que no vivirá el rey venticuatro horas.

—Supongamos que así sea, lo cual no permita el cielo. ¿Qué tiene que ver ese negocio con el de mis amores?

—Ahora lo comprendereis. Supongamos que el doctor Pimentel está en palacio desde anoche, y que no queriendo dejar sola en casa, ó lo que es igual, entregada á mis cuidados, á su hija doña Isabel, la manda ir.....

—¿A dónde?

—A casa del doctor Cornejo, con quien por este motivo he hablado de madrugada. Entre sus cuatro paredes y en compañía

de la carísima esposa del matasanos, arrugada hermosura de setenta abriles, con anteojos de asta y rueca en ristre, teneis desde hoy á la señora de vuestros pensamientos.

—Pondré sitio á la plaza.

—No hagais tal, porque el doctor Cornejo es celoso como un mahometano, y creerá que su esposa os inspira una pasion vehemente.

—¡Demonio!

—¡Vaya! Es hombre muy capaz de figurarse esto y otras cosas, en menos tiempo que canta un gallo.

—Pues ello es que yo no he de permanecer así. Necesito que llegue ese billete á manos de mi adorada doña Isabel.

—Llegará; no os apureis por tan poco.

—Necesito además tener una entrevista con ella.

—Imposible por ahora; de todo punto imposible.

—¿Por qué, si hacemos que consienta?

—Válgame Dios y que duros son á veces de mollera los enamorados. ¿No os he dicho que está en casa del doctor Cornejo? ¿Y qué os imaginais que es el tal doctor?

—Un hombre, á quien podemos engañar.

—¡Ah, don Fernando! ¡Qué mal le conoceis. En primer lugar, el doctor Cornejo no es hombre.....

—¿Estás en tu juicio, Gonzalo?

—No es hombre, os repito: es un tigre con peluca blanca, un elefante, un dromedario, un oso feroz, capaz de destrozaros con sus uñas y de molerme las costillas á coces.

—Pero, mándria, ven acá. ¿Se trata acaso de esponernos á su furia?

—¿Pues de qué?

—De hurtarle las vueltas.

—Si no las tiene ¿cómo se las habeis de hurtar? Siempre va derecho, sin torcerse una pizca.

—Pues no te canses; es preciso buscar el medio de burlar su vigilancia.

—Ya; el medio..... ahí está lo peliagudo del caso..... Si se me alcanzára el medio.....

—Discurre, Gonzalo; discurre.

—Confieso que no me da el naipe para..... ¡Ah! Sí; esperad..... se me figura que..... pues no hay duda.....

—Dime, Gonzalo. ¿No visita á sus enfermos el doctor?

—Se supone; como que los despacha á docenas para el otro mundo, que es una bendicion.

—De modo que si despues de avisada doña Isabel, nos introducimos nosotros.....

—¿En dónde diablos hemos de introducirnos?

—En su casa, menguado.

—¡En su casa y de rondon! Buena la hariamos: el doctor Cornejo es un ángel bajado del paraiso, si le comparais con su castísima esposa. ¿Nunca soñasteis con alguna arpia, ó cocodrilo, ó casa semejante?

—¡Qué matrimonio me pintas, Gonzalo!

—Aun no os he mostrado la cuarta parte del lienzo.

—¿Y cómo puede vivir doña Isabel con esa gente?

—A las mil maravillas, con tal que no haya por medio quebraderos de cabeza.

—Ahora recuerdo que antes te pusiste á discurrir, y me pareció que.....

—Os equivocais, don Fernando; cuando quise empezar á discurrir, me ocurrió el medio.

—No tardes en participármelo, pues en mi empeño amoroso me va mas que la vida.

—Escuchadme con atencion. ¿No teneis entrada franca en palacio, como primogénito del duque de Montemar?

—A todas horas.

—Pues no perdais tiempo: presentaos en la Real cámara y haced de modo que los grandes aconsejen á la reina, que pida para esta noche sin falta una consulta de doctores, á fin de agotar todos los medios humanos de hacer vivir al rey. Nuestro buen

Cornejo será llamado al punto, porque es uña y carne del doctor Pimentel, en quien todos tienen gran confianza.

—Pero ¿y la arpia? ¿Cómo nos compondremos con el cocodrilo? Supuesto que siempre está alerta.....

—Eso es de dia; pero á las nueve de la noche duerme como un liron.

—Me has hecho feliz, Gonzalo, y la recompensa será igual al servicio. Así, nada tienes que añadir, porque todo lo comprendo; rondaré su calle esta noche y.....

—Apresuraos pues y no deis al olvido, que si muere el rey don Felipe V antes de la noche, voló nuestra cita.

—Es que..... doña Isabel nada sabe de lo que estamos tramando.

—Corred vos al alcázar y no os cuideis de otra cosa.

—Basta; cuento contigo; hasta la noche: á las once me encontrarás rondando la calle de la *Sarten*.

Don Fernando de Montemar se separó de Gonzalo y corrió con la mayor diligencia al Real alcázar; mas apenas puso los piés en la antecámara, que ocupaban á la sazon todos los títulos de Castilla residentes en la corte, cuando supo con indecible júbilo que la probidad y la sabiduría del doctor Pimentel habian allanado el camino de las pretensiones que llevaba. En efecto, el facultativo habia manifestado á doña Isabel Farnesio su deseo de oir el parecer de otros comprofesores, por cuanto la vida del augusto enfermo se hallaba en gran peligro. La reina, ensimismada á fuerza de dolor, porque el golpe era demasiado terrible para sus fuerzas, habia accedido, aunque ya sin esperanza, á las indicaciones del médico y la noticia circulaba de boca en boca. Nuestro enamorado jóven la oyó con avidez, y seguro de la entrevista que habia proyectado para la noche, con tal que la consulta no se verificase de dia, acercóse á un corro de señores que escuchaban atentamente los malos pronósticos de Pimentel, acerca de la dolencia de S. M. y preguntó, afectando vivísima curiosidad:

—¿Qué es lo que debemos temer, caballeros?

—Preguntádselo al doctor, le contestó un anciano lleno de cruces y de bandas.

—Lo sabreis cuando termine la consulta, señores, repuso el médico.

—¡Ah! esclamó don Fernando..... ignoraba que..... ¿Y cuándo debe empezar?

—Ya están avisados los demás facultativos, y no nos separaremos mientras aliente S. M. ó hasta que podamos responder á la reina de su vida.

Don Fernando se dirigió hácia otro grupo de cortesanos, porque estaba ya al corriente de cuanto anhelaba averiguar.

# CAPÍTULO II.

Prosigue la intriga y da principio un encuentro.

El mismo dia de que hablamos, á eso del anochecer, resonó una voz gangosa en el interior de las habitaciones de una casa, situada al principio de cierta calle oscura, estrecha y tortuosa, que todavía conserva entre nosotros su antiguo y poco delicado nombre de la *Sarten*.

—¡Marta!.... ¡Marta!.... Ave María Purísima..... ¿En dónde se ha metido esa buena muger?

—¿Quereis que salga para ver si se ha dormido? preguntó á doña Mencia, que era la que llamaba á su ama de gobierno, una lindísima jóven de diez y seis primaveras, cuyos finísimos colores de azucena y rosa contrastaban admirablemente con la tétrica faz de la arrugada vieja.

—No es menester que os incomodeis, hija mia, respondió ésta suavizando su acento. ¿Habeis venido aquí por ventura para servirnos de criada? La señora Marta estará probablemente en la

ventana de la cocina, murmurando con la vecindad del patio, y cuando se canse, vendrá á cumplir con su obligacion. Lo peor de todo es que.... ¿teneis miedo, hija mia?.... ¿Os sentís bien?

—¡Oh! Perfectamente, señora; y en cuanto al miedo..... no lo conozco, contestó la jóven.

—¿No lo conoceis?.... ¡Pobrecilla! Así decia yo cuando era de vuestra edad. A propósito, ¿cuántos años teneis?

—Mi padre el doctor dice que no he cumplido diez y siete.

—De modo que..... segun la cuenta, nacisteis en el mismo año de la conquista de Sicilia. Eso es; en mil setecientos treinta..... ¡Qué pensamiento acaba de ocurrirme!....

—¿Puedo saberlo?

—No, hija mia, no: la curiosidad es un pecado, que Dios aborrece mucho.

—¡Ah! Perdonadme; no creia ser indiscreta.

—Indiscreta no; un poco curiosa y nada mas. Pero, Señor, ¿qué hace la señora Marta? Es la primera vez que esto me sucede; verdad es tambien que por milagro suele estar Cornejo fuera de casa á estas horas. En fin, ¡qué le hemos de hacer! Si entre él y vuestro..... ¡Jesús!.... No puedo desechar esta idea..... decia que si los doctores Pimentel y Cornejo no encuentran algun remedio para el rey, ya podemos encomendar su alma á Dios. Entretanto nos vemos aquí solas y sin saber si la señora Marta.....

La señora Marta, respetable dueña de cincuenta y cinco abriles no dejó concluir la frase á doña Mencia, porque se presentó de improviso en la habitacion, donde tenia lugar el precedente coloquio.

—¡Valgaos, Dios, señora Marta! esclamó la doctora. ¿Y qué sustos me haceis pasar?

—¿Pues no habeis visto que llega la noche? replicó humildemente el ama de gobierno.

—He ahí la razon de haberos llamado; estábamos aquí tan solas.....

—Y yo cerrando las ventanas y la puerta de la calle.

—¡Ah! Eso es otra cosa, señora Marta; habeis obrado cuerdamente, porque toda precaucion se me figura inútil contra ladrones y asesinos. Sentaos pues..... No, no; traednos luz primero.

Iba á obedecer la dueña, cuando su ama le preguntó:

—¿Y qué hace Mendo?

—Mendo, repuso la señora Marta, ha salido.

—¡Ha salido!.... ¿Pues qué sucede en mi casa?.... ¿De cuándo acá..... Es decir que porque el amo á ido á salvar la vida del rey..... sí, señor, lo repito; á salvar la vida del rey, imagina Mendo que ha de tener suelta á su voluntad..... ¡Qué costumbres las de este siglo de perdicion! ¡Ah! Yo le prometo que no volverá á verse en otra.

—No os irriteis así, mi señora doña Mencia, porque el pobre Mendo está inocente de todo.

—¡Inocente, y ha salido de casa al anochecer!

—¡Vaya! Pues si le he enviado yo á palacio, para que acompañe al amo cuando vuelva. ¿No sabeis lo que son las calles de Madrid?

—Acabárais de esplicaros, señora Marta: ahora digo que habeis hecho muy bien y que Dios me perdone por haber sospechado de Mendo. Ea, venid pronto con el velon, porque las sombras de las cortinas se me antojan rateros, y rezaremos el rosario, para que Dios nos ampare y nos defienda de nuestros enemigos. ¿No os parece, hija mia?

Las últimas palabras se dirigieron á la jóven, y ésta respondió al punto:

—Siempre estoy dispuesta á complaceros.

La señora Marta se fué y doña Mencia añadió:

—Despues del rosario haremos colacion, porque hoy es dia de ayuno; se entiende que vos cenareis, porque no os obliga..... Cuidado que no puedo apartar de mi imaginacion..... todavía no habeis cumplido diez y seis años..... No hay duda..... el año de mil setecientos treinta..... Pues como decia, cenareis y la señora

Marta y yo cumpliremos con el precepto de la abstinencia; como Cornejo vendrá algo tarde, no le esperaremos, porque os dormireis y..... y.....

No prosiguió doña Mencia, y dos segundos despues le pareció á la jóven oir una série de ronquidos. A poco rato llegó la señora Marta con un velon encendido, que puso en una mesa. El resplandor que despedian los mecheros hizo abrir los ojos á la anciana doctora; empuñó de nuevo la rueca, que se le habia desprendido de las manos y dijo bostezando:

—Sentaos, señora Marta, y recemos antes que sea mas tarde.

Obedeció el ama de gobierno y dieron principio al rosario; pero apenas llegaban á la mitad, cuando un fuerte aldabonazo, que resonó en todas las habitaciones de la casa, las hizo estremecerse. Doña Mencia, que daba una cabezada en cada cuenta que corria, se enderezó, como si la hubiesen movido con un resorte y dijo en voz baja á la dueña:

—Asomaos á la ventana y procurad que no os vean desde la calle; cuidado con que abrais, sin conocer primero á la persona que llama.

Levantóse la señora Marta y se dirigió de puntillas al observatorio que se le acababa de indicar; mas no tardó en volver muy gozosa, y cogiendo el velon, se disponia á salir de nuevo, cuando la detuvo un ademan imperioso de la doctora, que esclamó con tembloroso acento:

—¡Eso mas! ¡Dejarnos ahora á oscuras, cuando no sabemos.....

—No paseis el menor cuidado, señora mia, porque el que llega es de casa.

—¿Es Mendo?

—¡Ca! No, señora; es el señor Gonzalo.

Al escuchar este nombre, palpitó de júbilo el corazon de la hermosa doña Isabel.

—Bendito sea Dios, repuso doña Mencia; así sabremos noticias del rey, porque supongo que vendrá del alcázar.

La dueña no se detuvo á oir estas razones, y con mayor ligereza que la que, al parecer, prometian sus años, bajó las escaleras, y una vez en el zaguan, preguntó como para asegurarse de que sus ojos no la habian engañado:

—Señor Gonzalo, ¿sois vos?

—Yo soy, señora Marta, y me alegro mucho de que me hayais conocido, le respondieron. Abridme pues cuanto antes, porque vengo de prisa.

Hízolo así la vieja, pero antes de volver á cerrar la puerta, despues que hubo entrado el mismo hombre, á quien vimos por la mañana platicando en los claustros del convento de los Capuchinos con el primogénito de Montemar, observó que habia un bulto al otro lado de la calle y no pudo contener un chillido.

—¿Qué teneis, señora Marta? la preguntó el confidente de los amores de don Fernando.

—¿Quién es aquel? repuso el ama de gobierno, azorada y asegurando la puerta.

—¿Hablais del embozado de la acera de enfrente? Es un amigo que me acompaña y me espera, capaz por sí solo de hacer tomar las de villadiego á todos los caballeros de industria de Madrid. Sosegaos por lo mismo, porque mientras él esté ahí, os encontrareis bien guardadas.

—¡Jesús! Se me figura que voy á soñar esta noche con él.

—¡Oh! Es un apuesto mozo, Señora Marta.

—Quitad allá, señor Gonzalo; yo no lo digo por eso.

—Vamos..... vamos..... que todavía os baila el corazon en ese cuerpo, que se ha de comer la tierra.

—Si os escuchase mi señora doña Mencia.....

—Y de seguro habreis tenido unos quince, como quince pimpollos.

—Señor Gonzalo..... me decís unas cosas.....

—¡Oh! Las digo como las siento, señora Marta.

—¿De veras?

—Ya me conoceis; soy la ingenuidad en persona.

—¡Ay!.... Y lo peor de todo es que una..... porque yo me conozco y sé que pasó mi tiempo.....

—¡Qué diablos ensartais! Eso es llamaros vieja á vos misma.

—Es que..... no; no soy vieja precisamente todavía..... pero en fin..... tampoco me tengo por jóven.

—¿Cómo que no, cuando podeis traer el retortero á mas de cuatro cabezas.

—¡Jesús! ¡Jesús!.... ¡Qué alegre y que decidor estais esta noche, señor Gonzalo!

—¡Qué quereis! Lo mismo me sucede siempre que os veo. Mirad, señora Marta: os conservais tan fresca, y tan lozana como una aurora de mayo..... además, teneis un corazon que nunca puede envejecer, de modo que..... vamos..... ¿no os parece que hariamos los dos muy buenas migas?

—Dejadme..... dejadme..... sois el enemigo tentador.....

—¡Señora Marta! ¡Señora Marta! gritó á este tiempo doña Mencia, desde lo alto de la escalera. ¿Os habeis roto alguna pierna, que no acabais de subir?

—Allá voy, mi señora, allá voy..... respondió la dueña; estaba preguntando al señor Gonzalo por la salud de S. M.

—Tiempo habeis tenido de enteraros de la de todos los habitantes de Madrid, replicó la doctora. Entretanto nos teneis á oscuras.

Subieron por último la señora Marta y Gonzalo y entraron en la habitacion, á la que ya se habia dirigido á tientas y murmurando doña Mencia.

El confidente de don Fernando hizo una seña disimulada á doña Isabel, que se habia levantado de su asiento y dijo con el mayor descaro del mundo:

—Poco previsoras sois de noche, supuesto que dejais entrar al lobo en el redil.

—Esplicadme eso muy claramente, señor Gonzalo, repuso la anciana señora algun tanto alarmada con tan estraño exordio; ó mas bien, sepamos el mensage que os ha dado el doctor Pimentel.

—Entendámonos, mi señora doña Mencia; traigo en efecto un recadito de mi amo y señor, pero no es para vos, sino para su muy querida hija doña Isabel.

—Pues cumplid con vuestro encargo.

—¡Oh! No por cierto, porque demasiado conozco mis deberes y lo que vos mereceis.

—Vuestras razones significan.....

—Significan, mi señora doña Mencia, que tambien soy esta noche correo de gabinete del doctor Cornejo, y que he de dar principio por su mandato.

—¿No vendrá por ventura á dormir?

—Eso es lo que no podré aseguraros; pero si á las once en punto no le veis llegar, será inútil esperarle.

—Podeis enterarnos de lo que os ha dicho.

—Cuatro palabras: al saber que yo debia veros, por haberme entregado su compañero y amigo el doctor Pimentel un billete para su amada hija, me ha pedido os comunique de su parte, que probablemente pasará la noche en el Real alcázar; pues aunque ya os ha avisado por Mendo que S. M. se habia sentido mejor, ha vuelto á recaer con síntomas fatales y.....

—Pero, señor ¿qué es lo que estais relatando? Si no hemos visto á Mendo.....

—¡No le habeis visto!..... Cosa estraña, porque salió de palacio mucho antes que yo.

—¡Válgame el cielo! ¿Le habrá sucedido algo?

—Lo que os aseguro es, que cuando se separó del doctor Cornejo, el rey nuestro Señor se encontraba un poco aliviado de su dolencia, y que ahora.....

—¿Sabeis, señora Marta, que no sé lo qué pensar? esclamó doña Mencia soltando la rueca.

—¡Eh! No os inquieteis, la respondió Gonzalo; habrá encontrado el buen Mendo algun amigo con quien departir, y querrá aprovechar el fresco de la noche.....

—Y yo os juro que si no hubiera tenido algun tropiezo, ya es-

taria aquí, observó la señora Marta. Es mozo puntual y nunca falta á sus obligaciones.

—¡Oh! No lo decia por tanto, y así..... él parecerá muerto ó vivo

—¡Muerto ó vivo decís, señor Gonzalo! La Vírgen Santísima de la Almudena nos ampare.

—Nos amparará, no lo dudeis, y tambien á Mendo. En fin, mi señora doña Mencia, ya quedais enterada del mensage que..... puedo afirmaros que no saldrá esta noche el doctor Cornejo de la Real cámara, y que.....

—De ese modo, replicó la doctora, nos acostaremos tempranito.....apenas hagamos colacion. ¿No es verdad, doña Isabel?

—Sí, por cierto; como vos lo dispongais, respondió ésta.

Y dirigiéndose á Gonzalo, añadió:

—¿Qué habeis hecho del billete de mi padre?

—¡Ah! se me habia olvidado, contestó el escudero; perdonadme si.....

Y echando mano al bolsillo del jubon, sacó la carta y la entregó respetuosamente á doña Isabel.

Nuestra veracidad nos obliga á decir que la hermosa jóven se turbó al acercarse al velon, para enterarse de lo que su padre la escribia. Tal vez adivinaba su corazon el busilis del enredo de Gonzalo; y en efecto, no se equivocó, porque el billete decia así:

«Si no quereis verme espirar de desesperacion, os asomareis »esta noche á las once á una de vuestras ventanas. Quien os ama »y os respeta.»

«Don Fernando.»

Debajo de estas líneas, que doña Isabel recorrió para sí con la vista, figuraban las siguientes, que no tuvo reparo en leer con clara, aunque temblorosa voz:

«La salud preciosa del rey nuestro Señor exige esta noche mis »cuidados y los del doctor Cornejo: es por lo tanto imposible que »vaya á buscarte, y así espero que mi señora doña Mencia se dig»nará darte cena y cama; que yo pasaré, apenas mi obligacion

»me lo permita, á agradecerle su fina voluntad y los muchos fa-»vores que nos hace para honra nuestra.»

Vuestro padre, El doctor Pimentel.

—¿Volveis á palacio, señor Gonzalo? preguntó doña Mencia al escudero.

—Ahora mismo, señora mia, con tal que me deis vuestra licencia, respondió el viejecillo socarron: ciertamente no osaria atravesar las calles de la corte á estas horas; pero..... me aguarda ahí en frente un moceton de alma en estuche, y nada temo en su compañía.

—Mas no os ireis sin hacer antes colacion con la señora Marta. ¿Quereis rezar el rosario?

—¡Oh! Eso sí, porque soy, gracias á Dios, cristiano viejo, y sobre todo, porque es útil y conveniente hallarnos siempre en gracia, para lo que pueda acontecernos.

El rosario siguió su comenzado curso, y concluido que fué, se despidió el escudero, sin aceptar la colacion ofrecida, alegando que tenia muchísimo empeño en presenciar todo lo que ocurriera en la cámara del rey.

—Pues no dejeis de advertir al doctor Pimentel de mi parte, le dijo doña Mencia, que ya sabe que son suyas estas cuatro paredes, y que por lo tanto no está bien que me asegure tanto agradecimiento. Doña Isabel es para mí una hija y como tal será tratada, mientras permanezca á mi lado, que será todo el tiempo que su señor padre disponga.

Gonzalo hizo á la doctora una reverencia profundísima, miró á doña Isabel con marcada intencion y siguió los pasos de la señora Marta, que ya habia encendido otro velon para alumbrarle.

No hubo entre ellos diálogo en la escalera ni en el zaguan, porque el escudero tenia mucha prisa de ganar la calle. Media hora despues se habia despachado la colacion en casa del doctor Cornejo, y tanto doña Mencia como el ama de gobierno dormian el sueño de los justos. Por lo que hace á doña Isabel, acababa de acostarse vestida, y aplicaba atentamente el oido á todos los rumores que se sentian en la calle.

El amoroso empeño y las tiernísimas cartas de don Fernando, que Gonzalo la entregaba, habian ablandado el inocente corazon de aquella jóven sin esperiencia y sin malicia. Educada evangélicamente en el convento de las *Descalzas Reales*, solo hacia un año que habia conocido á su padre, en quien hasta entonces solo habia considerado un protector. Salió poco despues del monasterio; pero bien puede asegurarse que pasó de un claustro á otro, porque el doctor Pimentel nunca la dejaba salir á la calle, y aun á duras penas la permitia que se asomase á la ventana. Acompañábala él mismo á misa de alba todos los domingos y dias de precepto; pero el diablo, mas listo que todos los doctores del mundo, hizo que don Fernando de Montemar entrase en las *Descalzas* cierta mañana antes de partir á una soberbia cacería. Allí vió á la hija de Pimentel, arrodillada ante el altar de la Vírgen, y su corazon esperimentó los primeros síntomas de una pasion vehemente. La cacería quedó olvidada y nuestro enamorado galan siguió á la doncella y á su padre hasta la calle del *Postigo de San Martin*, donde vivian. No tardó en averiguar que Gonzalo era el escudero de confianza del doctor, y á fuerza de dádivas generosas lo convirtió en confidente de sus pensamientos. Ya hemos visto los resultados que hasta la noche del 11 de julio habia conseguido en sus amores: escribir muchos billetes á la hija del doctor, sin que á ninguno obtuviese respuesta, porque el viejo Pimentel estaba siempre ojo avizor y no la dejaba á sol ni á sombra.

A las once en punto de la noche resonaron tres palmadas en la calle de la *Sarten*, y al punto se abrió el postigo de una ventana. Un hombre se adelantó al mismo tiempo desde la esquina, y aunque estaba embozado hasta los dientes, conocíase á tiro de ballesta que era un jóven apuesto y gallardo. Otro hombre se quedó en la esquina, como para guardar las espaldas al embozado, y éste sin cuidarse de que podia ser oido por alguna curiosa vecina, se acercó á la morada del doctor Cornejo y preguntó con apasionado acento:

—¿Sois vos, doña Isabel?

—Ese es mi nombre, caballero, respondió una vocecita melodiosa, habilmente calculada, para no llamar la atencion de la vecindad.

—¡Ah! ¡Cuántas gracias debo daros por vuestro inestimable favor! repuso el galan desembozándose y arrojando la capa al suelo.

—No entiendo lo que decís, caballero, replicó la hija de Pimentel.

—¡Qué escucho!..... Por el cielo, hermosa mia, no os hagais la desdeñosa. ¡Habeis sido por tanto tiempo ingrata conmigo!

—¿De qué os quejais?..... Pero ante todo ¿quién sois?

—¡Y me lo preguntais!..... ¡Cielos!..... ¡Qué desengaño! ¿Habeis olvidado ya el nombre, con que he firmado tantos billetes como habeis recibido?

—Ya.... pero ¿quién me asegura que sois.....

—Esas palabras me dan la vida. Sí, hermosísima doña Isabel; soy don Fernando de Montemar.

—¡Ah! Ya voy creyendo.....

—¿Nada mas?..... ¿Qué pruebas exijís?

—Discurridlas.

—¿Quereis que llame á Gonzalo?

—¿Está con vos?

—Allí..... en la esquina de la calle, para avisarme de lo que pueda ocurrir.

—En fin, don Fernando..... ¿Qué me quereis, para haberme pedido esta cita?

—¿Qué ha de ser, sino repetiros mil y mil veces que os amo?

—Si no me engañais.....

—¡Oh! Poned mi cariño á prueba, adorada doña Isabel, y vereis como no retrocede ante ningun obstáculo. Pero vos, luz de mis ojos, estrella de mis noches, único pensamiento de mi imaginacion..... ¿no me direis que pagais mi aficion con la vuestra?

—No ignorais que he leido todos vuestros billetes; Gonzalo os lo habrá contado.....

—Es verdad; mas nunca vi vuestras contestaciones.

—¿Qué importa? En primer lugar, no conoceis á mi padre, y luego..... no está bien que una doncella.....

—Ya sé que el doctor Pimentel os oculta á todas las miradas. ¡Cuánto se lo agradezco!

—¿De veras, don Fernando?

—Os lo juro, porque sois una preciosísima joya.

—Mucho favor me haceis; mas..... ¿de qué sirve joya tan guardada?

Don Fernando iba á contestar á la señora de sus pensamientos, pero un grito que resonó al mismo tiempo hácia el estremo de la calle, le obligó á volver la cabeza. Un segundo despues, llevó el viento á sus oidos estas voces lastimeras:

—¡Socorro!..... ¡Favor!..... Que me matan.....

Nuestro galan desnudó su acero, y ciertamente era hora de que lo hiciese, porque un hombre de estatura gigantesca, despues de haber molido las costillas á su sabor al pobre Gonzalo, se dirigia hácia él espada en mano, sin cuidarse de resguardar su cuerpo de las acometidas, que podian llegarle por la sombra.

—¿Quién sois y qué haceis aquí? preguntó imperiosamente á nuestro enamorado.

Éste dirigió la vista hácia la ventana y observando que doña Isabel habia cerrado el postigo, volvióse al preguntador y le respondió con altivez:

—Soy..... quien va á castigaros por vuestra curiosidad y por vuestra insolencia, y hago aquí lo que no os importa.

—Mirad que voy á atravesaros el corazon de una estocada, repuso el aparecido. Si sois noble, despejad al punto, porque estais en terreno que me pertenece, y si plebeyo, preparaos á que haga con vos lo que acabo de hacer con el papanatas que habeis dejado en la esquina.

—Noble soy, replicó don Fernando, y ahora vereis si os escarmiento por vuestras baladronadas.

—Entendámonos antes de reñir. ¿Habeis venido á esta calle por una muger?

—Eso es lo que no quiero deciros, seo guapo.

—¿Por qué?

—Porque no sufro que nadie me pregunte.

—Os he dicho que estoy en mi terreno.

—Cuando lo ganeis con la punta de la espada.

—No reñiré, si primero no contestais á mi pregunta.

—Pues os contestaré, por obligaros á reñir. He venido á esta calle citado por una muger hermosa.

—¿Su nombre?

—Ese es mi secreto.

—¿Os ha hablado desde la casa que teneis enfrente?

—Sí.

—Pues defendeos bien, porque vais á morir.

—Poco á poco..... ¿quién sois vos?

—El diablo.



—¿Habeis venido por una muger?
—Os digo que si, para que riñais.
—Pues defendeos bien, porque vais á morir.
—Poco á poco ¿quién sois vos?
—El diablo.

# CAPÍTULO III.

El encuentro de la calle de la Sarten produce á don Fernando un amigo; los magnates de la corte se quedan con la boca abierta.

Estas palabras *el diablo* resonaron en los oidos del primogénito de Montemar, como una provocacion á muerte. El aguijon de los zelos le obligó á guardar silencio, encomendando á su espada las satisfacciones que exigia su agravio, pues no dudaba de que su antagonista fuese al mismo tiempo su rival. Arrojóse, por lo tanto, sobre él con desesperada furia, cruzáronse los dos aceros y solo el choque de las bien templadas hojas y tal cual tristísimo lamento, que arrojaba el asendereado y molido Gonzalo, alteraban la tranquilidad de la noche. El caballero desconocido se defendia á duras penas de las bruscas acometidas de don Fernando, pero éste no tardó en conocer que la intencion de su adversario era fatigarle para asegurar su triunfo: contuvo sus ímpetus, moderó el furor de sus estocadas, y el otro comprendió á su vez, que su maña estaba descubierta. Entonces tomó resueltamente la ofensiva,

y cayendo impetuosamente sobre nuestro valiente enamorado, lo acorraló contra la pared de la casa, que hacia frente á la del doctor Cornejo, y le gritó con ira:

—Aquí..... aquí..... al pié de la morada que acabais de deshonrar, he de arrancaros el último suspiro.

No bien hubo escuchado el amante de doña Isabel estas razones, cuando imaginó que su rival habia perdido el seso. Revolvióse contra él con nuevo encono, sin cuidarse de resguardar su cuerpo, y cuando ya le tuvo á conveniente distancia, le dijo:

—Debeis ser en efecto el diablo, caballero, ó tener aposentado en vuestra alma al enemigo de Dios.

—¿Pronunciais esas infames palabras para libertaros de mi cólera? le preguntó su contrario.

—Pronúnciolas, respondió el jóven Montemar, para sacaros del error en que estais, y á fin de haceros ver que, si os mato, lo cual acontecerá indudablemente antes de un cuarto de hora, tendré de mi parte la justicia del cielo. Sabed que soy demasiado noble, para deshonrar ninguna casa, y que jamás he puesto los piés en la que decís.

—¡Cómo! ¿Osareis negar ahora lo que no ha mucho confesasteis.

—Mentís, caballero: nada he confesado.

—Alto allá, porque recuerdo muy bien vuestras arrogantes palabras. Habeis dicho que el interés de una dama os fija en esta calle.

—Cierto. ¿Y qué?

—En esta calle no hay mas dama que la mia.

—¡La vuestra! Su nombre, caballero..... pronunciad su nombre.....

—¿Teneis necesidad de oirlo de mi boca? Señaladme vos la casa, en que habeis sido venturoso esta noche.

—Imposible, en ninguna he entrado; mi mala estrella, ó vuestra maldita aparicion, ha interrumpido mi plática amorosa.

—¡Pues qué! ¿No os despediais, desde la calle, de la señora de vuestros pensamientos?

—Muchas preguntas son esas y el tiempo transcurre de prisa. Os repito que no he pisado el umbral de la morada, que poco ha señalasteis.

—Respondedme por última vez. ¿Se llama doña Beatriz la dama que os ocupa?

—No..... no; se llama doña Isabel.

—Poco á poco, seo valiente: en esta calle no hay muger de ese nombre, que merezca los obsequiosos rendimientos de un galan como vos.

—Si hasta ahora no la ha habido, por esta noche al menos puedo sostener lo contrario. Ahí..... en esa casa de enfrente la teneis.

Y don Fernando se adelantó, señalando la del doctor Cornejo.

Su adversario se pasó la mano por la frente, como si despertase de un letargo y esclamó fuera de sí:

—Vive Dios, que sois el rondador mas furioso del mundo. ¿Con que amais á una linda fregatriz de estos barrios? ¡Necio de mí, que he alimentado injustísimas sospechas contra.....

—¿Contra quién?

—Contra mi esposa doña Beatriz de Zúñiga, caballero.

—¡Vuestra esposa! Buen negocio íbamos á hacer matándonos aquí, como dos desesperados. Sabed que la hermosa, por cuyos favores suspiro, se llama..... pero ya os he dicho su nombre..... tened únicamente entendido que no es fregatriz, como habeis supuesto, sino la mas apuesta doncella de la corte.

—¡Oh! Gran entusiasmo os inspiran sus gracias; pero repito que no existe por estos contornos belleza tan cumplida.

—¿No? Bien se conoce que nunca visteis á la preciosísima hija del doctor Pimentel.

—¡Demonio! Ahora soy yo quien os asegura que teneis vacío el cerebro. El doctor Pimentel no vive en esta calle.

—Si todas vuestras noticias se reducen á eso, medrado estais. Doña Isabel se aposenta esta noche en la morada del doctor Cornejo, porque su padre está en palacio asistiendo á los últimos instantes del rey.

—¿A quién se lo contais? De allí vengo ahora.

—¿Teneis entrada en la corte?

—Como vos, don Fernando de Montemar.

—¡Ah! ¿Con que me habeis conocido?

—Y quiero que vos no me conozcais. ¿Me entendeis?

—Esa es una órden, caballero.

—Una órden tan terminante, que al faltar á ella puede costaros la vida.

—Avivais en tal manera mi curiosidad, que esa amenaza me obligará á hacer lo que me hubiera prohibido la discrecion.

—¿Y qué hareis?

—Conoceros, aunque á ello se opongan todos los poderes de la tierra. Tengo el médio en la mano, porque no ignoro el nombre de vuestra esposa.

—¿El de doña Beatriz de Zúñiga?

—Se supone.

—Ahora me toca deciros que, si todas vuestras noticias se reducen á eso, medrado estais.

—Allá lo veredes.

—Creed lo que voy á deciros, don Fernando. Os conviene renunciar á esa idea y ser amigo mio; yo os juro que no os pesará.

En el acento con que pronunció estas palabras el desconocido se revelaba una majestad, que inspiraba respeto. Su contrincante no pudo menos que inclinar la cabeza y reconocer la superioridad del que le hablaba, por mas que su orgullo se impacientase, resistiéndose á tan despótica dominacion. Comprendió sin embargo que, en semejante aventura, se ocultaba algun misterio importante, y se propuso contemporizar con las circunstancias, convencido interiormente de que aquel hombre tenia derecho para disponer á todo trance de su voluntad. Envainó, por lo tanto, su espada, cruzó los brazos y dijo al que hasta entonces habia mirado como enemigo:

—Supuesto que no sois mi rival, contadme por vuestro, y si me necesitais en vuestra ayuda, pronto estoy á serviros.

—Os necesito en verdad, don Fernando, y acaso me necesiteis vos.

—Esplicaos.

—No puedo ahora, pero mañana.....

—¿En dónde os hallaré?

—No penseis en ello, pues me corresponde ese cuidado.

Dicho esto, el desconocido echó á andar hácia el estremo opuesto de la calle.

—¿Qué haceis? le preguntó el de Montemar. ¿No entrais en vuestra casa?

—He perdido ya mucho tiempo y es muy tarde.

Y saludando el que se decia esposo de doña Beatriz de Zúñiga cortesmente á su contrario, se retiró con precipitacion de la calle de la *Sarten*. Mas apenas dejó de sentirse el ruido de sus pasos, cuando volvió á abrirse la ventana del doctor Cornejo y la bellísima figura de doña Isabel se dibujó entre las sombras.

—¡Ah! esclamó don Fernando al divisarla. Temia que me hubieseis olvidado.

—¡Olvidaros! murmuró ella. Como si eso fuera tan fácil.

—¿Con que no? En esas dulces palabras se encierra toda mi ventura.

—Si es así, no me pesará el haberlas pronunciado. Sabed, don Fernando, que todo lo he oido, y que voy á castigaros por la ofensa que me habeis hecho.

—¡Ofenderos yo, hermosísima Isabel! Imposible es que lo creais.

—Al contrario: segura estoy de lo que afirmo y mereceis mi enojo. ¿No habeis supuesto que ese desconocido era mi amante?

—Sí..... sí..... es verdad; sus razones me inspiraron zelos, y los zelos desesperacion. ¿Qué quereis? Os amo tanto..... Perdonadme..... perdonadme.....

—Con una condicion.

—Imponedme todas las que os plazca.

—¿Y me obedecereis?

—Ciegamente.

—Pues bien; en primer lugar exijo que nunca tengais zelos.

—Mucho pedís..... mas que el sacrificio de mi vida; porque ¿cómo he de adoraros, sin temer á cada instante perderos?

—¿Y si os otorgo mi palabra de que no me perdereis?

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Suceda lo que suceda?

—Mi fé solo podrá estinguirse con la muerte.

—Curado me teneis de zelos, doña Isabel; os lo juro por el cielo.

—Acordaos siempre de lo que acabais de jurar, y oid bien la segunda condicion. No podeis ser amante mio, para convertirme en dama vuestra.

—¡Y vos lo habeis imaginado!

—No; vuestra nobleza me asegura contra ese pensamiento; mas..... ¿teneis por cosa cierta que llegue yo á ser vuestra esposa?

—¿Por qué no? ¿Quién puede oponerse á mis deseos?

—La oscuridad de mi linage. No brillo entre las apuestas damas de la corte, ni es tal mi nacimiento, que obligue al poderoso duque de Montemar á recibirme por hija suya.

—Me despedazais el corazon, hermosa Isabel, presentando á nuestra dicha obstáculos, que solo existen en vuestra imaginacion. ¿Por qué pretendeis amargar con ellos estos instantes deliciosos? Dejad al tiempo y á mi constancia el cuidado de vencerlos, si llegan á aparecer, y entregaos con tranquilidad á la placentera esperanza de nuestra union. Escuchadme, amada mia: un presentimiento me anuncia que acabo de adquirir un amigo, y que de ese amigo depende nuestra felicidad.

—No me queda mas recurso que el de conformarme con vuestro deseo. Esperaré, y Dios quiera que ese amigo.....

—Ese amigo, bellísima Isabel, merece sin duda alguna mi respeto y adhesion sin límites, ya que, sabiendo quien soy, me ha

hablado con arrogancia, dándome órdenes y exijiendo mis servicios.

—¿Quién puede ser?

—Lo ignoro; su porte es distinguido, si los hay, y maneja bien la espada.

—¡Oh! No hay duda y al principio temblé por vuestra vida.

—¿Y luego?

—Luego no; porque conocí que sois tan diestro ó mas que él.

—Ya no volveremos á tener necesidad de batirnos el uno contra el otro. Os repito que, desde esta dichosísima noche, debemos tenerle por nuestro mas decidido protector.

—¿Y vuestro padre?

—Desechad esa idea; mi padre me ama.....

—Está bien, don Fernando; no os angustiaré con mis tristes vaticinios; os he entregado mi suerte..... disponed de ella como quien sois.

Aquí llegaban de su plática amorosa nuestros dos enamorados, cuando la bien conocida voz de Gonzalo, que á pesar de los golpes que habian llovido sobre sus costillas, se mantenia firme en su puesto, resonó en sus corazones.

—Paso al doctor Cornejo, que se acerca, gritó calculadamente el escudero.

Un tiro de escopeta, descargado á boca de jarro sobre una bandada de palomas, no causa en ella tanta turbacion y espanto, como el que se apoderó de doña Isabel y de su amartelado galan, al escuchar las anteriores palabras. La primera cerró el postigo; el segundo se embozó hasta los dientes, y tomando la parte opuesta de la calle, desapareció á los pocos momentos. En cuanto al prudente Gonzalo, debemos declarar que el estado de sus miembros no le permitia huir, y que por esta poderosa razon, discurrió embutirse en el quicio de una puerta y conservarse empotrado contra ella, hasta que pasase el doctor. Este no tardó en llamar á la suya; abrióle, aunque refunfuñando la señora Marta y entró, sin concebir la menor sospecha acerca de lo que acababa

de acontecer. Gonzalo abandonó al punto su escondite, y saliendo al *Postigo de San Martin*, se dirigió tranquilamente á su morada, suponiendo que, pues el doctor Cornejo habia vuelto del Real alcázar, estaria ya en ella su compañero el doctor Pimentel.

Esto sin embargo no era verdad. El doctor Pimentel permanecia en palacio, por órden del mismo rey don Felipe, quien le habia pedido que asistiese á sus últimos instantes, al paso que despidió á los demas facultativos, diciendo que todo auxilio humano era completamente inútil para la conservacion de su vida. El primer monarca de la dinastía de Borbon, que á fuerza de armas hizo triunfar contra la casa de Austria los derechos que al trono español le daba el testamento de Cárlos II, pasó con ánimo sereno y sosegado la última noche de su vida, llegando hasta tal punto su conformidad con los decretos de la Providencia, que dispuso le enterasen minuciosamente de la situacion del reino.

Acababa de llegar á la corte la desconsoladora noticia de los últimos descalabros de nuestras armas en Italia, y aunque la brillante conducta del infante don Felipe mitigaba hasta cierto punto el sentimiento general, no era menos cierto que la Lombardía, conquistada á fuerza de arrojo en la campaña anterior, acababa de perderse. A esta desgracia se añadia la desaparicion del rey de Nápoles, pues bien puede calificarse de tal su ausencia de los estados que gobernaba, poco despues de haber arrojado de los Pontificios al general de María Teresa, conde de Lobkowitz, sin confiar mas que á cuatro personas el secreto de su viaje. Sus vasallos de las Dos Sicilias le creian en la capital; mas no faltó cortesano que, descubriendo lo que ocurria, lo participó al gobierno de España. Nadie sin embargo osaba poner en conocimiento del rey tan desagradables nuevas, porque los Grandes estaban interesados en ocultárselas, no tanto en consideracion del efecto que debian producir al augusto moribundo, como por la conspiracion en que la mayor parte de ellos se habia comprometido, á fin de que, despues de muerto el rey, ciñese la corona don Cárlos rey de Nápoles y no el príncipe don Fernando, verdadero y legítimo sucesor al trono.

Separados de los demas señores de la corte, platicaban con animacion en la real antecámara el infante don Luis, quinto hijo del rey, que á la edad de ocho años obtuvo el capelo y fué hecho cardenal-arzobispo de Sevilla y de Toledo, cuyas sillas tenia en administracion, y el célebre don Juan Francisco de Vera, marqués de Leyde, el mismo que en 1717 se habia apoderado del reino de Cerdeña y en 1718 del de Sicilia. Su conversacion tenia muchos puntos de contacto con las noticias últimamente recibidas y con el tristísimo suceso, que todos aguardaban por instantes.

—Es de todo punto imposible, marqués; decia el infante. Nadie me hará creer semejante absurdo, pues conozco bien sus elevados sentimientos y no le juzgo capaz de una felonía.

—Señor, replicó el de Leyde con respetuoso aplomo, he comunicado á V. A. lo que de Nápoles me escriben, y lo que me escriben es verdad, porque doy entera fé á la persona que me lo asegura.

—¿Y os dice esa persona que él está en España?

—No llega hasta ese punto su revelacion: afirma que salió para España, dejando allí un consejo, para que gobierne durante su ausencia.

—A mucho se espone. ¿No es verdad, marqués?

—Sí por cierto..... se espone á perder su corona.

—Bien dicho, y añadid que á no ganar la que pretende.

—Eso dependerá de los magnates que estén prontos á obedecer la última voluntad de nuestro rey y Señor.

—Entiendo perfectamente el sentido de vuestras palabras, don Juan. La mayor parte de esos Grandes, que tantos beneficios deben á mi heróico padre don Felipe, osan ahora que le ven postrado y sin aliento, desafiar su estinguido poder, escluyendo caprichosamente del trono á mi hermano don Fernando.

—Ellos dicen que no tratan de variar la sucesion, ya que no buscan en otra dinastía rey que nos gobierne, y alegan que tan hijo de don Felipe es don Cárlos como don Fernando.

—El argumento es torpe, si los hay, marqués, y sino decidme

¿por qué, supuesto que ambos son hijos legítimos del rey, no ha de ser acatada por todos la voluntad de éste, que ha elegido al mayor? Los Grandes no intentan variar la sucesion, apelando por ejemplo á la casa de Austria; pero varian la ley de sucesion en la familia reinante, desconociendo los derechos que tiene el primogénito sobre los demas hijos. Hermanos mios son don Fernando y el rey de Nápoles; á ambos quiero entrañablemente, pero he jurado que en esta ocasion me tendrá don Cárlos por enemigo. ¿Puedo contar con vos, marqués de Leyde?

—V. A. no necesita preguntármelo: siempre estoy de parte del derecho, de la razon y de las órdenes del rey. ¡Somos, por desgracia tan escasos en número!

—El duque de Montemar se une á nosotros.

—Ya lo sé, Señor, y no esperaba yo menos de su lealtad. Entre los tres formamos una liga temible contra los conspiradores.

—¿Os burlais? Algo valemos, y ademas tampoco estamos solos.

—¡Ah! Si V. A. ha tenido la buena fortuna de encontrar aliados.....

—Uno solo..... uno, marqués.

—¿Debo preguntar su nombre?

—El marqués de la Ensenada.

—No es mal refuerzo, y si ha ofrecido su cooperacion, nos la dará sin condiciones, porque es hombre de palabra y de hidalguía.

—¿Y no teneis por seguro que los cuatro juntos valemos mas que todos los Grandes?

—Si por cierto, Señor, aun cuando V. A. les añada la cooperacion del aventurero conde romano, que, segun aseguran, acaba de llegar á la corte con poderes del Santo Padre, para resolver la contienda á gusto de nuestros enemigos.

—Todos hablan de ese conde, pero hasta ahora nadie le ha visto.

—Sospecho lo contrario, repuso el duque de Montemar, que á la sazon atravesaba la antecámara y habia escuchado las palabras del infante.

—¡Por Santiago! esclamó el marqués de Leyde. Prepárese V. A. á oir nuevas agradables, porque el duque viene, al parecer, contento.

—No lo creais; antes bien tengo motivos para estar muy disgustado, repuso el primero.

—¡Cómo así! ¿No goza de cabal salud mi señora la duquesa?

—Gracias á Dios, no hay la menor novedad por ese lado.

—¿Se relaciona acaso vuestro mal humor con las desgraciadas operaciones de nuestras tropas en Italia?

—Tampoco: eso puede remediarse, y por otra parte, el mal de que me lamento interiormente nos toca mas de cerca, porque...

—Nos toca, habeis dicho, duque de Montemar, le interrumpió el infante.

—En efecto, Señor, contestó el general de don Felipe, porque desde hoy cuentan los contrarios con un traidor, que acaba de abandonar nuestras filas.

—¿Y ese traidor?

—Es mi hijo don Fernando.

—Imposible, duque.

—¿Cree V. A. que yo le acuse, sin estar bien seguro de lo que afirmo? Anoche tuvo don Fernando un encuentro con un hombre desconocido, cuyas señas cuadran perfectamente á ese conde, de quien hablaba hace un momento V. A. Desenvainaron ambos las espadas y riñeron con furor.

—Hasta ahora, observó el marqués, nada hay en esa relacion que confirme.....

—Dejadme concluir, replicó el duque. Riñeron al principio, es verdad; mas no tardó el desconocido en reconocer su yerro; comenzaron las esplicaciones y el resultado de ellas fué un pacto.

—Proseguid, proseguid, murmuró el infante.

—He concluido, Señor; el pacto se reduce á una palabra empeñada de servirse y auxiliarse mútuamente; pero en los de mi sangre esa palabra empeña á mucho.

—¿Y sabe vuestro hijo, que el tal desconocido es el conde romano?

—Nada me ha dicho sobre ese punto; pero estoy pronto á jurar que no es otro.

—Declarad al menos los motivos que teneis....

—Los motivos, Señor, son muy fáciles de adivinar. Don Fernando conoce á todos los grandes del reino y á cuantos magnates estrangeros tienen entrada en palacio: su desconocido es de la corte, y tanto por su porte marcial, como por la dignidad de sus acciones y palabras, se asemeja mas á un príncipe, que yo á un duque. Solo un reparo tengo que oponer á la idea que me ha ocurrido, de que nuestro incógnito personage sea estrangero.

—¿Cuál es?

—Su esposa lleva un nombre español.

—¡Ah! ¡No ha venido solo! ¡Vive aquí con su familia! Mal conspirador.

—Así parece; está casado con.... doña Beatriz de Zúñiga.

—Doña Beatriz de Zúñiga..... repitió el infante pensativo; doña Beatriz de Zúñiga..... ¡Ah! ¡Qué revelacion!..... ¡Qué descubrimiento! Estamos perdidos.... perdidos sin remedio y mi hermano don Fernando no será rey de España.

—Lo será, pese á quien pese, gritó un caballero de alta estatura, que como llovido del cielo, apareció repentinamente en la antecámara.

El infante don Luis, el duque de Montemar, el marqués de Leyde y todos los magnates allí presentes, corrieron hácia él. El primero le abrazó con efusion, esclamando:

—¡Hermano mio!

Los demas le acataron con respeto, y unos murmuraban:

—¡El infante don Cárlos!

Al paso que otros añadian temerosos:

—¡El rey de Sicilia!

El personage, que de tal modo acababa de atraerse la atencion general, se adelantó hasta el centro del salon; llevando de la mano al jóven cardenal-infante; y dirigiendo sus escrutadoras miradas á los grandes, que le seguian paso á paso, pronunció estas razones:

—He abandonado mi trono de Nápoles, para hacer que en la corte de España se respeten y se cumplan las leyes del reino y la voluntad de mi augusto padre, rey y Señor. Supongo que aquí no habrá viles maquinadores, que traten de torcer esas leyes, y que desconozcan esa voluntad, ya que fuera de España no los ha habido. Si el Supremo Hacedor dispone de la vida del rey don Felipe V, juro por mi corona y por mi espada, que don Fernando VI será el nuevo monarca de Castilla. Hé aquí la gran traicion del rey Cárlos.

Diversas sensaciones produjo tan generosa y leal declaracion en los ánimos de los magnates que la oyeron; pero, si no todos los brazos se estendieron para apoyarla, todas las frentes se inclinaron al menos, por no atreverse una sola á contradecirla. En medio del mas profundo silencio, se abrieron lentamente las dos hojas de la cámara real y presentándose á los cortesanos el respetable doctor Pimentel, les dijo:

—Señores, el rey quiere recibir corte antes de espirar.

Todos entraron, precedidos de don Cárlos de Nápoles y de su hermano el infante don Luis.

# CAPÍTULO IV.

Don Fernando de Montemar empieza á creer que tiene un buen aliado en el rey de Nápoles, aunque no comprende jota del asunto.

Carga y penosa fué la agonía de Felipe V, apellidado con justicia por unos el *Valiente*, y por los mas el *Animoso*. Dios se apiadó al fin de sus padecimientos físicos y le llevó á su seno: murió con la tranquilidad del justo, que se reveló en sus miradas, cuando ya sus labios no pudieron abrirse, para espresar los sentimientos de su alma satisfecha. El reinado de este monarca, primero de la dinastía borbónica, que en todo, menos en la licencia y el escándalo, imitó á su padre el gran Luis XIV, fué una série nunca interrumpida de combates y de triunfos, de contrariedades y de sinsabores. El amor de sus súbditos le hizo olvidar los últimos y coadyuvó eficazmente á los primeros. Justo es que nosotros, si hemos de enterar al lector de los acontecimientos mas importantes, ocurridos en la época de la verídica relacion que hemos em-

prendido, volvamos la vista atrás y consagremos cuatro palabras á su memoria.

Todos los historiadores aseguran que una intriga, secretamente manejada por el cardenal Portocarrero con apoyo del embajador de Francia, dió al traste con los planes del conde de Oropesa, y obligó al supersticioso Cárlos II á firmar el célebre testamento, en que transmitia la corona de España al duque de Anjou. Luis el *Grande* ambicionaba desde 1696 que un príncipe de su familia heredase el trono de Castilla; mas érale preciso ir preparando el terreno y firmar la paz con el rey católico, antes que este bajase al sepulcro, suceso que anunciaban como próximo las continuas enfermedades del infeliz Cárlos II. Ofrecióle por lo tanto la restitucion de todo cuanto habian ocupado sus ejércitos, y no pudiendo negarse razonablemente España á tan generosa proposicion, estipulóse la paz por el tratado de Riswich en 22 de setiembre de 1697, con acuerdo de todas las potencias beligerantes. El príncipe de Orange, rey ya de la Gran Bretaña, no cayó en el lazo, y suponiendo desde luego, que muerto el rey de España sin sucesion, pasarian á un príncipe francés los dominios de este reino, presentó un proyecto de division ó particion de la monarquía, que fué aceptado en el Haya por los embajadores de la mayor parte de los soberanos de Europa. Nada alcanzó sin embargo con esta estratagema diplomática, que desconcertó completamente el fallecimiento del príncipe electoral de Baviera, heredero presuntivo del rey católico, y tuvo que recurrir á otro espediente, por el cual se adjudicaban los reinos de España é Indias, al archiduque de Austria, hijo del emperador Leopoldo, los de Nápoles y Sicilia al delfin de Francia, hijo de la infanta doña María Teresa, añadiéndole las costas de Toscana, la Guipúzcoa y la Lorena; y el ducado de Milan, por equivalente, al duque de Lorena.

Indignóse Cárlos II de que las cortes estrangeras pretendiesen repartirse tan desembozada como escandalosamente unos estados, cuyo rey aun vivia, y se obstinó en no declarar su última volun-

tad. Entonces fué cuando, para vencerla, se recurrió á la intriga en Madrid. La grandeza, el clero y los ministros le estrechaban sin descanso para que nombrase sucesor, con el objeto de libertar al reino de las perturbaciones, que en otro caso lo abrumarian, y la corte se convirtió en un palenque, abierto á las maquinaciones de las dos poderosas familias que se disputaban su posesion. Sostenian á la casa de Austria el afecto natural del rey, como descendiente de ella, la reina, el marqués de Melgar, el almirante de Castilla y el conde de Oropesa; al paso que abogaban por los intereses de la de Borbon, el cardenal Portocarrero y el inquisidor general Rocaberti, eficazmente secundados por el P. Fray Froilan Diaz, confesor de Cárlos II, y por el capuchino aleman Fray Mauro Tenda. Este último exorcizó al desventurado monarca, llenando su espíritu de horribles temores, pues se supuso que le habian dado hechizos, por lo que se alborotó sériamente el pueblo y tuvieron que huir de la corte el conde de Oropesa y sus parciales. Redoblaron entonces sus esfuerzos los partidarios de la casa de Borbon, y atemorizado el rey, consultó el gravísimo asunto de la sucesion con el papa Inocencio XII y con una asamblea de ministros y de hombres notables, quienes opinaron casi unánimemente, que el derecho al trono de España pertenecia á don Felipe, duque de Anjou, hijo segundo del que entonces era delfin de Francia, en calidad de nieto de María Teresa de Austria, hermana mayor del rey y heredera de la corona, segun las leyes del reino. Prevaleció, por último este parecer, y sacrificando sus inclinaciones á la razon de estado, espuesta por sus consejeros, otorgó su testamento en 2 de octubre de 1700, declarando por sucesor de toda la monarquía española á don Felipe.

Recibido éste el año siguiente en Madrid con pompa y magnificencia inusitadas, no tardó en verse obligado á desplegar todo el valor de su ánimo para sostenerse en el trono. El emperador Leopoldo le declaró al punto la guerra y aun consiguió algunas ventajas en los encuentros de Chiari y de Carpi: y la Gran Bre-

taña, Holanda, Portugal, Prusia, Módena y Saboya, unas antes y otras despues, formaron una terrible liga para derribarle.

El nuevo monarca no se adormeció entre las delicias de la corte; corrió á Italia y dió órdenes tan apremiantes al duque de Vandome, que este general, destacándose del ejército contra un cuerpo de tropas imperiales acampadas en Santa Victoria, á las órdenes del renombrado general Visconti, lo sorprendió é hizo en él horrible carnicería. El resultado de tan brillante operacion fué la inmediata entrega á los españoles de las plazas de Reggio, Módena, Correggio y Carpi: el triunfo de Luzzara, debido tambien á las sabias combinaciones del rey católico, que peleó durante cuatro horas al frente de sus intrépidos soldados contra el famoso Eugenio de Saboya, reputado por el mejor caudillo del emperador, impuso á las potencias europeas y acrecentó la confianza que en él habian depositado los españoles. Seis mil alemanes perecieron en tan memorable refriega, y el vencedor entró en Luzzara, abandonada precipitadamente por su enemigo, que no se atrevió á esperarle. La toma de Guastala, despues de seis dias de trinchera abierta, puso término á una campaña tan gloriosa.

No lo fué menos la de Portugal, pues á pesar del empeño y obstinacion del archiduque y de sus aliados los ingleses y holandeses, que habian enviado fuerzas respetables á Lisboa, marchó don Felipe en persona á la cabeza de su ejército, apoderóse de once plazas, hizo que la guarnicion de Portalegre se entregase á discrecion, tomó en seguida á Castel-David, dominó todo el territorio circunvecino y puso en contribucion á las provincias interiores. Verdad es que al mismo tiempo fué sorprendida la plaza de Gibraltar por los ingleses; suceso desgraciado, debido á la gran falta de no tener guardado tan importante punto, supuesto que únicamente lo guarnecian ochenta hombres.

La sublevacion de los catalanes y aragoneses, que proclamaron rey de España al archiduque de Austria, la entrada en Castilla del ejército portugués, el aislamiento en que quedó el rey católico, por haber perdido los franceses las dos batallas de Tu-

rin y de Ramelly y el sitio frustrado de Barcelona, no pudieron hacer que desmayase un punto su valor. Necesitaba un aliento, que correspondiese á las inmensas dificultades, que por todas partes le acosaban, y con verdad puede asegurarse, que nunca se mostró tan superior á sí mismo, como en los repetidos reveses y contratiempos, que le deparó la fortuna. Triunfó de todos los obstáculos, derrotando á los portugueses é ingleses, en Almansa, reduciendo á Zaragoza, Requena, Lérida, Mequinenza, Morella y otras muchas plazas, sufriendo nuevos descalabros, que supo resarcir con nuevas victorias en Brihuega y en Villaviciosa, y obligando á las potencias coligadas á abandonar sus propósitos de desposeerle. Desde entonces empezó á disfrutar el reino los beneficios de la paz, y entonces fué tambien cuando don Felipe tomó la resolucion de huir de los negocios, abdicando la corona en favor de su hijo el príncipe don Luis, y retirándose en 1724 á la soledad de San Ildefonso. El nuevo soberano solo reinó diez meses, porque unas viruelas malignas le arrebataron al amor de sus súbditos, y cediendo Felipe V á las instancias y consultas de sus consejeros, así como á la impaciencia y deseo general, empuñó otra vez las riendas del gobierno.

¿Necesitamos, por ventura, recordar los memorables sucesos del segundo período de su reinado? Solo diremos, para enlazarlos con los importantísimos de la guerra de Italia, cuyos pormenores quedan ya referidos, que España continuó recobrando bajo sus auspicios nuevas fuerzas, como lo demostró palpablemente la reconquista de Oran, cuya ejecucion confirió el rey á la pericia y al talento del duque de Montemar, quien acreditó desde luego que era digno de tan distinguida honra, porque en tres dias se apoderó de la plaza, despues de haber derrotado en batalla campal al ejército de los moros. Poco añadiremos acerca de la guerra de Italia. Habiendo empuñado las armas el rey de Francia en favor de su suegro Estanislao, electo por segunda vez rey de Polonia, tomó don Felipe su parte correspondiente en la contienda, como se lo aconsejaban la razon y la justicia, y puso al frente de un

ejército aguerrido al mismo duque de Montemar, que tanto acababa de distinguirse en África. El general español penetró en el reino de Nápoles, mientras las tropas francesas se posesionaban de la Lombardía, y animadas las nuestras con la presencia y denuedo del infante don Cárlos, hijo de don Felipe y de su segunda esposa doña Isabel Farnesio, tomaron á Cápua, Nápoles y Gaeta. Los alemanes, sin embargo, conservaban en el mismo reino un ejército tan numeroso como el del duque, y este se propuso atacarle y vencerle á toda costa. Temeroso el enemigo fué retirándose hácia el territorio de Bari; mas resuelto, por último, á arriesgar una batalla, se atrincheró fuertemente en las inmediaciones de Bitonto. En ellas le buscó Montemar, y atacando con ímpetu las trincheras, las forzó por todas partes y derrotó de tal modo á los imperiales, que muy pocos lograron poner en salvo sus vidas. En tan famosa jornada hicieron prodigios de valor la infantería y caballería de nuestro ejército de Italia; pero el duque de Montemar, no satisfecho aun con la gloria que en ella habia adquirido, ocupó militarmente los reinos de Nápoles y Sicilia, y en menos de un año cayeron en su poder todas las plazas fuertes, que guarnecian los imperiales. Despues pasó á desalojarlos de las costas de Toscana, y únicamente la paz detuvo los progresos de sus armas victoriosas.

Nuestros lectores están ya enterados de los acontecimientos á que dieron lugar la muerte del emperador Carlos VI y la exaltacion de María Teresa al trono de Hungría. Prosigamos, por consiguiente nuestra narracion.

Apenas hubo cerrado los ojos el rey don Felipe V, cuando don Cárlos de Nápoles, abrogándose una autoridad que no tenia, dispuso que se leyese el testamento de su padre, en presencia de toda la corte. Hízose así, pues nadie se atrevió á oponer el menor reparo á sus deseos, y oyeron todos que el difunto monarca instituia por heredero de todos sus estados á don Fernando.

—Ya lo sabeis, señores, dijo don Cárlos en voz alta, cuando se terminó la lectura de la última voluntad del finado; el acuer-

do que acabamos de escuchar es el mismo que nos prescriben las leyes españolas. Yo juro, en mi calidad de infante de España, sumision y respeto al nuevo rey, mi hermano y mi Señor, y como rey de Nápoles y Sicilia, paz y estrecha alianza con vuestro soberano. ¿Le reconoceis como tal?

Todos inclinaron las frentes en señal de asentimiento.

—Si aquí ó fuera de aquí hay alguno, añadió el infante con energía, que intente sostener mis derechos al trono de Castilla, le declaro traidor y desleal á su legítimo rey y Señor. Entiéndase así por todos, porque así conviene á mi honra como príncipe, y á mi conciencia como cristiano.

Pocos momentos despues de esta imponente escena, en que se patentizaron completamente, aun para sus mas tenaces enemigos, los nobles sentimientos de don Cárlos, pasaron éste y su hermano el infante don Luis, seguidos de todos los magnates, al salon del trono. En él se hallaba ya don Fernando y lo cercaba imponente guardia, tanto para dar esplendor al acto del juramento, como para reprimir cualquiera intentona que secretamente se hubiese preparado. Los magnates se cubrieron á una señal que les hizo el nuevo soberano, y doblando el primero la rodilla el rey de Nápoles, le dió acatamiento. Don Fernando le abrazó cordialísimamente, y lo mismo hizo con su hermano el cardenal infante, y luego fueron pasando los grandes del reino, inclinándose delante de las gradas del trono y jurando, uno despues de otro, fidelidad al monarca. Aquel no era ciertamente un reconocimiento público y solemne de los incontestables derechos de don Fernando, sino un acto preventivo, aconsejado por las circunstancias, para atajar los vuelos de la traicion, que bullia en secreto desde los primeros síntomas de la enfermedad de Felipe V. Don Cárlos habia preparado la escena, con el objeto de dar un golpe mortal á los magnates, que se decian partidarios suyos, y se habia propuesto comprometerlos con el juramento de su lealtad, para que fuesen rigurosamente castigados, si á él faltaban algun dia.

A las nueve de la mañana hervia la muchedumbre en la plaza

de palacio. Iban y venian emisarios de una parte á otra, agitábanse las gentes en todos sentidos y corrian nuevas de públicos trastornos. Pero no se descuidó el rey de Nápoles, quien á todo trance queria asegurar la corona en las sienes de don Fernando VI. Habia conocido pocas horas antes, y media despues de su llegada á Madrid, á un hombre de corazon sereno y de ilustre nombre, con quien desde luego creyó que podia contar, y no se engañó en su conjetura. Este hombre mandaba la guardia interior del real alcázar, cuando el pueblo, instigado por emisarios secretos, empezaba á rebullirse, pues le habia bastado un aviso para encargarse de aquel puesto de honor. Al punto mandó despejar la plaza, y al ver que los magnates, despues de haber prestado juramento al nuevo monarca, bajaban casi en tropel para retirarse, detúvoles en la escalera grande de palacio, diciendo con entereza:

—Señores, nadie puede salir hasta nueva órden.

Adelantóse, al oir esto, hácia él, como amostazado el duque de Montemar y le preguntó:

—Don Fernando ¿por órden de quién nos deteneis?

—Duque de Montemar, le contestó el amante de Isabel, en nombre del rey nuestro Señor.

—¿De qué rey? repuso el veterano.

—Dad gracias á Dios de que sois mi padre, pues de lo contrario os castigára por esa pregunta. Del rey don Fernando VI.

—¡Ah! esclamó el general. ¡Y yo que he sospechado de él! ¡Yo que le he juzgado traidor! Subamos, subamos, señores; el rey lo manda y es necesario obedecer.

Casi al mismo tiempo que ocurria este incidente, gritaba un rey de armas desde el balcon principal de palacio:

—El rey don Felipe V ha muerto. ¡Viva el rey don Fernando VI!

La tranquilidad pública no sufrió alteracion, merced á las prudentes medidas que se tomaron para conservarla, y aquel mismo dia fué conducido con gran pompa el cadáver del hijo de Luis XIV

al regio panteon del Escorial. Dos únicas personas, de las que mas figuraban en la corte, permanecieron en Madrid, mientras todos los demas magnates componian el fúnebre cortejo: era el rey de Nápoles, que creia terminados sus negocios en España, y don Fernando de Montemar, su nuevo amigo.

—Habeis cumplido vuestra palabra como quien sois, decia á éste el primero, al mismo tiempo que se disponia á partir para sus estados. Ahora me toca á mí, pues recuerdo haberos dicho anoche que os necesitaria y que pudiera suceder que me necesitaseis vos. ¿Me necesitais en efecto, don Fernando?

—¡Quién sabe, Señor! murmuró con cierta inquietud el primogénito de Montemar. Los príncipes siempre son poderosos auxiliares.

—Eso, amigo mio, pues lo sois desde anoche, no es ciertamente responder á lo que os pregunto; paréceme, sin embargo, que acabo de esplicarme con claridad, diciendo que si en algo puedo serviros, me considero en deuda con vos. Hablad pues sin rebozo conmigo. ¿Os queja algun disgusto, al cual pueda yo poner remedio? ¿Estais harto de la corte? ¿Quereis seguirme á Nápoles?

—Ese interés por mi suerte me obliga, Señor, mas que todos los favores que yo pudiera recibir. No deseo salir de España por ahora, á no ser que.....

—Acabad. ¿No veis que estoy de prisa?

—A no ser que un desengaño me obligue á ello.

—¡Ah! Un desengaño..... ¿Con que no fué capricho pasagero el que os condujo anoche á la oscura calle, en que nos encontramos? ¿Es realmente una pasion bien arraigada?

—No puedo negarlo, Señor.

—Así debe ser en efecto, porque tampoco he olvidado que os enojasteis mucho, cuando os creí locamente prendado de una.....

—De una fregatriz cualquiera, si no miente mi memoria.

—La teneis tan buena como yo, don Fernando. Fregatriz dije, y vos me replicasteis que hablaba así, porque no conocia á la hija del doctor Pimentel. ¿Es cierto?

—Ciertísimo. Hoy sostengo lo mismo que dije anoche.

—De modo que esa es la hermosura que os saca de quicio.

—Doña Isabel, Señor, es una jóven tan virtuosa como bella y no acepta mi aficion como pasatiempo.

—Lo cual prueba que sois correspondido.

—Así debo creerlo, si he de juzgar por la cita de anoche.

—Tanto mejor. ¿Qué temeis pues?

—Hoy nada; vivo satisfecho y confiado.

—¿Y mañana, don Fernando?

—Mañana..... tal vez se presenten obstáculos..... ignoro si podré vencerlos.

—Ahora lo entiendo todo: acaso me necesiteis, cuando aparezcan las dificultades.

—Es posible que así suceda, Señor.

—Está bien, amigo mio; yo tambien soy hombre de palabra, y no os faltará, por el mundo entero, la que os he dado. Respondedme á otra pregunta. ¿Se halla enterado de vuestro amoroso empeño el duque de Montemar?

—Nada sabe hasta ahora.

—Perfectamente; procurad que lo ignore.

—Pero es el caso que alguna vez tendré que descubrírselo. Doña Isabel no ha de entrar en mi familia por una puerta falsa.

—Yo me encargo del asunto y seré vuestro embajador, cuando juzgueis que ha llegado el momento de hablar á vuestro padre.

Don Fernando no pudo ya contener los impulsos de su gratitud, y en vez de contestar á don Cárlos, le besó las manos con las mayores muestras de contento. El rey le preguntó sonriéndose:

—¿Ha sospechado el doctor Pimentel el desvarío de su hija?

—Presumo que no, respondió Montemar con viveza.

—Si llega á conocerlo, noticiádmelo al punto. Aseguran que es hombre terco, si los hay; pero yo..... entendedlo bien; solo yo poseo el talisman que ha de amansarle, en caso de que se niegue á vuestra demanda.

—Estoy tranquilo, Señor, porque esas palabras generosas ga-

rantizan mi felicidad y quisiera pagarlas con toda mi sangre, esclamó fuera de sí nuestro enamorado.

—Nada de eso, amigo mio, repuso el rey; necesito que vivais, porque voy á encargaros una comision que no he podido cumplir, y que solo debo confiar á vuestra hidalguía.

—¡Oh! Ya anhelo saberla, para volar á.....

—No os impacienteis hasta la noche, porque solo de noche habeis de servirme, bajo palabra de honor de que nadie en el mundo, ni aun la hija del doctor Pimentel ha de tener conocimiento de.....

—Yo la empeño solemnemente, Señor, y juro que.....

—Basta, don Fernando; no es menester que sigais protestándome vuestra lealtad. Esta noche á deshora ireis á la misma calle, en que anoche reñimos, y llamareis á la puerta de cierta casa, que ya conoceis.

—¿La del doctor Cornejo?

—La de enfrente, aquella que os indiqué como morada de doña Beatriz de Zúñiga.

—¡Ah! Es verdad; la habia olvidado.

—Y la volvereis á olvidar, desde el punto en que quede desempeñada vuestra comision.

—Así lo haré, porque tal es mi obligacion desde este instante.

—Llamareis á la puerta, como he dicho, y á la persona que se asome á preguntaros quién sois ó qué buscais, responderéis *Sicilia*: esta palabra os dará paso franco.

—¿Y despues?

—Despues..... os recibirá la dama que antes he nombrado.

—Si no es mas que eso.....

—No he concluido, añadió don Cárlos, sacando del pecho una carta y poniéndola en manos de don Fernando.

—Entiendo, dijo éste en voz baja; debo entregar este pliego á doña Beatriz de Zúñiga.....

—Mas no lo hareis antes de escuchar de sus lábios la palabra *Nápoles*.

—Está bien, Señor.

—Os advierto ademas, que guardeis para vos el secreto de mi venida á Madrid.

—¡Buen secreto nos dé Dios! ¿Hay por ventura quien lo ignore?

—Sí por cierto; lo ignora doña Beatriz.

—Mas..... llegará á saberlo.

—Si vos se lo decís; de lo contrario, no.

—Es que..... os han visto muchos.

—No importa; vive demasiado retirada del mundo, para que lleguen á turbar su soledad las noticias de la corte. Don Fernando, respetad ese misterio, porque os conviene obrar así algo mas que lo que pensais.

—Seré mudo y ciego, Señor.

—Eso exijo de vos; y ahora dadme vuestra mano, pues justo es que se estreche con la mia, ya que nuestros aceros se han tocado.

El rey apretó entre las suyas con afecto la mano, que respetuosamente le tendió el jóven Montemar, y montando pocos instantes despues en un fogoso alazan, desapareció de su vista seguido únicamente de dos escuderos, que á juzgar por sus maneras distinguidas, parecian mas bien dos grandes señores estrangeros disfrazados.

Don Fernando se retiró pensativo, aunque sin poder darse cuenta de la intervencion directa, que el rey de Nápoles ejercia indudablemente sobre su destino. Habian llamado vivamente su atencion ciertas razones, que don Cárlos habia pronunciado respecto al doctor Pimentel, y por mas que agotaba los recursos de su ingenio, no conseguia esplicárselas de una manera que le dejase satisfecho. Era evidente, sin embargo, que su poderoso amigo y protector poseia algun secreto importante, cuya revelacion era de gran valer para el padre de doña Isabel, pues no otra cosa podian significar aquellas palabras; *solo yo tengo el talisman que ha de amansarle, en caso de que se niegue á vuestra demanda.* Pero

¿qué talisman, qué secreto era este, y cómo ó por dónde habia llegado á conocimiento del rey de Nápoles? Tales preguntas y otras semejantes se hacia el jóven Montemar, mientras bajaba por la calle *Mayor*, dirigiéndose, para matar el tiempo, hácia las gradas de *San Felipe el Real*. Y su curiosidad y su estrañeza subian de punto, cuando recordaba que don Cárlos le habia encargado el silencio con doña Beatriz de Zúñiga, acerca de su corta permanencia en la corte, y que para hacerlo, se habia valido de las siguientes razones: *don Fernando, respetad ese misterio, porque os conviene obrar así algo mas que lo que pensais.* ¿Qué muger era doña Beatriz de Zúñiga, qué especie de relaciones la unian al rey de Nápoles y cómo se encontraba él mismo envuelto en ellas, sin que jamás lo hubiese sospechado? El tiempo debia únicamente resolver tan intrincado problema, y conociéndolo así don Fernando, determinó seguir el consejo, que habia dado, la noche anterior, á su amada; esperar.

La corte, tanto en el Escorial como en Madrid, estaba de luto; pero al mismo tiempo se preparaban grandes fiestas, para festejar convenientemente el advenimiento del rey don Fernando. Por ambos motivos se veian llenas de cortesanos las famosísimas gradas de *San Felipe*. El hijo de Montemar se confundió entre ellos para oir noticias, mas no bien se hubo acercado á un corro, cuando sintió que le tocaron en el hombro. Volvióse algo mohino, pero en vez de encontrarse sus miradas con las de algun caballero impertinente que le provocase á un duelo, vió á Gonzalo, que le hacia señas para que le siguiese. Obedeció don Fernando y no pudo menos de creer, por la agitacion que empezó á sentir en su pecho, que sin duda acababa de deparale la suerte alguna desgracia.

Largo trecho caminaron por la calle *Mayor* el escudero y el noble, aunque sin pronunciar una palabra. Cansado al fin el segundo de tan prolongado silencio, detúvose de pronto y preguntó al primero:

—¿Qué nueva fatal has venido á comunicarme? Y te prevengo



Don Fernando, respetad ese misterio, porque os conviene obrar así algo mas que lo que pensais.

que me la digas sin mas tardanza, porque estoy resuelto á no dar ya un paso, antes de saberla.

—No he venido á lo que pensais, contestó Gonzalo con flema.

—¿Pues á qué? repuso Montemar.

—A buscaros.

—¿Con qué objeto?

—Con el de conduciros á mi casa..... es decir, á casa del doctor Pimentel.

—¡Estás loco! ¿Qué diablos he de hacer allí?

—No lo sé; pero tal es el encargo que tengo.

—Vamos claros. ¿Me llama doña Isabel?

—No..... no..... mil veces no: os llama el mismo doctor Pimentel en persona.

—¡El doctor!.... ¿Qué me querrá?

—Que le escucheis un rato antes que dé cuenta á Dios de los crímenes que, como médico emponzoñador, ha cometido en este mundo.

—¡Qué me refieres, Gonzalo! ¡El doctor Pimentel en peligro de muerte!

—Ni mas ni menos. Se ha echado la cuenta de que, muerto ya el rey don Felipe, su gran protector, nada tiene que hacer en la corte.

—¿Y aseguras que desea hablarme?

—Como que me ha mandado que os busque con toda diligencia, porque sus horas, segun él mismo dice, están contadas.

—Vamos.... vamos corriendo.... ¡Pobre doña Isabel!.... ¡Qué desgracia!

Diciendo así, echó á andar de nuevo don Fernando seguido del escudero, que á duras penas podia alcanzarle, y atravesando la plazuela de *Herradores*, bajaron á la calle del *Arenal*; poco despues entraron en la de *San Martin* y llegaron á casa del doctor.

---

# CAPÍTULO V.

De como el doctor Cornejo fué por lana y volvió trasquilado.

Debemos á nuestros lectores la esplicacion de un hecho que dejámos pendiente en el capítulo segundo de esta historia. No habrán olvidado en efecto que la señora Marta, ama de llaves, ó de gobierno de doña Mencia, dignísima esposa del doctor Cornejo, habia tenido por conveniente disponer que Mendo, criado de la casa, fuese á palacio en las primeras horas de la noche que cubrió de luto á España con la muerte del rey, para que se enterase de la hora en que, poco mas ó menos, debia retirarse el buen doctor. Saben asimismo perfectamente que, en vez de Mendo, se presentó Gonzalo á doña Mencia con recado de su esposo, diciendo que, aunque éste habia creido poder abandonar pronto el alcázar, porque el rey se encontraba algo aliviado, habia vuelto á recaer cuando menos se pensaba, y por consiguiente debia permanecer á la cabecera del augusto enfermo. Doña Mencia estrañó ciertamente ver

llegar á Gonzalo con el segundo mensage, cuando aun no habia aparecido Mendo con el primero. ¿Qué era del buen criado? ¿Por qué no habia vuelto á casa en toda la noche?

Interpelado vivamente Cornejo por el ama de gobierno, que no transijia con las malas costumbres, declaró que no habia visto á Mendo ni á su sombra, y que por lo tanto nada le habia dicho acerca de la mejoría del rey. Respecto á Gonzalo era ya otra cosa, el escudero del doctor Pimentel le habia advertido en la antecámara real, que iba á llevar un mensaje de su amigo para doña Isabel, y que podia darle órdenes para doña Mencia; él entonces le encargó que la hiciese presente la imposibilidad en que se hallaba de salir de palacio mientras durase la postracion en que S. M. habia caido. Por esta parte estaba á cubierto la responsabilidad de Gonzalo; habia desempeñado exactamente su comision y ninguna falta podia echársele en rostro; pero doña Mencia recordó las palabras del escudero, en las cuales se referia al recado que, segun aseguró, habia recibido Mendo de su amo, relativo á la mejoría del rey; y como el doctor Cornejo afirmaba que no habia hablado con su sirviente, dedujeron todos que en aquel embolismo debia encerrarse algun misterio. La presencia de Mendo hubiera desvanecido desde luego todas sus dudas; pero Mendo no parecia y era indispensable tomar un partido, á fin de averiguar su paradero. La discusion que suscitó este punto fué borrascosa, pues la señora Marta sostenia que el mozo habia pasado la noche entre gentes de mal vivir, en cuyo caso correspondia á los corchetes de un alcalde de corte la tarea de buscarle, en tanto que, á juicio de doña Mencia, era imposible que no le hubiese ocurrido alguna desgracia, por lo cual se empeñaba en revolver cielo y tierra hasta dar con sus huesos.

—Os protesto, gritó el ama de llaves, que no puede atisbar un palmo de diez y seis primaveras, sin que se vuelva loco. Con eso y con un trago de vino en el cuerpo, es capaz de ir á la horca y de no sentir penas, aunque el verdugo le eche la soga al cuello.

—No entendeis jota de lo que estais hablando, señora Marta, replicó doña Mencia con enojo.

—¿Con que no?

—No.... no.... no.... y.... no. Mas valiera que.... pero no quiero proseguir y vamos al asunto. El pobre Mendo es humilde como una mosca y no tiene los vicios que le imputais. Pues no faltaba mas.... Si nunca levanta los ojos del suelo....

—Ya.... dentro de casa.... ya se sabe.... ¿A quién quereis que mire aquí?

—Ea.... ea, señora Marta; esa es harina de otro costal y no viene á cuento.

—Sí viene tal, porque Mendo sabe perfectamente donde le aprieta el zapato, y cuando quiere ve desde lejos. ¿Se os figura que me engaña con su aire de inocente?

—Sois una bachillera y una murmuradora; mas os convendria rezar por vuestros pecados, que meteros en averiguaciones de vidas agenas.

—Bien.... bien.... señora mia; todos tenemos algo de que acusarnos en este mundo.

—¿Qué quereis decirme con esas razones, señora Marta?

—Nada.... nada.... yo me entiendo.

—Entendeos pues hasta el dia del juicio; pero no vengais á hacernos creer que ese buen muchacho ha faltado voluntariamente á su obligacion. Algo le ha ocurrido que....

—De seguro que le ha ocurrido andar de ronda esta noche con algunos bribones. Encargádselo á los corchetes y vereis maravillas. Buen maestro tiene para que no aprenda mucho en poco tiempo.

—¿De quién hablais ahora?

—Del escudero del doctor Pimentel.

—¡Cómo! ¿Tambien os atreveis á sospechar del señor Gonzalo?

—No sospecho; digo lo que me consta y nada mas.

—¡Dios mio!.... ¡Dios mio!.... Nadie está libre de una mala lengua. Despues que ese buen hombre rezó anoche el rosario con nosotros.... ¡Y qué devocion la suya!

—Sí.... sí.... la devocion de Satanás. ¿A que no sabeis que anoche, cuando yo le alumbraba, hizo todo lo posible para que sucumbiese mi virtud?

—¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Qué infamia!

—¡Qué barbaridad, señora Marta! esclamó el doctor Cornejo estendiendo el brazo con autoridad, como para poner término á tan escandalosa polémica. Nos referís cosas que no han sucedido, que no pueden suceder.

—¿Qué razon alegais para probarlo? repuso el ama de gobierno, convertida en una furia.

—Una muy poderosa y convincente, contestó el médico. El dia de San Pacomio cumplisteis cincuenta y cinco años.

—Cincuenta, si gustais, señor mio.

—Y cinco, señora doncella.

—Os digo que no, porque mi fe de bautismo no miente, y me han de oir los sordos, si no consigo convenceros, y....

—¡Eh! callad con mil diablos, ó me obligareis á salir de mis casillas. Se trata aquí únicamente de encontrar á Mendo, y vuestras disputas á nada conducen, como no sea á hacernos perder un tiempo precioso. Con todo, ya que habeis traido á colacion el nombre de Gonzalo, me ocurre una idea.

—¿Cuál es? preguntó doña Mencia.

—Voy á casa del doctor Pimentel y allí examinaré al escudero sobre el mensaje mio de anoche, lo cual nos dará alguna luz.....

—Para quedarnos tan á oscuras como antes, murmuró la señora Marta.

—Veremos..... veremos..... añadió Cornejo; así como así, necesito saber noticias del rey, y si Pimentel ha vuelto á su casa, informarle de que su hija ha pasado bien la noche. ¿No me habeis dicho que hicisteis colacion temprano y que en seguida os retirasteis?

—¡Vaya! Sí por cierto, le respondió la señora Marta, y tenia nuestra jóven un sueño tan pesado que cuando llamasteis á la

puerta, la grité que no se asustase, que erais vos, que volviais de palacio y.....

—¿Y qué?....

—No pronunció una palabra para contestarme.

—Señal infalible de perfecta salud. Dicen Hipócrates y Galeno que cuando se duerme bien, está el ánimo completamente tranquilo y satisfecho. Vamos.... vamos.... no quiero detenerme; pronto estaré de vuelta y os diré el resultado de mi visita á Pimentel.

Salió el prudente Cornejo y la señora Marta emprendió sus ocupaciones habituales, sin conservar rencor alguno contra doña Mencia; ésta, por su parte, no tardó en olvidar la charlatanería del ama de llaves, á la cual estaba ya muy acostumbrada, y encasquetándose sus enormes anteojos, dió principio al repaso de la ropa de su amado esposo. Aquellas dos mugeres se entendian como muchas en el mundo, aunque puede asegurarse que pocos dias pasaban, sin que entre las dos ocurriesen escenas semejantes á la que hemos descrito brevemente. Desahogaban su mal humor en palabras duras, en ágrias reconvenciones y sarcasmos, que se dirigian á quema ropa, y llegado el instante en que ya nada tenian que echarse en cara, porque todo lo habian dicho, se retiraban las dos, cada cual por su lado, para atender á los quehaceres domésticos, sin pensar en las ofensas que acababan de recibir y dispuestas á servirse y respetarse mútuamente, segun lo requeria su respectivo estado.

Cuando llegó el médico de la calle de la *Sarten* á casa de su compañero y comprofesor, no habia vuelto este último de palacio, y el escudero se encontró entre la espada y la pared. Conservó no obstante su serenidad y sangre fria, pues desde luego supuso que el doctor Cornejo iba á pedirle esplicaciones sobre su conducta en la noche anterior, y resolvió hacer frente al enemigo, si no le era posible evitar sus ataques. La idea de que el amigo de su amo se hallaba impuesto de los amores de doña Isabel, de la cita á que habia acudido don Fernando y del encuentro de éste

con el desconocido, estaba fija en su imaginacion, y ni aun remotamente pensaba en que pudiese interrogarle acerca del paradero de su sirviente. No fué por lo mismo poca su sorpresa, cuando el doctor, mirándole de hito en hito, le preguntó sin darle tiempo para que se preparase:

—¿Qué sabeis de mi criado Mendo?

Gonzalo abrió desmesuradamente los ojos; cerrólos en seguida con fuerza para reconcentrarse en su pensamiento, y poco despues apretó los puños, porque no acertaba á salir del atolladero.

—¿Qué noticias me dais de ese mozo? le repitió Cornejo. ¿Estais sordo por ventura?

—¡Oh! No por cierto, gracias á la divina Providencia, respondió al fin el escudero. Oigo perfectamente todo cuanto se me dice; pero á veces me ocurre que no comprendo el sentido de las preguntas que se me dirigen, sin enterarme primero....

—De todo os enterareis, señor Gonzalo, repuso el doctor, porque el asunto lo merece, y así, vamos por partes. Anoche os presentasteis en mi casa con un mensage de vuestro amo....

—Efectivamente; lo recuerdo muy bien.

—Dejadme continuar. Dijisteis á mi esposa que yo no volveria en toda la noche, porque S. M. el rey nuestro Señor...

—Que en paz descanse, le interrumpió Gonzalo con hipócrita dolor.

—¡Cómo! ¡Ha muerto ya! esclamó el médico.

—Así lo afirman las gentes.

—¡Ah! Esperemos todavia, supuesto que mi amigo Pimentel nada os ha dicho.

—Mi amo el doctor se halla en el alcázar.

—¿Desde anoche?

—Desde anoche.

—Bien: eso me prueba que el rey vive; porque sino ¿qué hace allí?

—Os he repetido las voces que desde muy temprano circulan. Diz que el rey ha espirado al amanecer.

—No lo creo, no lo creo, por mas que conozco el peligro en que se ve. Es imposible salvarle; pero mientras permanezca en palacio el doctor Pimentel..... Hagamos aquí punto redondo y prosigamos con nuestro asunto.

—Se me figura que está ya concluido.

—No os juzgaba tan escaso de memoria, señor escudero. Hemos quedado en que hicisteis saber á doña Mencia, mi muy amada consorte, que me quedaba en el real alcázar durante la noche, á pesar del recado que antes llevó Mendo, tambien de mi parte, con no sé qué historia de alivio y recaida de S. M.

—Que santa gloria haya, señor doctor.

—Bien, bien; pero no me hagais perder el hilo, señor Gonzalo. Tenemos en primer lugar un mensage, que yo no pude encargar á Mendo para mi esposa, por la sencillísima razon de que no le vi ayer en todo el dia; y en segundo, un falso testimonio de que sois culpable.

—¡Yo! Mirad lo que decís, señor Cornejo; si el doctor Pimentel no supiera positivamente que soy un hombre honrado....

—¡Bah!..... ¡Bah! ¿Con esas me venís ahora? Lo cortés nada quita á lo valiente, y un escudero puede ser dechado de virtudes, aunque de tiempo en tiempo cometa algunos deslices.

—¿A qué llamais deslices? Veamos los que se me imputan.

—¡Eh! No me obligueis á salir de la cuestion y responded categóricamente á una pregunta.

—¿De interrogatorio estamos? Corriente: preguntad lo que se os antoje.

—¿A qué hora visteis ayer á Mendo?

—A ninguna.

—¿Lo jurais?

—Lo juro.

—Pues acabais de jurar en falso.

—¿De veras? ¿Por qué diablos me preguntais una cosa que sabeis mejor que yo? Pero ya veo que no entendeis palabra de lógica. Yo la he estudiado, señor Cornejo, y os daré la prueba, si consentís que me convierta de preguntado en preguntador.

—Tengo curiosidad de oir cómo es esplicais, señor Gonzalo, porque barrunto que vais á perder la partida.

—Tanto mejor para vos; pero vamos al negocio. ¿A qué hora vi yo ayer á vuestro criado Mendo?

—Cuando fué al alcázar, á saber si yo debia retirarme temprano á casa.

—¿Lo jurais?

—Hombre.... hombre.... eso de jurar así, por solo una afirmacion agena.....

—Luego acabais de asegurarme aquello mismo que os han dicho otros y que no os consta de modo alguno. Habeis perdido el pleito, porque yo juro que no vi ayer á ese mozo, y vos no os atreveis á jurar lo contrario. ¿Cuál es mejor lógica? ¿La mia ó la vuestra?

—Es que.... Mendo no ha parecido desde anoche.

—Y deducís que yo lo tengo guardado en algun escaparate.... Eso se llama pensar.

—Lo echais todo á barato, señor escudero, pero vuestra charla no me satisface. ¿De dónde os vino la idea de fingir el mensage, que yo no encargué á mi criado?

—Respondeos con vuestra misma pregunta. Si vi á Mendo, el mensage fingido estaba de mas, porque á nada conducia; si efectivamente llevé tal mensage á mi muy respetable señora doña Mencia, eso mismo prueba que yo no habia visto á Mendo. Sacadme de aquí, si podeis.

—Teneis, señor Gonzalo, un modo de argumentar que no se dirá sino que convenceis á cualquiera. Pero yo soy perro viejo y nadie me la pega fácilmente: y si no, veamos como os dais traza de contestar á una sola cosa.

—¡Otra vez, señor Cornejo! En fin.... sea: así como así, mi conciencia está tranquila.

—Lo creo.... lo creo; hé aquí la cuestion. ¿Es cierto que noticiasteis á mi esposa, que yo habia avisado la mejoría del rey, nuestro Señor?

—¡Lástima es que haya fallecido! Que Dios tenga misericordia de su alma.

—Eso no es responder.... Os he preguntado.....

—Ya estoy.... ya estoy.... Dije exactamente á mi señora doña Mencia lo que ella ha puesto sin duda en vuestra noticia.

—¿Y de dónde lo discurristeis?

—¡Toma! ¿quién os ha metido en el magin que yo discurro lo que otro me encarga?

—¿Pero quién os lo encargó?

—¿Quién habia de ser? Vos mismo.

—¡Yo!.... ¡Con que yo!.... Sois capaz de volverme loco..... ¿Cuándo os hablé, desdichado, de un mensage que no existia?... ¿Cuándo supisteis por mi boca, que yo habia enviado á Mendo á mi casa?

—¡Otra vez Mendo á colacion! ¿Cómo he de convenceros de que yo no me acordé anoche en vuestra casa del santo de su nombre? ¿Quereis que os lo repita en latin?

—Mirad que tengo testigos; en primer lugar mi esposa....

—Vuestra esposa tiene los oidos á componer.

—¡Eh, señor escudero! Poco á poco....

—Es que.... me habeis exasperado.

—En segundo lugar.... la señora Marta.

—¡Maldita vieja! Dios me libre de su lengua de escorpion.

—Pues anoche no os pareció saco de anis....

—No entiendo..... esplicaos, si gustais. ...

—Digo que anoche..... cuando os alumbraba..... ¡Ah, señor Gonzalo! ¡Qué corrupcion! ¡Qué costumbres tan depravadas!... ¡Y á vuestra edad!.... Es cosa verdaderamente increible.

—Señor Cornejo, me vais poniendo en cuidado con vuestras esclamaciones.

—Haceos ahora el desentendido, despues de los desmanes que cometisteis con tan recogida y virtuosa muger; despues que pusisteis en peligro su castidad.....

—¡Demonio!.... Alguna legion de familiares ha tomado pose-

sion de vuestro cuerpo.... ¿Me juzgais tan reñido con Dios y con mi alma, que tenga valor para acometer semejante empresa? ¡Yo seductor de vuestra ama de gobierno!.... ¡Yo enamorado de una serpiente con faldas!.... ¡De un pergamino!.... ¡De una momia antidiluviana!.... Ea, señor Cornejo, dejadme en paz con vuestras acusaciones, porque soy capaz de no comer en quince dias.

—El hecho es que la señora Marta y mi esposa doña Mencia.....

—Vuestra esposa doña Mencia, que es una santa y bendita matrona, no tiene la culpa de semejante embrollo; la verdadera enredadora es la señora Marta, y.... cepos quedos, porque si se me va la lengua, habrá mucho que contar. Repito, para concluir, que yo no imaginé el mensage, pues vos me lo disteis, y que por consiguiente nada sé ni quiero saber de Mendo.

—Y yo aseguro que sois un bellaco, porque sosteneis lo que no es ni puede ser verdad; porque no os hablé de recado alguno, anterior al que os dí.

—¿No me habeis abrumado con testigos, para defender vuestras afirmaciones?

—¡Oh! Sí, por cierto; testigos irrecusables.

—Pues para probar las mias, tengo yo uno que vale por todos.

—Nombradlo.

—Don Fernando de Montemar.

—¿Y qué tiene que ver.....

—Mucho, señor Cornejo, mucho, porque estaba junto á vos cuando os hablé y me hablasteis en la antecámara real.

—Por Dios que no reparé en él.

—Yo sí, señor Cornejo; preguntadle, porque es hombre que no me dejará mentir.

—Veremos.... veremos.... su testimonio es digno de fé, y si lo da en vuestro favor..... ¡Quién sabe! Tal vez estaria yo distraido.... preocupado con la grave situacion en que se hallaba S. M.

—A quien Dios haya perdonado....

—¡Pero hablaros yo de Mendo en aquellos instantes!

—Ahí está el embolismo de la señora Marta. ¿Por qué supone que yo nombré á vuestro criado? ¿A que no os ha dado noticia del alboroto que hubo anoche delante de vuestra casa?

—¡Qué!... ¡Qué!.... ¿Alboroto decís?

—Y algo mas que alboroto..... riña furiosa de espadas á las once en punto. El postigo de una de las ventanas de vuestra casa estaba abierto; en la calle habia un hombre y en la esquina otro. Llegó un embozado; arremetió con el hombre de la esquina, lo arrojó al suelo y bailó sobre sus costillas una zarabanda: despues se adelantó contra el otro; desnudaron ambos los aceros y hubo la de *vámonos Juana*. Casualmente bajaba yo por el *Postigo de San Martin*, de vuelta de palacio, á donde habia ido para informar á mi amo el doctor, de que su hija doña Isabel quedaba en vuestra casa, con gran contento y satisfaccion de vuestra respetable esposa doña Mencia, cuando presencié el aporreamiento del infeliz, á quien desde luego tuve por criado, que estaba en acecho guardando las espaldas á algun galan, pues un caballero no hubiera permitido que le tratasen tan brutalmente; detúveme á observar lo que ocurria en vuestra calle, y entonces vi luz en una ventana de vuestra casa; pero la retiraron al punto, sin duda porque se acercaba el acometedor, quien no tardó en habérselas con un bulto que le salió al encuentro. Formalizada la pelea, tuve miedo de que el ruido de las espadas y los ayes lastimeros del maltratado mozo que yacia tendido junto á la esquina, despertasen á los corchetes de algun alcalde de corte, y eché á correr como alma que lleva el viento. Ahí teneis el suceso, sin que le falte una tilde: ahora os toca á vos averiguar el motivo que puede haber para que os lo hayan ocultado.

Haciéndose cruces quedó el buen doctor al fin de la relacion del escudero, quien solo habia añadido á la verdad la circunstancia de la luz en la ventana, y descartado de ella la parte activa y desagradable para sus huesos que habia tenido que representar. No se crea que Gonzalo procedia sin causa, revelando al mé-

dico los pormenores de aquella escena nocturna, pues demasiado conocia que tarde ó temprano habia de llegar á sus oidos, y trataba de inspirarle sospechas, ó cuando menos dudas que le impidiesen desentrañar á fondo la cuestion. Cornejo tardó mucho en volver de su sorpresa, y cuando, despues de mil cavilaciones sobre tan estraño acontecimiento, dirigió nuevamente la palabra á Gonzalo, éste no pudo menos que notar en su voz cierto enojo, que le pareció de buen agüero para sus bienes.

—Me admira, dijo el primero, que á esas horas hubiese luz en una ventana de mi casa.... ¡Oh! Yo lo averiguaré hoy mismo.... Pero ¿en quién he de sospechar? Mi esposa doña Mencia no es muger de galanteos.... ¡Bah! con sus setenta años á cuestas..... ¡Pues no faltaba mas!.... ¿Qué os parece de esto, señor Gonzalo?

—Me parece que dais lo que debeis á mi señora doña Mencia, respondió el escudero. Ademas es la misma virtud y solo piensa en rezar el rosario: pero no son todas lo mismo.

—¡Cómo! ¿Imaginais acaso que la hija de mi compañero tiene los cascos á la gineta?... No hay duda en que es jóven y aun hermosa..... pero nunca la perdonaré que por su causa haya habido delante de mi puerta un escándalo. ¡Buen modo de agradecer la hospitalidad!... Que venga, que venga el doctor Pimentel y nos veremos las caras.

—Estais ensartando disparates á roso y belloso, señor Cornejo, y los ensartais por puro vicio. Doña Isabel es jóven recatada, si las hay; nunca ha salido sola de su casa, ni aun acompañada, como no sea con el doctor á la primera misa de las monjas; su padre y yo somos los únicos hombres con quienes habla en este mundo, y es capaz de morirse si llega á figurarse que recelais de su honestidad. Por otra parte, ella ignoraba que debia pasar la noche con vuestra esposa.... ¿cómo pues habia de comprometerse á una cita en calle que no era la suya? Además, cuando yo la vi, no podia con el sueño y aun rezando el santo rosario se nos quedó dormida mas de cuatro veces.

—En efecto.... segun informes de la señora Marta, estaba la niña como un liron cuando llegué de palacio..... eso es..... en el primer sueño, porque se acostaron despues de la colacion, y por consiguiente no pudo ser ella la de la luz..... ¡Ah! Callad.... callad.... ahora me ocurre.... pero tambien la razon se resiste.... sin embargo.... la señora Marta estaba despierta cuando yo llamé....

—¡Ah! esclamó Gonzalo con la mayor naturalidad. ¡Estaba despierta! Luego ya teneis un indicio.... proseguid.... proseguid....

—No.... no.... dejadme, murmuró el doctor: estaba despierta.... no hay duda.... y luego.... ha manifestado tan poco afan por la desaparicion de Mendo.....

—¿Sí? Pues eso anuncia que sabe dónde se halla.

—Asegura que ha pasado la noche entre mala gente.

—¡Bah!.... ¡Bah!.... Señor Cornejo, no os rompais la cabeza para averiguar el paradero del pobre mozo.... Pero ¡qué avispadas son las gazmoñas!.... ¿Quién diria, por ejemplo, que la señora Marta, tan hacendosa, tan rezadora y tan....

—¡Y con mas de medio siglo de esperiencia, señor Gonzalo!.... Es una verdadera abominacion y voy á hacer tal escarmiento que... ¡Uf! La rabia me sofoca y conozco que necesito una sangría. Sí; me siento malo..... muy malo, y si entendierais de pulso, os seria fácil conocer que tengo calentura..... ¡Y todo por los devaneos de una vieja!.... ¡Qué mundo, Dios mio!.... ¡Qué mundo!.... Hoy caigo en cama sin remedio..... y así, cuando vuelva mi compañero Pimentel, no dejeis de advertirle que le espero sin falta en mi casa..... ¿Estais?

—Cumpliré con puntualidad vuestro encargo, aunque se me figura que el lance nos debe tranquilizar por lo que toca á Mendo.

—No quiero que se me hable de ese infame, de ese mal nacido. Ahora lo veo todo claro: él era sin duda el hombre que divisasteis en la esquina, y á quien el otro molió los huesos. Ojalá se los hubiera hecho todos añicos.....

—Antes cegaras, que tal placer tuvieras, pícaro doctor purga, murmuró Gonzalo entre dientes. Te perdono, porque ignoras que el desconyuntado era yo.

Y añadió poco despues en voz alta:

—¿Quereis que os acompañe, señor Cornejo?

—Gracias..... muchas gracias..... no es menester, refunfuñó éste, dirigiéndose á la escalera. Asegurad á mi amigo Pimentel que, si me abandona, voy á dar un estallido.

Diciendo así se marchó furioso, dejando á Gonzalo triunfante y dispuesto á romper lanzas con todos los médicos del mundo. A pesar de su satisfaccion, entró no obstante el escudero en cuentas consigo mismo y despues de examinarlas bien, sacó en limpio que le faltaba un cabo importante por atar. En efecto, necesitaba poner de su parte á don Fernando, cuyo testimonio habia aducido, antes de que Cornejo pudiese dirigirle la menor pregunta, y por si iban mal dadas, determinó llevar á punto esta diligencia sin perder tiempo. Dispúsose pues á salir, y ya se habia persignado y santiguado, lo cual nunca omitia al echarse á la calle, cuando vió presentarse delante de sus ojos la pálida, desencajada y cadavérica figura del doctor Pimentel.

# CAPÍTULO VI.

El premio de una buena obra y un secreto que mata.

No habrá olvidado ciertamente el lector que S. M. el rey don Felipe V habia despedido á todos sus médicos pocas horas antes de espirar, disponiendo que permaneciese únicamente á su lado el doctor Pimentel, para que le acompañase en sus últimos momentos. Pudo creerse entonces y aun se cree hoy por muchos, que la conformidad con los decretos del Altísimo y el convencimiento de que era llegada su hora habian inspirado al augusto enfermo tan estraña determinacion. Sin negar tan poderosas razones, que debian presentarse naturalmente á la idea de un monarca verdaderamente católico y digno de eterna loa por su abnegacion y su levantado ánimo, estamos en el caso de revelar que á ellas se unió otro motivo que, aunque de naturaleza distinta, influyó en gran manera para el propósito de don Felipe. Obedecióse su voluntad; los facultativos que habian sido llamados á consulta, y

Rº nº 306 let 2º vol



aun los mismos de la real cámara se retiraron silenciosos y Pimentel cerró la puerta de la estancia, en que yacia moribundo sobre dorado lecho el primer Borbon que se habia sentado en el trono de Castilla.

¿Qué ocurrió allí, entre aquellos dos hombres y en presencia de Dios? ¿Estuvieron acaso contemplándose frente á frente sin articular un sonido, mientras los magnates disponian á dos pasos de la suerte del reino? ¿Estudiaba por ventura el sabio doctor en las pulsaciones, en la respiracion, en las variadas sombras de la fisonomía del monarca, el secreto del terrible instante, en que el alma se desprende de su cubierta de barro, y vuela á ser juzgada para una eternidad? ¿Consentia por su parte el rey don Felipe en servir de estudio á la ciencia, para que la ciencia no pudiese equivocarse nunca acerca de los síntomas destructores, que anuncian de antemano la descomposicion de los cuerpos? Nada nos dice la historia, encargada, al paracer, únicamente de transmitir á la posteridad los hechos de los reyes, que se relacionan con el destino de los pueblos. Nos corresponde pues rasgar el velo que ha ocultado por espacio de un siglo (1) los pormenores de una escena, cuyos resultados debian ser muy trascendentales para algunos personages de nuestra relacion.

Despues de la órden que acababa de dar para que le dejasen solo con su médico favorito, se hallaba don Felipe en uno de aquellos momentos de dulce tranquilidad y reposo, que hacen concebir esperanzas; en aquel estado de animacion y de lucha del espíritu con la materia, que el vulgo suele llamar *mejoria de la muerte*. El doctor le observó atentamente y movió la cabeza, como dando á entender que no le engañaba el nuevo pronóstico.

—Ya os comprendo, le dijo el rey con acento reposado y sin turbarse. Estos instantes de felicidad no pueden durar mucho: lo he leido ya en vuestros ojos.

—¡Quién sabe, Señor! murmuró Pimentel tristemente: el poder de Dios es grande.

(1) Ciento once años han transcurrido desde el fallecimiento de Felipe V.

—Y á su voluntad suprema he sometido la mia, repuso don Felipe. Venid..... acercaos mas, y ya que el cielo me concede una tregua entre la vida y la muerte, la aprovecharé, haciéndoos partícipe de un secreto, que debe quedar sepultado en vuestro corazon, hasta que.....

En aquel instante acometió al rey una fatiga, que le impidió proseguir. El doctor le suministró al punto un calmante, con el objeto de facilitar su respiracion.

—Voy á morir, esclamó el enfermo penosamente.

—No se halla V. M. todavia en ese trance, Señor, repuso Pimentel con seguridad.

—¿Estais cierto?

—Ciertísimo, Señor: puedo fijar la hora en que.....

—Fijadla, doctor, fijadla.

—Señor..... solo á Dios es dado señalar el momento preciso..... pero si su brazo omnipotente no trastorna esta vez los cálculos humanos..... conjeturo que aun vivirá V. M.....

—¿Cuánto tiempo?

—Señor.....

—¿Cuánto tiempo?.... Decídmelo, Pimentel... vuestro rey os lo manda.... es la última órden que os dirige.... las demas serán... súplicas.... ruegos.... ¿Cuánto tiempo debo vivir?

—Una hora, Señor....

—¡Una hora!... Hágase como Dios quiere.... He cumplido con mis deberes de cristiano.... y con los que me impone la pesada carga que hoy se desprende de mis hombros.... Me falta desempeñar....

—Si es cosa en que este adicto y fiel vasallo puede ayudar ó servir á V. M.....

—¡Oh! Sí, Pimentel... me ayudareis.... me servireis... estoy seguro de ello.... porque sois un hombre leal y honrado....

—Señor, ruego á V. M. que descanse un poco....

—Temeis que la fatiga me ahogue.... Está bien.... conozco que me conviene la tranquilidad.... Pero, doctor.... yo no puedo estar

tranquilo, mientras no deposite en vuestro pecho.... Necesito hablar, Dios mio, necesito hablar, porque dentro de una hora....

—De tres cuartos de hora, Señor....

—Sí.... sí.... mi espíritu se apaga y no debo perder un minuto.... Os he anunciado un secreto.... ahí está.... en el cajon de la mesa que teneis á vuestro lado.... abridlo y sacad de él un paquete....

Obedeció el doctor y entre varios legajos, encontró lo que acababa de indicarle el rey.

—Sois dueño, díjole éste, del honor de la familia mas ilustre del reino..... en vuestras manos queda tambien encomendada mi honra..... ¿La guardareis?

—A costa de mi vida, Señor: solo deseo que V. M. me ordene lo que debo hacer con este depósito.

—Abrireis ese paquete, despues que yo no exista.... buscareis á la persona, que en el escrito que contiene se designa con la letra U..... y sereis su protector.

—Juro, Señor, que así lo haré.

—¡Bendita sea la Providencia divina! He descargado de mi corazon un peso enorme.

—Y yo.... no quisiera afligir en estos momentos el ánimo de V. M.... pero se presenta á mi imaginacion un recuerdo....

—Que no puede relacionarse con lo que acabo de deciros, Pimentel.

—Al contrario, Señor; creo que se relaciona mucho.

—¿Cuál es la fecha de ese recuerdo?

—El año de 1730.

—Está bien, pero insisto en que nada tiene que ver una cosa con otra.

—En el año de 1730 fuí llamado para asistir á una muger....

—Ya que os empeñais.... yo sé esa historia mejor que vos.... aquella muger murió despues de haber dado á luz una niña..... ésta dejó de existir al mismo tiempo que su madre.

—Así lo creyó su asesino; pero la mano de Dios, rey don Felipe, dispuso las cosas de otro modo.

—¡Qué!.... ¡Qué decís, doctor! Esplicaos.... Pronto... pronto...

—Salvé á las dos....

—¡Salvasteis.... Repetídmelo, por Dios.... ¡Oh!... ¡Seria posible!....

—Tranquilícese completamente V. M. en cuanto á tan horrible suceso.

—¡Qué me tranquilice!....

—En efecto: la muger de que he hablado fué envenenada.....

—Sí.... sí....

—¡Ah! No lo ignoraba V. M..... Tanto mejor.... Fuí conducido por fuerza hasta la rica estancia en que reposaba, y allí quedé plenamente convencido del execrable crímen que iba á perpetrarse.

—¿Y qué hicisteis? preguntó el rey con ronco acento.

—Hice, Señor, lo que me ordenaban mi conciencia y mi deber. Dios no permitió la consumacion del delito, y un elixir que suministré á la muger y á su hija las hizo aparecer como muertas á los ojos de sus perseguidores.

—¡Dios de misericordia! ¿Y viven?

—La última, sí; no he vuelto á ver á la primera desde aquella noche.

—El cielo os maldiga, doctor Pimentel..... el cielo os maldiga..... mil veces.

Don Felipe pronunció estas palabras con todo el furor de un alma desesperada; la ira le habia comunicado fuerzas para incorporarse en el lecho y pareció como que revivia con toda la voluntad, con toda la energía de sus mejores épocas de dominacion absoluta. Pero aquel sobrenatural esfuerzo duró poco y acabó de destrozar su existencia; cayó al punto desplomado; sus labios entreabiertos dejaron asomar una espuma sanguinolenta y se declaró el delirio, que por lo regular precede á la agonía. El doctor, trastornado y confundido por el peso de una maldicion, que era hasta entonces su único premio, por el beneficio mayor que habia dispensado á la humanidad, le llamó repetidas veces, mas




—¿Y viven?
—La hija sí; no he visto á la madre desde entonces.
—El cielo os maldiga mil veces, doctor Pimentel.

no obtuvo respuesta y esto le hizo conocer que el augusto enfermo habia perdido ya las facultades de hablar y de oir. Seguro de que solo le quedaban los espíritus vitales, guardó con cuidado en su pecho el paquete precioso, que debia ser para él una esplicacion de la escena nocturna, en que hacia diez y seis años habia tenido una parte tan principal, y abriendo de pronto la puerta de dos hojas de la real cámara, anunció á los magnates del reino, como ya hemos visto, que S. M. el rey don Felipe V, queria recibir corte antes de espirar.

Eran las diez de la mañana del dia 12 de julio de 1746: don Felipe habia muerto á las tres, no en los brazos de la reina su esposa, como aseguran los historiadores, sino en presencia de sus hermanos y de los grandes de Castilla (1); el carro fúnebre que llevaba sus restos, seguia lentamente el camino del *Escorial*; la guardia del real alcázar se disponia á habérselas con los traidores, que osasen proclamar otro rey que no fuese don Fernando VI, y don Cárlos de Nápoles, despues de haber desbaratado completamente con su inesperada aparicion y heróico ejemplo, los planes de los conspiradores, que le ofrecian la corona de España, se despedia de don Fernando de Montemar para volverse á sus dominios.

En la fachada del real palacio que mira al Norte, y al mismo piso de los aposentos, hay una estancia, un recinto mas bien, que aunque de corta estension, es magnífico por su ornato y sobre todo por el alto objeto de su destino. Se compone de tres elipses, por lo que toca á su construccion, á saber; de una grande y elevada, que forma el cuerpo principal, de otra pequeña para cerrar su estremo ó pié y de otra mediana, cuya estension abraza la cabeza y remata en ambos lados, con dos nichones de un diámetro mas que regular. Los machones, que determinan los ángulos entre las elipses, sostienen cuatro bellísimos arcos, cuya

(1) «Viendo la reina doña Isabel Farnesio á su augusto esposo sin esperanza de vi»da, se abandonó al mas acerbo dolor y fueron tan repetidos sus accidentes, que los »médicos tuvieron que hacerla salir del cuarto del rey.» *Leg. 46. marc. P. H. página 129 de los Reb. de Areilio.* Bliot. de Paris.

union con los anillos y pechinas de aquellas sirve de punto de apoyo á un espacioso ático, en el cual se ven cuatro grandes claraboyas, y sobre estas se eleva una cúpula de esquisito gusto. La parte interior del recinto descansa en columnas de mármol blanco y negro veteado del órden corintio, y todas las que figuran sobre la cornisa están recargadas de molduras de estuco dorado y de estátuas y relieves imitando al mármol blanco, con preciosísimas pinturas al fresco en los huecos, en las pechinas, en las bóvedas y en la cúpula, debidas á la maestria del célebre Conrado Giaquinto. Aquellos que hayan visitado la grande obra concebida por el famoso abate-arquitecto don Felipe Jubara y ejecutada por Juan Bautista Sachetti, los que hayan puesto el pié en la regia morada, que Felipe V el *Animoso* mandó levantar, para que sobrepujase en riqueza y elegancia al alcázar antiguo, que el rey-emperador don Cárlos habia convertido en palacio, y que el horroroso incendio de la noche del 24 de diciembre de 1734 habia hecho desaparecer, no olvidarán fácilmente los frescos de la *Santísima Trinidad*, la *Vírgen María*, *San Hermenegildo*, *San Dámaso*, *San Isidro Labrador*, *Santa María de la Cabeza* y la *Batalla de Clavijo* con el apóstol *Santiago* en medio de las huestes sarracenas, que sobresalen entre otros muchos, cuyo mérito indisputable llama poderosamente la atencion en la real capilla.

Allí, junto á la empavonada verja con ribetes y leones de oro, que en otro tiempo dividia el espacio comprendido entre el altar mayor y la tribuna del rey, estaba arrodillado un hombre, que frisaba en los sesenta y seis años. Oraba, al parecer, devotamente; pero el color de su rostro y la tristeza esparcida en todas sus facciones eran claros indicios de interiores padecimientos ó de alguna enfermedad gravísima. Largo rato permaneció de hinojos dirigiendo al cielo sus plegarias, y cuando al fin se puso en pié, hubiérase dicho que mas que á un ser animado se asemejaba á un espectro salido de las entrañas de la tierra, para cumplir en el mundo algun mandato de Dios. Sus ojos habian perdido la fogosa brillantez que los animára en mejores dias,

un temblor convulsivo agitaba sus labios y corrian por su frente heladas gotas de sudor..... apenas podia sostenerse. Y con todo, era tan poderosa la fuerza de voluntad de aquel hombre, que se adelantó vacilante hácia la puerta de la capilla, recorrió toda la galería principal, bajó á la plaza de palacio y se dirigió hácia la calle del *Arenal*. Mas de una hora tardó en llegar al *Postigo de San Martin*, y cuando entró en su casa, solo tuvo fuerzas para decir á su escudero Gonzalo:

—Mis horas están contadas..... Vuela..... busca á don Fernando..... al primogénito del duque de Montemar..... es preciso que hable con él ahora mismo.... mañana será tarde.

El doctor Pimentel habia leido el escrito que contenia el paquete, cuyo depósito acababa de confiar el rey á su lealtad, y aquella lectura era su sentencia de muerte.

Ya hemos visto que el escudero encontró al jóven Montemar en las *Gradas de San Felipe*, y que despues de enterarle de la situacion y de los deseos del doctor, le condujo á la morada de éste. No dejó de advertirle, al entrar en ella, que tal vez el señor Cornejo le dirigiria alguna pregunta, acerca del mensage, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, y le esplicó detenidamente lo que el tal mensage significaba.

—Todo está bien, le contestó don Fernando, y opino como tú, que ese criado Mendo nos estorbaba mucho en casa de su amo, para mi cita con la encantadora Isabel; pero no me has dicho hasta ahora de qué medio te valiste, para que sus entradas y salidas no sirviesen de obstáculo á nuestra amorosa plática.

—¿He tenido tiempo ni ocasion para referiros cosa alguna? replicó Gonzalo. ¿No me cosieron y ribetearon y deshicieron á coces y á puñetazos?.... ¿No la emprendió despues con vos á estocadas el desalmado ladron, que acababa de tratarme como borracho á bota sin vino? ¿No huisteis luego calle abajo, cuando os avisé que se acercaba el doctor Cornejo? ¿Os he visto, por ventura, desde entonces?

—En efecto..... grandes cosas nos han separado; la muerte del

rey y..... pero ahora, antes de que el doctor Pimentel examine mi conciencia por lo que toca á su hija, pues no dudo de que para esto me llame, puedes descubrirme el paradero del mozo, que tantas pesadumbres ocasiona á la familia del señor Cornejo.

—¡El paradero de Mendo!.... Sábelo Dios.

—¡Cómo! ¿Pues no te empeñaste en apartarlo de mi camino, para que yo pudiese acudir con libertad á la cita?

—Y lo aparté; pero de ahí no se sigue que yo haya de decir ahora en qué sitio se encuentra.

—Pero sepamos al menos lo que hiciste anoche con él.

—¡Bah! Una cosa muy sencilla. Cuando salió de su casa con un recado del ama de llaves para el doctor Cornejo, le seguí los pasos.

—¿Nada mas? Supongo que....

—Paciencia y no me saqueis de la cuestion, como dice el susodicho Cornejo. Os vais pareciendo á él y si me preguntais mucho, no sabreis nada.

—Ea; ya te dejo hablar, y así cuenta la cosa á tu modo.

—A ello voy. Pues señor, le seguí los pasos, como acabais de oir, no tardé en persuadirme de que iba al alcázar á hablar con su amo, y de que, por consiguiente, volveria á la calle de la *Sarten* con la respuesta, para tornar luego con otra embajada á palacio, la cual exigiria nuevo mensage para doña Mencia; porque habeis de saber que en este mundo no hay cosa peor que una buena costumbre, pues muger que está avezada, por espacio de cincuenta inviernos, á que su marido reze todas las noches el rosario en su compañía, no transige fácilmente con ausencias que se prolongan hasta las nueve de la noche. Conjeturé por lo tanto que la señora Corneja, moquicaida y melancólica, porque habia volado el pichon Cornejo algo mas de lo regular, nos traeria á mal traer por espacio de muchas horas, y al punto resolví que quedasen sin correo los amartelados esposos. Aquello fué lo mismo que lo del César romano; ni visto, ni oido. Adelantéme á Mendo rápidamente y le esperé junto á la *Escalinata*, teniendo antes mu-

cho cuidado de encasquetarme el sombrero hasta los ojos y de cubrirme bien con mi capa para que no me conociese. Llegó por fin sin recelo alguno á donde yo estaba, y desembozándome de pronto, le eché la capa sobre la cabeza, arrebujándole bien y apretándole con fuerza entre mis brazos: parece que la sorpresa hizo efecto en su ánimo, pues no trató de escabullirse, ni de oponerse á los esfuerzos que yo hacia para sujetarle los brazos; por lo que, imaginando segura la victoria, le dije desfigurando la voz cuanto me fué posible:—Vas á dar media vuelta, so pena de muerte; la hoja de un puñal va á introducirse en tu corazon si no obedeces mi mandato.—Eres el mas fuerte, me respondió temblando; sepamos hácia dónde he de caminar.—Hácia atrás, le repliqué. Movióse el mozo sin esperar á que le repitiese la órden; mas cuando yo creia que iba á dar la media vuelta que le habia indicado, se sacudió bruscamente sobre mí y me abrazó por la cintura. Entonces comenzó entre los dos una desesperada contienda de apretones, que no habia mas que pedir; yo luchaba como un condenado, pero Mendo, mas jóven y robusto, me oprimia con furor, haciéndome ganar terreno sobre la punta de la balaustrada de hierro que cierra la bajada á la calle. Su pensamiento era evidentemente ensartarme todo entero en aquel asador, pero ponia demasiado ahinco y rabia en su faena para que yo dejase de adivinarla; y como no habia perdido mi serenidad, determiné que su misma idea sirviese para su castigo. Aflojé en la defensa, permití que me empujase hasta que mis espaldas tocaron la punta del hierro, y apoyando una mano en él, arrastré al mozo hasta el borde de la *Escalinata*. Casi todo el trabajo estaba concluido; atravesé una de mis piernas entre las suyas, le asesté un tremendo porrazo en la nuca y le hice rodar como una pelota mas de cuarenta escalones de piedra. Despues..... solo me cuidé de recoger la capa, que habia quedado en el suelo, y puse piés en polvorosa.

—De modo que.... no sabemos si has cometido un asesinato.... observó Montemar con cierta espresion de disgusto.

—¡Ca! Ni lo imagineis siquiera: los hombres como el amigo Mendo tienen puas como el puerco-espin y no se lastiman, aunque caigan de un campanario. Seguro estoy de que vive y bebe.

—El hecho es que si no ha espirado, tampoco tiene que agradecértelo.

—Por ese lado se me figura que estamos iguales, porque si yo no hubiera andado listo....

—Ocúrreme sin embargo una dificultad que puede ponerte en aprieto. Supongamos que te preguntan por él....

—¿Por Mendo?....

—Se entiende....

—¿Y cómo quereis que se aposente en mollera humana semejante despropósito?

—Acuérdate, Gonzalo, de que la del doctor Cornejo lo ha concebido.

—De eso tengo yo la culpa, por haber discurrido el maldito mensage, que me figuré era el que debia haber dado el doctor á su sirviente, en caso de haberle visto.

—Pues bien: lo que imagina el señor Cornejo, puede imaginarlo otro.

—¿Quién?

—Don Tadeo Gutierre, alcalde de casa y corte.

—A don Tadeo le doy yo cincuenta y siete vueltas en seis minutos.

—No te fies, Gonzalo, porque esa gente tiene mucha trastienda y huele los despojos de cárcel desde lejos.

—¿Sabeis don Fernando, que si fuera á creer en vuestros pronósticos me marcharia á Italia? Afortunadamente no hacen mella en mi pellejo las aprensiones, y por otra parte tampoco hay motivo para que las abrigue. El buen Mendo está sano y salvo.

—¿Cómo lo aseguras?

—¡Qué diablos! ¿No veis que mi conciencia no me hace perder el buen humor?

—Pero ese mozo no ha parecido.....

—Dejémosle en paz, que ya sabrá lo que se hace.

—Algo me ocultas, Gonzalo....

—¡Yo! ¿Habeis perdido la mollera?

—No hablemos mas del asunto y guíame al aposento del doctor Pimentel.

—¡Pobre amo mio! Ha venido en un estado lastimoso.

—Y.... ¿se halla efectivamente en peligro de morir?

—¡Cuando él lo dice!... Es hombre que nunca se equivoca.

—Vamos pues.... habrá llegado á su conocimiento que amo á su hija doña Isabel.... ¡Ah! Ahora recuerdo que volveré á necesitarte esta noche.

—¿Teneis cita en la calle de la *Sarten?*

—¡Pícaro! Esas citas me llegan por tu conducto. Mas acertaste, por Dios; á la calle de la *Sarten* has de acompañarme.

—¡Bueno! ¿Y quién os asegura que vuestra amada pasará la noche con la familia del doctor Cornejo?

—¡Imbécil! No es doña Isabel la dama que esta noche iré á buscar.

Gonzalo retrocedió santiguándose y sin acertar á creer lo mismo que acababa de oir, pues no podia persuadirse de que hubiese durado tan poco tiempo la amorosa constancia del primogénito de Montemar. No le fué posible sin embargo aventurar la menor observacion sobre la versatilidad de los sentimientos humanos, porque cuando se preparaba á abrir la boca para esponer al recto juicio de don Fernando un excelente trozo de moral, apareció á su vista la señora Marta, llorosa y balbuciente, esclamando:

—¡Doctor Pimentel!... ¡Doctor Pimentel!... Acudid pronto.... que se muere el señor Cornejo.

—¡Eh! la gritó Gonzalo saliendo á su encuentro; mejor será que digais al señor Cornejo que no se descuide en venir á esta casa, porque quien se muere de veras es el doctor Pimentel.

La señora Marta lanzó un grito de espanto y huyó con la velocidad de una flecha. Don Fernando y el escudero entraron en el aposento del doctor.

# CAPÍTULO VII.

En que se manifiesta que las declaraciones de una dueña oficiosa son muy perjudiciales.

Cuando el doctor Cornejo, irritado por las vehementes sospechas que le inspiró el escudero de Pimentel sobre la desenvoltura y liviandad de la señora Marta, dijo al mismo que se sentia enfermo, que necesitaba una sangría y que iba á dar un estallido, si su compañero de profesion no se apresuraba á auxiliarle, en todo pensaba menos en morirse. No debemos pues tomar al pié de la letra las consecuencias fatales contra su salud, que habia deducido de una sofocacion pasagera. Es verdad que llegó á su casa ardiendo en ira y resuelto á tomar eficaces medidas para que no se repitiesen en su calle, ó al menos en frente de sus ventanas, escenas semejantes á aquella, que con tan vivos colores acababa de describirle Gonzalo; pero si la idea de sangrarse se habia presentado á su imaginacion como remedio indispensable para la incomodidad que

sentia, lo cual nos parece muy problemático, se desvaneció de todo punto, no bien puso el pié en el interior de su morada.

Dejamos á doña Mencia ocupada en repasar la ropa blanca del buen doctor, y al ama de llaves entretenida en sus domésticos quehaceres. En cuanto á doña Isabel, que no habia salido de su cuarto durante la borrascosa polémica entablada entre las dos, con motivo de la desaparicion de Mendo, esperaba la vuelta del señor Cornejo para saber si su padre habia salido ya de palacio, y si la ordenaba que se trasladase al *Postigo de San Martin*. Mas no fué el señor Cornejo, enzarzado á la sazon con el escudero de su amigo en averiguaciones harto difíciles sobre el paradero de su sirviente, quien llamó á la puerta con desusado estrépito, que puso en alarma á la familia. Reunidas las tres mugeres en el aposento del doctor, se miraron asustadas como consultándose el grave caso de si, en ausencia del amo de casa, debian abrir al primer antojadizo que llegaba á turbar su reposo: pero su incertidumbre duró poco, porque los golpes del aldabon se repitieron con mayor insistencia, y al mismo tiempo resonó en la calle una voz estentórea, que decia:

—Abran pronto á la justicia del rey.

—¡Jesucristo nos ampare! esclamó la señora Marta. ¡Qué es lo que ha sucedido! ¿Vienen á prendernos?.... ¿A matarnos?.... ¡Y á todo esto solas!.... ¡Desamparadas!....

—¡La justicia del rey aquí! murmuró temblando doña Mencia..... No puede ser..... sin duda se equivocan..... ¿Es por ventura mi casa alguna cueva de ladrones?

—Pues eso digo yo..... repuso el ama de gobierno, que daba diente con diente. ¡Venir á incomodar de esa manera á unas pobres mugeres!.... ¿Y qué hemos de hacer ahora?

—Abrir la puerta sin tardanza, observó doña Isabel, que no habia perdido su serenidad. Es muy peligroso desobedecer á la justicia, y..... por otra parte, si no franqueamos la puerta, no tardarán en echarla abajo.

—¿Y quién es capaz de abrir á esos corchetes que nada respetan? preguntó con terror la señora Marta.

—Yo, replicó la jóven.

Y añadió dirigiéndose á doña Mencia:

—¿Me dais vuestra licencia?

—Sí, hija mia, sí, respondió la respetable anciana. Ya que no hay otro remedio, resignémonos á la voluntad de Dios.

Doña Isabel corrió á la escalera y habiendo preguntado quien llamaba y respondídosele que la *justicia*, levantó el picaporte de la puerta interior y dejó espedita la entrada. Entonces subieron cuatro personas; una de ellas grave é imponente, con capa, sombrero y vara larga, como la que solian llevar los alcaldes de casa y corte; otra encorvada y raquítica, de ojos chispeantes como los del gato montés, y las dos últimas de ordinario porte, revelando en su trage y aspecto su cualidad de esbirros.

No bien estuvo el primero en presencia de doña Mencia, cuando despues de saludarla cortesmente, preguntó:

—¿Hay en esta casa mas individuos que los presentes?

—Solas estamos, señor, quien quiera que seais, contestó la anciana, haciendo de la necesidad virtud, á fin de aparentar un sosiego que no tenia.

—Y no es razon asustar con tan ostentoso aparato á tres mugeres, añadió la señora Marta.

—Calle la dueña, si puede, hasta que sea interrogada, la interrumpió el hombrecillo de la corcova.

—Métase en su concha el galápago, replicó ella. Hablo y hablaré hasta mañana.

—Silencio, silencio, dijo doña Mencia; sepamos de una vez lo que estos buenos señores pretenden de nosotras.

—Yo, señora mia, observó el personage de la vara, soy uno de los alcaldes de casa y corte del rey nuestro Señor, y como tal tengo el encargo de velar sobre el exacto cumplimiento de las leyes y de las reales ordenanzas en la parte de la villa y corte, sujeta á mi jurisdiccion, á la cual corresponde esta calle. Vengo por lo mismo á tomar una declaracion al doctor don Rufino Cornejo, sobre un acontecimiento escandaloso y grave, y á proceder seguidamente á lo que haya lugar.

—¡Eso es ni mas ni menos! gritó la señora Marta. ¡Venís á llevarnos á la cárcel, por culpas que otros habran cometido! Esa es vuestra justicia, señores..... Bien, bien..... porque estamos solas.... porque no tenemos quien nos defienda.....

—¡Qué significan esos alharidos, buena muger? preguntó el magistrado. ¿Imaginais por ventura que me complazco en atribular á los vecinos pacíficos? Me ha traido á esta casa un deber sagrado y no saldré de ella sin las averiguaciones necesarias acerca del crímen, cuyo autor ó autores me propongo descubrir.

—¡Un crímen! murmuraron las tres mugeres sobrecogidas.

—Un crímen con todo sus pelos y señales, señora dueña, repitió el jorobado, y ahora veremos si cantais lo que sabeis.

—Nada quiero con vos ni con vuestras plumas, seo grajo de Lucifer con ribetes de lechuza, repuso el ama de llaves. Si hay un crímen por medio, buscadlo en otra parte, porque aquí no se ha cometido.

—En efecto, señor alcalde de casa y corte, se atrevió á decir doña Isabel, adelantándose hácia el magistrado; pudiera suceder que una equivocacion os hubiese hecho tomar una casa por otra.....

—Seguro estoy de que no es así, hija mia, la respondió el juez con paternal deferencia. No sé si me habeis oido que busco al doctor Cornejo, para.....

—¿Y qué pensais hacer de él? le interrumpió la señora Marta.

—Eso no os importa á vos.

—Pues bien, señor alcalde, habeis perdido el tiempo; mi amo el doctor no está en casa y nadie sabe cuando vendrá.

—¡Cómo! ¿Ha salido tal vez de la corte?

—Peor para los que quieren prenderle y maltratarle; mil veces peor.

—Mirad, buena muger, que aquí no se trata de lo que decís, á menos que.....

—¿Qué?.... Veamos..... acabad.....

—Señora, dijo el alcalde con alguna impaciencia á doña Mencia. Respondedme vos, pues solo á vos deseo preguntar. ¿Se halla en Madrid el señor Cornejo?

—En Madrid se halla. ¿Por qué he de negarlo? contestó con terror doña Mencia.

—Señaladme el sitio en que debo encontarle, despues que con vos y con las personas aquí presentes concluya las diligencias indagatorias sobre el hecho principal.

Ya iba la anciana á contentar la curiosidad del magistrado, declarándole que su esposo estaba á la sazon en casa del doctor Pimentel, cuando una seña de la señora Marta, que no pasó desapercibida para el de la corcova, detuvo las palabras en sus lábios.

—Cuidadito con eso, señora dueña, apuntó el hombrecillo sonriéndose con malicia; no obligueis al señor alcalde á torcer la vara y á mí á dar fé contra vuestra misma conciencia.

—¡Ah! ¿Con que escribano sois? dijo el ama de gobierno. Ya me lo figuraba y pláceme la noticia, porque me agrada que el gavilan muestre sus largas uñas al primer embite. Decia pues, mi señora doña Mencia, que.....

—Lo que decia esta respetable matrona no lo ha dicho, repuso el escribano.

—¡Eh!.... Si no me dejais acabar con tanta bachillería: con tal que sigais como habeis comenzado, llegareis á ser fiscal del Santo Oficio.

—¿Tambien osais habéroslas con la Inquisicion?

—¡Y qué, seo garduña! ¿Me teneis por herege? Ave, María purísima.....

—Os tengo por lo que sois..... Y sino ¿para qué habeis hecho una seña á esa señora, cuando se preparaba á responder?

—¡Una seña!.... ¿Estais en vos? ¿Con que he hecho una seña, porque me he rascado la punta de la nariz?.... No podeis negar que sois escribano y capaz de levantar un falso testimonio al mismo Judas. Señor alcalde, os pido justicia contra este hombre, para quien es delito el que á una pobre y honrada muger le pique la nariz.

—He preguntado, dijo el juez alzando la voz con visibles

señales de disgusto, en dónde se encuentra á estas horas el señor Cornejo.

—¿Y cómo quereis que mi señora y respetable ama no estrañe semejante pregunta? replicó la señora Marta, que se habia propuesto defender el terreno palmo á palmo. ¡Pues qué! ¿No estais en el caso de saber mejor que nosotras lo que ocurre? ¿Ignorais, por ventura, que ayer fueron llamados los principales médicos de la villa á la cámara real?

—No lo ignoraba ciertamente; pero.....

—Buscadle en ella.

—¡Cómo!..... ¿Quereis dar á entender que está en palacio?

—¿Y en dónde ha de estar? Mientras aliente el rey nuestro Señor, en vano será que busqueis al doctor Cornejo en su casa. Id, id, si así os agrada, á tomarle declaracion junto al lecho de muerte de S. M.

El alcalde de casa y corte miró al escribano, como si dudase de lo mismo que acababa de oir; pero el hombre encargado de la fe pública guiñó un ojo disimuladamente y preguntó á la dueña:

—¿Con que no ha vuelto de palacio todavia el doctor Cornejo?

—¡Que ha de volver! ¡Pues no faltaba mas! respondió ella, aunque con cierto embarazo, al verse ya obligada á sostener una mentira.

—De modo que no ha dormido anoche en esta casa.....

—Pues ya se ve que no.

—Y todo porque..... porque no ha muerto el rey.....

—Pues ya se ve que sí.

—Es decir que cuando el rey muera.....

—¡Oh! Cuando muera no se hará esperar mi amo; pero hasta entonces..... y el negocio va largo todavia, porque segun me han asegurado, los médicos esperan que viva S. M. hasta mañana.

—Eso podria suceder acaso, si no hubiese muerto hoy. Estoy persuadido, señora dueña, de que andais muy atrasada de noticias. El rey don Felipe V ha espirado á las tres..... es decir, antes de amanecer, y anoche fueron despedidos por su mandato los médicos que le asistian, á escepcion de uno solo.

Doña Mencia levantó los brazos al cielo y murmuró un *padre nuestro* por el descanso del alma del rey; la señora Marta se cubrió el rostro con las dos manos, persuadida de que iba á descubrirse, si no estaba ya descubierta, su impostura, y doña Isabel pronunció con un sentimiento, que nada tenia de fingido, las siguientes palabras:

—Dios le haya perdonado: dicen que era un padre para sus pueblos.

Al mismo tiempo decia el escribano al oido del alcalde de casa y corte:

—Ya tenemos el hilo; supuesto que el doctor no ha dormido en su casa, claro es que ha pasado la noche en otra parte. Ahora bien; esa parte no ha sido la cámara real, pues sabemos á qué hora salió de ella; luego..... ya tenemos el hilo, y su declaracion nos dará el ovillo. Ademas me ocurre otra idea. ¿Por qué no dirigimos á esa vieja vocinglera algunas preguntas acerca del criado? Sus contestaciones nos suministrarian indudablemente algunos indicios.

El magistrado se preparaba á contestarle, pero se lo impidió la aparicion del doctor Cornejo, quien al ver tanta gente en su casa y convenciéndose de que era nada menos que la *Justicia*, se afirmó mas y mas en la idea que le bullia en la mente, desde su conversacion con Gonzalo, de que la señora Marta, con sus cincuenta y cinco abriles, era la heroina de las estocadas de la noche anterior, cuyo escándalo habia llamado la atencion del juez y la de sus alguaciles.

No pudo reprimir doña Mencia una esclamacion de dolor al ver á su esposo; doña Isabel no supo si debia alegrarse ó entristecerse por la misma circunstancia, y el ama de gobierno rompió á llorar amargamente, imaginándose que su amo estaba perdido sin remedio, lo cual enterneció á este último, pues se figuró que de aquel modo confesaba la pobre muger sus liviandades y se arrepentia de ellas. Aquellas tres mugeres nada acertaban á comprender sobre los motivos que tenia la *Justicia* del rey para allanar la

casa del doctor; pero el alcalde de casa y corte habia pronunciado en su presencia la palabra *crímen*, y el recuerdo de esta palabra las hacia temblar. El señor Cornejo, por su parte, era quien sin dar precisamente con la verdad, se acercaba á ella á fuerza de conjeturas. Creia, en efecto, que del lance nocturno entre los dos espadachines de la aventura, que Gonzalo le habia referido, habia resultado una muerte, y tambien le ocurrió que el difunto podria ser Mendo, patrocinador, á juicio suyo, de los devaneos amorosos de la señora Marta, dando asimismo por seguro que, enterado el alcalde de casa y corte de que la querella habia tenido lugar delante de sus ventanas, de que la causa de la riña era su ama de llaves y de que el difunto pertenecia á su servicio, trataba de ilustrarse, por medio de declaraciones, con el objeto de poder perseguir despues al matador. El médico ademas estaba firmemente persuadido de que la señora Marta podia descubrir el nombre del asesino, ó al menos el del contrario y rival de este, ó tal vez los de ambos; pero al mismo tiempo discurria que solo él se hallaba en el caso de ponerla en una apretura, que iba á dar al traste con su reputacion de honesta y de buena cristiana: así pues, se propuso, á fin de no perjudicar en lo mas mínimo á aquella infeliz Magdalena, que regaba el suelo con su llanto, encerrarse en la mayor reserva, como si nada le hubiese dicho el escudero de su amigo el doctor Pimentel.

En estas disposiciones favorables se hallaba, sin dejar de atender, en medio de sus cálculos y propósitos, á cuanto acontecia en su vivienda; el temor de equivocarse, cometiendo una indiscrecion que pudiera perjudicar á alguno, le sellaba los labios; mas no bien conoció al magistrado, cuando le ofreció cortesmente un asiento.

—Os doy gracias, doctor, le respondió el juez; pero no es aquí donde os debo tomar declaracion. Conducidme pues á otro aposento, si gustais.

—¡Diablo!... ¡Diablo!... repuso el señor Cornejo. ¿Con que se trata de una declaracion sin testigos? ¿Tan grave es el negocio?

—Gravísimo, dijo en voz baja el alcalde.

—Corriente.... corriente... murmuró el médico rascándose la oreja y mirando con sentimiento á la señora Marta. Entremos en mi gabinete de estudio.

A él se dirigieron el juez, el doctor y el escribano. Este último dijo, antes de entrar, á los dos corchetes:

—Ya sabeis la obligacion; nadie puede salir de esta casa.

—¿Qué quieren dar á entender vuestras palabras? esclamó doña Mencia sollozando. ¿Estamos presas?

—Señora mia, no tengais por Dios el menor recelo, contestó respetuosamente el de la joroba. Son precauciones de uso en casos semejantes.

—Son desconfianzas inútiles y ofensivas en el presente, replicó doña Isabel con firmeza y dignidad. ¿Creeis acaso que tememos á la *justicia*? Y de paso os advierto, señor escribano, que nada tienen que ver conmigo esas que llamais precauciones de costumbre; me encuentro aquí por casualidad, porque esta no es mi casa.

—¿No habeis pasado la noche en ella?

—Decidme vos primero si este es un interrogatorio.

—¡Oh! De ninguna manera: solo al señor alcalde de casa y corte corresponde el derecho de preguntaros.

Y saludando á doña Isabel, entró en el gabinete del doctor. Éste y el alcalde se hallaban ya sentados frente á frente; el escribano ocupó el lado opuesto á la puerta de la mesa cuadrilonga que los separaba, y sacando de sus bolsillos un rollo de papel y un tintero de asta, se preparó á ejercer sus funciones, estendiendo punto por punto la declaracion de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores.

Tosió el magistrado y despues de tomar al doctor juramento de decir verdad, en cuanto supiere de lo que se le preguntare, con todas las formalidades necesarias, le dijo:

—¿Cómo os llamais?

—Lo sabeis tambien como yo, contestó el interrogado.

—No importa; la ley exige que vos lo declareis.

—Perfectamente; mi nombre es don Rufino Cornejo.

—¿A qué hora fuisteis ayer á palacio para asistir á la consulta de médicos, con motivo de la grave situacion en que se hallaba el rey?

—A la caida de la tarde.

—¿A qué hora os retirásteis del alcázar?

—Antes de las once de la noche.

—¿Cuánto tardasteis en llegar á vuestra casa? Porque supongo que os dirigisteis á ella sin deteneros....

—Y lo suponeis acertadamente; mas no puedo aseguraros el tiempo que hube de emplear en mi camino.

—Sin embargo.... podeis conjeturar poco mas ó menos....

—En efecto.... como cosa de media hora.

—Mucho tardar es, doctor.

—Señor juez, esa no es una pregunta, sino un cargo.

—No lo estrañeis, porque la naturaleza del asunto lo exige. Habeis espuesto que tardariais media hora desde palacio hasta aquí. ¿Insistís en ello?

—Si me habeis visto alguna vez en la calle, habreis observado que nunca voy deprisa; mis achaques me han reducido hasta el punto de no poder seguir mucho tiempo andando, circunstancia que me obliga á detenerme de trecho en trecho. Fundándome en tan poderosa razon, he calculado la media hora; tal vez seria menos.... mas no lo sé á ciencia cierta.

—Por dónde vinisteis desde el real alcázar?

—Por la calle del *Arenal* y la de *San Martin*.

—¿Qué oisteis al entrar en esta de la *Sarten*.

—Nada.

—¿Qué visteis?

—Nada.

—Tomaos todo el tiempo que necesiteis para responder á esas dos preguntas, y meditad bien las consecuencias que puede acarrearos una negativa absoluta.

—Os protesto y declaro que nada oí, que nada ví en esta calle.

—¿No llegaron hasta vos los ayes de un hombre moribundo?

—No.

—Y con todo, debisteis pasar muy cerca de él, porque se hallaba tendido junto á la esquina de la calle.

—Lo levantarian antes de que yo llegase.

—Doctor, limitaos á contestar.

—Ya contesto al cargo con una observacion.

—¿Tampoco oisteis ruido de espadas?

—Tampoco.

—Pudo acontecer que los espadachines, al sentir que os acercabais, aplazasen para mejor ocasion su contienda y desapareciesen calle abajo. La riña tuvo lugar delante de vuestras ventanas, y me figuro que no lo ignorais.

—Lo ignoraba hasta este momento.

—¡Qué! ¿Nada os han referido en vuestra casa?

—Nada... absolutamente nada.

—Vamos por partes y aclaremos la contradiccion en que habeis incurrido. Asegurais que no os ha hablado vuestra familia del escándalo de la calle, y en esto creo que decís verdad: vuestra familia en efecto no ha podido enteraros de semejante cosa, porque no os ha visto desde ayer.

—¡Que no me ha visto!

—Así lo afirma una declaracion, que no se ha estendido aun, pero que tiene en su abono seis testigos incapaces de mentir.

Nuestros lectores recordarán que la señora Marta habia sostenido tenazmente la permanencia del doctor en la cámara real durante la noche, así como que habian escuchado sus palabras el alcalde de casa y corte, doña Mencia, doña Isabel, el escribano y los dos alguaciles. Este incidente, que no podia sospechar en manera alguna el señor Cornejo, le comprometia haciéndole aparecer como reo, y así lo comprendió al punto; por lo que apretando los puños y ardiendo en ira, no bien se hizo cargo de las últimas razones del juez, repuso con vehemencia:

—Esos seis testigos son unos impostores, ó lo es quien ha

asegurado en su presencia que mi familia no me ha visto desde ayer.

—Sosegaos, doctor, le dijo el juez, y si deseais que suspendamos el interrogatorio, os daré tiempo para la coordinacion de vuestras ideas. No soy de los que suelen aprovechar las ocasiones propicias, para arrancar declaraciones forzadas.

—No.... no.... proseguid, murmuró el médico, que habia perdido ya su aplomo, desde el instante en que creyó vislumbrar algun oculto enemigo, empeñado en perjudicarle.

—Sea así, pues lo quereis, replicó el magistrado; y antes de pasar adelante, ratificaos en lo dicho ó retractadlo, si os parece que debeis hacerlo.

—Precisad vuestra pregunta.

—¿En qué sitio habeis pasado la última noche?

—Aquí; en mi casa.

—¿Estais seguro de ello?

—¡Si estoy seguro! Me parece que no soñaba cuando vine.

—¿Cómo encontrasteis á vuestra esposa?

—Dormida, porque no me esperaba.

—¿Y á la dueña?

—El ama de gobierno se levantó de su cama para abrirme.

—¿Y á esa jóven que, segun creo, es vuestra sobrina? Porque estoy en que no teneis hijos.

—Ni hijos, ni sobrinos. Esa jóven está en mi casa desde ayer, porque el doctor Pimentel su padre y compañero mio tuvo que acudir á palacio y no juzgó conveniente dejarla sola.

—¿Es viudo el doctor Pimentel?

—Por tal le tengo.

—Habeis declarado que el ama de gobierno se levantó para abriros la puerta. ¿Cómo lo sabeis?

—Porque así me lo dijo.

—Luego..... no dormia.

—Ella lo sabrá.

—¿No habia mas gente en vuestra casa?

—Un criado.

—¿Estaba tambien dormido?

—Mendo, que así se llama, salió al anochecer con un recado de mi esposa para mí; mas ni llegó al alcázar, punto en que debia hallarme, ni volvió.

—¿Ni volvió?

—Esta es la verdad y estamos con gran pena, temiendo que haya ocurrido alguna desgracia al pobre mozo.

—Debeis contar con ella; porque anoche se encontró un cadáver.....

—¡Dios de misericordia!..... ¡Qué decís!.....

—¿Jurais, doctor, que hasta ahora nada sabiais de ese crímen?

—Lo juro..... ¡oh! Lo juro mil veces..... ¡Y cuándo!..... Sin duda un momento antes que doblára yo la esquina..... ¡Ahí!..... ¡Tan cerca de casa!..... ¿Con que eran suyos los lamentos de que me habeis hablado?..... ¡Infeliz Mendo!..... ¡Cuando lo sepa mi esposa!.....

—Me obligais á suspender el interrogatorio; nada tengo que preguntaros ya por ahora: mañana continuaremos. Permaneced aquí, mientras tomo declaracion á las personas, que se hallan en el aposento inmediato.

Salieron el alcalde de casa y corte y el escribano, y despues de cerrar la puerta del gabinete, operacion que quedó encomendada al último, y que éste ejecutó no bien hubo firmado el médico su declaracion, dijo el primero á doña Mencia:

—Poco os molestaré, señora: tres ó cuatro preguntas y habremos concluido. ¿A qué hora se recogió anoche vuestro esposo?

Aunque custodiadas hasta cierto punto las tres mugeres por los dos alguaciles durante el interrogatorio del doctor, la señora Marta habia hecho comprender á doña Mencia lo mucho que interesaba insistir en que su esposo no habia dormido en casa, ni vuelto á ella desde la tarde anterior, á fin de que no pudiesen pedirle cuenta de la desaparicion de Mendo; de modo que apenas hubo formulado el juez su pregunta, cuando la anciana contestó sin vacilar:

—No me parece justo que intenteis sorprenderme, imaginando que no os he de decir verdad. ¿No os afirmó la señora Marta que mi esposo el doctor don Rufino Cornejo habia pasado la noche fuera de aquí? Pues á no ser cierta esa afirmacion, ya la hubiera yo desmentido.

Al mismo tiempo que hablaba doña Mencia, llamó la atencion del juez un ligero ruido hácia la parte interior de la puerta del gabinete, y supuso que el señor Cornejo estaba escuchando lo que su esposa decia, circunstancia que no le pesó, porque en vista del sesgo que tomaba el asunto, érale ya preciso proceder contra el doctor, y á fuer de hombre sensible y compasivo, preferia que el presunto reo adivinase las imperiosas exigencias de la ley, al dolor de comunicárselas por medio de tristes esplicaciones. Quiso ante todo apurar aquel indicio vehemente de la culpabilidad del médico, y se dirijió á la señora Marta.

—¿Persistís, la dijo, en negar que el señor Cornejo durmió anoche en esta casa?

—Persisto y persistiré ahora y siempre, contestó el ama de llaves.

—¿No le abristeis vos la puerta de la calle?

—¡Yo..... Apuesto, señor juez, á que esa es una emboscada del escribano..... de ese feo tizon del Purgatorio, que habeis traido para que nos asuste, pero aunque el mismo doctor Cornejo lo jure, no debeis creerle, porque estará desmemoriado con la muerte del rey.

—Y vos, jóven, añadió el alcalde hablando con doña Isabel y examinándola atentamente, ¿corroborais la declaracion de esa señora y de esta dueña?

Doña Isabel temia perjudicar al doctor, si aseguraba que en efecto se habia recogido entre las once y las once y media de la noche, lo cual le constaba perfectamente; tampoco le convenia decir lo contrario, por si llegaba á descubrirse la verdad. Adoptó pues un término que no podia comprometerla en caso alguno y respondió ruborizándose:

—¿En qué consiste que, no perteneciendo yo á esta respetable familia, me preguntais acerca de sus negocios privados? ¿Qué he de deciros, sobre si el doctor llegó ó no llegó anoche á su casa, cuando desde temprano me retiré al aposento que puso á mi disposicion la franca hospitalidad de mi señora doña Mencia? Lo que puedo atestiguar es que no le he visto hasta que se ha presentado delante de vos, y esto me induce á creer que sin duda estas señoras han declarado lo que debian declarar.

—Permaneced aquí, dijo el alcalde de casa y corte á los alguaciles, y cuando cierre la noche, conducid sin ruido á la cárcel al doctor don Rufino Cornejo.

—¡Cielos! esclamó doña Mencia, cayendo al suelo desplomada.

—¡A la cárcel! gritó la señora Marta retorciéndose los brazos.

—¿Cuál es pues su delito? preguntó aterrada doña Isabel.

Pero el alcalde no prestó oidos á sus palabras, ni á la desesperacion de la dueña, ni al quejido desgarrador de la anciana, porque un gran golpe que acababa de resonar en el gabinete le dejó como clavado en el sitio, que iba á abandonar. Aquel golpe parecia el de un cuerpo pesado que hubiese caido en tierra, y el escribano corrió á cerciorarse de las sospechas que acababa de concebir. Siguiéronle todos menos doña Isabel, que se apresuró á auxiliar á doña Mencia, y entonces se presentó á sus ojos un tristísimo espectáculo. Yacia el doctor Cornejo tendido sobre la estera que cubria el entarimado, con las facciones horriblemente descompuestas, las manos crispadas y la respiracion comprimida y anhelante. Habia perdido el conocimiento y sus músculos estaban tan rígidos, que parecian próximos á romperse. Sin duda habia escuchado las afirmaciones de su esposa y del ama de gobierno, tan contrarias á su propia declaracion, y al convencerse de que tampoco garantizaba ésta el testimonio de doña Isabel, no supo ya lo que le sucedia, trastornósele el cerebro, imaginando que su misma familia se confabulaba para perderle, y no pudiendo resistir el acerbo dolor que le producia tan cruel idea, se vió acometido de un accidente apoplético.




Habia perdido el conocimiento y sus músculos parecian próximos á romperse.

Los alguaciles levantaron al doctor y le metieron desnudo en su cama; el alcalde y el escribano le acudieron tambien, propinándole los remedios que habia á mano, sin que con ninguno lograsen hacerle volver en sí; por lo que, agotados todos los recursos caseros que tenian por eficaces, pidió encarecidamente la señora Marta al juez que la dejase ir á buscar al doctor Pimentel, grande amigo de su amo y que vivia muy cerca.

—Daos pues prisa, la dijo el magistrado, y volved al punto; pero mirad lo que haceis, porque voy á seguiros los pasos y quiero veros entrar en casa del médico, y despues, sola ó acompañada, en la vuestra.

—¡Jesús nos valga!... ¡La Vírgen Santísima nos ampare! ¿Y si no hallo al doctor Pimentel?

—Si os veo volver sola, os enviaré otro médico. Andad.... andad, que la cosa es de cuidado.

La señora Marta no esperó á que le repitiesen esta advertencia y se puso en camino, con toda la celeridad que le permitian sus fuerzas, hácia el *Postigo de San Martin*. El alcalde y el escribano la siguieron á prudente distancia, y á poco rato observaron que salia de casa de Pimentel acongojada y llorosa. Nuestros lectores no ignoran la contestacion que obtuvo de Gonzalo.

—Apresurémonos á enviar un facultativo á ese pobre doctor Cornejo, dijo el magistrado á su acompañante. Tiempo hay para lo demás.

—Como os plazca, señor alcalde; pero casi seria obra de caridad el dejarle morir, repuso el escribano.

Un cuarto de hora despues habia cumplido el alcalde su palabra.

# CAPÍTULO VIII.

Efectos de la maldicion del rey don Felipe V.

El doctor Pimentel yacia entretanto en su lecho, combatido por los horribles pensamientos que le acosaban en aquellos instantes, que tenia por los últimos de su existencia. La historia de aquella noche en que salvó dos vidas, amenazadas por un implacable asesino, se presentaba á su agitada imaginacion como una pesadilla fatal, por el descubrimiento que acababa de hacer de circunstancias, que entonces ignoraba de todo punto. Añadíase, para completar el trastorno de su espíritu, la terrible maldicion del rey don Felipe, maldicion que le habia anonadado, pero que no estrañaba desde el instante en que habia leido el secreto de que se veia depositario y que interesaba tan inmediatamente al honor de la corona. Y por lo mismo que creia merecer aquella maldicion fulminada sobre su cabeza, en pago de una buena obra, se encontraba en aquel trance de muerte; porque su conciencia le decia que ha-

bia cometido un crímen de lesa majestad, cuando ejercia tan noble como desinteresadamente, con esposicion de sus dias, uno de los mas grandes deberes del hombre y del médico. La lucha pues entablaba entre su razon y sus mas sagradas obligaciones, y la necesidad que le acosaba de imponerse un sacrificio superior á sus fuerzas, habian concluido por desgarrarle el corazon, agotando su sensibilidad y persuadiéndole de que solo en el sepulcro dejarian de martirizar su alma los atroces tormentos que sufria.

En esta disposicion de espíritu le halló don Fernando de Montemar, á quien introdujo Gonzalo en la estancia del doctor. Éste volvió hácia él sus mustios ojos, le examinó de piés á cabeza, con el mismo empeño que ponia en inquirir todas las causas eficientes de una dolencia grave, y sonriéndose amargamente, le dijo:

—¿No me encontrais muy cambiado desde ayer, caballero? ¿Me visteis así en la cámara de palacio?

—Ayer estabais enteramente bueno, respondió don Fernando despues de saludarle cortesmente, y hoy, segun imagino, padeceis.

—¡Segun imaginais! ¿Sois ciego por ventura? repuso el doctor con melancólico acento.

—No tal, no tal, pero vuestro semblante, aunque algo pálido, indica que la enfermedad no es grave.

—Jóven, estais haciendo ahora lo que hacen muchos médicos en casos semejantes. Cuando desconocen el orígen de una calentura, califican á esta de ligera: el enfermo, sin embargo, está á las puertas de la muerte y ellos aseguran que al siguiente dia estará fuera de peligro. Así sucede en efecto, porque al siguiente dia muere y todo consiste en que no se combatió el mal, sino la calentura, en que se tomaron los efectos por las causas. Un resfriado puede producir calentura; no hay mas que sudar..... Pero ¡cuándo no hay resfriado!.... ¡Cuándo no ataca á la materia un mal conocido!.... ¡Cuándo existe en el espíritu la enfermedad!.... ¿Qué se dice entonces?....

—Nunca he profundizado esas materias, doctor; así no estra-

ñeis que me sea imposible contestaros. Se me ha dicho que me llamabais con urgencia....

—¿Y habeis acudido sin perder minuto. Yo os lo agradezco en el alma, y por vuestra parte no debeis estrañar tampoco que á vos acudiese antes que á otro alguno.

—Me figuré desde luego que tendriais que comunicarme.....

—¿Asuntos de importancia? Os engañó la imaginacion. Solo se trata de que seais mi médico..... de que me cureis, si es que tiene cura la enfermedad que me aniquila.

—¡Doctor!... ¿Qué estais diciendo?... ¿Os chanceais?.... ¡Curaros yo!

—¡Tan imposible os parece!

—No solo imposible, sino que es hasta absurdo el pensarlo. Acudid á uno de vuestros compañeros en la facultad.....

—Segurísimo estoy de que no han de dar con el remedio: creerán que me ha acometido la tísis....

—Pero vos mismo..... vuestras facultades mentales funcionan despejada y libremente. ¿Por qué, pues, si conoceis el mal, no os propinais la medicina?

—Porque no sé dónde hallarla, jóven. ¡Oh! No ignoro lo que me conviene; mas ¡cómo poseerlo!

—¿Y quereis que encuentre yo lo que ni vuestros comprofesores ni vos podeis conseguir?

—Supuesto que á vos me dirijo, preciso será que yo tenga confianza en vuestros benévolos sentimientos hácia mi persona.

—¡Oh! En eso, doctor Pimentel, no os equivocais. Quisiera devolveros la salud á costa de la mia.

El médico clavó sus miradas penetrantes en el rostro de don Fernando, y sin duda quedó convencido de la sinceridad con que éste habia hablado, porque le dijo con visibles señales de ternura:

—El primogénito del duque de Montemar, del marqués de Ubeda y del conde de Altamira no puede hacer traicion á la ilustre sangre que corre por sus venas. Voy pues á confiaros un secreto que hoy nadie conoce en el mundo mas que yo y otra per-

sona; secreto que me llevará á la tumba en breve, si vos no averiguais el paradero de esa persona, sobre cuya frente debe recaer la maldicion que pesa sobre la mia.

—Yo haré todo lo que puede hacer un hombre decidido á obligar y á servir á otro....

—A otro que está en peligro de muerte, debeis añadir, don Fernando.

—Así sea pues, doctor; contad conmigo sin reserva.

—¿Y si os demando un sacrificio.... ¿qué hareis?

—Supuesto que, en opinion vuestra, pensais morir, ¿debo yo vacilar?

—Es que.... se trata de un sacrificio cruel....

—¿Acaso el de mi fortuna? Disponed de ella si puede contribuir á evitar una desgracia.

—No.... es preciso que renuncieis....

—Acabad por el cielo, pues no acierto á imaginar que....

—¿Que exija de vos el olvido de....

—¿De qué?..... ¡Ah!..... ¿Será cierta mi presuncion?

—De un amor insensato..... de un amor imposible..... de un amor criminal.....

—¡Criminal!..... ¡imposible! ¡Insensato!..... Me asustais con esas palabras, doctor, porque realmente empiezo á creer que corre gran riesgo vuestra vida.

—¿Intentariais acaso arrebatarme los últimos instantes que me quedan? Podeis herirme y no articularé un quejido..... Lo mismo es hoy que mañana.

—Veo que no me habeis comprendido: vuestras razones son las de un loco, y por eso he llegado á imaginar que vuestra existencia está sériamente amenazada. Mucho me sorprende, á la verdad, que no ignoreis los mas ocultos sentimientos de mi corazon.....

—No es tan fácil como creeis burlar la vigilancia de un padre.....

—En efecto, doctor; sospecho que estais enterado de que adoro á vuestra hija.....

—¡A mi hija! murmuró el médico entre dientes, y añadió sonriéndose en voz alta:—Hace bastantes dias que lo sé: esa jóven sin esperiencia ha recibido vuestras cartas amorosas, pero no ha sabido ponerlas en lugar seguro..... yo las he leido, don Fernando, y.....

—Continuad, si os place. ¿Qué habeis visto en ellas?

—Una pasion profunda, que he aprobado con mi silencio.

—¡Ah!..... ¡Qué escucho!..... La habeis aprobado para destruirla, cuando estuviese arraigada..... ¿Imaginais que el cielo os ha concedido semejante poder?

—Sí, jóven, sí; me lo ha concedido y..... harto sufro al ejercerlo, sin que aumenten mis amarguras vuestras amenazas.

—No permita Dios que mis palabras ofendan al padre de doña Isabel..... Lo que he querido significaros es que jamás podré olvidarla, que nunca faltaré á mis juramentos de fidelidad.....

—La olvidareis, don Fernando; faltareis á vuestros juramentos.....

—Nunca..... nunca..... aunque ella misma lo exigiese..... ¡Ah! Ahora recuerdo vuestras anteriores palabras..... Dijisteis que mi amor era insensato.....

—Insensato, sí..... mas que insensato..... Sois el único heredero del poderoso duque de Montemar, y ella.....

—¡Oh! Ella es hija del sabio doctor Pimentel, de uno de los hombres mas eminentes de Europa.

—Huérfana la infeliz.....

—De madre..... ya lo sé, porque en cuanto á vos..... podeis vivir todavía mucho tiempo.

—Sin bienes de fortuna.....

—¿Para qué los necesita?..... ¿No los tengo yo?

—Pero dependeis del duque.

—Mi padre aprobará mi eleccion.

—Al contrario, jóven; la condenará, porque debe condenarla.

—¿Imaginais que prefiera verme desesperado?

R.º 3.15 lib. 2.º cat.



—Nada imagino, pero grabad bien en vuestra memoria mis palabras. Aunque vuestro padre quisiera, no podria consentir en esa union.

—Añadisteis, en efecto, que mi amor es imposible, que es criminal. ¿Por qué no me esplicais ese enigma incomprensible para mí?

—Se me figura que os he hablado de un secreto.....

—Sí..... sí..... ligado al parecer con la suerte de otra persona..... pero ¿qué relacion podeis encontrar entre.....

—Escuchad, jóven, escuchad, y luego..... juzgareis vos mismo.

El doctor cerró los ojos, como para concentrar en uno solo todos sus pensamientos, suspiró profundamente y volviendo á clavar sus miradas en el rostro de don Fernando, que no sabia lo qué pensar de tan estraño incidente, prosiguió así:

—Cierta noche..... de este suceso hace ya diez y seis años..... me sacó un hombre de mi casa y me hizo entrar en un coche; en el coche habia otro individuo. Condujéronme con los ojos vendados hasta la morada de una principal señora, que se hallaba en el trance crítico de un trabajoso alumbramiento. Aquella señora y el fruto de sus entrañas debian morir. ¿Comprendeis esto?

—Lo comprendo, doctor, respondió don Fernando, que apenas respiraba; el peligro era al parecer inevitable, segun las leyes de la naturaleza.....

—Segun las leyes del honor ultrajado; el fallo de los hombres debia convertir á la dama en un cadáver; la mano de Dios la salvó de la muerte.

—Es decir que vos.....

—Aquella pobre muger habia tomado ya dos caldos, y uno de los dos hombres no queria que la infeliz pereciese.

—De modo que os sirvió de auxiliar contra el otro.....

—No acertais; el otro le tenia subyugado, porque obraba en virtud de un poder irresistible. Me encontraba por consiguiente solo..... solo..... ¿me habeis entendido? Por fortuna la accion del

caldo destruyó la fuerza del veneno, y la paciente no corria, en cuanto á este punto, el menor peligro.

—Mas..... si el objeto era hacerla morir, quedaban otros medios.....

—Eso mismo fué lo que me ocurrió y por lo tanto me propuse engañar al que allí hacia las veces de verdugo. La dama dió á luz una niña, y yo suministré á las dos un narcótico, que paralizó el curso de su sangre; al parecer estaban muertas y así lo creyeron los dos hombres. Despues..... me retiré con ellos y aquí teneis concluida mi historia.

—El suceso es horrible, doctor; una venganza secreta de algun marido zeloso..... Pero no alcanzo qué relacion puede haber entre.....

—Jóven ¿os creeis en el caso de penetrar los altos juicios de Dios? Con tres palabras puedo convenceros de que mi historia de hace diez y seis años se enlaza naturalmente con la de vuestra pasion amorosa.

—¿Y esas tres palabras?

—Oidlas: nunca tuve hijos.

—¡Cielos!..... ¿Con que doña Isabel.....

—Es la niña que nació, cuando pesaba sobre su madre una sentencia de muerte. Yo volví á la casa en que ocurrió lo que os he referido, despues que los dos hombres me dejaron, recojí á la que hoy bien puede llamarse huérfana, pues no conoce á sus padres, y la depositè en el torno del convento de las religiosas *Descalzas*. A poco de haber salido del monasterio, la visteis, don Fernando, y.....

—No os detengais, doctor; la amé con delirio. Pero ¿estais seguro de que esa bellísima jóven es la misma.....

—¡Oh! Sí; tengo una prueba irrecusable.

—Decidla.

—¿Para qué deseais saberla, si de nada puede serviros? Olvidad á esa jóven..... olvidadla.

—¡Que la olvide!..... ¡Y me lo repetís otra vez!

—Os lo repetiré muchas mas; no cesaré de repetíroslo mientras aliente un soplo de vida. Don Fernando de Montemar, ese amor es un delito.

—Y habeis querido demostrarlo, refiriéndome las tristísimas circunstancias del nacimiento de doña Isabel: mas ¿qué consecuencia sacais de ellas?.... ¿Que mi amada es fruto de ilegítimos lazos?.... ¡Oh! Ya me lo he dicho á mí mismo..... ya preveo los grandes obstáculos que tengo que vencer..... el duque no consentirá jamás.....

—Ni yo.

—¡Ni vos!.... ¡Ni vos, que no sois su padre, que no teneis derecho alguno para disponer de su suerte!....

—Don Fernando de Montemar, escuchad bien lo que os digo. Hoy..... en este instante está en mi mano la muerte de todas vuestras esperanzas. No las aniquilaré de un golpe, porque temo vuestra desesperacion y soy vuestro amigo; pero huid..... huid horrorizado de esa senda de flores, que os conduce á un abismo de desventuras; caminais á ciegas por una fatal pendiente..... deteneos..... no avanceis mas, ó vuestra perdicion y la de esa jóven no tendrán remedio en este mundo ni en el otro.

El médico habia pronunciado estas palabras con un acento de conviccion tan profunda, que don Fernando sintió helársele la sangre en las venas. Dejó el asiento que ocupaba desde el principio de su diálogo con Pimentel, y empezó á medir la estancia á largos y ligeros pasos, á fin de recobrar animacion, porque realmente estaba yerto de frio. Entrechocábanse sus dientes, temblábanle las piernas y sus crispadas manos parecia como que buscaban un objeto cualquiera para asirse á él, ó para despedazarlo en menudos trozos. Mil veces estuvo ya para arrójarse sobre Pimentel, sobre aquel hombre implacable, que habia hundido un puñal en su corazon y que se complacia en sus tormentos, sin acabar de darle el golpe de gracia. ¡Con cuánta rabia, con cuánta fruicion le hubiera deshecho entre sus nervudos brazos! Pero el jóven Montemar, aun en medio de su desesperacion, de su delirio, de

su locura, conservaba bastante dominio sobre su voluntad y harto sobrada grandeza de alma, para maltratar á quien apenas podia moverse en su lecho de dolor. Y se oprimia las sienes con furioso despecho, como si sus horribles latidos le anunciasen que estaban próximas á estallar, ó pedia al cielo mentalmente, á juzgar por el convulsivo movimiento de sus labios, que se apiadase de su amargura.

Pero ¿cuál era el terrible misterio, que encerraban las últimas razones del doctor; Hoy.... en este instante, habia dicho, está en mi mano la muerte de todas vuestras esperanzas. ¿Y cuándo? Cuando acababa de declarar que Isabel no era su hija; cuando aparecia á los ojos de don Fernando como un hombre, con quien el último no tenia necesidad de guardar consideraciones ni respetos. ¡Y aquel hombre se presentaba, sin embargo, como un genio maléfico, á contrariar la ventura de los dos amantes! ¡Y hablaba de amor insensato, de amor imposible, de amor criminal, calificando con tanta severidad y dureza el cariño mas acendrado, la pasion mas constante y pura de la tierra! Preciso era ó que estuviese loco, si es que la enfermedad que le tenia postrado, no le obligaba á soñar delirios, ó que tal vez procurase, obedeciendo á instrucciones del duque de Montemar, quien acaso habria descubierto los amores de su hijo, apartar á éste de ellos. No era á la verdad muy á propósito el duque para mezclarse en semejante enredo, porque su carácter franco y altivo le bastaba para imponer la ley, por tiránica que fuese, al heredero de su nombre y de sus títulos; pero don Fernando, á fuerza de dar tortura á su imaginacion, luego que se desvaneció el primer sacudimiento que esperimentaron sus facultades intelectuales por las amenazadoras palabras de Pimentel, se fijó en la última idea, dando por supuesto, que solo así podia esplicarse el empeño del doctor, para que olvidase á su adorada Isabel.

Y tan pronto como su pensamiento le indujo á tener por cierta la intervencion de padre en el negocio de sus amores, recordó las promesas de su buen amigo el rey de Nápoles, quien sin du-

da se hallaba enterado del secreto que se referia al nacimiento de doña Isabel, pues de otro modo no hubiera podido hablarle en términos, cuyo sentido le daba á la sazon mucho en que pensar. Don Cárlos, en efecto, le habia ofrecido entenderse con el duque de Montemar, cuando llegase el caso de tratarse de la ventura de don Fernando, añadiendo, respecto á Pimentel, que *él solo poseia el talisman para amansarle, si se resistia á la demanda del enamorado galan.* Este recuerdo le consoló algun tanto, en medio de la amargura, que las embozadas revelaciones del doctor le hacian sufrir, por lo que resolvió proseguir el interrumpido coloquio con el mismo, á fin de penetrar todo cuanto pudiese en el misterioso laberinto que le rodeaba. Acercóse pues al lecho, con toda la tranquilidad que le permitia su deseo de no aparecer vencido en la lucha, y examinó atentamente la fisonomía de su adversario.

En el rostro macilento de Pimentel se retrataban la serenidad y la satisfaccion interior del hombre que acaba de cumplir con un deber de conciencia. Miró á don Fernando con afectuoso interés, y haciéndole señas para que se sentase de nuevo, le dijo en voz baja:

—No hubiera estrañado veros sacar un puñal y clavármelo en el corazon, porque yo tambien os he herido de muerte. Mas..... ¿quién sabe, si obrando así, hubierais cometido un asesinato inútil? ¿Quién sabe si el mismo que os ha desgarrado el alma..... ¡Pero, qué he de decir! ¡Qué he de prometeros contra las pruebas irrecusables que Dios ha puesto en mis manos! ¿No me habeis oido que es indispensable averiguar el paradero de una persona, para que el cielo aparte de mi frente una maldicion?

—Y esa persona..... murmuró don Fernando maquinalmente.

—Es una muger, respondió el médico.

—Y esa muger.....

—La madre de vuestra amada.

—La buscaré, doctor, la buscaré, aunque tenga que registrar el mundo entero.

—Si la hallais..... podrá revelaros lo que la compasion me impide descubriros.

—No la tengais para mí, doctor Pimentel, habladme sin rodeos, porque estoy preparado para recibir los mas duros golpes de la suerte. ¿No habeis comenzado á desgarrarme el corazon? Terminad pues vuestra obra; sepa yo de una vez lo que esa muger puede decirme, pues de seguro no será tan cruel como lo que he oido de vuestra boca.

—Mas; mucho mas, don Fernando.....

—No importa; acabemos, si no quereis que me vuelva loco.

—Puede nombraros el padre de doña Isabel.

—¿Y vos?

—¡Yo!.... ¿Por qué me lo preguntais?

—Porque habeis declarado que la piedad no os permite pronunciar ese nombre. ¿Es tan oscuro que temeis mi vergüenza? Eso mismo debe induciros á no ocultármelo, supuesto que anhelais el sacrificio de mi amor.

—Por las venas de esa hermosa jóven circula ilustre sangre; yo os lo afirmo: pero..... temblad, don Fernando, temblad..... os separan de sus encantos el cielo y la tierra.

—Doctor, me estais asesinando lentamente y mis fuerzas no resisten á tan bárbaro martirio. Rematadme..... concededme el golpe de gracia, si no teneis entrañas de tigre.

—Pues bien: cuando hace diez y seis años llevé á mi casa á la recien nacida, con ánimo de depositarla en el torno de las *Descalzas Reales*, señalé en su antebrazo izquierdo, con la punta de un bisturí empapado en una disolucion de ocre amarillo y azul de Prusia, la inicial de su apellido.

—¿Y esa inicial?

—Era..... una *U*.

—¿Mas cómo supisteis.....

—¿No os he dicho que volví á la casa en que la madre y la hija quedaron como muertas, tan luego como los dos hombres me dejaron? Habia visto la primera vez en el dedo anular de la dama

una preciosíma sortija, que tenia grabado, alrededor del grueso diamante, un nombre ilustre, ó mas bien, el título de una de las primeras familias del reino; yo elegí la inicial de ese título para que figurase el apellido de doña Isabel.

—Creo, doctor, que no anduvisteis cuerdo, al obrar así sin mas exámen.

—¿Por qué lo decís?

—Porque el título podia corresponder á la dama.

—No hay ninguna que lo lleve.

—Habeis manifestado que la inicial es una *U*.....

—Y debo añadir que sobre el título brillaba una corona de marqués.

—¡De marqués, doctor! Repetidlo para que yo lo crea.

—Ya lo habeis oido.

—¡De marqués!.... ¡Oh!.... Es imposible..... vuestra vista se ofuscó, en medio del peligro que corriais entre aquellos hombres desalmados..... imaginasteis lo que no existia, lo que no podia existir..... ¿No es verdad que vuestros ojos os engañaron?

—No; mis ojos leyeron perfectamente.

—¡Qué leyeron, doctor Pimentel!.... Decídmelo por la misericordia de Dios.

—Ya lo habeis adivinado. Leyeron..... *El marqués de Ubeda*.

—¡Mi padre!.... Y ella..... ¡mi hermana!.... ¡Santo cielo!....

Al pronunciar don Fernando estas palabras, se asemejaba á un cadáver; bañaba todos sus miembros el sudor de una congoja mortal y parecia próximo á dar consigo en tierra. De pronto se animó su semblante, brillaron las pupilas de sus ojos con un fuego estraordinario, y sus brazos se estendieron con fuerza en amenazador ademan. Entonces miró en torno suyo, examinando los objetos que le rodeaban y se encogió de hombros, como si hasta entonces no hubiese reparado en ellos ó los despreciase, y dirigiéndose con precipitacion hácia la puerta, sin atender á las voces del doctor que le llamaba, desapareció del gabinete.

—Es el principio de la locura, murmuró Pimentel. ¡Ah! Si yo

pudiera volar en su auxilio, nada habria que temer: pero ¡en manos de qué médico caerá!.... Si le sangran, es hombre muerto.... ¡Y yo!.... Luchando entre el mundo y la tumba..... sin perdon en la tierra..... sin méritos para la eternidad..... ¡Qué hice, Dios mio, qué hice para merecer tan duro castigo!.... Salvé de la muerte á la que iba á morir por la justicia del rey..... y el rey me maldijo en su última hora..... Pues bien; ya se cumple el anatema del monarca moribundo; ya estoy espiando el delito de haberme opuesto á su voluntad soberana..... Pero ¿viviré para cumplir su espreso mandato?.... Me encargó que buscase á la persona designada con la letra *U* en el escrito de que me hizo depositario, y que fuese su protector..... ¿Qué mas?.... Leamos.

Interrumpió el doctor el curso de sus reflexiones en voz alta, para sacar de debajo de sus almohadas el paquete que le habia confiado el rey don Felipe; abriólo temblando y fijándose en un papel, que sin duda habia recorrido ya muchas veces, á juzgar por las arrugas que tenia, leyó lo siguiente:

«Hace diez y seis años (la fecha importa poco) murió secretamente una dama principal, en el acto de dar á luz una niña, que tambien espiró al mismo tiempo que su madre. Así quedó sepultada para siempre la deshonra de su nombre, porque la criatura que echó al mundo era ilegítima: mas ha llegado á mi noticia que existe hoy en la corte una jóven, llamada doña Isabel de *U*, que fué depositada la misma noche en que ocurrió el anterior suceso, y por persona desconocida, en el torno del monasterio de las religiosas *Descalzas* de esta villa. Es pues evidente que las dos niñas nacieron á una hora, ó con muy pocas de diferencia; y como la que se crió en el convento de las Madres *Descalzas* tenia y debe tener marcada la letra *U* en el antebrazo izquierdo; y como *U* era tambien la primera letra del título, con que un magnate de la corte, á quien no se puede castigar por sus altos merecimientos é importantes servicios, osó mancillar el honor del rey, he dispuesto que se hagan pesquisas en averiguacion del paradero de la referida doña Isabel, que salió del monasterio hace

ocho meses, segun me han declarado las monjas, por haberla reclamado en nombre de su madre, despues de manifestar todas las señas de reconocimiento, un viejecillo, que firmó la salida de la jóven con el nombre de *Rodrigo Perez Lapata*. Y es asimismo mi voluntad que esa jóven, si fuere hallada, ocupe en la corte el rango que hubiera debido corresponder á la hija de la dama principal, que falleció secretamente, si hubiese nacido legítima. En Madrid á diez y siete dias del mes de marzo de mil setecientos cuarenta y seis.»

«Yo el Rey.»

Pimentel dobló el escrito, lo guardó en el paquete y permaneció largo rato, como absorto en sus meditaciones.

—Eso es, dijo por fin, sacudiendo aquel letargo mental. *Falleció secretamente*..... luego fué por órden espresa del rey aquel envenenamiento intentado. *Así quedó para siempre sepultada la deshonra de su nombre*..... bien; pero ¡este nombre!..... el papel no lo espresa, y me es imposible adivinarlo. Con todo, las palabras *osó mancillar el honor del rey*, que se refieren al magnate, quieren dar á entender mucho..... ¡Misterio impenetrable! ¿Habria intentado el rey don Felipe espiar en los últimos meses de su existencia una injusticia atroz, reconociendo á doña Isabel, ya que á juicio suyo no podia otorgar la menor reparacion á la que imaginaba muerta? ¡Oh! Si fué así ¿por qué me maldijo mil veces en una sola?..... Acaso porque salvé á la madre y á la hija..... Tal vez porque no le descubrí antes mi secreto..... ¡Quién sabe!..... ¡Y no haber sospechado que doña Isabel y la niña, que por un milagro de Dios sustraje á su venganza, son una misma! ¡Necio de mí!..... ¿Tengo por ventura averiguado que nunca lo sospechó?..... No hay duda: don Felipe habia sentenciado á la madre, y si aun viviera, si volviese á imponer su voluntad de hierro á la nacion que le llora, mandaria que me enrodasen vivo. ¿Y he de bajar al sepulcro sin aplacar la indignacion del alma de mi Señor? ¿He de morir como traidor á mis propios ojos?.....

El rostro del médico reflejó, al decir esto con espresion dia-

bólica, los sentimientos mas ocultos de su corazon, pero no pudo proseguir, porque la presencia de Gonzalo interrumpió el hilo de sus reflexiones, comunicando otro rumbo á sus ideas.

—Iba á llamarte, articuló con apagada voz y dirigiéndose al escudero.

—Estoy á vuestras órdenes, respondió éste.

—Avisa inmediatamente al doctor Cornejo, que una repentina indisposicion me impide pasar á verle, y á darle gracias por la hospitalidad que ha concedido á mi querida hija. Al mismo tiempo haz que venga en tu compañía doña Isabel.

—La segunda parte del encargo será mas fácil de cumplir que la primera.

—Esplícate.

—El doctor Cornejo se halla en peligro de muerte.

—¿Quién lo ha dicho?

—El ama de llaves de mi señora doña Mencia.

—¿Cuándo has hablado con ella?

—Ha venido á buscaros en el instante que yo me disponia á anunciaros la visita de don Fernando de Montemar.

—¡Pobre Cornejo!... ¿Por qué no me es dado asistirle y consolarle? ¡Oh!... No; no podria tenerme en pié, pues ignoro cómo he llegado hasta aquí. Vete.... vete y vuelva pronto doña Isabel.

—¿No me dais algun mensage para don Fernando de Montemar?

—¡Para don Fernando! Es probable que haga trizas al que se le acerque. Con todo, no dices mal; debes buscarle.... seguirle los pasos....

—¿Por qué le habeis dejado salir?

—No ha querido oirme.... tal vez esté loco á estas horas....

—Desatinado iba por la escalera, y ahora ¿en dónde le hallaré?

—¿Sabe que doña Isabel está en casa del doctor Cornejo?

—De modo que.... acaso lo sospeche....

—¡Infame!... ¿qué motivos tienes para decirlo?

—Sosegaos por Dios, que el mal no es tan grave, ni yo tampoco he asegurado.... porque en fin.... ambos son jóvenes....

—Basta, Gonzalo; ya barrunto que has servido de tercero en sus amoríos.... nunca te perdonará Dios lo que has hecho.

—Señor.... sepa al menos....

—Ya lo sabrás cuando la desesperacion de esos jóvenes sea el eterno torcedor de tu alma.

Pimentel, dicho esto, señaló la puerta á Gonzalo, y éste se retiró confuso y aturdido, figurándose que su amo habia perdido el seso.

# CAPITULO IX.

En el cual se habla de la muerte de un gato y de los negocios en que se ocupaban los mendigos hace unos ciento doce años.

Los profundos barrancos y desniveles que mediaban en otro tiempo entre la calle de las *Fuentes* y los famosos *Caños del Peral*, y que servian de *cava* ó foso esterior á la antiquísima muralla que cerraba á Madrid por aquel lado, hasta que desaparecieron para formar el espacioso campo, en que hoy figuran el *Teatro Real* y la *Plazuela de Isabel II*, nos dejaron evidente prueba de sus sinuosidades y revueltas, de la desigualdad de su terreno y de los peligros que ofrecia á los transeuntes, en la pendiente via que se llamó de los *Tintes*, y que al presente conocemos con el nombre de la *Escalinata*. Nuestros abuelos (los que residian en la villa coronada) debieron pasar muy buenos ratos, cuando sus negocios les obligaban á precipitarse por los desfiladeros que se tenian por calles de *San Bartolomé*, del *Espejo* y de *Quebrantapiernas*, para dar consigo desde la plazoleta de *Garay* hasta los *Caños:*

afortunadamente ya no existen, pero en la época de nuestra historia conservaban íntegra la detestable reputacion que habian adquirido.

Porque han de saber nuestros lectores, que en las calles mencionadas y en otras muchas que con ellas se confundian, convirtiendo aquella parte de la poblacion en un intrincado laberinto de callejuelas, de precipicios, de revueltas sin fin y de emboscadas á quema ropa, se albergaban los matones, los tahures y toda la gente de resolucion y de buen puño, que servia de sombra al brillante cuadro de la corte de Felipe V y de sus sucesores. Y mas de una vez la cuesta que conducia al *Barranco*, situada á espaldas de los *Caños del Peral*, paralela á la calle de las *Fuentes* y con un repecho saliente que cerraba el paso de la del *Arenal*, habia presenciado escenas de sangre; porque hablar de los robos que allí se cometian desde el anochecer hasta el alba, fuera trabajo tan ímprobo como interminable. En aquel barrio de Madrid no imperaban las leyes, y la numerosa compañía de los *Mendigos* sabia componérselas de tal modo para burlarse de los corchetes del alcalde de casa y corte de la jurisdiccion, que reposaba tranquilamente en sus dominios, sin reconocer ni acatar los fueros de su justicia. Malas lenguas aseguraban que los tales *Mendigos*, nombre que habian alcanzado todos los bribones reunidos en sociedad para entregarse al robo, y pasar de este, en caso apremiante, al asesinato, tenian poderosos valedores; y algun fundamento abogaba en pro de tan estraños rumores, si paramos mientes en lo que acontecia, durante la noche de la muerte del rey, en una casa de la calle de los *Tintes*.

Cuatro personages de perversa catadura ocupaban los cuatro lados de una mesa cuadrilonga, colocada en el centro de una reducida estancia, cuyo mueblaje, así como el olor nauseabundo que en ella se respiraba hacian presumir desde luego que era la sala de recibo interior de una taberna. Las tabernas habian llegado á su apogeo durante la primera mitad del siglo XVIII, á fuerza de servir de refugio á la multitud de valientes, que las

guerras de Italia iban inutilizando poco á poco para el servicio; y como las malas costumbres son una epidemia desesperadamente contagiosa, resultó que los veteranos de nuestros famosos tercios, ahitos de gloria y comiendo al fiado, dieron en la flor de hombrear en la corte con la nobleza hereditaria, y comunicando á esta, no solo sus resabios, adquiridos en los campamentos, sino tambien sus vicios. La aficion á la taberna se generalizó de una manera asombrosa, y cuando no se tuvo ya por deshonra matar el tiempo entre los vapores del vino, se resintieron notablemente las hosterías. En vano pretendieron estas rivalizar con los templos consagrados á Baco; en vano empezaron á introducir en el servicio las comodidades y el lujo de otras naciones; la razon económica estaba siempre á favor de las tabernas, que solo sufrieron una modificacion esencial é inevitable, exigida por la misma voga que disfrutaban. Las de mayor nombradía no pudieron contentarse con las estrechísimas mesas corridas de la sala comun, en la cual se veia no pocas veces obligado un hombre de honrados pensamientos á terciar en plática con un perdonavidas; y esto hizo discurrir que debian establecerse cuartos interiores para los consumidores habituales que, mediante una retribucion moderada, deseasen estar solos. Llevóse pues á cabo la reforma, con gran contentamiento de las personas decentes, que por solo este hecho daban ya á entender que se avergonzaban de ser vistas en sitios, á que no podian concurrir sin desdorarse, y preciso es confesar que las tabernas dieron con tan sencilla innovacion el golpe de gracia á las hosterías. La estancia en que hemos visto ya sentados alrededor de una mesa á cuatro hombres de malísimo aspecto era la principal de la taberna del *Raposo*, única que hasta entonces habia adoptado la modificacion referida entre las ocho ó diez que contaba en su seno la fragosa calle de los *Tintes*.

Sobre la mesa ostentaba su ancha mole un jarro como de dos azumbres, lleno á la sazon de esquisito *Valdepeñas*, lo cual queria decir en buen castellano, que los cuatro comensales se ha-

bian propuesto indudablemente apagar su sed con dos cuartillos por barba; pero lo que daba cierta distincion aristocrática á la taberna del *Raposo* era la moda que acababa de introducir respecto al servicio. En las demas ya se sabia; un vaso para cada jarro, aunque fuesen treinta las personas que debian beber: la del *Raposo* se conducia con mas esplendidez, y en sus cuartos interiores nunca se habia observado que en el mismo vaso refrescasen dos amigos; circunstancia que le valia encomiásticos elogios, entre los habitantes del celebérrimo arrabal de *San Ginés*, que hasta mediados del siglo XVI se llamó con mas propiedad *el arrabal de Madrid* (1). Debemos añadir que en la sala, á que acaban de acompañarnos nuestros lectores, habia ademas de la puerta de entrada, que tenia comunicacion con la taberna propiamente dicha, otra cuya existencia solo estaba al alcance de aquellos, que tenian negocios pendientes con Paco Ranera, andaluz de chapa, mas bachiller que siete comadres, propietario del *Raposo*, cuyos productos aumentaba con otras especulaciones lucrativas, sobre las cuales sabia guardar absoluto silencio, y por lo demas hombre de buen humor, siempre con la risa en los labios y su voluntad abierta, para servir á todo el mundo. En cuanto á la puerta de que hemos hecho mencion, ocupaba el estremo derecho del cuarto, y delante de ella figuraba y la cubria enteramente un aparador de madera de pino, cuyos piés eran cuatro rodetas de fierro; mecanismo que facilitaba en gran manera la separacion del armatoste, para que la puerta se abriese en casos de

(1) ..... «Tres son los trozos principales de caserío, que despues de formarse independientemente como *arrabales*, vinieron á ingresar de consumo en la antigua poblacion principal, á saber; el de *San Martin*, el de *San Ginés* y el de *Santa Cruz*. Pero el primero, dividido como estaba naturalmente de los otros por los barrancos de los *Caños del Peral* y el terreno arenoso y erial que mediaba entre la antigua muralla y el monasterio de *San Martin* hasta *la Puerta del Sol*, venia á formar una burgada completamente separada de la central, comprendida entre la parroquia de *San Ginés* y la plaza *Mayor*, y que se estendia en longitud desde la puerta de *Guadalajara* hasta la de *Anton Martin*. Esta parte central y mas importante del nuevo caserío es la que por espacio de tres á cuatro siglos (hasta que se trasladó la corte á esta villa) es la designada en los documentos y en el lenguaje vulgar de la época con el nombre de *Arrabal de Madrid*.»

Rec. Hist. de M. R.

necesidad, sin que ningun curioso indiscreto se enterase de asuntos reservados que no le interesaban, porque la pieza se unia con tanta perfeccion á la pared del aposento, que parecia hecha espresamente para aquel sitio.

Los cuatro hombres sentados en torno de la mesa no permanecieron ociosos mucho tiempo: llenaron los vasos, aunque sin proferir una sola palabra, y bebieron hasta dejarlos vacíos, repitiendo la misma operacion cinco veces consecutivas. Por fin se levantó uno de ellos, y acercándose á la puerta que daba paso á la sala comun, se puso á observar cautelosamente lo que en ella ocurria; diligencia completamente inútil, porque era ya mas de la media noche y la sala comun estaba desierta y á oscuras. A pesar de esto, aquel hombre persistia en escuchar, como si efectivamente esperase por aquella parte algun aviso; hasta que perdiendo la paciencia y convencido de que nada adelantaria permaneciendo de planton, volvióse hácia la mesa, apuró otro vaso de vino que acababa de escanciarle uno de sus compañeros y dijo con desenfado:

—Ni viene, ni vendrá.

—Ten un poco de cachaza, Pedrillo, le respondió el que tenia el jarro y llenaba los vasos de los demas.

—Es muy tarde, repuso Pedrillo, y algo se ha de hacer con el mozo.

—Se hará, se hará, observó uno de los dos que hasta entonces no habian hablado; pero Pedrillo tiene razon; es preciso despachar cuanto antes.....

—¡Bah! esclamó amostazado el cuarto interlocutor. ¿Se os figura que ese mozo debe hacer la mueca esta noche? ¡Buena espedicion hemos hecho, por los cuernos de Satanás!

—Mejor que lo que te parece, le contestó Pedrillo.

—¿Quieres esplicarme eso?

—Sí, Gato, voy á darte gusto.

—Pues ya tardas.

—Figúrate que nosotros estábamos sin tarea de provecho de dos semanas á esta parte.....

—Bien vas hasta ahora.

—Figúrate asimismo que se nos acerca el amigo Paco Ranera y nos dice: Gato, Pedrillo, cuento con vosotros y con el Vizco y el Atravesao para esta noche; un señor de alto copete paga la broma y no habrá queja—.¿Qué habiamos de hacer? ¿Regatear el negocio con Paco, que nos regala á lo príncipe con el mosto mas judío de su bodega? A fe mia que tú no le dirijiste mas que una pregunta:—¿De qué se trata?

—Perfectamente, Pedrillo; pero no hay necesidad de tanta retórica para saber que Ranera es el mejor tabernero de España. Fuera de eso, nos declaró que el asunto se reducia á secuestrar un hombre.

—No tal, voto á mil legiones de condenados; dijo que debia desaparecer.

—Lo mismo da; pero cuando la gente no se esplica en latin, las palabras son palabras.

—Esa es la mia, y sostengo que desaparecer y cerrar el ojo es todo una misma cosa.

—Y yo afirmo que un hombre honrado no necesita morirse para dejar el mundo. Y si no, ven acá. ¿No hemos hecho desaparecer al mozo, obedeciendo las instrucciones de Ranera? ¿No está secuestrado ahí?

Gato señaló hácia el aparador de pino, al pronunciar estas razones.

—Grita, compadre Gato, grita para ver si te oyen las paredes, le replicó Pedrillo. ¿No observas que el Atravesao y el Vizco parecen mudos? Pues eso significa que me dan la razon, y que si el mozo duerme ahí esta noche, Dios sabe donde dormirá mañana.

—Te cogí de medio á medio, Pedrillo, y por el rabo de Lucifer que no te me escapas. Dime ¿se hacen esas cosas de dia?

—¿Cuáles?

—El obligar á un hombre á que duerma, Dios sabe donde.

—No por cierto; se requiere poca luz y soledad.

—Habla claro; es indispensable la noche.

—Pues bien, la noche.

—¿Y por qué la perdemos nosotros neciamente, charlando aquí como viejas ociosas?

—Porque sin duda no ha llegado el momento.

—Porque no llegará, Pedrillo, porque no llegará, y juro que siento mucho haberme metido en semejante fregado. Ese mozo nos ha de traer desgracia.

—¿Temes que nos delate, si le dejamos vivo?

—Al contrario; temo que nos busque para darnos las gracias, porque hemos volado á darle ayuda. ¿No recuerdas que chillaba como alma en pena? El pobrecillo tenia los huesos en gigote. ¿Quién diablos pudo soplarle el pensamiento de echarse á rodar por la *Escalinata*?

—¿Y quién te asegura que no le habrán empujado? ¿Qué me dices de su cara y de su cabeza?

—Que deben estar agradecidas á los mejunges y emplastos del compadre Ranera; pero eso mismo confirma lo que yo me figuro. Si el mozo estuviese destinado á morir esta noche, le hubiéramos despachado al pié de la *Escalinata*, en vez de traerlo aquí; y tampoco cuidaria el tabernero tanto de su salud; que no parece sino que su conservacion va á convertirle en magnate.

—Lo cual prueba que su conservacion importa mucho, y ó yo no entiendo jota de asuntos, ó si importa para Paco, tambien importará para nosotros.

—No olvides que nos pagan los negocios con arreglo al trabajo que nos cuestan. Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que acompañar al mozo, desde el sitio en que le hallamos hasta aquí.

—Poco á poco; le cojimos para que no muriese sin auxilio humano.

—Así se nos ordenó; las instrucciones de Ranera hablaban de cojerle vivo y de secuestrarle.

—Ya; mas si al tiempo de llegar nosotros, se hubiera aparecido la ronda.....

—De otras peores hemos escapado.

—Convengo, pero al fin y postre todo fué esponerse, lo cual vale.....

—¡Qué ha de valer! La tarifa señala muy poco precio á esas niñerías. Créeme, Pedrillo; si en lugar de permanecer aquí toda la noche mano sobre mano..... ¿Y para qué permanecemos?

—Hé ahí lo que ignoro de todo punto; pero á tu lado está el Vizco, que tiene mas sueño que un capellan de monjas, y podrá enterarte del caso.

El aludido se sonrió maliciosamente, haciendo un gesto diabólico al Atravesao, que le comprendió perfectamente: aquel gesto y aquella sonrisa querian significar que el jarro estaba vacío. En efecto; mientras Pedrillo y el Gato disputaban, en buena armonía, acerca del género de servicio que habian prestado en las primeras horas de la noche, sus compañeros se habian entretenido en apurar el Valdepeñas. Pero el Gato observó la mueca del Vizco y conoció desde luego la mala partida; mas en vez de darse por ofendido, echó mano al jarro y volteándolo sobre su cabeza, esclamó con aire de triunfo:

—Ya encontré lo que buscaba.

—¿Y qué es ello? le preguntó el Atravesao, imaginándose que se proponia armar camorra.

—Un pretesto para despertar á Paco Ranera, y para exigirle ciertas esplicaciones que necesito. Le pediré que vuelva á llenar el jarro, porque no es justo que nos sorprenda el alba con los gañotes pegados al paladar, y cuando venga á traerlo, se hablará en razon.

—No te metas en dibujos con Paco, repuso tranquilamente el Vizco, porque es hombre de muy malas pulgas. Yo mismo traeré todo el jugo que se necesite, porque estoy autorizado para ello, y responderé de paso á las palabras del amigo Pedrillo, que ha hablado como seis doctores.

—Enhorabuena; responde primero y venga despues el mosto, replicó el Gato.

—Al contrario, compadre; lo que conviene es.....

—No hay conveniencia que valga, sino saber clara y terminantemente con qué objeto perdemos la noche de este modo.

—¿Temes que Manolito se entretenga en rondar á la Chata?

—No hay para que mentar á ese galopo delante de mí, porque soy capaz de romper la crisma con este jarro al mismo lucero. Tengamos paz y cepos quedos, porque cada cual es hijo de sus obras y la paciencia no se ha hecho para llevada en el bolsillo.

—Afuera resentimientos, Gato, y no amenacemos á nadie; he dicho lo de la Chata, por la prisa que tienes de saber lo que al fin de la jornada no has de ignorar. Pero ya que lo quieres, sea. Nos estamos aquí bebiendo y descansando como cuerpos de rey, porque Paco Ranera lo ha dispuesto.

—¡Toma! Pues la noticia es fresca por quien soy. Yo pregunto para qué lo ha dispuesto.

—Esa es harina de otro costal, y te aconsejo que cuando le veas, procures averiguarlo.

—Ahora mismo.

—Con tu pan te lo comas, hijo mio; pero mira que tiene el sueño pesado.

—Y es enemigo de preguntas indiscretas, observó Pedrillo.

—Y nunca se queda en razones lo que ofrece, bien sea un bolsillo repleto de oro, ó un pinchazo de ley, añadió el Atravesao.

—¡Ah! ¿con que el leon es tan fiero como le pintan? contestó el Gato levantándose. Alégrome por Dios y voy á despertarle, porque estoy decidido á satisfacer mi curiosidad.

No bien hubo proferido estas palabras, cuando un impulso desconocido hizo rodar el armatoste de la habitacion hácia su frente, descubriendo la puerta de que ya tenemos noticia, y por la cual apareció un hombre de espesa barba, fornido y de mediana estatura, que dijo al que acababa de hablar con amistoso acento:

—Paco Ranera no duerme, cuando hay negocios entre manos.




Paco Ranera no duerme, cuando hay negocios entre manos.

—¡Demonio! esclamó el Gato sorprendido; no te esperábamos por ahí, cuando precisamente.....

—No quisiera estar en su pellejo, murmuró el Atravesao al oido del Vizco.

—¿Quién será el encargado de despacharle? le respondió éste.

El tabernero se acercó á la mesa y viendo el jarro vacío, preguntó:

—¿Cómo se puede charlar tanto, mientras se bebe?

—Era preciso matar el tiempo, le replicó el Gato, haciendo frente á la tempestad.

—Se mata bebiendo á mas y mejor y se da un nudo á la lengua.

—Es que..... no habia vino.

—Se pide, ó se saca.

—A eso iba.

—Mientes, Gato, mientes; ibas á despertarme, con la idea de averiguar lo que no te interesa; pero ya has visto que no dormia.

—¡Lo que no me interesa! Eso es lo que yo no entiendo.

—¡Por el alma de Cain! ¿Con que desconoces las leyes de la asociacion? ¿Con que no eres *Mendigo*?

—¿Y qué tiene que ver.....

—Ven acá, menguado. ¿Qué reza nuestra cartilla? «Cuando recibieres una órden, ejecútala, sin preguntar la causa de ella.»

—Mas la cartilla no previene que permanezcamos toda la noche con los brazos cruzados, para guardar á ese mozo, que ni fuerzas ni voluntad debe tener para fugarse de su encierro.

—¿Y de dónde sacas que se necesitan nada menos que cuatro *Mendigos* para tan miserable tarea?

—Eso mismo sostenia yo contra el parecer de Pedrillo. Es imposible, le decia, que el mozo esté sentenciado á emprender su último viaje, porque ya lo hubiera emprendido, y no se le trataria con tanto mimo, regalo y esmero. Nosotros, sin embargo, firmes aquí, despues de no haber servido para nada, y sin saber lo que se nos exije.....

—¿Qué se os ha de exijir? Que paseis la noche bebiendo.

—Nos anunciaste que veriamos á una persona.....

—Ya; pero es el caso que esa persona no ha venido.

—¿Y vendrá?

—¿Quién puede jurarlo? Si no viene hoy, vendrá mañana.

—¿Y nosotros? ¿Qué haremos entretanto?

—Seguireis bebiendo hasta el amanecer.

—Pero ¿con qué motivo? ¿De qué se trata?

—¡Ah! ¿Te empeñas decididamente en saberlo?

—Decididamente.

—Está bien; mas ante todo necesitamos refrescar, porque tus compañeros se fastidian; pronto daré la vuelta.

Salió Paco Ranera por la puerta que conducia á la sala comun, y no bien se hubo perdido de vista, cuando Pedrillo dijo al Gato:

—¡Qué es lo que has hecho! Vuelve en tí con mil demonios y declárale que tú solo has apurado el jarro, para que crea que el vino ha despertado tu necia curiosidad. Júrale que nada pretendes averiguar y que.....

—¿Por qué me aconsejas una villanía? le interrumpió el Gato con acento amenazador.

—Porque deseo salvarte..... porque le he visto guiñar tres veces seguidas el ojo izquierdo.

—Y yo, añadió el Vizco.

—Y yo, repitió el Atravesao.

—Mejor fuera que os unieseis á mí, les contestó su curioso compañero; pero nada temais, porque ha prometido, ó poco menos, contentar mi demanda, y no ignora Paco que soy uno de los hombres mas á propósito para lances apuradísimos. Ea; acosémosle todos con la misma pretension.....

Esta advertencia, que propendia visiblemente á relajar el principio de disciplina servil, cuyo rigor llevado hasta la crueldad era la base principal en que se apoyaba la temible cofradía de los *Mendigos*, llegó tarde á los oidos de los que la escucharon, porque Ranera se presentó de nuevo con el jarro y llenó alegre-

mente los vasos de sus huéspedes. Dirigiéndose en seguida al Gato y dándole una palmada en el hombro, le habló en los términos siguientes:

—No hay remedio; todos tenemos que convenir en que eres el mas avispado y ladino de la asociacion. Yo no queria hablar de cierto secreto importante, que debe producirnos oro en abundancia, hasta que llegase el caso, porque hay negocios que se echan á perder, si se comunican antes de tiempo. Mas como se acerca la hora, en que debo haceros la revelacion del plan que vais á llevar á cabo, no estará de mas que os instruya de algunos pormenores interesantes, y con eso verás, seo desconfiado impaciente, que yo nunca guardo para mí solo las buenas nuevas. La órden que he recibido previene que esperemos hasta la una, hora en que se ha propuesto honrar mi casa y taberna un alto y poderoso personage, con la precisa circunstancia de que si no llega en el término prefijado, os pongais inmediatamente en campaña para dar el golpe.

—Que me place, y eso al menos es hablar, esclamó el Gato alegremente; son las doce y media, si no miente la parroquia de *San Ginés*, que tiene su reloj perfectamente arreglado desde el tiempo de los moros, y por lo tanto puedes enterarnos de todo lo que ocurre. Lo que te pido, ya que hay escaramuza entre manos, es que me señales el puesto mas peligroso. Ya sabes que.....

—No tienes que añadir una palabra mas, porque ya te conocemos, le atajó Paco Ranera. El plan es sencillo, pero exige prontitud de manos y de piernas, porque vais á obrar separadamente. El tesoro está escondido en el convento de las monjas *Descalzas*.

—¡Diablo!.... ¡Diablo! esclamó Pedrillo, rascándose la oreja.

—Es un robo sacrílego en primera línea, murmuró el Vizco abriendo las manos como para apoderarse del caudal, que ya contaba por suyo.

El Atravesao guardó silencio, contentándose con examinar ansiosamente la fisonomía de Ranera.

—¿Os asusta el negocio? preguntó éste, volviendo á colmar los vasos de Valdepeñas.

—Compadre, daca los cinco, le respondió el Gato impaciente, y acaba por Belcebú de disponer la batalla, porque me está bailando la sangre en el cuerpo de puro gozo. Mi parecer es que no esperemos cinco minutos á ese personage que has dicho, sino que desde luego.....

—Paciencia y barajar, que voy á darte gusto, repuso Paco revolviendo los ojos como una hiena, y escuchadme con atencion. Pedrillo se situará junto á la casa de los *Capellanes pobres* (1) y á la sombra, para no ser visto desde la plazuela: ya le avisarán á tiempo lo que debe hacer, mas por lo pronto observará si se acerca gente por las avenidas. El Atravesao no se moverá del pasadizo que une la fachada del monasterio con la casa del tesorero Alonso de Gutierrez, (2) para dar auxilio á los demas en caso de apuro. El Vizco fijará sus reales en la plazoleta de *Zelenque*, (3) dándose la mano con Pedrillo y el Atravesao, á fin de que los tres protejan la retirada del Gato.

—¡Ah! esclamó éste; imaginé que me habias olvidado.

—¿No deseas correr el riesgo mayor?

—Venga, para que nadie se figure que soy manco.

—¿Conoces la casa del secretario Alonso Muriel?

—¿La que está á la entrada de la calle del *Postigo de San Martin*, segun vamos por la plazuela de las *Descalzas?*

—A las mil maravillas. Al fin de esa montaña de piedra y antes de llegar á la esquina de la calle de la *Sarten*, esperarás á pié firme la llegada del Viejo.

—¿Con que tambien entra el Viejo en la danza?

—Entra como auxiliar por las relaciones que tiene en el mo-

---

(1) Conocida despues con el nombre de *Casa de Misericordia*, en la calle de *Capellanes*, obra notable del arquitecto Montenegro, destinada para vivienda de *doce sacerdotes necesitados*.

(2) Hoy se hallan establecidas en ella las oficinas del *Monte de Piedad* y las de la *Caja de ahorros*; el arco ó pasadizo, que aquí se menciona, desapareció durante la invasion francesa.

(3) Se llamó tambien de *Juan de Córdoba*, por las casas del mayorazgo, que allí poseyó y habitó, en tiempo de Enrique IV y de los reyes católicos D. Juan de Córdoba y Zelenque, alcaide de la casa Real del Pardo.

nasterio. Ahora mismo está forzando la cerradura de la puerta del locutorio, para que puedas pasar al claustro; pero no le interrumpas en su operacion, porque de ella depende todo, y cuando esté concluida irá á buscarte. Síguele entonces, pues te guiará por las revueltas del convento, hasta el sitio en que se halla oculto el tesoro que buscamos.

—¿Y cómo lo saco de allí?

—Lo encontrarás en un cofrecillo. Si te sorprende alguna monja, la haces callar amenazándola ó se la entregas al Viejo; si el cofrecillo pesa demasiado, el mismo Viejo saldrá á la plazuela y desde allí dará la señal de los *Mendigos* á Pedrillo y al Atravesao, que son los que estarán mas cerca, para que acudan á ayudarte.

—¿Y conoce el Viejo esas instrucciones?

—Le enterarás de ellas, si es necesario.

—¿Cuándo nos ponemos en marcha?

—Desocupad el jarro y al avio, porque pronto dará la una y nuestro personage no viene.

No parecia sino que el reloj de *San Ginés* estaba esperando que el tabernero pronunciase las últimas palabras, para hacer sonar la hora convenida. Levantóse el Gato, y despues de echarse al coleto dos vasos de vino, se encaminó hácia la puerta; los otros se dispusieron á imitarle, pero Ranera les dijo con una entonacion calculada para que le oyese el primero:

—¿Quereis que os sigan la pista y que el Gato pierda su tiempo miserablemente? Es preciso que os deis uno á otro lo menos diez minutos de delantera, y que cada cual tome distinta direccion.

El Gato no se detuvo; abrió con tiento la puerta de la taberna, y volviendo á entornarla, se engolfó calle de los *Tintes* abajo, sin cuidarse de los derrumbaderos, á fin de llegar mas pronto por la del *Arenal*, al punto que se le habia designado.

Ranera soltó al mismo tiempo una carcajada infernal, y dijo á los tres *Mendigos* que quedaban:

—Sentaos y proseguid bebiendo, porque no corre prisa el negocio del Gato.

Y dirigiéndose despues á la puerta, que bien podemos llamar secreta, de la habitacion, silvó dos veces de un modo particular. Entonces vieron, el Atravesao, el Vizco y Pedrillo, una figura de hombre, que apareció en medio de la estancia y á la cual dijo Paco:

—Síguele bien y asegura el golpe.

—¡Vive Dios que es el Viejo! murmuró el Vizco.

—Y no doy por la vida del Gato seis ardites, le respondió Pedrillo.

—Me lo estaba cantando el corazon, añadió el Atravesao.

El hombre que habia entrado por la puerta del aparador se fué por la de la sala comun y salió á la calle: el tabernero, que habia ido con él, hablándole en voz baja, cerró la última y volvió al cuarto en que se hallaban los tres *Mendigos*, para hacer lo mismo con la primera. El aparador, por consiguiente, rodó hácia la pared y ocupó su lugar.

—De modo que tu opinion es que nos estemos quedos, se aventuró á decir Pedrillo.

—Por ahora no hay novedad, le contestó Ranera acercándose á él. Y ya que me ocurre ¿qué os parece de nuestro amigo el Gato?

—Que su negocio es peliagudo, replicó el Vizco.

—Veamos en qué te fundas.

—En que el Viejo, que debia esperarle en el monasterio de las *Descalzas*, va detrás de él.

—¿Y qué sacas en limpio de todo eso?

—¿Qué quieres que saque? Que esta noche hay justicia seca.

—El Gato es muy capaz de perdernos á todos con su charla; nunca está satisfecho, y cuando tiene que esperar, se revuelve contra sus superiores. ¿Qué sucederia si os hubieseis unido á él, como os propuso? De esta manera no puede vivir la asociacion de los *Mendigos*. Bien presentes deben estar en la memoria de cuan-

tos á ella pertenecen las palabras de *órden, humildad, obediencia* y *secreto*. Por lo demás, no se echará en saco roto la conducta que habeis observado, tú, Pedrillo, haciendo conocer al revoltoso su sinrazon, y vosotros dos callando. Ademas, mereceis que os diga en confianza, que el personage de quien antes hablé, vendrá sin falta á departir con el mozo que habeis traido, y que no pasarán cuarenta y ocho horas, sin que, de resultas de su conversacion, nos apoderemos de una lindísima muchacha, que será para los cuatro una mina de oro. En cuanto al Gato, encomendad su alma á Dios, porque no encontrará el tesoro que busca en el convento de las religiosas *Descalzas*.

—Lo malicié desde el principio, observó el Atravesao; pero ya que así lo quiso, así lo tenga y con su pan se lo coma. Esas son cuentas tuyas.

—¿Quién le mandó meterse á curioso? repuso el Vizco. Lo siento únicamente por la Chata, que va á llorar mas que siete Magdalenas.

—Pues aconséjala que llore de puertas adentro y que se guarde de andar en averiguaciones ni preguntas. El Gato ha desaparecido de la calle de los *Tintes*, para marchar á Andalucía con un gran señor, que quiere hacer de él un hombre de provecho. Y que no se diga otra cosa, porque de lo contrario la Chata, y la sobra de narices y todas las mugeres de la barriada de *San Ginés* se han de acordar de Paco Rancia.

—No hay que acordarse ya de semejante asunto, dijo Pedrillo. Bebamos á la salud de la hermosísima doncella que debe caer en nuestras uñas.

—Hermosísima, nobilísima y sobre todo riquísima, esclamó el tabernero frotándose las manos; y eso que ella no lo sabe.

—¡Ah! ¿Con que hay historia por medio? preguntó el Vizco.

—Y larga por añadidura.

—Lo cual quiere dar á entender que no podemos oirla. Paciencia y busquemos otro recurso para matar el tiempo.

—Te equivocas, Vizco; la historia de esa muchacha no es un

secreto de la asociacion. Se trata de que no conoce á su madre, y de que su madre la busca afanosamente, sin poder dar con ella. Figuraos ahora que el personage, cuya venida nos tiene en vela, me ha referido las cuitas y las pesadumbres de la pobre muger, y que yo he despachado sabuesos en todas direcciones, para rastrear su escondite.

—Hasta que por fin has dado con él.

—Ese mozo nos lo dirá.

—¡Cómo! ¿Con que tiene que ver con la historia?

—Está sirviendo á un médico afamado, que asistió á la muger que busco, cuando su hija vino al mundo.

—Y supones que te descubrirá.....

—Nada respecto á la madre; pero pondrá la hija en nuestro poder.

—Ya; y luego.....

—Luego sacaremos por el hilo el ovillo.

—Me acaba de ocurrir una idea, amigo Paco.

—Y será de oir, como cosa tuya.

—Demos de barato que el mozo entra en tus planes de buena voluntad, y que nos entrega la muchacha, si es que puede hacerlo, como has asegurado.

—¡Pues no! Si vive con el médico.

—¿Quién?

—¡Quién ha de ser! La muchacha; la hija de la muger que gime y llora por estrechar en sus brazos á la prenda de su corazon.

—Bien: si nos trae la prenda, nada hay que añadir, porque el negocio quedará concluido. Pero ¿y si se rebela contra tus mandatos y en vez de servirte dócilmente.....

—¿Olvidas, Vizco, que le tenemos ahí dentro?

—Es que no ha de estar secuestrado eternamente; de modo que le buscarán.....

—Muy buen olfato han de desplegar los lebreles de la Justicia, si dan con sus huesos.

—Husmearán al pié de la *Escalinata*, porque alguno dirá que bajó por ella.

—Lo veremos..... lo veremos.....

—¡Ah! ¿Sabes que queria dirigirte una pregunta? Bien entendido, que ha de ser sin meterme en secretos de la asociacion. Con que me anuncies que no te acomoda responder, me daré por satisfecho.

—Echa á volar tu pregunta, compadre; ya sabes que hablando de esa manera, no puede haber pelillos entre la gente honrada.

—Pues allá va. ¿Cómo fué que encontramos nosotros poco menos que espirando á ese bendito mozo, que tanta falta te hacia? ¿Venia él á la taberna y rodó desde la calle del *Arenal*? ¿Cayó á la de los *Tintes*, como llovido del cielo?

—¡Bah! ¿No conoces al escudero *rezador*?

—¡Estupenda alhaja!

—Lince como él solo; el decano de los *Mendigos*, que se retiró de la barriada por vivir con holgura, pero que nunca abandona á sus amigos. Ahora piensa heredar á un médico estravagante.

—Ya estoy en autos; al médico de la historia.

—No, señor, á otro. ¡Como si no hubiera mas que uno en la corte! Veamos si me entiendes. El médico del *rezador* no juega para nada en el asunto, pero el *rezador* conocia al mozo, y me informó de que el médico de este mozo es el que guarda, como oro en paño, á la hija de la muger de la historia. Y como por medio habia un personage, que me habia encargado le diese noticia segura del paradero de la muchacha, hé aquí que lo primero que necesitábamos era coger al mozo. Añade ahora que únicamente el *rezador* podia seguirle los pasos, y que los siguió esta noche por la calle del *Arenal*; que se adelantó despues y le esperó junto á la *Escalinata*; que allí riñeron los dos á brazo partido; que yo estaba agazapado y ojo avizor á espaldas de los *Caños*, con el objeto de lanzarme sobre el mozo, en caso de necesidad; que al verle rodar por las escaleras hácia el abismo de

la barriada, salí de mi escondite, entregué un bolsillo al *rezador* y corrí á buscaros; que.... por último, ya sabeis el resto. ¿Se ofrecen mas preguntas?

—Otra para postre. El personage que te ha hablado no ignora el paradero de la madre de la muchacha, ya que pondera sus lágrimas y suspiros ¿eh?

—Hasta el presente nada tengo que contestar, y te esplicas como un libro.

—Y si es así, amigo Paco ¿á qué fin has soltado sabuesos, para descubrir su madriguera?

—Aguza mas el ingenio, Vizco; si algun dia llegas á ser gefe de la asociacion, conocerás que un negocio suele dar de comer por muchos lados. No basta que nuestro personage sepa donde se halla la madre; necesito saberlo yo.

—Se lo preguntas y.....

Aquí llegaba el diálogo entre el Vizco y Ranera, cuando dos golpes que resonaron en la puerta esterior interrumpieron al primero.

—Abre, Pedrillo, dijo Paco, ya conozco ese modo de llamar y no ha tardado en el desempeño de su comision.

Obedeció Pedrillo y un momento despues entró el hombre á quien llamaban el Viejo; al pasar junto á Ranera hizo con la mano derecha una señal que comprendieron todos, y fué á sentarse, sin pronunciar una palabra, entre el Vizco y el Atravesao.

—Lo cortés ni añade ni quita á lo valiente, murmuró el tabernero; recemos un *padre nuestro* por el alma del pobre Gato.

Rezándolo estaban, mas no pudieron concluirlo, porque de nuevo llamaron su atencion tres recios golpes, aplicados por mano vigorosa, y al parecer con una piedra, á la puerta de la calle.

# CAPÍTULO X.

En el cual se atan todos los cabos sueltos para el rapto de una doncella.

El coloquio del Vizco con Paco Ranera, que acabamos de transcribir literalmente, nos ahorra el ímprobo trabajo de esplicar á nuestros lectores ciertas particularidades, que sin duda echaron de menos en los precedentes capítulos. Ahora ya saben, por ejemplo, los motivos que tuvo Gonzalo para impedir que el criado de doña Mencia llegase al real alcázar con el mensage que llevaba para el doctor Cornejo, circunstancia que supo esplotar aquel en favor de los amores de don Fernando, cuando hizo ver á éste que habia procurado separar á Mendo de la calle de la *Sarten*, á fin de que no interrumpiese con sus idas y venidas, desde palacio á su casa y desde su casa á palacio, la cita de los dos amantes. Tampoco ignoran la mala suerte que cupo al pobre mozo, que despues de rodar mas de cuarenta escalones del precipicio que separaban los barrancos del *Arenal* de las sinuosidades de la bar-

riada de *San Ginés*, fué á dar con su asendereado cuerpo en el conciliábulo de los *Mendigos*, cuyas proezas así en las calles contiguas á la plazuela del *Barranco*, como en las inmediaciones de *Puerta Cerrada*, nos relatan los antiguos pergaminos de Madrid.

Pero no es suficiente lo espuesto, para comprender una contradiccion palpable en la conducta del escudero de Pimentel. En efecto; si hemos de juzgar por lo que Ranera habia referido al Vizco, era evidente que el gefe de los *Mendigos* tenia por cierto y averiguado, que el doctor Cornejo habia asistido á la madre de Isabel en el trance peligroso que no ignoramos, y que daba por seguro que la misma Isabel vivia en su casa, aunque oculta á los ojos del mundo, merced á las precauciones del médico. Y como Ranera habia declarado que el *rezador*, á quien ya conocemos con el nombre de Gonzalo, habia puesto en su noticia que el amo de Mendo era quien la guardaba y el mismo que la recibió al nacer, sacamos en consecuencia que el patrocinador de los apasionados suspiros del jóven Montemar habia mentido.

Así era en verdad, aunque su mentira encerraba un objeto laudable, á saber, el de impedir, desorientando al tabernero, que Isabel cayese en manos de la terrible asociacion, cuyos malos instintos y aspiraciones conocia perfectamente. Cuando Ranera tuvo que echarse á discurrir el medio de contentar al personage, á quien aguardaban los *Mendigos* en la sala interior de la taberna del *Raposo*, se acordó de Gonzalo y le encargó el asunto, persuadido de que si él no vencia la dificultad, seria inútil allanarla de otro modo. Gonzalo se encontró entonces entre la espada y la pared, como suele decirse, porque negándose á lo que se le demandaba, se esponia al resentimiento de la asociacion, con la que no le agradaba enemistarse; y si por el contrario cumplia las órdenes de su gefe, descubriendo la verdadera morada de Isabel, lo cual equivalia á poner á ésta en manos de los *Mendigos*, era fácil que ocasionase su perdicion y desdicha, separándola del hombre á quien amaba tiernamente, y faltando con su alevoso proceder á las promesas que habia hecho al jóven Montemar.

Para salir del atolladero, inventó la fábula de que Isabel vivia en casa del doctor Cornejo, pues recelaba que Ranera no le habia declarado todo lo que sabia, y el temor de aparecer sospechoso le obligó á referirle la verdad, aunque nombrando á un médico por otro.

Hemos visto que el buen Gonzalo salió de la estancia del doctor Pimentel, imaginando que éste habia perdido el juicio. Dábanle sin embargo en qué pensar aquellas palabras, *nunca te perdonará Dios lo que has hecho*; y recordando tambien la estraña historia del nacimiento de la doncella y lo que el propietario de la taberna del *Raposo* le habia dicho, respecto al personage que la buscaba, confundíase en un abismo de encontrados pareceres y conjeturas, cuya resolucion no podia hallar, pero que empezaban á perturbar su ánimo haciéndole presentir alguna desgracia irremediable. Dos pensamientos le asaltaron entonces: el primero fué, que la pasion amorosa de don Fernando habria comprometido la seguridad de Isabel, descubriendo á la asociacion de la barriada del *Barranco* su verdadero domicilio, y que por esta causa acababa de apostrofarle tan duramente el doctor Pimentel; el segundo era para Gonzalo una consecuencia forzosa del anterior, á saber, que doña Isabel se hallaba en gran peligro de verse secuestrada por los satélites de Ranera, si él no se oponia á sus intentos. Lo que no comprendia muy bien era el estado de exasperacion frenética en que habia salido don Fernando á la calle, despues de su coloquio con el doctor; pero esto podia proceder de varios motivos, que por el pronto no le parecian alarmantes: lo que desde luego no daba espera, lo que urgia ante todo, lo que verdaderamente reconocia como una necesidad del momento era salvar á doña Isabel de las emboscadas de los *Mendigos*, Gonzalo habia declarado al tabernero que la jóven moraba en la calle de la *Sarten*, porque se figuraba que la asociacion no se apresuraria á apoderarse de ella; mas como en efecto habia pasado la noche y permanecia aun acompañando á doña Mencia y á la señora Marta, temió que si la dejaba allí mas tiempo, se volviesen las tor-

nas, y llegase la mentira que habia urdido á servir como verdad, para un acontecimiento deplorable.

—Ya está comprendido el enigma, esclamó dándose una palmada en la frente y disponiéndose á partir. El doctor me ha preguntado si sabe el amante que la paloma está allí..... señal cierta de que la noticia de su pasion ha llegado hasta los gavilanes de Paco. Despues..... ó antes..... pero esto importa poco..... me ha prevenido que la traiga inmediatamente..... lo cual indica al mas torpe, que no la considera segura en casa del doctor Cornejo..... Eso es, y no debo perder minuto; hasta el anochecer del dia de mañana no darán principio á su ronda los *Mendigos*; pero nadie sabe lo que puede suceder antes, porque el compadre Ranera tiene mas conchas que un galápago, y es tan malicioso como el pícaro Merlin. Corramos pues á salvar á la enamorada doncella de las garras del lobo, y enmiende mi actividad las faltas que haya podido cometer mi torpeza.

Terminado este soliloquio, se dirigió Gonzalo apresuradamente á casa del doctor Cornejo, y se vió obligado á reconocer que, en efecto, su torpeza ó la malicia de Paco Ranera habian producido, en el espacio de pocas horas, gravísimos males. Doña Mencia, doña Isabel y la señora Marta se hallaban afligidísimas y la primera en una situacion lastimosa, por el doble infortunio que acababa de herirla con tanta crueldad; mas al cabo, á fuerza de preguntas y despues de aguantar pacientemente no pocos dicterios y maldiciones, que la exasperacion inspiraba á la dueña, supo el aturdido escudero tanto el repentino ataque apoplético del doctor, como el motivo alarmante que lo habia ocasionado. Púsose entonces á meditar, desentendiéndose de las lágrimas y sollozos de la matrona, del asombro y tristeza de la jóven y de los gritos del ama de gobierno, y á pique estuvo de volverse loco, por empeñarse en desentrañar un suceso incomprensible para su razon. Gonzalo poseia, á la verdad, grandes datos para sostener que el doctor Cornejo no podia ser responsable de una muerte, ejecutada durante las primeras horas de la noche anterior, en la

esquina de la calle de la *Sarten*, encontrándose al mismo tiempo en el caso de afirmar, aun cuando fuese bajo la fórmula de juramento, que no era Mendo el hombre asesinado. Para lo primero bastábale su conviccion de que no habia ocurrido tal muerte, supuesto que ignoraba la del Gato, dispuesta por el tabernero del *Raposo*, mucho despues del encuentro de don Fernando de Montemar con el rey de Nápoles y de haberse retirado á su casa el doctor Cornejo; para lo segundo, sabia lo mas importante, pues descansaba su prueba en la seguridad de que Mendo existia secuestrado en poder del gefe de los *Mendigos*. Érale por lo tanto muy fácil devolver el perdido sosiego á la inconsolable familia del doctor, que vuelto en sí, á duras penas, de su accidente, deploraba con amargura la desdicha de verse encausado por un crímen que no habia cometido; pero recelaba comprometerse con la mas sencilla declaracion; pues si bien nada temia de la justicia, en cuanto á la supuesta muerte, le desagradaba entrar en esplicaciones respecto á la desaparicion del criado y á otros anteriores pecadillos, que una vez descubiertos le pondrian en apretura con la asociacion de los *Mendigos* y con los ministros inexorables del rey. Quiso pues tomarse tiempo para formar su plan de operaciones, y debemos decir en honor de la verdad, que desde luego hizo propósito de sacar al doctor Cornejo del mal paso en que estaba metido; mas concibió la idea de informarse ante todo de las circunstancias que habian motivado la acusacion de asesinato de que era objeto, y persuadido de que todo era obra de Paco Ranera, para apoderarse mas fácilmente de doña Isabel, una vez preso el doctor, determinó pasar á la calle de los *Tintes*, tan pronto como dejase á la jóven en casa de Pimentel. Hízola pues saber la voluntad de éste, enterándola al mismo tiempo del estado en que se hallaba, y no fué menester mas para que doña Isabel se decidiese, aunque con amarga pena, á separarse en tan crítica coyuntura y en las altas horas de la noche de la respetable doña Mencia.

Libre ya Gonzalo de sus acciones, se encaminó á la barriada

del *Barranco;* mas no fué poca su sorpresa, cuando observó que al fin de la calle del *Arenal* y casi en frente de la *Escalinata* se hallaba estacionado un coche, en cuyas portezuelas se veia el escudo de armas del duque de Montemar.

—¿Qué diabólica tentacion habrá tenido don Fernando? se preguntó á sí mismo el escudero. Cuando salió del gabinete del doctor iba echando chispas por los ojos..... pero ¿qué es lo que ocurre?.... ¿habrá venido en coche ese loco para precipitarse por esos escalones?.... ¡Bah! No es muerte muy segura, que digamos..... ¿Y de qué nace su desesperacion?.... ¿Le habrá revelado por ventura el doctor Pimentel, que la bella que adora no es hija suya?.... Tampoco hay motivo para suicidarse por esa bicoca..... ¡Cuántas hijas de no se sabe quién se casan magníficamente!..... El duque gritará un poco, pero como al fin y postre los padres de doña Isabel no pueden menos de ser ilustres, por mas ilegítima que ella sea, el remedio no me parece difícil: se casarán los jóvenes y..... no hay escape, me deberán su felicidad. Puedo contar por consiguiente con las pruebas de su agradecimiento, que añadidas á los ahorrillos que he hecho en casa del doctor.....

Hablando así llegó á la *Escalinata,* y empezó á bajar por ella; mas interrumpió al mismo tiempo el curso de sus ideas la presencia de un embozado, que subia de dos en dos los escalones y que pasó rozándole sin la menor ceremonia. Detúvose para examinarle, pero el embozado siguió trepando, sin darse por entendido del encuentro.

—Orgulloso es, murmuró Gonzalo, y he de poder poco, ó he de averiguar qué negocios le han traido á la calle de los *Tintes.*

Dicho esto, volvió pié atrás con ánimo de no perder la pista del atrevido, que no se habia escusado con él al tropezarle; pero no bien hubo llegado á la parte superior de la *Escalinata,* cuando le vió entrar en el coche, que sin duda le esperaba, y que al punto partió como una saeta hácia el centro de la villa.

—¡El duque! esclamó el *rezador* estupefacto. ¡El duque y no su hijo, como yo imaginaba!.... ¿Qué ha venido á buscar por aquí?...

¡El grande y poderoso duque de Montemar en las encrucijadas del *Barranco!*.... Por mas que discurro, me es imposible adivinar..... Se me figura que he hecho un disparate..... En efecto, he debido seguir á don Fernando, cuando salió como un tigre herido del gabinete del doctor y preguntarle el resultado de su conferencia con él..... porque indudablemente hay un misterio en esa conferencia, y en la situacion angustiosa del doctor y en esta venida del duque al campamento de los *Mendigos*..... ¡Ah! Ya estoy en autos..... el amante ha entrado en esplicaciones con el duque, despues de su larga plática con mi amo, y luego el duque.... claro está el asunto.... se ha propuesto averiguar lo que Dios sabe en la calle de los *Tintes*. Pues bien; eso que Dios sabe y que tal vez ya no ignora el duque, excita fuertemente mi curiosidad; debe ser la clave del secreto del doctor, que ha sacado de sus casillas á don Fernando y..... ó yo soy el hombre mas necio del mundo, ó Paco Ranera posee ese secreto que, á no dudarlo, me interesa mucho descubrir. No perdamos tiempo.

Pocos minutos despues de haber pronunciado entre dientes las últimas razonès, entraba el escudero de Pimentel en la taberna del *Raposo*. No encontró en la sala comun al propietario del establecimiento, por lo que se dirigió, como quien conocia perfectamente las localidades, á aquella en que no ha mucho tuvimos el gusto de conocer al Vizco, al Gato, al Atravesao, y á Pedrillo. Sentóse con mucho sosiego delante de la mesa, en que estos honradísimos comensales habian dado cumplida razon del sabroso Valdepeñas, y esperó.

Justo es que nosotros aprovechemos estos instantes, dejando al escudero solo y en lucha abierta con su imaginacion, para enterar á nuestros lectores del fin que tuvo la velada de los *Mendigos*, cuyo número no habia sufrido alteracion por la muerte del Gato, pues ya sabemos qne el Viejo acababa de reemplazarle.

Los tres fuertes golpes que acababan de resonar reanimaron las esperanzas de aquellos desalmados, que así bebian á la salud de un compañero, como rezaban por el descanso de su ánima cinco

minutos despues. Ranera conoció que efectivamente llegaba el personage esperado, y dijo secamente:

—Nadie se mueva. Bebed y callad.

Dirigióse en seguida hácia la puerta de la calle, la abrió, volvió á cerrarla y se presentó de nuevo en la sala interior, seguido de un caballero embozado hasta los ojos. Los cuatro *Mendigos* no dieron muestras de haber reparado en él, sin duda para dejarle el tiempo necesario, á fin de que examinase con entera libertad sus resueltas fisonomías. Hízolo así el desconocido, y pareció quedar satisfecho de sus observaciones, pues volviéndose hácia Paco, le dijo:

—Buenos perillanes.....

—Unos corderos, señor, le contestó Ranera sonriéndose.

—Entiendo, entiendo, repuso el embozado; corderitos que se convierten en lobos, si es necesario.

—De modo que.... segun sea el negocio de que se trate: hay circunstancias en que se juega el todo por el todo, y entonces se muda la piel....

—Nada de eso me interesa. Me consta que sois unos malvados y que mereceis la horca; pero hoy os necesito como auxiliares....

—¡Oh!.... No lo ignoramos.

—Pues bien; quiero que esos hombres.... que esos corderos se conviertan en raposos, pero sin uñas y sin dientes. Ni una mordedura..... ni un rasguño..... la presa ha de llegar á mi poder, sin que se note una arruga en su vestido, sin que se descomponga un solo cabello de su cabeza, sin que se desprenda una lágrima de sus ojos.

—Así sucederá, señor; para todo hay remedio, y á fe que buenos oidos os escuchan.

—No están mal enseñados, si he de juzgar por su aspecto humilde y compungido.

—Ya lo vereis.... ya lo vereis....

—¿Saben ya lo que de ellos exijo?

—Poco mas ó menos; el resto queda á mi cuidado.

—¿Y están prontos á servirme?

—Eso no se pregunta, señor; teneis mi palabra.

—¿Para cuándo la batida?

—Para esta noche.

—Cuidado con las rondas.

—¡Bah! Las rondas se han inventado para asustar á los chiquillos.

—Es que.... tal vez convendria aplazar el golpe.

—Disponed en ello lo que os plazca; pero se me figura que cuanto antes será mejor.

—Ya; pero ignoras que no hace mucho ha habido una muerte.

—Una muerte.... ¿Y qué?

—Muy cerca del sitio, en que deben operar esta noche tus corderos.

—¿Cómo ha llegado semejante desgracia á vuestra noticia?

—Atravesaba en mi coche la plazuela de las *Descalzas Reales*, para tomar la calle del *Arenal* y dirigirme á tu taberna, cuando llegó hasta mí confuso ruido de voces; hice que el cochero se informase y entonces supe que la ronda de un alcalde de casa y corte estaba levantando el cadáver de un hombre recien asesinado junto á la esquina de la calle de la *Sarten*.

—¿Y el asesino?

—El alcalde de casa y corte, que se ha adelantado á saludarme, me ha dicho que por aquellas inmediaciones no se descubria rastro alguno. Se conoce que el matador iba á tiro hecho y tenia buenas piernas ó casa á mano donde guarecerse, porque los alguaciles han corrido en todas direcciones.

Paco Ranera miró de soslayo al Viejo, significándole su satisfaccion por el acierto y destreza con que habia cumplido su encargo, y el asesino del Gato guiñó el ojo derecho, como para dar gracias á su gefe por la aprobacion que le merecia su conducta. El embozado no observó esta muda correspondencia y prosiguió diciendo:

—Ya ves que no seria prudente alarmar esta noche de nuevo aquellos barrios, con el rapto de una muger.

—Al contrario, señor, repuso el tabernero; las brujas y los corchetes andarán hoy á cincuenta leguas del convento de las *Descalzas Reales*. No hay sitio mas seguro que aquel en que se acaba de cometer un crímen.

—Si estás seguro del éxito....

—¿Pues no he de estarlo? Contemplad esos cuatro rostros de anacoretas, y decidme luego si revelan la menor intencion de errar el golpe que se les confie, por difícil que sea.

—¿Y el criado del doctor?

—Perfectamente remendado. ¡Oh! El vino cocido con romero hace maravillas. Como os envié á decir á la entrada de la noche, la cosa se ha reducido á molimiento de huesos y á unas cuantas heridas de poca monta en la cabeza y en la cara. Preciso es confesar que el *rezador* nos ha hecho un servicio importante.

—¿Quién es el *rezador?*

—¡Bah! En otro tiempo dió bastante en que entender á la justicia. Es pájaro de cuenta, y aunque se retiró del servicio, nunca ha dejado de ayudarnos como auxiliar. Ahora se ha metido á hombre de importancia y se da aires de gran señor entre los escuderos de la corte.

—De modo que á él se le debe....

—Ni mas ni menos; apenas le hablé del asunto del mozo, cuando empezó á seguirle los pasos hasta ponerlo en nuestro poder.

—Le entregarás esto por su eficacia, con tal que no haya tenido parte en las heridas y en el molimiento de que has hecho mencion.

—De ninguna manera; el *rezador* es incapaz de meterse con una mosca. Eso fué que el mozo, segun os avisé, rodó furiosamente por la *Escalinata*, cuando el primero se empeñaba en detenerle.

Esplicando de este modo la conducta de Gonzalo con Mendo, alargó Ranera la mano y recibió un bolsillo, que el caballero le entregó preguntándole:

—¿Y te acuerdas del negocio principal que á estas horas me obliga á andar por estos malditos barrios?

—¿Cómo he de olvidarlo? Me dijisteis que queriais conocer personalmente á mis corderos, por si teniais que darles algunas instrucciones: los he reunido, y ahí están como centinelas en sus puestos, bebiendo y meditando sobre las vanidades y miserias del mundo, desde que me trajeron al mozo.

—Está bien, pero no es eso. El emisario que me dirigiste, para hacerme saber que el criado del doctor se hallaba ya.....

—Secuestrado.....

—Debió participarte mi deseo de examinarle.

—¿Al criado del doctor? Vaya..... por supuesto que me lo dijo, y así cuando os convenga.....

—¿En dónde se halla?

—A dos pasos.

—Guíame sin tardanza.

El tabernero se dirigió hácia el aparador de pino que ya conocemos, lo separó del tabique de la sala interior y abrió la puerta secreta, por la cual vieron nuestros lectores aparecer al Viejo para seguir al Gato. El caballero embozado siguió á su conductor, y ambos entraron en un reducido zaquizamí, cuyo mueblage consistía en dos sillas desvencijadas, una mesa rota, sobre la cual figuraban algunos trapos y un papel lleno de un ungüento de detestable olor, y una cama compuesta de tablado, gergon de paja y un colchon mas duro que los guijarros de la calle de los *Tintes*. En una especie de calabozo, sin mas luz que la que despedia la vacilante llama de una lamparilla, colocada en un rincon, y estaba al parecer destinado para encierro de las personas, que el honradísimo gefe de la asociacion de los *Mendigos* tenia á bien *secuestrar* en provecho de la misma.

Sobre la cama de que hemos hablado yacia tendido y sepultado en profundo sueño aquel mozo, de quien varias veces se ha hecho mencion en esta historia, y cuya ausencia involuntaria de la casa del doctor Cornejo habia ocasionado mil sinsabores á éste y á su desconsolada familia. Mendo era un moceton fornido sin pizca de entendimiento, y creia de buena fe que en el empeño que Paco

Ranera ponia para impedirle salir de su zahurda, solo se revelaban caritativos deseos de curarle completamente sus descalabraduras. La caida desde lo alto de la *Escalinata* le habia molido el cuerpo, mas como habia bajado rodando por los pendientes escalones, estos habian hecho menos sensible la violencia de los golpes que iba recibiendo, de modo que sus heridas eran de muy poca consideracion. Imaginó, cuando merced á los cuidados de Ranera recobró los sentidos, que habia luchado con un ladron, y que sin duda la gente del barrio acababa de recojerle y llevarle á aquella casa, donde se le atendia con tanto esmero. Paco efectivamente no escaseó las unturas ni los vendajes, hizo volver en su acuerdo al pobre mozo á fuerza de remedios y le consoló asegurándole que pronto desaparecerian sus dolores de huesos, porque mas era el ruido que las nueces. Despues de haberle prodigado cuantos auxilios necesitaba, le tapujó con unos cobertores viejos, recomendándole mucho que durmiese y sudase. Hízolo así Mendo, convencido de que solo con su humildad y obediencia podia pagar el señalado favor que se le hacia, y aun no habia abierto los ojos, cuando el embozado y el gefe de los *Mendigos* penetraron en su encierro.

Paco le descubrió el rostro y entonces se despertó diciendo:

—¡Válgame Dios y qué sed!

—Paciencia, hijo mio, paciencia, le contestó con dulzura su solícito guardian. Ya probarás luego un buen sorbo de excelente Valdepeñas, capaz de resucitar á un muerto; pero antes es necesario que veamos cómo te encuentras.

—¡Oh! Con el vino y el romero perfectamente; he descansado mucho y el cuerpo va entrando en su ser, de modo que..... ya casi puedo levantarme para volverme á casa de mi amo.

—¡Demonio!.... ¿Sabes lo qué dices? Todavia faltan algunas horas de noche y no permitiré yo, que despues de lo que te ha sucedido, vayas á esponerte por esas calles..... Ni pensarlo, hijo mio, ni pensarlo.

—Pues bien; esperaré hasta que amanezca, y entretanto volveré á dormir.

—Otra cosa mejor puedes hacer.

—¿Cuál?

—Mira: aquí hay un caballero que se interesa mucho por tu suerte, desde que ha sabido la malandanza de esta noche.

—¡Ah! ¿De veras?

—Nada me importa engañarte y por lo tanto.....

—Ya lo creo, ya lo creo y os estoy muy agradecido: mas..... ¿qué debo hacer para alcanzar su proteccion?

—El mismo te lo dirá.

—Solo exijo, añadió el embozado, que respondas á lo que yo te pregunte.

—Con tal que no me obligueis á hablar mucho, estoy dispuesto á daros gusto en todo.

—Empecemos pues. ¿Es casado el doctor, á quien sirves?

—Sí, por cierto.

—¿Cómo se llama su esposa?

—Doña Mencia.

—Perfectamente. ¿Tienen hijos?

—¡Cá! Ni sombra de ellos.

—Pero en su casa hay una doncella.

—¿Doncella, señor?....

—Haz buena memoria, porque es imposible que no la hayas visto, por muy guardada que esté.

—Ya..... ya..... ahora caigo. En efecto; hay una doncella en la casa; pero ¿quién diablos habia de pensar.....

—¿Su nombre?

—La señora Marta.

—Poco importa que la llamen así ó de otro modo; el hecho es que vive en compañía del doctor y de su esposa. ¿No es verdad?

—Sin la menor duda.

—¿De cuántas personas mas se compone la familia?

—Yo soy el único individuo que falta de ella.

—¡Ah! ¿Con que tan solos viven? Supongo que el doctor nunca saldrá de noche.

—Pocas veces; sus enfermos, por muy apurados que se hallen, tienen que encomendarse á Dios hasta las nueve de la mañana, porque pensar que mi amo los ha de visitar desde las siete de la noche hasta dicha hora, es pedir peras al olmo.

—Voy á proponerte un pacto, porque me pareces mozo de provecho.

—Proponedme lo que os plazca, señor, y si es cosa que no repugne á un buen cristiano, contad conmigo. Y cuidado, que cuando doy una palabra.....

—Solo se trata de dar un chasco al doctor.

—Se me figura que empiezo á comprender.

—¿Sí? Pues me alegro.

—Pero al mismo tiempo se me hace increible.....

—¿Por qué?....

—No puedo figurarme que un caballero, como vos pareceis..... Vamos..... si es cosa para reventar de risa, y si no me doliesen todos los huesos.....

—¿Con que celebras la idea?

—¡Vaya si la celebro!.... Robar nada menos que á la señora Marta..... Porque imagino que ese es el negocio de que queriais hablarme.

—Has dado en el hito, pardiez, y veo que harás fortuna en el mundo. Sepamos ahora lo que puedes obrar en favor de mi proyecto.

—¡Oh! Eso depende de circunstancias. ¿Sabe la..... la dichosísima doncella vuestras intenciones?

—Si las supiera, no habria yo menester de tu ayuda. Ella misma.....

—Lo comprendo perfectamente: intentais sacarla de casa del doctor á viva fuerza.....

—O por engaño.

—Convenido. ¿Habeis fijado dia, hora y sitio de reclusion?

—Antes de responder á tu pregunta, necesito asegurarme de tu propósito.




Mi servicio será entregaros la persona de la señora Marta.

—¿Y cuánto ha de valer mi servicio? Debeis recordar que deseabais proponerme un pacto.

—Te esplicas en razon; pero advierte que segun sea el servicio, así será la recompensa. Hasta ahora ignoro.....

—El servicio será entregaros la persona de la señora Marta.

—A mí no.

—¿Pues á quién?

—Eso te lo dirá este buen hombre que nos escucha y que tanto se ha condolido de tí esta noche.

—Como lo dispongais.

—Hay sin embargo en lo que ofreces algunas dificultades. Exijirás, por ejemplo, volver á casa del doctor.

—Se supone. ¿Cómo quereis.....

—¿Y quién me garantiza tu fidelidad?

—Mi propio interés, porque se me figura que no voy á trabajar de balde.

—Eres mas tuno de lo que yo pensaba. En cuanto á lo que acabas de decir, arréglate con este buen hombre y haz puntualmente lo que él te prevenga; si cumples lo que has ofrecido, cuenta desde luego con una propina de trescientos ducados, además de los doscientos que hay en ese bolsillo.

Diciendo así el embozado, arrojó sobre la cama de Mendo una bolsa de seda, cuyo peso alegró sobremanera al pobre sirviente. Paco Ranera y su acompañante salieron entonces del zaquizamí, y sin duda el primero recibió del segundo, antes que este abandonase la taberna, nuevas instrucciones, porque volvió poco despues junto al mozo, á quien halló pasando revista á los doscientos ducados del caballero.

—Parece, le dijo sonriéndose, que la vista de esa plata nos alegra el corazon.

—¡Eh! ¿Qué quereis? le respondió Mendo, mirando fijamente á su interlocutor, como para conocer sus intenciones. Como nunca he contemplado reunida una suma semejante.....

—¡Bah! repuso el tabernero, todavia faltan ahí trescientos ducados.

—Es verdad, es verdad, refunfuñó el mozo, metiendo precipitadamente las monedas en el bolsillo.

—Pero esos trescientos ducados serán tuyos esta noche.

—Así lo espero.

—Lo cual quiere decir que estás resuelto á ganarlos.....

—Yo no tengo mas que una palabra.

—Es que..... si no la cumples.....

—¿Qué sucederá?

—Te va en ello la vida.

—¡Demonio! ¿Tan prendado se halla ese caballero de la belleza de la señora Marta?

—No lo sé; pero es uno de los primeros magnates de la corte y priva con el rey como el que mas. Mira pues lo que intentas, porque es muy peligroso irritarle.

—Lo que yo intento es servirle á ciegas, porque es hombre generoso, si los hay.

—Está bien. Descansa ahora y por la mañana volverás á casa del doctor. Te advierto que durante el dia se espiarán tus pasos y que al anochecer harás de modo que la doncella salga á la calle con un pretesto cualquiera.....

—Corriente; saldrá conmigo.

—En la calle habrá cuatro hombres, que la recibirán de tus manos.

—¿Y si grita pidiendo socorro? Porque es hembra que, al parecer, tiene en mucho su virtud.

—Habrá tambien en la calle un coche; los cuatro encargados del negocio la meterán en él, antes que recobre la serenidad necesaria para gritar y el coche partirá al punto como una exhalacion.

—¿Y mis trescientos ducados?

—Vendrás á este mismo sitio mañana, y te los entregaré.

—No hay que hablar mas. Que no falten los hombres ni el coche.

—Última palabra. Si nos faltas tú, prepárate para recibir antes de cuarenta y ocho horas una buena puñalada en el corazon.

Paco Ranera se retiró despues de pronunciar estas razones, cerró la puerta del cuchitril, hizo rodar el aparador hasta su sitio, y dirigiéndose á sus cuatro comensales, que le aguardaban en silencio, les dijo:

—Ya está el asunto completamente arreglado. Entre dos luces á la calle de la *Sarten*; en ella vereis un coche estacionado; ese mozo sacará á la doncella de su casa y vosotros..... zas; la meteis en el coche y acto continuo, piés para qué os quiero. ¿Nos hemos entendido?

—Me parece que la cosa no admite duda, respondió el Atravesao: un coche en la calle de la *Sarten*, ese mozo que saca á la doncella, nosotros que la enjaulamos y que desaparecemos..... ¿Hay mas?

—Sí: vuestra desaparicion es un punto de la mayor importancia. Pedrillo, escúchame bien. Como el coche ha de estar allí solo, pues yo me encargo de que no falte, claro es que necesitará un cochero; de modo que subirás al pescante. Tambien es natural que la doncella en cuestion se encuentre acongojada dentro del carruaje, y á fin de evitarlo, tú, Vizco, y tú, Viejo, la hareis compañía. Por último, para que pueda estar al tanto el cochero Pedrillo de las variaciones de direccion que convengan, en caso de que se descubran curiosos que intenten saber la verdad, subirás, tú, Atravesao, á la trasera, haciendo de page y darás los avisos correspondientes. ¿Estamos?

—Estamos, murmuraron los cuatro *Mendigos*.

—Pues ahora, á dormir, que yo voy á hacer lo mismo. Y no se hable del provecho de la espedicion, porque, á buena cuenta y solo para atender á preliminares, obran ya en mi poder mil ducados.

Los *Mendigos* se retiraron satisfechos. Paco no se cuidó de cerrar la puerta de la calle, porque ya empezaba á amanecer y entró en sus habitaciones particulares.

# CAPÍTULO XI.

## Los bribones se entienden y los desgraciados se sacrifican.

El escudero del doctor Pimentel le hemos dejado esperando al propietario de la taberna del *Raposo*, despues del encuentro imprevisto que acababa de tener con el duque de Montemar en lo alto de la *Escalinata*. Resuelto, como suele decirse, á jugar el todo por el todo, no se hallaba sin embargo exento de temores, pues sabia perfectamente que no bien concibiese Paco la menor sospecha de su engaño respecto á la verdadera morada de doña Isabel, se veria perdido: esponíase pues á mucho en aquella tentativa de indagacion que anhelaba llevar á cabo, pero no hubiera desistido de ella por todo el oro del mundo, porque á todo trance queria salvar á la jóven y descubrir el misterio, cuyos guardadores eran, al parecer, el doctor su amo, don Fernando, el duque de Montemar y el tabernero.

Ranera, por su parte, no se habia acostado para descansar, se-

gun lo habia hecho saber á los cuatro *Mendigos*; arreglaba su plan de operaciones para la espedicion nocturna proyectada, y revolvia en su imaginacion diferentes medios de averiguar el nombre de la madre de la doncella, cuyo rapto iba á verificarse; porque fiel á sus hábitos de adquirir, no olvidaba lo que habia dicho al Vizco, á saber; que un negocio puede presentar muchos lados de ganancia y que por lo mismo no bastaba que el personage esperado conociese el paradero de la madre, sino que necesitaba conocerlo él. Al fin le ocurrió de pronto la resolucion del problema que buscaba, y era tan obvia y sencilla, que no pudo menos de estrañar cómo se habia ocultado á sus ojos hasta entonces. En efecto; ya que sus cuatro satélites iban á conducir directamente á la doncella, desde la calle de la *Sarten* á los brazos de su madre, (al menos así lo creia Paco) ellos mismos pondrian en su conocimiento, ya que no el nombre, la morada de la última, y esto era cuanto debia desear el gefe de los *Mendigos*. El doble lado de ganancia, en el negocio que tenia entre manos, se ofreció desde aquel instante á su vista como seguro, y por consiguiente abandonó sus cavilaciones.

De todos modos las hubiera abandonado, aun cuando el negocio hubiese proseguido presentándole insuperables obstáculos respecto á la doble ganancia, porque un fuerte estornudo que llegó hasta sus oidos le hizo comprender que no estaba solo en la taberna.

—Mucho ha madrugado ese vecino para remojar la palabra, dijo entre dientes; pero sirvámosle pronto, porque al fin no conviene que las gentes se figuren que la muestra del *Raposo* no significa taberna.

Presentóse en la sala comun, despues de dirigirse tan prudente observacion y á nadie encontró en ella.

—De los mios es ó poco menos, murmuró adelantándose hácia la interior, en la cual, como sabemos, le esperaba Gonzalo.

Al verle Ranera se sonrió amistosamente y el escudero auguró muy mal de aquella sonrisa, porque era perro viejo y conocia

al dedillo á su antiguo camarada. Este le dió los buenos dias sin afectacion y en seguida le dijo:

—Tu venida á estas horas me anuncia alguna novedad importante. ¿Qué es ello?

—Para que yo pueda responder á tu pregunta, necesito dirijirte otra, amigo Paco, le contestó el escudero, examinando con atencion el efecto que producian sus palabras en la fisonomía del *Mendigo*.

—Ya sabes, compadre *rezador*, que nada te ocultamos, repuso el tabernero con cierta deferencia. Pregunta pues cuanto necesites, que yo te satisfaré si el hacerlo está en mi mano.

—No esperaba yo menos de tí, compadre Ranera, y por lo mismo escucha:

—Escucho.

—¿Ha llegado á tu noticia que se ha hecho una muerte en la esquina de la calle de la *Sarten*, cerca de la plazuela de las monjas *Descalzas*?

—Sí, por cierto.

—Pronto se ha estendido la ocurrencia. ¿Te han dicho quién es el muerto?

—¡Vaya!..... ¡Pues no faltaba mas!.....

—¿Te lo han dicho?

—Me lo han dicho.

—Y al escuchar su nombre, habrás soltado la carcajada.

—¿Por qué?

—Porque te consta que no se ha hecho tal muerte.

—Al contrario; me consta perfectamente que se ha hecho.

—¿Sueñas, compadre Paco? voy á convencerte de que nada sabes.

—Difícil es, y antes creo que muy pronto puedo hacerte confesar que ves visiones.

—¿Sí? Pues hombre ¿cómo se concierta eso de que tengas en tu casa vivo y oculto al que todos suponen asesinado?

—Ese es otro cantar que no entiendo.

—Ya lo decia yo.....

—No; tú no decias semejante cosa. Y sino, veamos. ¿Quién dicen que es el muerto?

—El criado del doctor, el mozo que tienes secuestrado, el mismísimo Mendo, á quien hice rodar por la *Escalinata*.

—Compadre *rezador*, te aseguro que lo que es ahora no guipas mas allá de tus narices.

—Compadre Ranera, no te salgas de la cuestion. Afirman que el muerto es el mozo secuestrado y ¿sabes á quién acusan de ese crímen que no se ha cometido?

—Hé ahí una pregunta que excita mi curiosidad en alto grado, por la razon que te daré despues. Dime pues sin tardanza á quién acusan.

—Al doctor Cornejo.

—¡Al doctor Cornejo!..... Valen un Potosí los juicios de los hombres.

—Hablas como un predicador. En efecto; ese pobre anciano está inocente.

—¡Bah! Eso.... segun y conforme; conviene pensarlo.

—¡Cómo! ¿Pues no existe Mendo en tu poder?

—¿Quién lo duda? En cuerpo y alma; pero lo que es la muerte en la esquina de la calle de la *Sarten* es cosa tan positiva, como el hambre despues de un ayuno de veinticuatro horas.

—Imposible: el mozo vive, luego el doctor Cornejo no ha podido asesinarlo.

—Ya; pero ha podido asesinar á otro, y como el mozo no parece por el mundo.....

—Ahora recuerdo que me has prometido la razon de haberse excitado tu curiosidad con una pregunta mia.

—La razon es..... la muerte de que has hablado.

—Muerte imaginaria, que causa la desesperacion de una familia entera.

—Muerte indudable, porque yo mismo la he mandado ejecutar.

—¡Qué estás diciendo!.....

—Ya lo has oido.

—Eso complica de mala manera el negocio del buen doctor. ¿Quién es el muerto?

—El Gato; uno de mis tigres, que hablaba por seis comadres.

—¿Y se ha hecho la cosa allí....

—En la esquina de la calle de la *Sarten*, cerca de las *Descalzas Reales*.

—Es una coincidencia de Satanás; pero afortunadamente podemos salvar al doctor.

—Ya he pensado en ello; hoy mismo quedará reconocida su inocencia.... Mal he dicho; hoy no.... mañana... se entiende, con tal que me ayudes en esa buena obra.

—Cuenta conmigo.

—Vamos por partes, compadre *rezador*. ¿En dónde se halla el doctor Cornejo?

—Al presente postrado en su cama; pero dentro de pocas horas estará en la cárcel de corte.

—Pues bien; le dejaremos en ella hasta mañana, porque hoy no le han de ahorcar. Yo conozco á la Señora Justicia y sé que camina despacio en tales negocios. Figúrate la que armaria nuestro hombre, si antes de ser llevado al garlito viese á su criado Mendo....

—¡Y qué! Echaria por tierra la acusacion que le supone criminal.

—Eso llegará, *rezador*, á su debido tiempo, mas por hoy..... imposible. El doctor en la calle de la *Sarten* es un estorbo para mí; necesito el campo libre para el rapto de la doncella..... ya sabes.... y tambien es preciso que Mendo vuelva á su casa.

—¿Y no temes que, si vuelve, se alboroten las mugeres de la casa y llamen al juez, para que vea con sus propios ojos que el mozo no ha muerto?

—Discurres como tú solo, compadre *rezador*, pero el mozo ha de volver para sacar esta noche á la doncella y entregarla á mis perillanes. Se ha comprometido á ello y tiene ya sus adelantos por el servicio.

—¡Qué se ha comprometido! ¿Y cómo sabe.....

Gonzalo iba tal vez á descubrirse imprudentemente, por la sorpresa que le causaba la noticia de que Mendo se hubiese aventurado en una cosa tan imposible, como era proporcionar á los *Mendigos* el rapto de doña Isabel; pero por dicha suya le interrumpió Paco Ranera esclamando:

—¡Voto á Cribas!.... ¡Y qué romo de entendimiento has venido hoy á la taberna!.... ¿Cómo lo ha de saber?.... Para algo te encargué que le siguieses los pasos.... para algo le hiciste volar por la *Escalinata*..... para algo le hemos traido á la cueva del *Raposo*..... Por lo demas, ya he dicho que me es indispensable tu auxilio en esta ocasion. Imagina pues el medio de que, sin alarmar á la familia del doctor, pueda presentarse á ella nuestro mozo y sacar esta noche á la calle á la señora Marta.

El escudero se pasó la mano por los ojos al escuchar este nombre en boca de su amigo; porque este nombre era para él una revelacion. Ya no tenia la menor duda y Mendo iba á poner el ama de gobierno del doctor en manos del personage que pretendia apoderarse de doña Isabel, por lo que, formando al punto su composicion de lugar, acercóse al tabernero, y dándole una palmada en el hombro, le dijo alegremente.

—Ya he dado en el *item* de la dificultad. Escúchame bien. Ese mozo permanecerá aquí hasta mañana; yo ocuparé hoy su puesto, haré que salga la señora Marta y..... no hay mas que discurrir.

—Aceptado, compadre *rezador*, porque mezclándote tú en el asunto, lo doy por hecho. Tuyos serán por consiguiente los trescientos ducados, que el buen Mendo debe recibir; lo peor es que tiene ya doscientos recibidos.

—Déjaselos, compadre Paco, déjaselos por el susto pasado y por las contusiones de su cuerpo. Hablemos de otra cosa que puede interesarte. ¿Sabes á quién he encontrado en la *Escalinata*?

—¿Tal vez á cuatro de la asociacion, que acaban de salir de aquí?

—No, sino á un hombre que debe ser enemigo declarado de ella.

—¿Quién es ese hombre?

—Muy poderoso, muy temible, y debes andar con tiento, porque su aparicion por el *Barranco* á estas horas me induce á creer que algo busca, y que lo que busca no puede ser cosa buena para vosotros.

—Tus razones me alarman, compadre *rezador*.

—Por supuesto. ¿No puede suceder que esa muerte haya despertado en la corte el recuerdo de los *Mendigos*? Figúrate que, en vista del reconocimiento del cadáver, sospechen....

—Pero en fin ¿á quién has visto?

—Al duque de Montemar en persona.

—¡Ah! ¿No es mas que eso?

—Si te parece una friolera.....

—Mucho que sí: friolera es ni mas ni menos. ¡Vaya por Dios! Sobre que ya me habias puesto en cuidado..... El duque de Montemar salia de aquí.

—¡Salia de aquí!.... ¡De la taberna del *Raposo*!.... ¿Qué diablos me relatas?

—No debo ocultarte que ese gran señor es, hoy por hoy, de los nuestros.

—¡De los vuestros!.... ¡Él!.... ¡El duque de Montemar!..... ¡Ah!..... Vamos..... vamos..... me ocurre que empiezo á comprender..... pero no..... me parece imposible.....

—Eres capaz de hacer que se pierda mi alma, compadre *rezador*. ¿Con que te parece imposible que el duque sea padre ó cosa por el estilo de la doncella, que hemos de robar esta noche por su mandato?

El escudero quedó como petrificado y no pudo contestar á su amigo; el misterio de las palabras del doctor Pimentel, *nunca te perdonará Dios lo que has hecho*, estaba patente; habíase descorrido el velo que ocultaba á sus ojos los motivos de la desesperacion de don Fernando..... El heredero del duque de Montemar era el amante correspondido de su propia hermana.

Conoció no obstante Gonzalo que su silencio y su admiracion debian hacerle aparecer como sospechoso ante las escrutadoras miradas de Paco Ranera. Ahogó por lo mismo en su pecho las encontradas y terribles impresiones que sentia, por resultado de la aclaracion que habia ido á buscar á la taberna, y dominando su asombro con toda la fuerza de una voluntad de hierro, dijo alegremente:

—Estaba pensando..... es una idea diabólica que acaba de ofrecérseme..... Supongamos por un momento que el duque no es padre de la doncella, sino su amante.....

—Tanto me importa lo uno como lo otro; mas no..... recuerdo perfectamente sus palabras; anda en busca de la jóven, con el fin de conducirla á los brazos de su madre, que llora dia y noche por ella. Ya ves que un galan enamorado no haria eso.

—¡Ah! ¿Con que para conducirla á los brazos de su madre? En tal caso, convengo en que será lo que asegura.

—Tampoco vas ahora por el camino derecho, compadre *rezador*; el duque no asegura que la doncella es su hija, pero yo lo he adivinado. De algo nos ha de servir la esperiencia.

—¡Cómo! ¿No te ha declarado que.....

—¡Bah! Esas cosas no se declaran, pero se dan á entender.

—¿Y el duque.....

—Solo un padre que se empeña en recobrar una hija perdida habla como me ha hablado el magnate. Ni aun se ha detenido en el precio del negocio y ha puesto su bolsillo á mi disposicion.

—Grandemente, compadre Ranera; pero tratemos de la madre.

—¿Has perdido el seso? ¿Qué hemos de tratar?

—¿La conoces?

—No.

—Pero se llama.....

—Lo ignoro.

—Bien; pero tiene su morada en la calle de.....

—No ha llegado á mis oidos el nombre de la calle.

—Al menos sabrás si vive en la corte.....

—Tampoco lo sé.

—¡Ah, Ranera, Ranera! ¿Quieres que te confiese una cosa?

—Veamos.

—Tenia en mejor concepto al capitan de los *Mendigos*.

—¿Por qué?

—Porque á mi juicio, debiera estar al corriente de todo lo que le he preguntado.

—¿Con qué objeto?

—Con el de sacar partido de sus noticias, segun las circunstancias.

—Daca los cinco, *rezador*, porque nos hemos entendido á las mil maravillas. ¿Crees que no he pensado con detencion en ese nuevo negocio? ¡Oh! Te juro que esta noche he de averiguar el paradero de esa madre misteriosa.

—Hé ahí lo que es preciso: por mi parte, no dejaré de olfatear el primer rastro que se me presente.

—Nuestros intereses son comunes; pero importa que no olvides el papel que debes representar esta noche.

—¿El de Mendo?..... ¡Bah!..... No merece la pena de mencionarse. Sacar á la señora Marta á la calle de la *Sarten* es la tarea mas sencilla del mundo. ¡Ah! ¿Y qué piensas decir al mozo?

—Que ya no debe darse el golpe, ó que se ha aplazado y que se guarde el bolsillo del duque.

—Es que sabrá mañana.....

—Bien; los doscientos ducados recibidos le harán callar.

Aquí terminó el diálogo de aquellos dos honrados amigos, al menos en lo que se refiere á los acontecimientos de nuestra historia, pues por lo demas no se separaron tan pronto. Paco Ranera quiso obsequiar al *rezador* con un cuarto de cabrito asado y con sendos zaques de legítimo y judío Valdepeñas, y Gonzalo aceptó la partida, durante la cual meditó profundamente sobre el peligro á que se esponia, dando al duque de Montemar gato por liebre, ó lo que era lo mismo, entregando á los satélites de su compadre la señora Marta, en lugar de doña Isabel. Tambien

amargó algunos instantes su júbilo el recuerdo de las penas de don Fernando, cuya pasion habia favorecido, fomentándola con empeño; pero convenciéndose al fin de que se hallaba en el caso de hacer frente á la tempestad, ó de sucumbir ignominiosamente en la demanda, se decidió á sostener esta á todo trance. Desde aquel punto desechó de su imaginacion los tristes pensamientos que le acosaban, y sin darse cuenta de los medios, con cuyo auxilio podria conjurar el peligro que le amenazaba, se propuso agradecer desde luego la franca hospitalidad del gefe de los *Mendigos*, atacando con decision al cabrito y al Valdepeñas. Concluida la refaccion, se despidió del tabernero, con promesa de no faltar á la palabra empeñada para el anochecer, y con el propósito de descubrir una salida contra la venganza de Paco, que no dejaria de perseguirle desde el dia siguiente.

Dirigíase maquinalmente hácia el *Postigo de San Martin*, cuando le asaltó de nuevo la idea de la desesperacion de don Fernando, y dándose una palmada en la frente, esclamó:

—¡Ira de Dios! Soy el hombre mas necio de la tierra, pues he olvidado lo principal.

Apretó el paso, vivamente impelido al parecer por las nuevas ideas, que se agolpaban á su mente, y en vez de entrar en casa del doctor Cornejo para informarse de su situacion, pasó de largo, atravesó sin detenerse la plazuela de las *Descalzas Reales*, subió por el *Postigo* hasta la calle de *Jacometrezo*, entró, concluida esta, en la del *Caballero de Gracia*, y torciendo á la izquierda por la del *Clavel*, que no tardó en dejar á sus espaldas, hallóse frente por frente del monasterio de PP. Capuchinos. Allí se detuvo, sin resolverse á penetrar en la iglesia ó en los claustros, ni á seguir por la que hoy se conoce con el nombre de *Costanilla* hácia la calle de *San Marcos*, en la cual descollaba, entre harto humildes edificios, el antiguo palacio de los duques de Montemar.

La razon de su incertidumbre aparecerá muy clara á la inteligencia de nuestros lectores, si recuerdan que en el capítulo sexto de nuestra historia habia dicho don Fernando al escudero de Pi-

mentel que le necesitaria para aquella noche, porque pensaba ir á la calle de la *Sarten*. Gonzalo por consiguiente necesitaba avistarse con el hijo del duque de Montemar, para recibir sus órdenes, y al recordar esta circunstancia fué cuando se dió una palmada en la frente; apostrofándose á sí mismo con el epiteto de necio y dirigiéndose apresuradamente á la calle de las *Infantas* por el camino mas corto. Mas una vez llegado al término de su caminata, comenzaron sus dudas respecto al sitio en que podria encontrar al que buscaba. ¿Iria al palacio de Montemar, para saber noticias de don Fernando? ¿Le esperaria en los claustros del convento, lugar convenido de sus citas para los mensages amorosos, que el amartelado mancebo enviaba por conducto de Gonzalo á su adorada Isabel? Lo primero presentaba el inconveniente de suscitar sospechas entre los familiares del duque, á quien suponia enterado de la pasion del jóven hácia su hermana y dispuesto por lo mismo á acechar todas sus operaciones y movimientos, con el objeto de que no pudiera impedir el rapto que meditaba; mas tambien tenia la ventaja de que le proporcionaria saber á punto fijo el paradero de don Fernando, siendo así que, deteniéndose en los Capuchinos, acaso perderia un tiempo precioso por aguardar al que tal vez no llegaria. Esta consideracion le decidió, y cinco minutos despues entraba en el palacio del duque.

Pero en él supo que don Fernando no habia aparecido desde el dia anterior, lo cual le hizo temer que en su desesperacion hubiese atentado contra su vida, pensamiento horrible que trastornaba el ánimo del escudero. No sabiendo qué rumbo tomar en tan desdichado estremo, encaminóse cabizbajo, pensativo y triste hácia la iglesia de los Capuchinos: en una de sus capillas laterales vió á un hombre arodillado; examinóle con atencion y no pudo reprimir el primer ímpetu de su alegria, que se manifestó con estas palabras:

—Gracias á Dios..... Es él.....

Don Fernando reconoció la voz del escudero, se levantó y fué á reunirse con él en el claustro bajo.

Gonzalo se estremeció al observar el cambio que habia sufrido en tan pocas horas la fisonomía del jóven. El dolor habia impreso ya en aquel rostro varonil y animado por la esperanza de la felicidad profundísimas huellas. El brillo de sus ojos se habia apagado; el carmin de sus labios desaparecido. Su sonrisa era amarga, su mirar vago é inquieto, su acento sepulcral..... mas se asemejaba á un cadáver recien salido de la tumba, que á criatura viviente.

—¿Qué buscas aquí?.... ¿Qué me traes?.... preguntó pausada y melancólicamente al escudero.

—¡Qué busco!.... ¡Qué traigo!.... respondióle éste asustado y casi arrepentido de su afan por encontrarle. Os busco á vos..... Os traigo..... mis servicios, si los necesitais.

—¡Ah, Gonzalo!.... esclamó el infeliz mancebo. Pasaron ya esos dias de ventura; pasaron para no volver. ¡Cuán culpable he sido!.... ¡Cuán culpable soy todavia!.... Sí; porque el corazon pugna contra la evidencia y no quiere renunciar voluntariamente á la esperanza. Pero yo domaré este corazon rebelde; yo aniquilaré sus latidos, aunque tenga que aniquilar al mismo tiempo la memoria. ¡Tus servicios, dijiste!.... ¡Oh! ¡Si nunca me los hubieras prestado!... Mas tú no sabias.... tú no sabes..... No te necesito ya, Gonzalo, porque..... he llegado á ser dichoso y todos los dichosos son desgraciados.

—No; vos no lo sois, don Fernando, repuso el escudero; vos me habeis retribuido mas allá de..... pero dejemos á un lado esas cosas, ya que os contristan. He venido á buscaros, porque me necesitais esta noche.

—Sin duda te equivocas, buen hombre, contestó el jóven Montemar, mirando de hito en hito á Gonzalo. Hubo una noche..... es verdad..... una noche, que está presente en mi alma, como debe estar presente en las que gimen en el Purgatorio la promesa del perdon de Dios misericordioso; pero ya no habrá para mí otra noche semejante..... Seria una iniquidad..... seria un crímen contra la tierra y contra el cielo. Escúchame..... voy á descubrirte un

misterio horrible..... Hoy..... hoy todavia me consideraba feliz..... pero las palabras de un anciano, de un médico, se han deslizado como plomo derretido hasta mi corazon..... ¿Qué me decia?.... No lo repitiré..... no saldrán de mis lábios aquellas palabras aterradoras..... pero ¿sabes tú quien es doña Isabel?.... Y luego Dios ha tenido piedad de tanta miseria..... y cuando corria, desgarrado el pecho, loco, iracundo, á precipitarme en el abismo..... cuando mi temblorosa mano empuñaba el acero, que debia poner fin á mi desesperada existencia..... ese Dios de amor y de consuelo me condujo á esta santa morada, para que en ella encontrasen alivio mis dolores. He orado mucho tiempo, Gonzalo; he pedido al Supremo Hacedor la muerte ó el olvido del mundo, y mi oracion y mis súplicas no serán infructuosas, porque el heredero del duque de Montemar habrá muerto mañana para todos, menos para su Dios.

—¡Qué escucho!.... ¿Qué quereis decir, don Fernando?

—Que mañana tomaré el hábito de la santa y austera órden de los Padres Capuchinos de la Paciencia.

—¡Ah! Bendito sea el cielo: es lo mejor que podeis hacer. Y sin embargo.....

—Acaba.

—Me anunciasteis que esta noche debiais ir á la calle de la *Sarten*, aunque con distintos fines que otras veces.... Si es negocio que podais confiarme, yo lo desempeñaré en vuestro nombre.

—Esta noche..... á la calle de la *Sarten*..... ¡Ah!.... Es cierto..... mis penas me han hecho egoista é ingrato..... Me acompañarás por última vez á esa calle, porque en ella voy á prestar un servicio á un caballero ausente..... Despues nos separaremos hasta la eternidad.

—¡Hasta la eternidad!.... Tristes son estas palabras, pero solo me corresponde obedeceros.

—Mi estrella lo quiere así. ¿Hago poco en resignarme? Oye ahora lo que has de hacer. A las diez de la noche atravesaré la plazuela de las Religiosas *Descalzas*, pero antes rondarás la ca-

lle del *Postigo*, para advertirme si hay gentes que puedan observar mis pasos. Es preciso que nadie me vea y que ni aun tú mismo conozcas la casa en que he de entrar.

—Señaladme el sitio en que debo esperaros.

—En el dintel de la puerta principal del monasterio. Oculto en la sombra, no serás espiado, y cuando yo pase, te bastará una palabra para hacerme saber si puedo seguir adelante sin tropiezo.

—¿Y despues?

—Te adelantarás hasta la esquina, pero no pasarás de allí.

—¿Y cuando desaparezcais por la calle de la *Sarten*?

—Suceda lo que quiera, no te moverás de tu puesto. Al volver á encontrarte, daré un silbido y si no hay novedad, me contestarás con otro.

—¿Y si la hubiese?.....

—Guardarás silencio y abandonarás la partida, retirándote á casa del doctor Pimentel.

—Ya; pero vos....

—Nada temas por mí, porque tomaré calle abajo, para evitar que se me reconozca, y no tardaré mucho en reunirme contigo.

—Estoy al cabo de todo, y podeis contar con que cumpliré vuestras órdenes al pié de la letra.

—No lo dudo; me has servido hasta hoy con demasiada fidelidad en mis culpables negocios, y espero que no me faltes cuando se trata de una obra buena.

—Os juro que.....

—No jures..... me basta tu promesa, y tú debes creer que quedará recompensado como corresponde tu último servicio.

—No me hableis de semejante cosa, por Dios, que harto me habeis dado ya.

—¿Olvidas por ventura que los que mueren hacen testamento? Pues bien: si yo he de morir mañana á los ojos del mundo, huyendo de sus pompas y vanidades, justo será que esta noche

deje consignada mi última voluntad, y ya verás que no me olvido de tí.

—¿Decís que lo veré?

—Sí; lo verás antes que nadie, porque en presencia del doctor quedará todo dispuesto. Quiero que mis disposiciones se cumplan y que tu amo las autorice, como testigo irrecusable.

—Pero no es notario, ni.....

—A su firma se da mas fé en los tribunales del reino, que á las de todos los notarios de la corte.

Apenas hubo pronunciado el hijo del duque de Montemar estas palabras, cuando aparecieron por la puerta del claustro algunos religiosos Capuchinos. Su presencia interrumpió la conversacion de nuestros dos interlocutores, pues era evidente que no podian continuarla bajo el mismo pié sin excitar sospechas. A una seña de don Fernando se retiró el escudero, saliéndose á la calle, y el desesperado amante de doña Isabel entró por segunda vez en la iglesia del convento, para alcanzar de Dios resignacion y fortaleza en sus dolores.

# CAPÍTULO XII.

El sacrificio y la revelacion.

La enfermedad del doctor Pimentel no era física; su cuerpo estaba tan sano como en los mejores dias de su mocedad, pero habíale quedado el alma mortalmente herida, desde su última conferencia con el rey don Felipe, porque trabajaba su imaginacion el pensamiento de que aquel monarca le habia maldecido en su última hora, creyéndole traidor. No podia dudar de que don Felipe habia condenado á secreta muerte á la madre de Isabel. ¿Cómo habia de persuadirse de que, al salvarla, no habia cometido un delito imperdonable á los ojos de aquel, que se preparaba á dar al cielo estrechísima cuenta de todos sus errores?

Añadíase á la maldicion del rey el descubrimiento, que habia debido á la casualidad, de los amores de la doncella con don Fernando, y la idea de las consecuencias deplorables, que una pasion tan criminal, tan insensata, tan imposible, como él mismo

habia dicho al angustiado jóven, debia producir tarde ó temprano, habia contribuido al trastorno en que le hemos visto. No olvidó sin embargo el cumplimiento de su mas sagrada obligacion. Apreciaba en mucho las nobles prendas del primogénito de Montemar; sabia tambien que iba á desgarrarle el alma con el anuncio de que Isabel era su hermana; pero no vaciló, porque su conciencia le prescribia que opusiese un dique poderoso á aquella funesta pasion, precursora de grandes desventuras. Luego que don Fernando salió de su casa con el corazon henchido de amargura, no pudo menos de recordar con indecible disgusto y pesadumbre, que aun le faltaba la segunda parte de la penosa tarea que se habia impuesto. Isabel no tardaria en llegar de casa del doctor Cornejo, apenas supiese por Gonzalo la situacion en que él se hallaba y.... preciso es declararlo, Isabel era su único consuelo, su única alegría en este mundo. Engolfado sin cesar en los misterios profundos de la medicina, siempre meditando, siempre sorprendiendo á la naturaleza en sus incesantes y desconocidos trabajos de composicion y descomposicion de los seres, nunca habia conocido los goces sociales, porque la humanidad entera solo se ofrecia á sus investigaciones como un inmenso libro, cuyas páginas comenzaban con un mismo epígrafe: Miseria. Mas tarde, cuando la hermosa Isabel salió del monasterio de las *Descalzas Reales*, bajo la garantía de Rodrigo Perez Zapata, segun hemos visto ya en el papel del paquete del rey don Felipe, y que no era otro que Gonzalo el escudero, enviado por el doctor en nombre de una madre desconocida, reconcentró el anciano médico todo su cariño, toda su ternura en aquella jóven, que el cielo le habia deparado para que fuese su hija. Constábale que procedia de ilustre prosápia; mas como nadie la habia reclamado, imaginó que Dios se la habia concedido, para que en los últimos años de su vida no se encontrase abandonado en la tierra. Entonces tambien se felicitó por la acertada inspiracion que habia tenido, en anunciar y en poner de manifiesto á los perseguidores de la madre de Isabel, que estas dos habian espirado, al nacer la última, y amó á la don-

cella con el amor de padre, y jamás dió entrada su mente al pensamiento de acercarse al duque de Montemar para decirle: «*Ahí la teneis; es vuestra hija; nació cuando os llamaban el marqués de Ubeda.*» Pues bien: él mismo debia matar con un solo golpe las esperanzas de la enamorada jóven; él mismo estaba destinado para convertir sus dichas presentes en amarguras eternas, sus placeres de niña en tristezas de muger desengañada y culpable, sus sueños dorados en realidades crueles, sus risas en lágrimas. No habia medio de eludir el compromiso: ó sacrificar á Isabel en las aras de una exigencia imperiosa, de una obligacion terrible, ó consentir que fuese criminal. Pimentel no era hombre contemporizador, y por lo tanto se atuvo desde luego al primer estremo; pero al adoptarlo como principio de su resolucion invariable, comprendió que renunciaba á todas las dulzuras que se habia prometido.

En esta situacion de ánimo se hallaba, cuando sintió los pasos de Isabel que, seguida de Gonzalo, entraba en la habitacion contigua al gabinete. El escudero, que no tenia por conveniente presentarse tan pronto delante de su amo, despues de las duras palabras que éste le habia dirigido, que deseaba por otra parte evitar una esplicacion terminante, sobre los medios de comunicacion amorosa entre la jóven y don Fernando, y que ademas queria, como ya sabemos, entenderse con Paco Ranera, así para remediar la desgracia del doctor Cornejo sin peligro propio, como para aclarar ciertos misterios que no podian menos de interesarle, abrió muy despacio la puerta del gabinete y se retiró, dejando que pasase la doncella: pocos minutos despues salió de casa, encaminándose á la calle de los *Tintes*, célebre por mas de un título entre todas las de la barriada del *Barranco*.

Isabel se acercó al doctor con filial interés, observó su fisonomía largo espacio, y por último esclamó con los ojos preñados de lágrimas:

—¡Qué ha sido esto, padre mio!.... ¿Estais realmente enfermo, segun me ha dicho Gonzalo?

—Siéntate, hija mia, y escucha, la respondió Pimentel, lanzando de su pecho un profundo suspiro. El mal que padezco durará poco y necesito hablarte de tí misma.

—¡De mí! repuso la jóven. ¿Qué deseais anunciarme?

—No te cause asombro mi resolucion; soy ya viejo y..... como ves, estoy postrado en cama.

—¡Dios mio!.... Me asustais..... No podemos, no debemos permanecer así..... ¿A qué doctor os parece que mande avisar para que os visite?

—No se trata de eso ahora, hija mia; las horas del hombre están contadas por la mano y por la voluntad de Dios, y su última enfermedad no siempre es la mas grave de las que ha padecido. Los mas sabios doctores en la ciencia de curar equivocan muchas veces las causas de nuestros males con los efectos, y así sucederia hoy conmigo, porque solo yo conozco mi dolencia.

—Pues bien, padre mio, no perdamos tiempo y recetad vos mismo lo que debo hacer.

—Luego.... mas tarde..... no urgen tanto los remedios..... lo que urge es otra cosa.

—Esplicaos, señor; estoy pronta á escuchar lo que tengais que comunicarme.

—Eres muy jóven, Isabel, y no conoces las seducciones del mundo, ni sabes que vivimos en una época de corrupcion y de escándalo. Un corazon inocente, un corazon vírgen como el tuyo no ha sido formado para ella. ¿Por qué no aspiras, hija mia, á otros horizontes mas puros, á otra existencia mas tranquila que la que pueden ofrecerte las vanidades, el orgullo y las intrigas viciosas de la corte? Medítalo bien; sondea las disposiciones de tu alma; no olvides la soledad y el abandono que te esperan, si llego á faltarte, y respóndeme con franqueza.

—Padre mio..... me dirigís unas palabras..... no sé..... no acierto á adivinaros..... ¿A qué fin pensar en lo que acontecerá mañana?..... ¿Os considerais, por desgracia mia, en peligro de morir?

—En peligro estamos de morir, mientras vivimos.

—¡Oh! No lo ignoro..... no lo ignoro..... pero Dios atenderá mis súplicas y os conservará todavia mucho tiempo, para mi felicidad.

—Pero supongamos que hoy..... dentro de ocho dias..... en el espacio de un mes..... de un año..... ¿has pensado en esto, hija mia?..... Porque puede suceder que yo muera..... ¿qué harás entonces?

—Entonces..... no..... es imposible, padre mio; nunca se ha fijado en mi imaginacion el pensamiento de vuestra muerte. ¿Por qué me recordais que he de pasar algun dia por tan doloroso trance?

—Porque es preciso, porque no quiero cerrar los ojos, dejándote á merced de las tribulaciones y miserias de la vida, porque deseo resolver acerca de tu suerte, y cruzarme de brazos para aguardar tranquilo, sin pesar alguno, sin remordimientos, la hora suprema de nuestra despedida en este mundo.

—Mandad pues, padre mio, y os obedeceré sumisa.

—¿No me engañas, Isabel?

—No..... no..... jamás..... ¡Yo engañaros!..... Dueño sois de mi voluntad; disponed de ella.

—¿No te engañas á tí misma?

La jóven se estremeció; su corazon latió con violencia y el nombre de su adorado amante acudió á sus labios, que lo murmuraron con un temblor convulsivo.

—¿No te engañas á tí misma? repitió el doctor Pimentel, acentuando sus palabras de modo que revelasen una reconvencion severa.

Isabel cayó de rodillas delante del lecho deshecha en lágrimas, y esclamó entre sollozos:

—¡Padre mio!.... ¡Padre mio!.... No sé lo que pienso..... no sé si me engaño en este instante..... pero vos solo anhelais mi ventura..... disponed de mí.

—Levántate, Isabel, y escucha, dijo el médico profundamente

conmovido, pero inexorable. Es necesario que el sacrificio sea completo.

—¡El sacrificio, señor!....

—Mas yo no te lo impongo; te lo impone Dios y vas á aceptarlo, humilde y resignada.

—¡Ah!.... ¿Cuál es mi crímen?.... ¿Qué sacrificio es ese?

—No me preguntes el primero, porque nunca lo sabrás por mi boca. El sacrificio consiste en que renuncies al mundo, encerrándote en el claustro.

La vista de la bellísima jóven se oscureció, desaparecieron como por encanto las finísimas rosas de sus mejillas, y sus manos buscaron á tientas en la cama del doctor, un apoyo. Habíase levantado, obedeciendo la órden de Pimentel, pero la bárbara sentencia que acababa de oir era para su corazon un fallo de muerte. Largo tiempo permaneció sin articular una razon, abrumada por el peso de una idea horrible, por una pesadilla que no le era dado ahuyentar, porque absorbia todos sus sentidos, porque era superior á sus fuerzas. El médico se preparaba, observando su situacion, á arrastrarse fuera del lecho y á acudir á la lanceta, para devolver la vida á aquella estátua bellísima de marmol lívido, cuando la sintió respirar y romper en sollozos.

—Llora, llora, hija mia, la dijo temblando; lloremos juntos, porque eso nos aliviará á los dos.

—¡A los dos!.... repitió Isabel maquinalmente.

—A los dos..... sí; á los dos, porque yo tambien necesito el remedio del llanto, repuso el doctor con tristeza.

—Vos, padre mio, esclamó la jóven, abarcando con un solo pensamiento la desconsoladora perspectiva de su suerte, acabais de desterrarme de vuestros brazos.....

—Acabo de condenarme al aislamiento, á una soledad espantosa..... á la muerte; porque yo moriré, hija mia, cuando me vea separado de tí.

—¡Y exijís sin embargo.....

—Ya te he dicho que lo exije Dios. ¿No comprendes, Isabel,

por el desgarrador tormento que martiriza mi alma, por la tranquilidad de mi desesperacion, que mi sacrificio es mayor, mil veces mayor que el tuyo? ¿No ves palpablemente que te lo anuncio, que te ruego lo aceptes á costa de mi existencia, porque estoy convencido de que es necesario, de que es tu única salvacion en este mundo y en el otro?

—¡Ah, padre mio!.... Oid, oid al menos lo que tengo que revelaros, antes que mi voluntad se someta á tan cruel destino.

—¡Qué vas á descubrirme!

—Que amo..... que soy amada.....

—¡Infeliz!.... Huye de ese amor..... huye; refúgiate al pié del altar..... invoca á Dios y olvida para siempre á don Fernando.

—¡Cielos!.... ¡Todo lo sabia!....

Así gritó Isabel, retorciéndose los brazos con rabia; pero recobrando fuerza de su misma amargura, quiso luchar antes de consentir en la muerte de sus esperanzas, y preguntó á Pimentel:

—¿Imaginais, padre mio, que don Fernando ha recibido mi fe, para no hacerme esposa suya?

—¡Su esposa tú! Jamás..... jamás.....

—¡Oh! Ya sabe que no le igualo en nobleza, pero.....

—Le igualas si no le excedes.

—¡Ah!.... Esa es una revelacion..... ¿Qué quereis darme á entender?

—Lo único que mi conciencia me obliga á declararte.

Pimentel hizo entonces un esfuerzo para dominar la agitacion de su espíritu, y pronunció con acento grave estas palabras:

—Doña Isabel, nacisteis de sangre ilustre, si bien en dia aciago para vos y para mí..... no sois hija mia, aunque os he servido de padre..... No me preguntéis á quien debisteis el ser, porque un juramento sella mis labios y si os lo comunicase, os mataria..... Basteos saber, que sois fruto de un amor ilegítimo.

Aterrada quedó la jóven con tan inesperado golpe: se habia colmado la copa de su dolor y nada tenia ya que esperar. Inclinó la frente ante la afilada cuchilla del sacrificio, secóse la fuente de

sus lágrimas, y renunciando con sublime abnegacion á toda resistencia, hizo callar á su voluntad y murmuró humildemente:

—Lo quiere Dios..... así sea.

—Valor, hija mia..... porque jamás me acostumbraré á daros otro nombre, esclamó el médico. Valor..... Acordaos de que acabais de conseguir una gran victoria, que no puede quedar sin premio. En medio de nuestra infelicidad comun, nos queda el alivio de pensar que los dos hemos complido con nuestros deberes.

—Me habeis servido de padre, repuso Isabel con entereza, porque su inmensa desventura daba nuevos brios á su valor; como tal os he obedecido y amado hasta ahora..... Ya que no puedo, ya que no debo conocer á los mios, ni alcanzar su bendicion, quiero amaros y obedeceros como hija agradecida y respetuosa, pidiéndoos por última gracia que me guieis en mi infortunio, para que ame y obedezca á Dios. Bendecidme pues, padre mio, y llevadme adonde me olvide del mundo.

El doctor estendió su brazo derecho é hizo la señal de la cruz sobre la cabeza de la jóven. Estrechándola despues tiernísimamente contra su corazon, dijo con voz doliente:

—Nunca se sabrá cual de los dos fué mas digno de lástima.

Pero recobrándose al punto, añadió sonriéndose:

—Solo resta que elijais el monasterio.....

—¡Oh! No me hableis así, padre mio, replicó Isabel, dando á sus palabras cierta entonacion de alegría, que estaba muy lejos de sentir. ¿Habeis olvidado que mientras permanezca en el mundo, he de ser vuestra hija?

—Dios te galardone por ese dulce consuelo que has reservado á mi vejez, contestó el medico. No te detengas ante las dificultades, pues por crecida que sea la dote, poseo los medios necesarios para pagarla.

—He oido decir que existe en la corte un monasterio, sostenido á espensas de la caridad pública, y que para entrar en él no se necesita dote.

—Es verdad..... es verdad..... pero ¿conoces la estrechez y el estremado rigor de su regla?

—Me han asegurado que el hábito con que profesan esas religiosas es el mismo con que mueren.

—Nunca tienen otro, hija mia, ni pueden separarlo del cuerpo..... viven en espantosa miseria..... sin comunicacion, sin goce alguno, que haga llevadero su martirio..... duermen en todas las estaciones sobre los ladrillos de sus celdas oscuras..... ¡Cuántas veces, si el vecindario compasivo se olvida de acudir á su socorro, se ven espuestas á perecer de hambre!

—¿Qué nombre tiene el convento?

—El de las Capuchinas.

—Padre mio; en él deseo entrar.

—¡Isabel!.... No; no lo imagines..... Nunca lo consentiré.....

—Mi resolucion es irrevocable..... perdonad que solo en esto, que solo por la primera vez os desobedezca.

—Basta, hija mia..... No hablemos mas ahora. Retírate á descansar y medita bien sobre lo que acabas de decir.

—Pero vos..... padeceis..... vuestro mal puede agravarse.

—Ya no le temo; el espíritu sufria y..... gracias á Dios, estoy tranquilo.

Luego que Isabel salió del gabinete, esclamó el doctor con acongojado acento:

—¡Dios mio!.... ¡Dios mio!.... No he hallado en mi voluntad fuerza bastante, para declarar á esa desdichada que don Fernando es hermano suyo.

Trasladémonos ahora á la plazuela de las *Descalzas Reales*, cuya lobreguez se distingue desde las ventanas del aposento que ocupa nuestra enamorada y dolorida jóven, muy agena por cierto de que se halla tan próximo á su persona el hombre, cuyo amor pretende, aunque en vano, desterrar de su pecho.

Eran las diez de la noche y ni un solo ser viviente interrumpia con su presencia la soledad de aquel vasto cuadrilongo, en cuyo centro se proyectaban las sombras del arco del monasterio y del *Monte de Piedad*. La vacilante luz del único farol, colocado en el ángulo del convento de *San Martin*, frontero á la mo-

rada del doctor Pimentel, despedia inciertos rayos de claridad dudosa, que aumentaban las tinieblas de aquel tránsito peligroso, que todos los hombres pacíficos evitaban desde el toque de oraciones. La calle del *Postigo* en toda su estension se encontraba tambien desierta y oscura; pero un observador atrevido hubiera podido notar, que á los primeros sonidos de la campana que llamaba á coro á las religiosas, se deslizaba un bulto rozando la esquina del suntuoso edificio, en que vió la luz del dia la princesa doña Juana de Austria. Aquel bulto siguió la direccion del muro, que envuelto entre las sombras mencionadas apenas se distinguia, y dejó de moverse antes de llegar al arco de piedra, á cuyo opuesto lado se alzaba imponente la gigantesca mole, conocida por *Casa Real de la Misericordia.*

Era pues evidente que aquel bulto se hallaba en acecho, y que no habiendo proseguido su ronda hasta el arco, para entrar en la calle de *Capellanes*, se habia contentado con el refugio que á su seguridad ofrecia el ancho espacio de la puerta esterior del templo, cuyos ecos empezaban á la sazon á repetir las preces, que sus tranquilas moradoras elevaban al Todopoderoso. Y acertado anduvo en guarecerse allí, evitando algun mal encuentro, porque no tardó en sentir, hácia la parte del arco, los pasos mal reprimidos de un hombre que hácia él se dirigia, supuesto que al parecer caminaba como pegado á la pared del convento. El primer bulto se encogió cuanto pudo, para confundirse con las esculturas de piedra que le daban abrigo, y por precaucion echó mano al puño de un afilado rehilete, que llevaba escondido; porque, aunque indudablemente esperaba á otra persona, como se deducia de su permanencia en aquel sitio, podia acontecer que llegase quien menos le ocurriese, poniendo su vida en peligro. El que llegaba no pretendia, por su parte, dar á entender que era valiente; apresuraba el paso y solo procuró contenerlo al acercarse á la puerta principal, aunque sin mostrarse con intenciones de detenerse en ella. Cruzó pues embozado hasta los dientes por delante del bulto prevenido, y tan inmediato á su persona que le tocó con

el codo. El bulto entonces pronunció distintamente estas palabras:

—No hay novedad.

El embozado debió oirlas, porque al mismo tiempo comenzó á caminar con tanta prisa y desenfado, que no tardó tres segundos en desaparecer por el ángulo del monasterio y en entrar en la calle de la *Sarten*. Cuando llamaba con reposo á la puerta de una casa, que daba frente á la del doctor Cornejo, se embutia el bulto armado en la esquina que formaba el monasterio de las *Descalzas Reales* con el *Postigo*.

Abrióse la puerta de la calle de la *Sarten*, entró el embozado, y una vez en la escalera, le dijeron:

—¿Quién sois?

—*Sicilia*, contestó él con respetuoso desembarazo.

—¡Ah! gritó la misma muger que acababa de darle entrada. Subid.... subid..... ¡Cuánto placer vais á causar á mi Señora!

—Anunciadme, si lo teneis á bien, repuso el caballero, en quien nuestros lectores han reconocido ya á don Fernando.

Al punto fué introducido por una dueña venerable en una modesta sala, á la que daban luz dos bujías colocadas en una mesa de nogal barnizado: varias sillas forradas de damasco amarillo y un velador, sobre el cual se veian algunas labores de costura, completaban todo el ajuar, llamando la atencion, por lo perfecto de la semejanza, un magnífico retrato de don Cárlos, rey de Nápoles, que pendia de un clavo romano, y ocupaba el espacio comprendido entre la mesa y el techo.

Contemplándolo estaba el jóven Montemar, cuando le distrajo de su ocupacion la presencia de una dama, cuya hermosura le deslumbró. Era de mas que mediana estatura, esbelta y de porte majestuoso; pero revelaba su bellísimo rostro una melancolía indefinible y seductora. Adivinábase que habian lacerado su corazon amargas penas; mas no se traducian estas en sus tersas mejillas, ni en sus lánguidos y negros ojos, ni en sus labios de rosa, por medio de esas señales eternas, que el dolor imprime en el *espejo del alma*. Aunque habia cumplido cuarenta años, aunque no

siempre la felicidad habia halagado placenteramente los dias de su juventud, se conservaba tan interesante y encantadora, como cuando mecida por fascinadoras ilusiones de amor y de esperanza, se entregaba locamente á ensueños de dichas futuras, que la realidad y los desengaños habian de desvanecer en breve.

Acogió el saludo ceremonioso de don Fernando con amable sonrisa, y le preguntó despues de ofrecerle asiento:

—Servíos decirme, caballero ¿á quién buscais en esta casa?

—A vos sin duda, respondió el jóven algo turbado. Es imposible que lo dudeis.

—Debo dudarlo, repuso la dama con curiosidad, y es fácil que una equivocacion.....

—Seguro estoy de lo contrario, señora, insistió el jóven. Cuando he pronunciado la palabra *Sicilia*, se me ha recibido como á un portador de alegres nuevas, y....

—Continuad, caballero. ¿Por qué os deteneis?

—Solo me falta añadir á lo dicho vuestro nombre.

—Con tal que lo sepais.....

—Doña Beatriz de Zúñiga.

—¡Ah! ¡Os lo ha confiado! Mucho os debe estimar.

—Así es, Señora. Me estima en mas que lo que merezco.

—Ya no puedo dudar de que soy yo la persona que venís buscando. Decidme pues lo que os plazca.

—Traigo para vos un mensage escrito.

—¿Sí? Mucho placer me causa tan venturosa noticia. Dádmele al punto, caballero, y retiraos cuanto antes.

—¡Cómo, Señora!..... ¡Ya me despedís!

—Os doy un consejo, no una órden, y lo hago por vuestro bien.

—¡Oh! Permitidme creer que á vuestro lado.... que en vuestra morada no peligra mi seguridad.

—Yo misma lo ignoro; puede acontecer que vos espongais vuestra vida y yo mi reputacion.

—¡Qué escucho, Señora!

—No os admireis, caballero, porque andan las cosas tan revueltas en esta calle, que hay motivos para temer un desman. Parece que ni aun las pobres mugeres estamos seguras en nuestros propios aposentos.

—¿Por qué razon?

—Oid lo que ha pasado esta noche y luego juzgareis. Antes de anochecer se ha aparecido un alcalde de casa y corte con su acompañamiento correspondiente de escribano y de alguaciles. Estos han subido á las habitaciones de un médico, que vive precisamente ahí..... en la otra acera....

—¡El doctor Cornejo! esclamó don Fernando sorprendido.

—¿Le conoceis?..... Pues compadecedle, porque se halla sin la menor duda en la cárcel.

—¡En la cárcel ese anciano! Proseguid, Señora.

—El alcalde al retirarse ha dicho al escribano en voz alta:—Dareis fe de la hora, en que salga de su casa y de la en que llegue á la cárcel de corte.—Poco despues han bajado los alguaciles con el pobre médico y todos han desaparecido calle abajo. Mas no es esto lo peor, sino que á la media hora ha llegado un coche y se ha detenido delante de la misma casa.

—¡Otra prision! Imposible me parece.

—Y habeis acertado, caballero. Respondedme ahora. ¿Tiene ese médico alguna hija?

—Puedo aseguraros, Señora, que no.

—Pues entonces ¿qué muger será la robada?

—¡Muger robada!.... ¿Y ha sido allí en frente?.... ¿En casa del doctor Cornejo?

—Sí; allí mismo, y es indudable que el rapto estaba dispuesto del modo mas á propósito para producir un escándalo.

—Señora.... referídmelo punto por punto....

—¿Os hallais desasosegado?.... ¿Enfermo tal vez?

—No.... no.... todo cuanto puede ocurrir en casa de mi amigo el doctor Cornejo me interesa, y....

—Prosigo. Un cuarto de hora despues del arribo del coche,

se han acercado á la puerta del médico cuatro hombres de malísima traza. Al mismo tiempo ha salido otro hombre del zaguan, dando el brazo á una muger oculta con su manto, y de la cual han hecho presa los cuatro raptores, pues así debo apellidarlos, á pesar de los gritos é imprecaciones con que les afeaba su osadía. Dos de ellos la han metido á viva fuerza en el coche, sin cuidarse de sus lágrimas ni de sus desesperados alaridos pidiendo socorro y han entrado en él, sin duda para sujetarla; otro ha subido al pescante y el cuarto á la zaga. El coche ha partido al galope de cuatro caballos que llevaba, acompañado de las maldiciones de la gente del barrio.

—¡Oh! esclamó don Fernando apretando los puños con rabiosa ira. ¡Isabel!.... ¡Isabel!....

—¿Se llama así la desgraciada? le preguntó doña Beatriz.

—Ese es el nombre de esa doncella tan virtuosa como digna de mejor suerte, respondió el jóven. ¿Pero quién es el pérfido, el atrevido, el infame, que ha puesto los ojos en su hermosura? ¿Por qué han ido á buscarla ahí, y no á casa del doctor Pimentel?

—¡Del doctor Pimentel!.... ¿Habeis nombrado al doctor Pimentel, caballero?

—Le he nombrado, Señora.

—Sí.... sí.... el mismo debe ser.... ¿Qué edad tiene?

—Debe frisar en los sesenta y siete años.

—No hay duda.... hace ya diez y seis.... ¡Ah! ¿Me habeis dicho que el doctor Cornejo no tiene familia?

—Os lo he dicho.

—Luego esa jóven.... esa Isabel.....

—No es hija suya.... el doctor Pimentel, en cuya compañía vive, la ama como si fuese su padre.

—¿Es huérfana, por desgracia?

—Lo ignoro, Señora: solo sé que la he amado, como solo se ama una vez en la vida, y que.....

—¿La aborreceis al presente?

—¡Aborrecerla!.... ¿Está en mi mano ahogar en un dia los



Callad... callad... ¡Oh!... Es ella... El nombre de ese doctor... Una jóven que no conoce á sus padres...

mas dulces sentimientos del alma?.... Pero.... ¡qué pronuncio, señora!.... Habeis puesto el dedo en la llaga..... Sí..... sí..... huyo de ella..... su nombre me es odioso y desde mañana me separará de su memoria una barrera insuperable.

—Tranquilizaos, caballero, y si no os enoja mi curiosidad.....

—¡Oh! No lo imagineis.... Soy desgraciado y os pido perdon..... demandadme cuanto os plazca.

—Deseo saber únicamente, si esa jóven se muestra ingrata á vuestra ternura.

—Me ama la infeliz.....

—¿Por qué pues desesperais de vuestra suerte?

—¡Ah, Señora! Es un secreto.

—¡Un secreto!.... Declaradme al menos si se refiere.....

—¿A la virtud, á la honestidad de Isabel?.... De ningun modo.....

—¿A su nacimiento acaso?

—Su sangre es ilustre, pero.....

—Proseguid.

—No ha conocido á sus padres.

—Caballero..... ¿Sois capaz de jurar lo que decís?

—Lo juraré mil veces. Mas..... ¿qué interés os mueve.....

—¡Oh!.... No me interrumpais..... respondedme..... ¿Cuándo nació esa jóven?

—La época..... Imposible me seria fijarla..... pero el doctor Pimentel.....

—¿Podrá satisfacerme?

—Conoce la historia deplorable de un amor que dió por fruto...

—Callad..... callad..... ¡Oh!.... No hay remedio..... es ella..... El nombre de ese doctor..... una jóven que no conoce á sus padres.....

—Y que nació en hora menguada, podeis añadir, sin temor de equivocaros.

—¿Cómo lo sabeis?

—Perdonadme si no contesto á esa pregunta: pero ¿creeis que

antes de renunciar á todas mis esperanzas de ventura, no he procurado sondear el abismo que me separa de mi querida Isabel?

—Ese abismo..... ese abismo..... ¿imaginais conocerlo?

—El doctor Pimentel fué conducido cierta noche, con los ojos vendados, hasta el lecho de una dama principal de la corte; aquella dama dió á luz una niña, mas era preciso que la hija y la madre muriesen, porque así lo exijia uno de los dos hombres, que habian acompañado al médico. Éste sin embargo..... ¡Señora!..... permitidme que llame en vuestro auxilio, porque veo que os sentís indispuesta.....

Doña Beatriz en efecto estaba pálida como un cadáver y parecia próxima á perder los sentidos; al oir las últimas palabras de don Fernando, hizo un esfuerzo para serenarse y murmuró con voz desfallecida.

—Os ruego que me entregueis el mensage, que habeis traido para mí.

No esperaba ciertamente el amante de Isabel tan estraña respuesta, y figurándose desde luego que equivalia á una órden para que se despidiese, se levantó diciendo:

—Pronto estoy á cumplir la comision que he aceptado; mas no olvideis que antes de penetrar hasta aquí, he proferido una palabra, que era una contraseña.

—¡Ah! Es verdad.

—Y que espero la que debe salir de vuestros lábios.....

—A Sicilia debo contestar Nápoles.

Don Fernando sacó al punto de su pecho la carta que le habia confiado el infante don Cárlos de España, rey de las Dos-Sicilias, y la puso respetuosamente en manos de doña Beatriz de Zúñiga. Cogió en seguida su sombrero y saludándola cortesmente, dió algunos pasos hácia la puerta.

—Deteneos, le dijo la dama, que acababa de recorrer las primeras líneas del escrito. Don Fernando de Montemar debe ser un cumplido caballero y no ha de negarme las esplicaciones que le pida.

—¡Señora! repuso el jóven con altanería. Bastante me habeis dado ya á entender, para que sabiendo mi nombre, no me detengais por mas tiempo en vuestra presencia. Os he manifestado que, si algunas noticias quereis proporcionaros en cuanto al nacimiento de..... de esa doncella, que vino al mundo tan misteriosamente, acudais al doctor Pimentel.

—¡Y qué! repuso doña Beatriz, sin apartar sus ojos del contenido de la carta. ¿Tan preocupado os tienen vuestros infelices amores, que no acabais de poner en mi noticia lo que os encarga la persona que ha escrito este pliego?

—¡Lo que me encarga, Señora! repitió don Fernando confundido.

—Leed las instrucciones que os ha enviado y en ellas vereis.....

Entonces recordó Montemar que doña Beatriz ignoraba la corta permanencia de don Cárlos en Madrid y que sobre este punto se le habia exijido profundo silencio; mas no le era posible adivinar á qué instrucciones aludia su interlocutora, supuesto que ningun mensage verbal se le habia dado para ella. Figuróse pues que en el escrito del rey de Nápoles habia alguna equivocacion, y se apresuró á deshacerla diciendo:

—Aunque lo contrario os comuniquen, tened por cierto que mi único encargo queda ya cumplido.

—Ciertamente, caballero; pero se os ha hecho una prevencion importante que me concierne.

—¡Una prevencion!.... ¡Ah! Es verdad, Señora, mas..... creed que no era necesario recordármela. Se me ha exijido que respete el misterio de vuestro retiro solitario; he empeñado mi palabra y jamás he faltado á ella. Mas tambien se me ha hecho saber, que me importa mucho obrar así. ¿Tendreis á bien esplicarme esta parte segunda de la prevencion, que no puedo considerar como una amenaza?

—Si confiais en promesas.....

—Veo que os hallais enterada de muchas cosas.

—Os equivocais..... aquí se me ordena que os reitere ciertos ofrecimientos.

—¿Y no los conoceis?

—No se especifican en esta carta.

—Pues bien; la persona que á vos me envia me ha asegurado que cuando yo juzgue oportuno hablar á mi padre sobre mi pasion por doña Isabel, tomará sobre sí la desagradable tarea de hacerlo.

—¿Qué mas podeis desear? Escribidle que ha llegado el momento.....

—¡Qué ha llegado, Señora!..... ¡Oh! Menos que nunca..... Moriria de dolor, si mi padre sospechase.....

—¿Por qué?..... Si amais á esa jóven, si en su cariño haceis consistir vuestra ventura y ella tambien os paga esa aficion con su terneza, venceremos el obstáculo de su ilegitimidad; yo os lo afirmo.

—¡Su ilegitimidad! Pluguiera al cielo que no tuviésemos ambos otros motivos de desesperacion. No: es imposible lo que me proponeis; doña Isabel no será mia..... no volverá á verme; yo tambien os lo juro.

—Juradlo, si así os place; mas..... tened por seguro que no os entiendo.

—¿Y me entendereis cuando os descubra que mi pasion es infernal, que ofende á todas las leyes divinas y humanas, que insulta á Dios y á la naturaleza?

—Caballero..... estais loco..... furiosamente loco. Tengo razones para creerlo así.

—Loco..... sí..... Loco estoy..... mi razon se estravia, cada vez que contemplo la miseria en que he caido: mas vos me juzgais insensato por las palabras que acaban de salir de mi boca, porque no sabeis que apenas espresan la realidad de mis tormentos. ¡El obstáculo de su ilegitimidad!..... ¿Qué me importa su ilegitimidad?..... El que os escribe me ha dicho, hablándome del doctor Pimentel:—«*Solo yo poseo el talisman que ha de amansarle, en caso de que se niegue á vuestra demanda.*»—¡Ah! ¿De qué me sirve su proteccion?..... ¿Para qué la quiero?.....

—Para ser feliz, para alcanzar la mano de la que adorais.

—Nunca..... nunca.....

—Mirad..... que conozco á sus padres.....

—Señora..... no me exaspereis nombrándolos, porque soy capaz de matarme.

—Y con todo, será preciso que los nombre, para que os convenzais de que pueden haceros dichoso.

—Ya que así lo quereis, esa revelacion no saldrá de vuestros labios, sino de los mios.

—¡Cielos!.... ¡Qué escucho!..... ¿Cómo ha llegado hasta vos ese secreto?

—¿Conoceis, Señora, al duque de Montemar?

—Sé que es vuestro padre, pero.....

—¿Por qué os deteneis?

—Jamás le he visto.

—¿Lo jurariais?

—Vuestra duda es una ofensa.

—Y vuestro juramento..... una iniquidad.

—¿Habeis venido á insultarme á mi propia casa? Salid al punto de ella, pues renuncio al poder que tengo para obligaros á hincar la rodilla en mi presencia.

—Habeis jurado, Señora, ó poco menos, que nunca habeis visto al duque de Montemar.

—Dejadme, caballero..... dejadme.

—La partida está empeñada y no la abandonaré, hasta que emplee en ella mis últimos recursos. En otro tiempo..... hace diez y seis años..... llevaba el duque de Montemar otro título.

—Os he dicho que no quiero escucharos..... Obedecedme.

—Llamábase..... Marqués de Ubeda.....

—¡Qué!..... ¡Qué nombre acabais de pronunciar!

—Señora..... el del Marqués de Ubeda.

Doña Beatriz se retorció las manos, como si un recuerdo de venganza trastornase su mente y esclamó sollozando:

—¡El!.... ¡El marqués de Ubeda!.... ¡Mi enemigo mortal!

—¡Vuestro enemigo!.... murmuró don Fernando fuera de sí.

—¡Y es hoy duque de Montemar!.... ¡Es vuestro padre! añadió la dama.

—¡Ira de Dios! gritó el jóven, sin poder contenerse por mas tiempo. ¿No le debe la existencia doña Isabel?

—¡Desventurado!.... Ahora comprendo vuestro martirio y..... os perdono con todo mi corazon. Creiais amar á vuestra hermana.....

—Repetidme que no lo es.....

—Por el santo nombre de Dios os juro que será vuestra esposa.

—El nombre de su padre..... tened piedad de mí, Señora..... ese nombre.....

—El de su madre os descubriré.

—¿Lo ignoro acaso?

—Sí..... sí; lo ignorais.....

—Oidlo..... doña Beatriz de Zúñiga.

—Oidlo vos..... la infanta doña María Teresa.

—¡La infanta!.... murmuró temblando el amante de Isabel.

Y sin darse cuenta de las profundas sensaciones que este descubrimiento acababa de despertar en su corazon, cayó de hinojos ante aquella muger, destinada por la Providencia á sentarse en el trono de la nacion mas floreciente de Europa. Ella le tendió la mano diciendo:

—Alzad, don Fernando, y retened en vuestra memoria mis palabras. El rey don Felipe, mi augusto padre, que tantos merecimientos alcanzó en la tierra con el sobrenombre de *Animoso*, ese monarca, cuyos hechos gloriosos y señaladas virtudes le conquistaron el amor de sus pueblos, solo fué tirano, cruel é inexorable conmigo. De su órden fuí conducida secretamente, desde el alcázar, al palacio de uno de sus magnates, suponiéndose que era el mio y que en él apetecia vivir retirada. Allí tambien, cuando llegó una hora, para mí terrible y suprema, dispuso el incorrup-

tible guardian que el rey me habia dado todos los medios convenientes para que el misterio de mi deshonra nunca llegára á traslucirse. ¿Imaginais que el gran Felipe V ordenase la muerte de su hija? No..... no..... me amaba y queria castigarme..... para abrirme despues sus brazos.... pero los reyes se ven en la triste necesidad de confiar sus agravios á confidentes sin entrañas, y el de mi padre aborrecia mortalmente al hombre que habia conseguido hacerse dueño de mi corazon. No estaba solo; mas ¿qué podia hacer en favor mio un noble, sensible ciertamente á mi desventura, pero sujeto á obedecer y secundar los planes de mi verdugo, bajo pena de la vida? El cielo no permitió que se consumase aquel delito y el doctor Pimentel.... pero ya sabeis lo demas, don Fernando.

—Señora, esclamó éste vivamente conmovido, disponed de mí, de mi existencia, de toda mi sangre, solo derramándola en vuestro servicio, podré lavar las ofensas que os he hecho. ¿Vive el magnate que atentó contra vuestros preciosos dias?

—Vive, pero vuestro acero es impotente contra él, repuso la infanta.

—¡Qué sospecha!..... Dijisteis no ha mucho que el marqués de Ubeda fué vuestro enemigo.

—A él confió el rey don Felipe mi persona.

—Y tambien vuestra muerte secreta. Creedlo: mi padre es incapaz de cometer un crímen tan espantoso, y á no mediar el mandato de su monarca....

—No intento profundizar ese secreto; me lo impide la veneracion que me inspira la memoria del rey difunto.

—Yo lo profundizaré, Señora, y os juro que el duque de Montemar aparecerá algun dia inocente á vuestros ojos. Dadme ahora vuestras órdenes.....

—Se reducen á que prepareis al doctor Pimentel para una entrevista conmigo, y á que devolvais una hija á su madre.

—¡Oh! Los que han osado arrebatarla esta noche se acorda-

rán de mí. Permaneced tranquila, Señora, porque no ha de alumbrar mañana la luz del sol, sin que doña Isabel se encuentre en vuestros brazos.

—No aquí: en casa del doctor Pimentel nos reuniremos.

Don Fernando besó respetuosamente la mano á la infanta doña María Teresa, y no habian pasado cinco minutos, cuando resonó un silbido en la calle de la *Sarten*.

# CAPÍTULO XIII.

Satisfacciones para todos.



El silbido que acababa de dar don Fernando contestó otro desde la esquina de las *Descalzas Reales*; no habia pues novedad alguna en todo el *Postigo*, y nuestro jóven se apresuró á reunirse con Gonzalo, á quien encontró en el puesto convenido.

—¿Sabes lo qué ocurre? le preguntó en voz baja.

—Retirémonos de aquí y me lo direis, le respondió el escudero echando á andar. He tenido la precaucion de traer la llave de la puerta de casa y podemos subir al aposento del doctor; os advierto que la hora es intempestiva, si las hay, y que mi amo, si no se ha muerto desde esta mañana, estará dormido.

—No se trata de interrumpir su sueño, repuso don Fernando, sino de que me ayudes en mi empresa. Entremos en la morada de Pimentel en buen hora, porque no nos hemos de eternizar en la calle hasta el dia; pero guíame á un aposento cualquiera, para que hablemos despacio.

—Dicho y hecho; á mi estancia, replicó el escudero, pues aunque no puede compararse con la de un príncipe, basta y sobra para pasar una mala noche.

Hablando así, llegaron los dos rondadores nocturnos á la esquina opuesta de la plazuela; Gonzalo metió silenciosamente una llave en la cerradura de la puerta del doctor Pimentel, abrióse esta y volvió á cerrarse sin ruido, despues que don Fernando y su acompañante hubieron traspasado el umbral, y pocos instantes despues se encontraron estos en un cuarto del segundo piso, que servia de vivienda al antiguo camarada de Paco el tabernero.

El jóven Montemar arrojó su capa sobre una silla, se pasó la mano por la frente, como para coordinar sus ideas, y repitió la pregunta que habia hecho á Gonzalo en la esquina de las *Descalzas*.

—¿Sabes lo qué ocurre?

—Es la segunda vez que me decís lo mismo, murmuró el escudero, que acababa de encender una vela de cera, valiéndose de sus chismes, ¿Cómo quereis que yo lo adivine?

—Han robado esta noche á doña Isabel.

—¡Bah! ¿Estais seguro de ello?

—Segurísimo. En casa del doctor Cornejo no habia quien la defendiese, porque ese pobre anciano ha sido conducido á la cárcel.

—Lo último me parece probable, porque, si no mienten lenguas, se le acusa de haber asesinado á un hombre.

—¡El!..... ¡El doctor!.... ¡Un viejo achacoso, que apenas se tiene en pié!

—Dirijid esas observaciones á la justicia de S. M.

—No necesito hacerlo, porque confio en que se probará su inocencia; pero Isabel.... Gonzalo, es preciso encontrarla, aunque espongamos nuestras vidas revolviendo toda la corte. ¿No sospechas quién puede ser el raptor?..... ¡Ah!..... Te juro que morirá á mis manos..... Escúchame bien..... ¿Qué hora es ahora?

—Las doce daban en el reloj de la parroquia de San Martin, cuando saliais de la calle de la *Sarten*.

—¡Cuatro horas lo menos de ventaja!.... ¡Cuatro horas, sí, porque media despues de haber anochecido, ha parado un coche delante de la puerta del doctor Cornejo.

—¡Un coche!..... Se me figura que recuerdo.....

—Cuatro hombres se acercaron y otro salió del zaguan con la jóven.....

—Eso es..... eso es..... ya no tengo la menor duda.... ¡Já!.... ¡Já!.... ¡Já!..... ¡Já!....

—¡Te ries, maldecido, cuando me ves ardiendo en ira, cuando he jurado que antes que salga el sol, he de presentar esa jóven al doctor Pimentel y á otra persona, que anhela estrecharla en sus brazos!

—La presentareis, don Fernando, y para conseguirlo, bien estais aquí.

—¡Qué estoy bien! ¿Intentas hacerme perder el juicio?.... Pero ya lo comprendo; te dije esta mañana que no habia menester de tus servicios, y te niegas esta noche á prestármelos..... Alúmbrame pues y abre la puerta de la calle, porque quiero dar á la ventura con el vil raptor.

—¿No le conoceis?.....

—¿Me verias tan sosegado si supiera su nombre?

—Yo no lo ignoro.

—Pronto..... pronto..... ese nombre aborrecido.....

—El duque de Montemar.

—¡Mi padre!.... Gonzalo, si mientes por tu desgracia, soy capaz de asesinarte.

—Vuestro padre, repito; el duque de Montemar, que ha intentado apoderarse de doña Isabel, y que á estas horas tiene delante de sus ojos la diabólica imágen de una bruja.

—¡Gonzalo!.... ¡Gonzalo!.... Mira que se agota mi paciencia...

—Si no atendeis á razones, sellaré mis labios y obrareis como os plazca. ¿Quién os parece que era el hombre que ha sacado á la doncella, es decir, á la señora Marta, en lugar de doña Isabel, de casa del doctor Cornejo? El mismo que, para engañar á los

emisarios del duque, les persuadió de que la jóven, cuyo paradero sospechaban, vivia allí; el mismo que se ofreció á entregársela. Ellos hablaban de un médico y no ha sido difícil hacerles tragar un doctor por otro; mas como doña Isabel habia pasado efectivamente la noche acompañando á la respetable doña Mencia, era indispensable que el pájaro no estuviese ya en aquel nido cuando se presentasen los del coche, y dar á estos gato por liebre para echarlos de la calle. Ya veis, don Fernando, que no se ha perdido el tiempo, á pesar de no querer serviros.

—¡Tú has hecho esas cosas!.... ¡Tú, Gonzalo!

—En cuerpo y alma.

—¿Y doña Isabel?

—No la he visto hace bastantes horas, desde que la traje esta mañana de la calle de la *Sarten*, pero supongo que descansa tranquilamente en su lecho.

—¡Aquí!.... ¡Tan cerca!....

—¡Pues qué! ¿Pensabais que yo la dejaria robar ni por el duque ni por nadie contra su gusto? Pero..... vamos claros..... ¿la amais todavia?

—¡Si la amo!.... ¿He dejado de amarla alguna vez?

—Sí tal, hoy mismo sin ir mas lejos. ¿Quereis que os recuerde vuestros propósitos?.... «¡Ah, Gonzalo! Pasaron ya esos dias de ventura..... pasaron para no volver..... ¡Cuán culpable he sido!.... ¡Cuán culpable soy!.... Hubo una noche..... es verdad..... una noche que está presente en mi alma; pero ya no habrá para mí otra noche semejante, porque seria una iniquidad, un crímen contra Dios, que me ha conducido á esta santa morada, para que en ella encuentren alivio mis dolores» ..... ¿No me habeis hablado así?.... ¿No estabais resuelto á tomar el hábito en la órden de los Padres Capuchinos de la Paciencia?

—Cuando eso decia, ignoraba un secreto que ya conozco, aunque no enteramente, desesperaba de mi felicidad en el mundo.

—¿Y ahora?

—Ahora he recobrado la esperanza.

—Vive Dios, que no os entiendo.

—Ya me entenderás algun dia; por hoy no puedo decirte mas.

—Pero..... ¿no teneis ya los mismos motivos que esta mañana para sepultaros en vida?

—No, Gonzalo; no los tengo.

—Pues, señor..... estoy en ayunas, y vos me lo esplicareis cuando os plazca.

—Otra cosa quiero saber.

—Preguntádmela.

—¿Qué razones asisten al duque de Montemar, para hacerse dueño de la persona de doña Isabel?

—¡Toma! Segun me dijo uno de los del coche, tiene sobre ella ciertos derechos.....

—Ninguno; lo afirmo yo y basta.

—Tanto mejor para vos. Tambien añadió el del coche, que el duque la buscaba para conducirla á los brazos de su madre.

—¡A los brazos de su madre!.... ¡Por medio de un rapto!.... No puede ser.

—¿Qué quereis que yo os asegure? La amará tal vez....

—¡Cómo!.... si nunca la ha visto.....

—Ha podido verla, como la visteis vos.....

Don Fernando permaneció pensativo mucho tiempo, sin poder encontrar la clave del enigma que preocupaba su imaginacion. Las palabras de Gonzalo, *tiene sobre ella ciertos derechos*, que él habia desmentido de una manera terminante y absoluta, fundándose en la conversacion que acababa de tener con la infanta doña María Teresa, le recordaron una circunstancia importantísima, que el doctor Pimentel le habia revelado al instruirle del nacimiento de Isabel; pero la desechó al punto de su mente, porque la idea que despertaba ofendia á la ilustre princesa, víctima de la severidad de un rey implacable. Imaginó que aquella circunstancia, prueba al parecer terrible de las amorosas relaciones de doña María con el duque de Montemar, debia tener una esplicacion satisfactoria para él, en vista de cuanto habia oido

decir á la madre de su amada; por lo mismo procuró tranquilizarse y esperar.

El escudero, que le observaba atentamente, comprendió que trabajaban su ánimo crueles dudas, y queriendo descubrir los motivos del cambio que se habia obrado en su conducta de aquel dia, le dijo:

—Dadme ahora vuestras órdenes sobre lo que he de hacer.

—Nada mas que prevenir al doctor Pimentel, que tengo necesidad de hablarle, respondió el jóven.

—¿Se os figura que la ocasion es propicia?

—No; dejémosle descansar; mas en cuanto sea tiempo.....

—Cumpliré vuestro mandato ¿Y luego?....

—Esperarás á una dama, que debe llegar, para tener una conferencia con el doctor.

—¿Y con vos, don Fernado?

—Tambien conmigo.

—Algo empiezo á comprender.

—Lo que comprendas hoy ha de ser para todos un secreto no menos riguroso, que lo que averigües mañana. No lo olvides; y ahora déjame dormir un rato.

La curiosidad de Gonzalo quedó burlada y se vió precisado á cesar en sus preguntas y observaciones. El jóven se acostó vestido en el único lecho que habia en la estancia, no para dormir, de lo cual tenia ciertamente no poca necesidad, sino para entregarse á las nuevas esperanzas de ventura, que le ofrecian un porvenir halagüeño. Descansando en las seguridades del escudero de Pimentel, gozábase asimismo en el placer, que muy en breve esperimentaria la noble infanta doña María Teresa, al estrechar á doña Isabel contra su corazon; y al recordar el coloquio que habia tenido con tan esclarecida Señora, y sobre todo la parte que se relacionaba con el creido rapto de su amante, volvió á pensar en el doctor Cornejo y en la muerte de que se le suponia autor, perdiéndose en conjeturas é imaginando que tal vez su padre habria dispuesto alejarle momentáneamente de la calle de la *Sarten*

con un pretesto cualquiera, para que no se opusiese á la tentativa preparada contra la jóven. Don Fernando daba en lo cierto del caso, pero atribuia á su padre lo que solo habia ocurrido á Paco Ranera, á fin de asegurarse de su plan.

Las siete de la mañana serian, cuando varios golpes repetidos con desusada furia en la puerta del doctor Pimentel, sobresaltaron á Gonzalo, que dormitaba apaciblemente sobre dos sillas, sirviéndole de almohada su brazo izquierdo. Púsose de un salto en pié, restregóse los ojos y mirando á todas partes, se preguntó á sí mismo:

—¿Quién diablos puede venir á estas horas?

—Presumo que no será la persona que espero, le respondió el hijo de Montemar.

—¿La dama de la conferencia? Mucha prisa tiene.

—El motivo que la trae es poderoso: pero no.... no es ella.... no armaria tanto estrépito.

—Eso mismo estaba pensando; mas pronto saldré de dudas.

Diciendo así el escudero, desapareció de la estancia, dejando que nuestro enamorado jóven se despachase á su gusto, respecto á los comentarios que necesariamente debia inspirarle aquella visita inoportuna.

Mucho tiempo tardó en volver, y ya don Fernando habia abandonado la cama y recorria impaciente el aposento, figurándose que era hora de que se entendiese con el doctor, cuando vió llegar al que esperaba, pero tan confundido y trastornado, que desde luego presagió alguna mala ventura.

—Yo no sé.... esclamó temblando.... yo no acierto á desenredar estos embrollos..... he perdido completísimamente la brújula, y si Dios no lo remedia.....

—Sepamos lo que ocurre, le interrumpió el jóven. ¿Es cosa que me interesa?

—¡Si os interesa! replicó Gonzalo. ¿Pues á quién sino á vos?... ¡Ah!.... No me acordaba.... Y tambien á mí.

—Esplícate de una vez, porque de lo contrario voy á salir de mis casillas. ¿Ha venido la dama?

—¡Qué dama, ni que.... Para damas ni galanes estamos....

—¿Quieres que me dé á Satanas?

—Ni aun ese creo que os valdria hoy. Adivinad quién ha venido.

—No lo pretendo.

—Y seria imposible de todo punto que acertaseis. Al verle, me he quedado como una estátua.

—Pero ¿quién es? Yo no le temo.

—¿No?.... Pues buen provecho os haga.... al fin entre padre é hijo puede haber compostura; pero yo....

—¿Qué estás ensartando? Habla ó.....

—¿Qué he de deciros? ¿No os estoy manifestando hace media hora, que el duque de Montemar ha entrado en el gabinete del doctor Pimentel?

—¡Demonio!.... ¿Estás en tí?.... ¿Has reconocido bien á mi padre?

—A menos que Lucifer haya cambiado con él de figura, de arrogancia y de voz..... «Despierta al doctor Pimentel y adviértele que el duque de Montemar quiere hablarle ahora mismo...» Hé aquí la amonestacion que me ha dirigido, al verme asomar las narices á la calle para reconocer el campo. El miedo es una enfermedad tan pegajosa que, una vez metida en el cuerpo, no hay poder humano que la arroje de él. Yo no soy de los que se asustan por poco; mas ¿quién se atreve á desobedecer cara á cara al poderoso duque de Montemar?

—Prosigue, Gonzalo, prosigue, porque estoy en áscuas.

—He obedecido sus órdenes, anunciándole á mi amo.

—¿Y Pimentel?

—¡Ufff!.... Al oir que entraba en su casa el duque, ha lanzado un juramento horrible, revolviéndose en la cama, como si tuviese en el cuerpo una legion de diablos. Despues, enseñándome los dientes, me ha dicho: «Que entre, que entre ese magnate.»

—No te detengas..... acaba.

—No hay mas; está el cuento concluido.

—Pero mi padre.....

—Se ha adelantado hasta el gabinete; el doctor me ha prevenido que cerrase la puerta.....

—Y te habrás puesto á escuchar lo que hablaban; por eso has tardado en avisarme.

—¡Bah! El duque no se mama el dedo, y se conoce que es hombre que lo entiende. Ha vuelto á abrir la puerta señalándome la de la sala.

—¿Y tú entonces?

—He comprendido que mi obligacion era esperarle en la escalera.

—¿De modo que ya se fué?

—Supuesto que me veis aquí....

—Pronto..... pronto..... guíame al gabinete del doctor.

—¿Qué intentais? Vuestro padre le habrá enterado....

—¿Qué me importa lo que mi padre haya podido decirle? Volemos..... ni una palabra mas.... no quiero oirla.....

Conociendo Gonzalo que seria inútil disuadir al jóven de su determinacion, y convencido tal vez de que aquel medio era el mejor á que podia recurrirse para penetrar los designios del duque, ó al menos la causa de su inesperada visita á Pimentel, encogióse de hombros y echó á andar, seguido de don Fernando, repitiendo entre dientes:

—El hijo despues del padre.... ¡Qué saldrá de tan diabólico enredo!.... ¡Si será su rival el duque!....

Por mucho que Pimentel hubiese estrañado la aparicion de este último en su gabinete, debemos decir en honor de la verdad, que su sorpresa casi igualó á su alegria, cuando dirigiendo una mirada hácia la puerta, vió que se acercaba con precipitacion hácia su lecho el amante de Isabel.

—Venid, venid, don Fernando, le gritó incorporándose; albricias.... albricias.

—Huélgome sobremanera de hallaros tan animoso, doctor, le respondió el jóven gravemente.

—¿Sabeis que os creia muerto? repuso el doctor.

—¿Y quién hubiera sido el culpable de mi desgraciado fin? esclamó don Fernando con amenazador acento.

—Yo.

—Es decir, que obrasteis traidoramente conmigo.....

—Obré como debia, como me dictaba mi conciencia, y sin embargo.....

—Y sin embargo mentisteis.

—No; no mentí..... respetad mis canas.

—¡Cómo! ¿Osareis sostener todavia que doña Isabel.....

—¿Es hermana vuestra?..... ¡Oh!... Regocijaos, jóven; no lo sostengo; mas..... cuando os enteré de tan terrible arcano, no mentí.

—¿Qué hicisteis pues?

—Me equivoqué.

—¿Y ahora?

—Ahora acabo de convencerme.....

—De que doña Isabel no es hija del duque de Montemar.

—¿Cómo lo habeis averiguado?

—Por su madre.

—¡Santo cielo!.... ¡Su madre habeis dicho!.... ¡Su madre!...

—¿Por qué os asombra?

—¡Ah!.... ¿Con que vive?

—Vive, doctor Pimentel, y la vereis muy pronto.

—Descubridme el punto en que se halla..... Esa nueva me rejuvenece y quiero volar á su encuentro.

Y uniendo Pimentel la accion á las palabras, se arrojó fuera del lecho y empezó á vestirse con un apresuramiento febril. Pero don Fernando moderó sus transportes de júbilo, anunciándole la próxima visita de la dama.

—Hoy es dia de grandes acontecimientos, murmuró el médico sollozando. ¡Bendita sea la Providencia!....

—He cumplido la comision que me ha traido aquí, pronunció el hijo de Montemar; pero no me retiraré sin dirijiros algunas preguntas.

—Preguntad, jóven, preguntad lo que quisiereis, contestóle el doctor: eso significa que no conservais el mas mínimo resentimiento contra mí.

—Ahora que estoy mas tranquilo, confieso que las apariencias eran horribles, que pudieron fascinar vuestros ojos.....

—Las apariencias..... esplicadme eso, don Fernando.

—¡Que os lo esplique! ¿Estais en vuestro juicio cabal? ¿No conoceis que os pido la misma esplicacion?

—Es que no comprendo..... Habeis hablado de apariencias....

—Llamadlas pruebas, si así os place.

—¡Ah! Por fin.....

—¿Habeis comprendido?

—Sí; recuerdo que aquella riquísima sortija, que llevaba puesta la madre de doña Isabel en la noche aciaga.....

—Pertenecia al marqués de Ubeda, guardador de dicha Señora.

—Y pretendeis.....

—Que me descubrais el medio de conciliar las noticias, que anoche he adquirido, con una circunstancia que las hace increibles.

—Vuestras palabras me justifican, don Fernando. ¡Qué mucho que yo juzgase como juzgué, cuando mi pensamiento caminaba á ciegas, si vos todavia dudais, despues de haber aclarado el misterio!

—Es verdad y os pido perdon por mis arrebatos.

—Otra cosa habeis de hacer para vuestro sosiego.

—Dictádmela.

—No dudar de la fe de una madre. ¿Qué os importa la fatal sortija con la corona de marqués y el título grabado del que hoy se llama duque de Montemar? Ya que esa dama os ha declarado el nombre del autor de los dias de doña Isabel.....

—¡Ah, doctor!.... Haced que cese para mí todo recelo, toda incertidumbre; declarádmelo vos.

—¡Yo!.... Cuando pensaba oirlo de vuestra boca....

—Esperanza ilusoria y vana..... No conozco ese nombre, pero tal vez os lo revelará la dama que debe visitaros.

—Lo dudo, jóven, lo dudo, porque ¿quién soy yo para ella?... Un desconocido, un hombre, cuyo testimonio necesita, y á quien se recompensa con oro.

—Sois mas que todo eso; sois el brazo de Dios, que la salvó de la muerte.

—¡Oh! Ya habrá olvidado lo que entonces la dije al oido, y vos sois quien.....

—Cierto; pero al escuchar el nombre de Pimentel.... Mas alguno se acerca.....

—Es Gonzalo.

Y así era en verdad, pues el escudero se presentó anunciando á doña Beatriz de Zúñiga.

—¿Es ella? preguntó el doctor á don Fernando.

—Ella es, respondió éste, y salió á su encuentro.

Pimentel acabó de vestirse aceleradamente y esperó con ansiedad angustiosa.

La noble infanta penetró en el gabinete seguida del jóven Montemar, y no bien divisó al médico, que la dirigia escrutadoras miradas, cuando dejándose caer en una silla, le dijo con desfallecido acento:

—Siempre que querais saber de vuestra hija, preguntad por el doctor Pimentel. Esto poco mas ó menos os oí, hace ya diez y seis años.

Y dirigiéndose en seguida á don Fernando, añadió mas animosa:

—No ha de alumbrar mañana la luz del sol, sin que doña Isabel se encuentre en vuestros brazos. Hé aquí lo que no hace muchas horas me ofrecisteis. Doctor Pimentel, os pido nuevas de mi hija, de aquella desdichada criatura que salvasteis de la muerte, como salvasteis á su madre..... Don Fernando de Montemar, ved que el sol alumbra y no he abrazado á doña Isabel.

—Tranquilizaos, Señora, respondió el jóven con visibles mues-

tras de turbacion y de respeto: ambos cumpliremos nuestras palabras, y vuestra hija va á presentarse. ¿No es cierto, doctor?

—¡Oh!.... Sí.... murmuró éste conmovido, porque mil recuerdos se agolparon en aquel instante á su imaginacion. Vuestra hija..... sereis feliz, Señora..... la hallais..... volveis á verla..... os amará, porque sois su madre..... ¡Y yo!....

—Vos habeis sido su protector, su amparo, su angel bueno en la tierra, repuso doña María Teresa con entusiasmo. ¿Hay galardon bastante para premiar lo que os debemos? Sí, Pimentel; en nuestros corazones está y nuestros corazones os aseguran eterno cariño.

El médico no aguardó á que la infanta acabase de hablar: se encaminó hácia la sala, mas detúvose de pronto, al ver que doña Isabel, conducida por Gonzalo, se dirigia al gabinete. El escudero habia sido esta vez mas dichoso que en la anterior visita del duque de Montemar, pues habia escuchado el coloquio de la dama con su amo y con el jóven, y persuadido de los deseos que los tres abrigaban, se apresuró á poner en conocimiento de la doncella las novedades que ocurrian.

Renunciamos al placer de pintar el cuadro que ofrecieron los cinco personages de aquella escena dichosísima, porque ninguna pluma podria describirlo. La madre y la hija con sus brazos entrelazados, sus alientos confundidos, derramando copiosas lágrimas de ventura, que ahogaban sus esclamaciones amorosas; don Fernando profundamente conmovido, mordiéndose los labios para no llorar, y devorando ansiosamente con el pensamiento y con el corazon los encantos de la belleza que adoraba; Pimentel sereno en apariencia, pero revelando en su palidez mortal, que presentia el término de sus felicidades, al mismo tiempo que su sonrisa franca é ingenua anunciaba un contento generoso, una satisfaccion sublime por la dicha de los demas; Gonzalo, en fin, respirando libremente de los azarosos peligros que le amenazaban, entregándose al júbilo que veia retratado en todos los semblantes, y prometiéndose sacar partido de tan alegres circunstancias en pro-

vecho propio..... ¿Qué mas hemos de escribir, para dar una idea de aquellos instantes supremos, nunca esperados y siempre temidos?

Doña Isabel estaba radiante de hermosura, y todos, á escepcion de Pimentel, la contemplaban, sin saciarse de admirar los graciosísimos contornos de su rostro, aun mas embellecido por la felicidad, las delicadas ondulaciones de su flexible y esbelto talle y la blancura alabastrina de sus manos. El doctor por su parte no la miraba ya; sus ojos, que brillaban con un fuego estraordinario, se mantenian fijos y como clavados en doña María Teresa, desde el punto en que ésta se habia desprendido de su espeso velo, que estorbaba sus cariñosos transportes y los mil y mil besos que recibia de la bellísima jóven. De pronto oscureció aquel vivo resplandor, aquel fuego de sus pupilas una densa nube, formada por terribles recuerdos; osciló su cabeza con un movimiento repulsivo, arrugóse su frente espaciosa y flaquearon sus rodillas. Despues, como si el dedo de Dios acabase de señalar á su memoria la esplicacion de un misterio hasta entonces incomprensible, moviéronse sus labios, y murmuraron entre dientes estas razones:

—¡Ah, Rey don Felipe!.... ¡Rey don Felipe!.... ¿Era así siempre tu justicia?

Transcurridos ya los primeros momentos consagrados entre la madre y la hija á un reconocimiento, que colmaba sus mas ardientes votos, dijo doña María al doctor:

—Os debo mucho mas que lo que imaginaba, habeis sido para doña Isabel un padre cariñoso y un tierno amigo, y estas deudas nunca se satisfacen. ¿Por qué pues os he de asegurar que conteis con mi gratitud?

—¡Ah!... No, Señora.... esclamó Pimentel fuera de sí.... ¡Vuestra gratitud!.... ¡Vuestro cariño!.... Son dones demasiado preciosos para mi pobre corazon..... ¿Qué soy en el mundo para merecerlos?.... Un hombre destinado por la Providencia al alivio de los dolores de la humanidad..... un médico retirado del bullicio, á quien se llama á media noche, para que deje morir á una madre y



¡Ah, Rey don Felipe!.... ¿Era así siempre tu justicia?

salve á la hija.... Señora..... en aquella noche de inolvidable recuerdo no hice mas que obedecer un precepto de Dios..... Mi recompensa..... ¡Oh!... No creais que la renunció, no. Otorgadme la que yo deseo.

—Hablad, doctor, y si está en mi poder..... repuso la infanta vacilando y turbada.

—Dadme á besar vuestra mano, Señora, pronunció Pimentel, hincando la rodilla.

—¿Qué haceis?.... Levantaos..... Esa humilde postura.....

—Es la que me corresponde en vuestra presencia.

—¡Cielos!.... ¿Habeis sabido.....

—Que sois.....

—Doña Beatriz de Zúñiga, gritó don Fernando.

—En efecto, contestó el médico levantándose. Ese es el nombre con que se ha anunciado tan ilustre Señora.

—Y el mismo que he de conservar por algun tiempo, añadió doña María.

—¡Por algun tiempo!.... ¡Cómo!.... ¿No os dareis á conocer?

—Ya llegará ese dia, doctor. Al presente debemos pensar en otra cosa, y si me conservais vuestro afecto.....

—Disponed de mí, Señora.

—Doña Isabel vivirá desde hoy conmigo.

—Imposible..... imposible..... mañana tal vez..... ¡pero hoy!

—¿Qué razon puede oponerse á tan justísimo anhelo?

—Mi palabra, Señora.

—¡Vuestra palabra!

—La he empeñado á un magnate poderoso, que ha de venir esta noche á buscar á vuestra hija.

—¿Y ese magnate? preguntó don Fernando.

—Es el duque de Montemar.

Doña María Teresa lanzó un grito y el amante de doña Isabel una imprecacion. El doctor, sin perder su aplomo, hizo una seña á Gonzalo para que saliese del gabinete y de la sala, y luego que hubo obedecido el escudero, cerró cuidadosamente las dos puertas y se acercó á la infanta, diciendo:

—Nada temais, Señora: supuesto que quereis no ser conocida, es preciso que nadie oiga lo que aquí se hable. Os he anunciado que el duque de Montemar.....

—¿Cómo ha descubierto el retiro de mi hija? le interrumpió doña María.

—Habíanle informado de que vivia en la morada de otro médico, no muy lejos de aquí. En consecuencia dispuso anoche su rapto, y sus satélites metieron en un coche á una vieja, que sirve á mi amigo el doctor Cornejo.

—¡Ah!.... Y sin duda el mismo duque ha encarcelado á vuestro amigo.

—¡Que le ha encarcelado, Señora!....

—Proseguid, doctor.

—La vieja robada ha abierto los ojos al duque de Montemar, y éste ha venido á reclamar de mí la entrega de doña Isabel.

—¿Con qué derecho?

—Dice que es el único medio que le resta para reparar antiguas faltas contra la madre de esa jóven, cometidas en cumplimiento de sus deberes, como vasallo sumiso y leal.

—¿Pues qué intentos son los suyos?

—Buscaros á todo trance.

—¿Qué me quiere?

—Solicitar vuestro perdon, segun me figuro, poniendo en vuestros brazos á doña Isabel, y pediros que rompais vos misma un escrito, que hizo firmar á mi Señor el rey don Felipe, para salvaguardia futura de su persona, antes de encargarse de la vuestra.

—¡Dios mio!.... ¡Qué desengaño tan cruel!.... ¡Ah! decidle que no quiero ver esa prueba terrible de su fidelidad al rey..... que la destruya y que reconozco.....

—¡Ah! Señora.... esclamó don Fernando; os habia ofrecido profundizar ese misterio..... mas no contaba con poder atestiguaros tan pronto la inocencia de mi padre.

—Basta, don Fernando; estoy satisfecha. Y vos, doctor Pimentel, decidle que me habeis encontrado y que le autorizo para

que me pida la mano de doña Isabel de Borbon, hija de don Luis, Delfin de Francia, en favor de su primogénito, desde el instante en que me llegue la aprobacion de mis deseos, que hoy mismo solicitaré de mi augusto hermano el rey don Cárlos de Nápoles.

Doña Isabel y el jóven Montemar se arrojaron á los piés de doña María Teresa, despues de cambiar una mirada de amor; Pimentel se inclinó respetuosamente y la infanta abrazó á la jóven con indecible ternura. Poco despues se levantó, y sacando de su limosnera una preciosa cajita de oro primorosamente cincelada, la entregó al doctor, diciéndole:

—Poned en manos del duque de Montemar la sortija que hallareis dentro de ese estuche; me la entregó el marqués de Ubeda, porque era preciso que yo apareciese como propietaria del palacio que le pertenecia, y al cual me llevaron secretamente desde el Real alcázar; esa prenda debia darme una autoridad aparente..... Ahora que se han aclarado muchas cosas, no la necesito; devolvédsela á su dueño.

Don Fernando y el doctor se miraron; todas las injustas sospechas del primero habian desaparecido: el segundo parecia repetirle con elocuente silencio:

—No dudeis de la fe de una madre.

# CAPÍTULO XIV.

El duque de Montemar.

Como hemos visto ya, por muerte del rey don Felipe, hijo aun mas que nieto de Luis el *Grande*, (1) ciñó la corona de España don Fernando VI, merced á la hidalguía y á la enérgica conducta de su hermano don Cárlos, que empuñaba el cetro de Nápoles. El nuevo monarca, casado hacia diez y siete años con doña María Bárbara de Portugal, princesa del Brasil, era naturalmente pacífico, y desde luego se echó de ver que solo anhelaba una ocasion pro-

(1) Luis IV amaba tanto al duque de Anjou su nieto, que nunca le llamó así, y aun en las circunstancias mas solemnes le daba el tratamiento de hijo. Cuando en 1701 ratificó el testamento de Cárlos II el *Hechizado*, hizo reconocer á don Felipe por todas las cortes de Europa, á escepcion de la de Viena, y le envió á España seguido de los duques de Berry y de Borgoña, con lucido acompañamiento de señores españoles y franceses, dirigiéndole, al estrecharle con efusion en sus brazos, aquellas tan sabidas como notables palabras:—*Hijo mio, ya no hay Pirineos.*—Mas tarde, cansado de una guerra desastrosa y sin término, pidió la paz á sus contrarios; mas habiendo exigido éstos que se les uniese para destrozar á don Felipe, respondió lleno de justísima indignacion:—*Si he de hacer la guerra, mas quiero hacerla á mis enemigos que á mis hijos.*

Bibl. de Paris. leg. 49. Ap. ms. sobre el reinado de Luis XIV.

picia y un pretesto honroso para poner término á la guerra de Italia.

Sostenían se entretanto nuestras tropas con mas valor que buena fortuna en el pais conquistado, y el intrépido marqués de la Mina, sucesor del conde de Gages en el mando supérior del ejército, conoció muy pronto que no le era posible ocupar sus posiciones sin esponerse á un completo descalabro, por lo que las evacuó retirándose á la Provenza, á Niza y á los estados de Génova, cuyas costas del Poniente tuvo especial cuidado de ocupar el rey de Cerdeña.

Los austríacos, ansiosos de vengar sus anteriores desastres, se dirigieron sobre la capital, y los genoveses se vieron entonces en el triste caso de implorar su clemencia, sometiéndose á durísimas condiciones, de las cuales abusó cruel y bárbaramente el vencedor, orgulloso con sus recientes victorias, á las cuales no estaba por cierto acostumbrado. Irritóse por fin el pueblo, obligándole su desesperacion á levantarse; corrió á las armas contra sus opresores, los persiguió con encarnizamiento é infundió en sus filas indecible terror. El príncipe Doria, querido de los genoveses, se puso á la cabeza de la insurreccion, y cayendo impetuosamente sobre los austríacos, los destrozó en dos encuentros, haciéndoles mas de cuatro mil prisioneros y obligándoles á retirarse por el puerto de Bochetta en espantoso desórden.

Humilladas de este modo en Génova las tropas austro-sardas, trataron de desquitarse invadiendo la Provenza; pero su alarde solo sirvió para proporcionarles otro descalabro, porque reunidos los españoles y franceses para conjurar la tempestad, hicieron que los invasores repasasen el rio Var, despues de ocasionarles grandes pérdidas. Mandaba á los austríacos el general Eschelemburg, caudillo presuntuoso aunque valiente, y queriendo lavar las repetidas afrentas que habia recibido, se dirigió por segunda vez contra Génova al frente de las tropas de refresco, que acababa de recibir. No contaba sin embargo con que era observado por el rey de Nápoles, quien no podia desentenderse de aquella

república su aliada, que debia necesariamente sucumbir, si su cooperacion no la ponia en el caso de ahuyentar al enemigo. Don Cárlos, por su propio decoro y por dejar bien puesto el nombre español, sostuvo á Génova, socorriéndola con municiones, con víveres y con dinero, disponiendo ademas que avanzase para cubrirla una division de sicilianos. Los genoveses, por su parte, no mostraron menos denuedo y bizarría que la vez primera; pelearon desesperadamente, como que conocian muy bien la triste suerte que les esperaba, si eran vencidos. Por último, el general Eschelemburg no pudo conservar las posiciones que habia elegido y desde las cuales cercaba á la capital, por lo que tuvo que levantar el sitio y retroceder al Piamonte, dando por concluida la campaña.

Aprovechando entonces los monarcas de Europa la propicia coyuntura que se les presentaba para poner término á la guerra, se entendieron á fin de convocar un congreso que propusiese todos los preliminares de la paz. Aquisgran fué el punto escogido, y allí se reconoció como emperatriz de Alemania, con la posesion del ducado de Milan, á María Teresa, reina de Hungría, supuesto que su esposo Leopoldo, Gran Duque de Toscana, habia ocupado ya el trono imperial. Adjudicáronse al mismo tiempo al infante don Felipe los ducados de Parma, Plasencia y Guastala, aunque con la precisa condicion de que, si algun dia llegase á ceñir la corona de Nápoles, por heredar el rey don Cárlos el trono de España, volverian aquellos á la emperatriz y al rey de Cerdeña, firmándose la paz general despues de terminadas las diferencias y dificultades que presentó la Inglaterra, relativas al comercio, cuya prosperidad fué siempre el único principio político de sus gobernantes.

Algunos escritores estrangeros censuran al rey don Fernando, porque aceptó los preliminares de Aquisgran, y no de Aix-la-Chapelle, como supone un compendiador nuestro, aun cuando en esta ciudad se firmó el tratado, fundándose en las ventajas que adquirieron sus enemigos. Ridícula en alto grado es la razon que

alegan, porque esas ventajas favorecian á la emperatriz María Teresa y al rey de Cerdeña antes de que se pensase en la paz, pudiendo asegurarse que á la decision, á la energía y al talento del rey don Cárlos debió la corona de Castilla la conservacion de sus estados de Italia. ¿Qué dichosa cooperacion se prometia el infante don Felipe del ejército francés, al abrirse la campaña contra los austro-sardos? Ya hemos visto las proezas del caudillo español, al retirarse peleando con todas las divisiones del príncipe Lichtenstein, su heróico valor en el desastre de Plasencia, su ardimiento y sangre fria en la memorable batalla del Tidona, que coincidió con la muerte del rey don Felipe V. ¿Se encontraba por ventura, al advenimiento de don Fernando, en situacion de oponerse á las numerosas divisiones del general Eschelemburg? Nuestras tropas, sostenidas por sus aliadas, rechazaron al enemigo de la Provenza, mas no le persiguieron, porque carecian de municiones y de calzado: á estas circunstancias debieron los invasores la fortuna de salvarse al otro lado del Var. Veamos ahora de qué lado sopló el viento á los franceses en sus operaciones aisladas.

Luis XV, encarnizado enemigo de las pretensiones de la reina de Hungría, habia encomendado la suerte de la guerra al mariscal de Sajonia, previniéndole que desde luego tomase la ofensiva. Los primeros pasos del guerrero lisonjearon á su monarca, porque anunciaban victorias decisivas y la reconquista de todo el territorio ocupado por los ejércitos de María Teresa. En efecto, el valiente y justamente célebre mariscal redujo en la Flandes, como por encanto, las importantes plazas de Mons, Bruselas y Charleroy, tomó en diez y seis dias á Namur, á pesar de la obstinada resistencia de su guarnicion y dispuso que la escuadra combinada de Inglaterra, Holanda y el Austria se estacionase en Raucoux, merced á sus acertadísimas maniobras, que engañaron al almirante de dichas fuerzas, para que los franceses las atacasen con ímpetu, causándoles sensibles pérdidas. Esto ocurria al mismo tiempo que en Italia obligaban los austríacos y los piamonteses al infante don

Felipe á evacuar sus estados, persiguiéndole hasta Antibes. Sabido es que los aliados, inferiores en número y sin la esperanza de refuerzos, tuvieron que cederles la Liguria y la Lombardía, entregándose Génova á discrecion al conde de Browne. No era pues temible María Teresa en la Flandes, donde los franceses habian reconcentrado sus fuerzas, sino en Italia, cuyos principales puntos estratégicos estaban abandonados, porque el infante don Felipe, batiéndose sin cesar con muy pocas tropas aguerridas contra cuatro ejércitos formidables, no podia desprenderse de un solo hombre, ni aun asegurar siempre las comunicaciones entre sus diferentes cuerpos. Y aquí la historia debiera fulminar severísimos cargos á los consejeros del monarca francés, que contemplaron impasibles la gloriosa retirada del caudillo español, sin moverse en su ayuda para que tomase la ofensiva. Por lo que toca á don Fernando VI, ya lo hemos dicho; su carácter no era á propósito para esas luchas de nacion á nacion, que pueden tenerse por una de las mayores calamidades para la especie humana. Hallábase convencido de que solo le seria posible obtener una paz durable para sus pueblos, á fuerza de hacerse temer de sus enemigos, y por lo mismo no la solicitó, cuando don Felipe se vió precisado á repasar el Tidona despues de haber ejecutado prodigios de valor; pero suscribió con júbilo á los preliminares de Aquisgran, propuestos por sus enemigos, porque lisonjeaban su mas ardiente deseo.

Esta es la verdad histórica.

En cuanto al gobierno interior de este pacífico monarca, cuyas benéficas miras le alcanzaron el renombre de *Sabio* ¿qué diremos? Que se dedicó con incansable perseverancia al remedio de los males profundos, que un siglo de casi no interrumpidas contiendas habia producido en España; que moderó en lo posible la abrumadora carga de las exacciones, que apenas podian sostener los esquilmados pueblos y que las incesantes guerras habian aumentado en desconsoladora proporcion; que fijó sus desvelos en la navegacion, estendiéndola para restablecer ó mas bien para crear la marina militar, y en el comercio, fomentando las manufacturas

y las vias de comunicacion por medio de construcciones de caminos públicos y canales que facilitasen las relaciones mercantiles y los beneficios del riego á la decaida agricultura. Protejió las artes y las letras, estableciendo la Real Academia que lleva su nombre, para el estudio de la pintura, escultura y arquitectura, como asimismo el grabado, pues aunque su padre Felipe V habia aprobado en 1744 las bases de la *Junta preparatoria*, no quedó erigida en *Academia de San Fernando* hasta el año de 1752. El *Jardin Botánico*, tan útil á cuantos se dedican á las ciencias médicas, debe tambien su existencia en la corte á los afanes, con que procuraba la prosperidad de los estudios serios, y fué el primero, entre nuestros reyes, que hizo viajar fuera de España, costeando generosamente todos los gastos, á personas instruidas, á fin de que perfeccionasen sus conocimientos y enriqueciesen despues con ellos á su patria.

En tanto que los estados de Alemania se veian diariamente espuestos á los horrores de la guerra é inundaba la sangre sus campiñas y ciudades; mientras la Inglaterra y la Francia, rotas de nuevo las hostilidades, luchaban desesperadamente, amenazando envolver á la Europa en conflictos mas lamentables que los anteriores, don Fernando tuvo el gran talento de permanecer neutral, en medio de las falaces promesas, con que las dos partes beligerantes requerian su alianza. La Francia le propuso el pacto de familia, que España aceptó mas tarde con inmenso perjuicio de sus intereses, pero él supo evadirse de la traidora red que se le preparaba, negándose abiertamente al tratado, y cuando la misma potencia contó con sus esfuerzos para abrir la campaña contra los ingleses, respondió friamente á los embajadores, que pidieron su cooperacion:—«*Sirvo para mediador, mas no para aliado.*» —Luis XV sin embargo no se dió por vencido, y sus agentes intrigaron en Madrid para triunfar de la repugnancia del rey, llegando á formarse un gran partido, capitaneado por la reina viuda doña Isabel Farnesio y por el marqués de la Ensenada, que desde comerciante de Cádiz habia subido hasta los primeros

puestos. Don Fernando no tardó en enterarse de que aquellos manejos se dirigian á preparar la opinion de la corte contra la Inglaterra, y resuelto á no mezclarse en la contienda que sostenia esta última contra la Francia, y á probar á todos, de una manera que no diese lugar á dudas, que su determinacion era irrevocable, apartó de su lado al marqués de la Ensenada, é hizo entender á la viuda de su padre, que jamás consentiria en verla representar un papel, que de ningun modo convenia á la tranquilidad del Estado. La reina comprendió perfectamente lo que esto queria decir y se retiró á Francia.

No todos los historiadores han hecho justicia al rey de España, respecto á los motivos que le impulsaron á obrar con tanta moderacion, en coyuntura tan favorable para su propio engrandecimiento, y no falta quien haya atribuido su neutralidad á las sugestiones é influjo de su esposa, mas bien que á la inclinacion de su carácter. Descansa esta sospecha en el fundamento de que doña María Bárbara, como princesa de Portugal, miraba con recelo y aun envidia el poder creciente de la orgullosa corte de Versalles; tambien la maledicencia se cebó en su reputacion, haciendo correr la fama de que la Inglaterra habia ganado, á fuerza de oro, á su favorito Farinelli, cantante italiano, á fin de que procurase estorbar las pretensiones de Luis XV. Lo que podemos asegurar es que los que así escriben no poseen una sola prueba de que la reina doña María Bárbara obrase en el sentido que suponen, y que por lo tanto no pueden aspirar al derecho de ser creidos bajo su palabra.

Los males que aquejaban á la nacion no debian curarse en pocos años; pero durante los trece que ocupó don Fernando el trono, se vieron corregidos los principales abusos, que hacian odiosa la administracion pública, reformadas en alto grado las costumbres de la corte y las leyes en todo su vigor y observancia. Los distritos mas feraces del reino se hallaban entregados á la soledad y al abandono, á causa de las repetidas espulsiones de los moriscos y de la incesante emigracion de la juventud española,

que volaba á enriquecerse á las Indias, pues con este nombre eran conocidos entonces los reinos de Méjico y del Perú, y sesudos cronistas nos dicen, que la mayor parte de las mejores y mas feraces tierras de la pobre España estaban eriales, y que por falta de trabajo yacian dos millones de individuos en la mas espantosa miseria. Pues bien; á pesar de las dificultades que se oponian al remedio, no perdonó medio ni fatiga para aliviar la suerte desgraciada de sus vasallos, consiguiéndolo en gran parte y alcanzando, por sus sabias y eficaces medidas para desterrar el pauperismo, las bendiciones de todos. El mas relevante testimonio que podemos ofrecer de su celo en favor de los intereses nacionales nos lo suministra el estado floreciente en que dejó las arcas reales. El tesoro se hallaba exhausto cuando don Fernando empuñó el cetro; á su muerte se encontraron *quince millones de duros*, despues de satisfechas todas las obligaciones. ¡Ejemplo verdaderamente asombroso de economía, que por desgracia nuestra no ha tenido imitadores!

Corria el año de 1758, cuando quedó concluido definitivamente con la corte de Roma el Concordato sobre el Patronato Real, que desde 1753 se trabajaba por ambas partes con decidido empeño, y en virtud de sus disposiciones se declaró dicho Patronato anejo á la corona, así como que al rey correspondia el derecho de presentacion de los individuos para los beneficios, prebendas y dignidades eclesiásticas de España, esceptuándose únicamente cincuenta y dos provisiones, que se reservaba el Santo Padre.

En aquel mismo año y dia 27 de agosto tuvo don Fernando el desconsuelo de ver morir á su muy amada esposa, y esta desgracia le ocasionó tan profundo pesar y negra melancolía, que solo sobrevivió á la reina doña María Bárbara un año escaso. Retirado en Villaviciosa de los negocios públicos desde que le faltó su dulce compañera, negándose á todo consuelo y aun á tomar el alimento necesario para sostener su trabajada existencia, se acarreó una languidez incurable y una complicacion de humores, que

le llevaron al sepulcro el dia 10 de agosto de 1759, con gran sentimiento de sus súbditos, que siempre le tuvieron como padre. No dejó sucesion directa y por su testamento llamó para que ciñese la corona de España á su hermano don Cárlos, rey de Nápoles, hijo de doña Isabel Farnesio, segunda muger de Felipe V.

Pero antes que ocurriesen los acontecimientos que acabamos de reseñar, sucedieron otros que tocaban de mas cerca á algunos personages de nuestra historia. Volvamos pues á ellos, despues de la indispensable digresion, con que hemos distraido á nuestros lectores.

Enterado por el doctor Pimentel el duque de Montemar, de que no podia entregarle la jóven que buscaba, por la razon infinitamente sencilla de que la habia llevado su madre, escuchó cabizbajo el mensage, que el médico le repetia de parte de la infanta doña María Teresa y recibió de sus manos la sortija, que aquella ilustre Señora le enviaba. Permaneció pensativo largo espacio, mas nada respondió al protector de doña Isabel. Su amor propio estaba herido, porque todo su anhelo, toda su felicidad consistian, desde la muerte de don Felipe, en devolver la hija á la madre, probando de este modo, que no el aborrecimiento, sino la jurada obediencia al rey le habian obligado á mostrarse lo que no era, en el desempeño de una comision, que para él solo significaba un terrible secreto de Estado. La suerte se habia negado á coronar sus afanes; doña María Teresa le miraba indudablemente como su mas implacable enemigo y le concedia un generoso perdon, autorizándole á solicitar la mano de doña Isabel para su hijo, con el objeto de probarle que olvidaba sus ofensas. Al cruzar este último pensamiento por la mente del duque, sublevóse su orgullo, inflamáronse sus ojos y en sus labios desdeñosos se dibujó una sonrisa, á la vez sarcástica y despreciativa. Despues, dominado por la insufrible idea de que la infanta pretendia perdonarle, siendo así que él no se consideraba delincuente, volvió las espaldas al doctor sin dirigirle el menor saludo, y ya atravesaba la sala, que conocemos, para encaminarse á la escalera, cuando aquel le dijo con cierta severidad mezclada de dulzura:

—Cuidado, señor duque..... cuidado con lo que haceis, porque la ira es muy mala consejera.

Volvióse el padre de don Fernando al oir estas razones, y mirando de hito en hito á Pimentel, le contestó sin acritud:

—¿No os contentais con la curacion de las enfermedades que aquejan á la miserable humanidad, sino que quereis pasar por adivino? Porque supongo que por mis palabras no habreis sacado la consecuencia.....

—Y aun llegué á sospechar que os habiais vuelto mudo, le interrumpió el doctor afablemente. Perdonadme si imaginé que vuestro silencio anunciaba alguna tempestad.

—Sois un brujo detestable, á pesar de toda la ciencia de vuestros libros. No acertais en vuestro pronóstico, y así limitad esas aspiraciones de oficioso consejero.

—¡Ah, duque de Montemar! El calor de vuestra negativa me asegura de que he leido bien en vuestro corazon. Y sino, respondedme ¿cuándo pensais poneros á las órdenes de la infanta?

—¡A las órdenes de la infanta! ¿Se halla por ventura en palacio?

—Todavia no.

—¿Sé acaso donde se hospeda?

—Pero yo no lo ignoro, y pudierais habérmelo preguntado.

—Sin duda es un secreto, que no me conviene averiguar.

—Que no os conviene..... Muy distinto era vuestro lenguage esta mañana, cuando me asegurasteis que ibais á revolver la corte hasta dar con ella, para poner á doña Isabel en sus brazos.

—Esta mañana queria ofrecer á la infanta una reparacion por lo mucho que ha sufrido, y al mismo tiempo presentarle pruebas de mi inocencia.

—Ya os he dicho que la reconoce.

—No, doctor, supuesto que me perdona.

—Duque de Montemar, acordaos de mis palabras. Ya no reina Felipe V, sino Fernando VI, que debe el trono á don Cárlos, rey de Nápoles.

—¿Y qué intentais darme á entender con eso?

—Os creia mas diplomático: que don Cárlos es aliado de Luis XV y que el padre de doña Isabel....

—Basta, doctor; nuestro rey dará gusto al de Nápoles y este...

—Ambos harán valer los derechos de la infanta, señor duque de Montemar, porque al cabo es hermana suya.

—Si mis servicios pueden contribuir á un dichoso resultado, pronto estoy á ofrecerlos.

—Así os queria yo, y no dudeis que la infanta concederá gustosa la mano de su hija.....

—¿A quién?

—A vuestro primogénito don Fernando.

—Se me figura que no me habeis comprendido. La infanta doña María Teresa dispondrá de su hija, y yo....

—¡Cómo!.... ¡Rehusariais esa alianza, duque!

—No lo he pensado aun, doctor Pimentel.

Estas fueron las últimas palabras que pronunciaron aquellos dos hombres. El duque saludó gravemente al médico y salió de su caas.

Esperábale don Fernando con impaciencia en su palacio, deseoso de comunicarle sus relaciones amorosas con doña Isabel, el consentimiento de la infanta y todo cuanto se referia á sus proyectos de felicidad, que por tanto tiempo le habia ocultado, temiendo una indignacion que hacia probable hasta entonces la ignorancia en que se hallaba acerca del nacimiento de la jóven, y resuelto á no descubrir los motivos de su desesperacion, que le habian sido revelados por la suspicacia cavilosa de Pimentel.

La entrevista de doña María Teresa con éste, las esplicaciones que habian mediado y que desvanecian por completo hasta la última sombra de las crueles dudas de su alma, y sobre todo la probada inocencia de su padre, respecto á la secreta conducta del rey don Felipe con su propia hija, eran para el enamorado mancebo otras tantas seguridades de un porvenir venturoso. Discurria pues por el gabinete del duque entregado á las mas hala-

güeñas esperanzas, formando mil castillos en el aire y presintiendo ya el placer que esperimentaria, cuando llegase á alcanzar la posesion del objeto adorado de sus ansias.

No habia vuelto á contemplar los encantos de doña Isabel, desde que la infanta se la habia llevado de casa del doctor. ¿Y para qué? ¿No era mejor para sus amorosos intereses enterar á su padre de todo lo que ocurria, mientras la hija y la madre saboreaban á sus solas el inefable contento de haberse reunido, cuando menos lo esperaban? Pero antes de separarse de ellas, se le habia otorgado el permiso de dirigirse á la calle de la *Sarten* durante la noche, y llamar á la puerta de cierta casa, y preguntar en ella por la señora doña Beatriz de Zúñiga, á fin de que oyéndole decir *Sicilia*, se le franquease la entrada, como á portador de satisfactorias nuevas. ¿Qué mas podia apetecer su ardiente anhelo?

Ya habia medido por la centésima vez con sus pasos la estension del gabinete, cuando entró el duque. Llegaba de mal talante al parecer, porque miró á su hijo con severidad y sentándose en una enorme poltrona le señaló la puerta, indicándole que la cerrase. Obedeció don Fernando y el magnate le preguntó acto contínuo:

—¿Estais dispuesto á abandonar la corte?

Un rayo que hubiese caido en medio de la estancia, no hubiera trastornado tanto como aquella inesperada salida al amante de doña Isabel. Imaginó que no habia oido bien las palabras que acababan de resonar tan tristemente en su corazon, y respondió maquinalmente:

—¡Si supierais qué feliz soy, padre mio! Voy á revelaros....

—Nada vais á revelarme, don Fernando, le interrumpió el duque con imponente acento. Preparaos á partir.

—¡A partir!..... esclamó el jóven con asombro. ¿No habeis dicho que.... ¿Habré escuchado mal?

—No: mañana saldreis para Italia.

—¡Ah!.... ¿Y qué he de hacer allí?

—Pudiera escusarme de contestaros, pero en gracia de la do-

cilidad, con que no dudo acatareis mis órdenes, quiero pecar de condescendiente. Ireis á Italia á hacer lo que hice yo en mis buenos tiempos. Escuchad. En 1717 consiguió vuestro abuelo que el rey don Felipe V me enviase al lado del marqués de Leyde; este general me hizo justicia y consultó conmigo los planes que habia formado para toda la campaña, empleándome al mismo tiempo en los mas peligrosos ataques. Le ayudé por mi parte á conquistar en dos meses el reino de Cerdeña, y luego á poner en desordenada fuga delante de Melazzo el ejército de Veterani, caudillo de los imperiales, que se rindió prisionero. Cuando sobrevino el conde de Merci con diez y seis mil alemanes, y nos obligó á abandonar á Melazzo y poco despues á Mesina, me mandó don Juan Francisco de Vera que cubriese la retirada; en aquellos encuentros fuí tres veces herido. El rey me llamó en 1732 para confiarme el mando de la espedicion al Africa y embestí una tras otra las plazas de Mazarquivir y de Oran, de las cuales me apoderé á viva fuerza. Volvieron los moros á la carga para recobrar sus fuertísimas ciudades, pero fueron batidos y escarmentados cruelmente, reconociéndonos desde entonces como dueños de sus presidios. La corte me recibió como se recibe á un héroe, y el infante don Cárlos quiso que mi ejército le acompañase á la conquista del reino de Nápoles: á nuestra llegada supimos que el conde de Vizconti fortificaba muchas plazas para oponerse á nuestros progresos, y resolví acometerle en su mismo campo atrincherado de Bitonto. Espantosa fué la mortandad del enemigo, y aquella victoria decidió la suerte del reino de Nápoles, en el que se proclamó rey á don Cárlos, mientras mis tropas entraban en Palermo, en Trampana y en Siracusa, destrozando á los austríacos en tres batallas reñidas. La Sicilia estaba libre de enemigos; mi ejército pasó á la Lombardía para encontrarlos y los persiguió con encarnizamiento. Próximo estaba á apoderarme de todo el pais, con el objeto de caer en seguida sobre las divisiones diseminadas de la reina de Hungría, cuando fuí relevado del mando, que se confirió al conde de Gages. Aquí teneis, don Fernando, lo que hice, y eso mismo quiero que hagais, aun cuando os paguen como me pagaron á mí.

—Siempre me dijisteis, padre mio, que el rey don Felipe os distinguia entre todos sus generales.

—En efecto, hízome grande de España y duque de Bitonto: despues..... me quitó el mando de las tropas, aunque á pesar suyo.

—Y ahora pretendeis.....

—Todos nos debemos á nuestro rey y á nuestra patria; pretendo que sigais mis huellas, que entreis en el ejército.

—¡Oh! No ignorais que dos hermanos mios se han cubierto ya de gloria, á pesar de su corta edad, en las filas del infante don Felipe.

—Es verdad, porque el paso de los Alpes y la toma de Castel-Delfin, de Dumont y de Coni son hechos prodigiosos; pero el desastre gloriosísimo de Plasencia me hace temer que vuestros hermanos hayan perecido, en cuyo caso debeis ir á reemplazarles.

—Señor, si no temiera faltar al respeto y á todas las consideraciones que os son debidas, me atreveria.....

—Atreveos á todo, don Fernando; os doy mi licencia.

—¿Y no os enojareis?

—No, por mi nombre, pues estoy considerando que nos conviene una franca esplicacion.

—En ese caso, perdonad que os pregunte si os cansan ya vuestros hijos.

—Sí, cuando no me obedecen.

—¿Teneis alguna queja de mí?

—Hasta ahora no, pero exijo vuestra salida de la corte.

—Sin duda os obliga á ello un motivo poderoso.

—Os he dado á conocer mi voluntad.

—Mas..... ¿no me descubrireis?.....

—Para mandaros, nada necesito descubriros.

—¿Y si mis razones os hacen variar de pensamiento?

—Hablad; pero no espereis convencerme, porque mi resolucion es irrevocable.

—Desechadla, señor, si no deseais mi muerte.

—¡Ah!.... ¿Tan desesperado estais?

—Al contrario; soy el hombre mas venturoso del mundo. Amo á una jóven virtuosísima, de ilustre linage, y ella.....

—Os ama tambien ¿no es cierto?

—Hay mas, señor; su madre aprueba nuestro cariño, y en vos consiste que sea mi esposa.

—Está bien; declaradme su nombre.

—Perdonadme; no estoy autorizado para hacerlo, hasta que....

—¡Bah! Locuras de la juventud. ¿Imaginais que por contentarlas desista yo de mi propósito?

—Señor..... no son locuras..... es una pasion profundamente arraigada en dos corazones.

—La olvidareis entre el estruendo de las armas.

—Al menos, padre mio, concededme una gracia.

—Os la otorgo, si no se opone á mis deseos. ¿Cuál es?

—Que antes de exijirme el cruel sacrificio de la ausencia, hagais una visita al doctor Pimentel.

—¡Cielos!.... ¡Le conoces!

—Él os dirá el nombre de mi amada y.....

—Silencio, don Fernando; acabo de ver á ese médico y partireis.

—¡Ah! ¡Persistís en esa idea, despues que os ha declarado.....

—Sí; por lo mismo que me ha declarado que esa jóven es hija de la infanta doña María Teresa; por lo mismo que tan ilustre señora me envia un generoso perdon; por lo mismo que me autoriza á solicitar para vos la mano de la hija del Delfin de Francia, tan pronto como don Cárlos de Nápoles, su hermano, apruebe este convenio; por todas estas razones, vais á poneros en marcha para reuniros con el ejército del infante don Felipe.

Don Fernando no podia comprender lo que el duque acababa de esplicarle; estaba como aturdido y al mismo tiempo aniquilado; ni aun tenia fuerzas para replicar, porque desde el cielo de sus esperanzas habia caido hasta el infierno de la desventura. Su padre leyó con una mirada la angustiosa situacion del jóven; compadecióse de él y añadió tristemente:

—Ignoro completamente por qué série de acontecimientos os encontrais en mi camino; no quiero saber de qué manera habeis

llegado á anudar esas fatales relaciones; pero tened en cuenta que don Cárlos de Nápoles es mi enemigo irreconciliable y que su hermana doña María Teresa me juzga delincuente, por causas que acreditan mi fidelidad al rey don Felipe.

—Padre mio, puedo aseguraros..... se aventuró á decir el amante de doña Isabel.

—¿Vais á repetirme las palabras del doctor Pimentel? ¿Vais á protestar por vuestro honor, que la infanta reconoce mi inocencia? Sois, don Fernando, demasiado jóven para sondear el laberinto del corazon de una muger.... Me ha perdonado, y eso os basta.... pero hay cosas que una muger nunca olvida, y doña María Teresa de Borbon siempre se acordará de un secreto horrible, secreto de Estado que yo conozco, y que empaña su honor y la memoria de Felipe V.

—Pero si así es, si os conserva rencor ¿por qué da su consentimiento para un enlace.....

—Porque el hijo del duque de Montemar honra mucho á una doncella ilegítima, sean quienes fueren sus padres.

—¡Oh! No conoceis á la infanta, señor.

—Conozco á la muger y á la madre.

El duque se reconcentró en sí mismo despues de pronunciar estas palabras; arrugóse su frente y pareció como que atormentaban su imaginacion nuevas ideas. El orgullo indómito de su ilustre raza se reveló en una sonrisa de despecho, y levantándose de pronto, como si le hubiese hecho saltar un resorte, esclamó con furia:

—¡Quién me dice que doña María Teresa no me prepara una humillacion! ¡Por qué no ha de aspirar á vengarse! Se ha dirigido al rey de Nápoles y éste..... ¡Oh! Seguro estoy de que si llego á pedir la mano de esa jóven, me la negarán..... ¡Qué afrenta para mi casa!.... ¡Y he de esponerme á ser el escarnio de la corte!.... Nunca..... nunca..... antes morir mil veces.

—Padre mio, gritó don Fernando fuera de sí, calumniais al rey don Cárlos, calumniais á esa ilustre señora.....

—¡Y osarás sostenerlo! repuso el magnate moderando el acento

de su voz. ¿Sabes lo que debo á ese rey? Pues hé aquí una prueba insigne de su gratitud. Ya te he hablado de la memorable batalla de Bitonto, que conquistó un ducado para la casa de Montemar y una corona para el infante de España. Don Cárlos fué jurado, porque mi ejército le allanó el camino del trono; despues que empuñó el cetro, limpié la Sicilia de enemigos para que reinase sin zozobra. ¿Qué sucedió? los generales de Luis XV operaban flojamente en la Lombardía con los alemanes; corrí á batirlos y destrocé dos divisiones de la reina de Hungría; pero al rey de Francia no convenian los progresos rápidos de nuestras armas victoriosas; ademas era aliado del rey de Nápoles..... esto os lo esplica todo. La Lombardía iba á caer enteramente en mis manos y los imperiales se consideraban perdidos, cuando me llegó una órden del rey don Felipe para que me presentase inmediatamente en Madrid. Don Cárlos me premió el servicio que le hice, dándole un reino; escribió á la corte de España, recomendando eficazmente al conde de Gages para que me sucediese en el mando de las tropas. Perdióse la Lombardía y tambien la ocasion de adquirir gloriosísimos timbres..... ¿Estais convencido de lo que puedo esperar? Don Fernando, no me repliqueis, y pues os hallais enterado de mi voluntad, cumplidla.

El duque, dicho esto, salió del gabinete y fué á encerrarse en su despacho.

El amante de doña Isabel se sentó delante de la mesa del gabinete, cogió una pluma y escribió lo que sigue:

«Cierta noche riñieron furiosamente á estocadas dos embozados en la calle de la *Sarten* de la villa y corte de Madrid; pocos instantes despues, los dos contrarios eran amigos. Uno de ellos se ausentaba el dia siguiente y ofreció al otro servirle de embajador, cuando tuviese necesidad de entenderse con su padre, respecto á una hermosísima jóven llamada doña Isabel. Esta necesidad ha llegado; el caballero que no se ausentó de la corte se ha entendido con su padre, aunque inútilmente, y hoy recuerda su promesa al que se fué, porque aquella promesa es su única esperanza.

» El que traza estos renglones asegura bajo su palabra de honor, que llegó á manos de la persona que debia recibirlo, el mensaje confiado á la amistad respetuosa de

DON FERNANDO DE MONTEMAR.»

Acto continuo y temiendo que el duque le sorprendiese, cerró con precipitacion el pliego y salió de la estancia y del palacio de su familia, encaminándose á la primera secretaría del despacho de S. M. para pedir al conde de Fuentes que remitiese su epístola al rey de Nápoles con las primeras comunicaciones oficiales que debian partir para dicho reino. El conde se lo prometió, y nuestro jóven, mas consolado por el refuerzo que no dudaba conseguir para contrarestar las terminantes órdenes de su padre, se retiró murmurando:

—Veremos ahora quién es mas fuerte. Haré como que salgo mañana de Madrid y permaneceré oculto durante el dia en una posada, hasta que me llegue la respuesta de don Cárlos. ¿Qué me importa estar encerrado de dia, si por la noche puedo dirigir amorosos suspiros á la que adora mi corazon? Vamos pues; me resigno con mi suerte en presencia del duque, preparo mi maleta de viaje y aviso á Gonzalo, para que me busque alojamiento lo mas cerca posible de donde mora doña Beatriz de Zúñiga. Cuando mi padre sepa que no estoy al lado del infante don Felipe, ya habrá vencido su repugnancia á mi enlace con doña Isabel la firme voluntad de don Cárlos; pasará la tormenta y todos seremos felices.

Discurriendo así, volvió á la calle de San Márcos para noticiar al duque que estaba pronto á obedecerle; mas no le encontró, porque habia recibido una órden de S. M. llamándole al Real alcázar. Hizo sin embargo sus preparativos, como para ausentarse de la corte apenas amaneciese, con el objeto de que así lo imaginasen los criados, y en seguida se echó por segunda vez á la calle, dirigiéndose hácia el *Postigo de San Martin* y casa del doctor Pimentel, en busca de Gonzalo, quien por su parte andaba que bebia los vientos, á fin de que la suerte le deparase de manos á boca al heredero de Montemar.

# CAPÍTULO XV.

Gonzalo echa el resto de su diplomácia y Mendo asusta á una dueña.

Á las veinticuatro horas de haberse llevado á efecto el rapto de la señora Marta, se presentó descaradamente el escudero de Pimentel en la taberna del *Raposo*. Audacia necesitaba en verdad para atreverse á tan comprometido lance, despues del chasco que acababa de dar á los satélites de Paco Ranera, encargados de apoderarse de la persona de doña Isabel; pero Gonzalo era hombre á quien no dolian prendas, y estaba ademas muy persuadido de esa máxima vulgar, que suele conducir á muchos inocentes al cadalso, á saber; que el que huye se hace reo. No quiso pues huir del peligro y entró en la taberna, seguro de sus ventajas sobre los mismos á quienes debia temer, y resuelto á averiguar, si hácia el lado de la calle de los *Tintes* contaba todavia con amigos ó con irreconciliables adversarios.

Paco Ranera se paseaba cabizbajo y pensativo por aquella sala interior que ya conocemos, y echábase de ver á tiro de ballesta que meditaba profundamente algun diabólico plan, porque se sonreia de un modo siniestro y amenazador, siempre que sus torvas miradas se dirigian hácia el mueble que ocultaba la puerta secreta. Al oir el ruido de los pasos del escudero, se detuvo en medio de la estancia; en seguida cogió el candalero de metal, que habia puesto sobre la mesa al entrar en aquella habitacion, y atizó con los dedos el cabo de vela de sebo que en él ardia. No tardó en reconocer al que llegaba y una especie de júbilo infernal iluminó su rostro.

El escudero cogió al vuelo, como suele decirse, las señales de tempestad que se anunciaban y se preparó al combate: su primer pensamiento fué saludar á Ranera, pero lo desechó al punto, porque semejante introduccion equivalia á una protesta de miedo ó de sospecha; propúsose pues ir derecho al bulto, y con el fin de provocar esplicaciones claras y terminantes, soltó una estrepitosa carcajada.

Tan inesperado arranque del hombre que le habia vendido, en el negocio del rapto de la doncella, desconcertó al tabernero, que se pasó la mano por la frente y cerró los ojos, como para darse cuenta de una hilaridad tan fuera de propósito. Mas ni una sola idea encontró en su cerebro, que le ayudase á descifrar el enigma, y lo único que alcanzó á sacar en limpio fué que aquel traidor, no contento con haberle engañado, comprometiéndole con el duque de Montemar que podria perderle, se burlaba de él y le escarnecia en sus barbas. Esta persuasion íntima se apoderó de todas sus facultades y le recordó al mismo tiempo el incontrastable poder que ejercia en la barriada, poder temible para el mismo que osaba desafiarlo, porque pocos como él conocian su estension.

Tranquilizóse con esto el gefe de los *Mendigos*, pronunciando allá en sus adentros la sentencia que debia vengarle en breve, y colocando el candelero sobre la mesa, se adelantó pausadamente hácia Gonzalo, que se reia á mas y mejor, y le dijo á media voz:

—Modérate, compadre, y sea cual fuere la causa de tu alegría, no olvides que pueden oir lo que hablemos.

—¿Quién diablos quieres que nos escuche á estas horas? repuso el escudero de Pimentel, á quien no engañaba la amistosa actitud de su interlocutor. Son las ocho y cuarto dadas, y no hay alma viviente en tu taberna ni en la calle.

—No importa, no importa, replicó Paco con una calma admirablemente fingida; los secretos son secretos y ni aun las paredes.....

—Ya..... pero ¿de dónde sacas que es un secreto lo que traigo?

—Mira, amigo *rezador*..... se me figura que no has venido á humo de pajas por estos barrios.

—Es verdad; he venido á reirme un rato contigo.

—Bien, bien, compadre; pero de nuestras risas pueden hacerse comentarios.

—¡Demonio! ¿Tienes escondido por ahí algun duende?

—Peor que duende, porque mete mas bulla que una legion de diablos, y todo para que le deje huir.

—¿Y tú?.....

—Yo..... nada he pensado todavia; pero me conviene que sea mudo.

—¡Vaya.....! vaya!..... ¿No es mas que eso? Punto concluido, porque te doy palabra de que el mozo secuestrado no hablará.

—¡Ah!..... Por fin has caido.....

—¿En que Mendo es tu duende?..... ¡Bah!

—Me alegro, *rezador*, me alegro, porque así hablarás mas bajo, para que no repita lo que oiga. Si al menos fuese criado del doctor Pimentel, callaria.

—Ya pareció aquello, murmuró Gonzalo entre dientes, y en seguida preguntó á Ranera:

—¿Cómo lo has sabido?

—No te lo ocultaré, le respondió su compadre; pero sentémonos, porque el asunto es largo y divertido.

—¡Já!..... ¡Já!..... ¡Já!..... ¡Y tan divertido como es! repitió el escudero.

—De modo que..... si no lo ignoras.....

—Eso no se opone á que tú..... sentémonos, sentémonos y cuéntamelo todo.

Acomodáronse sin ceremonia frente á frente en los bancos, apoyaron los codos sobre la mesa y el tabernero prosiguió así:

—Ya sabes que mis tigres desempeñaron anoche su obligacion con la puntualidad que acostumbran, y que no bien les entregaste la doncella..... la *doncella* ¿me entiendes?..... desaparecieron de la calle de la *Sarten*.

El *rezador* se sonrió malignamente y el otro añadió, como si no hubiese observado aquel nuevo insulto:

—La cita era el palacio del duque de Montemar y allá llevaron mis tigres á la doncella..... pues..... á la *doncella*: el duque la esperaba en su gabinete, y cuando entró en él medio desmayada y sostenida por sus conductores, corrió él á desembarazarla del manto..... Apuesto á que adivinas lo que encontró.

—¡Qué milagro! Encontraria lo que yo entregué á tus tigres.

—Ya suponia yo que no lo habias de negar.

—¡Yo!.... Pues bueno fuera; adelante..... adelante..... despues se tratará de eso.

—Corriente. El duque encontró efectivamente lo que has dicho, y sin encomendarse á Dios ni al diablo empuñó su baston de general y cayó sobre mis tigres como si fueran enemigos del rey, jurando que todos habiamos de ir á la horca. Ellos huyeron como almas que llevaba el demonio, sin cuidarse de la doncella, y vinieron por diferentes puntos á referirme el caso, asegurándome que el duque de Montemar se habia vuelto loco, porque Lucifer habia convertido á la doncella en bruja. Ya conocerás que yo no debia descuidarme y que necesitaba aclarar el misterio: mas como era tarde, lo dejé para hoy y despedí á los muchachos. En seguida me acosté para consultar el negocio con la almohada.

—¿Y qué mas?

—Esta mañana he examinado á Mendo.

—Has obrado cuerdamente. ¿Qué te ha dicho?

—Que se lava las manos; que en casa del doctor Cornejo no habia mas doncella que la señora Marta; que la señora Marta es la doncella que él se comprometió á entregar y que si no es la misma que mis tigres han llevado al duque, es decir, al caballero embozado que le habló, no tiene la menor duda de que Satanás en persona se ha metido en el enredo.

—Compadre Ranera, ese mozo discurre como un inquisidor.

—Sin embargo he puesto en su noticia, que el ama de llaves del doctor Cornejo es la doncella robada, pero no la que buscábamos, y que en compañía del doctor hay otra.

—¿Qué respuesta te ha dado?

—Que miente como un ladron y como un infame quien tal sostenga; que tal vez queria yo hablar de cierta jóven bellísima, que guarda con gran cuidado el doctor Pimentel.

—¡Ah! Ese mozo es un prodigio.

—Su observacion me ha abierto los ojos y me he convencido de que el duque se esplicó mal, ó que nosotros nos hemos equivocado. ¿Qué te parece?

—¡Bah!.... Que el duque se esplicó bien.

—Luego nosotros.....

—Hemos hecho lo que debiamos.

—¿Quieres atarme esos cabos, *rezador*?

—Luego, luego..... no corre prisa. Volvamos al mozo.

—¿Al mozo?

—Sí, á Mendo. ¿Por qué está encerrado?

—¡Y me lo preguntas! ¿Puedo soltarle despues de lo que ocurre?

—¿Pues qué ocurre?

—¡Ahi es nada! Mendo puede acusarnos de muchas cosas.

—De ninguna, compadre Ranera. Dirá que tuvo un encuentro, que rodó por la *Escalinata* y que le recojiste y curaste. Ademas servirá su presencia para que pongan en libertad al doctor Cornejo.

—Es que..... acto continuo tratarán los jueces de descubrir al asesino del *Gato*.

—¡Y qué!... Acuérdate, Ranera, de que convinimos ayer, en que el mozo volveria hoy á su casa.

—Bien lo pide á gritos.....

—Ea pues; despídele despues de encargarle el silencio sobre lo de la señora Marta y verás como se ata la lengua. ¿No conoces que le conviene callar, para que no salga á luz que ha recibido doscientos ducados?

—Conozco que todo lo compones perfectamente. Hágase pues como lo deseas; he dado mi palabra y no quiero faltar á la obligacion que me impone. El mozo saldrá de la taberna sano y salvo.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

Gonzalo meditó profundamente; las palabras que acababa de pronunciar el tabernero, *el mozo saldrá de la taberna sano y salvo*, resonaron como una amenaza de muerte en el fondo de su corazon. Iniciado en las prácticas secretas que ponia en juego el gefe de los *Mendigos*, para deshacerse de las personas que le estorbaban, se convenció de que Mendo no tenia que esperar misericordia y que Ranera intentaba sacrificarlo á su propia seguridad. Con el objeto de impedir aquel crímen y con el de convencerse tambien á punto fijo de lo que él mismo podia temer, preguntó á su compadre:

—¿Te parece á propósito que yo le acompañe hasta la puerta del doctor Cornejo?

Paco miró de hito en hito al escudero, como si quisiese penetrar con el pensamiento hasta su alma: una espresion diabólica de contento frunció en el mismo instante sus labios, y respondió al parecer con indiferencia:

—Si le acompañas, irá mas seguro, porque no hallará tropiezo en el camino.

—¿Es cosa convenida?

—Convenida.

—Perfectamente; eso echará tierra á todo lo demas.

—¿Quién lo duda? Así como así, Mendo me estorba y ya no

sabia qué hacer con él..... ya no nos aprovecha el tenerle secuestrado, y he agotado todos los pretestos que me ocurrian para no dejarle marchar. Váyase de una vez y quedaré tranquilo. El pobre diablo merece que le demos tan agradable noticia.

Y esto diciendo, se levantó con presteza é hizo ademan de acercarse al aparador; pero Gonzalo le obligó á detenerse diciendo:

—Es muy temprano, compadre, y olvidas que tengo que hablarte de otros asuntos importantes.

—¡Bah! respondió el tabernero; por esta noche todo está hablado.

—Te equivocas de medio á medio, insistió el *rezador*. Necesito esplicarte el sentido de mis carcajadas, que no habrán dejado de llamar tu atencion.

—¿Y qué esplicacion es esa? refunfuñó Paco, volviendo á sentarse de mala gana.

—La esplicacion se reduce á que, cuando un hombre como yo se muestra contento, su compadre Ranera tambien debe estar alegre; á que cuando un viejo *Mendigo* como yo hace juegos de manos y engaña á sus mejores amigos, dándoles gato por liebre, sus mejores amigos deben imaginar que ha obrado así en interés de todos. ¿Estamos?

—Nadie te acusa, *rezador*.

—¿No, eh?..... ¿Y aquello del rapto de la doncella..... pues..... de la *doncella*..... de la señora Marta, que me has referido con su correspondiente retintin?

—Vuelvo á decirte que nadie te acusa; tú no eres hoy de los nuestros, ni tienes obligacion de cumplir mis órdenes.

—Todos estamos en el deber de cumplir lo que ofrecemos. Si anoche no lo hice, si falté á mi promesa, si puse en manos de tus tigres una vieja endemoniada, en vez de entregarles una hermosísima jóven, mis razones y razones poderosas tuve. ¿Quieres oirlas?

—Como te plazca, *rezador*.

—Ceremonioso estás, compadre Paco, pero no importa; las

pondré en tu conocimiento, advirtiéndote, como por via de introduccion, que te interesa mucho.

—¡A mí!

—Tengo tu fortuna y la mia entre las manos.

—Algo es.

—¡Cómo! Apuesto á que te figuras que hablo así por disculparme.

—No juraré lo contrario.

—Basta, compadre; ni una palabra mas.... Queria hacerte rico; pero ya que sospechas de mí, no se abrirá mi boca. Anuncia á Mendo que le estoy aguardando, y mañana será otro dia.

Y el escudero, fingiendo incomodidad y desenfado, se levantó como para poner fin á la plática. Entonces tocó á Paco Ranera detener á su amigo. Dominado por la codicia, clavó en él sus ojos de hiena, y la esperanza de que acaso pudiera realizarse el sueño que revelaban las razones del antiguo *Mendigo*, cuya muerte habia decretado interiormente, hizo palpitar de alegria á su corazon.

—Me hiciste observar que era temprano, le dijo con afabilidad, y no ha transcurrido desde entonces un cuarto de hora. ¿A qué tanta prisa? Confíame tu secreto y si puedo ayudarte, será fácil que nos entendamos.

—Gracias á Dios, porque raciocinas como un hombre, refunfuñó el *rezador* dejándose caer en su asiento. Y así te diré sin circunloquios, que he dado con la pista de un magnífico negocio, que tú no has podido encontrar.

—Me confundes, compadre. ¿Qué negocio es ese?

—La madre de doña Isabel.

—Ahora lo entiendo menos.

—Ya lo entenderás poco á poco.

—Pero ¿quién es doña Isabel, cuyo nombre es la primera vez que se pronuncia entre nosotros?

—La jóven que debian robar tus tigres.

—Vamos, vamos..... ya voy viendo mas claro; la que, se-

gun afirma el pobre Mendo, tiene oculta en su casa el doctor Pimentel.

—Has acertado, lo cual debe convencerte de que nuestras noticias concuerdan.

—Y aseguras que la madre.....

—La madre y la hija se han reunido.

—¡Ah!.... Con que tú.... Pero vamos por partes..... ¿Qué madre es esa? ¿Cómo se llama?

—Todo lo sabrás, todo. ¿Crees que no tengo confianza en tí? La madre vivia retirada en la calle de la *Sarten*. ¿Lo comprendes?

—¡En la calle de la Sarten!

—Sí; enfrente del doctor Cornejo.

—¡Qué casualidad!..... Y mis tigres iban á robar á su hija de casa del doctor Cornejo, para ponerla en sus brazos.....

—Poco á poco; acabas de incurrir en una pequeña equivocacion, que es necesario rectificar.

—Pues me parece.....

—Tus tigres no debian entregar la hija á la madre; estaban encargados de conducirla al palacio del poderoso duque de Montemar.

—Ciertísimo; pero éste.....

—Este..... no sabemos lo que hubiera hecho de ella.

—¡Cómo!.... ¿No es su padre?

—No.

—¡Por los cuernos de Satanás!..... ¡Eh!.... Vamos..... será su amante.....

—Tampoco.

—Mas..... el hecho es que él buscaba á la niña para la madre.

—O acaso para sí.

—¡Pícaro vejestorio!..... ¿Con que se ha metido á seductor?... ¡Bah! Lo fuerte para mí es que me ha engañado completamente.

—Nos ha engañado á todos, compadre Ranera.

—¿Estás seguro?



—¿Y por qué otro motivo habia de contrariar yo sus planes?

—Con todo..... es hombre que paga bien las comisiones que encarga.

—Otros pagarán mejor.

—Veamos ahora cómo te manejaste.

—¿No quedamos en averiguar el paradero de doña Beatriz de Zúñiga? Recuérdalo bien.

—¿Quién es doña Beatriz de Zúñiga?

—No te hagas el sueco..... ¿Quién ha de ser? La madre.

—¡Ah!..... Sí; nos propusimos que la madre constituyese para la asociacion un segundo negocio, pero vas embrollando de una manera las cosas, compadre *rezador*.....

—Decia que no bien llegó á mi noticia la morada de la madre, imaginé una asombrosa estratagema para jugársela al duque, calculando que si por mí mismo realizaba lo que él habia jurado que se proponia, seria mucho mayor la recompensa. No tenia tiempo que perder, porque tus tigres estaban dispuestos á obrar, y á poco que yo me descuidase, podian llevarse la niña al palacio del duque.

Al llegar aquí Gonzalo se anubló el semblante de su interlocutor, que no se dejaba convencer fácilmente. Púsose pensativo, se pasó la mano por la barba, como para evocar algun recuerdo confuso, y dijo mirando con intencion al escudero:

—Si la memoria no me engaña, *rezador*, me afirmaste que esa jóven vivia en casa del doctor Cornejo. Es así que no vivia..... luego no debias temer que mis tigres la robasen.

—Tu razonamiento es lógico, compadre Ranera, pero no resiste á la verdad de los hechos.

—¿Y esa verdad?

—Escucha. Doña Isabel estaba en compañia de la esposa del doctor Cornejo; ayer, apremiado por las circunstancias y para que el duque no lograse sus intentos, la saqué de aquel depósito; á la hora convenida contigo, volví á la calle de la *Sarten*, entré

en casa del doctor y dije á la señora Marta que Mendo no habia perecido, como se creia, y que si queria salvar á su amo, me acompañase á ver al juez. El ama de gobierno no se hizo repetir dos veces el consejo, dió gracias á Dios y á la corte celestial por tan inesperada y alegre nueva, y tapujándose con su manto negro, me siguió. Ofrecíla mi brazo en la escalera, y como temblaba de emocion y de júbilo, se aferró á él con furia; bajamos..... tus tigres habian acudido puntualmente á la cita; hicieron presa en la señora Marta, y..... ya sabes el resto.

—¡Bravo, *rezador*!.... ¡Bravísimo!.... Mas.... ¿cómo sostiene Mendo que la niña en cuestion vive en casa de Pimentel?

—Porque el imbécil ignora, que cuando el doctor Pimentel pasa la noche fuera de la suya, confia la jóven á su amigo. Ese mozo no se halla al corriente del secreto.... Doña Isabel es de sangre ilustre.

—¡Hola!

—De sangre mas ilustre que el duque de Montemar.

—Mejor..... mejor..... pero lo que importa es nuestro negocio.

—Nuestro negocio está en la mano, supuesto que doña Isabel se casa.

—¡Vaya una historia! Yo hablo del negocio de la madre.

—Ha fracasado, por lo que toca á moneda corriente.

—¡Ira de Dios! ¡Y estamos aquí charlando por puro vicio con la esperanza de medrar, para que esa esperanza desaparezca como el humo!

—Cepos quedos, compadre Paco. Doña Isabel va á casarse con un apuesto galan, que no hay mas que pedir; y ese galan es todo mio, porque he terciado en sus amores.

—¡Pero la madre! ¡La madre!

—Calla, por la Vírgen.

—No..... no callaré. Has cometido una torpeza de marca mayor. ¡Entregarle su hija, sin estipular condiciones!

—Tú hubieras hecho lo mismo, al saber positivamente.....

—¿Qué?

—Que la madre, que doña Beatriz de Zúñiga se llama doña María Teresa de Borbon, infanta de España.

—¡Santos del Paraiso! gritó Ranera, echándose hácia atrás, como herido por un rayo.

—Y ahora convendrás, añadió el *rezador*, anunciando su triunfo con una sonrisa, que cuando se trata de servir á la hermana del rey nuestro Señor, no se pueden imponer condiciones.

—¡Oh! Con tal que se muestre agradecida.... murmuró el tabernero, que no habia vuelto en sí de su asombro.

—Agradecida se mostrará. Mas..... ¿no deseas oir el nombre del novio de su hija?

—Sí, pronúncialo.

—Don Fernando de Montemar.

—¡De Montemar!

—Hijo primogénito del duque.

Ranera se puso en pié de un salto y Gonzalo prosiguió diciendo:

—Hé ahí la clave de mi conducta. Don Fernando y doña Isabel se amaban y yo he hecho de modo, que el primero descubra el paradero de la madre y le entregue su hija. Esto nos valdrá proteccion y sendos ducados.

—¿Me lo juras? le preguntó Ranera.

—Te lo juro, contestó el escudero, cuya refinada trastienda habia sabido despertar la codicia insaciable del gefe de los *Mendigos* y librarse de su venganza.

—Bien está, dijo el último; pero supongo que habrá un plazo.

—¿Para la proteccion?

—Para los ducados, que debemos conseguir.

—Es que la proteccion es la vida para nosotros.

—¿Cómo así?

—Porque es imposible que convenzas al duque de Montemar, de que no le has engañado.

—Ya me ha ocurrido que pensará en vengarse de mí.

—Pero ignoras el medio de sustraerte á su venganza.

—Confieso que es malísimo negocio.

—No hay tal: si el duque te persigue, te protejerá el rey.

—¡El rey!

—Pues es claro. ¿Qué podrá negar S. M. á la infanta? ¿Qué podrá negar la infanta á su hija? ¿Qué podrá negar su hija á don Fernando? ¿Qué podrá negar don Fernando á este pobre pecador, que le ha hecho feliz?

—Perfectamente: se me figura que por ese lado no hay que temer; ademas, si don Fernando nos proteje.....

—Dalo por hecho.

—Es de creer que olvide su padre lo mal que se le ha servido.

—Mucho me agrada que discurras con tanta filosofía, compadre Ranera.

—El caso es.....

—¿Qué?

—Que mas me agradaria á mí tener en la mano las ganancias, que hace poco indicaste.

—Las tendrás dentro ocho dias, á mas tardar.

—¿Es una promesa, *rezador*?

—Es una seguridad, como pocas.

—Vengan esos cinco.

—Con gusto, Paco, porque atiendes á razones.

—Mira, *rezador*; es verdad que no estaba muy satisfecho de tí, pero me has tranquilizado con tus esplicaciones. ¿Qué de he hacer ahora?

—Nada: esperar.

—Y por el lado de ese doctor Cornejo..... ¿habrá peligro?

—Ninguno, con tal que yo acompañe á Mendo hasta su casa.

—Cuando dispongas, le daremos suelta.

—Ahora mismo.

Los dos amigos se dirigieron al aparador; este se separó de la

pared al primer esfuerzo de Ranera, que entró en el zaquizamí de Mendo y Gonzalo esperó. Pocos minutos despues salieron el tabernero y el mozo.

—Vamos, vamos, amiguito, le dijo el *rezador*, tocándole amistosamente en el hombro. Bien puedes dar gracias á Dios y á este honrado vecino, que te deparó la suerte al pié de la *Escalinata*. ¡Ahi que no es nada lo del ojo y lo llevaba en la mano! ¡Rodar mas de cuarenta escalones de piedra berroqueña y quedar con vida! Decididamente puedes contar que te ha protejido la Providencia.

—¡Vos por estos andurriales, señor Gonzalo! esclamó el criado de Cornejo, despues de haber reconocido al escudero de Pimentel.

—¿Por qué te admiras? le contestó éste. He venido á buscarte.

—¡Ah! Luego habeis sabido mi desgracia.....

—¡Toma! Pregunta al que tan caritativamente te ha curado.

—En efecto, observó Ranera; en cuanto me dijiste á quien servias, hice que avisaran, pues como era regular.....

—Y el que llevaba el aviso para tus amos tropezó conmigo y me enteré de tu desgracia, le interrumpió el escudero.

—Y entonces volasteis.....

—No; te equivocas..... entonces dije á la señora Marta que me acompañase á casa de cierto alcalde de casa y corte.

—¡Jesús me valga! ¿Con qué objeto?

—Con el de asegurarle que vivias.

—Ya.... ya.... ¿Con que se figuraba el buen hombre.....

—Que habias muerto asesinado.

—¡Asesinado!..... ¿Pero está loco ese alcalde?..... ¡Ah! Lo entiendo..... lo entiendo..... Sin duda los corchetes me verian luchar á brazo partido con el hombre que me acometió en lo alto de la *Escalinata*, y como luego caí rodando.... Mas ¿por qué no acudieron á valerme?

—No tiene pizca de sentido comun lo que ensartas, amigo Mendo: el caso es otro.

—¿Y no puedo saberlo?

—¿Quién lo niega? Parece que antes de anoche, si no estoy equivocado, se hizo una muerte por los alrededores de la calle de la *Sarten*, y como tú habias desaparecido.....

—¡Já!.... ¡Já!.... ¡Já!.... ¡Já!.... Pues no se llevó mal chasco la señora Justicia.....

—No te rias, Mendo, pues hay quien padece por tu causa.

—¡Demonio!..... Lo único que resta es que hayan preso á mi asesino.

—Así lo cree el alcalde de casa y corte.

—¿No lo dije?..... ¿Y quién es el pobre paciente?

—El doctor Cornejo.

—¡Mi amo!..... ¡Eh!..... Os burlais de mí.....

—Repito que el doctor Cornejo está en la cárcel y que se le acusa.....

—¡Vírgen Santísima de la Almudena! ¿Y qué hacemos nosotros aquí, señor Gonzalo?

—Bien, bien, amigo mio; esos sentimientos son muy nobles, pero escucha el fin de la historia. Fuí, como has oido, á buscar á la señora Marta..... eran las ocho de la noche y salimos á la calle, sin que doña Mencia supiese.....

—Eso no hace al caso; acabad pronto.

—Pues señor..... salimos.

—Salisteis..... salisteis..... ¿qué mas?... Hablasteis al juez.....

—¡Cá!.... Si no llegamos á su casa.....

—¿Por qué?

—Porque cuatro hombres desalmados se nos echaron encima, y apoderándose de la señora Marta la metieron en un coche, que partió al punto como un torbellino. Yo me quedé como viendo visiones y despues corrí..... ¡Bah!.... ni sombra.... Entonces discurrí que el mejor medio de convencer al juez, sobre la inocencia de tu amo, era presentarte tú mismo.



—Por los clavos de Nuestro Redentor..... quién es él?
—El aparecido..... el aparecido.....

—Se entiende y ya estamos aquí de sobra. ¡Pobre señora Marta!.... ¡Quién la habrá robado!

—Satanás indudablemente, pero todos los demonios del infierno habrán criticado su mal gusto, y el príncipe de las tinieblas la devolverá á la calle de la *Sarten*.

Gonzalo caminaba sobre seguro al esplicarse así, y la primera persona que se ofreció á las miradas de Mendo, cuando éste subió las escaleras de la casa en que servia, despues de haberse despedido en la puerta del escudero de Pimentel, fué el ama de llaves. Al reconocerle ésta, lanzó un grito espantoso y huyó despavorida á guarecerse en la estancia de la respetable esposa del doctor. Doña Mencia rezaba á la sazon sus devociones y se asustó con aquel grito y aquella fuga, que le anunciaban nuevas desdichas, en tanto que la señora Marta repetia con tembloroso acento y dando diente con diente:

—¡Le he visto!.... ¡Le he visto!.... Somos perdidas.... ¡Misericordia!....

—¡Dios mio!.... esclamó la matrona santigüandose. ¿Por qué correis así?

—Porque le he visto.... porque le he visto..... es él.... ¡Qué va á ser de esta casa con tanto desastre!

—¿Pero á quién habeis visto, señora Marta?.... Por los clavos de nuestro Redentor ¿quién es él?

—El aparecido..... el aparecido....

—¡Jesús!.... ¡Jesús!.... ¿El aparecido, decís?....

—El mismo.... sí, señora..... Mendo, que viene del otro mundo para..... Ahí está.... Ahí está....

Y era cierto. El mozo se adelantaba, no sin burlarse del terror de aquella muger, que no queria escuchar sus razones, prefiriendo alborotar la vecindad con sus gritos. Al fin fué mas dichoso con doña Mencia, que no tardó en comprender la verdad, en vista de las esplicaciones terminantes sobre todo cuanto le habia ocurrido; y aunque la señora Marta se mostraba rebelde, no pudo menos que ceder ante la evidencia, confesando por último que el criado del doctor era una criatura de carne y hueso.

Aquella misma noche se presentó Mendo al juez de la causa contra su amo, y despues de haberse identificado su persona á la mañana siguiente, fué puesto el señor Cornejo en libertad.

En cuanto al alcalde de casa y corte, solo podemos asegurar que se encontró con un muerto, levantado por sus alguaciles entre la esquina de la calle de la *Sarten* y la plazuela de las *Descalzas Reales*; pero aquí hacian punto sus descubrimientos. La inocencia del doctor le habia desorientado completamente.

# CAPÍTULO XVI.

Nuestra historia exije la aparicion de tres nuevos personages.

Muerto el rey don Fernando, restaurador de nuestro crédito y de las verdaderas glorias nacionales, (1) todas las miradas, todos los pensamientos de los españoles se fijaron en la corte de las Dos-Sicilias. Grandes eran y suntuosos los preparativos que en Madrid se hacian para recibir al rey don Cárlos, *tercero* de este nombre, á quien el testamento y espresa voluntad de su hermano

(1) «La decidida inclinacion de Fernando VI á la paz, que logró conservar á toda costa durante su reinado, pusieron el Erario en un estado floreciente, y aun se conserva la tradicion vulgar de que en su tiempo hubo que apuntalar la Tesorería. Con estos recursos pudo ocuparse de la construccion del palacio nuevo de Madrid, (levantado en el lugar que ocupaba el antiguo alcázar) y que es el monumento mas grandioso y de mayor gusto, que hay en su género en toda la Europa. Tambien fundó la Academia de Nobles Artes de San Fernando, destinada á promover el estudio de la pintura, escultura y arquitectura; el Jardin Botánico, con clases en que se enseña la botánica; el magnífico convento de las Salesas; las carreteras de Reinosa y Guadarrama; el canal de Castilla, etc. etc.» V. y P. *Elem. de Hist. Univ. parte* 3.ª, *pág.* 480.

llamaban al trono; justa recompensa que el cielo habia reservado para aquel, cuya fidelidad y generosa abnegacion habian sabido conservar la corona en las sienes del legítimo sucesor de Felipe V, desbaratando con su energia las maquinaciones fraguadas en su propio provecho. Los magnates esperaban impacientes al nuevo soberano para ingerirse en su gracia; los pueblos, siempre desconfiados, aun cuando tenian noticia, nada exajerada, de las virtudes y del probado talento del rey de Nápoles, anhelaban presenciar sus primeros actos para juzgarle, participando del regocijo general que su venida á España, en un plazo muy corto, iba esparciendo en todos los corazones.

No bien recibió don Cárlos la infausta nueva que ponia en sus manos el cetro de Isabel la Católica y de Cárlos V, cuando llamó á su hijo tercero el infante don Fernando, para declararle que ya era rey de las Dos-Sicilias. Sumido su primogénito don Felipe en las tinieblas de la mas dolorosa estupidez, incapaz por lo mismo de gobernar un estado, debia permanecer en Nápoles, y el infante don Cárlos Antonio, quien con arreglo á los últimos tratados no podia reinar en las Dos-Sicilias y en España, recibió las órdenes convenientes para acompañar á su padre á la península, como príncipe de Asturias.

El dia 7 de octubre de 1759 salió don Cárlos de la ciudad de Nápoles, en compañía de su esposa María Amalia Walburg, de su hijo y sucesor al trono y de toda la real familia. El viaje fué próspero y el 17 del citado mes, de inmenso júbilo para los habitantes de Barcelona, por la llegada de tan ilustres huéspedes á su puerto. La poblacion entera se entregó espontáneamente á demostraciones de la mas pura y estrepitosa alegría, para festejar á su deseado conde y ya querido monarca; y éste, agradecido á las pruebas de adhesion y de afecto que recibia de los valientes y fieros catalanes, resolvió señalar el principio de su glorioso reinado con actos de bondad, de clemencia y de amor á sus súbditos. Sabido es que le sublevacion de 1640 y la guerra de sucesion habian sido causas de que los catalanes perdiesen muchos de sus

privilegios. (1) Don Cárlos se los confirmó, mereciendo su magnanimidad las bendiciones de aquellos industriosos pueblos.

Era la noche del 9 de diciembre y toda la poblacion de Madrid se habia echado á las calles. Numerosos grupos llenaban la plaza de palacio y todas sus avenidas, repitiendo á voz en grito los vítores al rey, que desde las diez de la mañana resonaban sin cesar por la coronada villa. Vistosas iluminaciones, arcos de triunfo, preciosas colgaduras, toros, fuegos artificiales, nada habian escaseado los madrileños para recibir dignamente al augusto sucesor de Fernando VI, y aun en la calle *Mayor* hubo *rua* por la tarde, lo cual solo acontecia en las mas solemnes ocasiones.

---

(1) «Las tropas reales, que habian conquistado á Salsas, tomaron cuarteles de invierno en Cataluña, y su licencia acabó de exasperar á los habitantes, poco satisfechos de la administracion del conde-duque. Olivares trató de suspender sus privilegios y mandó el rey que se armasen seis mil catalanes con destino á Italia, imponiendo además al Principado una crecida contribucion. Cataluña envió á la corte dos diputados para que espusiesen sus quejas y fueron presos. No bien se supo esta novedad, cuando Barcelona en masa dió la señal de la sublevacion, á la cual respondieron la mayor parte de las poblaciones, sacrificando á los castellanos que habia en ellas.» *Rápida ojeada sobre la guerra de Cataluña por D. L. R. de Montoli. Cap. XV. pag.* 201.

«Coadyuvó tambien á esta insurreccion lo exasperados que estaban los ánimos de los catalanes, por las continuas vejaciones que sufrian de las tropas que transitaban, y la imprudencia con que procedió el conde-duque de Olivares, exijiendo que las mantuviesen totalmente á su costa, sin atender á los privilegios que gozaban, siendo por esta causa víctima de una sublevacion popular su virey el marqués de Santa Coloma. Sucedió á éste en el vireinato el marqués de los Velez, que al frente de un lucido ejército, no les dió lugar á que recibiesen los auxilios que habian pedido á Francia y esta les habia prometido, viéndose por lo tanto reducidos al mayor apuro. No obstante, se declararon independientes, y con los socorros que despues les remitió el monarca francés, sostuvieron por doce años una continua y porfiada lucha, hasta que finalmente pusieron término á ella los valerosos caudillos marqués de Mortara y don Juan de Austria, apoderándose de Barcelona en 1652.» *Ran. Comp. de la Hist. de Esp. pág.* 401 *y* 402.

Las dos autoridades que citamos echan por tierra todos los sofismas de algunos historiadores poco escrupulosos y bastante osados para afirmar que los catalanes, los aragoneses, los vizcainos y los navarros se negaban á sostener las cargas públicas, y que los castellanos solos combatian por toda la nacion, prodigando sus bienes y su sangre. Lo que hacian aquellos pueblos era defender sus privilegios, esto es, las *condiciones*, con que se habian incorporado á la corona de Castilla.

*El autor.*

Apartémonos de la algazara y del bullicio popular, con que era saludado el nuevo rey, y sigamos las huellas de un caballero, que abriéndose via entre la multitud, ha conseguido atravesar, no sin trabajo, la parte menos peligrosa de la que hoy conocemos por *Plazuela de Oriente*, y que era entonces y ha sido hasta nuestros dias, en invierno un barrizal intransitable y un basurero en verano. Nuestro desconocido torció á la izquierda, (á la izquierda suya se entiende, pues al parecer salia del Real alcázar) precisamente en el mismo sitio que hoy ocupa el *Teatro Real*, y apretó el paso al entrar en la cuesta de *Santo Domingo*. Iba embozado, porque la noche estaba fria y era fácil observar que no deseaba ser espiado en su carrera, pues bien podia llamarse así la precipitacion con que caminaba, ya que de vez en cuando se volvia para examinar si le seguian de cerca. Apenas hubo llegado á lo alto de la cuesta, se detuvo para respirar; pero cinco segundos despues enfilaba la calle de *Torija*. Allí moderó el paso, y este cesó de todo punto delante de un imponente edificio de piedra, que forma el ángulo con dicha calle y la prolongacion de la del *Reloj*, que hoy es costado del famoso sitio *las Vistillas del Rio*, donde se alza el convento de religiosos calzados de San Agustin, fundado en 1590 por *doña María de Córdoba y Aragon* y convertido, despues de grandes vicisitudes, en *Palacio del Senado*.

Penetremos ahora en el edificio de piedra, monumento sombrío, en cuya fachada no se veian señales del general regocijo, que animaba á toda la poblacion. En una sala cuadrada y de techo abovedado, á la cual comunicaba opaca y triste claridad la vacilante luz de dos bujías de cera verde, que ardian delante de un Crucifijo colocado sobre una mesa de figura octógona, se paseaba un sacerdote, rezando al parecer el rosario con tranquilidad perfecta, supuesto que sus labios se movian casi imperceptiblemente como si murmurasen oraciones, sin que el menor síntoma de desasosiego anublase con una sombra las pronunciadas líneas de su rostro. Por lo demas, la sala de que acabamos de hacer mencion era la primera que se veia, despues de la puerta anterior de entra-

da del piso principal de aquel edificio, terrible para muchos por los recuerdos lúgubres que su destino imprimia en las imaginaciones; pero se comunicaba por medio de dos puertas secretas con otras muchas habitaciones, dependencias, calabozos, subterráneos y salas de tormento, en las cuales ya no se representaba sino muy de tarde en tarde ninguno de los dramas jurídico-religiosos del tiempo de Isabel *la Católica*, Cárlos II *el Hechizado* y Felipe IV, apellidado *el Grande* por un ministro adulador, que halagaba sus vicios. Verdad es que durante estas épocas, el teatro de aquellos dramas era otro.

En efecto, el *Supremo Tribunal de corte*, ó sea *Consejo Supremo del Santo Oficio* se hallaba situado todavía, en los últimos años del siglo XVI, en las primeras casas de la acera derecha de la calle de la *Inquisicion*, que ya perdió este nombre, segun se entra en dicha calle por la plazuela de *Santo Domingo*. Poco despues se trasladó al edificio de la calle de *Torija*, aunque las cárceles del tribunal continuaron siempre en el antiguo, hasta que en los dias 7, 8 y 9 de marzo de 1820 las forzó el pueblo amotinado y quedó la Inquisicion suprimida.

Paseábase pues, como hemos indicado, un sacerdote por la sala de recibo del caseron de piedra, en cuya portada se leia este lema temible, *Exurge domine et judica causam tuam*, cuando abriéndose sin ruido la puerta de comunicacion con la escalera principal, dió paso al caballero embozado, á quien hace poco hemos visto dirigirse apresuradamente desde el Real alcázar hasta la calle de *Torija*. El sacerdote al parecer le esperaba, porque se detuvo al verle y le dijo en voz baja:

—Por fin habeis llegado; mucho he temido tener que aguardaros toda la noche

—¿Qué quereis, señor don Cosme? contestó el caballero desembozándose, descubriéndose é hincando la rodilla ante la imágen del Salvador crucificado. El rey nos ha tenido hasta ahora como en prensa, haciéndonos mil preguntas.

—¡Preguntas! repuso don Cosme admirado. ¿Empieza á ser curioso desde el primer dia? ¿Pues qué quiere saber?

—Todo lo que se relaciona con las necesidades de los pueblos y con la administracion de justicia.

—Esas son vejeces, marqués; hasta ahora, gracias á Dios, nunca ha faltado justicia en España, y por lo que toca á los pueblos, *la Suprema* tiene buen cuidado de que todos sigan por el buen camino. Ea; veamos lo que observasteis en el nuevo monarca.

—Asegura que arrancará de raiz todos los abusos.

—Ya..... ¿Y qué abusos son esos?

—No los ha espresado.

—¿Qué mas?

—Ha dispuesto traer del estrangero grandes acopios de granos, á fin de que se distribuyan para la siembra de Andalucía, el reino de Murcia y las dos Castillas, arruinadas de resultas de la grande escasez.

—Eso honra sobremanera la prevision de S. M. Adelante, marqués, adelante.

—Tambien ha mandado que se perdonen á los pueblos sesenta millones de reales, que están debiendo á la corona.

—Marqués, me dejais atónito con tan alegres nuevas. Decididamente es don Cárlos un príncipe liberal.

—No se ha mostrado menos generoso con los Grandes del reino.

—¡Ah!.... ¿Con que tampoco los olvida?

—Al contrario. Reconoce los grandes servicios, que la nobleza española tiene prestados á su padre Felipe V y á su hermano Fernando VI, y llueven ya las recompensas.

—Es decir que debo felicitaros.

—¿A mí?

—¡Eh!.... La modestia á un lado, marqués, y sepa yo al punto la gracia que habeis recibido.

—Ninguna, amigo y señor don Cosme; ninguna.

—Imposible.

—Como os lo aseguro.

—Eso no importa; la recibireis.

—No la espero.

—¡Oh!.... ¿Ha de desentenderse don Cárlos de que sois sobrino del Inquisidor mayor?

—A propósito de mi tio, debo manifestaros que el rey le ha mandado callar dos veces.

—¡Ah!..... ¿No estais soñando?

—Cuando os lo afirmo.....

—Pero es una cosa tan inaudita, marqués.... ¡Mandar que calle el Inquisidor mayor!

—Y dos veces, don Cosme, dos veces.

—Vamos; referidme tan estraño lance.

—Nos hallábamos reunidos en la cámara Real, y preguntaba don Cárlos al duque de Montemar.....

—¿Con que ese magnate estaba allí?

—¿Por qué no? Estaba en cumplimiento de su deber.

—Es que.... se me figura que el último soberano de Nápoles no es santo de la devocion del duque.

—¡Bah! Con eso dais á entender que no conoceis la corte. Muchos habria hoy en ella que.....

—Adelante, adelante. Estábamos en que el rey preguntaba al vencedor de Bitonto.....

—Le preguntaba si los generales de las órdenes religiosas se mezclan mucho en los negocios del gobierno temporal.

—¡Hola!.... ¡Hola!.... Pregunta es de marca, y no hay duda de que revela muy prudentes intenciones. Veamos lo que respondió el duque.

—El duque, don Cosme, no tiene pelo de bobo y se contentó con dirijir una mirada á mi tio.

—¿Y vuestro tio entonces, marqués?

—Tomó la palabra para hacer presente á S. M., que no debia hablarse de asuntos concernientes á la religion en aquellos momentos; pero el rey le interrumpió diciéndole entre severo y afable: —Señor Inquisidor mayor, solo me he dirijido al duque

de Montemar, y solo el duque de Montemar debe contestarme. Callad pues, hasta que me digne consultaros.

—¿Y obedeció vuestro tio?

—No por cierto; volvió á la carga.

—Era justo que saliese en defensa de los fueros de su dignidad.

—Así lo hizo, pero don Cárlos no le dió tiempo para que se esplicase, y murmuró mirándole fijamente: —Ya trataremos de ese punto, señor Inquisidor mayor; estoy enterándome de la administracion que hasta aquí se ha seguido en el reino, y conviene que calleis, si ha de haber paz y buena armonía entre nosotros.

—Vaya..... vaya..... la indirecta no podia ser mas terminante. ¿Qué ha sucedido despues?

—Nada, sino que el Inquisidor mayor no ha vuelto á despegar los labios.

—En lo cual ha obrado con gran cordura, como tiene de costumbre en los mas difíciles negocios.

—¿Con que os parece que el caso es de consecuencia?

—De consecuencia y de consecuencias. ¿Qué opinais vos, marqués?

—Yo..... pschè..... algo dá que sospechar ese prurito de hacerse amigo del pueblo.....

—No vais equivocado; ni hay rey en el mundo que perdone sesenta millones de reales, sin proponerse la realizacion de algun plan importante.

—Lo mismo exactamente imagino yo, señor don Cosme.

—Don Cárlos nacesita sin duda alguna un apoyo muy fuerte para llevar á cabo sus intenciones, y se ha acordado del pueblo.

—¿Qué se propondrá?

—De ningun modo humillar á la nobleza.

—¿Por qué lo decís?

—Porque se muestra generoso, otorgando mercedes á los grandes Señores.

—Es verdad. De modo que no sabemos á punto fijo.....

—Lo cual significa que sospechais al menos.....

—¿Por qué he de negarlo? Sospecho, don Cosme, y permita Dios que no acierte.

—Sepamos pues las ideas lúgubres que os inspira la conducta del rey.

—Lo que hoy ha pasado con el Inquisidor mayor me hace creer que.....

—Marqués, no os detengais.

—Que don Cárlos abriga en su ánimo prevenciones contra el Santo Oficio.

—Con todo, es indudable que en Sicilia ha respetado sus fueros.

—Ello dirá, señor don Cosme; ello dirá.

—Se me figura que vuestro celo os presenta un peligro que no existe, porque el monarca mas poderoso de Europa se estrellaria contra nuestro poder, si intentase cercenar las inmunidades del Tribunal de la Fe.

—Es posible que yo me equivoque al apreciar las circunstancias; en tal caso, comunicadme vuestros propios recelos. ¿Contra qué institucion imaginais que se dirigen los tiros del rey?

—Respondedme antes á otra pregunta.

—Hablad.

—¿Quiénes son los Grandes, á quienes don Cárlos ha dado hoy pruebas mas señaladas de su benevolencia?

—Al duque de Montemar y á su hijo.

—No estraño que el primero alcance mercedes sin cuento, porque su espada conquistó el trono de Nápoles. Por lo que toca á su primogénito don Fernando, ignoro cuales sean los servicios que le dan derecho á tanta honra.

—Acaso los de su padre.

—Discurrís bien, marqués, eso será y vamos á otro asunto. ¿En dónde quedaba el Inquisidor mayor, cuando salisteis del alcázar?

—Ya sabeis que mi tio no abandona fácilmente una partida.

—¡Ah!..... ¿Permanece allí?

—Allí permanece, despues de haberme prevenido que con toda diligencia viniese á esperarle en este sitio.

—Bien, bien, le esperaremos, porque nos comunicará noticias interesantes.

A este tiempo se abrió la puerta y asomando un familiar de la casa la cabeza, dió á entender con un gesto que esperaba permiso para esplicarse.

—¿Qué ocurre? le preguntó el sacerdote.

—Para el señor fiscal mayor de la *Suprema*, contestó aquel hombre adelantándose, haciendo una profunda reverencia á don Cosme y entregándole una carta.

Recibióla éste, acercóse á la mesa y rompiendo el sobre de la misiva, la leyó para sí. En seguida dijo al marqués:

—Pasemos á la sala del tribunal, y en ella esperaremos mas cómodamente al Inquisidor mayor.

Hiciéronlo así y el familiar les siguió á respetuosa distancia. Don Cosme abrió una de las puertas secretas y precedió al marqués por un largo corredor perfectamente alumbrado, que los condujo á un vasto salon, de cuyas paredes pendian rollos de cuerdas, escalas, garfios, palancas, cuñas, correas, disciplinas de aceradas puntas y otros muchos instrumentos de aplicacion terrible y demasiado conocida. En medio de la estancia habia un enorme potro con todos los útiles necesarios, para llevar hasta un estremo increible de crueldad las dolorosas operaciones á que se le destinaba.

Don Cosme, el marqués y el familiar atravesaron el salon y el primero empujó una puerta, que volvió á cerrarse despues de darles paso. El nuevo aposento en que entraron era la sala del tribunal de la *Suprema*. Su descripcion no debe ocuparnos.

Figúrese el lector un recinto de cuarenta y cinco piés en cuadro, colgado de sarga negra, con una mesa enorme cubierta de bayeta verde en el centro y sobre ella un Santo Cristo de tama-

ño natural, y enfrente de él tres candeleros de bronce con sus correspondientes velas de cera amarilla á la sazon apagadas; multitud de papeles esparcidos sobre la mesa, una escribanía de metal y una campanilla pesada componian toda la riqueza del estrado, completando el adorno de la pieza modestos sillones forrados de tela negra y un banquillo pintado del mismo color, en el cual se sentaban los acusados.

Sentáronse sin ceremonia don Cosme y el marqués tan pronto como el familiar encendió una de las velas amarillas, y el sobrino del Inquisidor mayor le dijo:

—Bueno será que nos aviseis cuando llegue mi tio.

El familiar se inclinó con humildad disponiéndose para retirarse, pero el fiscal mayor añadió con acento grave y campanudo:

—Prevenga el hermano Zapata á los encargados de los calabozos que no se duerman esta noche, y que si traen presos nuestros familiares, los guarden bien.

—¿Esperais nuevos huéspedes? preguntó el caballero á don Cosme, luego que el familiar Zapata hubo salido.

—Sí, respondióle el fiscal mayor con indiferencia. Los herejes nunca se dan por vencidos y es indispensable atraerlos al buen servicio de Dios. Hoy se han comunicado algunas órdenes para prender á varios.

—¿Son personas notables?

—¡Oh, marqués! Tened presente que me está prohibido satisfacer vuestra curiosidad.

—Convenido, mas haceos cargo de que no pretendo oiros pronunciar nombres propios.

—Es que..... ni aun debo declararos la clase á que pertenecen, pues no ignorais que por el hilo se saca el ovillo.

—¿Y qué? ¿No soy, como si dijéramos, de la casa?

—Los de la casa jamás preguntan.

—¡Ah! ¿Pues qué hacen?

—Adivinan.

El marqués se encojió de hombros, pero no tuvo tiempo para replicar á don Cosme, porque cuando abria la boca, vió aparecer á la entrada de la puerta la figura del Inquisidor mayor.

Era un hombre de cincuenta y seis años, de rostro afable y simpático, de maneras distinguidas y de porte majestuoso y noble sin afectacion. Saludó amistosamente al fiscal, sonrióse mirando á su sobrino, y despues de tomar asiento en el estrado, dijo dirigiéndose á los dos:

—Señores, puedo aseguraros que aunque estamos en diciembre, no hace frio esta noche.

—De mí sé decir, observó don Cosme con deferencia, que, salvo vuestro parecer, estoy hecho un carámbano. Cae una helada, que me deja sin calor en los huesos.

—¿Sí? repuso el Inquisidor mayor. Pues salid á la calle y os calentareis.

—Ya veo que os chanceais, murmuró don Cosme.

—No, no me chanceo; afirmo sencillamente que en la calle hace calor, y mucho calor.

—Ahora es cuando mas me confundo. ¡Calor en la calle!

—Mas que en el mes de agosto.

—Dignaos esplicarme.....

—¿Con que no lo habeis comprendido?

—No; confieso mi ignorancia.

—Os doy un cuarto de hora para meditar.

—Aunque me concedais un mes. Estoy seguro de que no acertaré.

—¿Con que no?

—No.

—Vamos, marqués, esplicad eso al señor don Cosme.

—Mi tio, señor fiscal mayor, repuso el caballero, habla en términos figurados.

—Ya.... ya..... ya caigo, murmuró el fiscal. ¡Necio de mí! ¿Cómo he estado tan topo?

—De modo que comprendeis..... le insinuó el Inquisidor.

—Comprendo; hay efervescencia pública, los pulmones aparecen sobrescitados y las cabezas se han convertido en volcanes.

—Esplicais á las mil maravillas la situacion de los negocios; con que si todavia teneis frio, dad un paseo por los alrededores de palacio.

—De modo que el pueblo.....

—Grita á mas y mejor *¡Viva el rey!*

—Se me figura que don Cárlos, por su parte, no se manifiesta ingrato á esas demostraciones.

—¡Ingrato decís, cuando las provoca á fuerza de beneficios!

—Eso quise dar á entender, y ya he sabido por el marqués lo de los sesenta millones.

—¡Oh! El rey entiende á las mil maravillas el arte de gobernar; conoce que hay poderes temibles enfrente de su poder, y para destruirlos con toda seguridad busca en el pueblo y en la nobleza fuertísimos auxiliares. Don Cosme, acordaos de lo que os digo; ya llegará dia en que se nos haga saber, que la opinion pública y los adelantos de la época exigen la destruccion de ciertas cosas, que hasta ahora se miran con mucho respeto: pero esa opinion se prepara de antemano, y por lo que toca á la época, despues de dos reinados felicísimos y de trece años de paz octaviana, las cabezas aturdidas empiezan á soñar con innovaciones peligrosas.

—¿No imaginais, observó el fiscal mayor con malicia, que los tiros se dirijan á la Santa Inquisicion?

—¡Ah! Ya os veo venir, repuso sonriéndose el gefe de la *Suprema*. Os espresais así, por lo que os ha referido el marqués, y á la verdad no merece la pena de un recuerdo. El rey es muy celoso de sus privilegios y no consiente que nadie hable en su presencia, sin obtener antes su beneplácito.

—No atino pues con el objeto de sus medidas.

—Y porque no atinais, suponeis que don Cárlos es un monarca imprudente.

—¡Imprudente!

—Claro está. ¿No cuenta en España la Santa Inquisicion con ardientes y decididos campeones? ¿No tiene en su apoyo, para la defensa de sus privilegios, las bulas de los Papas? ¿No domina las conciencias? ¿Y quereis que contra unos elementos tan poderosos se pronuncie el rey? Tened ademas muy presente que es hijo sumiso de la Iglesia, enemigo declarado de la impiedad y sostenedor de las inmunidades del Santo Oficio. Así me lo ha hecho saber hace un momento.

—Tal vez para indemnizaros de la mortificacion que os causó primero, no dejándoos hablar, murmuró el marqués.

—¡Eh!.... ¿Qué importa? replicóle su tio impasible. El compromiso y la declaracion de don Cárlos han sido solemnes, y todos los Grandes del reino han escuchado sus palabras.

—Se me antoja, dijo el fiscal á media voz, que los hijos predilectos de san Ignacio de Loyola han incurrido en el enojo del rey.

—Hasta ahora no hay enojo sino prevencion, pero hácia esa parte debe descargar la tormenta.

—¿Y en ese caso?

—En ese caso..... se defenderán con sus propias armas.

—De modo que la *Suprema*.....

—La *Suprema*, don Cosme, solo está destinada por el cielo para la conversion y castigo de los herejes y de los malos cristianos.

—¿Y qué conjeturais acerca de la lucha?

—Que no habrá lucha y que don Cárlos triunfará de los Padres Jesuitas.

—Son poderosos.

—Sí; mucho mas poderosos que los reyes; hé ahí la causa principal de su próxima estincion. Los reyes están interesados en que desaparezcan de sus dominios.

—¿Pero no creeis, tio y señor, insinuó el marqués con sagacidad, que se empiece por los Padres de la *Compañía*, para atacar mas tarde á otro poder mas fuerte?

—¿Al poder del Santo Oficio? esclamó el Inquisidor mayor ardorosamente.

Mas no acertó á proseguir; elevó su pensamiento á Dios, como para interrogarle sobre el destino de la tremenda institucion importada á España por Santo Domingo de Guzman, y murmuró las siguientes razones, como si desde lo alto hubiese descendido hasta su alma el don de la profecía.

—Ese tiempo vendrá, marqués, pero todavia está lejano; vendrá el dia en que el poder de la Inquisicion desaparezca del mundo, obedeciendo á la ley fatal que destruye todas las viejas instituciones. ¡Oh! No serán los reyes sus enemigos, porque aunque pone límites á su autoridad, tambien asegura las coronas en sus sienes. El trono y el altar marchan unidos, y nunca podrá sostenerse el primero sin conservar para el segundo el esplendor y la gloria, que se dignó legarle el divino Redentor de los hombres. Pero veo levantarse hácia las regiones septentrionales un inmenso torbellino, que recorre el espacio y amenaza destruir lo existente: las doctrinas de los reformadores religiosos, perseguidos á todo trance por el gran Felipe II, cambian de disfraz y de teatro; ya no protestan en Alemania ni en los Paises-Bajos contra las verdades eternas reveladas; corren hasta las pacíficas naciones del Mediodía de Europa y atacan á los gobiernos constituidos, para destruir mas fácilmente el antemural que se opone á sus devastaciones. Creedme, don Cosme; creedme, marqués; nosotros hemos andado ya la mitad del camino de la vida y no presenciaremos esas revoluciones; pero la generacion que nos sigue las verá, tomará parte en ellas y será diezmada por la muerte. La institucion del Santo Oficio se hundirá al primer empuje; es un edificio antiguo, que no podrá luchar contra los terribles embates del pueblo, y ese pueblo cercenará al mismo tiempo el poder absoluto de los reyes.

Despues de hablar así, limpióse el Inquisidor el sudor frio que inundaba su frente y prosiguió murmurando palabras, que ni el fiscal ni su sobrino pudieron entender. Tal vez dirijia al cielo una súplica fervorosa, para que apartase de la tierra los males que acababa de vaticinar.

—Hablemos de otra cosa, dijo al fin con acento tranquilo. ¿Ha llegado alguna denuncia?

—Leed esta carta que me han traido, le respondió el fiscal.

El Inquisidor recorrió con la vista el escrito que puso don Cosme en sus manos.

—¿Qué significa esto? esclamó de pronto. ¡Asaltar! esta noche los calabozos de la *Suprema*, con el objeto de celebrar la llegada del rey nuestro Señor!... ¡Qué ignorancia!.... ¡Como si el rey don Cárlos fuese capaz de alegrarse con tan culpables demostraciones. ¿Qué habeis hecho?

—He encargado que se guarden bien las prisiones.

—No basta; es preciso poner esos intentos en noticia del general gobernador de Madrid.

—Es que.....

—¿Qué hay?

—Que el general gobernador de Madrid.....

—Ya lo sabemos; es el duque de Montemar.

—En efecto; pero..... ¿habeis leido esa carta hasta el fin?

—No.

—Pues leed.

Hízolo así el Inquisidor, arrugó el entrecejo y murmuró en voz baja:

—Mal negocio tenemos entre manos..... pero á fe que no me pesa, pues se verá en él que don Cárlos sabe respetar los privilegios del Santo Oficio. ¿Habeis dispuesto que los arrestados por nuestros familiares sean custodiados con rigor?

—El hermano Zapata ha llevado la órden á los calaboceros, contestó don Cosme.

—Este incidente me recuerda otro asunto, que debo encargar á mi sobrino, añadió el gefe de la *Suprema*.

—No ignorais que siempre estoy á vuestras órdenes, repuso inclinándose.

—Ni tampoco que por mi influjo esperais obtener la embajada de Roma.

—Acordaos de que me habeis ofrecido.....

—Es justo y el negocio está adelantado, marqués; pero escuchad. Hay en la corte un médico, llamado el doctor Pimentel.....

—Le conozco.....

—¡Ah!

—No os admireis, tio y señor. ¿Quién no conoce en Madrid, al menos de oidas, á ese sabio?

—A ese brujo, quereis decir.

—¡Brujo!

—¡Vaya! Como que ha dado hechizos al hijo del duque de Montemar, para que se case con una muchachuela protegida suya, ó tal vez su hija, aunque nunca fué casado. El matrimonio de los dos jóvenes debe tener efecto mañana y es necesario suspenderlo, hasta que el doctor Pimentel sea juzgado por la Inquisicion y se averigüe la verdad, en cuanto á lo de los hechizos.

—Lo cual prueba, observó el marqués, que no estais seguro del hecho, y que sin embargo.....

—Teneis razon; es una denuncia verbal. Cierta dueña de otro médico, la que comparecerá ante nos en juicio, aunque ignora esta circunstancia indispensable, me ha enterado del suceso escandaloso. El Santo Oficio procede, en todo caso, prendiendo á la persona denunciada, y el doctor Pimentel entrará mañana en la Inquisicion.

—¿Y qué es lo que yo debo hacer?

—Buscar al hijo del duque de Montemar y disuadirle del propósito que tiene, de casarse con esa mujer, ó al menos obligarle á que suspenda por ahora su matrimonio.

—Difícil tarea, si el mancebo está verdaderamente enamorado.

—¿Os negais, marqués?

—Apuesto á que no lo imaginais. ¿No os he manifestado que estoy pronto á serviros?

—Tened presente, que el que hace observaciones, ó pondera de antemano dificultades, busca tal vez disculpas, que aminoren el mal efecto de su falta de actividad.

—Os juro que saldré airoso de mi cometido.

—No jureis en vano.

—No es en vano, señor, porque don Fernando de Montemar renunciará á ese casamiento.

—Cuidado con que sospeche que obrais por delegacion del Santo Oficio.

—Se supone.

—Ni que el doctor Pimentel va á ser preso por la Inquisicion, si ya no lo está cuando hableis á ese jóven engañado.

—Entiendo perfectamente; manejaré el negocio, como si la brujería del médico no tuviese en él la menor parte.

—Y no perdais el tiempo, porque el duque de Montemar será conducido esta noche á nuestros calabozos....

—¡Ah!.... ¡Qué escucho!

—Y pudiera mañana figurarse su hijo que esa desaparicion, la de Pimentel y vuestro empeño de impedir su matrimonio se relacionan.

—Luego.... ¿qué me aconsejais?

—Que no dejeis el negocio para mañana.

—No; esta noche quedará concluido.

Levantóse el marqués dicho esto, besó la mano respetuosamente á su tio, despidióse sin ceremonia de don Cosme, y embozándose en su capa, salió de la sala del tribunal, atravesó la del tormento, como hombre que conocia al dedillo los secretos pasos interiores de la casa, entró en el largo corredor alumbrado, y despues de la sala cuadrada de recibo; empujó la puerta, que se abrió sin ruido, bajó las escaleras que conducian al piso bajo, donde mataban el tiempo cinco ó seis familiares discurriendo sobre las novedades del dia, y salió á la calle tan pronto como el portero, no sin haber examinado su rostro, le franqueó el camino, cerrando en seguida la enorme hoja de la puerta sin estrépito.

Entretanto decia el Inquisidor mayor al fiscal:

—No os descuideis en tomar declaracion á los presos que de-



Manejaré el negocio como si la brujería del médico
no tuviese en él la menor parte.

ben venir. Son cuatro, á saber; el duque, el marqués de los Velez, Gonzalo escudero y doña Beatriz de Zúñiga: esto dice la carta que os dirige el alguacil mayor del Santo Oficio.

Y el fiscal le respondia:

—Se le ha dado órden de arrestar sigilosamente á esas personas, por lo que resulta contra ellas en la causa secreta que se formó hace bastantes años, sobre la desaparicion de una ilustre dama. ¿No me encargasteis que hiciese prender á los comprometidos en ella?

—Sí, repuso el Inquisidor. Debemos dar al rey don Cárlos un testimonio indudable de nuestro celo, descubriendo la verdad de aquella desaparicion, que atribuyeron al diablo, aunque en voz baja, los magnates de la corte.

—El duque, el marqués y el escudero no ofrecen dificultad á nuestro alguacil mayor, y en breve los pondrá á buen recaudo; pero.....

—Ya.... ya estoy: el alguacil avisa que no ha podido averiguar el paradero de esta doña Beatriz..... Poco importa; ya parecerá muerta ó viva, porque nada se oculta á nuestros medios de investigacion. Mañana será otro dia y así retirémonos á descansar.

Cinco minutos despues la sala del tribunal estaba á oscuras, pues el Inquisidor mayor y don Cosme se habian ido, y el familiar, á quien daban el nombre de hermano Zapata, habia apagado la vela amarilla.

# CAPÍTULO XVII.

El marqués de Vera ha aparecido en el capítulo anterior, para desaparecer en este, por meterse en camisa de once varas.

El sobrino del Inquisidor mayor era hombre de unos treinta años, activo, emprendedor y ambicioso. Hacia ya diez y seis años, es decir, en 1743, que su padre el marqués de Vera habia atestiguado con su muerte su valor en la reñida batalla de *Campo Santo*, librada por las tropas del conde de Gages contra las de la reina de Hungría, y desde entonces permaneció don Luis sometido completamente á su tio el gefe de la *Suprema*, que cuidó de sus adelantos. Estaba bien quisto en la corte, porque por su familia pertenecia á la primera nobleza del reino, aunque su carácter reservado le hacia poco apropósito para conquistarse amigos. El Inquisidor le alentaba en sus pretensiones de una embajada ó de una colocacion distinguida en el ejército, y el rey don Fernando le habia ofrecido que, en atencion á los servicios de su padre, le emplearia ventajosamente; pero el fallecimiento del mo-

narca dió muy pronto al traste con sus esperanzas y tuvo que volver á empezar la enfadosa tarea de pretendiente, que en todos tiempos ha agotado la paciencia de los hombres que valen algo. La cuestion para el marqués de Vera, consistia en la influencia de su tio con el nuevo soberano: esperaba pues una coyuntura propicia, en que los grados de aquella influencia se manifestasen, y mientras tanto seguia ganando las buenas gracias del Inquisidor mayor, que por su parte le queria entrañablemente.

Don Luis se mezcló entre los grupos y el gentío que recorria las calles, repitiendo con incesante y estrepitosa algazara sus vivas al rey, y anduvo errante largo espacio, observando lo que ocurria y discutiendo consigo mismo el medio mas fácil y hacedero de cumplir fielmente la comision, que acababa de encomendarle su tio. Por lo demas, ya sabia poco mas ó menos á qué sitio debia acudir para encontrar á don Fernando.

No se equivocaba, pero era por casualidad; pues el amante de doña Isabel, á quien el duque su padre creia en el ejército del infante don Felipe, que habia pasado á cuarteles de invierno, vivia oculto en la calle de la *Sarten*, en cierta casita de dos pisos, que Gonzalo tuvo el acierto de proporcionarle, no lejos de la que ocupaba doña Beatriz de Zúñiga. Es de suponer que solo salia de noche, y eso para pasar muy recatadamente desde su vivienda á la de su amada, pues ya nos consta que tenia autorizacion para hacerlo, y que con solo pronunciar la palabra *Sicilia*, debian abrírsele las puertas del retiro de la ilustre hermana de don Cárlos.

Y hé aquí que cuando menos lo esperaba, muere Fernando VI y el rey de Nápoles es llamado al trono de España. Desde entonces respiró nuestro enamorado jóven, contando su felicidad como indudable. Quiso abandonar la corte y correr á la frontera para esperar el arribo de aquel, cuya proteccion habia de decidir muy pronto de su suerte; pero estorbóselo doña Beatriz, haciéndole presente que se ignoraba el punto, por donde don Cárlos se proponia entrar en el reino. Tascó pues el freno de su im-

paciencia y no tardó en recibir el premio de su docilidad; porque el rey escribió á la infanta doña María Teresa desde Barcelona, que por ninguna causa consintiese en dejar su retiro antes que él llegase á Madrid, pues iria de noche á verla, y que don Fernando de Montemar, en vez de presentarse en la corte para rendirle homenage, saliese en secreto á reunírsele en Zaragoza.

Don Fernando voló á la capital de Aragon, y su padre quedó agradablemente sorprendido al verle entrar en Madrid con el rey, imaginando que volvia de Italia. En este sentimiento paternal del duque habia mucha parte de egoismo, pues no le pesaba que su primogénito adquiriese el favor del soberano, para reconquistar á su sombra una influencia, que creia haber perdido para siempre. Pero el duque se habia equivocado de medio á medio al juzgar al rey. Éste, rodeado de los magnates de la corte, de las altas dignidades militares, eclesiásticas y civiles, que le felicitaban por su advenimiento al trono, se adelantó hácia Montemar, le echó los brazos al cuello y le dijo:

—Duque de Bitonto, nunca he olvidado que á vuestros esfuerzos debí la corona de Sicilia. Habeis sido injusto conmigo suponiéndome ingrato; mas sabed que si fuisteis llamado del ejército de Italia, eso se hizo contra mi gusto, por cuanto yo deseaba proseguir la guerra y que no abandonaseis una campaña, comenzada con harta gloria. Tratábase sin embargo de preparar poco á poco el terreno para la paz de Europa, y vos no erais muy apropósito para combatir al enemigo diplomáticamente. Conservo las pruebas de mis palabras y os las mostraré. Ya vereis si el rey de España se acuerda de Oran y de Mazarquivir, de la derrota del conde de Vizconti, de Cápua y de Gaeta, de Trampana, de Palermo y de Siracusa.

Esta declaracion terminante restableció toda la preponderancia del esclarecido veterano de Felipe V; al punto se vió acosado por los individuos mas ilustres de la nobleza, que solicitaban su amistad y proteccion. El duque lloró de júbilo, besó repetidas veces las manos al rey y esclamó que solo anhelaba morir en una brecha por su servicio.

Antes de retirarse á descansar habia prevenido don Cárlos al amante de doña Isabel, que le esperase á las once de la noche en casa de doña Beatriz de Zúñiga, y don Fernando no era hombre que olvidase lo que tanto halagaba sus deseos. Mas como tenia tiempo de sobra, quiso gozar, desde el instante que salió de palacio, de la perspectiva brillante que ofrecia Madrid con sus iluminaciones, sus arcos de triunfo, sus inscripciones y motes resplandecientes y sus fuegos artificiales. Dirijióse pues á la *Plaza Mayor*, magnífico recinto, *que encierra mas de una historia.* (1)

---

(1) El lector me agradecerá indudablemente que, al citar esta plaza, reproduzca la siguiente descripcion histórica, que de ella hizo en agosto de 1853 mi muy apreciable y erudito amigo el Señor don Ramon de Mesonero Romanos. Dice así:

Desde los tiempos de Juan II, á principios del siglo XV, viene haciéndose ya mencion de la *Plaza del Arrabal*, estramuros de la puerta de Guadalajara, en el sitio mismo que ocupa hoy la *Mayor* y mas central de la villa; aunque por entonces debió ser de forma irregular y cercada de mezquinas casas propias de un arrabal; pero á medida que éste fué creciendo en importancia y dedicándose al comercio la parte inmediata á la antigua entrada principal de la villa, fueron tambien renovándose aquellas, y dando lugar á otras generalmente destinadas á tiendas y almacenes, algunas construidas por cuenta de la villa, como lo fué la carnicería y otras. En una real provision que existe en el archivo de Madrid, del rey don Felipe II, fecha en Barcelona á 17 de setiembre de 1593, cometida al licenciado Cristóbal de Toro, para que informase «qué costaria hacer unas tiendas en la *Plaza del Arrabal* y si seguiria utilidad en hacerlas quedando su fábrica para los propios de la villa», advertimos de paso la circunstancia de que, aun tres siglos despues de la ampliacion de Madrid con la nueva cerca, y hasta treinta y mas años posterior al establecimiento de la corte en ella, se seguia apellidando el *Arrabal* á la parte de poblacion esterior á la antigua muralla.

El estado de deterioro á que habia venido la plaza á principios del siglo XVII movió al rey don Felipe III á disponer su completa demolicion y la construccion de una nueva, digna de la corte mas poderosa del mundo. A este fin dictó las órdenes convenientes á su arquitecto Juan Gomez de Mora, uno de los mas aventajados discípulos de Juan de Herrera, el cual la dió terminada en el corto espacio de dos años, (en el de 1619) ascendiendo su coste total á 900,000 ducados.

Tiene su asiento en medio de la villa, formando un espacioso cuadrilongo de 434 piés de longitud por 334 de latitud y 1536 en la circunferencia; ofrecia una gran simetría en su caserío, que constaba de cinco pisos, sin los portales y bóvedas, con 75 piés de alto y 30 de cimientos, y con salidas á seis calles descubiertas y tres con arcos; en sus cuatro frentes habia 136 casas con 477 ventanas, con balcon y habitacion para 3,700 vecinos, pudiendo colocarse en ellas, con ocasion de fiestas reales, hasta 50,000 espectadores. Los frontispicios de las casas eran de ladrillo colorado, y estaba

Dió luego la vuelta por *Santa Cruz*, y bajando hácia la *Puerta del Sol*, entró en el famoso *mentidero*, conocido con el nombre de *Gradas de San Felipe*, y una vez allí, se acercó á un grupo,

---

coronada por terrados y azoteas cubiertas de plomo y defendidas por una balaustrada de hierro. Esta y las cuatro hileras de balcones de los distintos pisos estaban tocados de negro y oro, todo lo cual y su rigurosa uniformidad le daba un aspecto verdaderamente magnífico. En medio del lienzo que mira al Sur se construyó al mismo tiempo que la plaza el elegante y suntuoso edificio con destino á servir de casa real y de *panadería* en su parte baja, y magníficos salones en la principal para juntas y otros actos públicos, y para recibir á los reyes cuando acudian á las fiestas solemnes, que se celebraban en esta plaza.

En el lienzo frontero se elevó tambien otro suntuoso edificio para *carnicería* de la villa, la cual era comun á vecinos y forasteros, á diferencia de las otras dos carnicerías públicas, que existian anteriormente; una en la plazuela de San Salvador para solo los hijos-dalgos, en que se pesaba sin sisa, y la otra en la colacion de San Ginés, para los pecheros, con sisa, y duraron hasta 1583, en que se quitaron los pechos.

La relacion de los sucesos, ya trágicos, ya festivos, de que desde su construccion hasta el dia ha sido testigo esta plaza, daria materia á un largo volúmen; pero limitados hoy á los estrechos términos de este artículo, indicaremos solo los mas principales para excitar la curiosidad y el interés de los investigadores de la historia matritense.

El primer suceso histórico, á que sirvió de teatro esta plaza, tuvo lugar á 15 de mayo de 1620, pocos meses despues de concluida la nueva. Celebrábase aquel dia por la villa la beatificacion del glorioso *Isidro Labrador* con una solemne funcion, para la cual se juntaron en Madrid los pendones, cruces y cofradías, clerecías, alcaldes, regidores y alguaciles de 47 villas y lugares, formándose una procesion, en que se contaban 156 estandartes, 78 cruces, 19 danzas y muchos ministriles, trompetas y chirimías. El cuerpo del Santo se puso en una arca de plata que hicieron y donaron los plateros de Madrid, y costó 16,000 ducados sin la hechura, y habiendo venido el rey y su familia desde Aranjuez, hubo danzas, máscaras, fuegos y encamisadas por espacio de seis dias; en la plaza se armó un castillo con muchos artificios y fuegos, que se quemó por descuido, terminándose la funcion con un certámen poético para nueve temas que propuso la villa, y de que fué secretario el célebre *Lope de Vega*, que despues lo publicó.

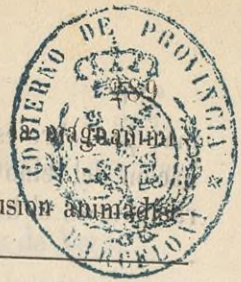
Por auto acordado de 30 de junio del mismo año se puso *tasa* en los balcones de la misma plaza para las fiestas reales, señalando el precio de doce ducados para los primeros, ocho para los segundos, seis para los terceros y cuatro para los cuartos, lo cual se entendia solo por las tardes, pues el disfrute de las mañanas era de los inquilinos de las mismas casas.

Habiendo fallecido Felipe III en 31 de marzo de 1621, levantó Madrid pendones por su hijo Felipe IV en 2 de mayo siguiente, celebrándose esta ceremonia con grande aparato en la nueva Plaza Mayor.

Mas trágica escena se representó en esta á 21 de octubre del propio año, alzándose

en el que varios magnates se hacian lenguas de [illegible] dad del rey.

Largo rato habia que tomaba parte en la discusion animada



en medio de ella el público cadalso, en que fué decapitado el célebre ministro y valido *don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias*, y viendo Madrid con asombro rodar á los piés del verdugo la cabeza del mismo magnate, que pocos meses antes habia visto pasear aquella plaza con gallardía al frente de la guardia tudesca, cuyo capitan era; catástrofe memorable que le pronosticó el tambien desgraciado conde de Villamediana, con motivo de cierta reyerta que en las fiestas anteriores tuvo don Rodrigo en la plaza con don Fernando Verdugo, capitan de la guardia española, en aquellos versos que decian:

«¿Pendencia con Verdugo y en la plaza?
Mala señal por cierto te amenaza.»

El domingo 19 de junio de 1622 celebró Madrid la canonizacion del mismo patron *San Isidro Labrador*, al propio tiempo que la de los santos *Ignacio de Loyola*, *Francisco Javier*, *Teresa de Jesús* y *Felipe Neri*, con grande solemnidad de altares en la plaza y calles del tránsito, procesiones, máscaras y luminarias, cuya pomposa relacion publicó *Lope de Vega*, autor de las dos comedias representadas en aquella ocasion á los Consejos y ayuntamiento en la misma Plaza Mayor, y cuyo argumento está tomado de la vida de San Isidro.

Con motivo de la venida del príncipe de Gales á la corte de España en 1623, con el objeto de ofrecer su mano á la infanta doña María, hermana de Felipe IV, puede decirse que los seis meses que estuvo en Madrid, hasta 9 de setiembre en que salió para Inglaterra, fueron una série no interrumpida de festejos asombrosos, en que desplegó su carácter poético y caballeresco el rey, y su corte la grandeza y riqueza que encerraba en su seno; pero no siendo nuestro intento por ahora detenernos á describir aquella brillante época de Madrid, fijaremos solo la atencion un momento en las solemnes *fiestas de toros*, celebradas para obsequiar al príncipe en la Plaza Mayor el dia 1.º de junio. Para ello se puso otro balcon dorado junto al de SS. MM. y habiendo venido la reina en silla, por hallarse preñada, acompañándola á pié el conde-duque de Olivares y el de Benavente, el marqués de Almazan y dos alcaldes de corte, ocupó su balcon con los infantes é infanta doña María; en el otro balcon nuevo, dividido con un cancel ó biombo, se colocó el rey con el príncipe inglés. En esta fiesta dicen los historiadores madrileños, que fué la primera en que se introdujo sacar de la plaza los toros muertos por medio de mulas; peregrina invencion que atribuyen al corregidor don Juan de Castro y Castilla. Ultimamente, para celebrar el ajuste del próximo casamiento del príncipe con la infanta (que al fin no llegó á verificarse) dispuso el rey una solemne *fiesta real de cañas* para el lunes 21 de agosto, arreglándose diez cuadrillas, que regian el corregidor de Madrid, el conde de Oropesa, el marqués de Villafranca, el almirante de Castilla, el conde de Monterrey, el marqués de Castel Rodrigo, el duque de Cea, el duque de Sesa, el marqués del Car-

ma, que sobre este tema y otros no menos favorables á la gobernacion del reino se habia entablado, cuando se sintió tocar ligeramente en el hombro.

---

pio y el rey en persona. Merece leerse la suntuosa descripcion que hacen los historiadores de esta fiesta, como una de las mas magníficas que ha presenciado la corte de España, pasando de quinientos el número de caballos que entraron en ella, soberbiamente enjaezados y montados por los mas bizarros personajes. La reina y la infanta (á quien ya llamaban *Princesa*) asistieron al balcon de la Panadería, y *se permitió á dicha infanta usar los colores del príncipe, que era el blanco.* Luego entró en el balcon el rey con el príncipe é infanta, y por órden de S. M. *se quitó el cancel que estaba puesto entre ambos balcones, quedando el príncipe de Gales al lado de la infanta su prometida, con solo la reja de hierro en el medio.* Corriéronse primero algunos toros, y luego pasó el rey á vestirse á casa de la condesa de Miranda, desde donde vino á la plaza con su cuadrilla, empezando S. M. la primera carrera con el conde-duque de Olivares; y así que se avistó la real persona se levantaron, la reina, el príncipe, la infanta, el infante, los Consejos, tribunales y la demas concurrencia que llenaba la plaza, y estuvieron descubiertos hasta que S. M. terminó la carrera, siguiendo luego las demas escaramuzas y juegos todas las demas cuadrillas, señalándose en todas ellas la del rey, cuya gallardía y juventud (tenia á la sazon 18 años) dió mucho que admirar al concurso todo.

Espectáculo de muy diverso género presentó la Plaza Nueva el dia 21 de enero de 1624 en el *auto de fe* (el primero de que se hace mencion en ella) celebrado por la Inquisicion, para juzgar al reo Benito Ferrer por finjirse sacerdote. A esta ceremonia asistieron los Consejos y autoridades con todo el séquito de costumbre, los familiares de la Inquisicion y las comunidades religiosas; y el reo fué quemado vivo en el brasero que se formó fuera de la puerta de Alcalá. Otro *auto de fe* se menciona en 14 de julio del propio año, en que fué condenado Reinaldos de Peralta, buhonero francés; éste fué sentenciado á garrote y despues quemado su cadáver.

Entre las varias *fiestas reales* celebradas en aquella época merece mencionarse la de *toros* y *cañas* que hubieron lugar en esta plaza á 12 de octubre de 1629 para celebrar el casamiento de la misma infanta doña María (antes prometida del príncipe de Gales) con el rey de Hungría, á cuya fiesta asistió la misma infanta, y acabada aquella salió de Madrid para reunirse con su esposo en Alemania.

El dia 7 de julio de 1631 fué bien trágico para la Plaza Mayor; pues habiéndose prendido fuego en unos sótanos cerca de la carnicería, tomó tal incremento, que corrió hasta el Arco de Toledo, desapareciendo en breves horas todo aquel lienzo. Duró el fuego tres dias; murieron doce ó trece personas y se quemaron mas de cincuenta casas, cuya pérdida se valuó en un millon y trescientos mil ducados. No bastando los socorros humanos acudieron á los divinos, llevando á la plaza el Santísimo Sacramento de las parroquias de Santa Cruz, San Ginés y San Miguel, y levantando altares en los balcones, donde se celebraban misas. Colocáronse tambien las imágenes de Ntra. Sra. de los Remedios, de la Novena y otras varias, siendo estraordinaria la agitacion y pesadumbre que tan estraordinario suceso ocasionó en el vecindario.

—¡Ah! ¿Sois vos, don Luis? esclamó, despues de examinar atentamente al que llegaba.

—Os ando buscando, le respondió el marqués de Vera.

—¿Con qué objeto? repuso don Fernando.

---

Sin embargo, no dejaron de correrse pocos dias despues *los toros de Santa Ana* en la misma plaza á 16 de agosto siguiente: los reyes mudaron de balcon y asistieron á la fiesta en uno de la acera de *los Pañeros*, porque en la casa Panadería habia enfermos de garrotillo: y sucedió que á lo mejor de la fiesta corrió rápidamente la voz de ¡fuego en la plaza! ocasionada por el humo que veian salir de los terrados, y era á causa de que unos esportilleros se habian colocado á ver la fiesta sobre los cañones de las chimeneas del portal de *Mauleros y Zapatería*. La confusion que esta voz produjo por el recuerdo de la reciente catástrofe fué tal entre los cincuenta mil y mas espectadores que ocupaban la plaza, que unos se arrojaron de los balcones, otros de los tablados; en las casas de Zapatería reventaron las escaleras, muriendo en todo, y estropeándose multitud de personas; y gracias á que el rey conservó la serenidad y permaneció en el balcon, mandando continuar la fiesta para asegurar á los alucinados.

Otro *auto de fe* celebró en esta plaza la Inquisicion de Toledo en 1632 con asistencia de la Suprema y de los Consejos de Castilla, Aragon, Italia, Portugal, Flandes y las Indias. Juzgóse en este auto á treinta y tres reos por diferentes delitos de herejía, cuya relacion imprimió el arquitecto Juan Gomez de Mora. El rey y su familia asistieron á esta solemnidad en el balcon sétimo del ángulo de la Cava de San Miguel.

A consecuencia de la causa de conspiracion contra el Estado, formada al duque de Hijar D. Rodrigo de Silva, al general D. Cárlos de Padilla y al marqués de la Vega, fueron degollados en público cadalso los dos últimos en la Plaza Mayor el viernes 5 de noviembre de 1648.

Muchos otros acontecimientos y fiestas tuvieron lugar en la plaza durante el largo reinado de Felipe IV; pero el mas señalado sin duda fué ocasionado por la entrada pública de su segunda esposa doña Mariana de Austria, el 15 de noviembre de 1645. La pomposa descripcion de los adornos de la carrera, arcos, templetes, teatros, danzas y máscaras puede verse en el analista Pinelo, que la describió con su acostumbrada prolijidad. Baste decir que en la calle de Platerías se formaron dos grandes gradas ó mostradores; donde el gremio de plateros colocó joyas y alhajas riquísimas por valor de mas de dos millones de ducados.

El reinado de Cárlos II *el de los hechizos*, ni durante su larga minoría, ni despues que tomó las riendas del gobierno prestó ni pudo prestar á la corte de España aquel colorido brillante, poético y caballeresco que el anterior, distando tanto el carácter é inclinaciones del nuevo monarca de las que su padre habia ostentado toda su vida. La austeridad y la tristeza ocasionadas por la enfermiza constitucion de Cárlos y por su espíritu apocado se reflejaron sensiblemente en toda la monarquía, y el público madrileño, ocupado unas veces con las intrigas palaciegas del P. Nitard y Valenzuela, otras con los regios disturbios de doña Mariana y D. Juan de Austria, y posteriormente con las dolencias y escrúpulos del rey, sus conjuros y su impotencia, apenas

—Seguidme y lo sabreis, murmuró á su oido el sobrino del Inquisidor mayor.

—¡Diablo! refunfuñó el primero, separándose del grupo; parece que el negocio es de importancia.

---

tuvo lugar de presenciar en la Plaza Mayor aquellos magníficos espectáculos, de que tan grata memoria conservaba.

Hubo sin embargo algunos paréntesis halagüeños en aquella época doliente y monacal; y tal fué sin duda el que ocasionó el regio enlace de Cárlos con la princesa *María Luisa de Orleans*.

Pero debemos hacer mencion de otro episodio desgraciado en esta plaza, y fué un segundo incendio ocurrido la noche del 20 de agosto de 1672, que devoró muchas casas y la real de la Panadería, la cual fué levantada de nuevo en el espacio de diez y siete meses, merced al empeño del privado Valenzuela y bajo los planes y direccion del arquitecto don José Donoso, uno de los corruptores del buen gusto en aquella época desdichada, si bien en este edificio, conservándose la planta baja, (que era de Gomez de Mora) trató el Donoso de imitar en las demas la construccion antigua, con los mismos tres órdenes de balcones y uno corrido en el principal y las dos torrecillas en los estremos del edificio. La escalera es ancha y majestuosa y los salones tienen magníficos artesones pintados á competencia por el mismo Donoso y Claudio Coello. Pero Volvamos á María Luisa de Orleans.

La solemne entrada de esta desgraciada reina en 13 de enero de 1680 sirvió de ocasion al pueblo madrileño para desplegar su natural alegría, y á la corte de España para ostentar aun las últimas llamaradas de la antigua grandeza. Entre la multitud de festejos celebrados con este motivo, las *fiestas reales* de toros, que tuvieron lugar en la Plaza Mayor, fueron acaso las mas señaladas. Una autora francesa contemporánea describe aquella regia fiesta con las brillantes pinceladas siguientes:

«La Plaza Mayor, circundada por un estenso tablado y decorada magníficamente con elegantes colgaduras, ofrecia un golpe de vista mágico; al ruido de los músicos y entre la animada agitacion de la multitud, fueron ocupando los balcones que les estaban señalados las autoridades de la villa, los Consejos de Castilla, de Aragon, de la Inquisicion, de Hacienda, de las Ordenes, de Flandes y de Italia, las embajadas de todas las cortes, los gefes y servidumbre de la casa Real, los grandes y títulos del reino. Ricos tabaques henchidos de dulces, de guantes, de cintas, abanicos, medias, ligas y bolsillos de ámbar, *llenos de monedas de oro* eran ofrecidos á las damas convidadas por S. M. y por todas partes reinaba un movimiento, una alegria imposibles de pintar. Al aspecto de aquella plaza que traia á la memoria los antiguos circos del pueblo rey; de aquellas ricas tapicerías; de aquellos balcones llenos de hermosuras; de aquellos caballeros gallardeando sobre bellos caballos andaluces y luciendo á la vez su magnificencia y su destreza, María Luisa pudo gloriarse un momento de ser la soberana de un pueblo tan noble y tan galan.

»Luego que el rey y la reina hubieron tomado asiento en su balcon, la guardia de *archeros* y de la *lancilla* hizo el *despejo* de la plaza; entraron en seguida cincuenta toneles de agua, que la regaron, y la guardia se retiró bajo el balcon del rey conser-

—De muchísima importancia, repitió don Luis; pero salgamos de este laberinto de capas, que estorba nuestra conversacion.

—Pero ¿á dónde quereis llevarme?

---

vando aquel peligroso puesto durante toda la corrida, sin mas accion de defensa que la de presentar al toro en espesa fila las puntas de sus alabardas, y si el animal moria al impulso de estas, sus despojos eran para los soldados. Seis alguaciles ricamente vestidos y sobre ligeros caballos atravesaron luego la plaza para traer á los caballeros que debian lidiar. Otros recibieron de las manos del rey las llaves del toril y fueron á desempeñar su comision, no sin visibles señales de pavura á la vista del toro, que abierta la compuerta se lanzaba á la plaza con toda la ferocidad de su instinto.

»Entre los *caballeros en plaza* se hallaban el duque de Medinasidonia, el marqués de Camarasa, el conde de Rivadavia y otros grandes, y un jóven sueco (el conde de Konismarck) hermoso, valiente y que atraia las miradas de todos por la magnificencia de su comitiva. Componíase de doce caballos soberbios, conducidos por palafreneros, y seis mulas cubiertas de terciopelo bordado de oro y que llevaban las lanzas y *rejoncillos*. Cada combatiente tenia igualmente su comitiva, y todos estaban ricamente vestidos con variados colores y plumas, bandas y divisas. Cada caballero llevaba cuarenta lacayos vestidos de indios, ó de turcos, ó de húngaros ó de moros. Esta comitiva paseó la plaza y se retiró despues á la barrera.

»No bien el primer toro se presentó en la plaza, cuando una lluvia de dardos arrojadizos, llamados *banderillas*, cayeron sobre él, escitando el furor de la fiera con sus vivas picaduras. Corría entonces á buscar al caballero, el cual le esperaba con una pequeña lanza en la mano; hincaba su punta en el toro y quebrando el mango, daba una airosa vuelta y burlaba esquivando la furia del animal: un lacayo presentaba entonces al caballero otro *rejoncillo* y volvia á repetirse la misma suerte. El toro entonces, fuera de sí, ciego de cólera, se adelantó una vez rápidamente al conde de Konismarck: un grito general se oyó en toda la plaza; la reina, no pudiendo resistir este espectáculo tan nuevo para ella, se cubrió la vista con las manos; el jóven resistió con la lanza el primer ímpetu del toro; pero insistiendo éste con el caballo, cae revuelto con él, en tanto que un diestro, vestido á la morisca, llama la atencion del animal y le pasa la espada tan felizmente, que la fiera cayó redonda á sus piés. Las músicas resonaron de nuevo, las aclamaciones frenéticas de la multitud poblaron los aires, y el rey arrojó una bolsa de oro al intrépido matador. Seis mulas adornadas de cintas y campanillas arrancaron en seguida al toro muerto fuera de la arena; los lacayos retiraron al conde de Konismarck herido y el drama volvió á empezar con un segundo toro.»

Contraste formidable con esta fiesta presentó en el mismo año aquella plaza con el memorable *auto de fe* de 30 de junio. La relacion de esta trágica escena publicada por José del Olmo, es demasiado conocida y anda en manos de todos para que nos detengamos en renovarla. Diremos solo que en ella, como en el último alarde solemne de su poderío, ostentó la Suprema Inquisicion todo aquel aparato terrible á par que magnífico con que solia revestir las decisiones de su tribunal. Desde las siete de la mañana hasta muy cerrada la noche duró la suntuosa ceremonia del juramento, la misa,

—A un sitio retirado, á una plazuela despejada, en la cual solo vos podais oir lo que tengo que deciros.

—Ea pues; guiad, que ya os sigo.

---

el sermon, la lectura de las causas y sentencias. El rey y la reina (aunque esta última debe suponerse que á despecho de su voluntad tierna y apasionada) permanecieron en los balcones de la Panadería las doce horas que duró aquel terrible espectáculo, y lo mismo hicieron los Consejos, tribunales, grandes, títulos y embajadores.

La descripcion minuciosa de las ceremonias y el aspecto soberbio é imponente que presentaba la plaza henchida de espectadores, la noticia de los nombres, cualidades, causas y sentencias de los reos, que ascendieron á mas de ochenta, de los cuales *veintiuno* fueron condenados *á ser quemados vivos;* todo ello puede verse en la ya citada relacion de José del Olmo, testigo de vista y funcionario en la ceremonia. Concluida esta, los veintiun reos condenados al último suplicio fueron conducidos al *quemadero* fuera de la puerta de Fuencarral, durando la ejecucion de las sentencias hasta pasada la media noche.

El siglo XVIII comenzó para la monarquía española con un cambio de dinastía, de política y hasta de usos y costumbres, pues con la muerte de Cárlos II sin sucesion directa, acaecida en 1700, entró á ocupar el sólio español la augusta casa de Borbon, representada por el duque de Anjou, solemnemente proclamado bajo el nombre de Felipe V.

La famosa guerra que tuvo que sostener catorce años con varias potencias de Europa para hacer valer su derecho, se hizo sentir harto en el pueblo de Madrid, que en medio de sus desgracias le manifestó siempre una fidelidad á toda prueba. La Plaza Mayor vió alzarse tablados para la solemne proclamacion de Felipe; y luego, por los reveses sufridos por sus armas, tuvo que presenciar tambien los que alzaron los austríacos para proclamar á su archiduque, y hasta miró atravesar al mismo, mas como fugitivo que como triunfador, cuando habiendo entrado en Madrid el dia 29 de setiembre de 1710, se volvió al campo desde la plaza, quejándose de que *no habia gente que saliese á recibirle.*

Terminada en fin la contienda en favor de Felipe, ya asegurado éste en el trono español, dedicó sus cuidados á embellecer la capital, y promovió tambien los regocijos propios de un pueblo ilustrado; pero como sus costumbres é inclinaciones estaban mas en analogía con las francesas que habia visto en la niñez en la espléndida corte de su abuelo Luis XIV, no fueron tan comunes en su reinado las fiestas de toros, cañas y autos sacramentales, y hasta llegó á prohibir las primeras y mandar aplicar á las necesidades de la guerra los gastos que se hacian en la representacion de estos en la plaza durante la octava del Corpus.

Huyendo instintivamente de todo lo que le recordaba á la casa de Austria su antagonista, edificó nuevo palacio real, desdeñó profundamente el Buen Retiro y Aranjuez, creó un nuevo Versailles en San Ildefonso, y hasta mandó labrar su sepulcro en él, por no ir á reposar con sus antecesores en el régio panteon del Escorial.

La *Plaza de Madrid*, ya destituida de la importancia de aquellos actos de ostentacion, se convirtió en mercado público, y cubriéndose de cajones y puestos para la

—¿Os parece que tomemos por la calle del *Arenal*?

—Sea por la calle del *Arenal*.

—No lejos de ella hay un magnífico recinto, resguardado del viento del Norte por la fachada principal de un convento.

---

venta de toda clase de comestibles, solo en algunas ocasiones solemnes de entrada de reyes, coronacion ó desposorios solia despejarse y volver á servir de teatro á las *fiestas reales*. Tal sucedió en el pasado siglo á la coronacion de Fernando VI, á la entrada de Cárlos III, últimamente á la jura del príncipe de Asturias, despues don Cárlos IV, su proclamacion, y en alguna otra ocasion análoga.

Pero á fines del mismo siglo otra tercer catástrofe vino á destruir gran parte de dicha antigua plaza: tal fué el violentísimo incendio, que empezó en la noche del 16 de agosto de 1790, y de que aun conservan algunos ancianos dolorosa memoria. Todo el lienzo que mira á Oriente y parte del Arco de Toledo desaparecieron completamente, y las desgracias y pérdidas fueron imposibles de calcular.

Pero de estas mismas desgracias nació la necesidad de reedificar, bajo una forma mas elegante y sólida, los dos lienzos ya dichos, bajo los planes del arquitecto don Juan de Villanueva, que levantó el portal llamado de Bringas, á principios de este siglo, y han seguido despues los arquitectos municipales en las construcciones posteriores, variando sin embargo muy acertadamente el plan de Villanueva en cuanto á la forma de arcos rebajados, que ideó para la entrada de las calles, construyendo estos de medio punto y suficiente elevacion, en cuyos términos ha quedado cerrada la nueva plaza en este mismo año de 1853.

El siglo actual no carece tampoco de episodios brillantes para la plaza, y tal puede llamarse el de las funciones reales celebradas en ella el 19 de julio de 1803, con motivo del casamiento del príncipe de Asturias don Fernando (despues VII) con la infanta doña Antonia de Nápoles.

Durante la invasion francesa, y algunos años despues, continuó sirviendo esta plaza de mercado general, hasta que se trasladó á la Plazuela de San Miguel, y tambien de teatro de los suplicios de los patriotas españoles condenados por el gobierno de José. En 1812 vió levantarse arcos triunfales para recibir las tropas anglo-hispano-portuguesas, al mando de *Lord Wellington*. A los tres dias de su entrada, el 15 del mismo agosto, se publicó en ella solemnemente la *Constitucion política* de la monarquía española, promulgada en Cádiz á 19 de marzo del mismo año, y se descubrió sobre el balcon de la Panadería la lápida con la inscripcion en letras de oro. «Plaza de la Constitucion.» Esta lápida fué arrancada y hecha pedazos el dia 11 de mayo de 1814 con gran algazara, y en aquel mismo dia alzaban los vendedores de la plaza tres arcos de verdura para recibir á Fernando VII de regreso de su cautiverio. En marzo de 1820 fué de nuevo restablecida la Constitucion, y colocada una nueva lápida con toda solemnidad y una alegría frenética, y en 24 de mayo de 1823 fué vuelta á arrancar con estrépito á la entrada del duque de Angulema y del ejército francés, sustituyendo en su lugar otra que decia: Plaza Real.

Pero antes de esta última escena habia sido teatro la plaza de otra memorable en la mañana del 7 de julio de 1822, en que se trabó una reñida accion entre la Milicia Na-

—Perfectamente, marqués; la plazuela de las *Delcalzas Reales* no está lejos del sitio, al cual tengo por precision que acudir esta noche.

---

cional y la Guardia Real, sosteniendo aquella la Constitucion y esta al rey absoluto, de que resultó vencedora la primera en las tres calles de la *Amargura*, de *Boteros* y *callejon del Infierno*, que llevaron despues algun tiempo los nombres del *Siete de julio*, del *Triunfo* y de la *Milicia Nacional*.

Por último, habiendo muerto en 29 de setiembre de 1833 el rey Fernando VII, fué proclamada solemnemente en esta plaza su augusta hija doña Isabel II por reina de España y de las Indias; y publicada luego la *Constitucion* de la monarquía, volvió á colocarse otra lápida, aplicando por tercera vez á la plaza este nombre, á costa de tanta sangre disputado.

Todavia los hijos de este siglo hemos llegado á tiempo de presenciar en esta plaza, en dos distintas ocasiones, aquellas magníficas *fiestas reales* de toros, en que ostentaba su grandeza la antigua corte de dos mundos. La primera en 21 de junio de 1833 con motivo de la jura de la princesa de Asturias, hoy reina doña Isabel II, y las últimas en los dias 16, 17 y 18 de octubre de 1846, en celebracion de las bodas de esta misma augusta Señora y de la infanta doña Luisa Fernanda con los duques de Cádiz y de Montpensier. Presentes están en la memoria de todos los habitantes de Madrid el deslumbrador aparato, la animacion y la alegría que ostentó esta hermosa plaza en aquellos dias. Suntuosamente decorada con ricas colgaduras de grana y oro, henchidos sus balcones, gradas y tablados de una inmensa concurrencia, al frente de la cual brillaban en primera línea los augustos novios, la reina madre y señores infantes, los duques de Montpensier y de Aumale, las regias comitivas y todo lo que la corte encierra de mas brillante, ademas del inmenso número de forasteros, entre los que se contaban muchas notabilidades políticas y literarias de los paises estrangeros, que consignaron luego pomposas descripciones de la fiesta, reflejaba dignamente el antiguo poderío y grandeza de la corte de dos mundos. Tambien la bizarría y denuedo de los lidiadores y caballeros en plaza, y en especial del héroe de la fiesta, el capitan *don Antonio Romero*, que quebrando el rejoncillo dejó varios toros muertos á sus piés, colocaron en muy alto punto la proverbial fama del valor español y dieron á los propios y estraños un espectáculo completamente caballeresco y nacional.

Concluidas aquellas reales funciones, y habiéndose de reponer el empedrado de la plaza, el ayuntamiento de 1846 determinó arreglar su pavimento en mas elegante forma, dejando en el centro una esplanada elíptica circundada de bancos y faroles, y de una calle adoquinada para el paso de coches, entre ella y las anchas y cómodas aceras al lado de los portales, y nivelando el piso de estos á las entradas de los arcos y bocas calles, lo que proporciona de este modo un cómodo paseo cubierto. Colocóse en fin en el centro de aquella esplanada sobre un elevado pedestal la estátua ecuestre en bronce de *Felipe III*, que se hallaba en la casa de Campo, y que fué cedida para este objeto por la munificencia de S. M. En dicho pedestal se puso esta inscripcion: *La Reina doña Isabel II, á solicitud del Ayuntamiento de Madrid, mandó colocar en este sitio la estátua del Señor Rey don Felipe III, hijo de esta villa, que restituyó á ella la corte en* 1606, *y en* 1619 *hizo construir esta Plaza Mayor. Año de* 1848.

—Ya veis que sin pensarlo, me pongo al alcance de vuestros deseos. ¿Habeis traido vuestra espada, don Fernando?

—Pocas veces me abandona, y en noches como esta, de ruido y de algazara, nunca están de mas las precauciones. Mas..... ¿Por qué me dirigís semejante pregunta? ¿Pensais proponerme un duelo?

—No lo permita Dios.

—¡Ah! Me parece que empiezo á comprender. Vais á una cita amorosa y me buscais para que os guarde las espaldas..... Habeis hecho bien en honrarme con vuestra confianza, don Luis.

—Y vos habeis acertado de medio á medio; por lo tanto os doy las gracias.

Hablando así los dos caballeros, se corrieron por la calle del *Arenal* hasta la esquina del monasterio que era entonces de *San Martin*, doblaron á la derecha y siguieron hasta el de las *Descalzas Reales*. Entonces se detuvo el marqués de Vera y dijo á su acompañante con acento breve:

—Aquí habeis de esperar mi vuelta, si quereis servirme y obligarme.

—¡Aquí!.... esclamó don Fernando. ¿Intentais por ventura robar alguna religiosa?

—No; quiero averiguar si hay moros hácia la vivienda de cierto doctor Pimentel.....

—¡Del doctor Pimentel habeis dicho, don Luis!

—¿Por qué lo estrañais? ¿Le conoceis acaso?

—Contestadme vos primero. ¿Qué buscais en casa del doctor?

—¿No lo habeis adivinado?

—No.

—¡Ah! ¿Con que ignorais que el gran Hipócrates de la corte de España tiene una hija, que es un verdadero prodigio de hermosura?

Don Fernando apretó los dientes y estuvo á punto de arrojarse sobre el marqués espada en mano; pero se violentó de pronto, con el objeto de enterarse á fondo del nuevo obstáculo que

parecia oponer á su próxima dicha el inesperado amor de aquel hombre, á quien ya miraba como rival. Como apenas creia lo mismo que acababa de oir, anhelaba escucharlo por segunda vez, y para conseguirlo debia mas bien aparentar indiferencia, que obedecer á un sentimiento de cólera, que rebosaba ya en su corazon y casi rugia en sus labios. Detuvo pues al marqués, que se disponia á dejarlo solo, segun se lo habia anunciado, y murmuró con tembloroso acento estas palabras, como provocando una respuesta satisfactoria para él:

—Ved, don Luis, que os equivocais; porque ese doctor Pimentel nunca tuvo hijos; de modo que esa jóven, esa hermosura.....

—Bueno, bueno, ya sé toda la historia, le interrumpió el sobrino del Inquisidor con petulancia.

—¡Y esa historia!..... repuso impetuosamente don Fernando, que á pesar de la resolucion que habia tomado, empezaba á perder su aplomo.

—Esa historia, contestóle el marqués con el mayor descaro, asegura mis pretensiones amorosas.

—No os comprendo.....

—¿De veras? Pues me esplicaré diciéndoos que, si esa hermosura no es hija del doctor Pimentel, lo cual no me importa averiguar, será su pupila ó lo que quiera, y en ese caso, tanto mejor para mí.

—Tanto peor, marqués, tanto peor....

—¿Lo creeis así?

—Así lo creo.

—Yo no, y supuesto que me ha citado para esta noche.....

—Don Luis..... ¿estais seguro?

—¿De qué?

—De que os ha citado esa jóven....

—Vuestra duda, don Fernando, se asemeja á un insulto.

—Tomadla por insulto, si así os place.

—¡Ah! Es decir.....

—Es decir que esa jóven no os ha citado, que esa jóven nunca os ha visto y que no vive donde suponeis.

—De modo que estais mejor informado que yo....

—¿Quién lo duda?

—¿Sois tal vez mi rival?

—No; porque ella no os ama.

—¡Ira de Dios! ¿Cómo lo sabeis?

—Lo sé, porque mañana mismo será mi esposa.

—Gracias á Dios que hemos llegado á entendernos. Suponed sin embargo, que no os convenga esa boda.....

—¿Sois mi tutor para darme consejos?

—Soy vuestro amigo, que es algo mas.

—Mal camino llevais para conservar ese título.

—No he de ocultaros la verdad, aunque lo pierda.

—Y la verdad es, que como solicitais los favores de doña Isabel, os estorban mis derechos.

Don Luis no pudo menos de agradecer interiormente al hijo del duque de Montemar que hubiese pronunciado el nombre de la jóven, supuesto que no lo conocia hasta entonces, pues este descubrimiento le puso en el caso de sostener la discusion con mas aplomo, diciendo:

—He conseguido, don Fernando, el objeto principal que me proponia, esto es, obligaros á confesarme vuestra pasion insensata.

—Cuidado como hablais, marqués, le replicó el enamorado galan, cuya paciencia estaba ya á punto de agotarse.

—Insensata he dicho y no me arrepiento. Ea: espliquémonos como amigos. ¿Qué es lo que buscais en ese enlace, tan poco conveniente á vuestros blasones?

—¿Y vos?

—¡Yo!.... ¡Bah! Eso es otra cosa; yo no estoy enamorado, y puedo aspirar á las buenas gracias de todas las bellezas de la corte.

—Sois un impertinente, don Luis.

—No nos amostacemos, caballero de Montemar, y responded á mi pregunta.

—Lo haria si reconociese en vos el derecho de dirigírmela.

—Pues bien, responderé por vos. Vais á casaros con una jóven, que no tiene padres conocidos ni bienes de fortuna; vais á manchar el claro lustre de vuestro linaje, uniendo vuestra suerte á la de una aventurera.....

—Sacad vuestra espada, marqués, gritó don Fernando fuera de sí, ó por el alma de mi madre que voy á mataros antes de dos minutos.

Y terciando al mismo tiempo su capa, desnudó el acero con furia y esperó á pié firme la resolucion del marqués. Éste dió un salto hácia atrás, empuñó la espada y dijo al irritado jóven:

—Nunca pude imaginar que las cosas llegasen á tal estremo: he querido apartaros de vuestra perdicion, impidiendo que os deshonreis.....

—Defendeos, defendeos y echad un nudo á la lengua, le replicó don Fernando.

—Escuchadme primero, seo valiente, observó don Luis.

—Nada escucho, y..... por Dios, que no respondo de mí.

—De lo cual se deduce que, á guisa de lobo rabioso, estais dispuesto á despedazarme, antes que me ponga en guardia.

—Poneos pues, por Satanás. ¿No veis que he esperado mas tiempo del que debiera?

—Corriente; mas, quede convenido entre los dos que me proponeis un duelo.

—¡Oh! Esto es ya mucho abusar. ¿Seriais un cobarde, marqués.

—Eso lo veremos pronto; pero importa mucho la advertencia que acabo de haceros, porque son muy rigurosas las leyes contra los provocadores.

—¿Y á qué me habeis traido á esta plazuela?

—Ya lo sabeis; á haceros desistir de ese matrimonio, que echa un borron indeleble sobre vuestra familia.

—No; me habeis traido para insultarme.

—Los consejos no son insultos.

—Y á vuestros consejos he respondido.....

—Habeis respondido, asegurándome que os casareis.

—Y os lo aseguro de nuevo.

—Nada importa que lo asegureis, supuesto que estoy aquí para estorbarlo.

—Y yo para atravesar vuestro corazon de parte á parte.

—Luego me provocais.....

—Sí; os provoco..... os desafio á muerte, porque sois un infame mal nacido. ¿Lo entendeis ahora?.... ¿Os poneis en guardia, ó preferís que os mate como á un perro?

—Ya que no hay otro recurso, ya que me obligais á escarnecer las leyes, sea. En guardia estoy.

—Os advierto, marqués, que uno de los dos ha de quedar en el sitio.

—¿Sí? Pues preciso es que ese uno seais vos.

Y antes de concluir la frase, se precipitó don Luis con terrible acometida contra su adversario, creyendo que le cogia desprevenido. Pero el hijo de Montemar no le perdia de vista y paró con la mayor destreza aquella estocada traidora, no sin que toda la sangre de sus venas afluyese á su cerebro por tan insigne felonía. Desde aquel instante perdió su serenidad y acometió al marqués desesperadamente, como un loco, sin cuidarse de resguardar su pecho, y haciendo perder terreno á su enemigo hasta el centro de la plazuela. Allí le acosó de nuevo con increible arrojo, resuelto á no dejarle respirar, imaginando que se aprovecharia del menor descuido suyo, para matarle á traicion; y su pensamiento le salió maravillosamente, porque don Luis se encontraba en grande apuro. Era un duelista consumado, manejaba el acero como muy pocos en la corte, y fiado en su destreza que todos temian, se figuró desde un principio que el habérselas con don Fernando era negocio de escasa importancia para su valor. No tardó sin embargo en reconocer que la impetuosidad y el arrojo, siempre crecientes, del enamorado jóven oponian un obstáculo insuperable á todas sus reglas y combinaciones. En vano pretendia aprovechar *los*

*descubiertos* de su incansable competidor para herirle, porque al ejecutarlo con sagaz empeño, se encontraba con dos ó tres estocadas seguidas á que atender, para no quedar atravesado. Agotábanse de este modo sus esfuerzos en una defensa, que por segundos se iba haciendo imposible, y calculando que no podia continuar sin peligro oponiéndose á aquel diluvio de acometidas, determinó concluir de una vez tomando la ofensiva, pero esto le perdió, porque una de las estocadas del amante de doña Isabel llegó á tocarle, cuando él, desdeñándose de pararla, dirigia la punta de su espada contra el pecho de su adversario. La de don Fernando le habia atravesado el pecho.

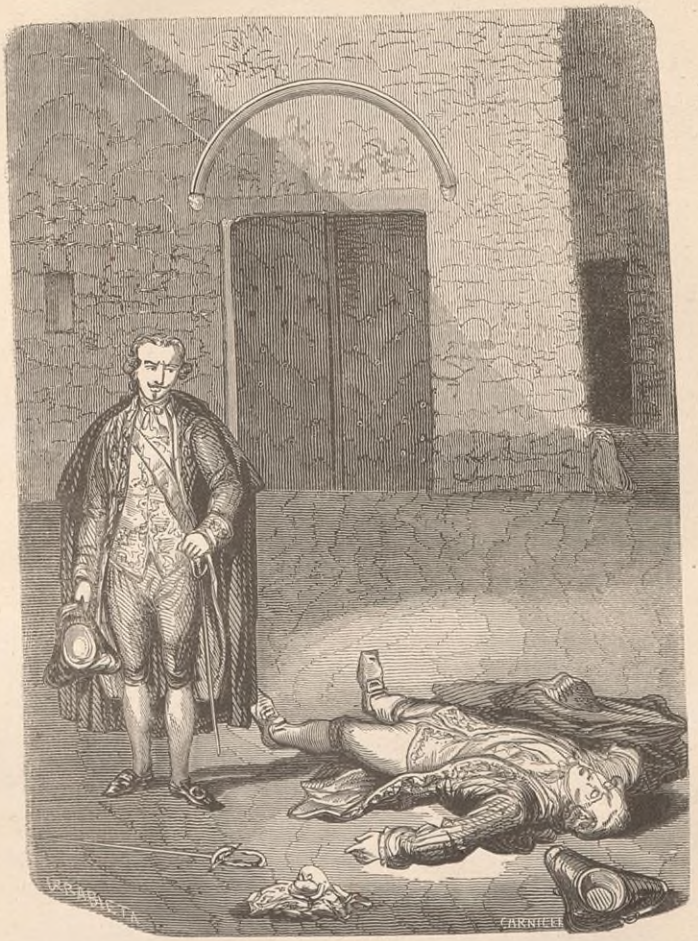
Dobló las rodillas, dejó escapar el acero de sus manos y esclamó con voz doliente:

—Muerto soy.....

Don Fernando se apresuró á valerle, pero todo socorro era inútil; acababa de apoyar en tierra sus manos, que no pudieron sostener el peso de su cuerpo, y cayó cuan largo era, murmurando:

—¡Tio y señor!.... ¡Dios mio!.... Imposible..... perdon.....

Estas fueron sus últimas palabras. El primogénito de Montemar se inclinó sobre él, y conociendo que no existia, limpió su espada con su propio pañuelo, que arrojó junto al cadáver, la envainó, y despues de rezar un *Padre nuestro* por el alma del marqués, salió pausadamente de la plazuela, dirigiéndose á la morada de doña Beatriz de Zúñiga.



Despues de rezar un Padre Nuestro por el alma del marqués, salió de la plazuela.

# CAPÍTULO XVIII.

El rey don Cárlos cumple su palabra á don Fernando y Paco Ranera comete una necedad.

A la misma hora poco mas ó menos en que el marqués de Vera pasaba de este mundo al otro, se abrian las puertas de los calabozos de la Inquisicion de Madrid, para dar entrada á dos personages de la primera nobleza del reino y á un hombre oscuro. Acababan en efecto de ser arrestados por los familiares del Santo Oficio, con todas las formalidades secretas de costumbre, el duque de Montemar, gobernador de la corte, el marqués de los Velez y el escudero Gonzalo, ó el *rezador*, como le llamaba su buen amigo Paco Ranera.

A las cuatro de la mañana siguiente llamaron dos familiares á la puerta del doctor Pimentel é intimaron á éste que les siguiese, en virtud de la órden que tenian de conducirle á las prisiones de la *Suprema*. A veinte pasos de la casa se habia detenido un carruage celular; subió á él sin resistencia el anciano, porque

¿quién se oponia á los mandatos terribles de la Inquisicion? y fué á aumentar el número de los que gemian en sus encierros.

A las once llamó el rey don Cárlos al gobernador de Madrid, para que le acompañase en la celebracion de cierta ceremonia, que se debia verificar en la Real capilla, y supo con estrañeza que el gobernador habia desaparecido, y que ni don Fernando ni los criados de su casa tenian la menor noticia de su paradero.

Y como el pueblo de Madrid no podia permanecer sin gobernador en dias de tanto bullicio y algazara, mandó el rey que al punto entrase á desempeñar interinamente dicho cargo el marqués de los Velez. Mas tambien fueron á decirle, que tampoco el marqués se hallaba en la corte desde la noche anterior, y que su afligida esposa y su familia ignoraban si estaba vivo y muerto.

Con estos informes subió de punto la estrañeza de don Cárlos; pero como era preciso proveer la plaza vacante, recayó el nombramiento en el marqués de Sarriá, que para bien del público sosiego no habia desaparecido como los otros. Fuera ya de este cuidado, el rey hizo avisar á su ministro Esquilache y al conde de Aranda, presidente del Consejo supremo de Castilla y se encerró con ellos.

A las doce se hallaban en la Real cámara y en presencia de S. M. los dichos señores marqués de Esquilache y conde de Aranda, doña Beatriz de Zúñiga, doña Isabel de Borbon y don Fernando de Montemar. La capilla resplandecia como un áscua de oro, por el reflejo de las luces que ardian ante el altar, y las dos guardias española y flamenca, con sus uniformes de gala, se estendian en severa formacion por los corredores de palacio.

—Marchemos, dijo el rey, dando la mano á doña Beatriz, es tarde y el señor arzobispo nos aguarda.

No bien habia pronunciado estas razones, y cuando ya la comitiva se ponia en marcha, apareció en el dintel de la puerta el arzobispo de Toledo, pero tan pálido y trémulo, que todos se detuvieron sobrecogidos. El prelado no obstante se adelantó, y besando la mano al monarca, le dijo con humilde acento:

—Señor, Dios sabe con qué respeto y adhesion acato las reales órdenes y deseos de V. M. Hoy sin embargo no me es posible autorizar el matrimonio, que debia tener efecto en este mismo instante.

—Motivos poderosos deben retraeros de esa sagrada obligacion, señor arzobispo, le contestó don Cárlos con visibles muestras de disgusto, mientras doña Beatriz, doña Isabel y don Fernando se preguntaban mútuamente con miradas inquietas y temerosas, cual podia ser la causa de tan inesperado contratiempo.

—Poderosísimos, Señor, repuso el arzobispo inclinándose, pues á no ser así.....

—Hacédmelos conocer, le interrumpió el hijo de Felipe V con voz temblorosa, que presagiaba tempestad.

—Acabo de recibir un mandato espreso, que me prohibe obedecer en ese punto á V. M., á menos que.....

—¡Que os prohibe obedecerme! esclamó el rey, que apenas creia lo mismo que escuchaba. ¿Lo habeis oido bien, conde de Aranda? añadió dirigiéndose al presidente de Castilla. El señor arzobispo de Toledo ha recibido mandatos, que le prohiben obedecer los mios. ¿Cuántos reyes hay en España, señores?

—Perdóneme V. M. balbuceó el prelado, soy humilde súbdito de la Iglesia.

—Todos lo son en mis dominios, replicó el rey.

—Dígnese pues V. M. leer este escrito.

Y puso en manos del monarca un pliego, en cuyo sello de lacre verde, que el arzobispo habia roto para abrirlo, figuraban las armas de la Santa Inquisicion.

Don Cárlos leyó lo que sigue:

«Se amonesta al muy reverendo arzobispo de la diócesis de Toledo, bajo las penas en que incurra por su desobediencia, para que prohiba á todos los párrocos de su jurisdiccion, que autoricen ó den licencia á otros sacerdotes, para autorizar en debida forma el matrimonio de don Fernando de Montemar, hijo mayor del duque de este mismo título, con la hija, pupila ó lo que

sea del doctor Pimentel, médico que fué de cámara de S. M. el rey don Felipe V, que esté en gloria. Así mismo se le hace saber, que quedará sujeto á la pena de *Excomunion mayor*, si autorizase por sí la celebracion de dicho matrimonio, antes de recibir nuevas instrucciones de este Santo Tribunal, á no ser que la voluntad espresa y terminante de S. M. el rey nuestro Señor, que Dios guarde, le obligue y le fuerce á ello, con menoscabo de las preeminencias, privilegios y prerogativas, que atañen y competen á la Suprema Inquisicion de estos reinos y señoríos.

El Inquisidor Mayor.

*Por acuerdo,*

Dr. fray Toribio Morales.

Terminada la lectura, cuyo contenido sorprendió estraordinariamente á todos los circunstantes, pasó el rey el pliego al conde de Aranda, y despues de hablar cortos instantes en voz baja con el ministro Esquilache, volvióse hácia el arzobispo de Toledo y le dijo:

—Tomo sobre mi conciencia la celebracion del matrimonio de don Fernando de Montemar con doña Isabel de Borbon mi sobrina.

—¡Vuestra sobrina, Señor! esclamó el prelado sorprendido.

—De modo, prosiguió don Cárlos con aplomo, que ya podeis dar al señor Inquisidor mayor una importante noticia; tan importante que bastará, á no dudarlo, para que anule esa terrible amonestacion que os ha dirigido.

—¡Ah, Señor! ¡Con cuánto placer voy á escucharla de los augustos labios de V. M!

—¡Cómo! ¿No la adivinais?

Y viendo el rey que el arzobispo, á quien profesaba tiernísima estimacion por sus evangélicas virtudes y profunda sabiduria, le miraba con la boca abierta y los ojos desencajados, añadió sonriéndose:

—Poned, señor arzobispo, en conocimiento del señor Inquisidor mayor, que la prometida esposa, mejor dicho, la esposa

legítima de don Fernando de Montemar, cuya union vais á bendecir, no es hija, ni pupila, ni otra cosa alguna del doctor Pimentel, sino hija reconocida del señor delfin de Francia y de su esposa, por poderes, la señora infanta doña María Teresa de Borbon, mi muy querida hermana, que aquí está presente. Ya veis que, faltando como faltan, y no existiendo como no existen las circunstancias contenidas en la amonestacion del Santo Oficio, respecto á la novia, cuyo nombre por otra parte tampoco aparece en ella, dicha amonestacion es nula y de ningun valor.

—V. M. ha salvado todas las dificultades, respondió el arzobispo, y solo espero que me conceda una gracia para descargo de mi conciencia.

—Hablad, que si es justa, estoy pronto á complaceros.

—Consiste en que me permita V. M. enterar al Inquisidor mayor de lo que ocurre, antes de que pasemos á la Real capilla.

—¿Con qué objeto, señor arzobispo?

—A fin de que por otro acuerdo de la *Suprema*, se me levante la amonestacion.

—Ya se os levantará, despues de autorizado el matrimonio.

—Señor, dígnese V. M. aplazarlo para mañana.

—Ni cinco minutos; es imposible..... marchemos, señores.

—¿Insiste pues V. M?

—Insisto, y como vuestro rey y Señor, os lo mando.

Nada habia que replicar á una órden tan terminante, pronunciada con tanta brevedad como energía.

El arzobispo bajó la cabeza con profundísimo respeto y se dirigió el primero á la capilla Real; siguiéronle el rey y las demás personas que habian presenciado la anterior escena. Media hora despues era don Fernando de Montemar afortunado esposo de su adorada doña Isabel.

Al besar la mano á don Cárlos, terminada que fué la ceremonia, le habia dicho éste:

—No os inquieteis por el duque vuestro padre; nada emprendais para descubrir su paradero, pues yo sé donde está.

Y como don Fernando habia declarado al rey la noche antes, en casa de doña Beatriz de Zúñiga, lo que acababa de ocurrirle en la plazuela de las *Descalzas Reales* con el marqués de Vera, y el rey se habia comprometido á no revelar á la Justicia de S. M. la confidencia del jóven, hecha de caballero á caballero, el último se entregó sin reserva á la felicidad por tanto tiempo esperada y que por fin le sonreia dulcemente en los brazos de su querida prenda.

No estaba ocioso entretanto el tribunal del Santo Oficio. Verdad es que no se habian realizado los temores espresados en aquella carta, que habia recibido el fiscal mayor de la *Suprema*, sobre un motin popular contra la misma. El pueblo no hizo otra cosa que solazarse durante la noche por las calles de Madrid con estraordinario estrépito y regocijo, dando vivas al rey y á la reina; pero como no ignoramos, habian entrado en los calabozos de la Inquisicion varios presos de importancia, complicados, si hemos de atenernos á ciertas razones del fiscal mayor, en una causa secreta formada hacia ya algunos años, sobre la desaparicion de una ilustre señora. El Tribuual de la Fé, que nunca se habia considerado bastante poderoso para habérselas en público con un monarca del temple de Felipe V, instruyó con sigilo misterioso un espediente de cargos y de averiguaciones, respecto á la suerte probable de la infanta doña María Teresa, espediente que fué preciso hacer dormir en el archivo de la *Suprema*, por cuanto nada resultaba contra persona alguna. Durante el reinado de Fernando VI, tampoco tuvo interés la Inquisicion en agitar este negocio: pero llamado al trono el rey de Nápoles, cuyo entrañable afecto á su perdida hermana nadie ponia en duda, era cuestion de preponderancia y de influencia para el Santo Oficio, en los consejos de la corona, reunir antecendentes, buscar testigos y hacer revivir desde el fondo de la tumba una causa, que desde luego probaria á don Cárlos la adhesion de la *Suprema* hácia su augusta familia, por inútiles que, en último término, fuesen los resultados de las actuaciones.

Paco Ranera el tabernero, como todos los buenos pícaros de este mundo, era timorato en apariencia: es decir, que oia misa todos los dias de precepto y en las fiestas de guardar, y se confesaba indispensablemente una vez al mes con un religioso de la órden de Predicadores de *Santo Tomás*, imaginando que, de este modo, su conducta religiosa á los ojos del mundo echaria un tupido velo sobre su vida criminal. Ahora bien; el demonio que le inspiraba para perderle, le sopló la idea de consultar á su confesor lo que debia hacer, en vista de la última conversacion que habia tenido con Gonzalo, en la taberna del *Raposo*. Díjole que el duque de Montemar perseguia á una jóven; que esta jóven pasaba por hija del doctor Pimentel y que el hijo del duque iba á casarse con ella en breve, bajo los auspicios de la madre de la niña, que segun le habia asegurado Gonzalo, por mal nombre el *rezador*, aunque nunca rezaba, no era otra mas que la infanta doña Maria Teresa, hermana de S. M. el rey.

¿Qué motivos pudieron obligar á Paco Ranera á echarse en brazos de una resolucion tan estraña? Seamos justos, examinemos el caso en dos palabras y esos motivos nos parecerán plausibles, aun cuando, como hemos dicho, el demonio se hubiese apoderado de él, para proporcionarle el castigo que merecia.

La muerte del Gato era un acontecimiento, que pesaba estraordinariamente sobre su conciencia; no porque estuviese arrepentido de aquel crímen, sino porque preveia el instante, en que se descubriesen sus perpetradores; pues conjeturaba que la inocencia reconocida del doctor Cornejo redoblaria la actividad, hasta entonces burlada, del juez: en cuanto á la proteccion de don Fernando de Montemar, que le habia ofrecido el *rezador*, no ignoraba sus alcances en tan feo negocio, y preferia desentenderse de contestaciones con la justicia.

A estos honores se agregaba la complicacion de sucesos en que, con motivo de los planes del duque de Montemar para apoderarse de doña Isabel, le habia comprometido Gonzalo, cuya conducta le parecia á todas luces sospechosa de traicion. Esto

mismo habia pensado al principio de su última plática con el escudero, y aun juró interiormente que su interlocutor no saldria vivo de la calle de los *Tintes*; pero el demonio de la codicia le cegó, cuando Gonzalo puso ante sus fascinados ojos la perspectiva de las enormes sumas que muy pronto debia percibir, y dejó escapar la ocasion de vengarse. Pesóle despues en el alma; porque al examinar su situacion, vió que, por las malas artes del *rezador*, habia engañado al duque de Montemar, enemigo poderoso, si los habia; que habia consentido en la soltura de Mendo, testigo irrecusable, cuya presencia podia conducir al estremo de quedar identificada la persona del Gato; y que nada, en resumidas cuentas, debia prometerse de la infanta doña María Teresa, ni de don Fernando, ni de doña Isabel, personages que no figuraban en el círculo de sus relaciones directas, supuesto que nunca se habia empleado en su servicio.

El gefe de los *Mendigos* veia muy turbio su porvenir, y aumentaba la confusion y el embrollo de sus propias ideas la seguridad del descontento, que un desengaño terrible iba á despertar entre su gente, transcurrido el plazo de ocho dias, impuesto por el *rezador*. Del descontento á la insubordinacion ó á la desobediencia solo habia un paso; y como entonces iban á ser muchos los quejosos, y todos á causa del mismo asunto que habia producido la muerte del Gato, á quien un encadenamiento fatal de circunstancias iba á dar la razon entre sus compañeros, y no era fácil que Paco Ranera hiciese asesinar sobre la marcha á hombres tan resueltos como el Viejo, el Vizco, Pedrillo y el Atravesao, echóse á discurrir un medio, que le proporcionase salir sano y salvo de todos los peligros que le amenazaban.

El dia siguiente al de su diálogo con el escudero de Pimentel era el mismo, en que acostumbraba confesarse todos los meses. Fué pues á *Santo Tomás* y se postró humildemente ante el tribunal de la penitencia; mas como su pensamiento estaba fijo en las traiciones de su antiguo camarada y en las terribles consecuencias que podian acarrearle, no acertó á contenerse en los límites

que le aconsejaba su seguridad, y espuso al padre dominico todo lo que tenia relacion con doña Isabel, con la infanta y con el duque de Montemar, bajo la fé de Gonzalo.

Casualmente era inquisidor aquel religioso, y no tardó en saber el fiscal de la *Suprema* las novedades que ocurrian; el fiscal las puso inmediatamente en conocimiento del Inquisidor mayor, y éste, despues de consultado el acuerdo, estendió la órden para que fuesen reducidos á prision el duque de Montemar, el marqués de los Velez, contra quien en la primitiva causa aparecian indicios de que habia cooperado á la desaparicion de la hermana del rey, el escudero Gonzalo y una doña Beatriz de Zúñiga, mezclada en las deposiciones del confesor de Paco Ranera de un modo bastante vago para desorientar al Santo Oficio.

Ya nos hemos enterado dal arresto sigiloso de los tres primeros; en cuanto á doña Beatriz, no ignoramos que, segun aviso del alguacil mayor, no se la encontraba, y solo podemos añadir que se hacian pesquisas incesantes por toda la poblacion, para averiguar secretamente su paradero.

Nos olvidábamos del doctor Pimentel, que iba á ser acusado por dos crímenes; el de la desaparicion de la infanta y el de los hechizos que, segun se suponia, habia dado al primogénito de Montemar, para que se casase con su hija, pupila ó lo que fuese. La señora Marta, la fidelísima ama de llaves del doctor Cornejo, exasperada por la escandalosa escena de su rapto, no acertando á quien echar la culpa de aquel terrible ataque contra su virtud, pero sabiendo que el duque de Montemar lo habia dispuesto contra doña Isabel, y sospechando que su intencion habia sido apartar á don Fernando de aquellos amores, (porque desde luego dió por seguro que existian) se revolvió contra Pimentel como una hiena herida, juró que habia de vengarse de la afrenta que habia sufrido por otra, y dijo que, pues aquella otra era hija, ó pupila, ó algo del doctor, éste se las habia de pagar con tercio y quinto. La señora Marta, aunque dechado de dueñas, no se contentaba con hablar. Buscó por consiguiente al Inquisidor mayor y denunció al sabio médico de Felipe V, como hechicero.

El Inquisidor mayor escribió su denuncia, despidió á la dueña, y como habia tenido noticia de que el arzobispo de Toledo iba á casar al dia siguiente á don Fernando de Montemar con doña Isabel, bajo los auspicios del rey don Cárlos, le dirigió la amonestacion que hemos leido y que no surtió efecto alguno contra la dicha de los dos amantes.

Así las cosas, proveyó el Santo Oficio órdenes urgentes para que se tomasen declaraciones á los presos, *con la cautela y prevencion de costumbre.*

# CAPÍTULO XIX.

La confesion con cargos.

Debemos recordar que el Inquisidor mayor habia encargado muy particularmente al fiscal de la *Suprema*, que tomase declaracion á cada una de las personas durante la noche; pero esto en manera alguna se oponia á las órdenes urgentes de que acabamos de hablar al fin del anterior capítulo. El Tribunal de la Fé nunca decia á sus presos los delitos porque se les formaba causa; procedia con ellos como si le fuesen hombres desconocidos, convenciéndoles de que sus respuestas habian de bastar para absolverlos ó condenarlos; porque nunca se hablaba de testigos ni de pruebas, y cuando los veia enredados en un laberinto sin salida, merced á la sutileza de sus tortuosos procedimientos, les presentaba formidables cargos, recogidos con infernal astucia de sus propias confesiones y de las noticias pérfidamente confidenciales que adquiria sobre la vida, costumbres y secretos de las familias.

A este método se llamaba tomar declaraciones con *cautela y prevencion*, y nada tenia que ver con las primeras, que prestaban los arrestados al entrar en las cárceles de la Inquisicion. Reducíanse estas á preguntarles sus nombres, edades, profesiones, religion y estado, y solo despues que constaban sus respuestas era cuando el tribunal proveia auto para empezar á tejer la red espesa, en que debian por precision caer las víctimas de su incansable celo.

Don Cosme era un fiscal que se pintaba solo para hacer incurrir á los acusados en contradicciones monstruosas. Seguro del hecho que daba motivo para la formacion del proceso, sabia ocultarlo con tanta habilidad, se producia en los interrogatorios con tan insinuante dulzura, que al punto conquistaba las voluntades de aquellos infelices, cuya esperanza dependia de sus alegatos. Suponia, y daba como probados y seguros, crímenes que los presuntos reos no habian cometido, para oirlos negar con el calor y la conviccion que á una conciencia tranquila comunica la inocencia; entonces aguzaba su ingenio, y de insinuacion en insinuacion, de cargo en cargo, de coartada en coartada, dirigia sus tiros al blanco y llevaba insensiblemente las declaraciones al verdadero objeto. Una vez allí, el preso no podia volverse atrás, porque don Cosme le apretaba deduciendo lógicamente consecuencia sobre consecuencia; el desdichado se turbaba, empeñándose en esplicar á su favor lo que su poderoso contrincante no queria que tuviese esplicaciones, y de estas mismas, notablemente alteradas, de su turbacion, de su empeño en argüir y de sus negativas, que aparecian despues como otras tantas falsedades para ocultar el delito, resultaba un capítulo de culpas, cuya esposicion, en la vista de la causa, era la sentencia de muerte de un hombre, que sin saber como se habia condenado á sí mismo.

Esta vez sin embargo tenia que habérselas con cuatro justadores, resueltos á esquivar el golpe que acababa de sorprenderles cuando menos lo esperaban. El duque de Montemar iba á recojerse, despues de haber dictado las órdenes convenientes para

que no se turbase el órden público, cuando se le presentó el alguacil mayor del Santo Oficio, pidiéndole en nombre del Inquisidor mayor, que tuviese á bien pasar á verle, para enterarle de asuntos que no admitian espera. El alguacil mayor era sabueso esperimentado y conocia que era preciso manejar el negocio de la prision del magnate con ciertos rodeos y precauciones; y como el duque no podia sospechar que se le prendiese, y mucho menos cuando su valimiento con el rey don Cárlos le aseguraba una autoridad sin límites en la corte, siguió al esbirro sin el menor recelo hasta la Inquisicion. Los familiares, que ya estaban alerta, se echaron sobre él de improviso, le desarmaron, y antes que pudiese recobrarse de su sorpresa, dieron con él en un calabozo, cuya puerta se cerró como por encanto.

El marqués de los Velez llamaba á la puerta de su casa, cuando apareció á su vista un familiar que tocándole en el hombro, le ordenó que le siguiese en nombre de la Santa Inquisicion. Hízose atrás el marqués asombrado, ó tal vez con intento de requerir la espada, pero al punto cayeron sobre él otros cuatro esbirros, que en cinco minutos le pusieron una mordaza y despues de maniatarle, le llevaron silenciosamente á un coche estacionado á la vuelta de la calle. El coche partió y al cabo de un cuarto de hora se encontró el preso en un calabozo de la *Suprema*.

Con Gonzalo no hubo precision de gastar tantos cumplimientos. Se presentaron dos familiares á la señora Marta, ama de llaves del doctor Cornejo, y ésta los condujo al *Postigo de San Martin*. El escudero bajó llamado por la dueña, y ésta le dijo cuando le llevaban los esbirros:—Anda, anda, seo bribon, que tan brujo has de ser tú como tu amo.

Al siguiente dia fué llamado el duque al tribunal, pero se negó á obedecer aquella órden y dijo á su carcelero:

—Puedes avisar al Inquisidor mayor que quiero hablarle.

Y viendo que el carcelero no se movia de la puerta, cogió con ira el banquillo del calabozo y se lo arrojó á la cabeza gritando:

—Pícaro, te lo manda el duque de Montemar, gobernador de Madrid.

El carcelero evitó el proyectil agachándose; en seguida cerró la puerta y huyó.

Media hora despues de este lance, entró un familiar en el calabozo del marqués de los Velez.

—¿Qué buscas aquí? le preguntó éste.

—Vengo para llevaros á la sala del tribunal, respondió el familiar con meloso acento.

—¡Para llevarme!... esclamó el caballero. ¡Ah!... Sí; como anoche sin duda.... con mordaza y sin poder manejar los brazos... Respóndeme. ¿Eres por ventura uno de los pillos que me prendieron?

—¡Que os prendieron, señor marqués! repuso el esbirro con increible desvergüenza. ¿Pues no vinisteis vos mismo y por vuestra propia voluntad á constituiros en prision?

El marqués perdió los estribos y abalanzándose al familiar, hizo presa en él por la cintura, levantóle en alto y le arrojó de cabeza fuera del encierro. Pero la puerta estaba vigilada por la parte esterior y se cerró inmediatamente.

No habian transcurrido tres cuartos de hora, cuando Gonzalo, que atribuia la causa de su arresto á alguna denuncia de la señora Marta y estaba formando mil planes de evasion, observó que se movia un bulto en su calabozo.

—¡Eh!... ¿Qué es eso?.... ¿Quién anda por ahí? preguntó haciendo la señal de la cruz, porque aquella noche habia soñado que Lucifer se llevaba su alma.

—Vamos; no te santigües ahora, que no soy el diablo y tiempo te queda, cuando vayan á tostar tu cuerpo, de encomendar tu alma á Dios, le respondió su calabocero.

—Pues bien, repuso el *rezador*, si eres hombre de barro convertido en carne, y no alimaña asquerosa del otro mundo, esplícame por qué estoy preso, y qué van á hacer de mí.

—No he venido á semejante cosa, replicó el guardian.

—¿Y á qué has venido?

—A ordenarte que me sigas.



Apuntando al bulto de su enemigo, le disparó la vasija furiosamente, cuando llegaba al dintel del calabozo.

—Sepamos primero hácia qué parte.

—¿Todavia no te has acostumbrado á la oscuridad? Sigue al frente y encontrarás la puerta.

—No pregunto eso.

—Mejor será que obedezcas en silencio.

—No tal; quiero enterarme del sitio, á que deseas conducirme.

—Me está prohibido revelártelo.

—¿Por qué?

—Tampoco te interesa.

—¡Bah! ¿Con que no me interesa conocer el motivo de tantos misterios?

—En vano me preguntas, sígueme y calla.

—¿Y qué acontecerá, si me niego á complacerte?

—Que te llevaré yo.

—¿Cómo?

—A la fuerza.

—Imposible.

—¡Ah! ¿Eres contumaz? Ahora nos veremos las caras.

Gonzalo no habia perdido el tiempo durante el diálogo anterior; sabia ir á tientas hasta el rincon, en que se hallaba el cántaro lleno de agua que le habian llevado al encerrarle, y cuando el calabocero se volvió hácia la puerta para pedir auxilio á los vigilantes, hizo de pronto su composicion de lugar, dió un salto hasta la vasija, la embrazó con fuerza y apuntando al bulto de su enemigo, se la disparó furiosamente cuando llegaba éste al dintel del calabozo. El cántaro no llegó á tocarle por fortuna, pero se rompió en mil pedazos contra la puerta que solo estaba medio entornada, y el carcelero, que oyó el estrépito y se vió inundado de agua desde la cabeza hasta los piés, púsose en salvo en dos brincos pidiendo socorro y aseguró la puerta, para que no le persiguiese el contumaz.

Decididamente aquellos tres presos no tenian por conveniente presentarse, para ser juzgados por el supremo tribunal de la Santa Inquisicion.

El duque de Montemar contaba con la poderosa proteccion del rey; el marqués de los Velez con la brillante posicion que ocupaba en la corte, con sus relaciones de familia, con el favor del mismo don Cárlos; y Gonzalo el *rezador* con su propia trastienda y buena fortuna, que hasta entonces siempre le habia protegido.

Pero habia en los calabozos del Santo Oficio otro preso, el doctor Pimentel, que solo contaba con su inocencia, supuesto que no podia prever los motivos de su arresto y los achacaba á alguna denuncia sobre materias de religion. Juzgó pues que no debia oponerse á comparecer ante el tremendo tribunal por no agravar su suerte, y siguió á un religioso encargado de conducirle á la sala, en que hicimos conocimiento con el fiscal don Cosme, con el Inquisidor mayor y con su sobrino el marqués de Vera, muerto á manos de don Fernando.

Las tres velas amarillas arrojaban un siniestro resplandor sobre los objetos de tan lúgubre recinto, que se confundian con las negras colgaduras de sus elevados muros. En el estrado y delante de la mesa leia don Cosme en un enorme *in folio*, y á su derecha, en uno de los costados de la misma, se destacaba la tétrica figura de un eclesiástico, inmóvil en su asiento, con la pluma en la mano y la mirada fija en los papeles esparcidos en torno suyo.

Pimentel abarcó con una sola ojeada aquel imponente alarde, de que se revestia la Inquisicion contra la firmeza de los presos, así como habia abarcado con otra los terribles instrumentos de tortura, amontonados en el inmenso salon que acababa de atravesar, en compañía del religioso que le guiaba silenciosamente, y de cuatro esbirros que se les habian reunido en el tránsito.

Los cuatro esbirros y el religioso se quedaron á la entrada del tribunal y el último hizo seña al doctor para que se adelantase hasta el banquillo negro.

El doctor obedeció, sacó su pañuelo que estendió sobre el banquillo y no tuvo reparo en sentarse.

Don Cosme levantó la cabeza despues de cerrar el *in folio* é hizo seña al eclesiástico, sin duda para que se preparase á escribir.

En seguida preguntó á Pimentel:

—¿Quién sois?

—Debeis saberlo perfectamente, señor fiscal, le contestó el doctor levantándose y saludando.

—Volved á ocupar vuestro asiento, repuso don Cosme con benévola sonrisa, y ante todo recojeos bien en vuestro interior y pensad en lo que vais á declarar. Os he preguntado quién sois.

—Y os he respondido que lo sabeis, supuesto que hoy mismo al amanecer, cuando me han traido aquí, me habeis dirigido esa pregunta y os he satisfecho.

—Aquí entran muchos y no es fácil reconocer los nombres por las fisonomías. ¿Os negais á repetir el vuestro?

—De ningun modo; es muy conocido en la corte; me llaman el doctor Pimentel.

—Escribid, murmuró el fiscal dirigiéndose al sacerdote, no que se llame el doctor Pimentel, sino que así le llaman. Esta mañana aseguró que su apellido es ese.... Bueno; ya hemos cojido una contradiccion.

Y volviéndose hácia el acusado añadió:

—Algo mas habeis dicho, si mal no recuerdo.

—¿Algo mas que mi nombre? replicó el doctor.

—Sí; ayudad á mi memoria.

—No lo recuerdo.

—Me parece imposible que se os haya olvidado tan pronto.

—Os juro, señor fiscal.....

—Eso, eso; bien lo afirmaba yo..... me habeis llamado fiscal dos veces..... antes y ahora.

—¿No lo sois por ventura?

—¿Cómo lo sabeis?

—Os conozco hace mucho tiempo, señor don Cosme.

—De que me conozcais á que hayais adivinado mi empleo hay

notable diferencia; y como nadie puede haberos instruido de las funciones que ejerzo, deduzco.....

—¿Qué deducís?

—Lo que por vuestro bien vais á confesarme, y no os pesará.

—Dispuesto estoy á todo lo que redunde en mi beneficio.

—Así lo deseo y espero, para que el negocio de vuestra causa se termine en breve.

—Insinuadme lo que he de hacer.

—Cosa muy fácil; instruidme de esos medios sobrenaturales.....

—¡Sobrenaturales!.... ¡Qué escucho!....

—Es decir, de esos medios que vuestra profunda sabiduría ha encontrado para averiguar lo desconocido.

—Ignoro lo que intentais darme á entender. La naturaleza oculta maravillosos secretos, que solo llega á descubrir el ojo de Dios; la ciencia del hombre tiene por objeto perseguir á la naturaleza en sus misteriosas elucubraciones, para alcanzar una parte, mínima siempre, imperceptible apenas, de lo que Dios se reserva para sí solo. ¿Aludís á esto, señor don Cosme?

—Algo hay..... algo hay, dijo el fiscal con fruicion; proseguid.

—Pues bien; yo he trabajado noche y dia por espacio de muchos años, para apoderarme del gran secreto de la naturaleza, á saber, la reproduccion de los seres animados y de los inanimados, segun el vulgo, como si estos últimos existiesen sin vida.

—¿Y qué consecuencias sacais de vuestros interminables estudios?

—Que el hombre no muere de vejez ni por enfermedad, sino porque se consume en él la sávia de su existencia. La conservacion de esa sávia es el grande arcano de la medicina.

—Es de inferir que lo poseeis.....

—Señor don Cosme, acabais de compararme á Dios.

Mordióse el fiscal los lábios, comprendiendo que le seria muy difícil, sino imposible, convencer de brujería á su contrincante y procuró retorcer, como suele decirse, el argumento, con el objeto de embrollar á aquel hombre superior.

—Segun eso, le dijo con la mayor sencillez, la medicina es una profanacion.

—Como tal la considero, observó Pimentel sin desconcertarse, cuando traspasa los límites prescritos por la naturaleza, ó lo que es igual, por el dedo de Dios á sus investigaciones.

—¿Por qué pues habeis abrazado esa ciencia?

—¡Bah!.... ¿Quién os asegura de que yo la profese?

—Os haceis llamar doctor.....

—Poco á poco; dije no ha mucho que doctor me llaman, y así es la verdad; por el doctor Pimentel se me conoce, y vos mismo habeis tenido cuidado de que se escriban puntualmente mis palabras.

—Pero esta mañana afirmasteis.....

—Que me llamo Pimentel.

Por segunda vez se mordió los labios don Cosme, pero se propuso no ceder en la demanda. Dirigió al doctor una mirada de triunfo y le preguntó:

—¿Debeis á esa ciencia el conocimiento de mi carácter de fiscal?

El acusado no esperaba semejante salida, y convencido de que se le tendia un lazo, quiso tomarse tiempo para contestar y esclamó fingiendo sorpresa y asombro:

—¡Qué cándido me suponeis!.... ¿De dónde sacais semejante especie?

—Responded lisa y llanamente, doctor.

—¿Que responda? Corriente: no debo á la ciencia la noticia de que sois fiscal del Santo Oficio.

—Fijad vuestro atencion en que no es la medicina la ciencia de que ahora os hablo.

—Comprendo perfectamente el asunto, señor don Cosme, por lo mismo que no es ciencia la medicina.

—¡Ah! ¿Eso mas?

—¡Quién lo duda! En el mundo existen muchas cosas que no son, que no pueden ser, y existen, porque la ignorancia las ha consagrado con títulos pomposos, que disimulen su razon de no existir. La medicina es una de esas cosas.

—Y sin embargo la profesais.....

—No la profeso como ciencia, sino como estudio. La ciencia tiene principios fijos y yo me propuse encontrarlos en la medicina.

—¿Qué conseguisteis?

—Convencerme de la inutilidad de los medicamentos físicos; solo hay remedios morales para la conservacion de la vida.

—¿Y las curaciones que vemos?

—Son casualidades.

—¿En qué os fundais?

—En las muertes que ocurren todos los dias.

—Luego tambien desconfiais de la virtud de ciertas yerbas, reconocidas como saludables.....

—Todas pueden curar y matar; pero ¿quién, sino Dios, acierta á elegir las que nos convienen? Dadme dos enfermos atacados de parálisis; administradles la misma dósis de bruccina compuesta; uno de los dos sentirá que se contienen los progresos de su mal; el otro no resistirá la prueba, por grandes que hayan sido las precauciones, y morirá envenenado. ¿En qué consiste? En que no hay dos organizaciones perfectamente iguales; en que cada individuo necesita una ciencia que le cure.

—Volvamos á nuestro punto de partida, doctor, murmuró el fiscal apretando los dientes.

—Volvamos, repitió Pimentel con serenidad.

—La ciencia de que yo os hablaba, y por medio de la cual habeis adivinado.....

—¿El cargo distinguido de fiscal que ejerceis?

—Justamente.

—No la niego. ¿Cómo podria negarla? Existe real y positivamente.

—¡Ah!.... ¡Existe!.... No dejeis de apuntar eso en la declaracion, señor secretario.

El sacerdote escribió la respuesta del doctor.

—Existe esa ciencia, señor don Cosme, añadió éste; y se traduce en hechos prácticos, en resoluciones evidentes con sus indeclinables consecuencias.

—Me dejais absorto, señor Pimentel, pero mi obligacion es oiros y dar exacta cuenta de lo que espongais. Con que deciamos que esa ciencia.....

—¡Oh! es la mas difícil de todas.

—Ya lo creo; proseguid.

—Y á veces no basta para adquirirla una existencia de privaciones, de amarguras y de desengaños.

—A pesar de todo, habeis profundizado todos sus secretos.

—Todos no; algunos.

—Bien; los indispensables para que os miren las gentes como un hombre estraordinario.

—¿Estraordinario, don Cosme?

—Pues; y para que os apliquen uno de esos nombres, que á primera vista..... ya me entendeis..... ¿Eh?

—No por cierto; esplicaos.

—¿Para qué? Supuesto que os dedicais al estudio y á la práctica de las ciencias ocultas.....

—¡Yo!

—No debeis ignorar que os llaman brujo ó hechicero.

—¿Estais loco, señor fiscal?

—Imposible es que negueis ahora lo que habeis confesado.

—¿Y cuándo he confesado que cultivo las ciencias ocultas? Por otra parte ¿qué son ciencias ocultas? ¿Existen acaso? ¿Por qué especie de milagro yacen encubiertos sus principios?

—Eso lo sabreis vos; escrito está vuestro razonamiento.

—Habeis tergiversado mis intenciones por ignorancia ó con malicia, y de la razon mas sencilla del mundo habeis levantado un castillo de culpas tan ridículas como impertinentes. La ciencia á que me he referido, esa ciencia cuyas dificultades he ponderado, es.....

—La hechicería, señor Pimentel, la hechicería.....

—El conocimiento de la sociedad en que vivimos y el de los hombres, con quienes nuestras necesidades nos ponen en contínua relacion. ¿Con que me teneis por brujo, porque he adivinado que

sois fiscal del Santo Oficio? ¿Pues qué nombre se da á los que toman declaraciones á un presunto reo? ¿No me las tomais á mí?

—Luego sabeis que se os forma causa.

—¿Os figurais que no debo suponerlo?

—Tampoco ignorais por qué.

—Hasta ahora no se me ha dicho.

—Pero vuestra conciencia os acusa.

—Os juro que no.

—¿Y no sospechais el motivo de vuestro proceso?

El doctor habia comprendido ya por las insidiosas preguntas y deducciones del fiscal que se le acusaba de hechicero; mas no quiso dar á entender que lo sabia, temeroso de que se tomasen sus palabras por una confesion del delito: contestó por consiguiente á la anterior pregunta, diciendo:

—Ningun crímen he cometido contra nuestra Santa Religion católica, apostólica, romana; retirado de la vida pública desde la muerte del rey don Felipe V, mis relaciones son contadas... ¿Cómo quereis que sospeche lo que haya podido fraguarse contra mí?

—¿Teneis enemigos?

—Si los tengo, no los conozco.

—¿Y amigos?

—En número escaso.

—¿Ha llegado á vuestros oidos el nombre de don Fernando de Montemar?

—Sí, por cierto; es un jóven de relevantes prendas.

—¡Ah!.... ¿Le tratais?

—Le he visto dos veces en mi casa.

—¿Cuántas?

—Dos.

—¿Vivís solo?

—Solo con mi escudero.

—Cuidado con esa declaracion, señor Pimentel.

—¡Oh! Es verdadera y nada temo.

—Con que asegurais.....

—Que vivo solo con mi escudero Gonzalo.

—¡Gonzalo!.... ¿Se llama Gonzalo, doctor?

—Ese es su nombre.

—En tal caso, se complica este asunto. ¿Sabeis dónde se halla?

—¿Quién?

—Vuestro escudero.

—No le he visto desde anoche.

—Ni os figurais....

—¡Bah! No he tenido tiempo para pensar en él. Imagino que andará buscándome por todo Madrid.

—¿Cómo se llama la jóven que debe casarse con don Fernando de Montemar?

Don Cosme acentuó esta inesperada y terrible pregunta con un sosiego, con una indiferencia tan naturales, que Pimentel sintió helársele la sangre en las venas. Entonces empezó á creer que la Inquisicion se hallaba muy al cabo de sus propios negocios particulares, y que el secreto del nacimiento de doña Isabel podia haber contribuido á su prision, ó era su causa principal. No se acobardó sin embargo, porque las circunstancias le favorecian y contaba en sus apuros con el afectuoso interés que le habia manifestado la infanta doña María Teresa; mas tampoco le pareció conveniente partir de ligero en el nuevo rumbo, que indudablemente tomaba el interrogatorio del fiscal, y se mantuvo silencioso esperando á que éste repitiese su pregunta, á fin de comparar el tono de su acento con el que acababa de resonar en sus oidos. Don Cosme no manifestó impaciencia, contentándose con recordar al doctor que estaba en su derecho, negándose á responder.

—Eso equivaldria á acusarme yo mismo, murmuró el médico; algo se me alcanza de las tretas forenses, y así preguntadme lo que gusteis.

—Os he preguntado ya, repuso don Cosme; mas como no contestabais.... creia.....

—No.... no.... yo siempre contesto.... acaso no haya entendido bien.

—¡Oh!.... Me consta, me consta vuestra sumision al Tribunal y en esta parte no mereceis la menor advertencia. Os requeria sencillamente para que pronunciaseis el nombre de la jóven, elegida para esposa por don Fernando de Montemar.

—¿Por qué no, señor fiscal de la *Suprema*? Se llama doña Isabel.

—¿En dónde se encuentra?

—En compañía de su madre.

—No os embrolleis, doctor; estoy enterado de que es vuestra hija.

—¡Hija mia!.... Os han informado mal.

—O pupila.....

—Tampoco, señor don Cosme.

—¿Pues cómo vive con vos?

—Ya he declarado que vive con su madre.

—Os empeñais en contradeciros, por mas que hago para manteneros en la situacion que os conviene. El Tribunal tiene noticia cierta, indudable, de que esa muchacha se hospeda en el *Postigo de San Martin*, en vuestra propia casa. ¿Sabeis desde cuándo? Esperad que lo recuerde..... hace lo menos diez y siete años.

—Vos sois por el contrario quien á todo trance se ha propuesto que me contradiga, para descubrir culpas que no existen, y mi contradiccion efectivamente seria palpable, si conviniese en lo que acabais de suponer. Los informes que ha adquirido el Tribunal son falsos y sostengo lo que antes dije.

—¿Qué?

—Que mi escudero Gonzalo es la única persona que me acompaña y me sirve en mi soledad. ¿Quereis una prueba?

—Pronto estoy á examinarla.

—Héla aquí. Doña Isabel no me ha abandonado desde el 17 de julio de 1745 hasta hace muy pocos dias. Ya veis que si ha vivido en mi casa catorce años, esta no es una razon para que al presente suceda lo mismo. Buscadla, si quereis, y en caso de que podais prenderla, lo cual no es muy fácil, atestiguará mi verdad.

—¿En qué os fundais para sostener que el Tribunal de la *Suprema* hallará dificultades para arrestar á esa muger?

—En que S. M. la protege.

—¿De qué modo ha conseguido ella tan alto patrocinio?

—A esa pregunta debe contestar el rey don Cárlos.

—¿Creeis que tenga efecto su matrimonio con don Fernando de Montemar?

—Estoy seguro de ello.

—¿Por qué?

—Porque se ha de celebrar hoy mismo en la Real capilla.

—Lo cual evidencia que los novios os deben su felicidad.

—No comprendo el sentido verdadero de vuestras razones.

—Recordad que esa muger ha vivido catorce años en vuestra compañía.

—Es cierto.

—Pues bien. ¿No es cosa natural que hayais procurado establecerla convenientemente?

—Nunca pensé en que se apartase de mí.

—¿No? En tal caso queriais proseguir viviendo escandalosamente con esa muger, contra la ley de Dios.

—Vuestra consecuencia es falsa, señor fiscal, porque habeis partido de supuestos equivocados.

—No hay escape, señor Pimentel; todo prueba que el matrimonio concertado es obra vuestra.

—Yo lo niego y nada en el mundo me obligará á declarar una mentira.

—¡Y qué! ¿No es mejor y mas laudable lo último que lo primero? ¿Qué se podrá decir? Que os habeis valido de medios algun tanto reprobados, para proporcionar un casamiento ventajoso á vuestra hija, á vuestra pupila, á vuestra manceba.... Por ejemplo; un doctor en medicina debe por precision conocer la virtud de ciertos filtros.... Se asegura que con un filtro domina cualquiera muger la voluntad de un hombre.... ¿Es verdad?

—Me entreteneis con despreciables consejas, en que nunca habeis creido. Escuso responderos otra cosa.

—¿Luego no convenís en que habeis preparado ese matrimonio?

—No convengo, y así os lo he dicho ya.

—¿Cómo pues ha alcanzado esa doña Isabel tan envidiable fortuna?

—Preguntádselo á ella, ó á su madre, ó á don Fernando de Montemar, ó al rey. Os cito cuatro personas, señor fiscal, cualquiera de ellas puede informaros sobre lo que se trata, mucho mejor que yo.

—Habeis hablado varias veces de esa madre.... ¿Quién es?

—Concretad la pregunta, porque me la dirigís muy vagamente.

—¿De dónde ha venido?

—Buscaba hace tiempo á su hija y la ha encontrado en mi casa.

—¿Quién la guió en sus pesquisas?

—La Providencia. Yo tuve que asistir á su alumbramiento, y ella, en medio de sus dolores, oyó pronunciar el nombre del doctor Pimentel: dió á luz una niña, que me fué confiada y que creció en un monasterio de religiosas. Cuando cumplia quince años salió doña Isabel de aquella santa casa, para vivir conmigo, para consolarme en mi vejez y soledad. Hace pocos dias que se habló del doctor Pimentel en presencia de su madre, y entonces recordó doña Beatriz de Zúñiga.....

—Deteneos, doctor, esclamó el fiscal con voz de trueno. ¿Qué nombre habeis articulado?

—El de la madre de doña Isabel.

—Declarad las señas de su habitacion.

—Las ignoro.

—¿Ignorais tambien que se la acusa de un horrible delito?

—¡De un delito! Tal vez, señor fiscal, haya en eso alguna equivocacion.

—El Santo Tribunal de la *Suprema* nunca se equivoca. Doña Beatriz de Zúñiga contribuyó á que desapareciese de la corte la

desgraciada infanta doña María Teresa, hermana de S. M. el rey.

—¡Qué escucho! gritó Pimentel asombrado. ¿Estais bien seguro de lo que afirmais?

—Así consta, replicó el fiscal, lanzando al doctor miradas de basilisco. ¿Sabeis algo de esa historia?

—¡Si sé algo!... murmuró el médico tristemente. ¡Poderosos juicios de Dios! Reúnase el tribunal y probaré la inocencia de doña Beatriz de Zúñiga.

—Declarad aquí primero cuanto se os ofrezca, observó don Cosme.

—No..... no..... estoy fatigado..... estoy enfermo..... necesito coordinar mis ideas..... Solo delante del tribunal hablaré, dijo resueltamente el doctor.

—Bien está. Responded á mis últimas preguntas.

—Dirijídmelas.

—¿En qué monasterio se educó doña Isabel?

—En el de las *Descalzas Reales.*

—¿Quién la llevó á él?

—Yo mismo.

—¿Y tambien la sacasteis?

—No: me valí para el caso de otra persona.

—¿Y esa persona?

—Fué mi escudero Gonzalo.

—Mas..... firmariais vos la salida de la jóven....

—Ni la firmé yo, ni la firmó mi escudero.

—¿Pues quién?

—Un amigo suyo, llamado Rodrigo Perez Zapata, que le acompañó á esta diligencia.

—¡Rodrigo Perez Zapata! repitió el fiscal con visibles señales de estrañeza.

Acto contínuo se levantó, y dirigiéndose hácia el religioso y los familiares que guardaban la puerta, dijo con acento imperioso:

—Preséntese al punto el hermano Zapata.

Pero el hermano Zapata, aquel que habia entregado la carta al fiscal del Santo Oficio, cuando éste platicaba con el marqués de Vera en la sala de recibo de la Inquisicion, aquel que habia encendido una de las velas amarillas en la del tribunal, pocos minutos antes de la llegada del Inquisidor mayor, no se hallaba entre los familiares. El religioso y dos de estos se destacaron inmediatamente para buscarle y hacerle comparecer; pero volvieron al cabo de un cuarto de hora con la noticia de que no se hallaba en la casa.

—Habrá ido á desempeñar algun mandato del señor Inquisidor de semana, observó don Cosme; ya le examinaremos mas tarde. Llevad al doctor á su estancia y trátesele bien.

Así terminó aquel interrogatorio. Pimentel se retiró de la sala del tribunal y pocos minutos despues escribia con un lapicero sobre su pañuelo blanco de bolsillo las siguientes palabras:

«El doctor Pimentel se halla en un calabozo de la Inquisicion. Doña Beatriz de Zúñiga está acusada de haber contribuido en otro tiempo á la desaparicion de la infanta doña María Teresa.»

# CAPÍTULO XX.

Un amigo antiguo y dos reales órdenes.

El fiscal de la *Suprema*, que segun hemos visto, se proponia examinar mas tarde al familiar Zapata sobre la última respuesta del doctor Pimentel, tuvo que desistir de su laudable propósito, por una razon infinitamente sencilla: porque el familiar Zapata habia desaparecido de la Inquisicion y ninguno de los empleados de la casa podia dar cuenta de su paradero.

Esta novedad produjo cierta conmocion entre los demas familiares y desorientó bastante á don Cosme en un principio; pero al fin se convenció de que para anudar el hilo del incidente que necesitaba poner en claro le quedaba el escudero del doctor. Dispuso pues que compareciese á su presencia, y como el alguacil mayor del Santo Oficio tenia ya noticia de los desmanes á que se habia entregado aquel preso contra su guardian, le pareció conveniente tomar algunas precauciones, á fin de que la órden del señor fiscal mayor se cumpliese en todas sus partes.

Abrióse con disimulo la puerta del calabozo de Gonzalo, y aparecieron en él seis esbirros de confianza, armados de gruesos garrotes para amansar sus brios en caso de rebelion, y de cuerdas para atarle de piés y manos y conducirle á la sala del tribunal, si se negaba obstinadamente á obedecer. Pero ningun rumor, ni un movimiento, ni un suspiro llegó á alarmarles. Registraron todo el encierro con sus miradas y ninguna forma de ser viviente se ofreció á su vista. Entonces descubrió el que hacia de gefe una linterna sorda, y ya no quedó á los atónitos esbirros la menor duda.... el pájaro habia volado.

Acudió el alguacil mayor para convencerse por sí mismo de lo que acababan de noticiarle, y en seguida corrió á poner en conocimiento del fiscal mayor tan estraño suceso. Don Cosme arrugó las cejas y contestó misteriosamente:

—Despachad sabuesos al alcance del prófugo y del familiar Zapata. Es preciso que vuelvan á la Inquisicion. ¿Lo entendeis? Es preciso. Ahora haced de modo que nadie se entretenga en comentar semejante escándalo.

El alguacil mayor se apresuró á cumplir estos mandatos, y el fiscal se arrellanó en su poltrona murmurando:

—Imposible es que no haya complot.

No habian transcurrido cinco minutos, cuando roncaba apaciblemente.

Espliquemos ahora lo que habia sucedido en el encierro de Gonzalo.

Desde el instante en que éste hizo huir al calabocero, arrojando contra su bulto el cántaro de agua, se arrepintió de aquel arrebato intempestivo, que le dejaba irremisiblemente á merced de sus guardianes. Púsose por lo tanto á discurrir lo que en tan críticas circunstancias le aconsejaba su inagotable imaginacion, y tal vez hubiera dado en la dificultad, inventando alguna treta diabólica que le sacase de apuros, á no haber oido, cuando mas absorto estaba en sus cavilaciones, cierto roce como el que hace un raton sobre la madera, ó como el de una puerta que se

trata de abrir con disimulo. Gonzalo se fijó en el último pensamiento, y tambien se tuvo por perdido, figurándose que todos los corchetes de la Inquisicion iban á caer sobre su cuerpo de improviso. Pero ¿por qué tomaban precauciones para sorprenderle, si estaba solo y desarmado?

Acercóse á la puerta de entrada y ningun rumor llegó hasta él por aquella parte. Entonces imaginó que algun preso del calabozo inmediato trataba de abrirse una salida por el suyo, creyendo que el agujero que practicase le proporcionaria comunicacion con un patio, con la calle ó con el zaguan del edificio. Quiso cerciorarse de sus sospechas para desengañar, si no eran infundadas, al infeliz que trabajaba tan inútilmente para salir al aire libre; mas apenas hubo dado cuatro pasos hácia la pared opuesta á la entrada, cuando se abrió como por arte de encantamiento un trozo de la misma, para dar paso á una especie de fantasma, que se adelantó en silencio. El trozo de pared por donde habia entrado giró de nuevo, volviendo á unirse perfectamente con la parte fija del muro. Gonzalo no pudo menos que santiguarse, porque semejante aparicion se le antojaba de todas veras una cosa sobrenatural é inconcebible; pero desde luego calculó que acaso podia ser asimismo añagaza de los inquisidores para inspirarle terror, y que si efectivamente daba á entender su pusilanimidad, nada en este mundo conseguiria salvarle.

Hizo pues de la necesidad virtud, tosió dos veces para cobrar ánimo, aunque estaba mas muerto que vivo, y viendo que el misterioso personage no se esplicaba, le preguntó con acento fanfarron, que apenas encubria su pavura:

—Seo guapo ¿quién eres? ¿Por qué no hablas? ¿Qué diablos has perdido aquí?

—Muchas interrogaciones son esas, señor Gonzalo, respondió el fantasma.

—¡Hola! esclamó el escudero. Sabes mi nombre y no pareces mal educado, para ser alma del otro mundo.

—De este soy; no hay que asustarse, observó el aparecido.

—¡Asustarme! repuso el *rezador* con mas aplomo. He visto cosas mayores, que atravesar un hombre por medio de una pared de cal y canto; pero ya que niegas tu procedencia del Purgatorio ó del Infierno, pues ya supongo que del Cielo no vendrias, estoy por jurar que al fin nos entenderemos.

—En tí consiste.

—Ante todo, necesito saber quién eres. Te lo he preguntado y no me lo has dicho.

—Es que.... se me figuró que me conocerias.

—¿Intentas mofarte de mí? Te advierto que soy hombre de malísimas pulgas.

—¡Oh! Ya lo sé, y sino que lo diga tu calabocero.

—¿Cómo pues pretendes que te conozca en medio de la oscuridad que nos rodea?

—¡Oscuridad! Yo te veo á mis anchuras, y por Dios que no ha variado mucho tu fisonomía en catorce años.

—¡Calla! ¿Con que hace catorce años que.....

—Que nos vimos.

—La fecha es un poco larga para que me acuerde.

—Porque eres mal amigo.

—¡Ah! ¿Y tú?

—Pronto lo verás.

—Pero en fin ¿quién eres?

—¿Quién he de ser? Un familiar de la Santa Inquisicion.

—Lo hubiera apostado; mas no imagines que me contento con tan poco. Quiero saber tu nombre.

—¿Para qué?

—¡Qué sé yo! Para no ignorarlo. Acabas de asegurar que fuimos camaradas en otro tiempo....

—Hace catorce años.

—Ya.... ya.... no lo repitas, porque es el caso.....

—¿Qué?

—No te enfades, pero me parece imposible que un amigo mio haya dado en la flor de meterse á familiar.

—¿No lo harias tú? Es empleo que produce.

—De modo que..... siendo así..... y me ocurre la idea de que yo seria un inquisidor como el mas pintado. Mira..... si tienes valimiento, consígueme una plaza, aunque sea de alguacil, y ya verás cuántos hereges tostamos entre los dos.

—¿Olvidas que tenemos cosas mas importantes en que ocuparnos?

—Ni aun lo sospechaba. ¿Y qué mucho, si te obstinas en hacer de tu nombre un misterio?

—Lo pronunciaré, con una condicion.

—¿Cuál?

—Has de obedecerme en todo cuanto voy á prevenirte.

—*Vade retro.* ¡Obedecer á un familiar!.... Dios me libre y me defienda. Cuando menos, exijirás de mí que declare que soy un renegado.

—No se trata de que declares cosa alguna; quiero adquirir la seguridad de que no revelarás mi nombre á nadie, y esto es imposible, mientras ocupes este calabozo.

—Vamos..... vamos..... ¿Con que has venido para conducirme á otra parte?

—Ni mas, ni menos.

—¿Tampoco puedes decir á dónde?

—¿Por qué no? A tu casa.

—¡Demonio!.... ¿Estás en tu juicio?

—Es decir á algun rincon, en el cual no puedan olfatearte los sabuesos del Santo Oficio.

—Luego deseas proporcionarme la libertad.

—Y huir contigo.

—¿A que no aciertas en lo que estoy pensando?

—No tiene mucho que adivinar.

—Adivínalo.

—Estás pensando en que es mentira lo que acabo de decirte.

—¡Magnífico! Si en mí consistiera, hoy mismo serias inquisidor mayor, porque has nacido apropósito para ese cargo. Sí, señor; todo cuanto acabas de relatar es purísima mentira. Lo que

intentas es llevarme, como pretendia mi calabocero, á las mansiones infernales de esta casa maldecida, tal vez para que me atormenten sus verdugos ó para otras cosas peores. Ten cuenta sin embargo, porque aquí estamos solos por ahora, y aunque he roto el cántaro del agua, es fácil que mis manos te retuerzan el pescuezo.

—Calla, infeliz, y no me hagas perder unos instantes preciosos. ¿Qué necesidad tengo yo de engañarte? ¿Carece por ventura la *Suprema* de medios eficaces, para hacer que obedezcas sus mandatos? Si anhelas salvarte, sígueme y abandona ese necio prurito de dirijirme ridículas observaciones.

—¿Y qué me sucederá si desprecio tu oferta?

—Dentro de una hora se presentará en este encierro media docena de satélites armados de garrotes, para castigar tu anterior rebeldía; y á fin de conducirte al tribunal, ó á la sala del tormento ó á otro calabozo mas húmedo, te atarán de piés y manos. Hé ahí la órden que ha espedido el alguacil mayor á los corchetes.

—Mal negocio es ese, mi queridísimo amigo de hace catorce años; pero me queda una duda, y la tal duda me obliga á no fiarme de tus razones.

—Acuérdate de que dentro de una hora, no te servirá mi amistad.

—Corriente; mas..... ¿por dónde he de salir?

—Por donde yo he entrado.

—¿Por la pared?

—La pared contiene una puerta secreta.

—Entiendo. ¿Y qué hay mas allá de la puerta?

—Un pasadizo.

—¿Y despues?

—A la izquierda la sala del tormento; á la derecha otro corredor, que nos llevará al zaguan de la casa. ¿Tienes mas dudas que esponer?

—Todavia no has escuchado la única que abrigo.

—Los minutos vuelan; despacha de una vez, ó te abandono á tu suerte.

—Pues contéstame, como si estuvieses próximo á exhalar el último suspiro. ¿Por qué te propones huir conmigo de la Inquisicion?

—Por dos razones.

—Ya escucho la primera.

—El fiscal mayor me ha confiado la llave del pasadizo secreto, para que espie á los presos de los calabozos y pueda entrar en todos ellos, á fin de sorprender sus maniobras, si algo traman. Y como de esta pocilga solo puedes escaparte, sin ser observado, por el pasadizo, resulta que el fiscal mayor me hará responsable de tu fuga, lo cual equivale á que yo ocupe tu lugar y me resigne despues á morir, ó á ser desgraciado por el resto de mis dias.

—Razon poderosa me parece. Mas..... ¿por qué diablos te espones así? ¿Por qué no me dejas que me achicharren vivo sin meterte en honduras?

—Esa advertencia se enlaza con mi segunda razon. ¿Me prometes no dirigirme otra, si te convence lo que te declare?

—Te lo prometo

—Pues bien: aunque soy tu amigo, esta circunstancia por sí sola no me obligaria á salvarte.

—Eso me gusta; que me hables con franqueza. Ahora empiezo á creerte.

—Pero es el caso que tú ignoras por qué estás preso.

—Hombre..... pues es verdad: no me habia ocurrido semejante friolera.

—El motivo de tu arresto me concierne tambien; de modo que si declaras.....

—¡Qué demonios he de declarar, si no te conozco!

—Todo lo que te conste acerca de una doña Isabel, que se crió en el monasterio de las religiosas *Descalzas* y ha vivido despues algunos años, si es que ya no vive, en compañía de cierto médico.....

—¡Por los dos cuernos de Satanás! ¿Quién te ha referido esa historia?

—Esa historia te ha traido á la Inquisicion.

—Huyamos..... huyamos..... Son capaces de meterme en una caldera de aceite hirviendo.

—Aquí traigo lo que necesitas, para que puedas seguirme sin peligro.

—¿Qué es ello?

—Un trage completo de religioso de la Merced.

—Venga, venga, porque segun has dicho, no tardarán en venir á buscarme.

El familiar ayudó á Gonzalo á disfrazarse y éste se endosó el hábito mercenario sobre sus propios atavíos de escudero. Terminada esta operacion, salieron al pasillo por la puerta secreta y no tardaron en pasar al corredor, que les condujo á la portería. Hallábanse en el zaguan los vigilantes de costumbre; pero no llamaron su atencion el familiar y el religioso, y tan pronto como éstos se vieron en la calle, diéronse de codo para apretar el paso. Un cuarto de hora despues se encontraban en la casa de la calle de la *Sarten*, que habia servido de refugio á don Fernando de Montemar, cuando su padre le creia en el ejército de Italia. Gonzalo no era ya un fraile de la Merced, sino un labriego honrado, con sus polainas de paño buriel y su sombrero de anchas alas, que acababa de llegar á Madrid á comprar granos; el familiar podia equivocarse perfectamente con un autor de compañía de la legua, que andaba al acecho de buenas partes para la formacion de *sa troupe*, como hoy decimos.

Volvamos á la Inquisicion.

Hemos dejado á don Cosme saboreando las delicias de un profundo sueño en su mullida poltrona del tribunal; pero como no hay dicha completa en este mundo, aconteció que el fiscal del Santo Oficio tuvo que abrir los ojos cuando menos lo esperaba, porque llegó repentinamente hasta sus oidos y le hizo sacudir su agradable letargo un estrépito de voces, que al parecer procedia de la sala

del tormento. Levantóse despavorido, porque el entorpecimiento de sus ideas le indujo á pensar desde luego, que el populacho amotinado habia invadido las prisiones de la *Suprema*; mas no tardó en reconocer que semejante tentativa era de todo punto imposible, y se dirigió á la puerta con el objeto de averiguar lo que hubiese. Entonces se encontró con el Inquisidor mayor, que seguido de otros dos inquisidores, y revelando en sus razones y ademanes descompuestos señales inequívocas de una agitacion indecible, entraba en la sala del tribunal.

Retrocedió don Cosme, imaginando que alguna cosa grave sucedia. El Inquisidor mayor se dejó caer en el sitial de la presidencia y los que le acompañaban se sentaron á sus dos lados. El fiscal entonces ocupó su puesto y preguntó inclinándose:

—¿Mandaré que avisen al secretario?

Consultáronse en voz baja los inquisidores y el presidente respondió:

—El acuerdo que aquí se tome será secreto; secreta ha de ser por consiguiente la sesion. ¿Sabeis, don Cosme, lo que ha ocurrido?

—Dentro de la casa, sí, observó don Cosme.

—En la villa..... en la villa..... para llenarme de amargura. ¡Oh! Es un ataque directo contra el poder de la Inquisicion.

—No se olvide que carecemos de pruebas, repuso uno de los inquisidores. Ya os lo he dicho, señor Inquisidor mayor: no estoy muy lejos de juzgar como vos tan desgraciado asunto; creo efectivamente que la intencion ha sido la misma que suponeis; pero esto no basta, y ya que el fiscal no se halla enterado de tan lamentable suceso, debemos informarle de todo, ya que anoche segun nos habeis repetido.....

—Anoche, en este mismo lugar, encargué á mi sobrino don Luis una comision delicada. ¿Es cierto, señor don Cosme?

—Ciertísimo, contestó éste.

—Informad al tribunal de esa comision.

—Consistia en que hiciese desistir al primogénito del duque de Montemar de su proyectado casamiento con una muger oscura, protegida por el doctor Pimentel.

—Lo cual contribuia á obrar en el sentido de la amonestacion, que se ha dirigido al arzobispo de Toledo. ¿Teneis ya la respuesta de ese prelado?

—No; pero es indudable que acatará el acuerdo de la *Suprema*. Pero deciais, señor Inquisidor mayor, que vuestro sobrino el marqués de Vera.....

—¡Ah!.... Mi sobrino.....

—Supongo que habrá hecho todo lo posible para apartar á don Fernando de ese matrimonio, contratado con tan malas artes.

—Lo ignoramos, señor fiscal, porque don Luis no ha tenido tiempo para informarme de nada. Hoy se ha encontrado su cadáver con una herida en el pecho, en la plazuela de las *Descalzas Reales*.

—¡Cielos!.... ¿Y no sospechais.....

—Vuestras sospechas son las que deseamos oir.

—¡Las mias!

—Escuchadme bien. El marqués de Vera ha recibido una herida en el pecho. Junto al cadáver habia un pañuelo blanco, manchado de sangre..... tambien se ha recojido su propia espada, que estaba á dos pasos.

—Eso prueba que don Luis ha muerto en desafío.

—No: lo que prueba es que ha muerto defendiéndose; pudo sacar la espada, al verse acometido á traicion.

—¿Por quién?

—¿Quién imaginais, don Cosme, que haya tenido interés en quitarle la vida?

—Señor Inquisidor mayor, confieso que me confundo.

—¡Cómo! ¿Es posible que no veais claro en ese negocio, que está exijiendo venganza y castigo?

—Si he de atenerme á mis propias convicciones, pronunciaré el nombre del agresor; pero como no tengo á mano una prueba.....

—Es que no os hemos pedido pruebas para sentenciar, sino esas mismas convicciones para descubrir.

—En tal caso ya no dudo, y.....

—Esplicaos.

—El marqués de Vera salió anoche de aquí en busca de don Fernando, pues le advertisteis que no dejase para hoy su cometido.... encontráronse los dos y.... á traicion ó en duelo, el hijo del duque de Montemar mató á don Luis.

—¿Así lo creeis?

—Así lo creo.

—¿Y no os parece que esta causa debe venir á la Inquisicion?

—Mas..... ¿cómo ha de venir? El marqués de Vera no disfrutaba fuero religioso.

—No importa; debemos gestionar.

—Debemos convencer al juez de la causa, dijo el inquisidor que estaba á la derecha del gefe de la *Suprema*.

—Se me figura que no vais descaminado, porque si pedimos el proceso al Consejo de Castilla, será fácil que el rey se entere del asunto; y como ha dado en la mania de proteger á los Montemar.... Si al menos pudiésemos sacar culpado al duque en lo de la desaparicion de la infanta doña María Teresa, convenceriamos á S. M., y tanto él como su hijo quedarian sujetos á nuestra venganza.

—Por eso conviene interesar al juez, arrancarle la causa sin consulta de su parte, por motivos de religion, y proceder acto contínuo contra don Fernando.

—¿No será mejor prenderle desde luego?

—Mejor seria; pero ¿en qué nos fundamos? ¿Y qué ventajas nos proporcionará su arresto, si no podemos confundirle con la acusacion de asesinato? La causa, la causa ante todo.

—El señor Inquisidor mayor ha puesto el dedo en la llaga, replicó el fiscal. Don Fernando debe dormir esta noche en un calabozo de la Inquisicion, aunque solo sea para declarar en el proceso que seguimos contra el médico Pimentel, á quien casi casi tengo convencido del crímen de hechicería. Una vez aquí el matador del marqués de Vera, no podrá el juez apoderarse de su

persona, aunque averigüe su culpabilidad, y si despues se resiste á entregarnos la causa, el reo no saldrá de nuestro poder, y le juzgaremos como corresponde.

—Estoy convencido, murmuró el inquisidor de la derecha.

—Y yo, añadió el de la izquierda, tomando parte por la primera vez en tan estraña discusion. Es preciso que el alguacil mayor reciba órdenes terminantes, para que con todo secreto se proceda hoy mismo á la captura de don Fernando de Montemar.

—Ya lo habeis oido, señor don Cosme: el Tribunal de la *Suprema*, *nemine discrepante*, acaba de acordarlo.

El fiscal agitó con fuerza la campanilla, y al punto se presentó un vigilante, á quien dijo el primero:

—El alguacil mayor.

Desapareció el vigilante como por encanto, y cinco minutos despues entró en la sala del tribunal el gefe de los esbirros de la Inquisicion. Don Cosme le habló al oido, y aquel hombre se retiró tambien. El fiscal cerró la puerta y continuó la sesion en secreto.

El primero que tomó la palabra fué el Inquisidor mayor, diciendo:

—Tenga presente el tribunal, que con la medida acordada conseguiremos dos triunfos: primero, impedir ese matrimonio sugerido por la ambicion de Pimentel, y cuyo objeto no es otro que mezclar la oscura sangre de su concubina con la de la primera nobleza del reino; segundo, apartar del lado del rey al duque de Montemar y á su hijo, cuyos consejos no pueden menos que ser contrarios á los intereses y prerogativas del Santo Oficio. ¿Habeis tomado declaracion al duque, señor fiscal?

—No ha querido comparecer, respondió éste, y ha arrojado á su guardian el banquillo que anoche le pusieron en el calabozo, para que pudiese descansar.

—¿Qué pretende? esclamó irritado el gefe de la *Suprema*.

—Hablaros.

—¡Ah! Eso es otra cosa: tal vez quiera revelarme el miste-

rio de la desaparicion de la infanta. Hoy mismo le escucharé, porque es negocio importantísimo. Si tenemos la fortuna de profundizar ese arcano, nadie nos disputará la primacia en los consejos del rey nuestro Señor, á quien Dios guarde. ¿Qué habeis hecho con el marqués de los Velez?

—Ese se ha vuelto loco.

—¡Loco! ¿Pues qué ha sucedido?

—Que se ha abalanzado á su carcelero, cuando éste le notificaba la órden de que le siguiese al tribunal, y lo ha despedido como si lanzase una piedra, hácia la puerta del encierro.

—Bien; ya amansaremos sus brios. Despues que hable con el duque, se tratará de lo que ha de hacerse con el marqués. ¿Han dado los alguaciles con el paradero de doña Beatriz de Zúñiga?

—Ninguna noticia he recibido; pero tengo que dar cuenta de un suceso desagradable.

—Ya tardais, don Cosme.

—El preso conocido por Gonzalo, escudero del doctor Pimentel, se ha fugado de la Inquisicion.

Los tres inquisidores se levantaron á un tiempo al escuchar esta noticia, como si un mismo resorte les hubiese impelido.

—¡Una evasion! esclamaron simultáneamente.

Y el Presidente añadió:

—Esplíquese el fiscal.

—No hay esplicacion posible, repuso don Cosme, porque el preso no ha violentado la puerta de su calabozo; ha salido por la secreta del pasadizo grande.

—Lo cual prueba que hay cómplice ó cómplices.

—Así lo creo, porque el familiar Zapata ha desaparecido tambien.

—¿Se sospecha por dónde han abandonado la casa?

—No: el alguacil mayor acababa de noticiarme la novedad, cuando entrasteis.

Don Cosme suprimia prudentemente, á fin de ahorrarse una severa reprension, la hora y media de sueño que habia trans-

currido, desde que el alguacil mayor le hubo enterado del caso, hasta la llegada de los vocales del tribunal.

El Inquisidor mayor habló en voz baja con el que estaba á su izquierda. Éste salió al punto de la sala, y los demás se sentaron.

Casi al mismo tiempo apareció en la puerta la figura de un familiar con un pliego en la mano, que alargó hácia la mesa.

—¿De dónde viene ese despacho? le preguntó el fiscal.

—Acaban de traerlo de parte del presidente del Supremo Consejo de Castilla, respondió humildemente el familiar, despues de pasarlo á manos de don Cosme.

—¡Del conde de Aranda! murmuró el gefe de la *Suprema*. El tribunal no está completo; es preciso esperar. Retírese el hermano.

El familiar desapareció; pero cinco minutos despues se presentó otro, que tambien llevaba un pliego para el Santo Oficio.

—¿Quién lo envia? le interrogó el fiscal.

—El señor arzobispo de Toledo.

—Está bien, dijo el Inquisidor mayor; se acordará lo conveniente. Váyase el hermano y cierre la puerta.

Hízolo así el familiar, y aunque quedaron solos el presidente del tribunal, el inquisidor que se sentaba á su derecha y don Cosme, permanecieron silenciosos y cabizbajos aguardando al que faltaba. No tardó en llegar éste y en informarles, respecto á la fuga del escudero Gonzalo, que los porteros de la Inquisicion habian visto salir al familiar Zapata en compañia de un religioso de la órden de la Merced. En consecuencia añadióse el delito de profanacion al capítulo de culpas del compadre de Paco Ranera.

—Y ahora enterémonos de esas comunicaciones, dijo el Inquisidor mayor. Supongo que el arzobispo de Toledo no nos vendrá con dificultades sobre la amonestacion, porque es hombre muy escrupuloso. Veamos lo que escribe.

Rompió don Cosme la cubierta del pliego que se le indicaba, y leyó lo siguiente:

«Hemos hecho presente con porfiada insistencia al rey nuestro Señor, (que Dios guarde) que no podiamos autorizar el matrimonio, de que habla la amonestacion que nos ha dirigido el Supremo Tribunal de la Fé, y S. M. ha declarado que tomaba bajo la responsabilidad de su conciencia dicha autorizacion, mandándonos obedecerle como súbdito y fiel vasallo. El matrimonio ha tenido lugar despues de las doce en la Real capilla del alcázar, y los casados son don Fernando de Montemar, hijo legítimo del duque de este nombre, y doña Isabel de Borbon, que no es hija, ni pupila, ni otra cosa alguna del médico Pimentel, sino hija reconocida del señor delfin de Francia y de su esposa por poderes la señora infanta doña María Teresa, que como hermana de S. M. ha presenciado la ceremonia. Y el rey nuestro Señor nos ha prevenido, que en su real nombre advirtamos al señor Inquisidor mayor, que la amonestacion antedicha es nula, por cuanto carecen de verdad las circunstancias que en ella se atribuyen á doña Isabel, cuyo nombre tampoco aparece en la misma.

» Ponemos en conocimiento del Supremo Tribunal del Santo Oficio, sujetándonos á su censura, las anteriores noticias, para los efectos conducentes.

» En nuestra residencia de Madrid, fecha de la amonestacion.»

«Juan, *arzobispo de Toledo.*»

Atónitos quedaron los inquisidores con la lectura del despacho; todas las halagüeñas esperanzas de triunfo que habian concebido se desvanecieron como el humo, porque las nuevas, al parecer increibles, que les comunicaba el prelado, destruian irrevocablemente sus proyectos de preponderancia en la corte.

—¡Esa muger!.... decia con rabioso despecho el Inquisidor mayor. ¡La prometida de don Fernando de Montemar, la que Pimentel ha recogido sin duda del fango, es nada menos que hija de don Luis de Borbon y de la infanta doña María Teresa!.... Mas.... no me admira semejante fatalidad, que inutiliza mis proyectos de venganza, porque ¿cómo ha de consentir el rey que la

Inquisicion forme proceso al marido de su sobrina, por la muerte del desgraciado marqués de Vera! Tolerará á lo sumo que un juez seglar haga averiguaciones, y como no habrá pruebas terminantes contra don Fernando, se echará tierra al negocio. No, repito: no me admira que esa muger oscura, que esa pupila ó lo que hubiere sido del médico Pimentel, se convierta ahora en ilustre dama, en doña Isabel de Borbon. Una infanta de España desapareció de la corte. ¿Supo Felipe V su paradero? ¿Pasó su hija secretamente á la corte de Nápoles? Nadie lo sabe; pero hoy tenemos que reconocer á doña Isabel de Borbon por hija suya.... Hasta aquí nada me parece increible..... pero ¿qué significan estas terribles palabras del arzobispo?

Y cogiendo el despacho con mano temblorosa, prosiguió:

—«..... sino hija reconocida del señor delfin de Francia y de su esposa por poderes la señora infanta doña María Teresa, que como hermana de S. M., ha presenciado la ceremonia.....» ¿Qué esplicacion tiene tan estraño, tan imprevisto suceso? La infanta doña María Teresa *ha presenciado la ceremonia*..... ha asistido hoy al matrimonio de su hija.... ¡Oh! ¿De dónde viene? ¿Por qué se ha ocultado hasta este dia?..... No es esto lo peor, señores..... ¿Qué hacemos con el duque de Montemar y con el marqués de los Velez?.... Porque, aunque se pruebe su culpabilidad en cuanto á la desaparicion de la infanta, no es menos cierto y positivo que gozan del favor del rey..... luego el rey sabe lo que entonces hicieron y.... lo perdona, ó lo aprueba..... ¡Qué laberinto!.... ¡Qué confusion!... El Tribunal sin embargo necesita adoptar una resolucion urgente.

—Y esa resolucion es sencillísima, murmuró don Cosme.

—Esponedla, señor fiscal; esponedla con lisura.... tengo confianza en los recursos de vuestro talento.

—Consiste en poner en libertad á los tres presos antes de un cuarto de hora, y en que os presenteis al rey nuestro Señor, esponiéndole las causas que ha habido para proceder á su arresto, por el mejor servicio de S. M. Yo entretanto dispondré que se suspenda la prision de don Fernando.

—No es mal espediente para salir del paso, pero desprestigia á la Inquisicion.

—Salgamos del paso en primer lugar, que luego habrá remedio para todo.

—Antes de tomar acuerdo ninguno sobre tan grave negocio, convendria abrir ese otro pliego del conde de Aranda, observó el inquisidor de la derecha.

—Ábrase, dijo el Inquisidor mayor.

El fiscal abrió el despacho, que contenia dos reales órdenes: por una de ellas mandaba S. M. que inmediatamente pusiese el Santo Oficio á disposicion del Consejo de Castilla las personas del duque de Montemar y del marqués de los Velez, permitiendo á estos salir de la Inquisicion sin vigilancia alguna, á fin de que se presentasen al presidente de dicho Consejo Supremo; por la otra disponia el rey que media hora despues de recibido el pliego, compareciese el Inquisidor mayor ante S. M.

—Hé ahí por tierra nuestros anteriores cálculos, esclamó don Cosme con abatimiento, luego que hubo concluido de leer. La libertad de los presos no será un acto espontáneo del Tribunal, sino una manifestacion de su obediencia.

—¿Y qué quereis que hagamos? le contestó el gefe de la *Suprema*. ¿Somos hoy bastante fuertes para contrarestrar el poder del monarca?

—No..... no; antes bien importa mucho que aunque seamos fuertes, nadie pueda sospecharlo. Conjuremos el peligro.

—Sí..... transijamos.... el tiempo vuela; soltad á esos dos magnates, en tanto que me presento al rey.

—¿Cómo obraremos en cuanto al doctor?

—Como nos lo aconsejen las circunstancias. ¿No habeis espuesto que casi está convencido de herejía?

—De seguro, pues declara haberse dedicado á las ciencias ocultas.

—¡Oh! con eso basta y sobra para condenarle. En la seccion de mañana dispondremos de su suerte.

Hablando de este modo se levantó el Inquisidor mayor, y despidiéndose de los demas individuos que componian el tribunal, salió de la sala para dirigirse á palacio. Los dos inquisidores permanecieron en ella mas de hora y media, retirándose despues de haber sido puestos en libertad el duque de Montemar y el marqués de los Velez, segun las órdenes precisas y terminantes, que al efecto comunicó don Cosme al alguacil mayor. Éste recibió al mismo tiempo instrucciones que anulaban las anteriores que tenia concernientes á la prision de don Fernando.

# CAPÍTULO XXI.

Un juez que nada tenia de lerdo y los preliminares de un motin.

NINGUNA sombra oscurecia la felicidad que gozaban doña Isabel y su afortunado esposo. En cuanto al duque de Montemar, es indudable que no vivia satisfecho, porque, ofendido en su orgullo por la realizacion de un matrimonio que habia desaprobado, no osaba sin embargo manifestar claramente su disgusto. Colmábale el rey de favores y habia vuelto á encargarse del gobierno militar de Madrid, tan luego como don Cárlos se enteró, por el gefe de la *Suprema*, de los verdaderos motivos que habian ocasionado su arresto en la Inquisicion; pero nada podia hacerle olvidar que su hijo habia contraido un enlace desigual en desdoro de sus limpios blasones, por mas que doña Isabel fuese hija de una infanta de España.

La muerte del marqués de Vera, acaecida precisamente cuando el pueblo de Madrid se entregaba al mas entusiasta regocijo en

celebracion de la llegada del rey, habia hecho gran sensacion en la corte, y el Inquisidor mayor apremiaba al juez que entendia en las averiguaciones sobre aquel desgraciado suceso, para que á todo evento descubriese al culpable. El juez por su parte daba largas al negocio, porque sabia ya perfectamente lo ocurrido entre don Luis y don Fernando en la plazuela de las *Descalzas Reales*. ¿Cómo lo habia averiguado? Lo único que podemos asegurar es que el juez se presentó cierto dia á don Cárlos y le dijo:

—Señor, me atrevo á poner en noticia de V. M. que conozco al matador del marqués de Vera.

—Y eso me da á entender que está preso, respondióle el rey mirándole fijamente.

—No lo está, murmuró el primero con visibles señales de turbacion.

—¡Cómo! esclamó irritado el monarca. ¿Conoceis al delincuente y no habeis cumplido con vuestro deber?

—No me he atrevido á apoderarme de su persona, repuso el magistrado.

—¿Tan encumbrada es?

—Su nombre, escrito en un proceso criminal, rebajaria el lustre del trono.

Don Cárlos llegó á creer que don Fernando se hallaba comprometido seriamente, y contestó con enfado:

—Decid mas bien que os faltan pruebas, que sospechais pero que nada sabeis.

—Don Luis de Vera, insistió el juez respetuosamente, pereció de noche en una plazuela.

—Estraña noticia por cierto; nadie la ignora en Madrid.

—Recibió una estocada en el pecho, Señor.

—Tampoco esa noticia es nueva, y yo os daré otra, á saber, que á dos pasos del cadáver se encontró su espada.

—Señor, es verdad.

—De modo que el marqués peleó.....

—¿Quién lo duda?

—Pues bien: no ha muerto por sorpresa á manos de un asesino.

—Seguro estoy, Señor, de que fué en duelo.

—Haceis mal en asegurarlo, porque careceis de pruebas; os lo he dicho ya.

—Pruebas evidentes..... no..... no, Señor..... no las encuentro, aunque mi conviccion no puede engañarme.....

—¿En qué pues os fundais?

—Hay un testigo.

—¡Ah!

—Este pañuelo ensangrentado.

Y el juez sacó de una cajita el lienzo, con que el hijo de Montemar limpió su propia espada.

El rey lo examinó diciendo:

—Es un testigo mudo.

—Es un testigo que habla, Señor, replicó el magistrado con entereza, supuesto que en una de sus puntas se ven dos iniciales.

—Cierto, observó el rey.

—Luego mis conjeturas.....

—No se trata de conjeturas, sino de evidencias; habeis sostenido que conoceis al matador de don Luis de Vera....

—Esas iniciales, Señor.....

—¿Qué nos afirman?..... Leamos.... *I de B*.... Veinte nombres distintos.....

—¡Veinte!

—Sí, veinte, y tal vez ninguno verdadero, ó lo que es lo mismo, tal vez ninguno sea el que buscais. ¿Qué significa *I de B*?

—Señor, jamás me atreveré á traducir esas letras.

—Prudente sois, y para probarlo voy á traducir yo vuestro pensamiento.

—Si V. M. acierta, confesaré de plano.

—Imaginais que el pañuelo pertenece ó ha pertenecido á Isabel de Borbon, y que el matador de don Luis es la persona, á quien esa dama ha regalado el lienzo.

El juez se inclinó profundamente, para patentizar que estaba de acuerdo con esta revelacion; pero el monarca le tocó en el hombro, añadiendo:

—¿Conoceis la corte?

—Señor, esa pregunta.....

—¿Conoceis á todos los altos personages que en ella figuran?

—Los conozco.

—¿Por qué pues os habeis fijado en el nombre de una muger, y no en el del general Ignacio de Bracamonte ó en del elector Inocencio de Baviera? ¿Por fuerza han de decir las letras del pañuelo Isabel de Borbon? Meditadlo bien y nunca se os ocurra acusar á nadie de un crímen, sin pruebas positivas.

El juez se retiró cabizbajo y pensativo, deduciendo despues de largas meditaciones, que debia darse el parabien y dejar dormir la causa.

Don Cárlos acababa entonces de acceder al famoso tratado propuesto por la Francia y conocido con el nombre de *Pacto de Familia*. Segun sus cláusulas, las dos altas partes contratantes debian mirar como enemigas á las potencias que lo fuesen de cualquiera de ellas; la nacion requerida para que prestase auxilios á la otra habia de poner á disposicion de esta, en el término de tres meses, doce navíos de línea y seis fragatas armadas; España aprontaria ademas, en este caso, diez mil infantes y dos mil caballos, así como Francia diez y ocho mil de los primeros y seis mil de los segundos. Acordóse tambien que bastaria el simple requerimiento, para imponer la obligacion de acudir con los mencionados socorros; que en caso de guerra se haria toda proposicion de paz, con mútua aprobacion; que las dos naciones se comunicarian recíprocamente las alianzas que formasen y que sus banderas habian de gozar de los mismos privilegios.

Todos los historiadores nacionales de nuestros dias han hablado contra la condescendencia del monarca español, que firmó un convenio tan desastroso: téngase en cuenta sin embargo que lo han hecho con no poca parcialidad, y que en la misma falta in-

Editora Vicente Castañeda



Nunca se os ocurra culpar á nadie de un crímen sin pruebas positivas.

currió un escritor de mucha nota. (1) Es innegable que con el *Pacto de Familia*, nuestra nacion debia salir muy perjudicada y que bajo este concepto fué un tratado impolítico; pero tampoco debe ocultarse al menos avisado, que los desaciertos de los gobiernos posteriores nos privaron de las ventajas, que de nuestra union con la Francia habian de resultar.

Ya hemos dicho que el propósito constante de Fernando VI fué observar estrictamente la neutralidad en la contienda entre la Inglaterra y la Francia, y que fiel á este pensamiento, no tuvo reparo en sacrificar al marqués de la Ensenada. De aquí surgió naturalmente la esperanza que concibió la Inglaterra de llegar á dominarnos, por medio del influjo que desde Felipe III se habia empeñado en ejercer sobre todos los negocios de España. Yacia pues muerto el ódio contra los ingleses, nuestros enemigos implacables, en consecuencia de la guerra de sucesion y de la política de Felipe V; pero se avivaron con mayor fuerza desde que ocupó el trono Cárlos III, estrechándose por el contrario las relaciones con la Francia, á pesar de haber estado suspendidas despues del tratado de Viena, de la destitucion de Ensenada y del nombramiento para el ministerio del irlandés Wals. Abrigaba ademas don Cárlos justos motivos de resentimiento contra el gobierno inglés, por haberle este obligado con insolencia á desentenderse de la causa de su familia durante la guerra de Italia, y unido su encono personal á los buenos servicios que debia á la Francia, á las querellas interminables so-

(1) El conde de Toreno.—«Para ello han contribuido, en nuestro concepto, dos causas; el influjo de las ideas inglesas durante la guerra de la independencia, que penetró en nuestros hombres públicos y muy señaladamente en el señor Conde, y la pérdida de nuestra marina en el cabo de San Vicente y en Trafalgar, lo cual no hubiera sucedido ciertamente sin el miserable é imbécil gobierno del Príncipe de la Paz. Pudo la Francia, es indudable, disponer de nuestras fuerzas marítimas, y despues de las militares, para agotarlas todas; pero téngase presente que nunca hubiera acontecido esto sin la imprudente guerra de 1793, si no nos hubiéramos separado ú al menos hostilizado á la Francia.»

F. G. M.—*Sistema político de Cárlos III, pág.* 100.

bre los establecimientos británicos en América, al comercio ilícito protegido por aquellos establecimientos y á las contínuas violaciones del derecho de gentes, por parte de los cruceros ingleses, sobre los buques españoles, le indujo á apetecer un rompimiento con la Gran Bretaña. El influjo de la reina María Amalia Walburg, princesa de la casa de Sajonia, y por lo tanto adicta á la Inglaterra, neutralizó por algun tiempo las iracundas ideas del rey, que se avino á contemporizar pacientemente con los desmanes de una nacion soberbia, que no temia esponerse á su venganza.

La reina falleció, coincidiendo con tan triste acaso las grandes ventajas obtenidas por la Inglaterra contra los establecimientos franceses de las dos Indias y de la América del Norte. Don Cárlos, en medio de su dolor por la pérdida que acababa de esperimentar, receló con fundamento que los ingleses atacasen las posesiones españolas, y se preparó para la guerra, firmando con la Francia el *Pacto de Familia*.

Temió al punto la corte de Londres los efectos de esta union; pero convencida de que humillándose no desarmaria á sus enemigos, se propuso aparecer arrogante y desechó con altivo desprecio la memoria del ministro francés Mr. Bussy, en la que pedia Luis XV que se diese satisfaccion á España acerca de unos buques injustamente apresados, así como sobre el derecho de pescar sus súbditos en el banco de Terra-Nova, y sobre la demolicion de los fuertes construidos por el gobierno inglés en la bahía de Honduras.

Perdida ya toda esperanza de avenencia, declaráronse mútuamente la guerra la Inglaterra y la España. Nápoles y Turin se adhirieron al *Pacto de Familia* y don Cárlos mandó fortificar todos nuestros puertos, disponiendo que saliesen de ellos las fuerzas navales necesarias para los cruceros de las costas. A fin de no dejar á los ingleses el menor abrigo en la Península, invitó al rey de Portugal para que entrase en la coalicion; pero aquel monarca se negó á ello bajo pretestos frívolos, que revelaban cla-

ramente sus intenciones hostiles. Entonces ordenó don Cárlos que se invadiese su territorio.

El marqués de Sarriá se apoderó de Miranda, aprovechando los momentos en que acababa de volarse un almacen de pólvora, que destruyó gran parte de la muralla. A poco tiempo cayeron en su poder Braganza y Moncorvo, de modo que quedó ocupada la mayor estension de la ribera del Duero. El general don Alejandro O'Reilly se hizo tambien dueño de Chaves; aterrados los portugueses por los rápidos movimientos de nuestras tropas, abandonaron sus líneas de defensa, y aquellas ocuparon en breve la provincia de Tras-os-montes. Penetró además en la de Beyra otra division española, atravesando intrépidamente los valles de Mula y de Coelha, y reunido poco despues el ejército, se puso sitio á Almeida, que se rindió por capitulacion.

Los ingleses acudieron al socorro de sus aliados y se puso á la cabeza del ejército combinado el conde de Lippe, caudillo de gran reputacion, adquirida en las guerras de Alemania. Al punto comprendió que la causa de Portugal estaba perdida, si un esfuerzo no contenia al ejército español, y llegando á saber que nuevas divisiones se preparaban á invadir aquel suelo por Estremadura, resolvió apoderarse de los almacenes que se establecian en Valencia de Alcántara. Sorprendió efectivamente la poblacion y entrando en ella, fueron muertos ó prisioneros cuantos españoles intentaron hacer frente; este descalabro impidió que el ejército invasor se internase en la provincia de Alentejo, pais llano en el cual la caballería, que era nuestra fuerza principal, hubiera operado con notables ventajas. Con todo, atacaron nuestras tropas á las combinadas en el paso del rio Alvesto, pero fueron rechazadas con pérdida. El coronel Lee sorprendió tambien á un cuerpo de caballería española en su campamento de Villa-Belha, lo derrotó completamente y despues de dispersarlo, le cogió sus almacenes. Llegó entretanto la estacion del invierno y hallándose los españoles sin víveres, porque el pais estaba asolado, tuvieron que replegarse á Estremadura y á Castilla.

Al mismo tiempo desembarcaron los ingleses en la isla de Cuba y acometieron contra el castillo del Morro, que fué gloriosamente defendido por don Luis de Velasco, asesinado con la mayor vileza despues de la capitulacion, y por el marqués Gonzalez de Castejon, que pereció en la brecha. El gobernador de la plaza don Juan Prado se sostuvo catorce dias mas; pero al fin tuvo que rendirse y quedó prisionero de guerra. Otro desembarco que hicieron tambien los enemigos de España en la isla de Luzon les proporcionó la toma de Manila, su capital; pero don Pedro Cevallos juró desquitarse de tan sensible pérdida, y cumplió su palabra, apoderándose en el Brasil de la colonia del Sacramento.

Ninguna ventaja positiva sacaban las respectivas naciones de una contienda tan tenaz y el primero que se cansó de la lucha fué el monarca francés. Hizo por lo tanto proposiciones de paz á la corte de Inglaterra y habiéndolas esta aceptado, se invitó al rey de España, que accedió á los preliminares de Fontainebleau. Por último se firmó un tratado, por el cual quedaron terminadas todas las diferencias existentes, resolviéndose que las partes beligerantes debian restituirse las presas, mucha parte de lo conquistado, y particularmente á España sus posesiones.

No por estos cuidados dejaba el rey de Castilla de atender al gobierno interior de su reino. A la sombra de las agitaciones naturales de la guerra con Portugal, aparecia entonces cierto síntoma precursor de estraños acontecimientos. Decíase, aunque con gran misterio y no pocos temores, que don Cárlos habia propuesto al Consejo Supremo de Castilla una resolucion encaminada á robustecer su autoridad, minada sordamente por ocultos enemigos del público sosiego. Estos, por su parte, no se descuidaban al parecer, porque se observaba en la corte una efervescencia desusada, que imprimia inquietud en los ánimos y sobresaltaba á las familias.

Era el 25 de marzo de 1766 y toda la famosa barriada del *Barranco* estaba en fermentacion. Iban y volvian emisarios con

apresuramiento, preguntábanse las gentes sobre las novedades que ocurrian y el nombre del ministro Esquilache sonaba de boca en boca. Personas evidentemente disfrazadas recorrian los grupos de *Mendigos*, estacionados en las plazuelas y encrucijadas del territorio de la capital que les pertenecia de hecho, y conocíase desde luego que les daban santo y seña para algun movimiento atrevido, en contravencion á las leyes.

Pero en la calle de los *Tintes* subia de punto la exacerbacion de los ánimos, y puede asegurarse que hervian cabezas desde lo alto de la *Escalinata* hasta la taberna del *Raposo*, punto en que se habia establecido una guardia de harapientos vecinos. Todo indicaba que de aquella taberna partian las órdenes convenientes á los grupos y que en estos se comentaban con entera libertad, ó lo que es lo mismo, que el establecimiento de Paco Ranera era el cuartel general de la insurreccion.

¿Merecia este nombre aquel alboroto pasivo, que solo se traducia en murmuraciones? Penetremos en el cuartel general, á fin de descubrir la chispa que iba á ocasionar un incendio. Hasta entonces no se hacia mas que recojer combustible para la hoguera en la parte esterior. Los atizadores no se habian dado á luz, pero contaban con decididos auxiliares del desórden y de la anarquía, con instrumentos ignorantes y entusiastas, que se esponian á morir por defender privilegios é inmunidades, de cuya subsistencia nada podian prometerse. Hé aquí lo que ha ocurrido en todo tiempo; hé aquí la historia de todas las naciones. La voluntad de los ambiciosos dispuesta siempre á sobrenadar entre las masas; las masas caminando á ciegas para cumplir la voluntad de los ambiciosos bajo la fé de que así se acercan á su propia ventura.

Se aproximaba la noche y en la taberna del *Raposo* se discutia con calor. De vez en cuando se abria la puerta que mediaba entre la sala comun, ocupada á la sazon por alborotados bebedores que se despachaban á su gusto, y aquella interior que ya conocemos, por cierto mueble giratorio que la decoraba. En esta se habian reunido los corifeos del tumulto pacífico, que no traspasaba los lí-

mites de la jurisdiccion del *Barranco*, y de cuya existencia no se tenia conocimiento en el Madrid social ni en la corte. Aquellos eran tres pueblos que apenas se conocian, aunque cercados por una sola muralla; la corte vivia para gozar, el Madrid laborioso para obedecer y la barriada de los *Mendigos* para exigir contribuciones á todo el mundo. Aparecia esta última en la sombra de la capital como un borron, y en efecto debia considerarse como el borron de la monarquía en el siglo XVIII.

Paco Ranera, que habia recibido instrucciones y medios eficaces de contentar á su ejército de harapos, dejaba el despacho de su taberna á disposicion de los oradores de esquina, y retirado en la sala del aparador, departia con sus tenientes acerca de las operaciones, con que habian de comenzarse las hostilidades contra la tranquilidad pública.

—El plan está aquí todo entero sin que le falte un guiñapo, decia con fuego dándose palmadas en la frente. Mañana será otro dia y veremos quien tose á la asociacion de los *Mendigos*: con que, tigres, no lo olvideis..... mucho grito..... mucha tremolina..... y sobre todo, que nos entregue el rey la cabeza de Esquilache, que para nada necesitamos.

—Y es verdad, repuso el Vizco, personage que ya aspiraba secretamente á suceder al tabernero en sus funciones de gefe de la asociacion. Hasta ahora no sabemos qué es lo que ha hecho ese pobre ministro contra nosotros.

—Calla tú si no quieres que la gente *arriscáa* te destroce, repuso Paco.

Entonces se amenazaba todavia con la gente, aun no se decia el pueblo.

—Callaré, porque estoy preparado á que arda Madrid; pero eso no quita que entre nosotros.....

—Entre nosotros, Vizco, no hay ni mas ni menos que lo que acabo de decir. Esta noche, muertos los *Mendigos;* espias apostados en la *Escalinata* y en *Santa Cruz*, para que nadie pase hácia la corte y nos venda, y ahora esperar nosotros la vuelta de Pedrillo.

—Con tal que no encuentre algun tropiezo..... observó el Atravesao.

—¿Quién ha de meterse con él desde aquí hasta el convento de la *Merced*? repuso Ranera.

—Tiene que atravesar la plaza *Mayor*.

—¡Vaya un peligro para el raposo! Lo que necesitamos es que nos traiga buenas noticias de los barrios de *Lavapies*....

—Aquí está, aquí está, gritaron á un tiempo el Viejo y el Vizco.

Y así era; Pedrillo entró en la sala sin capa y sin sombrero, fatigado y con el furor y el deseo de vengarse pintados en su iracundo rostro.

—¿Qué ha sucedido? le preguntó Paco. ¿No prende la yesca por la parte de abajo?

—¿No ha de prender? Va á armarse una de mil demonios; pero he estado á pique de dormir en la cárcel, respondió Pedrillo, dejándose caer en el banco y apretando los puños.

—Cuéntanos eso, que debe ser muy curioso, murmuró el Viejo.

—¿Sí? Pues escuchadme..... ¡Ah! Se me olvidaba que habia jurado proponeros esta noche un acertijo.

—Bien, bien..... salga y diga, esclamó el Atravesao. Yo soy profesor de adivinanzas.

—¿A que no sois capaces de declarar, por qué debe morir el ministro Esquilache?

—¡Toma! contestó el Vizco mofándose; porque te ha robado el sombrero y la capa.

—¡Demonio!.... ¿Tienes pacto con los espíritus infernales?

—¿Adiviné?

—Adivinaste.

—Pero hombre.....

—No hay hombre ni aspavientos que valgan. El marqués de Esquilache es un ladron público; él mismo acaba de declararlo de real órden.

—Lo que se me figura, observó el tabernero con socarroneria, es que el miedo te ha hecho ver en todas las esquinas marqueses de Esquilache.

—Lo que me ha hecho ver son bandos, en que se nos condena á todos.

—Esplícate.

—No hay mas esplicacion que sangre y fuego..... ellos ó nosotros.... los ricos ó los pobres.

Las palabras de Pedrillo probaban que era partidario de los principios socialistas hasta la exageracion.

—En fin, le replicó el Viejo, habla si quieres; esperábamos una historia y nos vienes con un sueño.

—¿Sueño? El rey nuestro Señor ordena que desde mañana quedará prohibido el uso de sombreros gachos; yo estaba leyendo el cartel en la primera esquina de la calle de *Toledo*, cuando un alguacil echó mano al mio, arrebatándomelo de la cabeza. Entonces luchamos á brazo partido, porque el alguacil pretendia que yo me burlaba del bando y que mi sombrero era una protesta palpable contra el mismo; al paso que yo sostenia que la prohibicion se entiende *desde mañana*, como dice el documento. Mi contrario, á quien no convencian estas razones ni los arañazos con que le señalaba el rostro, consiguió, á pesar de mis esfuerzos, desenvainar la espada, pero sin saber cómo, se encontró tambien mi mano derecha con mi puñal y.....

—¿Le has dado mensage para el infierno? le interrumpió el Vizco.

—Creo que no.... un ojal en el hombro, para impedir su estocada: pero ha gritado como un energúmeno pidiendo favor á la justicia, la gente ha corrido calle arriba y calle abajo como en dia de tempestad, y viendo yo que se acercaba á paso de lebrel una nube de alguaciles, semejantes á una bandada de cuervos ó de inquisidores, he hecho lo que la gente, desapareciendo por el arco, metiéndome en la plaza *Mayor* y alcanzando la *Caba baja*, mucho antes que mis perseguidores. Mi capa y mi sombrero se

han quedado en el lugar de la refriega, haciendo compañia al corchete herido.

—Pero ¿por qué se declara la corte contra los sombreros gachos? preguntó Ranera.

—La cosa es clara; porque la corte siempre ha sido, es y será enemiga de la gente.

—Pues no le arriendo la ganancia, porque va á tener que sentir.

—¿Qué es lo que ha dispuesto?

—Un alboroto de todos los barrios contra el ministro.

—Eso no me coge de susto.

—En seguida ahorcaremos á Esquilache.

—Corriente; pero ¿qué hemos de pedir?

—Justicia.

—¡Vaya una locura!

—¿Por qué lo dices?

—Porque si el rey nos concede la peticion, tiene que empezar por ahorcarnos á nosotros.

—Pedrillo ¿sabes en qué estoy pensando?

—Tú siempre discurres bien y á tiempo.

—Ahora solo imagino que tienes muchísima razon: nosotros no debemos pedir justicia, porque si llega á hacerse en Madrid Dios sabe á donde iremos á parar.

—Tratemos pues de lo que se ha de gritar, observó el Atravesao.

—El grito no falta; *muera Esquilache.*

—Ya..... quiero decir, el..... vamos..... ¿no me has comprendido?

—Sí; lo que nos falta es el pretesto para el alboroto.

—Ese.... ese.... el pretesto.....

—Está vencida la dificultad, murmuró Paco sentenciosamente.

—Oigamos.

—Los sombreros.

—¿Cómo así?

—Mañana arrancaremos todos los bandos de las esquinas, como contrarios á nuestros usos y costumbres; los alguaciles se opondrán y la gente les perseguirá á pedradas. En cuanto llegue á noticia del Consejo la reyerta, se echarán á la calle los de la guardia flamenca y entonces..... fuego en ellos por todas partes.

—¿Y las instrucciones que has recibido? repuso el Viejo con malicia.

—Me autorizan para hacer de mi capa un sayo; de modo que cuanto mas reñida sea la refriega, mejor. Contamos con sendas onzas de oro, que nos repartiremos religiosamente, y sobre todo con la proteccion de..... ya me entendeis.

—Debemos sin embargo no olvidarnos del gobernador de Madrid.

—¡Oh! el duque de Montemar corre de mi cuenta.

—Cargará sobre nosotros con la caballería.

—¡Bah! ¿Le tienes miedo en las encrucijadas del *Barranco*?

—¿Miedo? En ninguna parte.

—No se hable mas; separémonos, y al amanecer cada cual al punto designado.

—¿Qué hacemos con la gente que se rebulle por ahí afuera?

—No me acordaba; es necesario exasperar á los corrillos con la noticia del bando contra los sombreros.

—Vamos allá.

Disponíanse los satélites del tabernero á salir del cuartel general, para encender la hoguera del motin con todo el prestigio de sus razones tribunicias, sobre la prohibicion desacertadamente publicada aquel mismo dia por el ministro Esquilache, cuando llegó á sus oidos una horrible gritería. Maldiciones, blasfemias, amenazas, juramentos, convertian á la calle de los *Tintes* en espantoso centro de las regiones infernales. Los grupos de la barriada se habian deshecho, la muchedumbre se agolpaba á la taberna del *Raposo*, nadie se entendia porque todos alborotaban, y hubo momentos en que Paco, el Atravesao, el Vizco, Pedrillo y el Viejo llegaron á concebir serios temores por sus vidas.

Pero Ranera era hombre que siempre queria saber á qué atenerse y no perdió su aplomo en tan graves circunstancias. Animó á los suyos, y abriendo la puerta de la sala, salió hasta la calle á su frente, puñal en mano. Todos se habian resuelto á jugar el todo por el todo.

Al verle se redoblaron los alharidos de la multitud; pero él dominó el tumulto con su voz de trueno, y se dirigió á los que estaban mas próximos á la taberna, esclamando:

—¿Os habeis escapado del infierno? ¿Qué significa vuestra diabólica algazara?

—Mueran.... mueran.... á palacio... le respondieron á un tiempo por todas partes.

—Esta noche no; mañana, gritó el gefe sin desconcertarse.

—Esta noche..... esta noche.... repitieron las turbas.

—¿Por qué esta noche? preguntó impaciente, levantando el brazo y haciendo brillar la hoja de su puñal.

—Porque ha subido el precio del pan..... porque el pan costará mas caro desde mañana.

—¡Ah! murmuró Paco: hé aquí el gran pretesto.... la Providencia se declara por nosotros.

Y se mezcló entre los mas alborotados, seguido de sus inseparables compañeros, para contener hasta cierto punto la efervescencia popular y dirigir convenientemente la insurreccion.

# CAPÍTULO XXII.

En el que se habla de un motin, de un lazo, de un puñal y de un pañuelo.

Desde los primeros albores del dia pudo convencerse la corte de que el alboroto del pueblo reconocia una causa mas poderosa que la reciente prohibicion de llevar sombreros gachos, en mala hora sugerida al rey por el marqués de Esquilache. Tambien se convenció muy pronto el Consejo Supremo de Castilla de que no obraba en los amotinados, como primer agente de la insurreccion, la carestía del pan, porque no obstante haber dispuesto á las ocho de la mañana el prudentísimo conde de Aranda que no se hiciese la menor novedad en el precio de dicho artículo, los gritos y las pedradas, que habian dado principio al amanecer, prosiguieron con mayor encarnizamiento.

La harapienta multitud del *Barranco*, reforzada con los matones de *Lavapies*, abandonó su barrio para caer sobre el centro de la poblacion. Paco Ranera y sus cuatro satélites de la taber-

na del *Raposo* eran los gefes reconocidos del movimiento popular; pero todos los hombres pacíficos sospechaban la existencia de un poder oculto que lo habia preparado y lo empujaba sagaz y estrepitosamente, como recurso desesperado que le obligaba á jugar el todo por el todo.

La *Puerta del Sol*, las calles del *Arenal* y *Mayor*, las plazas de *San Miguel* y de la *Armería* y la cuesta de *Santo Domingo* se veian llenas de amotinados y de curiosos. El grito de *muera Esquilache*, repetido por mil bocas, habia llegado ya muchas veces á los oidos del rey, que se negó obstinadamente al empeño de su ministro para que se emplease la fuerza contra los revoltosos.

—Señor, le habia dicho el marqués temblando, las turbas van á despedazarme, si permanecemos en la inaccion.

—Nada temais, acababa de responderle don Cárlos; si ahora deshacemos á tiros ese motin, mañana reaparecerá mas imponente. La persuasion obligará á esos locos á retirarse.

—¡La persuasion, Señor! esclamó el ministro desconcertado.

—¿Pues qué pensais? repuso el rey arrugando el entrecejo. A los pueblos se les convence, pero no se les presenta una batalla. ¡Sangre por las calles! Eso debe ser horrible.

—¿Y si ellos la derraman, Señor?

—No llegará ese caso..... Muchos gritos.... algunos cristales rotos..... alguaciles huyendo..... hé aquí, marqués, á lo que quedará reducida esa asonada, que tanto os asusta. Esta noche dormiremos todos tranquilamente, porque confio en el conde de Aranda.

—¡Ah, Señor!..... Ignoraba que V. M. le hubiese dado órdenes.

—Marqués de Esquilache, desde hoy ignorareis muchas cosas.

—Señor, si V. M. me retira su confianza.....

—Juzgad vos mismo de las cosas y convendreis en que necesito hacerlo, por mucho que aprecie vuestra lealtad y buenos servicios. Desde que las cortes de Versalles y de Lisboa me manifestaron la conveniencia y aun la necesidad de proceder á la es-

pulsion de los Padres Jesuitas de los dominios españoles, habeis seguido en este negocio una marcha, que tarde ó temprano debia producir trastornos. Os habeis manifestado públicamente enemigo de la *Compañía*, alarmando con la franqueza de vuestras opiniones el temor de unos hombres harto poderosos para merecer nuestros desprecios, y bastante sabios para argüir en razon contra nuestras determinaciones legales. Arrojados de Francia y de Portugal, imaginaban los Jesuitas hacerse temibles en España, sin sospechar que estaba próximo el dia de su destierro, y vuestra poca prevision les ha abierto los ojos. Marqués de Esquilache, lo que debia ser un secreto de Estado, hasta que estuviesen bien tomadas mis medidas, se ha convertido en objeto de discusion entre los desocupados de la corte. El general de la *Compañía* equivale á un ejército y..... ya lo veis; se ha preparado por medio de un tumulto popular á presentarnos una batalla decisiva. ¿A que no acertais lo que espera para abrumarnos?

—Mi caida, Señor.....

—No, marqués; el grito de *muera Esquilache* es el santo y seña para el pueblo bajo. Lo que aguardan hoy con impaciencia los Padres Jesuitas es el real decreto de su espulsion, y un plazo conveniente para abandonar nuestro suelo.

—¡Ah! No hay duda; quieren aparecer como atropellados, como perseguidos.....

—Y tambien como mártires; pero no les valdrá la estratagema.

—Señor, no me corresponde preguntar á V. M. lo que piensa hacer.

—Lo primero destituiros, para castigaros por vuestros desaciertos en tan importante asunto.

—¡Voy á quedar á merced de las turbas!

—Vuestra muerte seria inevitable antes de media hora, si yo no os protegiese. Vuestro alojamiento es este Real alcázar, hasta que nada tengais que temer. Y ahora dejadme solo y no os asusteis por los alharidos de la multitud.

Esquilache se retiró de la Real cámara y don Cárlos se asomó al balcon principal que daba á la plaza de la *Armería*, convertida á la sazon en un mar proceloso de cabezas agitadas por el flujo y reflujo de mil pasiones diversas. El gentío era inmenso, el desórden espantoso, el aparato del motin imponente. Pero apenas apareció el rey en el balcon, cuando la chispa eléctrica del respeto debido á la magestad se comunicó como por encanto á los corazones. Cesó la gritería, las ondulaciones de la multitud se calmaron y las cabezas se descubrieron.

Don Cárlos paseó su mirada severa por la apiñada muchedumbre, y distinguiendo á lo lejos al conde de Aranda, que se debatia furiosamente para abrirse paso hácia el alcázar, estendió su brazo izquierdo señalándole, y esta demostracion fué una órden terminante para los amotinados. Gritos atronadores de *viva el rey* resonaron por los cuatro ángulos de la plaza, y el presidente del Consejo se vió conducido por el aire y por mil brazos hasta las puertas de la régia morada.

El rey cerró el balcon y salió al encuentro del conde.

El gentío volvió á gritar desesperadamente:

—¡Muera el marqués de Esquilache!

El presidente del Supremo Consejo de Castilla llegaba á informar á don Cárlos de las providencias tomadas por este cuerpo, para contener los progresos del motin.

—No se han descuidado los Padres de la *Compañía*, le dijo el monarca, y aun he llegado á figurarme que esos furiosos iban á despedazaros.

—V. M. ha sido mi escudo, repuso el de Aranda.

—¿Y qué ocurre por los barrios?

—Todos se hallan en completa y abierta insurreccion. Mucho temo que sea preciso emplear la fuerza.

—Y haceis bien en temer esa desgracia, conde, porque es la mayor que puede sobrevenir. Veamos las disposiciones que habeis adoptado.

—Todas son muy sencillas, Señor; el pan se vende al precio

ordinario y las tropas reales están dispuestas á escarmentar duramente á los insurrectos. He prevenido al duque de Montemar que sitúe las fuerzas de modo que los principales centros del tumulto se encuentren acorralados, pero prohibiéndole romper el fuego sin órden espresa y terminante de V. M.

—El duque obrará al tenor de esas órdenes, porque sabe que no me agrada que se derrame sangre inútilmente.

—Me ha ofrecido al menos que irá estrechando á las turbas sin disparar un tiro, hasta que logre dispersarlas.

—Basta con eso, ya se cansarán de gritar.

—He ordenado además la publicacion de un bando, y creo que producirá buen efecto.

—¿Y qué decís en él?

—Que V. M. otorga el perdon á los que se retiren á sus casas en el término de una hora.

—¿Y á los demás?

—Les amenazo, Señor.

—¿Con la muerte?

—En caso de que la merezcan, como reos de sedicion. La autoridad real está sobre todo, y no ha de decirse que el Consejo Supremo de Castilla deja en la impunidad semejante atentado. Los promovedores de ese motin no pueden quedar impunes.

—Los agentes de los promovedores querreis decir, conde.

—Es verdad, Señor; los agentes..... porque en cuanto á los promovedores.....

—¿Qué opina el Consejo?

—Que V. M., en bien de la tranquilidad pública y en defensa de las prerogativas del trono, se halla en el caso de adoptar la providencia que mejor estime en su alta sabiduría, para estrañar de estos reinos y señoríos á los Padres de la *Compañía de Jesús*.

—Escuchadme bien, conde de Aranda. Tan pronto como el duque de Montemar disperse á los amotinados y quede restablecido el sosiego, prevendreis á su hijo don Fernando que se me

presente. Deseo celebrar consejo, al cual debe asistir en vuestra compañía, como asimismo el marqués de Sarriá y el de los Velez.

—¿Y el duque, Señor?

—Tampoco dormirá mucho esta noche, y eso que no se hallará muy descansado despues de los disturbios del dia. Quiero por lo mismo ahorrarle las molestias de la discusion que hemos de tener, para tratar como en familia un secreto de Estado.

—Está bien, Señor; comprendo toda la importancia de esa órden.

Al llegar aquí de su plática el rey y el conde no pudieron menos de sorprenderse, pues resonaban en sus oidos esclamaciones infernales, ahullidos desesperados, imprecaciones y blasfemias, acompañado todo con estrepitosas corridas, que anunciaban importantísimas novedades. Acercóse el de Aranda al balcon, y dijo despues de haber examinado la plaza:

—Ya veo que Montemar sabe aprovechar el tiempo; los alborotadores huyen, y para huir se atropellan y pugnan unos contra otros, lo cual quiere decir que el duque les acosa de cerca. Pronto quedará completamente despejado el frente del Real alcázar.

Lo que referia el presidente del Consejo era verdad. Cercada por todas partes la insurreccion, íbase replegando á sus guaridas, aunque conservando cierto órden que le comunicaban Paco Ranera y sus lugartenientes Pedrillo, el Vizco, el Viejo y el Atravesao; pero impaciente el duque de Montemar y sobre todo enojado, al considerar que la actitud con que se retiraban los alborotadores equivalia á una provocacion, arrojó sobre ellos la caballería, si bien dando órden á los ginetes de que cargasen sin acuchillar. Entonces empezó la dispersion de los amotinados, comunicándose su movimiento á todos los puntos en que daban la ley. No tardó en saberse en la plaza de palacio que todo estaba perdido, y á la voz de *sálvese el que pueda*, se arremolinó la muchedumbre asustada, lanzando horribles gritos y huyendo precipitadamente por todas las avenidas.

El motin se habia disipado como el humo, y á las dos de la tarde nadie hubiera dicho que aquel mismo dia habia ocurrido tan grande escándalo en la capital de las Españas. Varios contusos, muchos cristales rotos y una docena de presos fueron los resultados de tan grave desman. El duque de Montemar, héroe de la jornada, que con tanta prudencia como arrojo secundó las intenciones del rey y del Consejo, pulverizando la insurreccion sin quemar un cebo, fué conducido á su casa con la cabeza destrozada, por haberle arrojado violentamente su caballo, cuando bajaba al galope por la cuesta de Santo Domingo, para dirigirse á la plaza de la Armería.

El marqués de Esquilache pudo retirarse á su morada sin peligro, para presenciar el destrozo que habia hecho la rabia popular en sus magníficas habitaciones. La destitucion de este imprudente ministro fué por parte del rey don Cárlos una justa concesion á la opinion pública. Para ocupar su puesto llamó al marqués de Grimaldi.

De resultas del consejo celebrado en la cámara real, y al cual asistieron el conde de Aranda, el marqués de los Velez, el de Sarriá y don Fernando de Montemar, partió este último para Roma con instrucciones secretas, relativas á la aprobacion que la corte de Castilla solicitaba del Santo Padre para el estrañamiento de los Jesuitas. Nada pudo conseguir el enviado español del papa Clemente XIII, y once meses transcurrieron en contestaciones de parte á parte, cuyo fin solo se dirigia á ganar y á perder tiempo.

Retrocedamos ahora un poco, á fin de anudar algunos cabos sueltos de la enredada madeja de nuestra historia.

Despues de haberse disfrazado el escudero de Pimentel y el familiar que acababa de sacarle sano y salvo de las garras del Santo Oficio, cobraron ánimo y resolvieron permanecer en su escondite de la calle de la *Sarten* hasta la noche. Así lo exigia su seguridad y tambien el deseo de discutir largamente el género de vida que debian adoptar, para no caer de nuevo bajo la férula

de los inquisidores, á lo cual se agregaba cierta impaciencia por parte de Gonzalo de conocer á su libertador.

—Paréceme, le dijo, acariciando con su paladar y sus dientes la sustancia de unas sabrosas magras, que van á tratarnos en este alojamiento como á dos arzobispos.

—Lo mejor que para mí tiene es que en él nos hallamos como dos galápagos en sus conchas, contestóle el familiar, remojando las magras con un buen vaso de negro mosto.

—Ahí se conoce el susto que te causa la Inquisicion, repuso el *rezador*.

—Su recuerdo me horripila.

—Imposible. ¿Pues no me has asegurado que el empleo de familiar es lucrativo?

—En efecto; pero allí se ven horrores.

—Ya; mas tengo para mí que al cabo de tanto tiempo se acostumbra uno á todo. Y ahora caigo en que me debes una esplicacion.

—La creia inútil.

—Pues creias muy mal. Dos hombres que se escapan juntos de la Inquisicion deben conocerse á fondo.

—De modo que.....

—De modo que aquí no hay mas que uno, y ese eres tú, que conozca al otro, que soy yo.

—¿Te acuerdas del convento de las *Descalzas Reales*?

—¡Bah! Como está tan lejos.....

—¿Y del doctor Pimentel?

—¡Toma! Pues si es mi amo.....

—¿Y de una doña Isabel de qué sé yo cuantos?

—Déjate de misterios, que ahora no estamos en el calabozo de la *Suprema*. Ya en él nombraste á esa dama, diciendo que querias favorecer mi fuga, para que yo no declarase..... ¿Qué diablos habia de declarar?

—Lo ignoro, pero figúrate que estamos á 17 de julio de 1746.

—Sí: hace catorce años; no he olvidado tus palabras..... parece que entonces eres amigo mio, pero tenia tantos.....

—Figúrate que el dia 17 de julio de 1746 me buscaste, para que sacára de un apuro al doctor Pimentel.

—¡Demonio! ¿Estás cierto de lo que dices?

—Cuando lo afirmo.....

—¿Y qué apuro era? Esplícate.

—Se trataba de autorizar unas señas.....

—¡Unas señas!

—Por supuesto; la letra *U* marcada en el antebrazo izquierdo de una niña y la copia de un papel.....

—Y ese papel..... ¿Puedes repetirme su contenido?

—Poco mas ó menos..... «Esta niña es de familia ilustre y no está bautizada; en el brazo izquierdo conserva la inicial de su apellido. El monasterio de las *Descalzas Reales* recibirá dentro de pocos dias diez y seis mil escudos de oro.» Ya ves, Gonzalo, que tengo una memoria muy regular.

—¿Qué hiciste despues?

—Firmé la peticion de salida que me presentaste.....

—¡Ah!....

—Y saqué del claustro á doña Isabel de *U*.

—¡Perez Zapata! esclamó el escudero estrechando en sus brazos al familiar. ¡Quién diablos me lo habia de decir!.... Ni ¡cómo habia de conocerte!.... Si estás mas viejo que Adan.....

—¡Ay, Gonzalo! murmuró suspirando el ex-familiar; catorce años componen la cuarta parte de la vida del hombre, porque á los sesenta volvemos á ser niños. El mundo nos desgasta de una manera tan horrible y tan rápida.....

—¡Eh! repuso el escudero alegremente; ya barrunto que en la Inquisicion te has vuelto filósofo, pero no quiero que me acongojes con esas tristezas. Regocijémonos por este encuentro feliz, y bebamos á la salud de los inquisidores.

—No les desprecies, compadre, porque tienen las uñas muy largas; á estas horas están revolviendo la villa sus esbirros para tropezar con nosotros.

—¡Oh! En esta gazapera no les temo.

—¡Y qué! ¿Hemos de permanecer escondidos eternamente?

—Tienes muchísima razon, pero ya hemos convenido en salir esta noche. Tomaremos precauciones, nos orientaremos y..... ¡poder de Dios!.... me ocurre una idea famosísima.

—Ya la estás vaciando.

—Escucha, Rodrigo, escucha. De aquí á casa del doctor Pimentel cuatro pasos..... no hay mas que atravesar la plazuela de las *Descalzas*.

—¿Y luego?....

—Una vez allí, pongo en noticia de mi amo todo lo que me ha sucedido, esto es, mi prision por los familiares de la *Suprema*, mi libertad merced á tus generosos esfuerzos, el servicio que le prestaste hace catorce años y la necesidad en que nos vemos de salir de la corte ó de que nos proteja el rey.

—¡El rey!.... ¿Estás loco?

—El rey, el rey; te lo repito. Doña Isabel y don Fernando de Montemar no me han olvidado; estoy seguro de ello.

—Es que has dicho que el rey.....

—Lo he dicho, porque el rey nada niega hoy á don Fernando, ni á doña Isabel, ni á la infanta doña María Teresa.

—¡Cómo! ¿Vive aun esa ilustre señora?

—Vive; es la madre de doña Isabel.

—¡Qué me cuentas!.... Pues lo ignoran los inquisidores.

—¿Qué importa? Nuestro negocio estará mañana en buenas manos, porque supongo que apruebas mi plan.

—Importantísimas son las nuevas que acabas de confiarme, pero las inutiliza para nuestro provecho un cruel desengaño.

—Habla, habla.

—Es imposible, Gonzalo amigo, que nos dirijamos esta noche á casa del doctor Pimentel.

—¿La razon?

—Porque nuestra diligencia será vana.

—No entiendo jota de lo que dices.

—¿Y entiendes que no encontraremos al doctor?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sé donde está.

—¡Qué escucho!.... No me tengas así.

—En un calabozo de la Inquisicion.

—¡Misericordia de Dios!.... ¡Mi amo en el Santo Oficio!.... ¿Cuándo ha sido preso?.... ¿Por qué?

—Nada me preguntes, porque no podré contestarte. El hecho es que está allí, y que por lo tanto no debemos contar con su proteccion.

—Te equivocas, amigo Perez Zapata, ó por mejor decir, has dado en el hito sin sospecharlo. El doctor Pimentel no puede ampararnos; pues bien..... nosotros seremos sus protectores.

—¡Qué imaginas!.... Vamos á perdernos.

—Nada temas; desafío á todos los inquisidores y familiares del mundo, si tú me ayudas. He comido durante muchos años el pan del doctor y no he de abandonarle, aunque me cueste la vida.

—Eso no es mas que hablar inútilmente. Si al menos me propusieras lo que piensas hacer.....

—¡Qué sé yo!.... Lo primero entrar en la Inquisicion.

—¡En la Inquisicion!.... ¿Intentas correr á la muerte?

—Es indispensable que yo vea á mi amo.... no hay remedio.... discurre alguna traza.....

—¡Qué traza, ni qué.....

—¿No prosigues?.... Buena señal..... Apuesto á que vuelves á ser esta noche familiar de la *Suprema*..... Vamos, discurre, discurre, que algo se ha de hacer por los amigos. ¿No conoces que la libertad del doctor va á proporcionarnos un porvenir dichoso?.... ¿Qué será si nos la debe?

Perez Zapata hundió la cabeza entre sus manos en ademan pensativo; poco despues se dibujó en sus labios una ligera sonrisa, que el escudero acogió con júbilo como un presagio feliz, y sacando de su bolsillo una llave, murmuró las siguientes palabras:

—Es empresa espuestísima, mas no imposible de todo punto;

por lo demas, estoy acostumbrado á prepararme para lo que puede acontecer.....

—Considera, Rodrigo, le interrumpió Gonzalo, que mi vida está pendiente de tus razones. Decias pues que siempre estás preparado y que.....

—Y que contando con la desgracia de ser preso en nuestra fuga, porque es muy útil temer lo peor, he conservado en mi poder el medio seguro de escaparme segunda vez. Esta llave corresponde á la puerta de salida de un pasillo secreto, que se comunica con la huerta de la Inquisicion: es así que por su virtud puede pasar un hombre á la huerta desde el pasillo, luego.....

—La consecuencia es clara, esclamó Gonzalo con alborozo; tambien desde la huerta nos meteremos nosotros en el pasillo.

—No hay duda; pero es el caso que la huerta, observó Zapata, presenta cierto obstáculo.

—Se me figura, por el contrario, que es fácil de escalar.

—La escalaremos sin el menor inconveniente; mas.....

—Acaba, por Dios

—En la huerta hay un perro de presa.

—Mal adversario es; pero debe conocerte, como de la casa.

—A nadie conoce, y despedaza á un hombre en cinco minutos.

—Alto ahí, que te pesqué, compadre Zapata. ¿Cómo es que pensabas huir por la huerta con el auxilio de esa llave? Algun recurso poderoso te has reservado contra el mastin.

—¡Oh! Si así no fuese, jamás me hubiera acordado de la puerta del pasillo.

—Ya lo decia yo; eres hombre de provecho, si los hay. ¿Y qué recurso es ese?

—Míralo.

Diciendo así metió el ex-familiar la mano derecha en el pecho y sacó de él un puñal de dos filos, que mostró á Gonzalo.

—¡Hola! refunfuñó éste. ¿Con que te propones batallar contra el perro?

—Me propongo engañarle.

—¿De qué modo?

—Ya lo verás.

—Si al menos estuviese yo tambien armado, te auxiliaria.

—Basta con mi puñal, pues conviene que tus manos estén libres de estorbos.

—Dispon la cosa del modo mejor que te parezca.

—Está preparada: serenidad y aplomo; si nos descubren, moriremos sin apelacion; pero algo se ha de hacer por los amigos.

—Zapata; eres un valiente; venga esa mano.

Las nueve de la noche serian, cuando el *rezador* y su amigo, despues de haber escalado sin tropiezo alguno la no muy elevada tapia de la huerta del Santo Oficio, se consultaban en voz baja sobre el sitio á que debian dirigirse tan pronto como bajasen á ella. Perez Zapata llevaba enrollado en el brazo izquierdo un cordel de lazo, y al mismo tiempo que instruia á su compañero de lo que éste deseaba saber, prestaba la mayor atencion hácia la espesura de los árboles, como si sospechase que por aquel punto se habia de presentar el enemigo.

No se equivocó en sus cálculos, porque el fiero guardian de los pasillos de la *Suprema* olfateó á nuestros aventureros y contando con segura presa, avanzó silenciosamente desde un matorral hasta el pié de la cerca, buscando con un instinto admirable la vereda mas oscura para no ser descubierto.

Perez Zapata, que habia pasado muchos años en los lóbregos corredores de la Inquisicion, estaba muy acostumbrado á las tinieblas y distinguió perfectamente al mastin. Al punto dió de codo á Gonzalo y le pasó el puñal, preparando al mismo tiempo el cordel; en seguida se puso á observar la actitud de su terrible adversario.

La lucha debia ser instantánea; el primer golpe habia de decidirla, mas no podia darse sin una seguridad completa; el que acometiese y no acertase estaba perdido. Era un duelo á muerte, pero un duelo en que el hombre tenia que oponer la astucia á la fuerza, si no queria sucumbir. Llegó por último el instante críti-



Se encontró con la punta del puñal de Gonzalo, que le hirió en el pecho.

co, porque el mastin, apoyando sus manos en la cerca, sobre la cual permanecian inmóviles el ex-familiar y el escudero, levantó la cabeza para examinarlos. Zapata aprovechó sagazmente su descuido y le arrojó el lazo con fuerza; el perro saltó entonces, pero se encontró con la punta del puñal de Gonzalo, que le hirió en el pecho, mientras Zapata, estrechando el círculo del cordel por medio del nudo corredizo, le apretaba el cuello y le impedia ahullar. Sujeto y herido el intrépido animal, la victoria era indudable; Gonzalo se deslizó por la tapia á la huerta y con dos puñaladas mas quedó dueño del campo. Reuniósele Zapata, recogió el cordel y tomaron ambos la vereda que conducia á la puerta secreta.

Abierta esta con la llave que ya conocemos, penetraron en el pasadizo oscuro que se comunicaba con los calabozos, y despues de haberla cerrado, cogió Zapata por la mano al escudero, le previno que le siguiese tanteando la pared de la izquierda, sin dejar de contar las puertas de los calabozos que encontrase y le condujo sin vacilar por el estrecho callejon en que se hallaban.

—Se me ofrece dirigirte una pregunta, le dijo Gonzalo.

—Habla, pero nada mas que lo preciso, contestóle el ex-familiar.

—¿No pueden sorprendernos aquí?

—Indudablemente.

—¿Y en ese caso?

—En ese caso necesitaremos tan buen ojo y buena mano como hemos tenido con el mastin, porque una voz pidiendo socorro seria nuestra sentencia de muerte.

—Está entendido.

Prosiguieron caminando en silencio y al cabo de unos diez minutos se detuvo Zapata y preguntó á su amigo:

—¿Cuántos calabozos has contado?

—Tengo la mano izquierda sobre la puerta del undécimo.

—Bien: se me figuraba que habia padecido equivocacion. Ese es el que buscamos.

—¿Y qué hemos de hacer ahora?

—Llamar con precaucion.

Gonzalo dió dos golpes calculados en la puerta del encierro con el mango del puñal.

El doctor Pimentel, contra lo que sucedia generalmente á todos los presos en la Inquisicion, estaba tranquilo. Habia triunfado con sus prudentes y atinadas contestaciones de las asechanzas del fiscal mayor, y la peticion que habia hecho de que se reuniese el tribunal le aseguraba otra victoria mas completa. En efecto; se proponia desengañar á los inquisidores, tocante á la supuesta complicidad de doña Beatriz de Zúñiga en la desaparicion de la infanta doña María Teresa, y saboreaba de antemano la confusion y asombro que esperimentarian, al enterarse de que la hermana del rey y doña Beatriz eran una misma persona, pues ignoraba Pimentel que el tribunal conocia ya este secreto, ó debia al menos sospecharlo, supuesto que sus alguaciles no encontraban á la última, ni habia la menor prueba de que existiese. A pesar de la confianza que su situacion le inspiraba, conocia que los inquisidores no dejarian de proporcionarle algunos malos ratos, antes de decidirse á ponerle en libertad, y sintió muy de veras no haber encontrado medio de noticiar á la infanta, á doña Isabel ó á don Fernando el trance en que se veia. Imaginaba sin embargo que su inocencia y sobre todo su serenidad le sacarian de él, pues érale imposible figurarse que el tribunal del Santo Oficio tomase por lo serio los ridículos cargos del fiscal don Cosme, respecto á su hechicería ó estudio de las ciencias ocultas.

Componiendo estaba mentalmente el razonado discurso que debia dirigir al tribunal de la *Suprema*, cuando los dos golpes que dió su escudero en la puerta secreta del calabozo llamaron su atencion. Ignoraba que por aquella parte hubiese una salida y al punto le ocurrió lo mismo que habia ocurrido á Gonzalo, cuando Perez Zapata fué á ponerle en libertad, á saber, que algun preso, harto ya de sufrir, se proponia escapar ó ponerse en comunicacion con él.

Mas ¡cuál seria su sorpresa, cuando otros dos golpes y el nombre de Gonzalo llegaron distintamente á sus oidos!

—Él es..... murmuró; no hay duda..... ha sabido mi arresto y viene á mi socorro. ¡Ah!.... ¡Qué idea tan felicísima he tenido!

Acercándose entonces al sitio en que aquellos golpes acababan de sonar, dijo en voz alta:

—¿Quién llama por ahí?

—¿Sois el doctor? le preguntó una voz desconocida.

—Sí. ¿Qué me quereis? respondió el preso.

—Que pronuncieis vuestro nombre, le replicaron.

—¡Ah, señores inquisidores!... ¿Me armais una emboscada?

—No, repuso otra voz; queremos asegurarnos de que estais en este encierro.

—Gonzalo.... Gonzalo..... ya te conozco, esclamó el médico.

—Yo tambien estoy persuadido de que sois vos, repuso el escudero; pero como necesitamos tantas precauciones.....

—¡Qué diablos!... Me llamo Pimentel... el doctor Pimentel.... y estoy preso por brujo y por no sé cuantas cosas mas.

—Basta de plática, dijo el que primero habia hablado; antes de cinco minutos os encontrareis libre.

Al mismo tiempo tocó el ex-familiar Zapata un resorte secreto y se abrió la puerta. Gonzalo entró sin perder momento en el calabozo y propuso á su amo que le siguiese:

—¡Huir! contestó el doctor con dignidad. ¿Soy por ventura culpable?

—¿Y eso qué importa? observó el escudero. ¿No estareis mejor y mas seguro en vuestra casa que aquí?

—No; porque en mi casa tendré que ocultarme haciéndome reo. El hombre inocente jamás se fuga.

—¿Y yo?

—Tú..... ¿te has fugado?

—Como lo estais diciendo.

—¿De la Inquisicion?

—De la Inquisicion.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Y te prendieron?....

—Anoche.

—¡Anoche!..... ¿Por qué?

—No quisieron decírmelo, pero se empeñaban en llevarme á declarar y creo que escarmenté á mi guardian. Despues se me apareció, como llovido del cielo, Rodrigo Perez Zapata, y me lancé con él á la calle.

—¡Rodrigo Perez Zapata!

—El mismo que nos escucha y que viene á ofreceros la libertad, como me la ha ofrecido á mí.

—Ese nombre.....

—Lo oisteis pronunciar por primera vez hace unos catorce años.

—Ya lo recuerdo.... Perez Zapata sacó á doña Isabel del monasterio de las *Descalzas Reales*.

—Ea; no hay tiempo que perder, dijo el ex-familar entrando en el calabozo, porque á las diez y media se pasa la última requisa. Seguidme sin chistar.

—No, amigos mios, no; os agradezco con toda mi alma lo que acabais de hacer para salvarme, pues no ignoro que os esponeis á morir; pero yo solo saldré de la Inquisicion despues que se declare mi inocencia. No me arguyais con el objeto de vencerme, porque será inútil vuestra porfía; he tomado mi partido y nada en el mundo me hará faltar á lo que debo á mi reputacion y á mi nombre. Dios sin embargo ha dicho á los mortales: *conservaos y os conservaré*. Por eso quiero guardar mi vida de cualquier imprevisto acaso, y vais á servirme en mucho mas de lo que podeis discurrir. Presentaos los dos ó uno solo á la noble infanta doña María Teresa, á doña Isabel ó á don Fernando de Montemar y entregad á cualquiera de los tres este pañuelo. En él he trazado con lápiz una noticia que interesa á la infanta.

Hablando de este modo entregó Pimentel su pañuelo blanco al

*rezador*, que en vano intentó disuadirlo de la resolucion, á su entender funesto, que el sentimiento de su propia dignidad le dictaba.

El tiempo urgia, como habia observado prudentemente Perez Zapata, á quien siguió el escudero con las lágrimas en los ojos, despues de haberse despedido del doctor, quien no se olvidó de darle las instrucciones necesarias tocante al cuidado de su casa y hacienda.

Cerró el ex-familiar la puerta secreta, y seguido del tristísimo Gonzalo se encaminó por el pasadizo oscuro á la huerta. Un cuarto de hora despues, se dirigian ambos por la cuesta de *Santo Domingo* al Real alcázar.

# CAPÍTULO XXIII.

Demuéstrase prácticamente que el doctor Pimentel habia obrado con gran tino, negándose á huir de la Inquisicion.

Inútiles fueron todas las tentativas á que acudió el acongojado escudero de Pimentel, para conseguir que la infanta doña María Teresa le recibiese. Los funcionarios á quienes se dirigió, despues de haber alcanzado á duras penas que los centinelas de la puerta esterior de palacio le dejasen entrar, le tuvieron por loco, y aun alguno de ellos propuso á los demás que se le prendiese, suponiendo que tal vez abrigaba traidoras intenciones.

Perez Zapata se habia quedado esperándole en la plaza de la *Armería*, mas no tardó en verle llegar mohino y cabizbajo.

—¿Traes malas nuevas? le preguntó, estrañando su silencio. Vamos, hombre, habla, y si te parece retirémonos á nuestro escondite de la calle de la *Sarten*.

—Retirémonos, repitió Gonzalo con sombrío acento.

—Pero supongo que me dirás lo que ocurre.

—¿Qué ha de ocurrir? Que el doctor está perdido.

—Ya estoy en autos, la infanta le abandona á su mala suerte.

—Nada de eso; no he visto á la infanta.

—¿Por qué?

—Pregúntalo á los magnates, que tienen en esclavitud á los reyes.

—Es decir, que no te han permitido entrar.

—¡Quién entra ahí, sin llevar espada y bordados!

—¿Y por tan poco te entristeces?

—¡Ah! ¡Con que es poco renunciar á la esperanza de ver libre al doctor!

—¿Has hablado al capitan de los flamencos?

—Tan inexorable y orgulloso como el de la guardia española.

—¿Y á don Fernando de Montemar?

—No está en palacio.

—Tanto mejor.

—Esplícate y vamos andando.

—En efecto, vamos andando. ¿Tienes confianza en él?

—¿En don Fernando? Como en mí mismo.

—Pues á su casa.

—¡Magnífica idea! Volemos..... no sé como no me habia ocurrido una cosa tan sencilla; por ella debiamos haber comenzado.

—Tenemos la noche por nuestra, porque los inquisidores están durmiendo.

—Ya..... ya..... pero mañana.....

—¿Qué temes?

—¡Qué he de temer! Que acaben con ese pobre anciano. Este pensamiento es insufrible.

—¡Bah! Ya no hay hogueras en la Inquisicion, porque los tiempos han cambiado mucho.

—Pero se atormenta á los presos que no declaran.

—Tampoco. La gente ociosa atribuye hoy al Santo Oficio los mismos horrores de otras épocas. Hace sufrir algo á los detenidos, eso sí; los alimenta y los aloja muy mal, como tú mismo sa-

bes, pero no los descoyunta ni los envia al brasero. Se contenta con formarles causa y á veces fulmina contra ellos sentencias de muerte; pero así y todo no las ejecuta, sino que pasan los reos á manos del verdugo, con aprobacion del rey ó de su Consejo de Castilla.

—Me vuelves el alma al cuerpo, Perez Zapata, porque la imaginacion me representaba ya al doctor entre cuñas y cordeles ó tendido en el potro. Sin embargo, no nos descuidemos, porque cualquiera cosa es de esperar de unos hombres, que arrancan secretamente á sus semejantes del seno de sus familias, para sepultarlos en húmedos y hediondos encierros. El nombre de Inquisidor dice cuanto hay que decir.

Platicando de este modo echaron á andar apresuradamente, mas cuando ya llegaban á la salida de la plaza, les atajó el paso un coche que entraba en ella. Al mismo tiempo un hombre gritó desde el interior del carruaje:

—Alto.

El coche se detuvo, como si una mano invisible hubiese pegado contra el suelo á los cuatro briosos corceles que de él tiraban. El personage que habia mandado parar, bajó el cristal de una portezuela y encarándose con el escudero y el ex-familiar, les preguntó con imperio:

—¿Qué buscais por aquí á estas horas?

Gonzalo, que habia vuelto á recobrar su aplomo con las esplicaciones tranquilizadoras de Zapata, respecto á la Inquisicion, se descubrió cortesmente y respondió con desenfado:

—Buscamos un imposible.

—¡Un imposible! murmuró el del coche. Esplicaos con mas claridad, y tened entendido que puedo interrogaros y prenderos. Supongo que me conoceis.

—No tengo esa honra, replicó el *rezador*.

—Pero me conocerá ese otro.

—Tampoco, señor, contestó Perez Zapata. Ademas debo aseguraros que desde este sitio no se distingue vuestro semblante.

—Yo os declararé mi nombre: soy el conde de Aranda.

Gonzalo se estremeció de contento al escuchar estas palabras, y adelantándose hácia la portezuela del carruage, esclamó conmovido:

—Señor presidente del Consejo de Castilla, el cielo os trae por aquí para que yo consiga lo que me propongo. Acojedme bajo vuestra poderosa proteccion.

—Bien..... bien..... sepamos lo que hay, repuso el magnate: la hora no es muy apropósito para pretensiones.

—La mia es justa, señor conde, y su concesion no admite espera.

—¡Oh! Muchos humos son esos. ¿Y á qué se reduce?

—A que me proporcioneis ahora mismo una entrevista con la señora infanta doña María Teresa.

—¡Una entrevista con la infanta! ¿Lo habeis pensado bien, buen hombre?

—Porque lo he pensado lo solicito.

—¿Y no conoceis que vuestra demanda es absurda? ¿Qué título hareis valer para que S. A. os reciba?

—El de escudero del doctor Pimentel.

—¡Ah!.... ¿Os envia con algun mensage?

—Sí, señor presidente.

—Comunicádmelo.

—No puede ser; necesito entenderme con la infanta. Por otra parte, el mensage es un pañuelo blanco.

—¿Qué cuento es ese? ¿Intentais mofaros de mí?

—Tan cierto como me llamo Gonzalo, señor conde, que os digo la verdad. Mi amo el doctor Pimentel me envia á la señora infanta con un pañuelo, que contiene una noticia interesante. Acabo de salir del alcázar, sin que se me haya permitido desempeñar mi encargo, y por eso os he dicho que buscaba un imposible.

—¿Y por qué no se presenta el doctor en persona?

—Porque se lo impide una causa muy poderosa.

—¿Está enfermo por desgracia?

—No, señor presidente: está preso en la Inquisicion.

—¡En la Inquisicion el doctor Pimentel! ¿No me engañais?

—¿Cómo quereis que me atreva á hacerlo? No hay quien engañe al conde de Aranda.

—Seguid hasta la puerta principal de palacio. Cumplireis vuestra comision, ó dormireis esta noche en la cárcel.

El coche su puso en movimiento y Gonzalo le siguió, separándose de Perez Zapata, que debia esperarle como la primera vez. El presidente del Consejo se apeó á la entrada del alcázar y acompañado del escudero subió á la galería: á la puerta de la Real cámara le previno que aguardase sus órdenes, y al mismo tiempo habló al oido á un oficial de la guardia interior, que acudió á su encuentro. Acto contínuo penetró en la cámara y el oficial dijo á Gonzalo:

—No trateis de huir, porque sereis muerto.

El escudero se cruzó de brazos sin responderle.

Un cuarto de hora despues apareció el conde de Aranda en la galeria y le hizo seña para que le siguiese; pero antes de que entrase en la estancia real, le preguntó:

—¿Traeis armas?

—Mandad que me registren, contestó él con la mayor tranquilidad. ¿Se os figura que me propongo asesinar á la señora infanta? Ni un alfiler hallareis en todo mi cuerpo.

El *rezador* hablaba de este modo, porque habia devuelto á su amigo Perez Zapata el puñal que le habia servido para dar muerte al mastin de la Inquisicion.

—Os advierto que no voy á presentaros á la infanta, repuso el presidente; pero ya que no estaba en mi mano satisfacer vuestro capricho ó el del doctor Pimentel, he querido al menos serviros en algo. Vamos, pasad adelante, porque el rey nuestro Señor os espera.

—¡El rey!..... esclamó el escudero asombrado.

Mas reponiéndose al punto, añadió:

—Sea en buen hora; el rey debe hallarse enterado de todo. Entremos.

Don Cárlos examinó al *rezador* de piés á cabeza con una mirada escrutadora y le hizo seña para que se adelantase. Gonzalo entonces se arrojó á sus plantas esclamando:

—Señor..... Señor..... salve V. M. al doctor Pimentel.

—Levántate, le dijo el rey con bondad, y entérame del mensage que te ha dado para la infanta.

—Aquí está, Señor, respondió el escudero poniéndose en pié y sacando el pañuelo blanco del médico.

Recibióle el monarca y lo registró por ambos lados; mas nada encontró en él, que disipase sus dudas.

—Señor, se atrevió á observar Gonzalo: mi amo no tiene tintero ni pluma en la Inquisicion y ha escrito con lapiz.

—¡En la Inquisicion! murmuró don Cárlos pensativo. ¡El doctor Pimentel en la Inquisicion!

Y volviendo y revolviendo el pañuelo, encontró al fin lo que buscaba y leyó.

Dirigiéndose en seguida al presidente del Consejo, le dijo:

—No hay duda, conde de Aranda; el que salvó á mi hermana y á mi sobrina de la muerte se halla á estas horas sepultado en un calabozo del Santo Oficio. Mas no es esto solo, sino que los inquisidores han perdido la brújula y amontonan desacierto sobre desacierto.

—¿Cómo así, Señor? repuso el magnate.

—Vedlo confirmado vos mismo. Doña Beatriz de Zúñiga..... ya me entendeis..... está acusada de haber contribuido en otro tiempo á la desaparicion de la infanta doña María Teresa.

—¡Pero esos hombres se empeñan en ofender á V. M!

—¿Por qué lo decís?

—Porque no deben ignorar á estas horas el misterio. El arzobispo de Toledo ha contestado ya á su amonestacion, revelándoles todo lo que le previno V. M.

—Mas..... el doctor Pimentel no puede hallarse enterado del asunto. Por otra parte ¿quién nos asegura de la hora en que trazó estas líneas? Si los inquisidores han fulminado auto de prision contra la infanta.....

—Contra doña Beatriz de Zúñiga, Señor.....

—Es verdad; contra doña Beatriz de Zúñiga. Pues bien, antes que den con ella, van á volverse locos.

—¡Cómo, Señor!..... ¡Habrán osado.....

—Ya os he advertido que caminan sin brújula y á ciegas.

—Con todo..... mi parecer es que se les corten los vuelos, porque son capaces de producir un escándalo.

—Soy de vuestro mismo dictámen. Escribid ahora mismo al Inquisidor mayor, previniéndole que desde esta noche se abstenga el Tribunal de la *Suprema* de mezclarse en procesos y averiguaciones que no atañan á nuestra Santa Religion, católica, apostólica, romana. Disculpadme con él al paso, por no haberle recibido hoy á la hora en que le ordenasteis que viniese, pues bien sabeis que las atenciones del Consejo nos han entretenido todo el dia. ¡Ah! No se os olvide añadir que el doctor Pimentel se os presente mañana, quedando á vuestra disposicion con las piezas de la causa que se le sigue por el Tribunal de la Fé.

El conde de Aranda se sentó delante de la mesa del despacho del rey y escribió todo lo que éste acababa de dictarle.

Don Cárlos, mientras el presidente del Consejo de Castilla se ocupaba en esta tarea delicadísima, preguntó al escudero:

—¿Hace mucho tiempo que sirves al doctor Pimentel?

—Mucho, Señor, contestó Gonzalo con cierta audacia mezclada de respeto. Ya le servia cuando.....

—Prosigue.....

—Cuando mi señora doña Isabel de *U.* salió del monasterio de las *Descalzas Reales.*

—¿A quién llamas doña Isabel de *U*?

—¡Ah, Señor!.... Perdóneme V. M.....

—Nada temas; pero responde á mi pregunta. ¿Qué señora es esa que has nombrado?

—La..... la..... la misma que..... cierta noche..... V. M. debe acordarse de mí.

—Se me figura que nunca te he visto.

—Al contrario, Señor.... En aquella noche me vió V. M. perfectamente. ¡Pluguiera á Dios que no me hubiese visto!

—¿Por qué?

—Porque V. M. se dignó aporrearme alta y soberanamente, hasta que me deshizo el cuerpo.

—Me parece que quiero recordar.....

—V. M. se dirigia irritadísimo hácia una calle, que por mal nombre llaman de la *Sarten*, y sin duda imaginó que yo era un estorbo.....

—¿Con que eras tú aquel hombre de la esquina, que gritó para avisar á cierto rondador?

—A don Fernando de Montemar, Señor.

—Pues ¿no aseguras que servias al doctor Pimentel?

—Ciertamente, pero aquella noche estaba agonizando el rey don Felipe, padre de V. M.; el doctor habia sido llamado al Real alcázar y doña Isabel de *U.* debia permanecer en casa del doctor Cornejo, grande amigo de mi amo; por eso yo.....

—Ya lo entiendo; pusiste en noticia de don Fernando lo que ocurria y él.....

—V. M. todo lo adivina.

Sonrióse el rey benévolamente y prosiguió diciendo:

—Todavia no me has declarado por qué dan á esa señora el nombre de doña *Isabel de U.*

—Se lo damos Rodrigo Perez Zapata y un fiel servidor de V. M.

—¿Quién es ese Zapata?

—Un amigo mio de hace catorce años.

—Mas..... ¿por qué se lo dais?

—Porque doña Isabel tiene en el brazo izquierdo esa letra.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo me encargué por órden del doctor, de buscar un hombre de confianza que reclamase á doña Isabel en el convento de las *Descalzas Reales*; mi amo me entregó un escrito con las señas particulares de la jóven; Perez Zapata firmó el escrito y fué á buscarla, mientras yo le esperaba en la plazuela..... en aquel escrito se hablaba de la letra *U*.....

—Bien.... bien.... ya veo que no me has engañado. Pídeme alguna recompensa para tí y para ese Zapata.....

—Señor, lo único que por ahora apetecemos es que V. M. nos ampare contra la Inquisicion.

—¿Sí? Pues á ella voy á enviarte esta noche.

—¡Por las llagas de Jesucristo, Señor!.... Mande V. M. que me desuellen, si lo merezco, pero no me ponga en poder del Santo Oficio, porque me harán sufrir todas las penas del Purgatorio.

Y Gonzalo, fuera de sí, con los brazos abiertos, agitado por el susto y por la desesperacion, aguardaba anhelante la revocacion de la cruel sentencia.

Pero observando el rey que el conde de Aranda habia concluido de escribir, acercóse á la mesa, leyó el pliego, lo firmó, y despues de sellado y cerrado por el presidente, lo puso en manos del escudero, diciéndole:

—No te asustes, porque no te tocarán al pelo de la ropa. Sin perder momento, busca al Inquisidor mayor y entrégale esa real órden, que pondrá en libertad al doctor Pimentel.

—Venga, Señor, venga, esclamó el *rezador* alborozado. ¡Ah! ¡Cómo va á regocijarse el pobre viejo! El Todopoderoso bendiga á V. M. concediéndole mil años de ventura. Ahora sí que tenemos rey en España. ¡Viva el rey!.....

Y ya se disponia á abandonar la real cámara, gozoso y satisfecho por el éxito feliz que habia obtenido, cuando una reflexion le detuvo. Consideró su propia situacion y la de su amigo Perez Zapata, y no tuvo necesidad de discurrir mucho para convencerse de que, si cumplia con exactitud la órden del rey, estaba espuestísimo á ser encerrado de nuevo en un calabozo de la *Suprema*, que no dejaria de tratarle como á hombre temible, esto es, con el rigor que empleaba contra los reos condenados á muerte. Volvióse pues hácia el rey con resolucion y le dijo:

—Señor, he pensado una cosa.

—¿Y qué cosa es esa? le preguntó don Cárlos.

—Que no me vendria mal una órden, para que el Inquisidor mayor respetase en mi humilde persona al enviado de V. M.

—Lo cual da á entender que temes.....

—Soy prófugo de la Santa Inquisicion.

—¡Ah!.... ¡Cómo así!.... Refiéreme esa historia.

Hízolo Gonzalo con respetuosa exactitud, y despues de estenderse sobre la terquedad del doctor Pimentel, en no querer aprovechar la favorable ocasion que se le habia presentado para huir del Santo Oficio, terminó de este modo:

—V. M. debe hallarse persuadido de que los inquisidores no comprenden que haya negocios judiciales sin víctimas. En el presente les quita V. M. al doctor Pimentel, y ellos necesitan otro pecador que pague sus culpas imaginarias. Yo supongo que á estas horas andan al rastro mio y al de mi libertador Zapata todos los alguaciles de la *Suprema*, de modo que..... pero escuso decir mas. ¿Imagina V. M., Señor, que si uno de ellos echa la vista encima á uno de nosotros, dejará que vuelva á escaparse de sus manos?

El monarca miró con intencion al presidente del Consejo, como si tratase de preguntarle su parecer.

—Señor, dijo el conde de Aranda, creo que todo puede conciliarse, con tal que el Inquisidor mayor no conozca personalmente á este escudero.

—No me conoce, repuso Gonzalo, pero conoce al ex-familiar Perez Zapata.

—Ya; pero tú solo has de entregarle este pliego.

—Es verdad, señor presidente.

—Creo, observó el conde dirigiéndose al rey, que este hombre cumplirá sin el menor peligro las órdenes de V. M. Despues veremos los motivos que tuvo el Tribunal de la Fé para proceder á su arresto, y si no son de aquellos en que debe intervenir, quedará revocado su acuerdo.

—¡Ah, Señor! ¿Y qué será de mí entretanto? esclamó el *rezador* tristemente.

—Entretanto, dijo el monarca, te ocultarás de los alguaciles de la Inquisicion, considerándote preso por mi justicia, á fin de que, cuando llegue el caso te entreguemos á ella, si apareces culpable de delito comun, ó á los que te prendieron, si tu crímen ha sido contra la Religion.

—Ni una cosa ni otra; ya se convencerá V. M.

—Tanto mejor para tí, supuesto que en ese caso te amparará mi justicia contra todos.

—¿Y el pobre Zapata, Señor?

—Zapata ha faltado á sus deberes, proporcionándote la libertad. Si eres inocente y estabas espuesto á ser castigado injustamente por el Tribunal del Santo Oficio, estas consideraciones atenuarán su falta, y entonces intercederé con el Inquisidor mayor para que sea absuelto de culpa y pena.

—Pero, Señor, si Zapata prefiere ser desollado vivo, antes que volver á servir en la Inquisicion.

—Allá se las haya, y que no vuelva; mas necesita la absolucion de sus gefes naturales para no ser preso.

—¿Y qué debe hacer hasta que.....

—Lo mismo que tú; tenerse por arrestado y ocultarse.

—¿Con que presos los dos?

—Los dos presos y libres por ahora.

—Está bien, Señor; cuando nos llame á comparecer el señor presidente del Consejo, obedeceremos puntualmente sus órdenes.

—¿Y cómo sabré dónde habitais? le preguntó el de Aranda.

—Por medio de don Fernando de Montemar ó del doctor Pimentel.

Y el escudero, no bien hubo pronunciado estas palabras, hincó la rodilla en tierra para acatar al rey: dióle éste á besar su mano y no le perdió de vista hasta que atravesó la puerta de la cámara.

No tardó Gonzalo en reunirse con Rodrigo, y enterado éste de cuanto acababa de ocurrir, opinó que, pues el rey los abandonaba por el pronto á su propia suerte, debian buscarse ellos

mismos su remedio y sobre todo no dejar su escondite de la calle de la *Sarten*, desde el punto en que quedase el pliego de don Cárlos en manos del Inquisidor mayor, hasta que el horizonte se despejase de los nubarrones que lo cubrian.

La casa-palacio del gefe de la *Suprema* estaba situada en la hoy llamada calle de *Silva*, y á ella se dirigió Gonzalo resueltamente, despues de separarse de Zapata, que fué á estacionarse en la costanilla de los *Leones*, entre la calle del *Cármen* y bajada del *Postigo de San Martin*. El escudero nada temia por su parte, pues no era de presumir que le viese ninguno de los esbirros destinados á los calabozos del Santo Oficio; de modo que su único cuidado se redujo, en su travesía, á evitar el encuentro de todo transeunte, para no verse en el caso de ser reconocido. En cuanto al ex-familiar, entró en la calle de *Jacometrezo* con desembarazo, aunque encomendándose á Dios, á fin de que le condujese sin tropiezo hasta la entrada del postigo.

Todavia se hallaba en pié el Inquisidor mayor, pues acababa de despedir á sus habituales tertulianos, cuando supo que le llegaba un mensage del rey. Recibiólo con respeto y preguntó en seguida:

—¿Quién lo ha traido?

El familiar que acababa de entregarle el pliego, contestó humildemente:

—Un hombre bastante entrado en años.

—Haga el hermano que se presente, repuso el muy reverendo.

—Es imposible, porque ha desaparecido despues de confiarme ese despacho, dijo el familar.

El Inquisidor mayor arqueó las cejas y abrió el pliego; mas no bien se hubo enterado de su contenido, cuando murmuró desdeñosamente:

—¡Qué miserable es la naturaleza humana con sus increibles contradicciones. Hé aquí una real órden, disponiendo que el Santo Tribunal se atenga únicamente á las causas sobre delitos con-

tra la Religion, y al mismo tiempo arranca de su poder, de una manera arbitraria y despótica, á un hombre acusado y casi convicto de hechicero. Mas.... ¿qué hemos de hacer? Es preciso dar gusto al rey, nuestro Señor, para que á fuerza de halagos y buena voluntad conjuremos la recia tempestad que se prepara, y no nos veamos envueltos en sus tarbellinos.

Volviéndose en seguida hácia el familiar, que esperaba sus órdenes, le dijo:

—Que llamen al señor fiscal mayor de la *Suprema*, y que nadie entre á interrumpirme, porque mientras llega don Cosme, voy á rezar el rosario.

Media hora despues departian don Cosme y el gefe de la *Suprema*, acerca de la conducta del rey.

—No hay que darle vueltas, decia el primero; el amor de sus súbditos le ha trastornado y se atreve á todo.

—No lo creais, le respondió el segundo. Don Cárlos sabe muy bien lo que hace.

—¿Y qué es lo que hace? ¿Quereis decírmelo?

—Probarnos.

—Tal vez hayais dado en el secreto.

—¡Oh! No lo dudeis, don Cosme, y hé aquí que hoy es la Inquisicion mas poderosa que nunca.

—Sin embargo..... el rey la estrecha.

—Porque necesita saber si es aliada de sus enemigos.

—De modo que busca pretestos para aniquilarla....

—No por cierto; la mina, porque la teme.

—¡Ah!.... Si quisiéramos.....

—Pero no debemos querer, don Cosme. La *Compañía de Jesús* ha subido mucho, presiente su ruina y aspira á conservar su dominio, por medio de una alianza con la Inquisicion, contra la autoridad del rey. Don Cárlos no puede ignorar estos manejos y por lo mismo nos dispara saetillas, anhelando que nos declaremos abiertamente en pro ó en contra. Por eso os he dicho que hoy somos mas poderosos que nunca.

—En efecto; las dos potestades rivales solicitan nuestro apoyo.

—Con la diferencia de que el rey quiere debilitarnos.

—Cierto; al paso que la *Compañía de Jesús*.....

—Nos hemos entendido, don Cosme: la *Compañía de Jesús* pretende convertirnos en instrumento.....

—¡En qué vendrá á parar todo!

—¿Deseais que os lo anuncie?

—Sí..... sí..... porque á veces me confundo en medio de tanto embrollo.

—Pues bien; cuando menos lo pensemos, desaparecerá de nuestra vista ese poder colosal, que hace sombra al monarca.

—¿Y luego?

—El monarca no nos temerá, porque la desaparicion de su enemigo robustecerá sus medios de accion.

—¿Por qué pues no nos unimos á ese poder amenazado?

—Porque ya hemos convenido en que nos acepta como instrumento. Si llegase á triunfar en la lucha que se entablase, nos ahogaria. No olvideis que quiere ser solo.

—Mas..... cuando estemos á merced de la autoridad real, será mas fácil nuestra destruccion.

—El rey don Cárlos no arrancará de sus dominios el Santo Tribunal de la Fé; limitará sus facultades.

—¡Oh! Ya ha empezado á hacerlo.

—Pero nos conservará como auxiliares decididos de su trono. Creedme, don Cosme; ningun monarca español puede pretender nuestro total aniquilamiento, porque eso seria lo mismo que desear cortarse uno de sus brazos. El altar y el trono han de vivir unidos y escudándose mútuamente; pero el siglo..... los adelantos de la época.....

—Es verdad.... es verdad.... aunque los tronos nos protejan....

—No hay duda; nos matarán los pueblos.

—¡Ah! que Dios me lleve de este mundo, antes que tal vea.

—Nos llevará, don Cosme, porque la catástrofe empieza á prepararse y no madurará en este reinado..... tampoco descargará la tormenta en el que le siga..... pero en el otro.....

—Amargos dias serán esos.....

—Dias de bullicio universal, de frenesí, de embriaguez. ¿Imaginais que los tronos saldrán ilesos de manos de las revoluciones? ¡Ah! No.

—¿Qué será lo que quede en pié?

—Nada, don Cosme, nada..... Pero dejemos á un lado tan triste asunto, que me acongoja el ánimo, y pensemos en lo presente.

—Hagámoslo así, señor Inquisidor mayor.

—¿Qué os parece que debemos hacer, en vista del contenido de este pliego?

—¡Y me lo preguntais! ¿No decís que el rey quiere probarnos?

—Sí.

—¿No se prepara á descargar el golpe sobre la *Compañía de Jesús*?

—Golpe tremendo.

—¿No imaginais que puede alcanzarnos, si resistimos?

—Don Cárlos es el mas fuerte.

—Pues obedezcamos sus órdenes sin tardanza.

—Bien, don Cosme, bien; soy de vuestra misma opinion. Disponed que al momento quede en libertad el doctor Pimentel, á pesar de todas sus diabólicas hechicerías. Ya me entendeis; esta noche ha de dormir fuera de la Inquisicion; yo entretanto se lo participaré á S. M.

—Eso..... eso..... participádselo y no dejeis de añadir.....

—Don Cosme, no olvideis que el tiempo es oro puro y que el brujo Pimentel os aguarda.

El fiscal se levantó, hizo á su gefe una profunda reverencia, y seguido de dos familiares se puso en la calle, dirigiéndose hácia la plazuela de *Santo Domingo*. Un cuarto de hora despues se hallaba en la sala del Tribunal de la *Suprema*, firmando la órden para que inmediatamente fuese puesto en libertad el médico Pimentel, con la advertencia de que dos alguaciles del Santo Oficio le habian de servir de escolta, para su propia seguridad, hasta donde él mismo ordenase.

Al mismo tiempo escribia al rey el Inquisidor mayor lo siguiente:

«Señor:

» Si antes hubiera conocido el justísimo deseo de V. M. en favor del sabio doctor Pimentel, antes me hubiera apresurado á hacerle salir de las cárceles de mi jurisdiccion eclesiástica. Denunciado por delito de herejía al Santo Tribunal, éste se ha convencido al punto de su inocencia y mañana debia volver á su morada; pero en virtud de la real órden que acabo de recibir, no he querido dilatar un instante el cumplimiento de tan grato deber. El doctor se halla libre á estas horas, y me apresuro á noticiarlo á V. M. como súbdito fiel y siempre dispuesto á acatar y á defender los soberanos privilegios del trono.»

«Soy, Señor, de V. M. afectuosísimo y humildísimo capellan y vasallo:

El Inquisidor mayor.»

# CAPÍTULO XXIV.

Espulsion de los Jesuitas.

ERA el dia 17 de febrero de 1767.

¿Qué habia hecho don Cárlos para captarse de tal modo el afecto de sus súbditos, que solo contando con él á todo trance pudo llevar á término, sin oposicion alguna, la medida mas grave, la mas espuesta, la mas trascendental de su siglo?

La guerra con Portugal, en que tan activa parte tomaron los ingleses y á la cual dió fin el tratado de Fontainebleau, segun dejamos espuesto en uno los anteriores capítulos, no habia distraido completamente la imaginacion de tan ilustrado monarca. El gobierno interior de su reino acababa de recibir mejoras hasta entonces increibles y que sin embargo hacia palpables una administracion económica, celosa é inteligente. Las contribuciones habian disminuido considerablemente, sin que nada faltase para el sostenimiento de las obligaciones públicas, y la nivelacion del presu-

puesto, que en el dia se nos presenta como el problema de la cuadratura del círculo, era entonces una verdad. Abríanse caminos y canales para facilitar comunicaciones al comercio; reparábanse puentes y calzadas, estableciánse *Sociedades económicas* ó de *Amigos del pais* en casi todas las provincias, bajo la proteccion directa del rey, con el objeto de fomentar la agricultura y las artes; fundábanse academias militares y el *Real colegio de Artillería de Segovia*, contándose entre las primeras las de Barcelona, Cádiz, Ceuta y Oran..... por último, se aplicaban las leyes contra los delitos, sin que nunca se torciesen en favor de determinadas clases ó personas.

Hé aquí porque don Cárlos era sínceramente querido; hé aquí porque la nacion en masa estaba dispuesta á sostenerle contra todos sus enemigos declarados ó encubiertos. Él hacia felices á sus pueblos; sus pueblos le pagaban con una veneracion y cariño sin límites.

Era el dia 17 de febrero de 1767.

Ya hemos dicho que el Papa Clemente XIII se habia negado á la autorizacion pedida por don Fernando de Montemar, enviado del rey de España, para que ricibiese en los Estados Pontificios á los jesuitas, que iban á ser espulsados del reino. Agotada la paciencia de don Cárlos por once meses de dilaciones, mandó á su embajador que se retirase de Roma, resuelto á imitar en tan importante negocio, para la tranquilidad del pais, la conducta de los gobiernos de Francia y Portugal.

A las diez de la mañana se hallaba doña Isabel en la cámara de su madre la infanta doña María Teresa. Dos dias hacia que habia llegado á la corte don Fernando, quien, tan rendido como siempre á los encantos de su bella esposa, no abandonaba un instante su dulce compañía. Pero habíale llamado el rey de madrugada, interrumpiendo su mensage una de las mas sabrosas pláticas de nuestros enamorados consortes, y doña Isabel se aburria sola en aquella estancia régia, cuando oyó la voz del conde de Aranda que decia al gentilhombre de servicio:

—Haced presente á la señora infanta, que pido su vénia para besar sus piés.

—Entrad, entrad, señor presidente de Castilla, esclamó la fastidiada esposa.

Obedeció el magnate y saludó con afectuoso respeto á la que tan benévolamente le acogia.

—¡Cómo! esclamó acto contínuo. ¿Estais sola? Creia encontrar á la señora infanta doña María.

—Ya lo estais viendo, le contestó doña Isabel con quejumbroso acento. Sola..... enteramente sola: todos me dejan..... el rey no se digna visitarme como otras veces, porque le ocupan los árduos negocios del reino; mi muy querida y cariñosa madre la infanta está, desde las ocho, en el oratorio de la capilla, escuchando las sábias exhortaciones del Padre Alameda, que, como sabeis, es nuestro confesor; y por lo que toca á don Fernando.....

—¡Oh! No ignoro que se halla á estas horas en la cámara de S. M., observó el conde de Aranda.

—Pero, señor presidente, si le llamaron á las seis.....

—Lo cual significa, señora, que hay negocios graves entre manos.

—No lo dudo; mas convendreis sin embargo en que cuatro horas dan mucho de sí.

—A veces no bastan para que se adopte una sola resolucion acertada y..... escusado me parece añadir que el rey desea acertar siempre.

—¿Y no os figurais que de esa larga plática puede resultar una nueva ausencia para mí?

—¡Quién sabe!

—¡Ah! No me hableis así, señor presidente, ó mas bien declaradme desde luego, si estoy otra vez espuesta á esa desgracia.

—Señora.....

—Conde..... conde..... vos me ocultais algo.

—Nada, señora..... nada; os lo afirmo por mi nombre.

—¿Por qué pues habeis dudado al contestarme?

—Porque de un momento á otro puede ocurrir..... No quiero ocultaros que antes de veinticuatro horas se llevará á cabo una resolucion importantísima.

—¿Y esa resolucion?

—Permitidme, señora, que la reserve; es un secreto de Estado, que el rey me ha prohibido revelar.

—Espero que si don Fernando lo conoce, será mas complaciente.

—Imagino, señora, que se le habrá impuesto la misma prohibicion.

—Vamos..... quereis atormentarme.

—No lo creais, por el cielo.

—¿Se trata de una guerra?

—Al contrario; de una paz y sosiego durables.

—¿Vuelve don Fernando á Roma?

—Se me figura que no.

—Enigmático estais.

—El deber sella mis labios.

—¿Pero no se me ha de decir lo que tanto me interesa?

—Ya os lo descubrirá esta noche don Fernando.

—¡Esta noche!

—Si me otorgais vuestra vénia os daré un consejo, que comunicareis á la señora infanta, vuestra madre.

—Hablad, hablad, por la Vírgen Santísima. ¿No conoceis que estoy muy impaciente y muy desesperada?

—¡Desesperada! ¿Por qué? ¿No llegó vuestro noble esposo hace dos dias sano y salvo?

—¿Y os parece poco que vuelva esta noche á separarse de mí?

—Yo no os he asegurado.....

—¡Qué importa! He comprendido perfectamente vuestras reticencias.....

—Señora, no olvideis que he osado pediros vénia para daros un consejo.

—Sí.... sí.... ya os escucho, señor presidente.

—Se reduce á rogaros.....

—Acabad, conde.

—Que busqueis nuevo confesor.

—¡Ah!.... Hé ahí una advertencia que no esperaba.

—Es sin embargo muy útil para vos y para la señora infanta, vuestra madre.

—De modo que el padre Alameda ha perdido el favor del rey.....

—Así parece.

—¿Desde cuándo?

—Lo ignoro.

—¿Mas cómo el rey nada nos ha dicho acerca de eso?

—Tampoco lo sé.

—¿Ni conoceis las causas que han.....

—Entran en el secreto de Estado, á que antes me he referido.

—¡En el secreto de Estado!. ... Luego van á prender á nuestro confesor. ¡Ah! ¡Qué rayo de luz!.... Todo lo adivino ahora... La larga permanencia de don Fernando en la corte romana, su vuelta repentina, tres consejos secretos celebrados desde que ha venido, el que acabais de darme, relativo á que nombre la infanta mi madre nuevo confesor, son circunstancias que acaban de abrirme los ojos á la verdad.

—Si algo, señora, habeis comprendido..... si habeis adivinado, aunque solo sea la mas mínima parte de los pensamientos del rey..... yo os suplico encarecidamente que no salga de vuestros labios una palabra, porque una palabra puede hacer abortar una resolucion gravísima. Comunicad únicamente á la señora infanta vuestros propios recelos y.....

—Os he comprendido muy bien, señor presidente, y os empeño mi palabra de ser discreta. En cuanto á mi madre ¿de qué podré hablarla? No hay duda; de mis propios recelos, segun acabais de insinuarme atinadamente, porque vos..... nada me habeis dicho..... ¿no es verdad?

—Nada, señora; bien lo sabeis.

—Defendido heróicamente por vuestro secreto de Estado.....

—Así es; nada he podido poner en vuestra noticia.

El conde de Aranda, despues de pronunciar estas razones, se retiró satisfecho, porque habia conseguido sostenerse en el favor de doña María Teresa por medio de su hija, haciendo que esta última adivinase el golpe de Estado que se preparaba. Pero no habia sabido elegir acertadamente el sitio ni el lugar de su entrevista con doña Isabel, pues apenas se hubo ausentado, cuando abriéndose la puerta secreta de la cámara, que tenia comunicacion con la galería principal inmediata á la Real capilla, apareció delante de la esposa de don Fernando el Reverendo Padre Leon de la Alameda.

Doña Isabel lanzó un grito de sorpresa y de espanto, porque desde luego se convenció de que su conversacion con el presidente del Consejo habia sido espiada, y si alguna duda le quedára, hubiérase desvanecido completamente al observar la fisonomía de su confesor.

Éste se arrojó á sus piés, pálido, desencajado, tembloroso. Contaba apenas treinta y dos años de edad y era uno de los hombres mas en voga por su gallardía y por su vasta erudicion. La fama de sus virtudes no habia sufrido el menor detrimento, y ocultas, adormecidas sus fogosas y vehementes pasiones bajo el negro sayal de Loyola, se habia acostumbrado, en incesantes y terribles luchas interiores, á reprimirlas y dominarlas, persuadido de que el dia en que llegase á ser esclavo de sus deseos, se perderia irremisiblemente por el escándalo.

Habia resistido hasta aquella hora los desesperados embates de un amor volcánico, inestinguible; pero llega por desgracia para el hombre un instante de debilidad en medio de su arrojo, y la pasion, siempre alerta, se apodera de él para enseñorearse del corazon y torturarlo, hasta hacerle desbordarse rompiendo los diques de toda prudencia, de toda consideracion, de todo freno. El Padre Leon se hallaba ya en este caso; no podia mas. Habia oido detrás de la puerta secreta lo necesario para convencer-

se de que le amenazaba un gran peligro, y la desesperacion que le produjo tan inesperada revelacion le infundió aliento para jugar el todo por el todo. No se trataba de su seguridad, ni de su vida, ni de la suerte que los decretos de Dios tenian reservada á la *Compañía de Jesús*, á esa milicia temible, preponderante y sábia, á esa milicia que, cual la del *Templo de Salomon*, antes que la avaricia de Felipe el *Hermoso* la condenase á la hoguera, parecia aspirar á la dominacion del mundo. Tratábase para el desesperado jesuita de la pérdida de sus esperanzas, del aniquilamiento de sus aspiraciones mas halagadas y queridas, de la renuncia forzosa de su felicidad.

—Voy á dejaros..... esclamó con angustioso frenesí, postrado delante de doña Isabel y clavando en su rostro unas miradas de fuego. Voy á dejaros, hermosísima señora..... tal vez para siempre.... ¡Idea cruel, insoportable, satánica.....

—Padre Leon, repuso con dignidad la esposa de don Fernando; ved que no os conviene esa postura humillante en mi presencia. Levantaos.

—No, no; á vuestros piés he de morir de amor y de amargura, antes que....

—Cesad. ¿Qué estais diciendo? le interrumpió indignada doña Isabel.

—¡Qué estoy diciendo! murmuró el jesuita con mal reprimido acento de insensatez amorosa. Lo que quise revelaros desde el punto y hora en que aparecisteis á mi vista, como el ángel bellísimo de mis ilusiones, como la Eva tentadora de mis ensueños; lo que escondido aquí, en este corazon que se abrasa, sale hoy á mis labios para mi eterna dicha ó eterna desventura; que os adoro, que juro no separarme de vos y que á vuestros piés ó en vuestros brazos me darán la muerte los esbirros del rey.

—¡Qué horror! gritó la hija de la infanta doña María abalanzándose hácia la puerta de entrada.

Pero el Padre Alameda, que la devoraba con los ojos, se enderezó al observar su primer movimiento, y saltando como un

tigre, la detuvo: en seguida cerró la puerta y guardó la llave, colocándose entre la salida secreta y doña Isabel.

—¿Qué intentais, miserable? le preguntó ésta, dirigiéndole una mirada de desprecio.

—¡Oh! No me mireis así, respondió el Padre Leon, porque seré capaz de todo. He callado mucho tiempo; mucho tiempo he padecido todos los horrores del infierno..... tu imágen hechicera me perseguia sin cesar, y en mis solitarias noches te contemplaba, extasiándome con tus divinos encantos. Y entonces se confundian nuestras almas, y el amor nos brindaba sus placeres embriagadores, y con las respiraciones comprimidas, los pechos anhelantes, ciegos, locos, poseidos de un delirio diabólico, nos entregábamos á todos los goces de una pasion irresistible. De este modo te he amado..... de este modo te amo, y no he de morir.... no, orgullosa muger, no he de morir sin poseerte.

—Primero me hareis pedazos el corazon. ¿Olvidais por ventura que soy la esposa de don Fernando de Montemar?

—¿Cómo he de olvidarlo, cuando al amor que me devora se une un propósito firme de venganza? ¿Qué objeto llevó á Roma ese rival aborrecido? ¿Qué causa le ha hecho volver tan impensadamente? ¿Qué significan esos consejos secretos, que tanto se repiten? ¿Crees, hermosa mia, que yo no he adivinado como tú? Advierte al conde de Aranda que sea mas cauto y precavido, cuando se proponga insinuar lo que no puede descubrir. Ignoro lo que proyectan hacer, pero sé perfectamente que esta misma noche dejará acaso de existir la *Compañía de Jesús*. ¡Y qué! ¿Nada harás en favor mio? ¿No me salvarás?

—Vuestro lenguaje y vuestra conducta me imponen el deber de aborreceros; pero me es imposible olvidar, no obstante vuestro enorme desacato, que hasta hoy habeis dirigido mi conciencia y la de mi madre y señora. Si realmente peligra vuestra existencia, os salvaré.

—¿Cómo?

—Arrojándome á los piés del rey.

—¡Ah! ¡Para que en vez de enviarme un verdugo, me conceda el destierro! ¡Qué inocencia! ¿No está en mi mano por ventura huir de la persecucion? Supuesto que nada tengo que temer hasta la noche ¿por qué no aprovecho las horas que me restan de dia? Oyelo de una vez; porque sin tí la vida me es odiosa; porque es preciso que me ames, que seas mia, que yo me vengue y que sea dichoso en tus brazos. Por eso no apelo á la fuga; por eso permaneceré en la corte.

Doña Isabel no pudo contenerse y esclamó desatentada:

—Mi noble esposo castigará vuestras infames demasías. Retiraos, ó gritaré con todas mis fuerzas. Tanto peor para vos si me asesinais para impedirlo.

—No es necesario, repuso el jesuita con la calma de la desesperacion. Veo que me aborreces, tanto como yo te adoro; mas.... ¿qué importa? He tomado mi partido; cúlpate á tí misma de las desgracias que sobrevengan.

El Padre Leon no aguardó respuesta alguna á estas amenazadoras palabras. Acercóse á la puerta, puso la llave en la cerradura y abrió. Volvióse en seguida hácia doña Isabel y dijo con sordo acento:

—Ya puede venir tu noble esposo, aquí le espero; mas no olvides que una sola palabra tuya será la señal de su muerte. Sí; antes que pueda mirarme de reojo, mi afilado puñal atravesará su corazon. Llámale pues en tu ayuda, y serás mas pronto mia.

—Perdon..... perdon.... sollozó con angustia la desolada doña Isabel, cayendo de rodillas á los piés del confesor.

Este volvió á cerrar la puerta y murmuró entre rabioso y extasiado:

—Así te quiero..... esclava de mis pensamientos de amor.... ¡Qué hermosa estás!..... ¡Con qué placeres sin fin me convida tu belleza!.... ¡Oh!... Yo humillaré tu orgullo á fuerza de caricias.... ¿Pensabas resistir á mi locura?.... ¡Insensata!.... Ven..... ven..... olvida en mis brazos tus deberes religiosos, tu fé conyugal.... olvida al universo.....




Sin ti la vida me es odiosa..... es preciso que seas mia..... que me ames.

—¡Ah!.... Perdon.... por piedad.... ¿Quereis mi muerte?

—Quiero que me ames, que seas mia, ó que perezca don Fernando y quedes tú deshonrada para siempre.

—Sois un hombre sin entrañas..... un mónstruo.

—Elige. He jurado no salir de esta cámara, sin que me otorgues pruebas de tu amor.

—Temblad..... temblad ante la justicia del cielo.

El jesuita se inclinó frenético hácia doña Isabel, que permanecia de hinojos, la estrechó en sus brazos y estampó en su entreabierta boca un beso de condenado.

—¡Infeliz!..... ¡Dios mio!.... articuló ella cerrando los ojos y cayendo al suelo sin sentido.

El Padre Leon no pudo sostenerla; estaba sombrío y contemplaba á su víctima como el demonio debió contemplar al ángel que cayó de la gracia divina por haberse rebelado. La infernal sonrisa de un próximo triunfo agitaba sus labios, y ya presentia con delirante júbilo el instante de felicidad suprema que iba á alcanzar, cuando llegó á sus oidos la voz de la infanta doña María Teresa.

Dió un salto hácia atrás al escucharla, como si le hubiera mordido un venenoso reptil, y corriendo á la puerta secreta, la aseguró por dentro. Acercóse en seguida al pupitre de la infanta y cogiendo una vitela, escribió con pulso tembloroso las siguientes palabras:

«Pasado mañana al anochecer os espero en la iglesia de *Santo domingo el Real*. Acudid á esta cita, si no quereis que don Fernando muera. Silencio, ó quedareis deshonrada para siempre.»

Dobló el papel, lo ocultó en el pecho de la desmayada esposa de Montemar y desapareció por la puerta de entrada, despues de dejar espedita la secreta.

Nadie podia sospechar lo que acababa de acontecer en la cámara de la infanta, y el jesuita salió de palacio sin tropiezo.

Dos horas despues se despachaban en Madrid para todas las provincias del reino correos estraordinarios, portadores de un

mandato real, en que se prevenia á las autoridades militares, que el dia 24 á las doce de la noche sorprendiesen, procediendo con el mayor sigilo, las casas de la *Compañía de Jesús*, arrestando á sus individuos y haciéndolos conducir al puerto de Barcelona.

En Madrid no se tomó precaucion alguna durante la tarde del dia 17 y sin embargo en la casa-templo de *San Isidro el Real* y en la del *Nuevo Rezado* estaban alerta sus moradores. El Padre Leon de la Alameda habia avisado al general de la *Compañía*, asegurándole que en la corte se habia tramado un plan, cuya ejecucion contra los jesuitas debia tener efecto aquella misma noche; mas cuando el general trató de examinarle verbalmente, á fin de que le comunicase mas estensas noticias, no se le halló, y todos supusieron, que pues era confesor de la infanta doña María Teresa, habia sido arrestado, con el objeto de evitar sus revelaciones, en caso de que alguna cosa hubiese sorprendido en el Real alcázar.

A las nueve de la noche se hallaban en sesion los jesuitas, ocupando uno de los vastos salones del cuerpo del edificio, que se conoce con el nombre de los *Estudios*. La calle de *Toledo* no presentaba el menor síntoma temible para los Padres y á pesar del vago susurro popular que habia llegado hasta ellos, como precursor de un suceso estraordinario, aparecian tranquilos y dispuestos á discutir, con ánimos serenos, sobre la mas enmarañada controversia.

El general presidia, y tan pronto como lo juzgó conveniente interrumpió con la campanilla las conversaciones privadas de los Padres y se espresó de esta manera:

—El negocio que motiva esta junta es grave, y es preciso por lo mismo tratar de la conducta que debemos seguir en nuestos dias de prueba. El rey don Cárlos, á quien Dios guarde, quiere obrar respecto á la *Compañía de Jesús*, como han obrado los reyes de Francia y de Portugal, y aun se añade que esta misma noche se nos reducirá á prision. El Padre Leon de la Alameda, confesor de

la señora infanta doña María Teresa, me ha dado por escrito la última noticia; mas ha desaparecido despues y todo me hace sospechar que no está libre. Espongan ahora los hermanos é hijos mios todo cuanto se les ofrezca y parezca.

—La prosperidad, la influencia de los discípulos del gran San Ignacio de Loyola, dijo uno de los Padres, han despertado la envidia y el enojo de los reyes.....

—No es esa la cuestion del momento, le interrumpió el general. Nos vemos perseguidos. ¿Qué hemos de hacer para la seguridad de nuestras personas y el sosiego de nuestras conciencias?

—O para evitar la terrible suerte que alcanzaron en Francia los Caballeros *Templarios*, añadió el mismo jesuita que acababa de ser interrumpido.

—No vivimos en el siglo XIV.

—Pero hay una Inquisicion, que puede condenarnos.

—No son esas las miras del rey, ni Clemente XIII es Clemente V.

—El Papa en efecto ha desaprobado la estincion de la *Compañía*.

—Hé ahí porque don Cárlos no pretende sujetarnos á un proceso.

—¿Pues qué intenta?

—Desterrarnos de los dominios españoles.

—Que firme en buen hora esa resolucion; que se nos haga saber..... entonces seremos mas fuertes.

—Demasiado lo conoce. Creedme; en España se sabrá nuestra ruina, cuando estemos encerrados.

—En tal estremo no hay mas recurso que huir.

—Huir..... huir, repitieron todos los Padres.

Y algunos añadieron:

—Conviene disfrazarnos.

El general tranquilizó aquellos conturbados espíritus, recomendando la prudencia y el silencio, y preguntó despues:

—¿Consiste acaso en la fuga nuestra salvacion? ¿A dónde se

dirigirán nuestros pasos? ¿Nos será fácil permanecer en el reino? ¿No nos prenderá uno á uno la justicia del rey?

Nadie osó rebatir tan convincentes razones y el general prosiguió diciendo:

—Unidos hemos de permanecer; unidos hemos de sufrir, y sea cual fuere nuestro destino, formaremos un cuerpo de mártires; seremos la *Compañía de Jesús*, desterrada por los gobiernos, pero haciendo siempre sombra á los reyes.

—A vuestros hijos no les corresponde otra cosa mas que sujetarse á la obediencia. Dictad vuestros mandatos y todos humillaremos nuestras frentes; si es preciso morir, sucumbamos con valor y serenidad, sin hacer traicion á nuestros votos.

Así habló un jesuita jóven, infundiendo arrojo para arrostrar los dolores de la persecucion en los ánimos mas débiles. Su breve y enérgica elocuencia arrastró todas las opiniones y los Padres se levantaron en prueba de su asentimiento.

—¿Qué nos ordenais? ¿Qué disponeis? preguntó el decidido orador al general.

—Que esperemos tranquilos la resolucion del rey don Cárlos, respondió éste.

Aquella resolucion no se hizo esperar.

A las diez se situó un destacamento de caballería en la calle de *Toledo* y se tomaron todas las vueltas del convento de *San Isidro el Real*. Al mismo tiempo penetró en él don Fernando de Montemar con un piquete de la Guardia Española y ordenó que se le anunciase al general de la *Compañía*, como portador de una órden del rey.

Introducido en el salon, en que los jesuitas celebraban su junta, preguntó con un acento algo turbado, que revelaba su compasion.

—¿Se hallan aquí todos los Padres de la casa de *San Isidro*?

—Y tambien los de la del *Nuevo Rezado*, le contestó el general levantándose, cuyo ejemplo imitaron los demas.

—Daos pues á prision y seguidme, repuso el esposo de doña Isabel.

—¿Quién lo manda? replicó el gefe superior de los jesuitas.

—S. M. el rey, con acuerdo del Consejo Supremo de Castilla.

—Estamos prontos á obedecer.

—Así lo espero.

—¿Se nos permite llevar nuestras ropas?

—Ya se os remitirán al puerto, en que debeis embarcaros.

Ochenta y cinco fueron los Padres de la *Compañía de Jesús*, que aquella noche salieron escoltados de Madrid con direccion á Barcelona.

Reunidos allí con los de las demas ciudades y villas del reino, fueron embarcados en varios buques que hicieron rumbo hácia las costas de Italia. Don Fernando no salió de la corte, como lo habia temido doña Isabel, y el Padre Leon de la Alameda, permaneció escondido, de modo que en el Real alcázar le suponian desterrado y sus hermanos le consideraban preso en Madrid.

De este modo dejó de existir en España la temible congregacion de los jesuitas.

Cuando llegaron á Civita-Vechia, el Papa Clemente XIII, que se habia opuesto con tenacidad á su espulsion de la península ibérica y sus dominios, no permitió que desembarcasen allí, por lo que fué preciso llevarlos á la isla de Córcega. Señalóse á cada uno de ellos una pension vitalicia, pero se les confiscaron todos sus bienes.

El conde de Aranda dió cuenta al rey sin perder momento de que el plan convenido se habia llevado á ejecucion.

—¿Han ido todos? le preguntó don Cárlos.

—Todos, Señor, incluso el general de la *Compañía*, respondió el presidente del Consejo.

—¿Estais seguro de que ninguno se ha escapado?

—Así lo afirma don Fernando de Montemar.

—Está bien, conde, y ahora viviremos tranquilos.

—Esa medida era indispensable.

—Sí; mas siéntola mucho, porque recae sobre varios jesuitas de mi mayor estimacion.

—Entre lo malo, Señor, siempre hay algo bueno.

—Entre los jesuitas merecen citarse por sus virtudes y humildad el general de la *Compañía* y el Padre Leon de la Alameda.

—El último sobre todo, Señor.

—¡Ah! Ahora recuerdo que necesitamos buscar nuevo confesor para la infanta mi hermana y para mi sobrina doña Isabel. Os doy este encargo, conde de Aranda.

—Señor..... ¿á mí?

—A vos. ¿No les habeis quitado el que tenian?

Al dia siguiente del destierro de los jesuitas, llevaron al rey una triste nueva. El duque de Montemar, que habia padecido horriblemente durante un año, de resultas de las profundas heridas que tenia en la cabeza, por haberle arrojado su corcel en la cuesta de *Santo Domingo*, cuando dispersaba á los amotinados contra el marqués de Esquilache, acababa de espirar.

El rey dispuso que se honrase la memoria del vencedor de Bitonto, como lo exigian sus importantísimos servicios. Don Fernando heredó sus títulos y blasones.

Estos acontecimientos llegaron á coincidir con otro, cuyas consecuencias, andando el tiempo, hicieron variar completamente el destino de la nacion española. Don Cárlos, príncipe de Asturias, dió su mano á la duquesa de Parma doña María Luisa, y este enlace, que entonces auguraba felicidades sin cuento, fué celebrado en España con grandes fiestas y regocijos.

Tambien empezaron á poblarse en la misma época los desiertos de Sierra-Morena, se introdujo en la milicia la táctica del ejército prusiano, fortificáronse las plazas, poniéndose en estado de defensa, y por último instituyó el rey la distinguida órden de Cárlos III.

# CAPÍTULO XXV.

En el cual se encuentra sériamente comprometido el honor de la sobrina del rey.

El dia 19 de febrero, como á las cuatro de la tarde, subia por la cuesta de los *Angeles*, en direccion á la plazuela de *Santo Domingo el Real*, un embozado: al llegar al sitio en que desemboca la calle de *Jacometrezo*, se detuvo y miró detenidamente hácia su izquierda, como si por aquel lado debiese llegar alguna persona.

Y así era en efecto, pues no tardó en aparecer otro embozado por la cuesta. Aquellos dos hombres obraban evidentemente de comun acuerdo, porque el que llegaba se acercó al que se habia parado y torció su camino hácia la calle de *Torija*; entonces le siguió el primer embozado y ambos se perdieron de vista en el portal de una casa, que hacia frente á la esquina de la calle del *Fomento*.

Poco despues entraban en un reducido aposento. Uno de ellos arrojó la capa sobre la primera silla que encontró á mano y lan-

zando un fuerte resoplido, que al parecer desahogó su pecho, dijo con viveza:

—Gracias á Dios que puedo hablar, y para poner en noticia de vuestra Reverencia que el coche está listo, no necesitábamos haber venido hasta aquí.

—Te equivocas, Melchor, le contestó el otro que se habia sentado, pues aun que no tengo tiempo que perder, era imposible que nos detuviésemos á hablar en donde nos observasen. Con que dices que el coche está dispuesto.....

—Para cuando guste vuestra Reverencia.

—Y van dos, amigo Ranera. Acuérdate de que ya no soy lo que he sido, sino un caballero, que pasa á la corte de Francia en compañía de su muy querida esposa. El Reverencia está de mas.

—No lo olvidaré.

—Es que me importa mucho. Dime ahora ¿tienes confianza en el mayoral?

—Me parece que sí.

—Eso no me tranquiliza, supuesto que no lo aseguras.

—¡Eh! Lo mismo da; al fin y al cabo, el mayoral soy yo.

—Lo cual significa que deseas huir de la corte.

—¿Y qué he de hacer en ella? Los tiempos han cambiado mucho en menos de un año,

—No hay duda; mal salió el motin contra Esquilache.

—El duque de Montemar nos aguó la fiesta; mas tambien le salió cara.

—¿Ha muerto por fin?

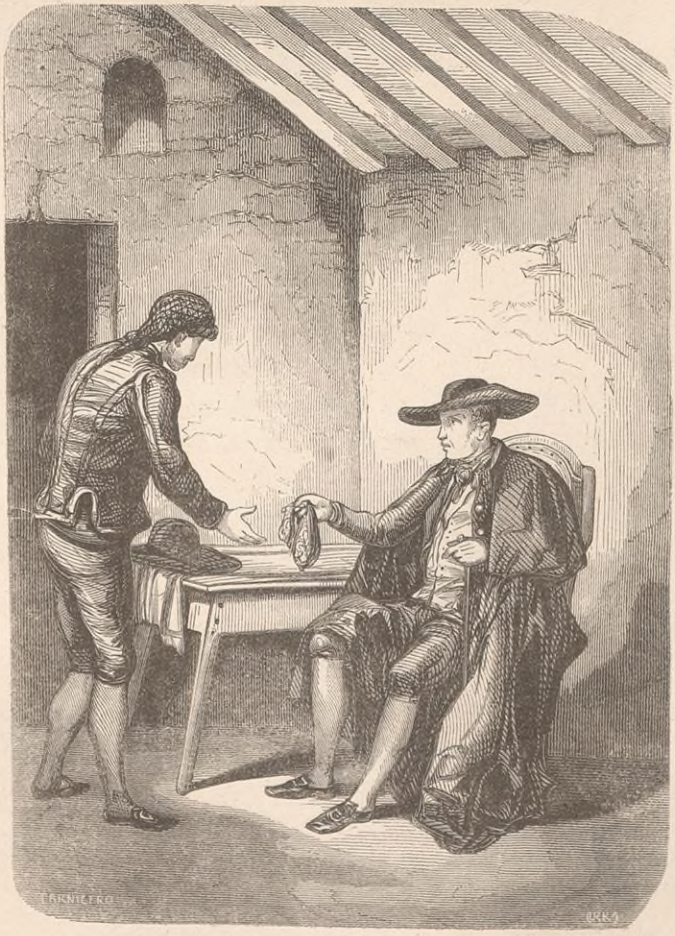
—Ya ha hecho presa el diablo de su alma y de sus achaques.

—Tratemos de lo que me interesa, pues supongo que recordarás bien lo que antes de ayer te dije.

—Perfectamente: un coche con seis caballos para hoy al anochecer junto á la iglesia de *Santo Domingo*; dentro de una hora estará allí.

—¿Qué mas?

—Mil ducados por este servicio importante.



—Mil ducados por este servicio importante.
—Toma.

—Toma.

Y el que permanecia embozado entregó á nuestro antiguo conocido Paco Ranera un bolsillo repleto.

¿Mas cómo es que antes le habia dado el nombre de Melchor? Retrocedamos once meses.

Despues de la completa dispersion de los amotinados, que se proponian ostensiblemente derribar al marqués de Esquilache, aunque obedeciendo á las secretas maniobras de los jesuitas, cuyos planes eran mucho mas vastos, pues se dirigian á un cambio radical en la gobernacion del reino, el tabernero del *Raposo* y sus lugar-tenientes opinaron con la mas esquisita prudencia que no debian buscar asilo en la barriada del *Barranco*, por la sencilla razon de que habiendo nacido en ella el alboroto, no dejaria el presidente del Consejo de hacerla pesquisar, calle por calle y casa por casa. Ranera, el Viejo, Pedrillo, el Vizco y el Atravesao, estaban juntos apedreando los cristales del palacio del primer ministro, cuando supieron que el duque de Montemar, despues de haber deshecho los grupos de la parte del Norte, avanzaba contra los de *Leganitos*, *Lavapies* y *Barranco*, que se estendian desde la *Puerta del Sol* hasta el Real alcázar. En vano quisieron aquellos cinco valientes detener á los que empezaron á huir; estos arrastraron á los demas y el desórden se comunicó como por encanto á toda la línea de los insurrectos, que no tardó en quedar cortada en diversos puntos por las tropas del duque. Paco y los suyos, cansados de luchar contra el torrente que los empujaba, cedieron á él; pero antes de que los separasen las oleadas de la multitud despavorida, se citaron para un punto de reunion, algo distante del teatro de la refriega.

Aquella misma noche se hallaban Pedrillo y el Viejo cenando alegremente en el cuarto bajo de una casucha situada en la orilla opuesta del *Manzanares*, no lejos del famoso puente de *Segovia*. El Atravesao hacia lo mismo, pero no estaba con sus compañeros, sino como á unos veinte pasos de la casucha, sentado en una enorme piedra que le servia de mesa. Se habia estacionado allí para

acechar el camino, y sin dejar de hacer los honores á su refaccion, observaba con sus ojos de lince todos los objetos que se movian, desde la puerta de la coronada villa, hasta la entrada del puente. Indudablemente esperaba á alguno, y esto mismo sucedia al Viejo y á Pedrillo, si hemos de juzgar por el diálogo que sostenian en tanto que cenaban.

—¿No te parece que ha hecho la señal? preguntó de pronto el segundo á su compañero, aplicando el oido á la puerta del mezquino aposento que ocupaban.

—Se me figura que sueñas con las cargas de la caballería del duque de Montemar, le contestó el Viejo. El Atravesao no da señales de vida.

—Pues yo jurára..... en fin, de todos modos, ya debia Paco estar de vuelta.

—Con tal que no haya caido en manos de los alguaciles.....

—Ya ló sabriamos por el Vizco.

—¿Y si nos han pescado á los dos?

—Mucha casualidad habia de ser.

—Casualidad ó no casualidad, se han visto cosas mayores.

—No lo niego; pero confío en la astucia y trastienda de Paco.

—Bien; dejemos eso á un lado..... Paco y el Vizco vendrán si pueden; mas tambien nosotros estamos en el caso de echar nuestras cuentas.

—¿Cuentas? La única consiste en decidir lo que hemos de hacer.

—Ahí está el busilis de la dificultad. ¿Quién vuelve á la calle de los *Tintes*, despues de lo que ha pasado?

—Mira, Viejo; cada vez estoy mas convencido de que no hemos de parar en bien.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ya no contamos con el refugio de la barriada.

—¡Bah! El mundo es muy grande.

—¿Qué quieres decir?

—Que los cinco de la taberna del *Raposo* podemos dar todavia mucho que hacer.

—No te entiendo.

—Ven acá, Pedrillo, ven acá. ¿Qué partido toman cinco hombres de corazon, perseguidos por la justicia del rey?

—¡Ah! Ya estoy en autos.

—Gracias á Dios.

—Pero ¿á dónde ir?

—¿Ahora me sales con eso? Creo que desde aquí se divisa el *Guadarrama*.

—Magnífica idea, Viejo, magnífica. Ejerceremos la industria por mayor.

—Formaremos una banda respetable de.....

—De.....

—Acaba, Pedrillo, acaba.

—Pues bien; de ladrones.

—No pronuncies esa palabra mal sonante. Nosotros conservaremos espeditas todas las veredas para los transeuntes con tal que les heredemos en vida.

—Y si no se conforman.....

—¡Oh! Les heredaremos en muerte.

—Has esplicado el negocio á las mil maravillas y lo apruebo. Ahora falta que el Atravesao no lo descomponga.

—El Atravesao cierra los ojos, cuando se trata de la bolsa agena.

—¿Vamos á proponerle el plan?

—Vamos; estoy seguro de que lo aceptará.

—¿Y Paco y el Vizco?

—Si vienen esta noche, serán de los nuestros por necesidad; si están en la cárcel, bailarán mañana en la cuerda.

Los dos satélites de Ranera salieron de la casucha, pero antes de que diesen cuatro pasos en direccion al rio, llegó hasta ellos un ahullido prolongado: era la señal convenida.

Corrieron presurosos al sitio en que estaba el Atravesao, este se habia puesto en pié y les dijo:

—Una sombra acaba de meterse en el puente y no tardará en desembocar por este lado. ¿La veis?

—En efecto, repuso Pedrillo, y parece que tiene alas; pero no es Paco.

—¿Cómo lo sabes? La noche está bastante oscura, para conocer á un bulto desde aquí.

—Tiene razon Pedrillo, observó el Viejo; Paco no es capaz de dejar abandonado al Vizco.

—Pero puede ser el Vizco.....

—Tampoco; no vendria sin Paco.

La sombra salió entonces del puente y se encaminó sin vacilar hácia nuestros interlocutores, que no tardaron en reconocer á Ranera.

—¡Solo!.... esclamaron los tres con pesadumbre y asombro.

—¿Por qué lo estrañais? les preguntó el tabernero.

—Esperábamos que el Vizco te acompañase, respondió el Atravesao.

—El Vizco está donde debe estar.

—¿Preso tal vez?

—¿Quién lo ha dicho? Ni él es hombre para dejarse coger, ni yo hubiera vuelto en ese caso. He debido tomar precauciones para que no nos sorprendan, y el Vizco está de acecho junto á la puerta de *Segovia*. Yo vengo á participaros que es imposible volver á la calle de los *Tintes*, ni á ninguna de las del *Barranco*, porque el rey se ha propuesto acabar con los *Mendigos*. Las tropas ocupan todos los barrios bajos de la villa, y aquí tampoco podemos permanecer, porque mañana habrá indudablemente una batida general por estos alrededores.

—Corriente, Paco, corriente, murmuró el Viejo; eso significa que todo se ha perdido, y en consecuencia Pedrillo y yo hemos formado una resolucion heróica.

—¿Y á qué se reduce?

—A un plan que debe salvarnos y enriquecernos.

—¡Oh! Ducados no nos faltan, y ya sabeis que están en sitio seguro; ya que hoy no es fácil sacar á campo abierto los fondos de la Asociacion, al menos se hallan á buen recaudo, y se dis-

pondrá de ellos cuando pase la nube. Y ahora, Viejo, esplícanos tu plan.

—Es sencillísimo, hácia nuestra izquierda está el *Guadarrama*.....

—¡Demonio! No es mala tentacion.

—¿Con que te gusta el proyecto?

—El mio es mejor.

—¡Ah! ¿Tú tambien has discurrido algo?

—No tenia otra cosa en qué pensar.

—Ya te escuchamos, aunque mejor seria que entrásemos en la casucha.

—No, no; al aire libre; desde aquí se examina mejor el terreno.

—Habla pues.

—Desde que me separé de vosotros al anochecer, concebí la diabólica idea de engañar á la justicia, y luego que me asaltó en embrion tan soberbio empeño, encargué al Vizco que observase bien lo que hacian los alguaciles por las calles. Estábamos entonces los dos en la de *Toledo* y el Vizco me hizo observar de allí á poco, que los alguaciles andaban desbandados por las encrucijadas de los barrios, prendiendo á uno, dejando á otro para tornarlo á prender y sin saber cómo acertar en su espinosa comision de apoderarse de cuantos habian tomado parte en el motin. Entonces dije al Vizco:—Sígueme. Y corrí al alcance de dos esbirros, que acababan de entrar en una casa. Ya comprendereis que aquellos dos pobretes no pasaron de las escaleras.

—¿Murieron? preguntó Pedrillo.

—En toda regla y sin padecer, porque no se quejaron. Nosotros salimos á la calle ataviados con sus trages, y cinco minutos despues tropezamos con otros dos alguaciles.

—Buena pesca, esclamó el Viejo con entusiasmo; ya te veo venir.

—Pues adivina lo que sucedió.

—Sucedió que escabechasteis á los otros dos, y que son cua-

tro los trages de alguaciles con que á estas horas podemos contar.

—Son cinco.

—¡Cinco!

—Ni mas ni menos. Dijimos á los dos segundos alguaciles que nos acompañasen á verificar la captura de un cabecilla de motin, que se hallaba oculto en una buardilla del *Rastro* y ellos picaron en el anzuelo. Cuando subiamos á la buardilla, me dió el Vizco de codo, y aquello fué dicho y hecho. Cojimos las capetas y los sombreretes de nuestros prójimos y huimos; pero quiso nuestra estrella que al embocar en el soportal de la derecha, que desde la calle de *Toledo* termina en las escaleras de la *Plaza Mayor*, se nos apareciese otro desdichado alguacil. Cuadróse delante del Vizco y empezó á examinarle como quien sospecha una emboscada; pero al fin hubo de tranquilizarle nuestro atavío, y nos preguntó:

—¿Seguís alguna pista, compañeros?

—La tuya, le respondí sin vacilar. Y al mismo tiempo dió con su cuerpo en tierra la hoja de mi cuchillo. Ahora ya podeis deducir que son cinco los trages de alguaciles que traemos.

—Pero ¿en dónde están? observó el Atravesao. ¿Y por qué has abandonado el tuyo?

—El Vizco los guarda todos. La capeta de alguacil es muy útil en las calles de la villa, pero en las afueras inspira mucho recelo. Lo que nos conviene es acercarnos á la puerta de *Segovia*, disfrazarnos allí y entrar en la villa.

—¿Para qué? repuso el Viejo.

—Para dar un golpe maestro.

—Mira, Ranera; podemos ir por lana y.....

—¡Bah! necesito entenderme con cierta persona, y además no nos conviene alejarnos mucho de la taberna del *Raposo*.

—Ya.... ya.... pero como antes dijiste, no podemos sacar por ahora los fondos.

—Ciertísimo; pero el vigilarlos entra en el círculo de nuestros deberes. En marcha pues, que ya el Vizco nos espera.

Ocho dias despues de esta conversacion nocturna al aire libre, corrió por Madrid la noticia, de que en el alto del *Guadarrama* habian sido asaltados muchos viajeros por una cuadrilla de bandidos, compuesta de treinta hombres. Al punto ordenó el conde de Aranda que saliesen tropas en su persecucion; pero las tropas se fatigaron inútilmente trepando por los repechos del monte, que en su parte mas elevada sirve de límite á las dos Castillas. Nada encontraron en sus sinuosidades, ni en sus quebraduras, por la sencilla razon de que la banda del famoso foragido Melchor se burlaba completamente de los soldados del rey. Entretanto seguian por aquella parte los robos en campo abierto, se pregonaban en Madrid las cabezas de los malhechores y el principal de ellos mantenia secretas relaciones dentro de la villa, en la cual penetraba tambien frecuentemente, á pesar de la justicia del presidente del Consejo.

Transcurrieron meses y llegó el de febrero, y con él el dia aciago para los jesuitas. El Padre Leon de la Alameda no perdió un instante, desde aquel en que se separó de la esposa de don Fernando, despues de haberla comprometido á una cita en la iglesia de *Santo Domingo el Real*. Ignoraba de todo punto el género de vida que Paco Ranera, instrumento de la *Compañía de Jesús*, en el motin contra Esquilache, habia adoptado. Solo sabia que se ocultaba desde entonces de la justicia del rey, y que podia encomendarle con seguridad un negocio cualquiera, enviándole aviso á cierta casa de la calle de la *Redondilla*, que el mismo Paco habia designado al jesuita, previniéndole que nunca dejase recado en ella á su nombre, sino al de Melchor. El Padre Alameda se dirigió á la calle de la *Redondilla*, despues de haber puesto en noticia de su superior las sospechas que abrigaba, de que tal vez aquella misma noche fuesen presos ó atropellados los jesuitas, y no fué pequeño su júbilo cuando se encontró de manos á boca con el mismo Paco Ranera, á quien buscaba.

—Te necesito, le dijo el Padre Leon, pero el tiempo es oro para mí en estos momentos.

—¡Oh! repuso el bandido con cierta familiaridad, mezclada de respeto; ya sabe vuestra Reverencia.....

—Sí.... sí; ya sé que puedo contar contigo, y que me tendrás pasado mañana al anochecer, junto al convento de *Santo Domingo el Real*, un coche con seis caballos.

—¡Cómo! ¿Piensa viajar vuestra Reverencia?

—Nada me preguntes, Paco.

—Es que..... ya no me llamo Paco, sino Melchor, por causa del señor presidente del Consejo Supremo de Castilla.

—Pues bien; nada me preguntes, Melchor.

—Muy bien, muy bien; pero es el caso que hay muchas clases de coches.

—Un coche fuerte, un coche de camino.

—Es decir, de colleras.

—No; nada de mulas; nada de carruage pesado.

—Ya sé lo que pide vuestra Reverencia; solo que.....

—Acaba, que tengo prisa.

—Costará caro.

—El precio lo pondrás tú.

—Segun y como, reverendo Padre Leon.

—¿Qué quieres decir?

—Que es preciso saber el término del viaje.

—Bayona de Francia.

—¿Cuántas personas dentro?

—Tal vez una; pero yo quiero que sean dos.

—Ya tengo el precio; quinientos ducados sin la manutencion.

—Te doy mil; pero has de servirme bien.

—Cuando yo digo que no habrá queja, es que..... no habrá queja, y vuestra Reverencia puede vivir descuidado.

—Pues hasta pasado mañana al anochecer.

—Poco á poco. ¿Cómo he de avisar á vuestra Reverencia que el coche está dispuesto?

—Es verdad; se me olvidaba. Pasado mañana, á las cuatro de la tarde me esperarás en la subida de los *Angeles*, entre la

esquina de la calle de *Jacometrezo* y la cuesta de *Santo Domingo*: yo me acercaré á tí por la cuesta, seguiré luego hácia la izquierda y me seguirás.

—Está entendido.

—Te advierto que no vestiré este trage de jesuita.

—Yo tampoco el de arriero cordobés, que ahora saco á luz.

—Y que llegaré embozado.

—Yo tambien.

—Pues no hay mas que hablar y queda con Dios.

—Lo dicho dicho y él guarde á vuestra Reverencia.

Separóse el Padre Leon de Paco Ranera, y ya conocen nuestros lectores el motivo de que se reuniesen ambos, al tercer dia por la tarde, en la casa de la calle de *Torija*, frontera á la esquina de la del *Fomento*.

Tambien ha llegado ya á su noticia por qué nuestro antiguo propietario de la taberna del *Raposo* se hacia llamar Melchor.

Al dia siguiente de su entrevista primera con el Padre Leon, reunió á sus cuatro lugar-tenientes en una de las crestas del *Guadarrama*, para anunciarles su ausencia temporal, en vista del buen negocio que acababa de caerle entre manos. Su proyecto era conducir hasta Bayona al ex-confesor de la infanta, pues no podia ya dudar de que fuese él mismo el viajero, vender allí el coche y los seis caballos, que no faltaba quien le confiase en Madrid para una espedicion hasta Toledo, segun aseguraba, y dar luego la vuelta para reunirse con su partida, repleto de oro hasta los dientes. El Atravesao y demás compañeros aprobaron tan magnífica idea, á cuya realizacion debia seguir la arriesgada empresa de sacar de la corte los fondos de la Asociacion de los *Mendigos*, y Paco se despidió de ellos, dejando el mando accidental de la banda al Vizco.

Prosigamos ahora nuestra narracion interrumpida.

No bien recibió Paco Ranera del Padre Leon el bolsillo que contenia los mil ducados, cuando echando mano á la capa, se dispuso á salir; pero le detuvo el jesuita diciendo:

—No seria imposible que pudieras ganar una propina decente, en caso de que yo tuviese necesidad de tus servicios, antes de que el coche emprenda la marcha.

—Vuestra Reverencia puede disponer lo que guste, contestó el bandido; yo estoy aquí para obedecerle en todo.

—Ya te he prevenido que no me trates como sacerdote, sino como caballero.

—Se me habia olvidado..... Deciais pues, caballero....

—Decia..... pero veamos. ¿Estás satisfecho de mí?

—Y tanto como lo estoy; pero mas lo estaré si me haceis ganar esa anunciada propina.

—Puede acontecer que cierta dama, que debe viajar en el coche, se resista á entrar en él.

—¡Ah! ¿Y en tal caso?

—Eso te pregunto yo, repitiendo que la dama en cuestion debe viajar en el coche, aunque no quiera.

—Ya.... ya..... se trata de un rapto violento.

—Se entiende, si hay precision de emplear la fuerza.

—¡Oh! Los raptos producen consecuencias desastrosas. Acuérdome de uno, en que se me volvieron todos los bártulos patas arriba. Figuraos que mis *Mendigos* equivocaron á una serpiente enfaldada con una paloma.....

—Pero aquí no puede haber equivocacion: no hay mas que una muger; una muger que hablará conmigo.

—¿En la calle?

—No; en la iglesia.

—¡Ah! Eso es muy diferente. Despues que hableis con ella, saldrá del templo; yo la esperaré y si me haceis una seña..... Se entiende que habeis de entrar inmediatamente en el coche para recibirla.

—Entraré.

—Cuando digo para recibirla, habeis de comprender que es para sujetarla y para impedir que grite.

—Así lo comprendo.

—Y supongo que no quedará olvidado este nuevo servicio, pues ya conoceis que no entra en cuenta del ajuste del coche.

—¿En cuánto lo aprecias? Ya te he esplicado que lo considero como punto aparte del otro.

—Segun y conforme. ¿Es dama principal?

—De las mas principales.

—¡Demonio! Eso se paga bien, porque al cabo siempre hay por medio parientes poderosos, que persiguen á los raptores.

—No trato de regatear contigo: sírveme bien y quedarás contento.

—Corriente: no hay mas que hablar y al avío.

El Padre Leon y Paco Ranera, ó por otro nombre Melchor, abandonaron el aposento y la casa de la calle de *Torija* y se dirigieron á *Santo Domingo*, cuando empezaba á anochecer. El primero entró en la iglesia y el segundo se acercó á un coche, que estaba situado en frente de la puerta principal del convento. Al verle el zagal desde el pescante, se echó á tierra y Paco le preguntó en voz baja:

—¿Has olfateado algo?

—Ni un esbirro por las inmediaciones, contestó el mozo.

—Tenemos entre manos un soberbio negocio, amigo Pedrillo, y es necesario que no se eche á perder, repuso el gefe de los bandidos.

Pedrillo, á quien ya conocen nuestros lectores, se habia transformado en zagal, para ayudar á Paco en la empresa del Padre Leon. Se contentó con encojerse de hombros, dando á entender que para todo se hallaba dispuesto, y esperó á que su compañero se esplicase.

—Se me figura que habrá que meter una dama ahí dentro, le dijo éste.

—Si es la que imagino, contestó el fingido zagal, me place la comision.

—No hay que pensar en eso, sino en cumplir bien con la persona que paga.

—Y yo te digo que la dama que acaba de entrar en *Santo Domingo* vale un Potosí de oro, y que bien puede un pecador como yo hacer su agosto con ella, sin faltar á lo estipulado. ¿No has anunciado que debemos meterla en el coche?

—Tal vez, á menos que entre en él por su propia voluntad.

—De modo que en el primer caso, la robamos.....

—¿Quién lo duda?

—Pues robémosla para nosotros.

—¿Estás loco, Pedrillo? Esa es fruta prohibida.

—¡Bah! De menos nos hizo Dios. Déjame hacer..... estoy que sorbo el aire por esa hermosura y juro por mi honrosa profesion de bandido, que esta noche he de ponerla tan blanda como una breva.

—Mira, Pedrillo, no te metas en dibujos de enamoramientos, si no quieres que nos acabe de llevar el diablo. Te advierto que la dama no irá sola.

—¡Por los cuernos de Belzebú! ¿Con que tenemos un amante?

—El embozado que se ha dirigido á la iglesia; el mismo que nos emplea para que le sirvamos con fidelidad.

—Y á quien daré esta noche un solemne chasco, apoderándome de su querida. Amigo Paco, yo no tengo la culpa de que tú seas algo viejo y poco aficionado á las hermosas hijas de Eva.

—¡Quién te lo ha dicho! esclamó Ranera echando fuego por los ojos.

—Hombre, como jamás te he conocido un trapicheo.....

—Muchos he tenido y..... ¡quién sabe todavia!.... Por unos buenos ojos, soy capaz de habérmelas con el lucero del alba.

—¿Sí? Pues voy á proponerte un pacto.

—Habla, pero no mucho, porque la dama y el galan saldrán pronto de la iglesia.

—Ya te he dicho que ella me ha trastornado el juicio, y ahora añado que debe ser lo que tú mismo indicaste; fruta prohibida, esto es, la mas apetitosa de todas las frutas. Ahora entra el pacto. Salimos de Madrid, caminamos hasta media noche poco mas

ó menos, y cuando mas descuidada esté la amorosa pareja, se detiene el coche, el galan queda sujeto y la dama á nuestra disposicion. En seguida elige entre los dos, ó echamos suertes. ¿Te acomoda?

—No me parece descabellada la idea; pero es necesario completarla.

—Magnífico; eso te toca á tí.

—Saldremos por la puerta de *Fuencarral*, que es el camino de Francia: así está convenido. Despues nos echamos á la izquierda, para tomar la ruta de Valladolid, y mañana descansamos en nuestras guaridas del *Guadarrama*. Porque hágote saber, que hay mucho oro y de buena ley en los bolsillos del galan.

—¡Oh, gran Paco Ranera! ¡Oh, incomparable Melchor! Eres el hombre mas sabio del mundo. Así mataremos dos pájaros de un tiro, soplando á ese pobrete la bolsa y la querida.

—Despues..... obraremos como buenos camaradas..... echaremos suertes, si ella no elige, y á quien Dios se la diere.....

—Ea; no hay que mentar á Dios para estas cosas. Cuando llegue el caso, te haré una proposicion que contentará tu gusto.

—Bien, Pedrillo, bien; allá veremos.

Y no pudieron hablar mas, porque al mismo tiempo salia doña Isabel de la iglesia.

# CAPÍTULO XXVI.

Los dos rivales.

Cuando la infanta doña María Teresa entró en su cámara el dia 17 de febrero, despues de haber orado en la capilla del Real alcázar, encontró á doña Isabel sin conocimiento. Alarmada con tan imprevista novedad, acudió presurosa á socorrer á su hija y tuvo el consuelo de volverla á la vida con sus cuidados, sin que la servidumbre se enterase del suceso.

Poco despues empezaron las esplicaciones y doña Isabel refirió á su madre todos los pormenores de la escena, que hemos presentado en el capítulo vigésimo cuarto de esta historia.

Doña María Teresa acudió al rey y se quejó amargamente del Padre Leon. Don Cárlos, que ya tenia todo dispuesto para que aquella misma noche se procediese contra los jesuitas, significó á la infanta su deseo de evitar el escándalo, que la prision del exconfesor debia necesariamente producir, y temiendo el justo enojo

de don Fernando de Montemar contra aquel mal sacerdote, previno á su hermana que nada de cuanto habia ocurrido llegase á noticia del ofendido esposo.

El rey ignoraba que el Padre Leon de la Alameda tenia conocimiento del golpe de Estado, por la conversacion que habia sorprendido entre doña Isabel y el presidente del Consejo de Castilla.

Doña Isabel sacó de su pecho el billete del jesuita, durante la conferencia de la infanta con el rey, y se estremeció al enterarse de su contenido. Cuando volvió doña María Teresa y la hizo saber la voluntad de don Cárlos, se sometió á ella, aunque con visibles muestras de repugnancia; mas no descubrió á su madre la cita del padre Leon para el convento de *Santo Domingo*, porque conocia el carácter del rey y estaba segura de que no mandaria prender á su perseguidor, por lo mismo que contaba con su destierro. Habia ademas calculado cómo debia conducirse, para castigar la osadía del hombre, que, abusando de su situacion, no habia temido insultar cruelmente su decoro.

Aquel mismo dia habló á su esposo del escudero Gonzalo, manifestándole que deseaba premiar su adhesion nunca desmentida y comprometiéndole á que averiguase su paradero. Don Fernando no habia visto al *rezador* hacia mucho tiempo, aunque sabia por el conde de Aranda todos los incidentes de su prision y de la del doctor Pimentel en los calabozos del Santo Oficio. Fué por lo mismo á verse con el conde y no tardó en averiguar lo que su esposa deseaba.

A las nueve de la noche del dia 18, dormia pacíficamente de brazos sobre una mesa Rodrigo Perez Zapata, ex-familiar de la Inquisicion de Madrid, en una salita del escondite de la calle de la *Sarten*, que le servia de refugio, así como á su compañero Gonzalo.

Éste habia salido y Zapata se propuso echar un sueño para esperarle.

Y no esperó mucho tiempo, porque el aldabon de la puerta de la calle espaviló sus sentidos, obligándole á restregarse los ojos y á ponerse en pié.

Mas no olvidó la prudencia, que tan necesaria era á nuestros dos aventureros y especialmente al buen Rodrigo, que temia la ojeriza de la Inquisicion; por lo cual se acercó á la ventana, en vez de dirigirse á la puerta. No fué pequeño su asombro al distinguir, no obstante la oscuridad de la noche, á una muger tapada.

—¿A quién buscais, hermosa desconocida? preguntó fingiendo la voz.

—Al escudero Gonzalo, respondió con imperio la que habia llamado. Abrid al punto.

—Eso es muy fácil de decir, repuso Zapata, recelando alguna zancadilla de los familiares del Santo Oficio. Mi nombre nada tiene que ver con el que habeis pronunciado.

—Ya lo sé, porque hubiera conocido á Gonzalo por su acento, dijo la de la calle, y á vos no os conozco..... ¿Sois por ventura Rodrigo Perez Zapata?

—¡Demonio y condenacion! esclamó para sus adentros el exfamiliar. Ciertos son los toros y emboscada tenemos.

Y dirigiéndose á la tapada añadió:

—Mala ruta habeis escogido para encontrar á esos dos bribones: aquí han estado, porque mi casa es posada pública y se gana uno la vida honradamente, recibiendo en ella á nuestros prójimos, sin preguntarles de dónde vienen ni á dónde van: pero temerosos esos perros judíos de la justicia de la Santa Inquision, que por ciertas palabras que les he oido, debe ajustarles una larga y estrechísima cuenta, se han largado esta misma tarde con viento fresco, y ni el diablo sabe en qué agujero se habrán metido.

—Pues es necesario que yo lo sepa, replicó la muger; y la persona que me descubra este agujero puede contar con cincuenta ducados.

—¿Tanto os interesa encontrar á esos forajidos?

—¡A mí!.... No por cierto.

—¿Pues á quién?

—A don Fernando deMontemar.

—¡Cómo! ¿Venís de su parte?

—Sí.

—¿Sola?

—Sola.

—Eso ya hace variar completamente la cuestion. Aguardad un momento.

Zapata se retiró de la ventana, cogió el velon que alumbraba la salita y bajó al zaguan. Abrió la puerta de la calle y entró la muger tapada.

Cinco minutos despues habia tomado asiento no lejos de la mesa en que habia dormitado Rodrigo, y éste la contemplaba respetuosamente.

—¿Me conoces? le dijo ella sonriéndose.

—Juro desde luego que sois una dama muy principal, contestó él saludándola con gran ceremonia.

—Lo cual significa que puedo recompensar á los que me sirven bien.

—¿Y en qué puedo yo complaceros?

—En proporcionarme la ocasion de hablar á Gonzalo.

—No tardará en venir, señora. Ha salido á ciertas diligencias; pero ya sabe que le espero con impaciencia.

—Es que no puedo permanecer aquí mucho tiempo, porque tambien me aguardan. Así y todo será preciso que alguno me acompañe, pues aunque he tenido valor para venir, ignoro si lo tendré para volver.

—Señora, Rodrigo Perez Zapata irá con vos hasta el fin del mundo.

—¡Ah! ¿Con que eres tú? ¿Por qué me lo has negado?

—Porque no sabia con quien hablaba.

—¿Y ahora?

—Ahora..... ahora.... tampoco, señora.... pero al fin.....

—Yo te lo diré. Soy aquella misma, que hace muchos años sacaste del convento de las *Descalzas Reales*, por encargo de Gonzalo.

—¡Vos!.... ¡Vos, doña Isabel de *U*!

—No: no me llamo doña Isabel de Ubeda, sino doña Isabel de Borbon, esposa de don Fernando de Montemar.

—¡Dios mio!..... ¡La sobrina del rey en esta miserable casa?

—¿Por qué no? La sobrina del rey viene á reclamar el auxilio de dos hombres fieles.

—Señora, nombrad á vuestros enemigos; Gonzalo y yo daremos cuenta de ellos.

En aquel instante llamaron á la puerta.

—¡Ah! Ya llega mi compañero, añadió.

Y asomándose á la ventana, reconoció al *rezador* y corrió á abrirle.

Gonzalo, advertido ya por Zapata de la visita de doña Isabel, saludó á ésta á guisa de antiguo conocido, si bien con el respeto que exigia la estraordinaria variacion, que se habia obrado en su suerte. El escudero no olvidó que la pupila del doctor Pimentel se habia convertido en la hija de la infanta doña María Teresa; en la sobrina del rey don Cárlos.

—Siempre soy el mismo, señora, la dijo con efusion, y sabeis que mi vida está á vuestras órdenes y á las de don Fernando. Bien aseguraba yo que al fin de la jornada habiais de ser su esposa, porque cuando está de Dios....

Doña Isabel se ruborizó al recordar que el escudero habia sido fiel depositario de sus amores, y le interrumpió diciendo:

—Me amenaza un gran peligro.

—Aquí estamos; disponed de nosotros, repitieron á un tiempo los dos amigos.

—Escuchad, prosiguió la sobrina del rey. Mañana al anochecer me vereis entrar en la iglesia de *Santo Domingo*, porque debo acudir á una cita de un hombre infame.

—¿Y por qué no os negais á ella? se atrevió á observar Zapata.

—Leed, murmuró la esposa de don Fernando, mostrándoles un papel.

Gonzalo leyó lo que sigue:

«Pasado mañana al anochecer os espero en la iglesia de *Santo Domingo el Real*. Acudid á esta cita, si no quereis que don Fernando muera. Silencio, ó quedareis deshonrada para siempre.»

—¡Ira de Dios! esclamó en seguida. El desalmado que ha escrito eso, sea quien fuere, debe morir.

—No exijo tanto de vosotros, repuso doña Isabel. Solo se trata de que mañana espieis mis pasos, cuando me veais entrar en la iglesia de *Santo Domingo*. En ella hablaré con un religioso, con el hombre que me persigue.....

—¡Y os persigue un religioso! murmuró Zapata.

—Sí; un Padre jesuita..... mi confesor.

—Cuando digo yo que el hábito no hace el monge..... Pero ahora que me acuerdo, anoche fueron presos todos los hijos de San Ignacio, que se hallaban en Madrid.

—Segura estoy de que no habrá alcanzado al Padre Leon de la Alameda la medida general, adoptada por el rey contra sus hermanos, porque estaba enterado de ella. Sí; se oculta indudablemente de la justicia que le persigue, anhelando llevar adelante sus pérfidas maquinaciones contra mí. Ayer he conocido hasta dónde pueden llegar su audacia y su depravacion.

—Pues yo os juro que la partida le saldrá al revés. ¿No es verdad, Gonzalo?

—Le prenderemos, respondió este último, para que disponga de su persona el conde de Aranda.

—No, no, replicó doña Isabel asustada, porque eso meterá mucho ruido y el rey se empeña en que no haya escándalos en la corte. Observareis al Padre Alameda desde lejos, no bien salga de la iglesia, y le seguireis cuando se separe de mí.

—¿Nada mas?

—Nada mas, Gonzalo; pero recompensaré ese servicio, como muy importante para mi sosiego.

—¿Qué mayor recompensa que la de ejecutar fielmente vuestras órdenes?

—Bien; eso correrá de mi cuenta. Quedamos en que no os

acercareis al Padre Leon, contentándoos con averiguar el sitio en que se oculta. Lo demás me toca á mí. Y ahora acompañadme hasta la bajada del convento de *San Martin*, donde me espera mi coche.

Doña Isabel salió de la casa, y se dirigió por la esquina del *Postigo* hácia la plazuela de las *Descalzas*, escoltada por el escudero y por Rodrigo, que la seguian silenciosamente. Al llegar al sitio en que, como habia anunciado, la aguardaba su coche, puso en las manos de Gonzalo un bolsillo lleno de monedas de oro, diciéndole en voz baja:

—Para los dos.

Y antes que el escudero pudiese discurrir la fórmula elocuente, con que se proponia espresarle su gratitud, entró en el carruage que partió al punto, por la calle del *Arenal* hácia el alcázar, con la celeridad del rayo.

Los dos amigos se retiraron de nuevo á su escondite de la calle de la *Sarten*, dando un millon de gracias á la Providencia, por la felicidad que les habia deparado. Esto consistia en que sus recursos estaban á punto de agotarse; de modo que el bolsillo de doña Isabel no pudo haber llegado mas á tiempo.

Al anochecer del dia siguiente se hallaban instalados en el ángulo saliente, que formaba uno de los lienzos de cierto caseron antiquísimo, situado en la acera opuesta al convento de *Santo Domingo*. Desde allí podian registrar á sus anchuras toda la plazuela, sin que nadie reparase en ellos. Desde luego les llamó la atencion el coche con seis caballos, que estacionaba cerca de la iglesia; y cuando despues de mucho esperar vieron á doña Isabel entrar en el templo, y bajar hácia el mismo por la parte de la izquierda á dos embozados, y encaminarse uno de ellos al convento y el otro al coche, Gonzalo meneó la cabeza y dijo á Zapata misteriosamente:

—Aquí hay algo mas que cita, compadre.

—Eso me parece, contestó el ex-familiar. Me está oliendo á rapto, que trasciende.

—Y tanto como así lo creo, insistió el *rezador*. Te aseguro tambien que el hombre que ahora habla con el zagal del coche, por mas embozado que esté, es un antiguo conocimiento mio ó el diablo en su misma figura. Le he conocido en su aire y en su andar.

—¡Oh! Pues algo tenemos adelantado y puedes conjeturar, que sin ir mas lejos.....

—Conjeturo para doña Isabel alguna trama diabólica.... ¡Demonio!.... ¡Pues y el zagal! No hay duda..... y eso que está disfrazado de modo que no le husmearia la madre que le parió.

—¿Con que tambien le conoces?

—Sí.... sí.... ¡pobre doña Isabel! Está metida entre lobos. Mira, Rodrigo; el embozado se llama Paco Ranera y el zagal Pedrillo, ó yo no tengo ojos en la cara.

—¿Y qué sacamos con sus nombres?

—Sacamos que son ó eran, no ha mucho, dos *Mendigos* de primera fila.

—Es que.... amigo Gonzalo, respecto á *Mendigos*, segun y conforme.

—Pues ya..... en el segun y conforme está el busilis.

—¿Con que pertenecen á la barriada del *Barranco*?

—Son de los que mas parte tomaron en el motin contra el ministro Esquilache, y de los que mas parte se proponen siempre tomar en cualquiera bribonada que se les ofrezca. Se me figura que tenemos hoy doble trabajo, si hemos de servir á doña Isabel como corresponde.

—No acierto á comprender.....

—Sus órdenes se limitan á que observemos y sigamos al Padre jesuita, que sin duda es el otro embozado que se ha metido en la iglesia.

—Cierto.

—Pues no basta. Es preciso que yo siga las huellas del perseguidor de doña Isabel, y que tú no pierdas de vista á estos dos pajarracos, supuesto que no te conocen.

—Está muy puesto en razon lo que acabas de decir; pero se me ha metido en la mollera un vivísimo deseo de dirigirte cierta pregunta.

—Ya tardas, amigo Zapata.

—¿Para qué está ahí ese coche?

—En efecto..... tu curiosidad tambien está en su lugar y la misma tengo yo desde que estamos aquí. ¿Qué objeto pretenden con ese coche? Y no es esto todo. ¿Por qué se disfrazan Paco Ranera y Pedrillo? ¿Por qué Pedrillo es, ó parece ser el zagal del coche? Bien dijiste antes, Rodrigo. Aquí hay rapto de dama, y la dama robada no puede ser otra que doña Isabel.

—Luego debemos evitarlo.

—Discurriendo estoy el cómo.

—Déjame obrar, Gonzalo.

—¿Qué vas á hacer?

—Espérame aquí, mientras rezo una estacion en *Santo Domingo*.

Y deslizándose con disimulo del ángulo saliente del caseron, atravesó Zapata como una sombra el espacio que mediaba entre las dos aceras de la cuesta, y fué á situarse, sin ser observado por los dos bandidos, en la trasera del coche. Poco tuvo que permanecer en ella para enterarse de lo que deseaba, porque al acomodarse en su puesto, oyó que uno de aquellos dos hombres decia al otro:

—Saldremos por la puerta de *Fuencarral*, que es el camino de Francia; despues nos echamos á la izquierda para tomar la ruta de Valladolid y mañana descansamos en nuestras guaridas del *Guadarrama*.

Rodrigo no necesitaba saber mas, y sin embargo anhelaba que llegase hasta él la contestacion del otro bandido. La suerte estaba decididamente de su parte, porque no tardó Pedrillo en responder á Paco:

—Así mataremos dos pájaros de un tiro, soplando á ese pobrete la bolsa y la querida.

Al punto abandonó la trasera y voló al encuentro de Gonzalo.

—¿Qué hay? le preguntó éste.

—Pronto..... pronto..... esclamó Zapata. Estoy enterado de su plan y nada podemos hacer aquí en favor de doña Isabel.

—¿Y á dónde hemos de acudir?

—A la puerta de *San Vicente*.

—¡Ah! ¿Es esa la direccion del coche?

Rodrigo puso en noticia de su compañero lo que acababa de oir, y el *rezador* murmuró al punto con pesadumbre:

—Nos encontramos casi sin armas para luchar brazo á brazo con esos forajidos.

—Pero dispone de ellas el conde de Aranda, replicó vivamente el ex-familiar.

—¡Idea feliz! Vamos á buscarle.

Y los dos amigos abandonaron precipitadamente el campo de sus observaciones, al mismo tiempo que doña Isabel salia de la iglesia.

Detrás de ella salió tambien el padre Leon en ademan descompuesto y como desesperado: detúvola por el brazo con violencia, y clavando en su bellísimo rostro, encendido por la indignacion y la vergüenza, una mirada ardiente y decisiva, la dijo con terrible acento:

—¿Consientes en ser mia?

—No..... jamás..... sois un malvado..... soltadme..... gritó doña Isabel, pugnando para desasirse del jesuita.

—Que te suelte, murmuró éste estrechándola en sus brazos; ya es tarde..... mia..... mia.....

Hablando así, hizo una seña á Paco Ranera, que se habia acercado á él seguido de Pedrillo, y apoderándose estos dos de la infeliz y desamparada esposa de don Fernando, la metieron en el carruaje á viva fuerza. Cuando el Padre Leon, que habia entrado ya en él, la recibió en sus brazos con frenética alegría, observó que habia perdido el conocimiento.

Paco y Pedrillo subieron al pescante. Momentos despues rodaba

el coche rápidamente cuesta arriba, entraba en la calle de *Silva* se dirigia por la de la *Luna* y la del *Desengaño* á tomar la de *Fuencarral* y llegaba á la puerta de este nombre sin el menor tropiezo.

Una vez fuera de Madrid, procuró el Padre Leon con solícito esmero hacer que su cautiva recobrase los sentidos. El fresco de la noche, que se hacia sentir con demasiado rigor, disipó su entorpecimiento, y cuando abrió los ojos y se encontró á merced del jesuita, no pudo menos que estremecerse, al considerar que solo á Dios era dado sustraerla de la vergonzosa suerte que la amenazaba.

El Padre Leon la contempló algunos instantes en silencio, pero al fin la dijo amorosamente:

—Perdóname, hermosa mia, la violencia á que tu injusto desden me ha obligado y premia desde hoy mi inestinguible pasion con la tuya. Ya no puede deshacerse lo hecho y la fortuna me favorece, haciéndome dueño absoluto de tus encantos. ¿Por qué no has de amarme como yo te amo?

—Porque estoy resuelta á morir, antes que á faltar á mis deberes, contestó con dignidad doña Isabel. ¿Olvidais quién soy?

—Si lo olvidase, repuso el ex-confesor, no te tendria á mi lado esta noche para repetirte que te adoro, y que ningun poder del mundo podrá arrancarte del mio. Eres una muger encantadora, una Sirena que me embriaga y me enloquece, una.....

—Callad y respetadme: soy la sobrina del rey.

—¡Ah! Sí, por cierto, mi hija predilecta de confesion, la misma que yo destinaba para que me proporcionase en sus brazos un Paraiso de placeres. La suerte está echada, y no debes luchar contra el destino que nos une. Dime pues que estás pronta á ser mia, que te entregas de buen grado á los ardientes transportes de mi amor, que este amor impetuoso, volcánico, te hará dichosa.....

—Nunca..... nunca..... apartaos..... os aborrezco..... sois un mónstruo de perfidia.

—¡Me insultas!.... ¡No recuerdas que estás aquí, esclava de mi voluntad y de mis deseos, en medio de un camino, sin amparo, sin mas proteccion que la mia!.... ¡La sobrina del rey!.... ¿Ignoras que voy á vengarme de ese rey que me ha proscrito, haciéndote mi manceba? Llama, llama al monarca de Castilla para que acuda á tu socorro; llama á tu noble y esclarecido esposo don Fernando de Montemar, á fin de que te dispute á mis caricias. Tú volverás á verlos, sí; la sobrina del rey volverá á la corte; pero volverá deshonrada, envilecida, despues que satisfechos, hastiados mi corazon y mis sentidos, la rechace de mí y la envie á los suyos. ¿Conoces tu propia historia? Tu madre, la muy ilustre infanta doña María Teresa, fué condenada á muerte secreta por Felipe V..... ¿Por qué?...

—¡Oh! Por misericordia, esclamó doña Isabel deshecha en llanto, no os acordeis de mi pobre madre.

—Bien; no me acordaré de ella; pero tuvo un amante y tú vas á tener otro. Eres fruto de un amor criminal. ¿Qué podrá echarte en cara?

—Morir primero, morir mil veces. ¿No teneis un puñal para atravesarme el corazon?

—Tengo mil besos para tu boca y dos brazos vigorosos para ceñir tu talle. Ven, ven, hermosa mia, que el ruido del viento nos arrulle, que el amor confunda nuestras almas y que el Universo desaparezca para nosotros.

Y el Padre Leon estrechó fuertemente á doña Isabel, que estremeciéndose de espanto, lanzó un grito lastimero.

Al punto se detuvo el coche y abriéndose la portezuela, asomó hácia la parte interior la cabeza de Pedrillo.

—¿Qué sucede aquí? preguntó al mismo tiempo con socarronería. ¿No se avienen los amantes, ó habrá gazmoñerías?

—Sacadme de aquí, quien quiera que seais, esclamó con desesperacion la esposa de don Fernando. Este hombre es un malvado, que intenta cometer el mas negro de todos los crímenes.

—¿Esas tenemos? repuso el bandido fingiéndose amostazado. ¿Con que no hay mas que apoderarse por fuerza de una hermosa

dama, meterla en un coche y sin miedo á Dios ni al diablo, pretender violentarla en medio de un camino real? ¿Qué se dirá de los malhechores de las montañas?

—Ea, mozo, contestó el jesuita con arrogancia, métete en tus propios negocios y no me estorbes.

—Es que..... este es negocio mio y os estorbaré.

—¿Tuyo?.... Tu obligacion es guiar el carruaje; cierra y vete.

—Mi obligacion es hacer que haya paz y concordia entre los viajeros, y pues esta noble dama quiere salirse del coche, porque la estrechais demasiado, claro está que quien ha de dormir esta noche á campo raso sois vos.

—Bribon ¿qué significa eso?

—Que os echeis al camino sin mas dimes ni diretes.

—Llama al mayoral, á Melchor, porque nada tengo que ver contigo ni te conozco.

—¡Bah! eso no importa: aquí hago y deshago lo mismo que Melchor.

—Llámale te digo.

—¿Y si no quiero?

—Le llamaré yo.

—En buen hora; mas para hacerlo, teneis que salir del coche porque desde donde estais no podrá oiros por el ruido infernal del viento.

—¿Cómo has oido tú el grito de esta mueger?

—¡Ah! Teneis razon, pero es cosa muy diferente; yo estaba alerta.

—¡Estabas alerta! ¿Por qué motivo?

—Porque me interesaba saber lo que pretendiais de esta dama.

—¡Y qué!

—Y habia jurado que no seria vuestra.

—¡Tú!

—Yo, yo mismo. ¿Tiene algo de estraño?

—¡Cómo! ¿Serias mi rival?

—Tal vez; de menos nos hizo Dios.

Doña Isabel se cubrió el rostro con las manos y su aflijido pecho despidió sollozos de amargura y de vergüenza. Se consideraba perdida entre aquellos dos hombres, dispuestos á disputarse la posesion de su persona, y pedia al cielo que la amparase en tan horrible desventura.

En cuanto al Padre Leon, su propia seguridad, amenazada al parecer por Pedrillo, le aconsejaba no permanecer en el coche. Echóse pues fuera de él, con ánimo de dirigirse hácia el pescante, en el cual aparentaba dormir Paco Ranera; pero el fingido zagal le detuvo diciendo:

—No despertemos al mayoral por una bagatela, porque tiene muy malas pulgas. Aquí se ha de ventilar nuestro negocio.

—Al contrario, repuso el jesuita; he tratado con él y exijo que se cumpla su palabra.

—Estoy yo por medio, repuso el bandido, y no hay palabra ni raton muerto. Veamos ahora. ¿Me cedeis esa muger?

—¡Cedértela, miserable! ¿La conoces por ventura?

—Sé que es muy bella, que estoy loco por sus encantos y que será mia esta noche.

—Antes morirás á mis manos.

—¿Teneis armas?

—No te importa.

—Bien: como gusteis. Ved las mias; una pistola, que siempre da en el blanco y un puñal como pocos.

—¿Intentas asesinarme?

—La defensa es natural. Habeis dicho que voy á morir á vuestras manos.

—Desiste de tus pretensiones á esa muger.

—Acabais de proponerme un desatino. Esa muger estará conmigo muy pronto en el *Guadarrama*; será mi manceba, y cuando no la necesite, porque tenga otra mejor, se la enviaré al señor don Fernando de Montemar.

—¿Sabes lo que se me figura, zagal? Que estás loco. Hablas del *Guadarrama* y estamos precisamente en direccion opuesta á ese monte.

—Lo que yo imagino es que ni soy zagal, ni estamos en el camino de Francia, como vos creeis. Hemos salido de Madrid por la puerta de *Fuencarral* pero hace rato que seguimos la ruta de Valladolid.

—¡Ah! ¡Me habeis engañado villanamente! ¡Melchor!..... ¡Melchor!.....

—Dejadle, dejadle..... está soñando con el oro que llevais encima.

—¡Con mi oro tambien!..... ¿Quién eres tú?

—Muy servidor vuestro. Por ahí me llaman Pedrillo, pertenezco á la noble cuadrilla de ladrones del *Guadarrama*, y por un bolsillo bien repleto y unos lábios de rosa como los de vuestra compañera de viaje, soy capaz de cualquiera fechoría.

—Ni conseguirás mi bolsillo, ni profanarás con tu inmunda boca los labios de esa muger, gritó el jesuita corriendo hácia el pescante. Si Melchor tambien me hace traicion, yo mismo guiaré la marcha del coche.

Pero el puñal de Pedrillo no le dió tiempo para cumplir su propósito, porque le alcanzó á los cuatro pasos, introduciéndosele su punta por la espalda.

Cayó el Padre Alameda sin proferir un quejido, y casi al mismo tiempo se arrojó del pescante Paco Ranera.

—Bien muerto está, dijo á Pedrillo, despues de volver y revolver hácia todos lados al ex-confesor. Eres un zagal de provecho; pero ya nada tenemos que hacer aquí. Registra á su Reverencia y prosigamos nuestro camino.

Pedrillo se apoderó de dos bolsillos repletos de oro, que llevaba el Padre Leon, cerró la portezuela del coche y este partió á escape.

Doña Isabel comprendió, al verse libre de la odiosa presencia del jesuita, que acababa de suceder en el camino alguna cosa horrible.

# CAPÍTULO XXVII.

En el que se ve que la justicia de Dios nunca deja impunes los delitos.

A Gonzalo y á Rodrigo Perez Zapata los hemos dejado cuando se dirigian con toda premura á buscar al presidente del Consejo. El conde de Aranda se convenció de que la seguridad de doña Isabel no era asunto de posponerse á una consulta con S. M., lo cual haria perder mucho tiempo, y mandó llamar á don Fernando, á quien enteró de lo que ocurria, poniendo al mismo tiempo á su disposicion una fuerza de caballería. El escudero y el ex-familiar, que no podian menos de ser de la espedicion, como los únicos capaces de guiarla, se acomodaron en las grupas de dos caballos de la tropa, y ésta no tardó en encaminarse con velocidad hácia la puerta de *San Vicente*. Corrieron los ginetes hasta mucho mas allá del sitio que hoy ocupa la de *Hierro*, y tomaron lenguas en un ventorrillo, para obrar con arreglo á las noticias que adquiriesen.

Don Fernando supo que el coche acababa de pasar y no se detuvo; dióle alcance en una carrera decisiva, y á las voces de *alto*, repetidas por el escudero y por Zapata, sujetó Paco Ranera los caballos. El carruaje se paró, como si una mano de hierro lo hubiese enclavado en el camino, y al punto se echaron sobre él sus perseguidores.

—¡Infames!.... ¡Ladrones! gritó Montemar saltando á tierra y desenvainando la espada. El primero que se mueva, es muerto..... aquí, mayoral.

Nadie le obedeció; ninguna respuesta obtuvieron sus palabras.

—Cercad el coche, dijo á los suyos; que no escape alma viviente.

Y dirigiéndose á una de las portezuelas, la abrió murmurando con ansiedad:

—¡Isabel!....

El mismo silencio; la misma inmovilidad.

Desesperado, aturdido, con el presentimiento de una inmensa desdicha, se precipitó dentro del carruaje.

El carruaje estaba vacío.

Paco Ranera y Pedrillo no se habian descuidado. En una de las revueltas de la ruta tuvieron por conveniente pararse, á fin de ajustar cuentas y echar suertes sobre la posesion de doña Isabel, antes de reunirse á la cuadrilla del *Guadarrama*; mas no les dió tiempo para esta operacion un ruido que llegó hasta ellos, semejante al que produce un cuerpo de caballería corriendo á brida suelta. Al punto conocieron que eran perseguidos activamente, y el coche rodó de nuevo con velocidad por el camino. Pero la distancia entre los que huian y los que les daban alcance íbase disminuyendo sensiblemente, y Paco apeló al último recurso.

—Saca del coche á esa muger, dijo á su compañero; y piérdete con ella por el primer atajo del monte. Entre tanto seguiré corriendo algun espacio, hasta que el enemigo esté próximo.

—¿Y luego? preguntó Pedrillo.

—Les dejaré el carruaje, salvándome por otro atajo; aquí hay muchos por fortuna.

Así lo hicieron: el coche se detuvo otra vez; Pedrillo sacó á doña Isabel desmayada en sus brazos y huyó con ella hácia un recodo. Paco azuzó á los caballos y corrió gran trecho; cuando las voces de *alto* le hicieron comprender que el peligro arreciaba, tiró con fuerza de las bridas y saltó del pescante. Poco despues trepaba por la falda del monte, cuyas sinuosidades conocia perfectamente, dirigiéndose hácia el punto en que debia hallarse Pedrillo con la dama.

Ésta habia recobrado los sentidos y no sabia darse cuenta de lo que acababa de suceder. Seguia maquinalmente á su conductor, quien la amenazaba con su pistola en caso de resistencia á sus mandatos, y solo cuando se les incorporó el ex-tabernero del *Raposo*, supo que don Fernando acudia en su auxilio.

—Por Dios crucificado y por su Santísima Madre, esclamó llena de angustia, entregadme á los que vienen siguiéndome. Yo os empeño mi palabra de que no tendreis nada que temer.

—¡Bah! Eso está muy bien dicho, princesa mia, pero yo no me mamo el dedo. La tropa del rey nos mira de reojo y hace con los bandidos del *Guadarrama* malas migas.

—¡Bandidos! ¡Bandidos del *Guadarrama*! murmuró con terror doña Isabel.

—Eso somos, perla, repuso cínicamente Paco.

—¡Dios mio!.... ¡Qué va á ser de mí!

—Lo que ha sido de otras muchas.

—¡Qué horror!.... ¡Ah!.... Habeis hablado de la tropa del rey..... no comprendo.....

—Pues bien claro está; la tropa del rey nos ha seguido la pista, pero allá abajo se queda con un palmo de narices.

—¿No dijisteis que don Fernando de Montemar.....

—Vuestro noble esposo, querida, manda esa fuerza de ginetes que el diablo confunda. Hé aquí que por su causa teneis que pasar una mala noche, trepando por estas malditas asperezas y quebraduras.

—Tened compasion de una infeliz, que nunca os ha ofendido;

procuradme los medios necesarios para que vuelva á la corte y....

—¿Y qué? preguntó Pedrillo.

—Os daré cuanto me pidais.

—Acepto: te pido tu amor, hermosa.

—Poco á poco, que yo tambien estoy aquí y tengo mi alma en mi cuerpo, dijo Ranera. Esta dama ofrece darnos lo que se pida, si consentimos en que se vaya libre. ¿No es eso?

—Sí..... sí.....

—Pues bien; mi generosidad os tasa en veinte mil ducados.

—Contad con ellos.

—¿De qué modo?

—Que uno de vosotros me acompañe hasta Madrid; no bien lleguemos al Real alcázar, se los entregaré.

—Ese proyecto presenta graves inconvenientes, murmuró Paco.

—Ninguno, si os fiais en mi palabra.

—Ahí está el intríngulis.....

—Debemos fiarnos, observó Pedrillo, y por mi parte estoy dispuesto á ir con esta dama hasta el fin del mundo.

—¿Y no temes?....

—Nada: yo me las compondré á las mil maravillas. O volverá conmigo, ó la dejaré sana y salva, despues de recibir los veinte mil ducados.

—Negocio corriente, prenda mia; si cumplís lo ofrecido, nada tendreis que temer de nosotros y desde este instante os miramos ya como cosa sagrada. Tal es nuestra costumbre, y nunca faltamos á ella. Lo que ahora importa es saber si habrá tropiezo en el camino.

—Sigamos por las quebradas del monte, repuso Pedrillo; nuestros perseguidores no abandonarán el campo hasta que raye el dia y aun nos darán caza, registrando todos los vericuetos, de modo que les dejaremos hacer y bajaremos al camino cuando nos crean en lo mas empinado de la sierra. Así no hay peligro.

—Adelante, dijo Ranera.

Y echaron á andar por el primer sendero, no sin que doña Isa-

bel se viese obligada á aceptar, aunque con repugnancia, la mano de Pedrillo, para no despeñarse por el monte. Cuando el sol esparcia sus primeros rayos, dorando las imponentes crestas del *Guadarrama*, se detuvo Ranera, señalando á lo lejos la puerta de *Segovia*, que apenas se distinguia, dijo á Pedrillo:

—Aquí te aguardo; procura salir con tu empresa.

Pedrillo y doña Isabel se separaron del ex-tabernero y prosiguieron su camino. Cuando entraban por la puerta de *Segovia*, dijo la dama á su acompañante:

—Has cumplido tu promesa: veinte mil ducados te debo y ademas una buena gratificacion para tí, buen hombre.

El bandido no respondió, contentándose con dirigir á doña Isabel una mirada, en que ella pudo leer claramente toda la violencia del deseo. Despues estendió el brazo hácia la derecha y mostró á su compañera una casita destartalada como hácia el promedio de la calle.

—¿Qué pretendeis indicarme? le preguntó doña Isabel.

—Que ahí debeis esperar mi vuelta del alcázar, murmuró Pedrillo.

—¡Cómo! ¿Es eso por ventura lo convenido?

—Lo convenido es que recobreis vuestra libertad, despues que yo reciba los veinte mil ducados. Ahora bien; yo no puedo llegarme al alcázar, porque seria muy fácil que me prendiesen y ahorcasen contra vuestra voluntad; por lo mismo he dispuesto la cosa de modo que los dos quedemos en paz; vos entre los vuestros, y yo sin obstáculos que me impidan alejarme de la corte.

—¿Y qué medio habeis discurrido?

—Entrad en esa casa y lo sabreis.

—Pero..... es imposible..... quiero dirigirme sin tardanza á palacio.

—Señora..... os digo que entreis en esa casa, porque así importa.

—¡Ah! Ya no estamos en el camino del *Guadarrama*; daré voces, si no me dejais libre, y acudirán á mi socorro.

—Por vuestro bien os aseguro, señora, que no dareis mas que un grito, porque mi puñal se clavará en vuestra garganta antes que exhaleis el segundo.

Doña Isabel miró á Pedrillo y tembló de piés á cabeza, pues no pudo dudar de que su vida estaba á merced de aquel hombre. Resignóse con su suerte y entró en el zaguan de la casucha.

Componíase esta de un piso bajo dividido en dos habitaciones desaseadas y oscuras, y de un alto con otras dos, una de las cuales podia servir, en caso apurado, de sala de recibo, así como la otra servia realmente de dormitorio. A ellas conducia una escalera estrecha, por la que bajaba una muger ya muy entrada en años, á tiempo que Pedrillo abria la puerta que daba paso á la cocina.

—¿Quién anda por ahí? preguntó la vieja con voz cascajosa y carrasperienta.

—Gente que vale oro, doña bruja, respondió el bandido, haciendo entrar á doña Isabel. Aquí os traigo una dama que es un Potosí, y á la que guardareis como alma de mi alma hasta que vuelva. ¿Estamos?

—¡Calle, señor galan! ¿Con que os habeis enamoricado?

—Se supone; observad ese palmito.

—A ver.... á ver, refunfuñó la vieja acercándose á la dama.

Pero apenas la hubo examinado á su sabor, cuando dió un respingo hácia atrás, esclamando:

—¡Misericordia!.... Es ella.... ¡Oh!.... ¿Qué dia!.... ¡Qué dia tan feliz para mi venganza y para mi....

—¿Qué hablais de venganza, tizon del infierno? la interrumpió Pedrillo.

—Nada, nada, racimo de horca, le contestó la bruja: yo me entiendo y Dios me entiende.

—Mejor dirias Lucifer.

—Pues bien, perro sarnoso; Lucifer..... sea como quieras. Y dime ¿de dónde me traes tan buena alhaja?

—No estoy para referir historias, porque el tiempo urge. Señora, añadió el bandido, dirigiéndose á doña Isabel, no ignorais

que tengo que cumplir con Paco Ranera: es el gefe de los *Hermanos de la Montaña*, como lo fué de los *Mendigos*. Habeis ofrecido veinte mil ducados por vuestra libertad; dadme un papel para que los entreguen en el alcázar á la persona que yo envie.

—Dispuesta estoy á que se cumpla lo pactado, murmuró doña Isabel, que temblaba como la hoja en el árbol.

—Espanta-pájaros, gritó Pedrillo á la vieja, ya lo habeis oido: venga papel y tintero.

—Subamos, subamos, respondió la interpelada sonriéndose de un modo infernal; arriba están los avíos de escribir.

Nuestros tres personages treparon por la angosta escalera y se vieron en la que hemos designado como sala de recibo. Una cómoda antigua, varias sillas viejas de paja, algunas estampas iluminadas groseramente y sujetas á las paredes con tachuelas, y una mesa de castaño completaban el ajuar. Sobre la mesa habia un tintero de peltre, papel y plumas: Pedrillo hizo una seña á doña Isabel, ésta se sentó y escribió lo siguiente:

«Madre muy amada y señora mia: si deseais verme libre de un gran peligro, de un peligro de muerte, entregad con todo secreto al hombre que ponga en vuestras manos estas letras la suma de veinte mil ducados.»

«Vuestra cariñosa hija, que anhela abrazaros,

DOÑA ISABEL DE B.»

—¿Estais satisfecho? dijo al bandido estregándole la carta.

Leyóla éste despacio y despues de menear dos ó tres veces la cabeza, repuso con calma:

—Añadid que morireis hoy mismo, si al mensagero se le hace algun desman.

La noble esposa de don Fernando obedeció sin vacilar: en seguida dobló el papel y lo alargó á Pedrillo; ya no temblaba su mano.

El bandido la contempló en silencio..... sus ojos la devoraban y parecia como que no acertaba á separarse de allí. Hizo por último un esfuerzo y salió, dirigiéndose con resolucion al alcázar,

cuyas puertas se le franquearon desde el momento en que el gefe de la guardia supo que era portador de un mensage de la sobrina del rey para la infanta doña María Teresa.

Una hora despues volvia hácia la casucha de la calle de *Segovia* con los veinte mil ducados, y resuelto á hacer pagar á doña Isabel el rescate de su hermosura, obligándola á que accediese á sus brutales deseos, cuando se le acercó un hombre miserablemente ataviado y le dijo en voz baja:

—Se me figura, Pedrillo, que se nubla el sol.

Detúvose el bandido asombrado, echó mano al puñal y examinó á aquel hombre, que se atravesaba en su camino.

—¡Ah! esclamó de pronto. ¿Cómo es que te encuentro aquí, Vizco?

—¡Bah! Porque no estoy en otra parte, por ejemplo en el *Guadarrama*, respondió el nuevo personage, de quien sin duda no se han olvidado nuestros lectores.

—Eso no me saca de dudas, insistió Pedrillo, arrojando un voto redondo. Te pregunto por qué has abandonado el *Guadarrama*.

—Ahora sí que te entiendo y no antes. ¿Quieres saberlo? Pues oye. Apenas te separaste de Paco Ranera al pié de la montaña, cuando tropecé con él, porque el deseo de desbalijar á algun viandante descuidado me atraia hácia el camino real. Mi presencia hubo de atizar en su alma el mal encubierto fuego de la desconfianza diabólica, que siempre le domina, porque me dijo:—Corre, Vizco de mi alma, y sigue con cautela los pasos de Pedrillo, que acaba de separarse de mí con una dama; esa dama vale para nosotros veinte mil ducados y es necesario que Pedrillo no los pierda por distraccion ó por necedad.

—Es decir que tú.....

—Yo..... he cumplido sus órdenes.

—De modo que has venido á espiarme.

—Debemos obediencia al gefe de los *Hermanos de la Montaña*.

—Bien; marchemos..... la dama está cerca de aquí: necesito

hablar á solas con ella y despues.... ¡Oh!... despues.... veremos.

—Parece que la tal dama es bellísima.

—¿De dónde lo sacas?

—¡Bah! Lo supongo. ¿No es la noble esposa de don Fernando de Montemar?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nuestra bruja.

—¿Tambien has visto á esa maldecida vieja?

—Quiera Dios que no te haya jugado alguna buena partida.

—Esplícate.

—Te he seguido de cerca desde la ladera del monte y he entrado antes que tú por la puerta de *Segovia*, porque el paso de la dama no era muy ligero que digamos y tenias que acomodarte á él. Has entrado en la pocilga de la bruja con la hermosa viajera, y poco despues has salido solo: cuando ya me disponia á no perderte de vista, he observado que la vieja se asomaba al balconcillo y entonces la he preguntado:—¿A dónde va?—Pronto estará de vuelta, me ha respondido; aquí está depositada su querida.

—¡Lengua de basilisco! Se la he de quemar.

—Pedrillo, no te enfades y escucha. En vista de lo que ocurria, no te he seguido; te he esperado por estos andurriales.

—Bueno: pero ¿por qué supones que la vieja me haga traicion?

—Porque acabo de encontrarla junto á la calle de la *Morería*, platicando con el mas afamado maton de esta barriada. Por cierto que no debia hallarse en ella.

—¿Y qué?

—El maton y la bruja se han dirigido á la pocilga.

—¡Rayos y centellas!.... ¡Qué escucho! Corramos, Vizco, corramos: ese demonio disfrazado de muger es capaz de todo.

Pocos minutos despues llegaban los dos amigos á la casucha. Pedrillo empujó la puerta y entró, pero el Vizco permaneció en la calle. Al mismo tiempo cerraba la vieja la puerta del aposento en que habia quedado doña Isabel, y atravesándose, puestos

los brazos en jarras, en medio de la escalera, decia con ronco acento:

—Que vengan ahora, que vengan esos bribones á robarme por ella. Yo soy quien se la ha robado á ellos, para entregársela á un buen mozo por veinte reales. ¡Já! ¡Já! ¡Já! Esto se llama vengarse y hacer una de las mias, y.....

—Alto allá ó te deshago los huesos, gritó Pedrillo abalanzándose á la escalera ciego de furor. ¿En dónde está la dama que te he confiado?

—Búscala, búscala, estropajo de Satanás. ¿No oyes sus súplicas y sus lamentos? Atiende: se encuentra en los brazos de un mancebo, que vale mucho mas que tú; pero la pobrecilla se hace de rogar. Escucha..... escucha..... ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já!

—Víbora, escorpion, arpía, ahulló el bandido, que acababa de oir la voz de doña Isabel pidiendo socorro, abre esa puerta si no quieres morir.

—¿Que abra?.... repuso aquella infame muger. Pues no faltaba mas..... Esos dos amantes se divierten: déjales, déjales..... ahora viven, ahora gozan, mientras tú rabias como un condenado. ¿No me robasteis en otro tiempo tú y los tuyos por ella? Pues págala..... págala.

Pedrillo no quiso oir mas: agarró á la bruja y la precipitó de cabeza por los escalones. Acto contínuo empujó la puerta con rabia y blasfemando; mas viendo que resistia á sus esfuerzos llamó al Vizco, y la echaron por tierra entre los dos. Precisamente iba á abrirla en aquel mismo instante un fornido moceton de alma á la espalda, que salió al encuentro de los agresores puñal en mano. Pedrillo habia desnudado el suyo; pero al encararse con el que ya miraba como rival, retrocedió esclamando:

—¡Tú aquí, Atravesao! ¿Qué mala estrella te ha traido para que yo te mate? ¿Qué has hecho de la muger que estaba contigo?

—Mira, Pedrillo, no hay que chillar tan alto, porque pueden acudir corchetes y meternos á todos en sombra. En cuanto á la muger que dices, ahí está..... desmayada. (Y en efecto señaló há-

cia un rincon de la estancia, en el que se hallaba doña Isabel tendida en el suelo y sin sentido.) En cuanto á matarme, salgamos por la puerta de *Segovia* y veremos quien mata á quien.

—No.... no.... aquí mismo, repuso Pedrillo exasperado; esa muger es un tesoro para mí y nadie ha de tocarla. ¿Lo entiendes?

—¡Vaya si lo entiendo! Pero es que..... yo he comprado tu tesoro.

—¡Qué escucho!

—La pura verdad; por veinte reales.

—Mientes, desalmado.

—Pregunta..... pregunta á la tia Marta, si no ha ido á buscarme á la taberna de la *Morería*.

—¡Ah, tia Marta! Pronto ajustaremos cuentas.

—Es inútil, murmuró el Vizco; la has arrojado por la escalera, se ha deshecho el cráneo contra las losas del zaguan y ahora está relatando á Lucifer las rabietas que hizo pasar en este mundo al doctor Cornejo y á su respetable esposa doña Mencia.

—Dime, Atravesao, preguntó á éste Pedrillo, esa muger..... ¿ha sido tu..... ya me comprendes.....

—¿Mi manceba?

—Sí.

—¡Bah! Al verla, me pareció un sabrosísimo bocado y quise abrazarla; pero empezó á dar voces, y á gemir y á suplicar..... todo esto me heló la sangre en las venas, porque á mí me gusta jaleo, amor corriente y mas que nada buena voluntad.

—Camarada, vengan los cinco y olvida las malas razones que mi lengua ha pronunciado contra tí. Creia que..... en fin, este es asunto concluido y nosotros quedamos como siempre.

—Ya..... pero mis veinte reales.....

—Veinte, cuarenta, ciento..... mi bolsa es tuya, Atravesao.

—Magnífico..... no se me olvidará..... el capital y los intereses.

—Bien; socorramos ahora á esta dama y llevémosla fuera de aquí.

—Y nosotros tambien pongámonos pronto en salvo, no sea que.....

El Atravesao no pudo terminar la frase, porque los tres se vieron impensadamente cercados por una tropa de esbirros, que acababa de entrar en la casucha. Las voces de doña Isabel habian alarmado á los vecinos; uno de estos dió parte de la novedad á los corchetes de *Puerta-cerrada*, y como la pocilga de la tia Marta gozaba de una opinion detestable en el barrio, acudieron todos con el propósito firme de hacer en ella un escarmiento. Al entrar, dieron con el cadáver de la vieja, que como habia dicho el Atravesao tenia la cabeza destrozada, y tomando sus precauciones, lograron sorprender á los tres bandidos. Estos no pudieron oponer la menor resistencia, porque se vieron presos y maniatados, antes de prepararse para combatir, y fueron conducidos á la cárcel pública por media docena de corchetes bien armados, que desde luego les despojaron de sus pistolas y puñales.

El gefe de los esbirros permaneció con otros seis de estos en la casucha, tanto para levantar el cuerpo de la tia Marta, cuando llegasen el juez y el escribano, á quienes mandó avisar, como para proceder al inventario de los muebles y demas efectos de la propiedad de la difunta. Hallábase pues seriamente ocupado en la última faena, cuando observó con zozobra un bulto de muger, que se movia en el rincon mas distante del sitio en que él se hallaba.

—¡Eh!.... ¡Qué es eso?.... ¿No estamos seguros todavia? preguntó temblando.

Y viendo que el bulto era de muger, añadió con presteza:

—¡Hola!.... Parece que nuestros tres pájaros no se descuidaban; por lo visto atendian en grande á las necesidades del cuerpo. ¡Linda moza, por los cuernos de Belcebú! ¡Cuánto va á regocijarse la pillería de Madrid, cuando la vea azotada por mano del verdugo!

—¿Qué hablais de verdugo, miserable? díjole con desprecio y dignidad doña Isabel, que ya se habia incorporado. ¿Venís á ayudar á ese hombre infame, para que consiga sus intentos? Pues tened entendido los dos que moriré antes que sucumbir, y que despues de muerta seré terriblemente vengada.

—¡Qué demonios habla esta loca! esclamó el gefe de los esbirros. Vamos, perla; prepárate á seguirnos hasta la cárcel, ya que hácia ella van caminando tus compañeros.

—¡A la cárcel!.... ¡Pues qué!.... ¿No sois.....

—Un honradísimo alguacil para serviros, señora marquesa de los barrios bajos; ó si lo quereis mejor, el encargado del puesto de *Puerta-cerrada*, para perseguir bribones y bribonas como vos. Ea; andandito..... menos lágrimas, pocos pucheros, y á la cárcel, mona mia.

—¡La justicia en esta casa!.... ¡Qué felicidad, Dios mio! Ya estoy en salvo, respondió doña Isabel.

Y cayendo de rodillas, murmuró una oracion.

—Si lo dije..... gritó el alguacil: está rematada..... ¿Pues no da gracias á Dios, porque venimos á prenderla?.... Pero tate..... aquí hay gato por liebre y esos son arrumacos y añagazas para ganar tiempo.

—Callad y obedecedme, contestó la dama poniéndose en pié.

—¿Sí?.... ¿A mí con esas? Desaloja pronto esta pocilga, para entrar en la que te conviene, ó irás á la fuerza y á puntapiés.

—Obedecedme os digo, porque de lo contrario, os pesará toda vuestra vida. ¿Sabeis con quién estais hablando?

—Con una tunanta capaz de.....

—Silencio..... con la sobrina del rey.

—Con la..... con la..... ¡Ira de Dios!.... Vaya un nombre que acabas de pronunciar.

—El que me pertenece.

—A otro perro con ese hueso; la sobrina del rey nuestro Señor no merodea por estos andurriales, ni se acompaña de asesinos.

—¡Imbécil! Cuando unos bandidos desalmados roban á la sobrina del rey, y la llevan á un monte y luego la traen á la villa, para que apronte veinte mil ducados por su rescate.....

—¡Ah! Esta mañana he oido hablar algo de ese suceso. Se me figura que andaba en la broma un reverendo Padre jesuita.

—Ya ha dado cuenta á Dios de sus buenas ó malas obras.

—¡Diablo!.... Otra muerte.....

—Sí; á cargo de los bandidos del *Guadarrama*.

—¿En dónde se ha ejecutado?

—Lo sabrá quien debe saberlo.

—Es que yo represento aquí á la justicia.

—Vos servís al rey en vuestro oficio de alguacil. Acompañadme al alcázar.

—¿Y cómo he de saber si es cierto.....

—¿Que soy la sobrina del rey? Preguntádselo á mi esposo don Fernando de Montemar.

—Me ocurre una idea, que puede remediarlo todo.

—No estoy para escuchar sandeces. Seguidme.

—No..... no; poco á poco, y pronto saldremos de dudas. Si sois la que asegurais, me haré matar por vos, y no habrá perro mas fiel ni mas sumiso á vuestros mandatos. Si eres otra cosa distinta, ya puedes encomendarte al diablo, porque hoy mismo saldrás emplumada á la vergüenza por todas las calles de Madrid. Ahora bien; en la misma direccion se encuentran la casa del señor conde de Aranda, la cárcel de corte y el real palacio. Entraremos en la primera, y así sabré á qué atenerme, porque el presidente del Consejo de Castilla debe conocer á la sobrina del rey.

—Acepto. Eso tambien hará que el mismo conde de Aranda me conduzca á los brazos de mi querida madre.

Todo sucedió como doña Isabel lo habia pensado. La infanta doña María creyó morir de júbilo con la presencia de su hija, y el presidente del Consejo tuvo la satisfaccion de ser testigo de una escena de lágrimas y esclamaciones, arrancadas á dos corazones por el sentimiento de su comun felicidad.

—Grande fué asimismo el contento de don Fernando, cuando al volver de su inútil espedicion al camino del *Guadarrama*, tuvo la dicha de estrechar en sus brazos á su perdida esposa.

Rodriguez Zapata y el antiguo escudero del doctor Pimentel no fueron olvidados en la distribucion de mercedes que con tan plausible motivo otorgó el rey don Cárlos á los fieles servidores de su

familia. Ambos obtuvieron destinos en la casa Real, y aunque el marqués de Grimaldi hizo algunas observaciones acerca de sus pasadas fechorías, el monarca cerró los ojos sobre ellas, dando á entender á su primer ministro, que aquellos dos redomados bribones harian pronto, en favor de la vindicta pública, lo que seria imposible pretender de todos los corchetes del mundo.

Aquella misma noche fueron llamados Gonzalo y el ex-familiar por el conde de Aranda, y éste les previno de parte del rey que buscasen alguna traza que les hiciese dueños de la persona del bandido Melchor. Como nuestros amigos ya sabian á qué atenerse, en cuanto á este nombre, por las revelaciones de los tres antiguos *Mendigos* presos, al punto tropezaron con el *quid* de la dificultad. Solo pidió el escudero cuatro hombres bien armados y una bolsa repleta de escudos: diéronsele ambas cosas y al punto escribió la siguiente carta:

«Acude al punto á la casita de la orilla del *Manzanares*, cerca del puente de *Segovia*; ya sabes..... es aquella en que os esperamos á tí y al Vizco, despues de lo del gran motin contra Esquilache, el Viejo, el Atravesao y yo. Tengo en ella á buen recaudo los veinte mil consabidos del rescate de la sobrina del rey, y á la misma sobrina por añadidura, de la cual no puedo separarme para llevar los ducados á nuestra madriguera del *Guadarrama*, porque se me escapará y no volveré á cogerla. He encontrado cuando menos lo pensaba al Atravesao, que segun dice tiene ciertos trapicheos en la calle de *Segovia*, y al Vizco, quien tambien asegura que ha venido por aquí á asuntos propios. Esta te la escribo en la pocilga de la tia Marta y haré que te la lleve el primer campesino con quien tropiece y que haga camino hácia las *Rozas*. No te descuides para que los veinte mil pasen á sitio mas seguro. El Vizco dice que si vienes mañana á la noche, te esperaremos los tres en la casita y discurriremos sobre si nos conviene sacar de la taberna del *Raposo* los fondos de la estinguida *Asociacion*. Si esto no parece bien, nos largaremos juntos al *Guadarrama*, porque hoy mismo quedarán concluidos mis negocios con la sobrina del rey.»

«Tu compañero, Pedrillo.»

Terminada su tarea, se encaminó Gonzalo á la cárcel, hizo que se le abriese el calabozo de Pedrillo y no tardó en persuadir á éste de que debia copiar de su puño y letra lo que él habia trazado, supuesto que le llevaba, para hacerle faltar á la fidelidad jurada á Paco Ranera, los veinte mil ducados del rescate de doña Isabel, que habian caido en poder de los corchetes, cuando estos se apoderaron de los tres malhechores. Añadióle el escudero para acabar de convencerle que, pues el oro todo lo allana, podria sobornar con él á su carcelero y huir sin gran trabajo para ver de nuevo el mundo y calentarse libremente al sol. Sea que á Pedrillo halagase la proposicion de Gonzalo, ó que quisiese hacer partícipe de su contraria fortuna á Paco Ranera, el hecho es que copió la carta y la firmó.

En la siguiente noche departian amigablemente, aunque en voz baja, los dos prófugos de la Inquisicion, á espaldas de la casita del puente de *Segovia*. No lejos de ellos estaban en acecho cuatro esbirros determinados, que sabian perfectamente la obligacion de despachar á un hombre al otro mundo. Las diez serian cuando sintieron pasos de alguno que se acercaba y no tardaron en reconocer un bulto.

—Alto allá, ó eres muerto, le gritó Gonzalo sin poder contenerse y saliendo del escondite.

—¡Condenacion! repuso el bandido echando mano á una pistola. ¿Emboscada tenemos? Pues vuestro trabajo os ha de costar el cojerme.

—Ríndete, Paco, y no lo pasarás mal, le replicó el escudero. Mira que somos muchos y si no te entregas, vas á morir.

—¿Y quién me asegura de que no quereis asesinarme?

—Yo.

—Sepamos quién eres.

—Quien te asegura que tus tres compañeros el Vizco, el Atravesao y Pedrillo están en la cárcel.

—¡Eso mas! Pero sepamos tu nombre.

—Gonzalo; acuérdate, Paco Ranera; el antiguo escudero del doctor Pimentel.



Entonces se oyó una detonacion y el escudero lanzó un quejido.

—¡Tú, traidor! Pues muere á mis manos, aunque muera yo tambien.

Entonces se oyó una detonacion y el escudero lanzó un quejido.

Los corchetes y Rodrigo Perez Zapata acometieron al gefe de los *Hermanos de la Montaña*, que se defendió hasta el último aliento, aunque retrocediendo siempre, á fin de colocarse en situacion de tomar carrera. Pero acosado por los cinco que le acometian le fué imposible conseguir su intento: alcanzóle por último Zapata con su puñal y hundiéndoselo en medio del pecho hasta la empuñadura, vengó con su muerte la de Gonzalo.

# CAPÍTULO XXVIII.

Vuelven á aparecer en escena ciertos personages que no habrá olvidado el lector.

El monarca español, á pesar de los graves cuidados que le ocasionaba el gobierno, no perdia de vista á sus enemigos esteriores; y lo eran para él todos aquellos que de cualquier modo deprimian el honor nacional. No tardó en saber que el emperador de Marruecos, rompiendo el tratado de paz que tenia con España, acababa de embestir con fuerzas numerosas las plazas del Peñon y de Melilla. Al punto llamó al conde de O-Reilly y le dijo, entregándole unos despachos:

—Leed eso, general.

—Señor, le contestó el caudillo despues de enterarse con una ojeada del contenido de los papeles, ya veo que esos bárbaros no tienen palabra ni fé.

—Tambien veo yo otra cosa, repuso don Cárlos.

—¡Otra cosa!

—Sí, general; veo que es preciso castigar al emperador.

—Sin duda; para que escarmiente.

—Y para que escarmienten los demas que se propongan faltar á lo pactado. Ya lo sabeis. Os encomiendo la tarea de socorrer á las dos plazas sitiadas, y espero que me dareis buena cuenta de los bribones que nos insultan.

Cuatro meses despues de esta breve plática, tuvieron que retirarse los marroquíes, vencidos en ocho encuentros por el valor de las tropas españolas que mandaba el conde de O-Reilly. La ventaja que obtuvieron en su escursion fué perder ocho mil hombres y la mayor parte de su artillería. El emperador de Marruecos se vió obligado á renovar la paz con don Cárlos, quien al concedérsela le impuso la precisa condicion de que habia de satisfacer á España todos los gastos de la guerra, que imprudentemente habia provocado.

Poco tiempo despues empezaron los argelinos á recorrer nuestras costas, insultando el pabellon español y llevándose cautivos, á quienes trataban inhumanamente. El rey no quiso tolerar sus desmanes y dispuso que á la mayor brevedad se reuniese en Cartagena una espedicion formidable contra Argel. El ya mencionado general conde de O-Reilly se encargó del mando de las tropas de tierra, y tomó el de la escuadra don Pedro Castejon; medida que, aunque reconocida como útil, produjo sin embargo fatales consecuencias. La espedicion se hizo á la vela con un tiempo hermosísimo y á los seis dias descubrió la ciudad de Argel; pero al tratarse del punto mas apropósito para verificar el desembarco, no estuvieron conformes los dos caudillos, y esta divergencia de opiniones retardó la operacion algunos dias, que los argelinos supieron aprovechar hábilmente preparándose para una defensa desesperada. Por último saltaron en tierra ocho mil españoles, á mas de legua y media de la ciudad hácia Levante, y al punto se empeñaron en hacerse dueños de una altura inmediata, defendida por sus enemigos con fuertes baterías y reductos, cuyos fuegos aguantaron por espacio de ocho horas á cuerpo descubierto. Fati-

gados por último aquellos valientes por el calor, por la sed y por el hambre, rendidos de cansancio y sin esperanza alguna de llevar á buen término la atrevida empresa, tuvieron que abandonarla, reembarcándose de noche, á duras penas, en medio de los mayores peligros. El desastre de nuestras armas fué completo, y en él se perdieron inútilmente cuatro mil hombres de las mejores tropas. Este desgraciado suceso llenó á la nacion y á la corte de luto y amargura.

Queriendo impedir la Inglaterra que favoreciese España la insurreccion general de sus colonias americanas, hizo que los portugueses verificasen una invasion en nuestras posesiones del Rio de la Plata, á pesar del tratado de paz que subsistia entre las cortes de Madrid y de Lisboa. No tardaron en arrepentirse los invasores de su traicion aleve, porque una escuadra española, conducida por el marqués de Casa-Tilly y el general D. Pedro Ceballos, desembarcó fuerzas respetables que los batieron en todas partes, apoderándose de las tierras y fuertes atrincherados con que ya contaban, haciéndoles muchos prisioneros y reconquistando la colonia riquísima del Sacramento, así como la isla de Santa Catalina, que servia de depósito al comercio activo de los ingleses con el Paraguay. Los portugueses pidieron entonces la paz y les fué concedida, contribuyendo en gran manera á este resultado la muerte del rey José I, la separacion de los negocios del marqués de Pombal, acérrimo partidario y hechura de la Gran Bretaña y sobre todo el acertado nombramiento que para el ministerio de Estado, por dimision del marqués de Grimaldi, hizo Cárlos III en don José Moñino, conde de Floridablanca, hombre laborioso, gran político, de una actividad y honradez á prueba y dispuesto siempre á sacrificarse en servicio de su rey y de su patria. La reina viuda de Portugal, hermana del monarca español, hizo al mismo tiempo un viaje á Madrid y quedaron zanjadas en familia todas las dificultades, sin detrimento de ninguno de los dos Estados.

La Francia trabajó infructuosamente para que don Cárlos, en

cumplimiento de las cláusulas del célebre *Pacto de Familia*, se uniese á ella contra los ingleses, que le hacian la guerra por su alianza con los Estados-Unidos americanos. El rey de España ofreció su amistosa mediacion entre ambas potencias; pero incomodado al fin por la desmedida ambicion de la Inglaterra, hizo causa comun con los franceses, no bien ascendió al trono el infortunado Luis XVI, y tomó parte en la lucha de América, despues de justificar su conducta con un manifiesto, obra del nuevo ministro español.

Corria el año 1779, cuando se presentó á la vista de la Coruña una escuadra francesa á las órdenes del conde de Orvilliers, é hizo señales á los ocho navíos y cuatro fragatas que habia en el puerto, para que saliesen á incorporársele; pero el general don Antonio de Arce, que mandaba los buques, no habia recibido órdenes del gobierno para aquella operacion é ignoraba tambien el puesto que habia de ocupar en la escuadra reunida: así pues se escusó de cumplimentar el aviso, pretestando que los vientos contrarios se oponian á que se hiciese á la vela.

No imitó por cierto su prudente conducta don Luis de Córdoba, que mandaba las fuerzas navales de Cádiz; pues obedeciendo la órden de Orvilliers, abandonó el puerto con treinta y dos navíos de línea, dos fragatas, dos urcas y dos brulotes. Las dos escuadras combinadas, compuestas de cincuenta y dos navíos, muchas fragatas y gran número de buques menores de guerra, se corrieron hácia el canal de la Mancha y bloquearon con tres fuertes divisiones el puerto de Plimouth, imaginando que en él se hallaba el almirante Hardip. Lo único que alcanzaron, despues de un alarde tan señalado, fué apresar el navío *Ardiente* de sesenta y cuatro cañones, porque á los dos dias de encontrarse los aliados sobre la costa de Inglaterra, los huracanes y las tempestades les obligaron á huir del canal y tomar fondeadero en Brest, dejando en poder del enemigo una embarcacion, cuyo cargamento se valuó en dos millones de duros.

Proseguíase entre tanto la guerra de América con encarniza-

miento. El gobernador español de la Luisiana, don Bernardo Galvez, se apoderó de los fuertes Misilimackinak, Baton-Rouge y Panmure, haciendo prisioneras á sus guarniciones inglesas y dominando, de resultas de estas ventajas, un territorio de cuatrocientas leguas sobre el Misisipí. Por su parte, don Roberto G. de Rivas, gobernador general del Yucatan, arrojó al enemigo de Campeche, cogiéndole muchos hombres y banderas, derrota que exasperó á la corte de la Gran Bretaña. En consecuencia salieron de Jamaica los ingleses, y entrando en San Fernando de Omoa, llave y antemural de la bahía de Honduras, se hicieron dueños de tres millones de pesos fuertes depositados en los buques del registro, así como de doscientos cincuenta y seis quintales de plata labrada y de otros muchos efectos preciosos. El intrépido Rivas no perdió un momento en acudir á reconquistar la plaza: cayó sobre ella desesperadamente, tomóla por asalto y los ingleses apelaron á la fuga, embarcando antes todas las riquezas españolas en el navío *Leviatan*, que naufragó á poca distancia del puerto, de modo que recobró el gobernador del Yucatan todo lo que conducia.

Don José Solano hizo rumbo con su escuadra hácia Panzacola, que habia sido cedida á los ingleses en 1762 por el tratado de Versalles, y se apoderó de la ciudad á viva fuerza. Ellos en desquite tomaron el fuerte de San Juan, que les facilitaba el paso para la Nueva-Granada. Casi al mismo tiempo dispuso el rey don Cárlos que se sitiase la importante plaza de Gibraltar, dando tambien órden al duque de Crillon para que la de Mahon fuese embestida. Estas dos empresas sufrieron diferente fortuna. El gobernador Elliot defendió obstinadamente á Gibraltar contra los reiterados ataques del general en gefe don Martin Alvarez, auxiliado por el de artillería don Rudesindo Tilly; mas á pesar de todo se continuó el sitio por espacio de ocho meses hasta que el almirante Rodney consiguió apresar un convoy de treinta buques españoles, procedentes de San Sebastian. A este contratiempo se añadió la derrota de las fuerzas navales de don Juan de Lángara, quien se

batió heróicamente durante diez horas con el navío *Fénix* contra cuatro enemigos: herido por último y desarbolado su buque, tuvo que rendirse y Rodney entró de refuerzo en Gibraltar.

El duque de Crillon ocupó toda la isla de Menorca, obligando al general inglés Murray á que se encerrase en el castillo de San Felipe. Allí lo sitió estrechamente, neutralizando con intrepidez todas las salidas de la guarnicion, que á los ocho meses se rindió prisionera.

El éxito brillante de esta campaña indujo al rey don Cárlos á valerse de la pericia y arrojo del duque de Crillon para la conquista de Gibraltar. El duque se mostró emprendedor y activo, consultó diferentes proyectos, encaminados á la mas fácil consecucion de la empresa y se fijó en uno, que le presentó cierto oficial francés llamado Luis d'Arzon, y que consistia en atacar la plaza con baterías flotantes. Adoptado este plan, púsose desde luego por obra y se construyeron las baterías necesarias, situándolas á trescientas toesas de los fuertes; sobre cinco brazas de agua. Al punto rompieron un fuego mortífero, que puso en gran cuidado á los ingleses; mas no tardaron éstos en arrojar contra ellas bala roja de mayor calibre y todas quedaron destruidas, pereciendo mucha parte de los hombres que las montaban, unos entre las voraces llamas y otros en el mar, y salvándose algunos en las lanchas que el gobernador Elliot envió en su socorro.

A esta horrible desgracia se debieron los preliminares de la paz, que se firmaron en 20 de enero de 1783, así como los artículos del tratado quedaron definitivamente resueltos en 3 de setiembre del mismo año. Recobró la España, con arreglo á las cláusulas, todas sus pérdidas, conservando la Florida y la isla de Menorca, y concedió á la Gran Bretaña el derecho de la corta del palo de Campeche en algunos distritos de esta posesion, restituyéndole asimismo las islas de Panamá y de la Providencia. Esta paz fué ventajosísima para el comercio español, y don Cárlos, con la mira de estenderlo mas y mas, celebró poco despues con la Sublime Puerta un convenio, que le facultaba á establecer cónsu-

les en todos los puertos de Turquía, y á llevar el tráfico á todos los dominios del imperio, mandando en justa reciprocidad que se abriesen los puertos españoles, y especialmente el de Alicante, á las embarcaciones turcas.

Los argelinos no cesaban de ejercer en nuestras costas sus vandálicas piraterías, por lo que el gobierno, desesperando obtener, valiéndose de medios de conciliacion, que cesasen tan insufribles insultos, acudió á la fuerza para reprimirlos. La escuadrilla de don Antonio Barceló, uno de los caudillos mas renombrados de nuestra marina militar, bombardeó la ciudad de Argel por espacio de ocho dias, pero sin resultados, y tuvo que retirarse por los vientos contrarios: volvió al año siguiente con mayores fuerzas y nada alcanzó contra la plaza, aunque la artillería de sus buques causó en ella grandes destrozos. Por fin, las representaciones de la multitud alborotada y los consejos del Gran Señor convencieron al bey de que debia atender á la reclamacion de España. Don José de Mazarredo se presentó delante de Argel con cinco navíos de línea, enarbolando bandera de trégua: los argelinos, dispuestos á vender cara la paz, exigieron en los preliminares dos millones de pesos fuertes, mitad en dinero contante y mitad en piezas de artillería, municiones y pertrechos navales, lo cual excitó de tal manera el enojo y la indignacion del rey don Cárlos, que nadie pudo recabar de él que accediese á tan vergonzosas exijencias. Las negociaciones terminaron, pero quedó subsistente la trégua que las habia producido.

Ya vimos en el capítulo xv de nuestra historia, que el doctor Cornejo fué puesto en libertad por el juez que le seguia causa, como presunto asesino de su criado Mendo, secuestrado á la sazon por los *Mendigos* en la taberna del *Raposo*. Pero su salida de la cárcel y su retorno al hogar doméstico no devolvieron á éste la tranquilidad de otros dias mas afortunados. La prision del médico habia sido un golpe rudo para aquellas dos mugeres, acostumbradas á su compañía durante muchos años, y cuyos opuestos caractéres sufrieron, en consecuencia de tan terrible desgra-

cia, una transformacion completa. La respetable doña Mencia no hacia mas que llorar, lamentando su desventura y profiriendo razones que daban á entender bien claro su profunda conviccion, de que el ama de gobierno tenia la culpa de todo cuanto habia acontecido. La señora Marta oia aquellas indirectas reconvenciones y achacábalas al principio á la pena y dolor de su señora; mas por último llegó á cansarse de que tanto se le repitieran, y como su flaco nunca habia sido la resignacion, llegó dia en que saltó la valla, por haberse propuesto hacer frente á lo que llamaba, para sus adentros, injusticia é ingratitud notorias.

—Bien, bien, esclamó con desenfado cierta mañana en que la desesperacion de doña Mencia se espresaba con mayor violencia que de costumbre: ya sé que estoy aquí de mas, desde que no habita la casa el doctor. Sea por todos los santos del Paraiso..... hé aquí en lo que habia de venir á parar mi malograda juventud.

—¿Qué estais relatando ahí, señora Marta? le interrumpió con acritud la esposa de Cornejo.

—Nada relato, señora mia, contestó el ama de llaves, disponiéndose para entrar en accion. Lo que hago es responder á vuestras acusaciones.

—¡Ah! ¿Con que intentais hacerme perder la paciencia? ¿De qué os acuso?

—¡Y me lo preguntais! ¿Se os figura que soy sorda?

—Tampoco yo lo soy, señora Marta, para que me atormenteis con esos gritos.

—Es que quiero gritar, para que no se diga que consiento en aparecer culpable. Buen pago me dais por el tiempo que os he servido.

—¿Sí? Pues mucho agradeceis el pan que habeis comido en esta casa.

—¡Oh! Ya he comido el último, os lo afirmo, porque no soy muger, á quien se echan esas cosas en cara.

—Es decir que.....

—Es decir que no debo permanecer aquí ni un dia, ni una hora, ni un minuto.

—Pero..... ¿estais loca, señora Marta?..... Sepamos por qué.....

—Porque no hay quien pueda sufriros con calma..... porque á mí no me faltarán acomodos..... porque dispongo de mi voluntad.

—Eso ya varía de especie y nada tengo que replicar.... Bien.... bien.... Así como así, me contemplo sola en el mundo, á pesar de teneros á mi lado.....

—Por lo mismo me voy.

—Haced lo que os acomode: sola por mil, sola por mil y quinientos.

—Cabal. De ese modo no tendreis á quien echar la culpa del encarcelamiento de mi pobre señor.

—Hablais como un libro.

—Y regañareis á las paredes.

—Por supuesto.

—Y os matará el fastidio la preciosa Isabelita, esa muñeca que nadie sabe hija de quien es, y que.....

—Perfectamente; ahora entra la murmuracion.

—¿No habeis murmurado vos de eso antes que yo? ¿No me habeis dicho mil veces que el doctor Pimentel nunca fué casado?

—¿Y qué me importa al presente semejante cuento?

—Os importa, porque vais á hacer de esa jóven casquivana vuestra amiga.

—¡Eh! Dejadme en paz, para que rece mis devociones.

—Os dejo, señora, aunque vos interrumpís las mias á cada momento con vuestras ingratitudes; mas tened por seguro que esta noche será la última que duerma aquí, y que no probaré bocado hasta mañana.

Este segundo propósito de la señora Marta no pudo cumplirse, porque aquella misma noche fué la de la aparicion de Mendo, como salido de las entrañas de la tierra, en casa del doctor. Al dia siguiente pusieron á éste en libertad, y el ama de gobierno tuvo que transijir con su desfallecido estómago, por dos razones, á saber: porque la reaccion saludable de su orgullo satisfecho habia sucedido en su organizacion biliosa á los furores de la vís-

pera, y porque no le pareció prudente atormentar al pobre Cornejo, anunciándole su marcha, en instantes de tanto placer y júbilo, ocasionados por el reconocimiento de su inocencia. Pero á la mañana del tercer dia, despues de la reyerta con su señora, hizo el hatillo y se despidió de sus amos, no sin alegria manifiesta del doctor Cornejo, que, segun dijo, se alegraba de que por fin pudiese haber órden y paz en su casa.

Algunos meses despues falleció la respetable doña Mencia, y al verse aislado en el mundo su desconsolado esposo, echóse en brazos de la religion, acogiéndose á la Santa Regla de los monges de la Merced, en cuyo convento obtuvo cargos y dignidades.

La Señora Marta, no pudiendo hacer cosa mejor, puso casa por su cuenta en la calle de *Segovia*. ¡Pero qué casa! De perdicion para la juventud del barrio. Ya la hemos visto y sabemos tambien que era guarida de los *Hermanos de la Montaña*, es decir, del Atravesao, Pedrillo y consocios. Allí vivió la antigua ama de gobierno, hasta que un acontecimiento desastroso, ocasionado por su deseo de venganza contra doña Isabel, que nunca la habia ofendido, puso fin á su existencia.

Muchos de los sucesos que hemos reasumido en este capítulo no se habian verificado, cuando en una noche lóbrega y tempestuosa del mes de diciembre se deslizó un hombre embozado hasta los ojos por la calle del *Ave María*, y corriéndose recatadamente por la acera menos fangosa, se detuvo al fin junto á una casa de apariencia no tan mezquina como las demas, y enfrente del único farol, cuya moribunda luz mas favorecia á los malvados que á las gentes honradas. Verdad es que para estas era de todo punto inútil; porque los que sentian algun apego á la vida ó al bolsillo se guardaban muy bien de aventurarse á cruzar tan sospechosa calle, desde el toque de la queda. El embozado, pues, ó estaba seguro de sí mismo, como quien nada temia, si esceptuamos sus recelos de la justicia del rey, ó iba preparado prudentemente para algun mal encuentro; porque despues de registrar con la vista aquella oscuridad que le cercaba por todas partes, llamó con

fuerza, si bien pausadamente y á guisa de hombre tranquilo, en la puerta de la casa que hemos indicado.

Y en tanto que en la casa se revolvian, segun lo daba á entender cierto ruido interior que llegó á los oidos del embozado, éste atravesó la calle y fué á ponerse debajo del farol.

De allí á poco abrieron con precaucion el postigo de una ventana, y una voz de muger ya entrada en años pronunció las siguientes palabras:

—Está de Dios que no nos dejen en paz. ¿Quién llama otra vez á estas horas?

—¡Hola! murmuró para sí el embozado; parece que el Viejo ha recibido otra visita.

Y levantando su acento respondió á la preguntadora:

—Decid á vuestro amo que necesito verle ahora mismo.

—¿Y sabeis quién es mi amo? insistió la muger.

—¡Vaya si lo sé! contestó el hombre. ¿Se os figura que con la noche que hace me divierta en buscar algun duende?

—Dios nos libre, caballero, si es que lo sois. Pero en fin ¿á quién pretendeis hablar?

—Al personage mas sabio de la corte.

—¡Eh! No digais eso á gritos, porque pudieran escucharos: aquí no vive ningun señor y.....

—Bueno, bueno; está entendido; pero abridme la puerta.

—No, sin que primero sepa quién sois.

—¿Y si tampoco puedo pronunciar mi nombre á gritos?

—En ese caso os quedareis en la calle.

—Aguardad; no cerreis el postigo. ¡Qué demonio de prisa!

—Es que hace frio, señor galan.

—¿Imaginais por ventura que tengo yo á mi disposicion algun brasero en medio del lodo?

—¿Y qué quereis? Yo no puedo remediarlo.....

—Sí tal: decid á la persona que busco, que vengo de parte de.....

—¿De quién?

—De su antiguo escudero Gonzalo.

—Nunca le oí mentar.

—Ya; porque sereis nueva en la casa.

—Y luego, tampoco sois caballero, supuesto que os envia.....

—Una alma en pena.

—¡Jesús!.... ¡Jesús!.... ¡Ave María purísima!

—Sin pecado concebida, respondió un bulto que al mismo tiempo llegaba por la otra acera y se detuvo enfrente del embozado.

—Seguid vuestro camino, le dijo éste, y no os metais en honduras.

—Arriscado de pecho sois, cuando venís á este sitio á pelar la pava, repuso el otro acercándose á él, mientras se cerraba el postigo con estrépito.

—¿Buscais camorra? preguntó desembozándose el que estaba debajo del farol.

—No, si me entregais el bolsillo, contestó el que acababa de llegar.

—Básteos saber que no estoy sobrado de oro.

—¡Bah! Un rondador, como vos pareceis, necesita domesticar dueñas y eso no se hace con las manos vacías. Ea; pocos discursos y alargadme vuestro bolsillo.

—Venid á tomarlo.

—¿Qué es eso? ¿Me desafiais?

—Podeis entender el negocio del modo que mejor os cuadre.

—Pues allá voy.

El ladron arrojó la capa al suelo y se precipitó sobre aquel á quien habia llamado rondador, y que le aguardaba á pié firme, puñal en mano. Siguiéronse algunos segundos de encarnizada lucha, y por último uno de los dos hombres cayó en tierra murmurando:

—Muerto soy.

El otro se arregló la capa y se dirigió á la casa del frente, cuya puerta se abrió al mismo tiempo.

—¿En dónde está el desgraciado herido? preguntó al matador un venerable anciano que se presentó en la calle, y á quien alumbraba tiritando de frio y de miedo la muger que poco antes habia cerrado el postigo.

—Ahí le teneis revolcándose, respondió el matador.

—Y vos, quien quiera que seais, ¿por qué no huís de este sitio antes que os persiga la justicia del rey?

—Porque no soy criminal.

—La justicia á veces no distingue, solo verá un hombre muerto, si en efecto llega á morir.

—Tengo vuestro testimonio y estoy seguro de que no me lo negareis.

El anciano miró con atencion á aquel hombre tan tranquilo y sereno: en seguida se acercó al que yacia revolviéndose entre el fango.

El matador cogió el farol de manos de la dueña y le alumbró.

Despues de registrar al herido una profunda puñalada que tenia en el costado izquierdo, y de fijarse en la sanguinolenta espuma que cubria sus lábios, dijo el anciano caritativo:

—Nada puedo hacer para alargarle la vida; antes de cinco minutos será cadáver.

El moribundo oyó estas palabras y murmuró débilmente:

—Sí..... sí..... muerto soy..... muerto soy..... pobres *Hermanos del Guadarrama*..... ¿quién os quedará ahora, que va á faltaros el Viejo?.... ¡Ay de mí!

—¡El Viejo! esclamó su matador. ¿Con que he purgado la tierra de ese saco de maldades?.... Recapitulemos..... dos en el otro mundo..... y tres que pronto emprenderán su último viaje. El rey don Cárlos puede estar contento.

El Viejo, uno de los mas astutos gefes de la temible asociacion de *Los Mendigos*, el único que podia cubrir el vacío de Paco Ranera, del Vizco, de Pedrillo y del Atravesao entre los *Hermanos del Guadarrama*, acababa de espirar.

El anciano, antes de entrar en su casa, dijo al matador del bandolero:




¿En dónde está el desgraciado herido?

—No os ofrezco hospitalidad en mi morada, porque conviene que os alejeis de aquí, y esto será mejor de noche que de dia.

—Vivid sin cuidado por lo que toca á tan sencillo negocio, repuso el de la capa: ya sabré yo arreglarme con la señora justicia. Con todo, seguiria de buen grado vuestra advertencia, si no tuviese una razon poderosísima para entrar en vuestra casa.

—Oigamos esa razon.

—¡Bah! Que por venir á veros, acabo de matar á un hombre.

—¡Por venir á verme!

—Como os lo afirmo.

—¿A mí?

—A vos.

—Algo me ha anunciado la señora Dorotea, cuando bajábamos con el pensamiento de prestar socorro al que lo hubiese menester; mas, ignoro cómo me buscais sin conocerme.

—¡Qué flaco sois de memoria!

—¿Os parece así? Descubríos bien el rostro, porque hasta ahora os lo ha ocultado la capa.

Echóse atrás ésta el desconocido; examinóle el anciano con intencion y dijo:

—Os conozco; entrad.

—¿A que no? repuso el matador.

—El rostro que veo una vez, replicó el anciano, no se me olvida jamás. Cierta noche entrasteis en el calabozo de la inquisicion que yo ocupaba: en vez de huir con vos y con Gonzalo os entregué un pañuelo. Os llamais Rodrigo Perez Zapata.

—Basta, doctor Pimentel. Entremos y atrancad bien la puerta.

# CAPÍTULO XXIX.

Una entrevista en la cárcel.

Un cuarto de hora despues, se hallaban el ex-familiar de la Suprema Inquisicion y el doctor Pimentel en el gabinete particular de este último. La Señora Dorotea acababa de servirles un refrigerio, retirándose en seguida á una señal de su amo.

Otro cuarto de hora transcurrió sin que el médico dirigiese la mas insignificante pregunta á su improvisado huésped; hasta que, cansado al fin de su obstinado silencio, le dijo como para entablar conversacion:

—Ya estais en mi casa, señor Rodrigo, y por ahora libre al parecer de habéroslas con la justicia; y eso que no os separan muchos pasos del cuerpo del delito.

—¡Bah! contestó con indiferencia Zapata: ese negocio me tiene completamente sosegado.

—Decidme en tal caso quién es el muerto.

—Uno de los hombres de larga historia, entre los bribones de la barriada del *Barranco*. Llamábanle los suyos el Viejo, y hubiera dado que hacer mucho, á pesar de la muerte de Paco Ranera y de la prision de sus compinches.

—Me parece que voy comprendiendo algo..... Paco Ranera..... yo conozco ese nombre.

—Vaya si le conoceis..... era el gefe de la temible asociacion de los *Mendigos* y luego se puso al frente de los bandoleros del *Guadarrama*.

—¿No intentó apoderarse en otro tiempo, por medio de una estratagema, de cierta jóven que vivia.....

—En la calle de la *Sarten*, aunque provisionalmente; teníala en compañía de su esposa el doctor Cornejo, vuestro amigo.

—Ya veo que estais bien enterado, señor Zapata.

—Por supuesto, doctor, y como esos hombres, es decir, el antiguo tabernero del *Raposo* y los suyos estaban fuera de la ley.....

—Pero dijisteis que han sucumbido.

—Entendámonos: Paco Ranera está ya en los profundos infiernos.

—¿Y quién le ha enviado allí?

—El mismo que acaba de dar pasaporte al Viejo.

—He conocido que fuisteis vos desde el principio de la plática.

—¿Por qué me tratais así? Yo siempre soy vuestro criado, y el vos se ha hecho para otros.

—Pues bien, Zapata, hablemos claros. Se me figura que vas á tener que sentir por esas dos muertes.

—No lo soñeis, doctor.

—Echemos cuentas.

—Como gusteis.

—¿Es cierto que estaban fuera de la ley tan grandes malvados?

—Ciertísimo.

—¿Cómo lo sabes?

—Nadie lo ignora.

—Mala salida, pero pase. ¿Habia esbirros en su persecucion?

—Esbirros y tropas.

—¿Y por qué te has metido en ese berengenal?

—Porque ni las tropas ni los esbirros hacian cosa buena.

—Ellos ó ellas los hubieran cogido tarde ó temprano.

—No pude esperar mas tiempo.

—¡Ah! No pudiste..... esplícame esas palabras.....

—Me llamó el rey.....

—No digas mas; ahora comprendo que debes estar tranquilo, por lo que toca á la justicia del mundo; mas no así en cuanto á la de Dios.

—Os probaré lo contrario.

—Nunca, nunca, Zapata: has faltado á la ley, asesinando á semejantes tuyos.

—Poco á poco: allí era yo la ley; maté al tabernero para vengar á Gonzalo, y al Viejo, si lo habeis visto, en defensa propia.

—¡Para vengar á Gonzalo!.... Esplícate.

—El rey nos comisionó á Gonzalo y á mí para que prendiésemos á Paco Ranera, y le armamos celada á orillas del *Manzanares*, emboscando algunos corchetes de pelo en pecho. Al verse sorprendido, rugió como una hiena y se defendió como un leon; en la escaramuza que trabó con nosotros, mató á Gonzalo, y entonces le tendí sin vida. Sus satélites habian sido ya asegurados por la justicia.

—Supongo que ese Gonzalo era mi antiguo escudero.

—El mismo, doctor.

—Duéleme su mala suerte, pero son altos juicios de Dios; estaba en deuda con el tabernero del *Raposo*, porque has de saber.....

—¡Oh! al dedillo sé la vida de mi pobre amigo Gonzalo.

—De modo que no ignoras que en otro tiempo.....

—¿Fué gefe de la asociacion de los célebres *Mendigos*? ¿Cómo lo habia de ignorar?

—Hablas de una manera.....

—Hablo como *Mendigo* que fuí.....

—¡Tú tambien!

—Tambien yo: pero desde que me separé con Gonzalo de nuestros antiguos compañeros, no tengo que acusarme de una accion mala; ni aun hablando con vuestro escudero y refiriéndole mi vida, jamás quise recordarle nuestras relaciones de vandalismo. Es verdad que sobre este punto nos habiamos impuesto mútuamente condiciones. Desde que salimos de la barriada del *Barranco*, para no volver á ella, fuimos dos nuevos camaradas, que no se habian conocido antes; nuestra existencia y nuestra amistad daban principio con la conducta honrada que habiamos jurado seguir, y ni el uno ni el otro hemos faltado á este juramento.

—Bien, Zapata, bien: Dios te tendrá seguramente en cuenta esos nobles propósitos.

—Gracias, doctor Pimentel; vuestra estimacion, despues de eso que habeis dicho, es lo que mas aprecio en el mundo.

—¡Pobre diablo! Mi estimacion vale muy poco. En otros dias he figurado, se hacian lenguas de mí .... pero ahora...,

—Ahora vuestra fama llena la corte.

—¡Mi fama!

—Es claro, unos creen que habeis muerto; otros que vivís lejos de España. Entre tanto corre de boca en boca todo lo que habeis hecho, todo lo que habeis dicho y hasta el mismo rey.....

—¡Cómo! ¿Se acuerda por ventura don Cárlos de este pobre viejo?

—¡Si se acuerda! Preguntádselo al conde de Floridablanca.

—No..... no es preciso. Al recordar la historia de su padre Felipe V, me ha de ver allí como un remordimiento junto al lecho de muerte del *animoso* monarca.

—Hoy daria su trono por teneros en el alcázar.

—Zapata, no me tientes, porque perderás el tiempo. Estoy con un pié en el sepulcro y quiero permanecer en mi retiro hasta el dia de mi muerte.

—No hareis tal cosa, supuesto que he venido espresamente para sacaros de aquí.

—En efecto: recuerdo haberte oido decir que deseabas hablarme.

—Para eso mismo era.

—¿Para qué?

—Para que me acompañeis á palacio.

—¿Estás loco?

—No, sino muy cuerdo; vengo de parte del rey.

—¡Ah! ¿Quién se muere allí?

—Si os negais á los ruegos de don Cárlos, es probable que no viva mucho tiempo el infante don Gabriel.

—Ruegos..... ruegos..... los reyes no ruegan.

—Dejaos de retóricas, doctor: los reyes como don Cárlos son padres que aman á sus hijos.

—¿Y qué enfermedad padece el infante don Gabriel?

—No se sabe; pero le consume una languidez mortal.

—¿Hay dolores?

—Aseguran que no se queja.

—Malo..... malísimo.

—¿Por qué?

—Porque eso indica que no está enfermo del cuerpo, sino del alma.

—Lo importante es que le veais.

—No; lo importante es que avises á otro médico.

—Imposible: el rey se empeña en que vos.....

—Dile que la vejez me ha robado la escasa ciencia que poseia.

—¿Cómo quereis que me haga cómplice de esa impostura? Doctor Pimentel, se trata de salvar á uno de vuestros semejantes.

—Por salvar á uno de mis semejantes iria yo al patíbulo, señor Zapata. ¿Imaginas que, aunque el peso de los años me arranca las fuerzas, puede amenguar mi energía? En esta miserable cubierta de barro no hay mas que debilidad; las piernas y los brazos flaquean..... es cierto..... ¡Pero aquí! añadió el doctor con entusiasmo y dándose un golpe en la frente ¡aquí está el alma!....

¡aquí está el espíritu, siempre jóven, siempre vigoroso, siempre dispuesto á luchar!.... Luchemos..... luchemos, Zapata.

—¿Os ha tentado el diablo, señor Pimentel?

—No: me ha tentado el recuerdo de lo que me sucedió hace muchos años. Tambien era de noche; hallábame tranquilo en mi estudio y un hombre se presentó, como llovido del cielo, delante de mí.....

—Ya conozco esa historia: aquella noche asististeis á una muger que estaba con dolores de parto.

—Aquella noche salvé á la muger que dices y al fruto de sus entrañas.

—¿Por qué pues no habeis de salvar hoy al hijo del rey?

—Porque no es él quien me llama.

—Cierto; es su padre; es don Cárlos.

—Ni don Cárlos tampoco. Ya te he dicho que luchemos.

—Pero ¿qué os figurais?

—Me figuro que el infante don Gabriel no tiene por ahora necesidad de mis recetas.

—¡Cómo!

—Y que no es el rey quien te envia á buscarme.

Perez Papata se quedó sin saber qué replicar: por un momento llegó á creer que el doctor era brujo, mas desechó esta idea, aunque sin desentenderse del propósito de inquirir por qué medios habia adivinado aquel hombre la verdad. Miróle no obstante con asombro y le dijo humildemente:

—Habeis dado en el hito, doctor Pimentel: mi intencion era sacaros de casa para una buena obra; mas, conociendo que me seria muy difícil, sino imposible, vencer vuestra repugnancia, he fingido lo de los ruegos del rey, por mas que el infante se encuentre de seguro en un estado que á todos aflige. Pero ¿cómo es que vos.....

—¿Estrañas que te haya comprendido? El que desempeña un mensaje del rey, el que transmite á otro los deseos de un padre que quiere salvar la vida de su hijo, ni tiembla al hablar, ni echa

mano de rodeos para esplicar lo que no debe demorarse un minuto, ni fatiga por espacio de tres cuartos de hora la paciencia de quien le escucha. Tú has hecho precisamente todo lo que acabas de oirme; luego has mentido.

—Confieso que soy un nécio, pues no he debido olvidar que tenia que habérmelas con un sabio.

—No, sino con un hombre á quien la esperiencia obliga á desconfiar de todo.

—Y ahora ¿me seguireis?

—He de saber primero de qué se trata.

—De escuchar la confesion de un desgraciado que va á morir.

—¿Te burlas, Zapata? Yo soy médico y no sacerdote.

—No pretende que le absolvais de sus pecados.

—¿Pues qué?

—Revelaros un secreto.

—Los secretos me han producido grandes dolores. Que busque otro confidente.

—Ha jurado que no le negareis esta gracia en sus últimos instantes.

—¿Y por qué no me llama mas bien para que alivie sus dolencias?

—Porque nada podeis hacer en su favor.

—¡Oh! Si mi ciencia es inútil para él, señal segura de que no está enfermo. Ese hombre va á morir ajusticiado.

—Es lo mejor que puede hacer.

—¿Por tan criminal le tienes?

—Él y otros dos que le hacen compañía son muy capaces de despoblar á un reino.

—Sin duda han pertenecido á la banda de Paco Ranera.

—Se entiende; eran sus mas íntimos camaradas, sin contar con el Viejo.

—¿Y qué nombre tiene el que me llama?

—Pedrillo.

—¿Cuándo debe ser ahorcado?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—A las once.

—Bien: á las nueve me acompañarás á su calabozo. Ahora descansemos.

—No puede ser, doctor: hemos de salir ahora mismo.

—¡Ahora! ¡Con una noche tan horrible! De ninguna manera.

—Es preciso.

—Preciso..... preciso..... ¿Y mi salud?.... ¿Y mi vejez?.... no es bastante que consienta en visitar á ese bribon, antes que dé cuenta á Dios de su mala vida? ¿Y todo para qué?.... Para que me hable de algun asesinato oculto, que no habrá querido descubrir á la justicia.

—Me ha asegurado que podeis librarle del mal término que le aguarda.

—¡Qué dices!

—Y ya veis..... siendo así, conviene aprovechar los instantes. En cuanto al mal tiempo, no es de temer para nosotros, porque tengo un coche á la vuelta de la primera boca-calle y apenas dé un silbido.....

—Vamos pues, y sea lo que Dios quiera. Si es verdad que ese desgraciado tiene alguna esperanza en mí, no se la defraudemos.

Tres cuartos de hora despues de este diálogo, se hallaban el doctor Pimentel y Rodrigo Perez Zapata en el interior de un fétido calabozo de la *cárcel de Villa*. Allí estaba el famoso Pedrillo, tan sosegado y sereno como cuando tragueaba mano á mano en la taberna del *Raposo* con sus compañeros de espediciones contra la vida ó la fortuna del prójimo. El ex-familiar quiso retirarse por prudencia, á fin de no ser testigo de las revelaciones del reo, pero éste le detuvo diciendo:

—No me importa que todo el mundo se entere de lo que tengo que declarar al médico Pimentel, pues aunque son secretos de familia, si al fin he de morir mañana á mas tardar ó al otro, me interesa tambien salir de este mundo como quien soy, y no como

quien he parecido. Quedaos pues, señor antiguo *Mendigo* Zapata, que no estareis de mas aquí.

—¡Y qué! repuso Pimentel con visibles muestras de descontento, ¿era necesario que yo viniese á este tristísimo lugar á oir confesiones que no me interesan, cuando tal empeño formas en que se publiquen?

—Es que estoy seguro de que esas confesiones os obligarán á que alcanceis gracia de la vida para mí, le contestó Pedrillo con admirable sangre fria.

—¡Me obligarán!

—Cuando yo os lo afirmo..... Mirad, doctor: á las ocho de la mañana, diz que al Atravesao, al Vizco y á mí nos leerán la sentencia de horca: despues entraremos en capilla, y para todo eso faltan pocas horas. ¿Creeis que tenga yo necesidad de mentir?

—¡Oh! Mucho puede el apego á la vida.....

—Verdad es, y por eso os he llamado; mas no se me oculta que recurriendo á una impostura, no me salvaré. Así, lo que voy á revelaros es verdad y os presentaré tales pruebas, que os será imposible negarlas.

—Empieza, desgraciado, porque ya te escucho y es tarde.

—Desgraciado habeis dicho...., murmuró sordamente el bandido, como si en aquel instante se agolpasen á su imaginacion todos los amargos recuerdos de su vida.

Luego se limpió el sudor frio que inundaba su frente y apoyándose de espaldas en una de las paredes del calabozo, únicamente alumbrado á la sazon por la linterna que el carcelero habia dejado á Zapata, señaló al médico el banquillo del encierro.

Sentóse Pimentel, y Pedrillo prosiguió así:

—Desgraciado..... sí..... muy desgraciado..... teneis razon..... Nací con mala estrella y en malísima hora..... mi pobre madre fué una santa muger y mi padre..... un mónstruo..... él..... solo él ha tenido la culpa del trance en que me veo. Figuraos que me abandonó en medio de un bosque, sin que las lágrimas, ni la desesperacion de su infeliz esposa consiguiesen ablandar aquel co-

razon de tigre. Yo tenia entonces seis años y fuí recogido por unos labradores, que tenian su vivienda á tres leguas de Valladolid: lleváronme á la ciudad, y recorriendo las calles llegué por fin á reconocer la casa en que habia nacido; entré en ella con mis favorecedores y..... ¿Sabeis, doctor, lo que encontré? El cadáver de mi madre; habia muerto de dolor: en cuanto á mi padre, no le he visto desde que me dejó en el bosque.

El doctor se habia levantado; estaba lívido y todos los músculos de su rostro padecian una horrible contraccion; parecia como que escuchaba al bandido, aun que sin comprender sus razones. Por último, cuando Pedrillo cesó de hablar, soltó una carcajada histérica.

—¿Os reís, doctor? le interrumpió el preso. ¿Qué hareis cuando conozcais el nombre de mi padre?

—¡El nombre de tu padre!.... ¡El nombre de un malvado seductor! esclamó Pimentel con reconcentrada furia. ¿Crees acaso que lo ignoro? Bastante me has dicho para que te deje morir en el patíbulo. Te abandonaron en un bosque..... á tres leguas de Valladolid..... tu madre murió á los pocas horas, abrumada de remordimientos..... tu padre..... el que tenias por padre se lanzó desesperado en busca de tu padre verdadero, le alcanzó, le dió muerte y desde entonces vive mártir de sus propios dolores..... ¡El nombre de tu padre!.... Pronúncialo, si te atreves.....

—Pronunciadlo vos, supuesto que lo sabeis.

—¿Me desafias, miserable? Eres hijo del crímen; tu madre fué adúltera y se entregó á don Juan de Valladares.

—Mentís, mentís: mi madre fué una muger angelical, una esposa castísima..... Don Juan de Valladares tenia otro nombre..... se llamaba don Bernardo de Cifuentes..... era su hermano y capitan de dragones en Barcelena, de donde se habia escapado y vivia de incógnito en Valladolid, por amores con otra dama.

—¡Don Juan de Valladares era don Bernardo de Cifuentes! gritó el médico pateando el piso del calabozo..... Pruebas..... pruebas.....

—Aquí están, murmuró Pedrillo dirigiéndose á un rincon y sacando del bolsillo de su zamarra un legajo de papeles, que entregó á Pimentel. Esas son cartas de don Bernardo á su hermana, á mi madre, en las que despues de hacerle saber su llegada á Valladolid bajo el apellido Valladares, la pide entrevistas secretas, á fin de valerse de su cariño fraternal en la conquista, ya comenzada, de una señora amiga suya, hija de ilustres magnates.

—La heredera de los duques de Medina, repuso el doctor temblando: ya sé que don Bernardo la amaba. ¡Oh! Si fuese cierto que era hermano de tu madre.....

—Leed sus epístolas..... leed así mismo las contestaciones de su hermana, cuya letra no habreis olvidado..... y luego..... ahí encontrareis mi fé de bautismo.

—¡Tú!.... ¡Tú mi hijo!.... articuló Pimentel bamboleándose como un hombre embriagado..... ¡Misericordia!

Dobláronse al mismo tiempo sus piernas, sus manos abandonaron los papeles, que estrujaban convulsivamente, y el baston que le servia de apoyo, y cayó en manos de Rodrigo Perez Zapata.

—Señor calabocero, gritó Pedrillo acercándose á la puerta del encierro, dadnos ayuda, supuesto que por lo visto se muere mi padre.

El carcelero no oyó sin duda estas voces, porque ningun socorro recibió Pimentel. Volvió no obstante á la vida al cabo de tiempo, recibió nuevamente el legajo de papeles, así como el baston de manos de Pedrillo, y dijo al ex-familiar de la Inquisicion:

—Es preciso que yo vea al rey ahora mismo. Acompáñame á palacio.

Y ambos salieron del calabozo, en tanto que murmuraba Pedrillo:

—Ya sabia yo que esta entrevista me proporcionaria el indulto.

# CAPÍTULO XXX.

La hora del doctor, la del infante y la del bandido.



L dia siguiente presenció Madrid uno de esos repugnantes espectáculos, á que tan aficionado se muestra siempre el vulgo.

No lo describiremos aquí, contentándonos con poner en noticia de nuestros lectores, que sus antiguos conocidos el Vizco, Pedrillo y el Atravesao sufrieron solemnemente la pena de horca en la plaza de la *Cebada* de nuestra villa y corte. Sus cadáveres fueron descuartizados y espuestos en diferentes sitios de las afueras de la poblacion, para escarmiento de malhechores, y el pueblo se gozó muchísimo con aquella justicia del rey, que le libró de los *Hermanos del Guadarrama*.

Tal fué el desastroso término de los principales gefes de aquellos antiguos y temibles *Mendigos*, que en los últimos años del reinado de Felipe el *Animoso*, y mientras ocupó el trono Fernando VI, cubrieron de luto con sus misteriosos crímenes á la capital de la monarquía española.

Y sin embargo, Pimentel, lleno de angustia, de desesperacion, de remordimientos, habia volado al alcázar, seguido de Perez Zapata, que le allanó todos los obstáculos, á fin de que pudiese penetrar en el cuarto del rey: pero éste se habia manifestado inexorable, y ni las súplicas de la infanta doña María, ni las de doña Isabel, que nada podian negar al médico, fueron bastante poderosas para arrancarle una palabra de perdon para Pedrillo.

—Al indulto de ese criminal, habia dicho, debe acompañar el de los otros dos, y un monarca no puede hacerse cómplice de sus delitos amparándolos. Si mi hijo, si el infante don Gabriel estuviese condenado á muerte por haber sido *Hermano del Guadarrama*, firmaria su sentencia, como he firmado la de esos tres bandidos.

Pimentel se retiraba cabizbajo y tembloroso, con la muerte en el corazon, cuando supo que el rey le llamaba. Volvió pues á reanimar un rayo de esperanza su contristado espíritu, y entró de nuevo en la régia habitacion. Don Cárlos se paseaba agitadísimo, y al verle se dirigió hácia él, diciendo:

—Doctor, os necesito y no parece sino que la Providencia os ha conducido aquí.

—Mandad, Señor, murmuró el médico entre satisfecho y angustiado.

—Os he citado á mi hijo, al negaros el indulto del vuestro, añadió el monarca: pues bien, el infante don Gabriel padece y yo confío en vuestra ciencia; se me figura que está muy malo; quiero que le veais ahora mismo.

—¡Ahora mismo, Señor!

—Sí..... sí..... porque no puedo sosegar mientras le vea así.

—¡Y mi hijo!.... ¡Mi hijo, que va á ser puesto en capilla!

—Olvidadle, doctor Pimentel: mis deberes me ordenan desechar vuestra súplica: no se hable mas de eso y pedidme en cambio todo lo que se os antoje.

—¿Qué puede antojárseme en cambio de la vida de un hijo?

—Es un hijo que no deshonra vuestras canas, porque se ignora que sois su padre. A nadie repitais esa tristísima historia; que nadie la sepa.

—Sábela Dios.

—Y él os la tomará en cuenta, para premiar vuestras virtudes. Seguidme.

—¿A dónde, Señor?

—A la cámara del infante don Gabriel.

—Este rey no tiene entrañas, murmuró con ira Pimentel, siguiendo á don Cárlos.

El infante se hallaba ya en su lecho, pero no dormia; estaba leyendo y enmendando con lápiz las últimas páginas de su preciosa traduccion del *Salustio*, trabajo concienzudo y esmerado, que habia absorvido por espacio de año y medio todas las facultades intelectuales de su rica y lozana imaginacion. Al ver á su padre, dejó los papeles á un lado y le pidió con respeto la mano para besársela.

Don Cárlos le dijo entonces enternecido:

—Esas tareas os aniquilan, hijo mio; debeis cuidar algo mas de vuestra salud.

—Mi salud es bastante buena, padre y Señor, contestó don Gabriel con lánguido acento; os doy un millon de gracias por vuestros afectuosos cuidados, y para corresponder á ellos debidamente os digo que mi traduccion predilecta está ya terminada, y que este será el último trabajo literario de mi vida.

—No exigimos tanto, infante; la distraccion que proporcionan las letras siempre es útil y provechosa para el cuerpo; pero solo como distraccion y de ningun modo como faena. ¿No os parece así, doctor?

—El infante, replicó éste, necesita el estudio como un pasto indispensable para su fantasía.

Don Gabriel se sonrió tristemente y don Cárlos repuso dirigiéndose á su hijo:

—Es inútil que yo busque aliados entre los alumnos de Mi-

nerva. Aquí teneis, infante, á uno de los hombres mas sabios de nuestros reinos, y que solo porque es sabio, y á pesar de ser médico, te recomienda el estudio como alimento de tu espíritu. Sea como él lo afirma, pues no pretendo disputar contra su ciencia: lo único que deseo es que examine tu situacion, que estudie tu enfermedad y que te restituya la salud.

—Señor, murmuró en voz baja Pimentel al oido del monarca; acuérdese V. M. de mi desventurado hijo, que va á morir.

—No hablemos de eso, doctor, le respondió don Cárlos: la justicia es antes que todo.

—¿Sereis tan justiciero que desoigais mi ardiente súplica?

—Sí, por mucho que me duela. ¿Os negaria el perdon, si mi conciencia no lo prohibiese? Contra mi conciencia, nada.

—Está bien; hágase la voluntad de Dios.

—Mucho me complace veros al fin resignado.

—¡Oh! Sí; resignado..... resignado estoy.

—Y ahora ¿qué me decís del infante?

Pimentel se acercó al lecho temblando, tomó el pulso á don Gabriel, examinó su pecho, y mirando fijamente al rey le dijo:

—Una irritacion desatendida, que pudiera degenerar en crónica pertinaz: la curacion es fácil.

—¡Ah, doctor! me dais la vida, esclamó don Cárlos, porque realmente abrigaba sérios temores.

—Abrigaos bien esta noche, infante, porque hace mucho frio, dijo Pimentel al enfermo. Mañana será otra cosa.

Salió en seguida de la cámara con el rey, y al despedirle éste con el mayor afecto, le preguntó:

—¿No me habeis engañado para ahorrarme un terrible pesar? ¿Se restablecerá la salud del infante?

El médico tardó en contestar; mas por último murmuró inclinándose profundamente:

—He dicho, Señor, que mañana será otra cosa:

No bien hubo salido del palacio real, cuando, dirigiéndose con precipitacion hácia el coche, se encontró con Zapata que estaba esperándole.

—¿Traeis buenas noticias? ¿Ha sido indultado?

—Llevadme á casa, le contestó Pimentel, apretándole convulsivamente el brazo: tengo una calentura horrible..... es preciso que me meta en cama.....

Llegados á la calle del *Ave María*, la señora Dorotea, que, á pesar del frio glacial de la noche y del agua que caia á torrentes, no se habia separado un punto de la ventana, bajó presurosa á abrir la puerta. Pimentel subió á su habitacion en brazos del ex-familiar y del ama de gobierno, porque ya no podia sostenerse, y no bien le colocaron en su lecho, cuando le acometió un horrible delirio, que le duró bastantes horas.

A fuerza de cuidados y de perseverancia de las dos únicas personas que le asistian, se calmó hácia el amanecer, y pidió que le llevasen su libro de oraciones, en el que leyó largo tiempo. Despues llamó á Zapata y le dijo:

—Los minutos de mi vida están contados, y á las once dejaré de existir. No tengo herederos, porque el único..... ya has podido sospecharlo desde anoche..... en fin..... el rey.....

—¡Cómo! esclamó el ex-familiar. ¿Con que es cierto que no le ha perdonado?

—Cierto es, Perez Zapata, cierto es; pero desgraciadamente estamos en paz.

—¡En paz!

—Sí..... sí..... hijo por hijo.

—¿Qué quereis decir?

—Nada..... nada.....

—Hablad por Dios.

—¡Por Dios!... Por ese Dios santo y bendito, que pronto va á juzgarme, hablaré. Anoche..... ya lo sabes, pedí al rey el indulto para mi hijo, y el rey me lo negó. Despues..... como si no me bastaran mis propias desdichas, intentó abrumarme con las suyas; condújome á la estancia del infante don Gabriel.....

—¡Cielos!.....

—¿Imaginas que he envenenado al infante?

—No..... no..... doctor Pimentel..... no lo imagino..... pero un triste presentimiento me dice.....

—¿Que don Gabriel va á morir? Si eso te dice el corazon, no te engaña. A las once ajusticiarán á mi hijo; á las once se extinguirá la vida del hijo del rey..... hijo por hijo..... estamos en paz.....

—Pero no os comprendo, doctor. ¿Teneis por ventura alguna parte en esa muerte?

—¿En cuál?

—En la del infante.

—La misma que el rey tiene en la de Pedrillo.

—Lo que ha hecho el rey es no perdonar á vuestro hijo.

—Lo que he hecho yo es no perdonar al suyo.

—¡Jesús!... ¡Qué vais á descubrirme!

—Lo que debes oir, para que no lo ignore el rey don Cárlos. Anoche era yo tambien poderoso; quiero que se lo digas así.

—Esplicaos algo mas.

—El infante don Gabriel se moria y todos los médicos de España reunidos no hubieran podido salvarle. Solo yo.....

—¿Qué?.....

—Pero yo tambien queria salvar á mi hijo.

—Acabad.

—¡Oh! Si el rey me hubiese concedido su indulto.....

—¿Qué hubierais hecho?

—Hubiera perdonado por mi parte al infante don Gabriel.

—¿Estaba eso en vuestro poder?

—Estaba.

—¿Conociais el remedio para su mal?

—Si anoche se lo hubiera aplicado, hoy estaria fuera de todo peligro.

—¡Ah! ¿por qué no lo hicisteis?

—Porque no lo quiso el rey.

—¡El rey! es imposible.

—¿Imposible? ¿Pues no es cierto que despreció mis dolores?

—Doctor Pimentel..... os habeis vengado.....

—Sí..... sí..... me he vengado..... hijo por hijo.

—Arrepentíos ó temblad..... el Dios de misericordia y de justicia os está escuchando..... no le irriteis..... acojeos á su clemencia y si aun es hora.....

—¿Hora de qué?

—De reparar el tiempo perdido..... de salvar al infante..... ¿No me oís? Pensad en la otra vida..... en que pronto vais á dar exacta cuenta de vuestras obras.....

—¡Oh! Desde que me despedí del rey me martiriza ese pensamiento aterrador.

—No os mostreis sordo á sus gritos..... hablad..... dictadme la receta..... yo la escribiré..... yo volaré al real alcázar y..... en vuestro nombre.....

—Zapata..... me arrepiento..... Don Gabriel vivirá..... Dios..... solo Dios es capaz de comprender mi sacrificio..... escribe.

El ex-familiar corrió á la mesa de Pimentel y ya se preparaba á trazar lo que este debia apuntarle, cuando llegó á los oidos de ambos el lúgubre tañido de las campanas de las parroquias de Madrid, que anunciaban á sus habitantes la justicia del rey.

Al mismo tiempo se presentó la señora Dorotea en la habitacion, rezando una oracion por las almas de los que iban á morir.

—¿Por qué tocan? preguntó el enfermo con alterada voz.

—Por los reos que estaban en capilla, contestó el ama de gobierno. Dios les haya perdonado.

—¿Han muerto ya?

—Ya los llevan á la horca.

Pimentel se revolvió en su lecho como un condenado, y Rodrigo Perez Zapata corrió hácia él gritándole:

—La receta, doctor, por la salvacion de vuestra alma..... tened piedad de vos mismo.....

Pero Pimentel no le oia; á su agitacion nerviosa y desesperada habia sucedido una inmovilidad completa: tenia los puños apretados y las facciones descompuestas y lívidas. Parecia como que

rezaba, porque agitaba sus labios un estremecimiento convulsivo.

En vano fué que Zapata le requiriese de nuevo, á fin de que, como buen cristiano y hombre de honor, indicase los medios de librar de la muerte al infante don Gabriel. Ninguna palabra salió de su boca por espacio de mas de diez minutos. Por último se sonrió diabólicamente, y lanzando poco despues una horrible carcajada, esclamó con fuerza:

—Así lo ha querido el rey..... Hijo por hijo.

Al mismo tiempo cesó de existir.




Así lo ha querido el rey..... Hijo por hijo.

# CAPÍTULO XXXI.

La herencia del doctor.

A la misma hora en que espiraban el malhadado Pedrillo en la horca y el doctor Pimentel en su lecho, se oian recios golpes aplicados á la puerta esterior de la casa de este último.

La señora Dorotea, llorosa y angustiada, bajó á abrir, y supo que llamaban al médico de órden del rey. El emisario ó los emisarios de S. M. se enteraron por su parte de que aquella órden no podia cumplirse, supuesto que el doctor se hallaba en el último trance de su vida.

¿Qué grave suceso ocasionaba la determinacion de don Cárlos? Ya debemos presumirlo.

En efecto, el infante D. Gabriel estaba agonizando, y la ciencia no descubria medio alguno de prolongar, ni aun por espacio de un solo dia, aquella existencia preciosa, esperanza y orgullo de su padre. Bajó pues á la tumba el amado príncipe, al mismo

tiempo que se presentó el presidente del Consejo de Castilla á participar al rey que los tres *Hermanos del Guadarrama* habian pagado su merecido, quedando satisfecha la vindicta pública.

Tambien la venganza y el pronóstico de Pimentel acababan de cumplirse.

Hijo por hijo..... el hijo del rey por el suyo..... el infante por el bandido.

Otras consecuencias, mas fatales para España, produjo tan infausto suceso.

Inconsolable don Cárlos por el doloroso golpe que habia recibido su corazon, empezó á decaer visiblemente en su salud, de una manera alarmante para toda la real familia, cuyos cariñosos cuidados no podian hacerle olvidar aquella inmensa desgracia.

Pero no anticipemos malas nuevas.

El primer cuidado de Rodrigo Perez Zapata, tan luego como se convenció de que el doctor Pimentel habia cesado de vivir, fué disponer lo conveniente para dar á su cuerpo digna sepultura. Y como esta obra de caridad le ponia en el caso de conocer con exactitud los medios disponibles con que contaba para cumplirla, determinó practicar un escrupuloso registro en los cajones del escritorio y en los de una enorme cómoda que adornaba la sala del difunto. Llamó al efecto á la señora Dorotea, que, abrumada bajo el peso de un verdadero dolor, lanzaba hondos suspiros por la pérdida de su buen amo, y no queria presenciar los tristes preparativos que preceden siempre á la salida de un cadáver para el cementerio.

Presentóse al fin recelosa y compungida en la sala, no tanto impulsada por su buena voluntad, como temerosa de los juramentos de Rodrigo, quien al verla se dirigió á su encuentro y la dijo:

—No es esta ocasion de llorar, señora dueña, sino de saber lo que debe hacerse.

—¿Y qué debe hacerse? preguntó ella temblando y sorbiéndose un diluvio de lágrimas.

—Lo primero, repuso Zapata, averiguar á cuanto monta la hacienda del finado.

—¿Y no temeis que la justicia.....

—La justicia nada tiene que hacer aquí. Estamos solos y podemos registrarlo todo: si hay testamento, se cumplirá la voluntad del doctor; de lo contrario, nosotros somos los herederos. ¿Qué hay que replicar á estas razones?

—Nada, nada, por mi conciencia. Ya veo que hablais como un libro.

—Pues démonos prisa y pronto saldremos de dudas.

Hiciéronlo así, dando principio por los cajones de la cómoda, en los que hallaron dos talegas de mas que regular tamaño, repletos de onzas nuevas, con el cuño del monarca reinante.

—¡Hola! esclamó Zapata con los ojos chispeantes de alegría: esto ya es algo y no empezamos mal.

—En efecto..... eso es oro..... murmuró temblando de emocion y de codicia la señora Dorotea.

—Oro puro, replicó sentenciosamente el ex-familiar.

—Pero..... ¿creeis, observó con timidez la dueña, que podemos apropiárnoslo sin temor de Dios?

—¡Que si podemos!.... Distingo: con tal que no haya por ahí algun testamento ó cosa parecida que disponga otra cosa, estos dos talegos nos pertenecen, por la sencillísima razon de que los hemos encontrado y no tienen dueño.

—¿Y si hay papeles?

—Si hay papeles, señora Dorotea, veremos lo que dicen, y si en ellos se nombra la persona á quien deba entregarse ese caudal, será entregado religiosamente, porque me precio de buen católico y hombre de bien. El doctor se portó conmigo á las mil maravillas, mi amigo Gonzalo, á quien Dios haya perdonado sus culpas, le sirvió fielmente y yo no he de ser menos.

—Con que es decir..... repuso la señora Dorotea, que esas onzas tan brillantes y tan hermosas irán á parar á otras manos.....

—Si hay heredero, suyas serán, despues que se paguen las honras y la sepultura del honradísimo doctor Pimentel.

Cerró, esto dicho, Zapata los cajones de la cómoda y se dirigió al escritorio, seguido de la señora Dorotea, que á duras penas disimulaba el mal efecto que habian producido en su ánimo las últimas palabras de su interlocutor.

Éste abrió el mueble, lo registró con la mayor escrupulosidad y solo halló en él varios cuadernos y papeles con observaciones y recetas para diferentes enfermedades.

—Nuestro es, dijo con júbilo la señora Dorotea, al enterarse de que ninguno de aquellos escritos revelaba la última voluntad del doctor.

—¿A qué llamais nuestro? la preguntó Zapata prosiguiendo en su registro.

—Al oro de la cómoda, respondió la dueña con resolucion. Se me figura que hasta ahora no ha aparecido ningun heredero.

—Es verdad, señora Dorotea; pero puede parecer cuando menos se necesite.

—¿Cómo así?

—¡Bah! Se conoce que estais muy poco ducha en estas cosas. Tened pues entendido que estos muebles son los depositarios de los mas recónditos secretos, y que casi todos ocultan algun cajon ó escondite ignorado. Es preciso ver si en efecto se parecia el doctor Pimentel á esas coquetas de gran lustre, que esconden los billetes de sus amantes dentro de las almohadillas, en que trabajan á presencia de sus maridos.

—Yo creo que hemos hecho bastante, observó la dueña, y no es ciertamente nuestra la culpa, si el secreto ó escondite es tal que no podamos descubrirlo.

—Es que..... no hemos agotado todos los recursos.

—Señor Zapata, lo mejor seria dejar las cosas como están.

—¿Y la conciencia?

—La conciencia nada tiene que echarnos en cara.

—Yo pienso de otro modo: los bienes mal adquiridos tarde ó temprano son el tormento de quien los posee.

—Pero ¿de dónde sacais, señor Zapata, que son mal adquiridas esas onzas?

—Pronto lo veremos; si no doy con el misterio del escondrijo, haré pedazos el mueble y entonces saldrán sus tripas al aire; porque no lo dudeis, señora Dorotea, ó tripas hay aquí dentro ó yo no conocia bien al difunto, cuyo carácter y método de vida..... ¡Ah!

—¿Qué es eso?.... ¿Qué teneis?

—¿No os lo aseguraba? Hé ahí el resorte del departamento que busco... Esperad que apriete..... duro está..... no..... no..... consiste en que debo empujar hácia el otro lado..... eso es..... ya cede.... ya se abre la tapa del..... ¿lo quereis mas claro, señora Dorotea?

Ésta no respiraba, y al observar que Zapata acababa de descubrir un cajoncito secreto practicado en el fondo del escritorio, estuvo á punto de perder el sentido. La codicia sin embargo le infundió valor, y aunque pálida y desconcertada, halló en su ánimo bastantes fuerzas para decir á Zapata, al mismo tiempo que éste ponia ante sus ojos un abultado paquete en forma de pliego:

—¿Por qué no quemais eso en el hogar? Entregádmelo y lo vereis muy pronto reducido á pavesas.

—Imposible, respondió Zapata. Leed, leed aquí encima.

—¡Que lea! No es mala vuestra pretension. ¿Quién os ha dicho que entiendo de garabatos?

—Pues bien, yo lo haré.

Y acercándose con el pliego á la señora Dorotea, pronunció con acento solemne estas palabras que se hallaban escritas en la cubierta:

—Este es mi codicilo, ó la espresion de mi última voluntad.

—¡Válgame Ntra. Sra. de la Almudena! murmuró el ama de gobierno en voz baja. ¡Pensar que una podia ser rica al primer golpe y desvanecerse como el humo tan magníficas esperanzas.

—Vamos, vamos, repuso el ex-familiar: no hay que echarlo todo á mala parte; el testamento está aquí y no creo que el doctor os haya olvidado en él.

—Sí; alguna manda..... miserias..... tal vez lo necesario para mercar un vestido de luto en memoria de su nombre.

—Veámoslo.

Y Rodrigo, sin el menor escrúpulo, rompió la cubierta del pliego. Mas ¡cuál fué su admiracion, al encontrarse con otra lacrada y sellada por ambos lados, y sobre la cual se leia en caractéres gruesos: PARA ENTREGAR AL REY NUESTRO SEÑOR, A QUIEN DIOS GUARDE!

La señora Dorotea se mordió los labios y preguntó á Zapata de malísimo talento:

—¿Es eso todo?

—Ya lo estais viendo, respondió el interpelado.

—No tal: lo que yo veo, ó lo que se me figura es que el rey don Cárlos va á heredar las flamantes onzas del doctor.

—Apostaria á que no vais muy fuera de camino: solo que, como S. M. no necesita oro y eso debia saberlo perfectamente el difunto, parece probable que ese dinero debe estar destinado para alguna buena obra, de las muchas en que se ocupa constantemente nuestro monarca.

—Ya: con tal que el oro caiga en sus manos.

—¿Pues no ha de caer, señora Dorotea? Es decir, con tal que así lo haya dispuesto el finado.

—¿Y si nó?

—¡Toma! Si nó, claro es que no.

—De modo que si suponemos.....

—¿Qué?

—Que ese papelote no ha aparecido ahí.....

—El caso es que ha aparecido.

—Corriente; pero si lo echamos al fuego, como antes dije, el resultado será.....

—El resultado será que habremos cometido un robo.

—¡Un robo!.... ¡Bah! Ese oro será nuestro.

—No: lo ha sido hasta el hallazgo de la última voluntad del doctor; ahora no sabemos de quien es.

—Por esa misma razon repito que nos pertenece.

—Nos pertenecerá, si el pliego no declara á quien debe entregarse.

—Averigüémoslo sin tardanza.

—Eso le toca al rey.

—¡Ah! ¡Qué necio sois, señor Rodrigo! ¿Se os oculta por ventura que dentro de esa cubierta ha de haber precisamente el nombre de un heredero?

—¡Y qué! ¿Tan pervertida estais que, abrigando esa creencia, persistís en quemar el escrito? Negadme ahora que me proponeis un robo.

La señora Dorotea quedó abrumada bajo el peso de la concienzuda lógica del ex-familiar; pero imaginó salir del atolladero apelando al último recurso que le quedaba para convencer á su interlocutor.

—Quiero quemarlo, le dijo serenándose, para que nosotros mismos ignoremos lo que contiene.

—Pero no lo ignorará Dios, replicó Zapata indignado, y tampoco ignorará nuestra accion vituperable, ni el crímen que á su sombra cometeremos, apoderándonos de ese oro, que indudablemente no se ha puesto allí para nosotros dos. Hay mas, señora Dorotea: la divina Providencia descubrirá tarde ó temprano ese crímen.

—¿Cómo, si estamos solos?

—No lo sé, ni me importa saberlo: lo descubrirá, porque todo lo descubre, por mucho que se esconda á las pesquisas de la justicia de la tierra. ¿Y á dónde os parece que nos llevaria ese descubrimiento, señora Dorotea?

—Teniendo buenas onzas, á ninguna parte.

—Primero á la horca, en que han purgado su mala vida los *Hermanos del Guadarrama*, y despues al infierno.

—¿Es decir que os habeis propuesto asustarme á vuestro sabor.....

—No: me he empeñado en que me ayudeis.

—Esplicaos antes.

—Con cuatro palabras que pronuncie, me entendereis. En primer lugar cerraremos bien la cómoda, y despues todas las ventanas y puertas de esta casa.

—¿Para qué?

—Para que al verla así cerrada, á nadie le ocurra llamar ó ó entrarse de rondon en ella.

—Mas no comprendo.....

—En seguida me acompañareis.

—¿Estais loco? ¡Acompañaros! ¡Salir á la calle!

—Es preciso, por vuestro propio bien, señora Dorotea.

—Pero..... ese cadáver.....

—¡Oh! No os dé cuidado: hoy mismo recibirá la conveniente sepultura.

—¿Y á dónde hemos de ir nosotros?

—A palacio.

—¡A palacio! Cuando digo que teneis trastornada la mollera...

—No hay remedio: debemos entregar al rey la última voluntad del doctor.

—Entregádsela vos, si quereis: por mi parte no me muevo de aquí.

—Así sea, supuesto que lo deseais: os advierto sin embargo que en ello nada ganareis y que por el contrario estais espuesta á perder mucho.

—¿Cómo así?

—En primer lugar, es de suponer que S. M. nos recompense por nuestra honradez y fidelidad á toda prueba, y si no vais conmigo.....

—Entiendo: la recompensa será toda para vuestro provecho.

—Habeis dado en el blanco, señora Dorotea. Mas no es eso solo.

—¡Ah! Proseguid.

—Ya habeis oido lo que debe acontecer en primer lugar.

—¿Y en segundo?

—En segundo..... como yo no puedo llevarme esos dos talegos de onzas, sin esponerme por ahí á un mal encuentro, y como tampoco me conviene dejarlos á vuestra disposicion, os encerraré en la cueva de la casa, ya que tanto apego mostrais á sus paredes.

—¡Encerrarme! esclamó exasperada la dueña, ¿Sabeis lo que decís, señor Perez Zapata?

—¡Eh! no levanteis la voz con mil diablos, porque alguno puede oiros y creer que os asesinan.

—Se me figura que sois muy capaz de hacerlo.

—Dejémonos de historias y contestadme una vez por todas. ¿Quereis tomar parte en la buena accion que os propongo y en el premio que merezca alcanzar del rey?

—No; mil veces no..... la mitad cuando menos de ese oro me corresponde, y he de alborotar la vecindad y el barrio enteró, si es menester, para que se reconozcan mis derechos.

—Callad, maldecida, si no quereis morir.

—¿Que calle? No por cierto..... ahora lo vereis.

Y dirigiéndose hácia la ventana aquella codiciosa muger quiso abrirla de par en par, con propósito de pedir favor á las gentes que pudiesen oirla. Perez Zapata, que no perdia uno solo de sus movimientos, se interpuso, impidió que echase mano á la falleba y sujetándola fuertemente por la cintura con el brazo izquierdo, le tapó con la mano derecha la boca para que no gritase. Entonces se empeñó entre ambos una lucha de fuerzas, que debia decidirse de una manera desastrosa.

La dueña, convertida en furia, se desasió por un desesperado esfuerzo de los brazos que la sujetaban, y arrojándose á las piernas de su adversario, le hizo perder el equilibrio y dar con su cuerpo en tierra. El golpe aturdió á Zapata y no pudo evitar que aquella arpía, embriagada por el placer de tan reñido combate, le echase las dos manos á la garganta y se la apretase con todas sus fuerzas. Entonces conoció á su pesar que se las habia con una indómita pantera, con un demonio disfrazado de muger, y

que solo Dios y su serenidad podian salvarle. Hízole pues el peligro cobrar alientos, y sin cuidarse de libertar su garganta de los garfios que la oprimian, descargó con el puño cerrado un tremendo golpe sobre la sien derecha de su enemiga. Tocóle á esta la vez de quedar aturdida y desconcertada, perdieron sus manos la tirantez, la fuerza convulsiva que la rabia les habia comunicado y Zapata pudo respirar y recobrarse. Púsose en pié al punto y se abalanzó á la dueña para sujetarla de nuevo, pero ella no le dió lugar á que realizase su designio, porque, no obstante el intenso dolor y el terrible mareo que en toda su máquina habia producido la descomunal puñada del ex-familiar, tuvo bastante presencia de espíritu para arrastrarse como una serpiente enroscada hasta la puerta del aposento, y aunque Zapata corrió hácia ella, no pudo alcanzarla hasta la cocina, donde ya la encontró esperándole armada con un afilado cuchillo.

Rodrigo, antes de dar principio á un ataque sangriento, en el cual todas las ventajas debian favorecerle, quiso entrar en negociaciones con la señora Dorotea. Pero esta empuñaba el cuchillo con diabólico frenesí y parecia dispuesta á hundirlo hasta el puño en el pecho de quien acababa de maltratarla tan despiadadamente. Rodrigo por lo tanto echó mano á su puñal y adelantándose hácia ella con resolucion, la dijo:

—¿Quereis seguirme á palacio, muger de Satanás?

—¿Quereis abandonar esta casa inmediatamente, seo guapo? le contestó aquella furia, arrojando espuma por la boca.

Y sin esperar la resolucion de Zapata, avanzó de un salto contra él, é indudablemente le hubiera atravesado con su cuchillo, si el ex-familiar, que estaba muy en guardia, pues sabia por la reciente lucha con quien tenia que habérselas, no hubiese esquivado el cuerpo á la acometida, describiendo un semicírculo para colocarse rápidamente á espaldas de su enemiga. Ésta se encontró entonces cogida en sus propias redes, porque antes que pudiera dar la vuelta para herir á Rodrigo, sintió que una mano de hierro le sujetaba la muñeca derecha sin permitirle manejar

el cuchillo, al paso que la punta del puñal se apoyaba con insistencia en su garganta. En tan apurado trance solo tenia un medio á su eleccion. Si capitulaba podia abrigar la esperanza de que se volviesen las tornas contra Zapata, ó en último caso obtener la parte correspondiente en los beneficios y mercedes del rey; si, por el contrario, se movia para hacer nuevo alarde de sus fuerzas, era mas que probable que aquella punta mortífera, cuya frialdad helaba ya la sangre de sus venas, se introdujese en su cuello, porque su vencedor se mostraba irritadísimo y parecia como preparado á degollarla. Apeló por consiguiente al mejor partido, y, abriendo la mano, dejó caer el arma al suelo.

—No basta, murmuró sordamente Rodrigo.

—¿Qué mas quereis? le preguntó la dueña aparentando mansedumbre, á pesar del desesperado encono que hervia en su corazon.

—Quiero encerrarte como á una perra sarnosa.

—¡Dios mio! ¿No estais contento con haberme maltratado? Conozco que he obrado mal acometiéndoos con ese cuchillo; pero al verme escarnecida, golpeada..... ¿qué remedio? Cegóme la ira, que es muy mala consejera y..... en fin, todo se ha concluido y podeis disponer de mi persona á vuestro antojo; como que habeis ganado la partida.....

—Así me gusta escucharos; no hay cosa mas horrible en una muger que los arrebatos y la indocilidad.

—¡Eh! Dejaos ahora de sermones y tratemos de lo principal. Sois quien manda y solo me toca obedeceros.

—¿Tratarás de engañarme?

—Si pudiera hacerlo, no digo que no. Mas vos estais armado y yo..... sin fuerzas, casi estenuada de tanto bregar..... Llevadme pues á la cueva ó á donde quisiereis, encerradme bien y luego... haced tambien de modo que me ahorquen, si así os agrada.

—¿Qué me importa todo eso, señora Dorotea? No haceis mas que charlar en pura pérdida. Lo que interesa para la salud de vuestra alma y la de vuestro cuerpo es que os deis á partido sin

gazmoñerías ni embelecos. Insisto en mi primer propósito, y no hay escapatoria. O á palacio conmigo ó á la cueva atada de piés y manos.

—Ya que me dais á escoger, prefiero acompañaros.

—Que me place; pero escuchad bien mis últimas palabras.

—¿Cuáles son?

—Si dais un paso para huir, ó una voz para alarmar á la gente que encontremos por esas calles, os alcanzará mi puñal.

—Quedo enterada.

—Si mi puñal no llega á tiempo, gritaré *favor al rey* y al punto os prenderán.

—¿Y luego?

—Enterado el rey de la treta que habeis querido jugarle con las onzas del doctor, mandará que seais azotada en todas las plazuelas de Madrid.

—¿Y despues?

—¡Oh! el verdugo apretará tan de firme con la penca en vuestras espaldas, se entiende por mi recomendacion, que probablemente morireis en el castigo.

—Pues vámonos á palacio.

—Cerremos antes el escritorio y la casa, supuesto que los cajones de la cómoda están seguros.

Así lo hicieron, y guardando cuidadosamente Zapata el pliego, ó mas bien el paquete cerrado que al principio de su lucha con la señora Dorotea habia caido al suelo, salieron ambos silenciosamente de aquella casa y tomaron el camino de palacio, pensativa la dueña, y atento el ex-familiar á sus mas indiferentes acciones.

# CAPÍTULO XXXII.

Utilidad de no ceder en las disputas, é inconvenientes de encontrarse con antiguos conocidos.

A pesar del profundo dolor que agobiaba al rey don Cárlos, desde el terrible momento en que vió cadáver en sus brazos al malogrado infante don Gabriel, no consintió que sus consejeros descuidasen un punto los vastísimos planes de engrandecimiento y de mejoras, que con incansable perseverancia habia combinado para la española monarquía.

Dos grandes proyectos le ocupaban principalmente, cuando plugo al cielo probar la virtud y fortaleza de su ánimo, con el inesperado golpe que acababa de asestarle. Era el primero llevar á cabo su resolucion, madurada hacia ya mucho tiempo, de poner un dique incontrastable al estenso predominio de la Inquisicion, cuyas prerogativas hacian sombra al trono. Verdad es que Felipe II, cuyo celo religioso nunca osaron poner en duda los tribunales de la Fé, tuvo á raya sus exigencias en circunstancias la-

mentables, (1) pero no atacó de frente su poder, ni acudió al Papa para amenguarlo en los negocios que se relacionaban inmediatamente con la autoridad real. Celoso de sus derechos, como pocos monarcas cristianos, el hijo de Cárlos V necesitó atemperarse á lo que de su corazon esforzado reclamaban la seguridad del reino y el predominio de las armas españolas en Flandes. La Inquisicion era entonces el irresistible auxiliar de la corona contra el protestantismo, y el rey *Prudente* no podia chocar con ella, sin esponerse á introducir la guerra civil en todas sus posesiones del continente europeo. Pero los tiempos habian cambiado mucho desde aquella época, y no era hombre Cárlos III capaz de dejarse dominar por una institucion, que no solo disponia de las conciencias, sino que aspiraba á imponer su dictámen en los mas graves negocios del Estado. Otro asunto no menos importante para él, aunque de diversa índole, habia llamado constantemente su atencion. La capital del reino, colocada en punto mucho mas ventajoso que las antiguas cortes de Sevilla, Toledo, Burgos y Valladolid con relacion á las provincias, carecia sin embargo de frecuentes comunicaciones con algunas, y no de las menos importantes, por falta de buenos caminos, pues ocurria que en un mes ni aun en dos, nada se sabia en Madrid de los acontecimientos que tenian lugar en los reinos de Leon y de Galicia, ni en el principado de Asturias. Para remediar este perjuicio, dió entrada en su imaginacion el ilustrado monarca al pensamiento de abrir una carretera real por el corazon del *Guadarrama*, y ordenó desde luego su realizacion, destinando inmensas sumas á tan gigantesca obra.

Habia dispuesto que el consejo de Castilla le consultase acerca del primer punto que hemos enunciado al lector, precisamente el dia en que el infante don Gabriel se hallaba de cuerpo presente. Abis-

(1) Sabido es que la Inquisicion pretendió obligar á este monarca á que le entregase la persona de su hijo el príncipe don Cárlos, á quien tenia preso en su propia cámara. Don Felipe se negó enérgicamente á tan absurda exigencia, y por medio del secretario Antonio Perez arrancó del tribunal del Santo Oficio todas las piezas del proceso sobre herejía que este último estaba formando contra el desdichado infante.
*Nota del autor.*

mado el afligido padre por el reciente infortunio que laceraba su pecho, paseábase en su cámara con el semblante demudado y los ojos llenos de lágrimas, cuando sintió que tocaban suavemente á la puerta.

—Entrad, presidente, dijo parándose de pronto en medio de la cámara.

Abrióse la puerta y el conde de Aranda se adelantó respetuosamente.

—¿Qué hora es? le preguntó el rey.

—Las dos y media, Señor, contestó el presidente del consejo.

—Bien; ya os esperaba para oir el dictámen sobre las comunicaciones que deben dirigirse al Inquisidor general y al Papa.

—Señor, si el ánimo de V. M. no se halla en disposicion de entregarse á trabajos tan importantes, podria suspenderse la consulta: el dolor de V. M.....

—Mi dolor, conde, es el de un padre, que ama tiernamente á sus hijos, y mas que á todos, al que acaba de perder; pero debe subordinarse á las altas obligaciones que me ha impuesto la Providencia Divina en la gobernacion de mis estados. Tomad asiento y leedme la opinion del supremo consejo de Castilla, sobre el importante asunto que he sometido á sus luces y patriotismo.

Sentóse el conde de Aranda y dió principio á la lectura del dictámen, redactado en consonancia de los deseos del rey, si bien se aconsejaba á éste por aquella respetable corporacion, que era un verdadero poder del estado, una actitud amenazadora y resuelta respecto á la corte pontificia.

Escuchó don Cárlos silenciosamente hasta el fin, no sin que ahogados suspiros pugnasen muchas veces por interrumpir su atencion, llamándola hácia el doloroso motivo de angustia que sentia; pero supo sobreponerse con heróica firmeza á sus propios tormentos, y recapitulando punto por punto todos los que abrazaba el dictámen, para probar al presidente del consejo que lo habia oido sin perder una sílaba, le dijo:

—Adopto desde luego el parecer que acabais de leerme, por

lo que toca á las bases en que debemos apoyar las comunicaciones acordadas. La Inquisicion no puede continuar ejerciendo como hasta aquí una autoridad tiránica y absoluta, sus privilegios é inmunidades son incompatibles con la seguridad individual, y las jurisdicciones reales de mis tribunales ordinarios son nulas, mientras exista otro, que llame á su seno impunemente y sin distincion, así los delitos de herejía, como los de robo, ó cualesquiera otros de los llamados comunes. En el sentido de contrarestar esos privilegios injustos, que amenguan las facultades del trono, nuestro lenguaje no ha de pecar por débil ni apocado. Se hará la separacion correspondiente entre las faltas contra la religion y los demas escesos contra las leyes generales: de las primeras proseguirá entendiendo el Santo Oficio, que entre otras cosas, moderará la crueldad de sus sentencias, atemperándose á la época en que vivimos, muy diferente por cierto de las de Isabel I y de Felipe el *Prudente*. Los crímenes comunes pasarán sin cortapisa de ningun género á mis jueces ordinarios y alcaldes de casa y corte, haciéndose saber al Inquisidor general, que se abstenga de reclamar los sumarios. ¿Me habeis entendido bien, señor presidente?

—Espero, Señor, respondió el conde de Aranda, que V. M. quedará satisfecho de la exactitud con que seguiré las instrucciones que acaba de comunicarme.

—De acuerdo ya sobre lo principal, repuso el rey, pasemos á lo secundario.

—Comprendo perfectamente lo que V. M. quiere dar á entender.

—Es decir, conde, que no aprobais del todo la opinion del consejo.

—Si he de espresarme con la sinceridad de un súbdito fiel, debo manifestar que no estoy enteramente conforme con el dictámen.

—¿No habeis declarado vuestro parecer?

—He hecho mas, Señor; lo he sostenido.

—Comprendo perfectamente, conde. El mayor número de votos os ha hecho callar.

—Así ha sucedido, Señor. Me he visto solo.

—Pues bien: no siempre acierta el mayor número: yo estoy con vos y se hará lo que aquí dispongamos. Esponedme vuestro modo de pensar, por si en algo no estamos de acuerdo.

—Creo, Señor, que el lenguaje de las comunicaciones debe ser digno, como lenguaje del ministro que representa á un gran monarca; pero de ningun modo amenazador ni agresivo. El derecho, no la fuerza, es la razon de los reyes. Debemos pues evitar la lucha, y en todo caso, si llega á entablarse, que no se nos acuse de haberla provocado.

—Conde de Aranda, quiero que vos mismo estendais las comunicaciones para el Padre Santo y para el Inquisidor general. Entienda sin embargo este último, que el tribunal del Santo Oficio ha de pasar, en el espacio de veinticuatro horas, á los alcaldes de casa y corte, todas las causas pendientes y fenecidas sobre delitos comunes.

—Voy á cumplir inmediatamente las órdenes de V. M. Será no obstante preciso que V. M. se digne escusarme de una obligacion, que aunque penosa, es muy sagrada para mí.

—No se me ha olvidado, presidente, ni los complicados deberes del gobierno pueden hacer que me desentienda de los martirios que sufro como padre. Vedme aquí tranquilo al parecer, ocupándome con vos en negocios que exigen mucho tino y sangre fria, y sin embargo.....

—El cielo os consolará, Señor, dijo el conde de Aranda levantándose.

—Sí, murmuró don Cárlos con abatimiento. Pero ¡perder de pronto una de mis mas dulces esperanzas!.... Dejadme solo, conde, pero volved con esas comunicaciones, para que las leamos, y..... ya que por nada podemos abandonar los negocios del reino, os concedo lo que me pedís. No acompañeis por lo tanto al panteon del Escorial el cuerpo del infante don Gabriel.

Salió de la estancia real el conde de Aranda, y don Cárlos volvió á recorrerla lentamente, abismado de nuevo en amargas

reflexiones, de las que solo podian ya distraerle, hasta el fin de su existencia, los cuidados del reino.

Al mismo tiempo que esto ocurria en la cámara del rey, llamaba la atencion de algunos servidores de palacio una acalorada disputa, que en el corredor principal, y no lejos de las habitaciones de la infanta doña Isabel, sostenian una muger y dos hombres. La primera, conocida ya del lector, no tomaba ciertamente gran parte en la contienda, porque el respeto al sitio en que se hallaba contenia sus ímpetus asaz belicosos: en cuanto á uno de los disputadores, que al parecer era su acompañante, y no pertenecia al servicio de la real casa, se las habia con el otro sin miramientos ni consideraciones, obrando como si se encontrase en su propio terreno. El tercer interlocutor era un ugier de semana.

—¡Cuando yo os lo digo! repetia este último por tercera ó cuarta vez. S. M. el rey, despues de la irreparable pérdida que ha tenido, no os recibirá, ni por mi parte puedo permitiros la entrada.

—Señor mio, contestaba el otro, respeto mucho la consigna que teneis; pero en toda consigna hay escepciones. Necesito hablar al señor rey don Cárlos, y le hablaré.

—Le hablaremos, le hablaremos, añadió murmurando la muger.

—¿De qué modo? repuso el ugier de servicio.

—Entrando en la cámara real, contestó algo amostazado su contrincante.

—Es que..... no entrareis.

—Es que..... entraremos.

—Sabré impedirlo.

—Vos no sabreis tal cosa.

—Sí por cierto, y en ello cumpliré con mi obligacion.

—Voy á convenceros de que estais equivocado.

—¡Habrá manía como ella! ¡Equivocarme yo!

—¡Ah! ¿Sois infalible?

—Lo soy por lo que toca al cumplimiento de las órdenes que recibo.

—Pues ahí está el negocio; en las órdenes, porque no sabeis interpretarlas.

—No; ni lo quiera Dios. Las órdenes no se interpretan.

—Acabais de confesar vuestra ignorancia.

—Santo y bueno.

—Luego, como antes os dije, os habeis equivocado.

—¿En qué?

—En detenernos aquí.

—Se me ha ordenado que nadie entre, y nadie entrará.

—Os he ofrecido convenceros de vuestro lamentable error.

—Convencedme pues, si podeis, con mil diablos, para que acabemos de una vez.

—Eso se llama hablar; ahora os reconozco por un hombre razonable.

—Gracias, gracias; no se trata de eso.

—Bien, bien: estoy en autos; se trata de deshacer una pequeña equivocacion, y por lo tanto.....

—¡Oh! le interrumpió la muger; en cuanto sepa este caballero lo que venimos á poner en manos de S. M.....

—Silencio, señora Dorotea: estas cosas son para los que las entienden. Mas ya que habeis roto la valla, proseguiré en el mismo tono. En efecto, venimos á entregar al rey nuestro Señor....

—¿Qué?

—Un pliego.

—¿Un pliego? Perfectamente: podeis entregármelo y haré que lo lleven al sumiller de corps, á fin de que, si le parece oportuno, lo mande entregar al señor presidente del consejo de Castilla.

—¿Y luego?

—Luego..... si cree el señor presidente que debe dar cuenta á S. M.....

—¿Y si nó?

—Si nó..... proveerá por sí mismo, en caso de que lo juzgue conveniente.

—Pues, señor, debo manifestaros una cosa.

—Hablad.

—Habeis elegido el camino mas largo para llegar á mi objeto, y por lo mismo no me acomoda.

—Es el que siempre se sigue, cuando S. M. no da audiencia pública.

—Ea, señor ugier, á un lado palabras huecas, ya que habeis convenido en dejaros convencer.

—Ya..... pero hasta ahora.....

—Pues voy á dar principio al negocio.

—En hora buena.

—En primer lugar, habeis oido que traigo un pliego.

—No hay duda.

—Para S. M.

—Para S. M. Adelante.

—Bueno: sabed ahora que ese pliego es importantísimo.

—Enterado.

—Y que le llamo importantísimo por lo que contiene.

—Lo supongo.

—Porque el hecho es que contiene.....

—¿Qué?

—Una cosa que no he leido, por la sencilla razon de que está cerrado y lacrado.

—¿Pretendeis burlaros de mí?

—¡Bah! ¿Qué ganaria en ello? Quiero, por el contrario, que me comprendais bien. El pliego, cuyo contenido ignoro, solo debe ser abierto por S. M., y aunque no lo he leido, sé que es muy importante lo que en él viene, porque al fin y al cabo es un testamento.

—¡Un testamento! Andad con Dios, buen hombre. ¿Imaginais, por ventura, que S. M. es notario de sus reinos y señoríos?

—Me falta añadir algo mas.

—Bastantes despropósitos habeis ensartado en poco tiempo.

—No importa, escuchadme con paciencia hasta el fin.

—Consiento: así como así, pasaré el rato divertido.

—Corriente: se me habia olvidado decir, que debo entregar el pliego en propias manos al rey nuestro señor. ¿Os convenceis ahora?

—No.

—¿Por qué?

—Respondedme primero, ¿quién os ha dado el encargo?

—Un cadáver.

—¡Demonio! ¿Habeis perdido la sesera?

—Un cadáver, repito. ¿No acabais de oir que es un testamento?

—Acabemos de una vez, porque ya estoy harto de vuestras sandeces.

—Acabemos de una vez, supuesto que así lo deseais, y por lo tanto permitidme que cumpla mi comision.

—Imposible de todo punto; os lo he repetido mil veces.

—Ya que tan testarudo os mostrais, señor ugier, no me queda mas remedio que revelaros un secreto.

—¡Ah! Un secreto..... Será otra chuscada como la vuestra. Hablad, hablad: me distraeré.

—Ese secreto es mi nombre.

—¡Vuestro nombre! ¿Qué apostamos á que, bajo esa maliciosa figura, se oculta un gran personage?

—Se oculta un servidor muy conocido de S. M. Me llamo Rodrigo Perez Zapata, he prestado ayuda en lances apurados á personas muy altas y entrañablemente queridas del rey, y aun á su misma justicia, y he de pasar á la real cámara, mal que os pese, porque lo que traigo aquí importa muchísimo á S. M.

—Y S. M. recompensará seguramente nuestro celo, y os castigará por el tiempo que nos haceis perder, gritó la señora Dorotea, á la que la firme actitud del ex-familiar infundia atrevimiento.

—¿El nombre de esta señora es tambien un secreto? preguntó el ugier á Rodrigo.

—¡Secretos yo con mi nombre! replicó ella con desparpajo. Sepa el palaciego que mi nombre es tan bueno como el mejor, y

que puede decirse en todas partes y á todas horas sin que el color de la vergüenza me salga á la cara.

—¡Oh! No lo decia yo por tanto, pero se me figura que, pues no lo habeis pronunciado.....

—¡Cómo se entiende! ¡Os atreveis á insultar á una honrada y pobre dueña en la misma casa de S. M.! ¿Qué manchas tiene el nombre de Dorotea Cotilla?

—Ninguna, ninguna que haya llegado á mis oidos. ¡Qué diablo! señora doña Dorotea Cotilla y señor don Rodrigo Perez Zapata, hacedme la merced de no amostazaros de ese modo, y tomad inmediatamente el portante hácia la escalera. No están lejos de aquí los aposentos de S. A. la infanta y pudieran oirse vuestras voces.

—¿De la infanta doña Isabel, habeis dicho? ¡Cuánto me alegro! esclamó Zapata. Os perdono vuestra obstinacion y vuestras chanzonetas, si me anunciais á tan hermosa y noble señora.

—¿Os conoce?

—¡Si me conoce! Os afirmo por mi cabeza que se holgará mucho de verme.

—Pues, amigo mio, siento con toda mi alma no poder complaceros. Estos dias son de luto en palacio y á nadie se ve.

—¡Ira de Lucifer! Eso no reza conmigo y soy capaz de arrojaros al patio por esa ventana.

—¡Eh! Silencio, seo maton, y salid al punto, si no quereis que llame al comandante de la guardia flamenca, para que os mande dar cincuenta palos.

—¡A mí!.... ¡Cincuenta palos á mi! Pues ahora os digo que me abrais paso, antes que os acogote contra esa esquina. Vamos..... afuera....

—¡Resistencia en palacio! Ahora lo vereis.

No sabemos qué término hubiera tenido tan larga contienda, si al volverse el ugier para llamar en su auxilio al oficial flamenco, que fumaba tranquilamente en su enorme pipa al estremo opuesto del corredor, no se hubiera encontrado de manos á boca con el conde de Aranda, que salia de la cámara del rey.

El presidente del consejo vió á Zapata, le reconoció al punto y le preguntó bondadosamente:

—¿En qué estado se halla vuestro negocio con la Santa Inquisicion?

—No me ha pescado, señor conde, y no sé si me tendrá en olvido. Al menos doy gracias á Dios, porque esa tregua me permite prestar un nuevo servicio al rey.

—¡Hola! ¿Con que tenemos alguna novedad?

—Sí, señor; un pliego, que la señora Dorotea y yo queremos poner en sus reales manos.

—¡Un pliego!.... ¡La señora Dorotea!

—Es esta honradísima dueña que me acompaña.

—Ya..... ya..... mas no comprendo..... esplicaos algo mas.

—Señor presidente, la señora Dorotea ha sido ama de gobierno del doctor Pimentel, á quien Dios tenga en la gloria, y ambos le hemos asistido en sus últimos instantes.

—Estoy en autos: sin duda, antes de morir, os confió algun mensage para S. M.

—En sustancia es eso mismo, no hay mas diferencia, sino que nosotros hemos encontrado el mensage en el escritorio del doctor, dirigido, por supuesto, al rey: de modo que hemos venido apresuradamente á cumplir un deber de conciencia.

—Perfectamente, hijos mios; habeis obrado como buenos cristianos y como vasallos fieles. Confío en que pronto tendreis la honra de ver á S. M. Pero antes, Zapata, quisiera conocer algunas particularidades de los últimos momentos del doctor. Esa muerte tan repentina me da mucho en que pensar.

—Señor conde, no ignorais que yo le tenia mucho apego, y que por sacarle de la Inquisicion tuve que despedirme de mi empleo de familiar. Pues á pesar de todo, es preciso convenir en que se ha desentendido del mundo como un verdadero condenado.

—Eso me sorprende. Pimentel era hombre timorato, de severas costumbres y de probada resignacion.

—Cierto, señor presidente, pero en ello habia tambien su his-

toria. Su muerte ha ocurrido al mismo tiempo que la del infante don Gabriel.

—Es verdad: en la cámara real se ha recibido el aviso de su fallecimiento, cuando el infante estaba espirando. El rey le habia enviado á buscar.

—En efecto: y la señora Dorotea dió á los emisarios del rey la nueva de que el doctor no existia.

—Lo estraño es qué el doctor aseguró anoche á S. M. que hoy se hallaria el infante fuera de peligro. Si no lo dijo terminantemente, al menos lo dió á entender.

—¡Y qué! ¿No lo está, señor conde? ¿Qué teme ya el infante?

—Pero eso significa.....

—Lo que debeis creer. Puesta la mano sobre los Santos Evangelios juraria ahora mismo que el sabio Pimentel sabia anoche la hora precisa en que debia exhalar el postrer aliento nuestro querido príncipe.

—Luego..... engañó al rey.

—Hizo mas.

—¡Mas! No me atrevo á adivinar lo que al paracer revelan esas palabras.

—Escuchadme á solas, señor conde.

Éste se separó con Rodrigo hácia una de las ventanas que caian al patio principal del alcázar, y le hizo seña de que hablase en voz baja, despues de haber observado á derecha é izquierda.

—No puedo referir todas las circunstancias de la vida del doctor Pimentel, dijo el ex-familiar, porque las ignoro: lo que sé ciertamente es que su ciencia no tenia precio.

—Pensemos únicamente, le interrumpió el conde, en lo que tenga relacion entre su muerte y la del hijo del rey.

—A ese punto iba á parar, señor conde.

—Pues no salgamos de ese círculo. ¿Qué mas hizo el doctor que engañar al rey, tocante al fallecimiento del príncipe?

—Hacerse reo de asesinato en su persona.

—¡Perez Zapata! Esa es una acusacion gravísima.

—Señor conde, cuando un médico tiene en su mano la receta que ha de salvar infaliblemente al enfermo, y se la guarda y le deja morir ¿qué debemos creer?

—¡Pero cómo!.... El doctor Pimentel.....

—El doctor Pimentel ha podido curar al infante, y lo ha sacrificado á su venganza.

—¿Cómo lo sabeis?

—Anoche me lo declaró.

—¡Anoche! Es decir que cuando vió al infante.....

—Cuando vió al infante, conoció el peligro en que se hallaba; pero tambien su propio hijo se veia en un trance no menos apurado.

—¡Su propio hijo!.... ¡Qué escucho!

—Hé ahí un misterio, que pertenece á la historia secreta del doctor. Éste tenia un hijo, á quien reconoció anoche; pero estaba sentenciado á muerte y ha sido ejecutado hoy.

—¡Cielos! Alguno de esos *Hermanos del Guadarrama.*

—En efecto: uno de los mas temibles. Escuchadme hasta el fin. Anoche pidió el doctor Pimentel á S. M. el perdon del reo, mas el rey....

—No quiso faltar á la justicia y lo negó. ¿No es eso lo que vais á referirme?

—Precisamente: pero el doctor, como ya os he dicho, tenia en su poder la vida ó la muerte del infante.

—¿Y se vengó de la inflexibilidad del rey?

—*Hijo por hijo*, esclamó antes de morir.

—¡Qué horror, Dios mio!

—Quiso arrepentirse para que el cielo le perdonase; quiso que el infante viviese, quiso.... pero en vano le conjuré para que, obedeciendo al grito de su conciencia,.... nada; la fatalidad se interpuso y llevó á la tumba el secreto de su receta, repitiendo sin cesar:-el rey lo quiere así: *hijo por hijo.*

El noble conde de Aranda se cubrió el rostro con las manos y esclamó entre suspiros:

—Respetemos los altos designios de la Providencia.

En seguida ordenó á Zapata que le siguiese, y haciendo una señal bondadosa á la señora Dorotea, condujo á ambos á la antecámara real, previniéndoles que en ella esperasen hasta que fuesen llamados.

Entró el conde sin perder momento en la cámara de don Cárlos, y aprovechándose la señora Dorotea de aquella coyuntura, que le proporcionaba la ocasion de hablar á solas con Rodrigo Perez, le dijo en voz baja:

—¡Cuánto trabajo cuesta hablar con un rey!

—Eso consiste, respondió sentenciosamente el ex-familiar, en que un rey no es cosa que se encuentre á cada paso.

—De buena gana me hubiera quedado allí, en compañía del cadáver del doctor, repuso la dueña.

—¿Por qué? preguntó Zapata.

—Porque se me figura que hemos traido á palacio un malísimo negocio.

—Aprehensiones, señora Dorotea.

—¿Aprehensiones? Quiéralo Dios.

—Pero ¿en qué os fundais?

—Primero, en las dificultades que nos ha puesto el ugier, y luego en que ese señor tan estirado, á quien llamabais conde y presidente, va á ensartar al rey una por una todas las necedades que le habeis dicho.

—¿Necedades, eh? Buen provecho. ¿Quereis, señora dueña, que os declare una gran verdad?

—¡Oh! Las verdades siempre son buenas para algo.

—Pues bien; tened entendido que todo lo que en este negocio sucede está fuera de vuestros alcances, por una razon muy sencilla.

—¿Cuál es?

—Porque no veis jota mas allá de vuestras narices.

—Señor Zapata, sois un deslenguado y me las pagareis.

—Señora Dorotea, silencio: nos hallamos en la antecámara de S. M.

—A la que me habeis traido por fuerza.

—Recordad que os he dado á escoger entre dos estremos.

—¿Y qué hacemos aquí?

—Esperar á que nos llamen.

—O tal vez á que nos prendan: si quereis seguir un buen consejo, volvamos por donde hemos venido. Es lo mas acertado y.... todavia conservais en vuestro poder el pliego del doctor; de modo que.....

—Proseguid, señora Dorotea.

—Sois un ingrato, señor Zapata, supuesto que no habeis comprendido.....

—No; nada he comprendido; confieso mi estupidez: pero en fin..... somos buenos amigos ¿no es verdad?

—En vos consiste que seamos inseparables.

—¡Diablo! ¿Qué habeis dicho?.... ¡En mí!

—¿De qué os admirais? Se me figura que ahora no soy yo la que no veo mas allá de mis narices, y eso que os hablo con harta claridad.

—Es muy posible que tengais razon, pero repito que no entiendo palabra.

—Pues voy á esplicarme lisa y llanamente, para que no me quede escozor en el cuerpo. Mas..... ante todo, contestadme á varias preguntas.

—Estoy pronto, con tal que no sean en daño de mi alma.

—¿Os parezco vieja, señor Zapata?

—¿Quién dijo tal? no por cierto: estais todavia en la edad de las pasiones.

—¿Me teneis por fea?

—¡Ave María purísima! Dios me libre de semejante pensamiento. Sois casi un ángel.

—Ese tonillo burlon me prueba que todavia estais resentido contra mí.

—Os equivocais de medio á medio. Os he manifestado ya que soy vuestro amigo, y para convenceros os he traido aquí, á fin de que alcanceis mercedes.

—Yo os convenceré mucho mejor de mi cariño. ¿No os he declarado francamente que en vos consiste.....

—Sí; que seamos inseparables.

—No os falta memoria, señor Zapata.

—¡Oh! Yo siempre me acuerdo de las cosas buenas.

—Pues ya que buena os parece mi proposicion, manos á la obra.

—¿Cómo?.... ¿Cómo?

—Matrimoniemos.

—¡Matri..... qué!

—Con eso y con las onzas de oro de la cómoda del doctor, nada necesitamos para ser dichosos. Ea, seguidme: desaparezcamos de este sitio, antes que nos hagan entrar en la cámara del rey.

—Poco á poco, señora Dorotea; esas cosas deben tratarse despacio, y por lo mismo deseo que escucheis unas cuantas reflexiones, que me ocurren en este instante. En primer lugar.....

Zapata se quedó parado al principio de su arenga, que indudablemente debia contener observaciones curiosísimas acerca del matrimonio: mas en honor de la verdad puede asegurarse que, ni el temor de la sagrada coyunda, ni el respeto al lugar en que se hallaba, ni los recelos muy fundados de herir el amor propio de la señora Dorotea, atajaron desde un principio el torrente de su facundia. Lo que le dejó estático y sin aliento, lo que paralizó completamente sus facultades, convirtiéndole en un autómata, fué la presencia de un ser humano que, cubierto con el hábito religioso de Santo Domingo de Guzman, acababa de penetrar en la antecámara.

Aquel ser humano era una vision terrible, un espectro para el ex-familiar.

Llamábase en otro tiempo don Cosme, y ejercia el cargo de fiscal mayor del Santo Oficio.

# CAPÍTULO XXXIII.

El perro y el gato.

Rodrigo Perez Zapata reconoció inmediatamente al poderoso enemigo que se le presentaba, y aunque no pudo menos de estrañar el trage que le cubria, por cuanto, cuando él se hallaba en la Inquisicion, era don Cosme seglar, adivinó desde luego el peligro de un encuentro tan inesperado con un hombre, que debia conservar toda la influencia necesaria para perderle.

Lo primero que hizo nuestro asustado ex-familiar fué colocarse con gran disimulo detrás de la señora Dorotea, volviendo las espaldas al religioso, y situándose en ademan de estar admirando las molduras y bajos relieves de la antecámara. Pero don Cosme era un lince cuando se trataba de averiguar cualquiera cosa que estuviese en relacion con su oficio de esplorador de conciencias, y no era fácil que se desentendiese del interesante encuentro que le deparaba la suerte.

Fijó pues sus miradas en Rodrigo con tal insistencia, que no parecia sino que se empeñaba en devorarle con sus ojos de gato montés. Y como era hombre de sobrada esperiencia para olvidarse de consultar su memoria en circunstancias importantes, empezó á evocar antiguos recuerdos, sacando en limpio, á las primeras de cambio, que aquel individuo, cuya presencia en la antecámara real habia llamado desde luego su atencion, no era para él un ente desconocido. Desde el instante en que esta idea tuvo entrada en la fecunda imaginacion de don Cosme, redobló su exámen, puso en tortura todas las grandes facultades con que le habia dotado pródigamente la naturaleza y por fin, despues de cinco minutos de tenaz y profunda observacion, una diabólica sonrisa de triunfo iluminó su pálido semblante.

Era evidente que el fiscal de la Suprema Inquisicion habia reconocido á Rodrigo Perez Zapata.

Este no pensaba en volverse para mirar al fraile, pero ignoraba al mismo tiempo que su precaucion era ya completamente inútil. A todo esto, la señora Dorotea no sabia qué hacerse: miraba de hito en hito á don Cosme, discurria á ciegas acerca de los motivos que podian haber ocasionado el movimiento estratégico de Zapata, y cada vez le pesaba mas haberse metido en un mal paso, pues en su opinion nada placentero debia resultarle de su permanencia en el alcázar.

El fiscal del Santo Oficio, por su parte, luego que se convenció de que sus ojos y sus recuerdos no le habian engañado, abandonó el objeto á que hasta entonces los habia dirigido, contando desde luego con que la presa estaba ya segura, y se puso á contemplar á hurtadillas el rostro de la señora Dorotea. Poco despues, obedeciendo á la irresistible tendencia inquisitorial, que se habia encarnado en él, de sentar como hechos indudables las falsas deducciones que le sugeria su celo exagerado y suspicaz, acercóse á ella lentamente, á guisa de esperto cazador, que no quiere levantar la perdiz antes de tiempo, y despues de saludarla con una inclinacion de cabeza, la dijo:

—Hija mia.... no hay duda.... yo os conozco.

—¿A mí? respondió la dueña algun tanto turbada. Nada tendria de particular, padre mio.

—En efecto, repuso el fraile con estraña entonacion: nada tendria de particular, así como tampoco el que ahora os vea en este sitio profano, por aquello de, *dime con quien andas y decirte hé quien eres.*

—¡Ah! Eso no me toca, repuso la señora Dorotea, que se alegraba de tener á mano un pretesto para interrumpir su diálogo con el religioso, cuyo aspecto la imponia, á pesar de su natural audacia.

—¿Pues á quién?

—Al señor Rodrigo, que está presente y que me acompaña ahora.

Zapata no se movió, aunque se propuso no perder una sílaba de aquel coloquio alarmante.

—¡Ah!.... esclamó el fraile. ¿Con que vuestro acompañante se llama Rodrigo? Pero esto no me interesa, añadió sonriéndose con malicia: lo principal, como os decia, es..... que yo os conozco.

—Ya os he contestado, replicó la dueña, que..... que..... que puede ser. Me habreis visto por casualidad en la calle del *Ave María.*

—No.

—O en misa, en la iglesia de Santo Tomás.

—Tampoco.

—Pues se me figura que sois un religioso de ese convento.

—Y á mí se me antoja que vos sois profesa del de..... vamos ¿cuál es el nombre de vuestra clausura?

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!.... ¡Monja yo!

—No seria estraño; otras muchas hay en el mundo.

—Por supuesto. ¿Y en qué me parezco á una monja?

—En lo mojigata.

—Pues mirad que nada tengo de hipócrita y que el beaterio me sienta muy mal.

—Luego confesais que habeis huido de.....

—¿Estais en vos, padre? Yo no he huido de ninguna parte; estoy aquí, en cumplimiento de una obligacion.

—Como habeis declarado que el beaterio era para vos una carga insoportable.....

—¡Jesús me valga! ¿Cuándo, en dónde he dicho semejante cosa? ¿De qué modo ha de ser para mí carga pesada ni ligera la que nunca he sufrido? Yo jamás he sido beata y mucho menos monja, como suponeis.

—Yo no afirmo, hija mia; no hago mas que sacar consecuencias de vuestras palabras.

—Si es así, algo habré dicho necesariamente que os haya inducido á error; mas para convenceros de él, aquí está el señor Zapata, que no me dejará mentir.

—¡Vamos!.... ¡Vamos!.... No hay que tomar las cosas con tanto calor. Yo ignoraba que el señor Rodrigo, vuestro acompañante, se llamase tambien el señor Zapata..... No es mal testigo para el negocio que nos ocupa.

—¿Y qué negocio es ese? preguntó el ex-familiar, volviéndose de pronto y encarándose con el fraile.

A pesar del peligro en que se veia, estaba exasperado por la insistencia con que el fiscal del Santo Oficio procuraba, en su opinion, no solo asegurarse de la identidad de su persona, sino envolver á la señora Dorotea en su ruina, por medio de una impostura execrable.

El religioso bajó la vista ante la iracunda mirada de Rodrigo, no tanto por miedo, pues se hallaba convencido de su propia superioridad, sino á fin de recoger sus ideas y prepararse para la nueva lucha que presentia. No se ocultó sin embargo á su antagonista aquella estratagema, y dispuesto á jugar el todo por el todo, antes de dar tiempo para que se le tendiese una red, de la cual no acertase luego á salir, prosiguió diciendo:

—Tened presente, padre mio, que la señora Dorotea, ama que ha sido de gobierno del difunto doctor Pimentel, á quien Dios

haya en la gloria, y no monja profesa ni por profesar, como habeis creido, se encuentra en esta real cámara, esperando conmigo al señor presidente del consejo de Castilla. Nada pues os importa todo lo demas, y así dejad vuestras preguntas para el instante en que la veais arrodillada al pié del confesonario.

El fraile se enderezó, mordiéndose al mismo tiempo los labios, como para contener la ira que le rebosaba en el pecho. Pudo al fin, aunque á duras penas, dominarse, y murmuró con acento compungido:

—El error es patrimonio del hombre, señor..... Rodrigo, ó señor..... Zapata, como os agrade; porque el hecho es que..... que así os llamais, si no estoy equivocado.

—Suponed que así me llame, le interrumpió el ex-familiar, y aun para mayor exactitud añadid un Perez entre el Zapata y el Rodrigo. ¿Quereis mas?

—Ni tanto, señor Rodrigo..... ó señor Perez..... ó señor Zapata.

—Nada de eso, sino las tres cosas; Rodrigo Perez Zapata. ¿A qué negarlo?

—Teneis razon..... seria inútil.

—¿Qué significan vuestras palabras? ¿Me habeis conocido tambien en alguna otra parte, como á la señora Dorotea?

Al espresarse de este modo, miró Zapata al fiscal mayor de la Suprema con tan reconcentrada furia, con una espresion tan manifiesta y decidida de vengarse en el acto, que le obligó á darse á partido.

—No..... no..... jamás os he visto fuera de aquí, balbuceó temblando: pero..... ¿qué quereis? A veces se empeña uno en que lo blanco es negro..... todos nos equivocamos, y por lo mismo es fácil que yo haya creido.....

—Basta, padre, le atajó Zapata con imperioso tono: nuestra conversacion debe terminar en este mismo punto. Ni una palabra mas: nosotros venimos á nuestros asuntos y vos á los vuestros.

—¡Mis asuntos! contestó tímidamente el fraile. ¡Bah!.... Poca cosa.....

—No los quiero saber.

—Pero si no encierran el menor secreto..... Figuraos que.....

—Padre, ya veo que os empeñais en hacerme perder la paciencia.

—Bien..... bien..... no os diré mas, sino que me envia el Inquisidor mayor.....

—Aunque os envie el mismo Lucifer.

—A advertir á S. M.....

—Advertidle cuanto os dé la gana.

—Que el Santo Oficio ha dispuesto secuestrar todos los bienes.....

—Ya estais secuestrando á todo el mundo; no me importa.

—Del doctor Pimentel.

—¡Qué!

—¡Qué!

Estas dos esclamaciones, ó mas bien estos dos gritos salieron á un tiempo de los labios de la señora Dorotea y de Zapata.

El religioso arrugó el entrecejo y se sonrió irónicamente, al paso que proseguia así:

—Ya conozco que estoy hablando de cosas que no entendeis, pero de algun modo se ha de matar el tiempo. A pesar de todo, no pretendo abusar de vuestra condescendencia. Como habeis dicho antes con mucha oportunidad, cada uno viene aquí á sus negocios, y no á entremeterse en los agenos. Callaré pues, ya que así lo deseais.

El demonio de la curiosidad y de la codicia tentó á la señora Dorotea, que vió desde luego evaporarse en humo la recompensa magnífica, cuya seguridad la habia hecho concebir y acariciar Zapata por el servicio que ambos iban á prestar al rey don Cárlos. Acercóse de pronto al fraile con una turbacion, que patentizaba el interés, con que habia escuchado una noticia fatal, y le preguntó anhelante y temerosa:

—¿Es cierto lo que acabo de oiros? ¿Embargan los bienes de mi difunto amo, el doctor Pimentel?

—Sí, hija mia, sí; lo sé de buena tinta.

—¿Y los embarga la Inquisicion?

—La Inquisicion, la Inquisicion. ¿Pues quién habia de ser?

—En ese caso, nosotros.....

—En ese caso, la interrumpió con prontitud Zapata, temeroso de alguna indiscrecion, nada tenemos nosotros que ver en el asunto. Vos, señora Dorotea, recogereis de la casa vuestro ajuar si os lo permiten, y en cuanto al entierro del doctor, S. M. el rey proveerá lo conveniente.

—¡Pero qué!.... esclamó el fraile ¿sabe ya el rey nuestro señor que ha espirado?

—Debe saberlo á estas horas, respondió con calma el ex-familiar.

—¿De qué lo inferís?

—Padre mio, creo que no estamos en un acto de confesion.

—Es verdad; se me habia olvidado. Ya veo que vosotros habeis traido la noticia á palacio.

—Hoy teneis el don de errar; pero si os empeñais en ello, pase.

—Lo digo, porque supongo que os han presentado á S. M.

—A eso puedo contestaros, que no hemos recibido todavia esa honra, pero que la esperamos pronto.

—Me alegro, me alegro; yo tambien vengo á hablarle de asuntos importantísimos, como podeis imaginar: de modo que todo llegará á conciliarse. Por ejemplo, cuando se presente el gentilhombre de cámara de servicio, que sin duda está dentro recibiendo órdenes, haremos que me anuncie, y despues que yo salga, os anunciará á vosotros.

—Como gusteis, padre, murmuró Zapata; nosotros no tenemos prisa y nos hallamos aquí perfectamente.

El fiscal de la Inquisicion se figuró al momento lo contrario, porque no pudo menos de concebir sospechas, en vista de la conformidad de Rodrigo. Aquellas sospechas le indujeron á pensar que su contrincante habia accedido á la proposicion de cederle el turno para la audiencia con el rey, á fin de tener tiempo entre tanto para huir con la señora Dorotea, supuesto que no debia dudar de que ambos estaban destinados á los calabozos del Santo Oficio.

Esta reflexion le obligó á variar de propósito, por lo que, dirigiéndose de nuevo á Zapata, le dijo con la mayor dulzura:

—He considerado, hijo mio, que no era justa mi pretension: el que primero llega, primero alcanza, y por consiguiente os toca entrar antes que á mí. Por otra parte, mi plática con el rey será muy larga, como que me traen negocios de mis superiores, al paso que los vuestros se reducirán probablemente á solicitar de la real munificencia alguna pensioncilla, ó cosa por el estilo..... ¿Eh?

—Psi..... un poco hay de eso, replicó el ex-familiar.

—Ya me lo figuraba yo. Pues bien, sereis los primeros; y por mi parte aguardaré.

—Como os plazca.

Esta contestacion dió tambien en que pensar á nuestro fraile, que de todos modos queria asegurar el éxito de su plan, reducido á no consentir que se le escapase Zapata, para tener el gusto de verle ocupar uno de los encierros de la Santa Inquisicion.

Meditabundo estaba, cuando, abriéndose la puerta de la cámara real, se presentó el presidente del consejo y dijo á Rodrigo y á la señora Dorotea:

—S. M. os concede la honra de recibiros; podeis entrar.

Acercóse Zapata al conde y haciéndole una profunda reverencia, señaló con disimulo al fraile y murmuró en voz baja:

—Es preciso que el fiscal de la Suprema no salga de palacio, hasta una hora lo menos despues que nosotros: quiere prenderme, y si lo consigue, me será imposible prestar al rey un importante servicio; el servicio de que voy á hablar á S. M. y á que se refiere el pliego.

—Está bien; no saldrá, contestó el conde de Aranda en el mismo tono.

Y dirigiéndose hácia el religioso, añadió:

—Tened la bondad de seguirme, padre mio: tengo que comunicaros órdenes de S. M. para el señor Inquisidor mayor.

El fraile hizo un gesto diabólico, apretó los puños y obedeció al presidente del consejo, en tanto que la señora Dorotea y Rodrigo entraban en la cámara del rey.

# CAPÍTULO XXXIV.

Preparativos para una batalla contra duendes.

El rey don Cárlos recibió á la señora Dorotea y á Zapata con benignidad, y observando que el respeto anudaba sus lenguas, sonrióse afablemente y les dijo:

—Vamos; habladme con lisura, refiriéndome todo lo que sepais acerca de la inesperada muerte del doctor Pimentel.

Estas palabras inspiraron cierta confianza á Rodrigo, quien, sin esperar nuevo estímulo á su natural franqueza, puso en conocimiento del rey todo cuanto habia sucedido desde la noche anterior en la vivienda del difunto médico, aunque reservando prudentemente toda la parte relativa á la terrible venganza que el doctor habia tomado, en represalias de la condenacion de su ajusticiado hijo. Por lo demas nada le ocultó en cuanto á los desesperados estremos de su agonía, que tuvo la habilidad cortesana de atribuir á alguna pena secreta, cuya revelacion debia acaso contener el pliego hallado en su escritorio.

—Es posible que tengas razon, Zapata, murmuró don Cárlos con tristeza.

Y abandonándose, despues de pronunciar apenas estas frases, á mil encontrados y melancólicos pensamientos, que bullian en su imaginacion, dejóse caer abatido en el sillon dorado y cubierto de terciopelo de Utrech, en el cual solia descansar de sus tareas gubernamentales. Entonces se figuró que él mismo, aunque cumpliendo con el mas penoso deber, llenando contra los deseos de su corazon las mas santas prescripciones de la justicia, habia apresurado el fin de los dias del doctor. La sentencia de Pedrillo, de ese *hermano del Guadarrama*, pensaba el rey, le abrumó sin duda, y mi negativa á concederle su indulto acabó con las fuerzas que le quedaban. ¡Desdichado Pimentel! Mas hubiera querido perder la mejor de mis provincias que sus desinteresados consejos..... Solo puede consolarme la idea de que no estaba en mi mano perdonar á su hijo, sin hacer al mismo tiempo gracia de la vida á los demas criminales..... Esto es verdad..... ¿y qué hubiera sido del doctor viviendo Pedrillo?.... ¡Qué vergüenza, qué baldon para sus honradas canas!.... ¡Qué vejez tan espantosa! Hé aquí unas reflexiones que hubieran debido excitarle á vivir.... Mas á pesar de todo..... aunque malvado y perseguido por todas las leyes divinas y humanas, era su hijo..... ¡Su hijo!.... ¿Y qué haré yo, padre infeliz, que tambien acabo de perder el mio?.... ¡Oh! Y ese no era el azote de la sociedad, no; sino un modelo de virtud, de aplicacion, de inteligencia..... Dios me lo ha arrebatado, Dios lo ha preferido para sí, castigándome en mi cariño, en mi predileccion, en mis esperanzas..... ¡Ah! Me es imposible hacer lo que ha hecho el doctor..... Yo no puedo morir, porque otros hijos, mis reinos, me necesitan, porque un rey es preciso que no sea hombre..... Animo pues, ya que no ha llegado mi hora..... ya llegará..... ya llegará..... aunque no tan pronto como yo quisiera..... pero el dolor está en el alma y conozco que la va gastando..... al fin, preveo que esto no podrá durar mucho..... Luchemos entre tanto; luchemos contra las dificultades y ofrezca-

mos al Todopoderoso los tormentos de un prolongado martirio.

Zapata y la dueña no habian despegado los labios durante la meditacion del rey; acataron su silencio, y en ademan respetuoso y humilde esperaban sus órdenes.

Don Cárlos tuvo piedad de la embarazosa situacion en que ambos se hallaban, y haciéndoles con benevolencia una señal para que se acercasen al sillon, preguntó á la señora Dorotea:

—Buena muger ¿cuánto tiempo has estado al servicio del doctor Pimentel?

—Señor, respondió la dueña temblando, unos dos años y medio.

—Eso prueba que te estimaba, repuso el rey.

—¡Oh! Sí, Señor; eso sí..... muchísimo; como que no podia estar sin mí..... ¡pobre amo mio!

Y rompió á llorar como una Magdalena.

—Bien, hija mia, bien, dijo don Cárlos; esas lágrimas te honran, porque indican claramente que tu corazon es agradecido.

—¡Ah, Señor! nunca podré olvidarle, balbuceó la señora Dorotea entre sollozos.

—Eso es muy justo y merece recompensa. Supongo que el doctor no te habrá olvidado en sus últimas disposiciones.....

—Ignoro cuáles hayan sido, Señor.

—¡Es posible! ¿Nada te ha declarado, tocante á eso, antes de morir?

—Nada.

—¿Ni tampoco á Rodrigo Zapata?

—Señor, contestó éste inclinándose y presentando al rey el pliego cerrado que llevaba, si V. M. no encuentra aquí el testamento del doctor, no temo asegurar que ha espirado sin que nadie conozca sus deseos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he registrado uno por uno todos sus papeles, y nada he visto que llame la atencion.

—Eso no importa; pudo haberse entendido con algun notario de

mis reinos, en cuyo poder obre la declaracion de su voluntad. En fin, tiempo hay para averiguarlo. Por lo demas, aunque el presidente del consejo de Castilla me ha dicho que pretendias entregarme este pliego, del cual tambien me has hablado antes, deseo conocer las circunstancias en que Pimentel te hizo el encargo, así como las palabras que te dirigió al hacértelo.

—Señor, replicó Rodrigo, el doctor Pimentel no me dió anoche, ni esta mañana, encargo ninguno para V. M.

—La desesperacion no le permitiria esplicarse, y se contentó con poner el pliego en tus manos.....

—Tampoco, tampoco, Señor.....

—¿Pues cómo ha sido.....

—Ese pliego.....

—Esplícate.

—Se hallaba.....

—Entiendo; entre los papeles del médico, y tú.....

—Así ha sido en verdad, Señor..... La señora Dorotea y yo lo hemos encontrado en uno de los cajones de su escritorio. Despues..... era una obligacion de conciencia y de leal vasallage para nosotros el presentar humildemente este pliego á V. M.

—Y esa accion, hijos mios, no quedará sin recompensa; yo os empeño mi real palabra.....

—Todavia no hemos concluido, Señor.

—Habla, habla, buen Rodrigo.

—Queria decir que, antes de que V. M. lea el pliego.....

—Vamos; destierra esa cortedad; yo solo soy rey severo, inexorable, para los malos.

—Conviene que sepa V. M. otro hallazgo importante que hemos hecho en la morada del doctor.

—¡Otro hallazgo! ¿Y á qué se reduce?

—A dos talegos repletos de relucientes onzas de oro.

—¡Es posible!

—Como que todas ellas, Señor, si por algunas hemos de juzgar de las demas, tienen el busto de V. M.

—Me maravilla verdaderamente ese hallazgo. ¿Qué habeis hecho de él?

—Dejarlo en donde estaba.

—Supongo que será sitio seguro.

—El cajon de una cómoda, Señor.

—Un cajon se abre fácilmente.

—No hay duda; pero la cómoda del doctor Pimentel tiene buen guardian.

—¿Qué guardian es ese?

—El cadáver del mismo.

—¡Su cadáver!.... ¡Pues qué! ¿No se ha enterrado aun?

—Allí está, Señor, en su mismo lecho, hasta que V. M. disponga.....

—¡Yo! ¿Has perdido la cabeza, buen Zapata?

—Señor, yo creia que en estos casos, corresponde al heredero...

—¿Y de dónde sacas que tu rey debe heredar al doctor?

—Tal vez lo diga el pliego.....

—De modo que habeis respetado el oro de los talegos, á fin de ponerlo en manos de la persona que suponeis designará el difunto Pimentel en este escrito.....

—Era un deber de conciencia, Señor.

—Abnegacion es la vuestra que no debe ni puede quedar oscurecida. ¡Oh! Y no os pese haber procedido así, porque yo os protegeré en todo tiempo. Atendamos ahora á lo mas urgente.

—Ya aguardamos vuestras órdenes.

—Sea yo ó no sea quien debe recibir el oro contenido en los dos talegos, es mi voluntad que al doctor Pimentel se le dé sepultura con todo el decoro y ostentacion necesarios, para que se conozca en la corte el gran aprecio que hice siempre de su ciencia y de sus virtudes. Para los gastos que esta órden va á ocasionar, toma este bolsillo.

Y diciendo así el rey, alargó á Zapata uno lleno de doblas de oro, que sacó del cajon de su mesa de despacho. En seguida añadió:

—Lo que falte te será entregado religiosamente por el conde de Aranda, á quien los dos os presentareis dentro de tres dias, porque tendrá que comunicaros de mi parte algunas órdenes que redundarán en vuestro provecho.

—Bueno será, Señor, que antes de retirarnos, contestó Zapata, guardando el bolsillo, se digne V. M. enterarse de otra novedad que ocurre.

—Ya tardas en noticiármela.

—Parece que la Inquisicion, que no por ser Santa deja de ser Inquisicion, ha puesto embargo, ó piensa ponerlo en los bienes del doctor Pimentel.

—Novedad es esa que no esperábamos oir. ¿Estás seguro de lo que anuncias?

—No ha mucho que lo dijo en la antecámara el fiscal mayor del tribunal de la Suprema.

—¡El fiscal! ¿Pues á qué ha venido?

—Lo ignoro, Señor. Solo sé que no me ha olvidado, y que se propone prenderme.

—Es decir que te ha reconocido.....

—Como reconoce el lobo al cordero; me ha sacado al punto por el olor.

—¿Y tú?

—¡Oh! Ya he pedido al señor presidente del consejo que le entretenga hasta que la señora Dorotea y yo nos hallemos lejos de aquí.

—No tengais el menor cuidado, porque la solicitud del rey os protege desde este instante. Conviene sin embargo no perder tiempo, á fin de evitar que la Inquisicion se apodere de los bienes del difunto.

Despues de pronunciar estas palabras, tiró el rey del cordon de la campanilla mas inmediato á la mesa de su despacho y dijo al ugier que se presentó al punto:

—Venga inmediatamente el capitan de la guardia española.

En seguida se sentó delante de la mesa, tomó pluma y papel y escribió. El ugier habia desaparecido.

Cinco minutos despues resonaron pasos en la antecámara y luego llamaron pausadamente á la puerta.

—Entre el capitan de mi guardia, dijo el rey.

El capitan empujó la puerta, y separando el rico tapiz que la cubria, quedó cuadrado y cubierto delante de la entrada.

Don Cárlos se levantó, fué hácia él y le habló en voz baja señalando á Rodrigo. El militar saludó al rey militarmente, dió media vuelta y se retiró á paso redoblado.

Acto contínuo se dirigió el monarca á la mesa, cogió el papel que habia escrito y entregándoselo á Zapata, le dijo:

—En el patio grande del alcázar encontrarás doce soldados de la guardia española y un sargento. A este último le enseñarás esa órden; ya está advertido. En tí consiste ahora que la memoria del doctor Pimentel sea respetada por todos, como corresponde.

El ex-familiar y la señora Dorotea obtuvieron en seguida la honra de besar la real mano y salieron de la cámara, despues de ofrecer á S. M. presentarse á los tres dias al conde de Aranda, en cumplimiento de la órden que habian recibido.

Atravesaron sin detenerse la antecámara y penetraron en la galería, á cuyo estremo se hallaba la escalera principal que conducia al patio grande; mas apenas hubieron entrado en ella, el mismo ugier que antes les habia impedido el paso, sosteniendo con Zapata una acalorada polémica, les salió al encuentro, y saludando cortesmente á la señora Dorotea, preguntó á su acompañante:

—¿Conoceis por ventura á cierto religioso de la órden de Santo Domingo, que se halla á estas horas en el gabinete del señor presidente del consejo de Castilla?

—Demasiado, respondió Rodrigo no sin visible emocion, porque temia alguna emboscada del Santo Oficio. ¿Por qué lo decís?

—Porque deseo que os guardeis de sus uñas, repuso el ugier; y esto al menos os probará que no conservo memoria de la disputa que antes tuvimos, yo no hacia mas que cumplir con mi obligacion.....

—Estoy satisfecho de todo punto y yo tambien he olvidado esa frusleria; pero esplicadme.....

—Es el caso que el tal religioso..... apostaria á que pretende perderos.....

—Algo puede haber, y sin embargo.....

—No os fieis en vuestras propias fuerzas, porque su poder es grande.

—Ya..... ya.....

—Es verdad que supuesto le conoceis..... pero en fin, un fiscal mayor de la Suprema.....

—Ciertamente..... pero yo nada temo.....

—¿Nada?.... Vamos..... dejémonos de valentías y atended á lo que os importa: os veo metido en un berengenal y es mi deber llamar vuestra atencion hácia el peligro, porque me intereso por vos y por esta señora.

—Os doy las gracias y quiero hablaros con lisura. Ese fraile es ó debe ser hoy mi mas encarnizado, mi único enemigo.

—Ya lo he conocido yo, porque al pasar por aquí con el señor presidente, de vuelta de la antecámara.....

—¿Qué? Acabad por Dios.....

—Le decia estas palabras:—«Cuando os aseguro, señor conde, que esa muger es una monja del monasterio de San Plácido, y el que la acompaña un solemne bribon, escapado de la Suprema.....»

—¿Y qué le respondió el señor conde de Aranda?

—No pude oirlo, porque se alejaron.

—¿Con que así se ha esplicado el bergante? Pero á fé que no debe cogerme de susto, aunque le tenia por hombre mas disimulado.

—¡Oh! Pues no quede por eso, porque el buen padre se sonreia como un.....

—Sí; como pudiera sonreirse el mismo Satanás.

—No queria yo decirlo tan claramente.

—¡Ah, señor ugier! Eso consiste en que el frailuco imagina

que me tiene asido por las orejas. Pero no le arriendo la ganancia con el chasco que voy á darle.

—Cuidado, cuidado, amiguito; al fin pertenece á la Casa Negra y..... mas vale no mentarla.

—¡Cá!

—No os durmais en las pajas; antes bien, andad con piés de plomo.

—Vaya..... ¿Quereis hacerme un favor?

—Con muchísimo gusto. ¡Pues no faltaba mas! Si antes hubiera sabido que os protege el señor conde de Aranda.....

—Justamente deseo encargaros dos palabras para el mismo señor presidente del consejo de Castilla.

—Ya las estais pronunciando.

—Decidle que llevo guardia de S. M. para impedir que la Inquisicion meta su negra mano en los bienes y en la hacienda del doctor Pimentel, y que procure retener al pájaro en la jaula todo el tiempo que le sea posible.

—Le repetiré esa leccion, sin omitir una sílaba.

—Es que..... conviene que sea ahora mismo.

—¡Ahora! ¿No considerais que está encerrado con el fraile?

—Pues por esa misma razon. Lo que yo quiero evitar es que el fraile se despida del señor conde y salga de palacio antes de lo preciso.

—Ya voy comprendiendo.

—Entrad con cualquier motivo en el gabinete y.....

—Lo haré, lo haré sin falta. Por esta parte podeis descuidar completamente.

—Dios os lo pagará, señor ugier, y así..... hasta la vista.

—Hasta la vista, y que el cielo os libre de las garras del fraile.

—Gracias.

—¡Ah! Y tambien á vuestra..... es decir, á esa señora, que por cierto no tiene trazas de monja.

—Habeis acertado; ni las tiene, ni lo es.

—Adios.

—Adios.

Zapata y la señora Dorotea bajaron al patio principal: el primero entregó al sargento de la guardia española, que ya le esperaba, la órden que habia recibido del rey, y haciendo que los doce soldados y el mismo sargento le siguiesen á corta distancia, se encaminó con la dueña hácia la casa en que yacia el cadáver del docter Pimentel.

El primer cuidado del ex-familiar fué cumplir el mandato del rey acerca de dar conveniente sepultura al médico, para lo cual dispuso que avisasen inmediatamente al párroco de San Sebastian: enterado éste de las intenciones del monarca, preparó el entierro y los funerales con señalada ostentacion, y como primer paso, fué conducido el cadáver á la parroquia *entre manga y cruz*, por lucido acompañamiento de sacerdotes y personas distinguidas de la corte y de la poblacion, avisadas oportunamente para realzar el acto.

Libres ya la señora Dorotea y Rodrigo del estorbo del cuerpo de Pimentel, atendieron al órden interior de la casa. Cerraron con llave la sala en que se hallaba la cómoda que contenia los dos talegos de oro, y á los cuales nadie se habia acercado durante su ausencia, y llamando al sargento de la guardia española, que acababa de acomodar á su gente en dos habitaciones interiores, le dirigió el ex-familiar estas palabras:

—Para el mejor servicio del rey nuestro Señor, á quien Dios guarde, os requiero y mando, señor sargento, que coloqueis á dos de vuestros valientes perillanes de centinela junto á esta puerta de la sala que acabo de cerrar. Es el único servicio que por ahora os impongo.

—S. M. espresa en la órden que me habeis entregado, que debo obedeceros como á él mismo, respondió el veterano. Por consiguiente mis soldados y yo nos dejaremos matar, si es necesario, por cumplir vuestras disposiciones.

—Se me figura que no echaremos mano de esa prueba, ami-

go mio, pero agradezco el ánimo que mostrais, y por mi parte os aseguro que sereis tratados aquí como corresponde. La señora Dorotea, que está presente y que no me dejará mentir, os regalará á cuerpo de rey con sabrosos torreznos y tinto de lo mejor, amen de la patulea de pluma que suministre el corral del pobre doctor. Con que no hay mas que hablar sobre el caso.

—De modo que nuestra incumbencia consiste en custodiar la casa, observó el sargento. Os juro que ni una mariposa entrará en ella sin vuestro permiso. Tambien me ocurre, añadió maliciosamente, que, pues S. M. nos envia aquí de guarnicion, sin duda se teme una embestida. ¿He dicho algo?

—Sois hombre que vale por cuatro, señor sargento, replicó Zapata, y en gracia de vuestra estratégia os perdono la curiosidad. Habia pensado instruiros de lo que puede acontecer, pero queria dejarlo para mas tarde: sin embargo de todo, como general prevenido vale por dos, y vos sois aquí el general del ejército de operaciones, estais en el caso de averiguar la clase y el número de los enemigos que acaso deben caer sobre nosotros. Ahora bien; en cuanto al número..... no os lo diré con exactitud; serán cuatro, ocho, doce, veinte..... esto es lo que menos importa. Por lo que toca á la clase..... escuchadme bien. ¿Teneis miedo á los duendes?

—¡A los duendes! Vaya una pregunta..... Ni tampoco al diablo.

—¡Oh! Al diablo..... ya lo comprendo, porque nunca se aparece.

—¿Y los duendes?

—Será probable que hoy los veais.

—¿Cierto? Esa es gran noticia para mí: echadme quince, echadme treinta, echadme doscientos; cuantos mas, mejor.

—Así me gusta, seo bravo, y ahora os advierto que no serán precisamente duendes los que vengan, aunque sí de seguro fantasmas.

—Corriente..... tanto monta: con media docena de cruces y otros cuatro ó seis cintarazos desaparecerán como torbellinos.

—Elijo los cintarazos, porque han de ser fantasmas de carne y hueso los consabidos.

—¡De carne y hueso! ¡Ah! Pues está entendido el negocio; no pueden ser mas que inquisidores.

—Sois un nigromántico, sargento, y os vaticino que ireis medrando como la espuma en vuestra honrosísima carrera. Inquisidores, inquisidores hemos de tener hoy aquí, si Dios no lo remedia. ¿Y sabeis á qué han de venir?

—Tal vez á prenderos para tostaros.

—Sí; á llevarme á uno de sus calabozos para hacerme trizas, hasta obligarme á confesar el sitio en que se encuentra un tesoro del rey, que el rey mismo me ha mandado guardar.

—¡Oh! Que vengan, que vengan; los ahuyentaremos á tiros y á estocadas.

—Sargento, nada de ruido; el rey nuestro Señor es enemigo del escándalo; ya tengo formado mi plan. Lo que ahora importa es que la señora Dorotea regale bien á vuestra gente y que no nos olvide.

Al oir la dueña esta indicacion y segura ya, por el sesgo que iban tomando las cosas, de que nada tenia que temer del fraile, que tanto la habia alarmado en la antecámara real, se dirigió contentísima á la despensa y nada omitió para obsequiar á sus huéspedes. El corral del difunto Pimentel sufrió la contribucion correspondiente en tiernísimos pollos, y á cosa de las nueve de la noche se refocilaban aquellos hijos de Marte con tanta alegría como si acabasen de entrar á degüello en pais conquistado. Ya debe entenderse que los repetidos besos á los jarros, henchidos de purpurino mosto, les pusieron en disposicion de acometer por asalto al mundo entero.

Zapata, el sargento y la señora Dorotea cenaron aparte, y luego que los soldados dieron fin á los víveres y al vino, ordenó el segundo que todos guardasen silencio, y se entretuvo con el ex-familiar sobre el plan de operaciones que éste habia imaginado, mientras la dueña ponia órden en la casa y recogia platos

y manteles de las dos mesas, no sin que sus castísimos oidos se aguzasen mas de una vez para escuchar los almibarados requiebros con que agradecian aquella franca y generosa hospitalidad los alegres veteranos de la guardia española.

Platicando se hallaban, como hemos anunciado, Rodrigo y el sargento, cuando llegó á llamar su atencion un sordo ruido de pasos, que parecia provenir de la calle. Levantáronse al punto, pasaron á una habitacion baja, entreabrió disimuladamente el postigo de una ventana la señora Dorotea, que habia acudido presurosa al sentir el movimiento de sus dos comensales, teniendo antes la advertencia de apagar la luz de su velon, y distinguieron varias sombras negras, que se movian de un lado á otro por las inmediaciones de la casa.

—Ya estamos rodeados de fantasmas, murmuró el ex-familar al oido del sargento. Al corral la mitad de vuestra gente, y prevenida la otra mitad.

El sargento no esperó la repeticion de esta órden, porque sabia perfectamente de lo que se trataba. Salió en puntillas del aposento, subió á los que ocupaban sus fuerzas y poco despues, deslizándose por las escaleras con seis guardias determinados, se introdujo en el corral silenciosamente y abrió una puerta trasera, que desde el mismo daba salida á otra calle. Hecho esto, esperó con sus hombres.

Los otros seis guardias no abandonaron su habitacion, pero requirieron las armas, preparándose á obrar con arreglo á las instrucciones secretas que acababan de recibir.

La señora Dorotea y Rodrigo permanecieron en la planta baja, atisbando por el postigo lo que ocurria en la calle.

No tardaron en resonar sobre la puerta tres recios golpes.

—Silencio, dijo Zapata á la dueña; no contesteis hasta que sepamos si nuestro sargento está en campaña.

Y acto continuo desapareció de la habitacion dirigiéndose al corral.

El corral estaba ya vacío, pues el sargento y sus seis solda-

dos acababan de salir por la puerta trasera y esta habia vuelto á cerrarse. Era cuanto queria saber Rodrigo.

Al volver al lado de la señora Dorotea nuestro astuto ex-familiar se frotó las manos de contento y la preguntó en voz baja:

—¿Cuántas sombras habeis visto?

—Hasta ahora cuatro, respondió la dueña; pero ¿qué haremos si tornan á llamar?

—Lo que se hace siempre; les demandareis quiénes son, qué es lo que quieren y á quién buscan.

—¿Y luego?

—Sean cuales fueren sus razones, bajareis á abrirles.

—¿A oscuras, segun estamos?

—Ya tendreis luz de sobra.

Parecia que las sombras habian esperado á propósito hasta entonces, para que Zapata tuviese todo el tiempo necesario, á fin de instruir á la dueña de lo que debia hacer, porque no bien hubo concluido de hablar, cuando retumbó la puerta de la calle con otros tres golpes mucho mas fuertes que los primeros.

Zapata se desvió del postigo, y sacando de un bolsillo de sus calzones pedernal, eslabon, yesca y pajuela, encendió la mecha del velon.

La señora Dorotea abrió la ventana y despues de examinar detenidamente las dos aceras de la calle, preguntó con fuerte acento:

—¿Quién es á estas horas?

—Abrid á la Santa Inquisicion, le respondieron.

El ex-familiar se encaminó lentamente á las habitaciones de arriba, con el objeto de aguardar al enemigo, y la dueña se puso en marcha hácia el zaguan, alumbrándose con el velon.

# CAPÍTULO XXXV.

## El manuscrito del doctor Pimentel.

Al rey don Cárlos lo hemos dejado en su cámara, esperando las comunicaciones que el presidente del consejo de Castilla debia llevarle para el Padre Santo y para el inquisidor general. Tambien sabemos que tenia en su poder el pliego sellado que Zapata con escrupulosa fidelidad habia puesto en sus reales manos, y esto nos esplica que, á pesar de su impaciencia por enterarse del importantísimo trabajo cometido á uno de los hombres mas eminentes de que se gloria España, habia encontrado, ó mas bien, acababa de proporcionarle la Providencia una distraccion, en medio de los cuidados del gobierno, y tambien un lenitivo temporal á las hondas amarguras de su alma.

Porque es una verdad incontestable, que aquel gran monarca se sacrificó por la ventura de sus pueblos, viviendo mártir, víctima del secreto pesar que le fué consumiendo, desde el instante

en que espiró el infante don Gabriel, hasta el último dia de su existencia.

La casualidad habia dispuesto que el conde de Aranda no pudiese cumplir inmediatamente el encargo del rey, porque no ignora el lector que Zapata le habia comprometido, hasta cierto punto, á llevarse consigo al fiscal mayor de la Suprema y á detenerle en palacio. Ahora debemos añadir que el ugier de servicio se condujo admirablemente, secundando los deseos del exfamiliar, supuesto que escribió en un papel, en forma de solicitud, media docena de renglones que contenian su encargo, y entrando en el gabinete del conde, se lo entregó respetuosamente. De aquí resultó que nuestro antiguo don Cosme no pudo salir de palacio tan pronto como hubiera querido.

Quedábale pues á don Cárlos el consuelo y el recurso de aguardar, leyendo el contenido del pliego del doctor, y esto fué lo que se propuso hacer.

Lo abrió sin embargo con cierto temor mezclado de respeto, despues de haberse sentado delante de la mesa; dirigió mentalmente al cielo una oracion por el eterno descanso del alma de Pimentel, y se engolfó en la lectura de aquellas páginas, dictadas por la desesperacion y escritas por una mano temblorosa.

El manuscrito empezaba así:

«Declaro por la salvacion de mi alma y por mi conciencia de cristiano, en presencia de Dios, que me ve y me examina, que lo que voy á escribir es la verdad.

»Era una noche del año 1746, aquella noche en que el rey Felipe V debia dar estrecha cuenta al cielo de los actos públicos y secretos de su reinado. El pueblo sabia que su monarca iba á morir, y los grandes se agitaban en palacio, unos para usurpar la sucesion al trono, otros para ceñir con la corona de España las sienes de Fernando VI.

»Las traiciones, las apostasías, los perjurios que se achacaban á don Cárlos, rey de Nápoles, se desvanecieron como el humo: don Cárlos, antes de morir su padre, aseguró la sucesion de su hermano el príncipe de Asturias.

» Felipe V recibió corte; le quedaban pocas horas de vida.

» Los infantes, los potentados del reino, las altas dignidades de la Iglesia contemplaron con angustia al heredero del infeliz Cárlos II, al príncipe, cuya dominacion costó á España, primero el lento asesinato de su rey y despues la fatal guerra de *sucesion*. Nadie desplegó los labios en la real cámara; todos besaron la mano al monarca moribundo; despues salieron. Era todo lo que tenian que hacer.

» Tambien las princesas de la sangre habian acudido. El rey las examinó con ojos desencajados..... apartó la vista del grupo que formaban y la dirigió á la puerta, pero en la puerta nada habia; entonces se exhaló de su pecho un grito desgarrador, histérico, profundo, un grito que debió abrasar sus entrañas, porque era el grito de la conciencia y no el del arrepentimiento. La familia real se retiró: yo me acerqué al augusto enfermo para anunciarle que solo podria vivir una hora.

» Felipe de Anjou me señaló una mesa que estaba inmediata á su lecho: en ella habia un paquete, que encerraba el honor de la familia mas ilustre y el del mismo rey; recibí el encargo de abrirlo cuando el monarca ya no existiese..... basta. Al pronunciar el moribundo una letra, como inicial del nombre de la persona relacionada con el secreto del paquete, me asaltó un tristísimo recuerdo. Yo habia salvado en 1730, hacia diez y seis años, á una desgraciada muger, que iba á morir con la pobre criatura que habia dado á luz..... la confesion de este suceso excitó todo el sistema nervioso del rey: aquel cadáver se galvanizó como por encanto; no era ya un hombre próximo á exhalar el postrer aliento, sino un rabioso tigre, á quien arrancan su presa. Fijas están en mi mente las palabras que en aquella corta pero terrible escena se pronunciaron: fijas están, como si acabaran de resonar en aquel recinto, donde pugnaban la desesperacion y la muerte.

» *Ya sé esa historia*, murmuró Felipe V: *la muger murió despues de haber dado á luz una niña; esta murió tambien.* — *Así lo creyó su asesino, repuse vivamente, pero Dios dispuso las*

*cosas de otro modo.—¡Cómo! gritó el rey.—Salvé á las dos.—¡Las salvasteis!.... Repetidlo.—Tranquilícese V. M..—¡Que me tranquilice!....—Sí. Un elixir, que propiné á la madre y á la hija, las hizo aparecer como muertas á los ojos de sus perseguidores.—¿Y viven?—La hija sí: no he visto á la madre desde entonces.—El cielo os maldiga mil veces, doctor Pimentel.»*

---

« El cielo me ha maldecido; las imprecaciones del rey cayeron sobre mi alma destrozada como justa expiacion de antiguos crímenes. Prosigamos.

» Cuatro años antes del estraño suceso, cuya revelacion habia acelerado por instantes la muerte de Felipe V, vivia yo en la ciudad de Valladolid, tan dichoso como puede serlo humana criatura. La fama de mi ciencia empezaba á cundir por Castilla y el amor habia satisfecho mis mas halagüeñas esperanzas, concediéndome en doña Clara de Cifuentes una amante tiernísima y una esposa, modelo de afectuosa solicitud y de virtudes. Nada faltaba á nuestra ventura, pues el cielo me habia concedido un hijo, que estrechaba mas y mas los vínculos de una union tan bendecida. ¡Ah! ¡Cuán deleznables son los goces de este mundo! ¡Cuán presto se desvanecen las fantásticas ilusiones de nuestra imaginacion! ¡Y cómo á la dicha suceden las amarguras, y á la risa el llanto!

» Mi existencia, desde que cumplí treinta y seis años, no ha sido mas que un prolongado martirio, que la misma muerte se ha propuesto respetar. Mil veces la he buscado, sin que haya acudido á sacarme de este infierno, que se llama vida. Al ver á mis semejantes, postrados en el lecho del dolor, entre agudísimos tormentos, en los últimos instantes de la agonía, he envidiado su suerte..... ¡Ah! ¿Por qué existo aun?.... ¿Por qué á mis primeros delitos no supe añadir otro mas, que hubiera agotado mis lágrimas?

»Deseaba establecerme en la corte, para ejercer en mas vasto campo mi facultad, y pasé á Madrid solo, con el objeto de adquirir relaciones y buscar cómoda y agradable vivienda. Mi ausencia duró nueve meses. Cuando volví al lado de mi esposa, supe.....

»Hacia ya mucho tiempo que doña Clara mantenia culpables amores con un caballero, llamado don Juan de Valladares, á quien yo no conocia ni habia visto jamás. La criada de mi esposa, que me dió esta funesta noticia, se ofreció á suministrarme pruebas de mi deshonra, siempre que obedeciese con puntualidad sus instrucciones.

»¡Oh! Pruebas..... pruebas eran las que yo necesitaba..... las que yo queria, para vengarme. No se hicieron esperar.

»Doña Clara me enteró entonces de que su hermano don Bernardo de Cifuentes, capitan de *dragones del rey*, que se hallaba de guarnicion en Barcelona, habia formado propósito decidido de casarse con doña Inés de Meneses, hija mayor del duque de Medina, y que contaba con mi apoyo y el suyo, para vencer los grandes obstáculos que por parte de la familia de aquella jóven se oponian en su anhelo. Desde luego conocí que si don Bernardo, á quien nunca habia tenido ocasion de conocer, por hallarse en el ejército, se presentaba en Valladolid, se dificultaria en gran manera la satisfaccion que pensaba tomar de mi agravio; por lo que manifesté á doña Clara, que desde luego tomaba á mi cargo el buen éxito de las pretensiones amorosas del capitan, imponiendo por condicion precisa que este continuase permaneciendo en Barcelona, á fin de que el duque de Medina no pudiese quejarse de los devaneos de su hija con un militar, cuya fama no era de las mejores.

»Queria apartar de mi camino todos los estorbos; queria encontrarme frente á frente con mi afrenta y deshacer en seguida entre mis manos á la muger infame que se atrevia á desdorar mi nombre, obligándola á que bebiese la sangre de su cómplice vil. ¡Ah! Yo estaba loco, ébrio, verdaderamente rabioso.....

»Mi esposa, ignorante de los terribles pensamientos que me acosaban, condescendió, aunque con visible repugnancia, á que el capitan permaneciese en Barcelona. Tranquilo pues por este lado, todo mi empeño se reconcentró en la idea de adquirir aquellas pruebas palpables de mi deshonor, que la criada de mi esposa me habia ofrecido.

»Por su consejo pretesté un viaje á Simancas, de donde no debia volver hasta el dia siguiente; mas en vez de salir de la ciudad, estuve muchas horas en el convento de San Pablo. Al anochecer me dirigí hácia mi propia casa y entré en ella con auxilio de la sirvienta, que me condujo sigilosamente á mi gabinete, desde el cual podia ver, sin ser visto, cuanto ocurriese en la sala.

»Entonces me dijo aquella muger con una sonrisa diabólica: —Señor ¿ha de quedar sin recompensa mi servicio?—No... no... repliqué maquinalmente; es justo.....—Ya lo veis, repuso ella, dando señales del mayor disgusto; aquí puede acontecer alguna cosa desagradable, y..... casi estoy pesarosa de haberos enterado de lo que pasa..... aunque, á decir verdad, todavía no lo sabeis todo.—Habla, nada me ocultes, murmuré con impaciente ansiedad y sacando mi bolsillo lleno de oro.—Sí; conozco que han llegado las cosas á tal punto..... en fin, si me quedo desacomodada..... ¡cómo ha de ser!...—Toma: aquí tienes con que vivir algun tiempo y aun te daré mas; pero habla, habla por Jesucristo, si no quieres que.....—Me asustais, señor, y por lo tanto os obedezco. Por lo pronto el señor don Juan de Valladares se hospeda en casa.—¡Qué me cuentas, infeliz!—La verdad, señor; en el cuarto de arriba, cuya llave guarda siempre mi señora.—¿Cuándo vino?—Como unos diez ó doce dias antes de vuestra llegada de Madrid.—¡La pérfida! Yo no le habia anunciado mi salida de la corte, y creyó sin duda que mi estancia en ella se prolongaria mas tiempo.—De seguro, señor; como la otra vez.—¿Qué otra vez fué esa? No te comprendo.—¡Oh! Hace ya..... no lo recuerdo bien; acababa yo de ser admitida en vuestra ca-

sa..... erais recien casado y tuvisteis que marchar á Galicia..... —Sí; para abrazar á mi madre..... la encontré moribunda..... —Y como entonces tardasteis mas.....—¿Qué sucedió? Pronto; pronto.—Sucedió que tambien estuvo de huésped en casa el señor don Juan de Valladares.—¡Se conocian ya!.....—Por supuesto.—¿No te engaña tu memoria? Quien vino entonces, segun me escribió doña Clara, fué su hermano.—Pues si os lo escribió, fué para engañaros: y sino decidme ¿por qué desapareció de aquí tres dias antes de aquel en que esperábamos vuestra llegada? Ademas ¿no se llama el hermano de mi señora don Bernardo de Cifuentes?—Sí.—¿No es capitan de caballería?—Sí.—¿No se halla ahora mismo en Barcelona?—Sí.—Pues yo os juro por la salvacion de mi alma, que el caballero que aquí vivió durante vuestro viaje á Galicia, era don Juan de Valladares, el mismo que en este instante se entretiene amorosamente con doña Clara.

»No pude sufrir mas, y apretándome el corazon con ambas manos, porque queria estallar dentro del pecho, me acerqué á la puerta-vidriera, que separaba la sala del gabinete.

»Un hombre se despedia de mi esposa..... tenia asidas sus manos y acababan de llegar así hasta la puerta..... me fué imposible oir lo que ella dijo con una sonrisa, al parecer, angelical; pero él la respondió conmovido:

—»*Adios, mi querida, mi inolvidable Clara: permaneceré escondido, ya que es necesario, para deberte mi felicidad.*

»Entonces se separaron, y don Juan, en vez de subir á su aposento, salió á la calle. Yo caí abrumado en un sillon.

»Media hora despues entró la criada en el gabinete..... me llamó en voz baja para recordarme que debia pasar la noche fuera de casa, supuesto que doña Clara me creia ausente de Valladolid. Púseme en pié..... mi cuerpo temblaba..... ardian mis sienes..... mis ojos debian estar inyectados de sangre, porque una capa espesa, un estorbo que partia del cerebro me obligaba á cerrarlos..... aquella situacion era horrible, odiosa y..... tambien

habia de ser eterna..... No..... no..... la muger adúltera iba á morir y con ella el fruto de su crímen..... ¡Mi hijo! ¿Pero lo era por ventura?..... ¿No se amaban ya aquellos infames, cuando partí para Galicia? ¡Oh! Era preciso que pereciesen los tres.....

»Doña Clara tenia la costumbre de tomar todas las noches, al tiempo de acostarse, una cucharada de cierto cordial, que yo mismo habia preparado para las frecuentes debilidades de estómago que padecia. Siempre iba á buscarlo por sí misma á mi gabinete.

»La criada me dejó para entretener á su ama, mientras yo salia..... Cogí el frasco del cordial y lo vacié en un rincon..... abrí el armario, en que guardaba mis composiciones químicas, y mezclé en el frasco las disoluciones de tres sustancias, cuyos activos venenos debian producir una muerte instantánea..... la escamonea vírgen de Alepo, la raiz del turbit y el hidrociníaco.... el frasco quedó sobre mi mesa y abandoné el gabinete, despues de apoderarme de un puñal, que siempre guardaba en el cajon.

»La criada bajó tambien, suponiéndome en la puerta de la calle, con el objeto de cerrarla, y me encontró en la escalera.—Tráeme el niño, la dije; te espero en el zaguan.—¿Qué intentais hacer? me respondió.—Quiero abrazarle..... no puedo marcharme de esta casa sin verle.....—Pues bien, os le bajaré, con tal que la señora no se aperciba de ello.—Anda, anda; no tardes, porque estoy en brasas y el tiempo urge.

»Cinco minutos despues estaba el niño en mis brazos, y sin dar lugar á la criada para que me dirigiese observacion alguna, salí con él á la calle, cerré violentamente la puerta y me encaminé con precipitacion hácia el *Campo Grande*.

»Anduve vagando toda la noche por los prados..... Al amanecer del siguiente dia me encontraba á unas tres leguas de Valladolid..... el niño estaba tiritando de frio..... tenia hambre..... me acerqué al Pisuerga para arrojar aquella presa al furor de su impetuosa corriente..... el fruto del crímen, el hijo de la adúltera no podia esperar compasion de mí..... era preciso que pereciese sacrificado por mi encono.....

»Detúveme en el mismo instante de ejecutar la sentencia, pronunciada por mi venganza implacable y destructora..... Aquel niño..... ¿qué culpa tenia en el delito de sus padres?..... ¿no era un ser inocente á los ojos de Dios? ¡Ah! La naturaleza habia grabado en él una mancha indeleble, haciéndole responsable de mi deshonra..... su mas terrible castigo era la ilegitimidad. Resolví dejarle la vida, y al separarme de él en el inmediato bosque de encinas, pronuncié estas palabras:

»*Vive para ser oprobio de los hombres; llévente tus crímenes á la horca y el cielo y la tierra te maldigan, como yo te maldigo.*

»No he vuelto á verle..... ignoro su paradero..... tal vez moriria de hambre, ó alguna fiera del bosque lo devoraria..... ¿Qué me importa?

»Algunas veces imagino que fuí demasiado cruel..... otros hombres adoptan por suyos..... ¡horrible pensamiento!..... Mi confianza vendida..... mi buena fé burlada indignamente..... mi amor hecho el ludibrio de una esposa impúdica, mil veces menos digna de lástima que las públicas meretrices..... ¡Oh! Supuesto que no ahogué desesperado el asqueroso retoño de su liviandad... ¿qué mas debia exigir el mundo?..... Hice bien.

»Pasé todo el dia recorriendo los prados en distintas direcciones: al anochecer penetré en la ciudad y comí frugalmente en un sucio figon..... á las ocho estaba situado en la esquina de una callejuela tortuosa y oscurísima, que daba frente á mi propia casa. Desde allí podia observar sin peligro todo cuanto ocurriese en la calle.

»Una hora poco mas ó menos haria que me hallaba en acecho, cuando se abrió la puerta de mi casa y salió apresuradamente un hombre embozado; la criada, que habia bajado á alumbrarle, permanecia en el zaguan.

»Corrí á ella y la pregunté: —¿Quién es ese hombre?—Es... me respondió temblando, es..... don Juan de Valladares, que va á buscar con premura un médico, porque la señora se muere.—

¡Cómo! esclamé admirado ¿no ha muerto ya?—¡Oh!..... Esa pregunta.....—Esta pregunta indica que anoche debió beber su cordial acostumbrado.—Con el cual mezclasteis sin duda alguna veneno..... ahora lo comprendo todo. Pues bien; mi señora doña Clara no tomó el cordial anoche, porque la desaparicion del niño no le dejó tiempo mas que para llorar amargamente y desesperarse. Hoy se han hecho muchas diligencias, aunque sin fruto, en términos que mi ama ha caido en una postracion y aniquilamiento grandísimos. Por último, habrá como cosa de media hora que pidió el frasco del cordial y don Juan de Valladares se lo llevó.....—¡Es posible!..... El cielo es justo.—Si lo decís por el resultado, os aseguro que es horrible, porque la infeliz se muere, se muere sin remedio, si no acudimos pronto..... ¡Ah! La habeis asesinado.—Dios la castiga, murmuré sordamente, alejándome de allí.

»Precipitéme en la direccion que habia visto tomar al aborrecido Valladares; á corto rato pasó junto á mí un hombre..... iba embozado y anhelante..... un presentimiento me anunciaba que era él..... al punto le di alcance y pronuncié estas palabras:—¿Cómo os llamais?—¿Qué os importa? me contestó con enojo, al observar que yo pretendia cortarle el paso. Dejadme proseguir, que estoy muy de prisa y mi negocio es urgente.—Es que..... necesito saber á punto fijo, repliqué, si sois don Juan de Valladares.—Ignoraba, repuso al parecer con estrañeza, que ese nombre fuese conocido en Valladolid por dos personas; mas ya que ha llegado á vuestra noticia, quien quiera que seais, guiadme por Dios hasta encontrar un facultativo, pues lo busco inútilmente para una pobre muger, que está espirando.—Basta, murmuré con reconcentrada furia y echando mano al puñal: verdugo de mi honor, únete en el sepulcro con la adúltera esposa de Pimentel.

»Al mismo tiempo le asesté un golpe certero en medio del corazon. Cayó sin exhalar un quejido y huí de aquel lugar ensangrentado.....

»¿En dónde estuve?..... ¿Qué fué de mi existencia durante

muchos dias? Imposible me seria responder terminantemente á estas preguntas..... Los bosques me sirvieron de morada y las frutas silvestres de alimento..... Me habia vengado..... Mi honra estaba satisfecha..... pero yo vivia maquinalmente, sin vínculos sociales, sin deseos, sin porvenir, sin esperanzas..... la espada de la ley suspendida sobre mi cabeza..... un volcan en la frente..... y sobre todo..... sobre todo..... el alma desgarrada por el dolor y los remordimientos..... Errante y perseguido por el dedo Dios, sin tregua ni reposo, perdí completamente la memoria y se perturbó mi razon.....

»Transcurrieron cinco meses..... cuando abrí los ojos á la luz de la inteligencia, me encontré en la casa de locos de Toledo... me habian encerrado en el terrible *Nuncio*, entre aquellas paredes solitarias, cuyos ecos repiten los gritos desesperados que se oyen desde la *Vega*, allí donde la demencia solo tiene que descender por un repecho para abrazarse con la muerte..... el cementerio del *Cristo Milagroso* está á la vista del *Nuncio*.....

»Habia recobrado la razon y la vida..... mi primer pensamiento fué echarme á los piés del rey y confesarle mis crímenes..... Felipe V, en vez de castigarme, tuvo compasion de mis tormentos, y admirando mi ciencia, hizo cesar mis infortunios, concediéndome su proteccion para que me estableciese en la corte. Llegué á Madrid y pronuncié el solemne juramento de consagrar mis desvelos, noche y dia, al alivio de mis semejantes.

»Tiempo es ya de volver á la historia del paquete que me confió el rey en los últimos instantes de su vida.

»Voy á revelar á un hijo un crímen espantoso concebido por su padre. ¿Me incita á ello por ventura la satisfaccion de mi amor propio? ¿Pretendo encarecer mi confianza en el ánimo de Felipe V, por un ridículo impulso de insensata vanidad? No. Recibí un depósito y lo entrego á aquel, á quien estaba destinado.

»El secreto de ese crímen me pertenece; pero yo lo habia descubierto mucho antes de que el rey don Felipe lo consignára por escrito. ¿Se quiere un testimonio de mis palabras? Ya he referido

la escena, en que aquel monarca me abrumó con su maldicion.

»Aquella maldicion fué la prueba evidente de que yo conocia el terrible secreto..... ¡Oh! si hubiera muerto entonces..... ¿no me habia perdonado Dios? ¿Por qué aquel hombre, que desde el trono me habia cubierto con su proteccion y cuya justicia me amparaba, exigia al morir, al hacerme depositario de los furores de su corazon, el tributo eterno de mis lágrimas y de mi martirio? ¿Le acababa tal vez de revelar el cielo que yo podia ser algo mas que un asesino?..... No..... imposible..... y con todo..... la horrible duda que asaltó mi mente en la capilla de palacio, el dia 11 de julio de 1746, despues de haber leido la declaracion de don Felipe, me presagia nuevos dias de luto, de desesperacion y de amargura. Tristísimos instantes fueron aquellos para mí. Y luego..... cuando me convencí de que el rey se habia equivocado..... cuando supe que el duque de Montemar no habia sido el amante de doña Beatriz de Zúñiga..... ¡Oh! entonces dije tambien, que don Juan de Valladares podia no haber amado á doña Clara de Cifuentes, y un infierno de confusiones se apoderó de mi alma, para atormentarme sin reposo.

»El tiempo fué calmando las agitaciones de mi espíritu; á la desesperacion ha sucedido la melancolía; pero siempre vivo en perpetua lucha con los fatales recuerdos de aquellos dias desgraciados.

»Mis infortunios, mi propia rabia, las exigencias imperiosas del honor vulnerado me privan de reconocer herederos legítimos; pero siempre será mi hija la infanta doña Isabel, que me debe el beneficio de haberla salvado de la muerte. A dicha señora lego mi fortuna, que consiste en dos talegos de onzas de oro, que componen juntos cuarenta mil monedas de esta especie.

»Dios me concederá tiempo y fuerzas para dirigir á la noble infanta doña Isabel un testimonio de mi última voluntad. Si así no fuese, téngase lo escrito como espresamente otorgado por testamento. »*El doctor* PIMENTEL.

»En la villa y corte de Madrid á 16 de marzo de 1784.»

---

A este estraño documento, cuya incoherencia en algunas de sus partes revelaba los profundos y amargos sinsabores del médico de Felipe V el *Animoso*, iba unido otro manuscrito de diferente letra, que llamó desde luego la atencion de don Cárlos, pues al punto conoció la escritura de su augusto padre. Lo acercó á sus labios con respeto, por lo mismo que sabia ya que en él se encerraba la confesion de un gran crímen, y postrándose de hinojos púsose á orar para que Dios perdonase al delincuente coronado.

Al levantarse observó un papel suelto y doblado en forma de carta, que se dejaba ver entre las dos primeras hojas del paquete. Lo sacó y..... estaba dirigido á su persona.

Decia así:

»*Al rey don Cárlos III de España é Indias.*

»Hijo mio: me quedan pocos meses de vida, si he de creer los melancólicos presentimientos de mi corazon. El heredero de mis reinos y señoríos es el infante don Fernando, vuestro hermano; pero me son conocidos los manejos é intrigas de los que, contra vuestra voluntad, trabajan para alejarle del trono español y sentaros en él. Sereis pues el monarca que me suceda en la ibérica monarquía, y por eso os dejo estas letras como tal, y que os serán entregadas despues de mi muerte. En ellas vereis consignada la perpetracion de un terrible castigo por razon de Estado; castigo secreto, á que se hizo acreedora una ilustre señora de nuestra sangre. Leed pues las páginas que os dirijo; pesad en vuestra justicia el crímen cometido, como crímen; el deshonor, como deshonor. Imponed á la culpable, imaginando que existe, la sentencia que os dicte vuestra sabiduría, y despues juzgadme.

»Dios os conserve muchos años en su digna y santa guarda.

»*El rey* DON FELIPE.

»De nuestro real palacio de Madrid, á los quince dias del mes de febrero del año de gracia mil setecientos cuarenta y seis.»

Dobló don Cárlos la epístola del rey su padre, exhalando al mismo tiempo un triste suspiro, y sacando fuerzas de la profunda pena que le aquejaba, se dispuso á leer aquellas temibles páginas, cuya historia conocia, trazadas por la mano implacable, que descargó las iras de una justicia arbitraria sobre la frente de una pobre muger.

Tuvo sin embargo que renunciar á su propósito, porque al mismo tiempo anunció el ugier de cámara al presidente del consejo de Castilla.

—Señor, dijo al entrar é inclinándose con acatamiento, traigo la comunicacion para el inquisidor general, que no debe demorarse un minuto: la del Santo Padre no urge así y podremos remitirla mañana.

—¿Y en qué consiste eso, conde? le preguntó el rey, arqueando las cejas, como lo tenia de costumbre cuando excitaban su curiosidad.

—En una razon muy poderosa y sencilla, Señor. Acaba de salir de mi despacho el fiscal mayor de la Suprema, y me convenia detenerle para.....

—Ya lo sé, ya lo sé. Adelante.

—Su presencia y conversacion, que yo alentaba, me han impedido dejar corrientes las dos comunicaciones; pero traigo la que he anunciado á V. M.

—Bien..... pero ¿por qué es precisamente esa la mas apremiante?

—Porque es preciso salvar hoy mismo el honor y la buena memoria de uno de los mas fieles y adictos servidores de V. M. La Inquisicion pretende poner embargo á los bienes del difunto doctor Pimentel.

—Estoy enterado de ese asunto, y si no la tenemos á raya, será capaz de embargar asimismo el cadáver del infeliz médico, para anatematizar sus cenizas con una sentencia de excomunion.

—Por eso he querido apresurarme.

—Habeis obrado cuerdamente: veremos lo que hace el inqui-

sidor general, cuando reciba nuestras letras. ¿Qué os parece, conde? ¿Insistirá en el negocio del embargo?

—¡Quién sabe!.... ¡Está tan acostumbrado á meterse en todos los que no le incumben!

—Y si se mete en el actual ¿qué haremos?

—Nada, Señor, porque V. M. lo ha hecho todo.

—¿Pues qué he hecho yo?

—Se me figura que con unos cuantos hombres de la guardia española, bien puede guardarse contra los alguaciles del Santo Oficio la casa de Pimentel.

—¡Ah! Con que averiguais mis disposiciones.....

—Rodrigo Perez Zapata ha tenido cuidado de noticiarme todo, por medio de un ugier de servicio, antes de salir del alcázar.

—Y creeis que no se atreverán los inquisidores.....

—Lo probable es que se atrevan.

—Pero tambien puede acontecer que salgan escarmentados.

—No habrá cosa mas segura, si hostilizan á los soldados de la guardia de V. M. Ademas, Señor, que tampoco tienen fama de valientes los familiares del tribunal de la Fé.

—Es indispensable que no demos escándalo, conde, y así no quiero que se empeñe lucha.

—Señor, participo del parecer de V. M., pero debo decir con mi franqueza acostumbrada, que si la Inquisicion envia su gente á la casa de Pimentel, habrá lucha y lucha encarnizada.

—¿Por qué?

—Porque la Inquisicion nunca cede, sino cuando se la obliga á ceder.

—¡Oh! Y ahora que hay bienes por medio.....

—Por eso he dicho á V. M. que habrá contienda.

—Pues tratemos de evitarla en lo que esté de nuestra parte, enviando nuestras intimaciones al inquisidor mayor.

El conde de Aranda entregó el despacho al rey, quien, despues de repasarlo detenidamente, puso en él su rúbrica, que ocupaba casi todo lo ancho del márgen, y lo devolvió al presidente para

que escribiese en él su firma, como en documento emanado del consejo de Castilla. El mismo don Cárlos le alargó la pluma para que llenase este último requisito, despues de lo cual le recomendó eficazmente que activase la remision.

Por única respuesta cerró el conde el pliego, lo selló y lacró: tomando en seguida la venia del rey, se retiró de la cámara llevándose el despacho.

Volvió á quedar don Cárlos absorto en sus tristes pensamientos, y así permaneció hasta que el ruido de sus pajes, que llevaban luces, pues ya empezaba á oscurecer, le sacó de aquella especie de letargo. Pidió en seguida un caldo, y mandó que advirtiesen á la infanta doña Isabel que se acercase á su cámara.

La bellísima esposa de don Fernando, vestida de luto riguroso, acudió sin detension al llamamiento de su augusto tio. Éste la abrazó tiernamente, y al estrecharla desahogó su pecho en copiosísimo llanto. La infanta puso en juego todos los resortes de su imaginacion para aliviar su pena, apelando á la fortaleza de su espíritu magnánimo, y consiguió al fin tranquilizar su alma con los consuelos de la religion y con el recuerdo de sus deberes de padre de unos pueblos, que tanto le bendecian.

—Es verdad, murmuró heróicamente y haciéndose superior á los tormentos que sufria; debo consagrarme á la ímproba tarea de labrar la dicha de los reinos, que la Divina Providencia me ha encomendado. ¿Qué son mis propios dolores? Necesito vencerlos, para hacerme digno del amor de esos pueblos felices, que me llaman su bienhechor y su amparo.

—Ofreced al cielo vuestras penas y vuestros sacrificios, Señor, repuso la infanta con dulce acento: él os ayudará.

—Sí, doña Isabel, así lo espero; mas..... no se prolongue entre nosotros tan melancólico asunto de conversacion. Os he requerido para daros una importante nueva. Sois rica, sobrina mia, inmensamente rica.

—¡Yo, Señor! ¿Cómo ha podido suceder eso? ¡Ademas..... nada ambiciono: la munificencia de V. M. y los bienes de mi esposo me obligan á no tener que desear.

—Pero nunca deben rechazar los hijos las herencias de sus padres, replicó gravemente don Cárlos. Mi obligacion es deciros que rogueis á Dios por el alma del doctor Pimentel.

—¡Ha muerto mi protector! esclamó dolorosamente la infanta.

—Y os deja en una declaracion, que tiene fuerza de testamento, la suma de cuarenta mil onzas de oro.

—Guardadlas, Señor, guardadlas, para dar cumplido remate á esas grandes obras, que se han emprendido bajo la influencia mágica de las órdenes de V. M. ¡Oh! No necesito ese recuerdo del hombre virtuoso, á quien debo la existencia, para pedir incesantemente al cielo la salvacion de su alma.

El rey apretó nuevamente en sus brazos á la noble infanta, cuyo rostro cubrió de besos, y la dijo:

—Las palabras que acabais de pronunciar, y que revelan el generoso desprendimiento de vuestro corazon, os hacen digna de un trono. ¿Quién sabe si os lo reserva Dios en la tierra? De todos modos algun dia estareis al lado del suyo en el cielo. En cuanto á mí..... no puedo aceptar el don que me ofreceis, sin que se perjudiquen los sagrados intereses de vuestra descendencia. Lo que hoy heredais no solo es vuestro, sí que tambien de vuestros hijos. Pronto estará en vuestro poder, porque el depositario de la suma es hombre de mi confianza.

—Señor, no rehuse V. M.....

—Basta, doña Isabel. ¿Quereis acompañarme ahora á cumplir un vehemente anhelo de mi alma?

—¿No sabe ya V. M. que siempre, siempre puede disponer de mí?

—Esta noche, á las doce, conducirán al Panteon del Escorial al infante don Gabriel: quiero darle el último adios.....

La infanta y don Cárlos salieron lentamente de la cámara real. Ambos lloraban en silencio.

# CAPÍTULO XXXVI.

Los buenos recursos que para todo tenia á mano el fiscal de la Suprema Inquisicion.

Sabemos ya que el conde de Aranda habia cumplido satisfactoriamente el encargo de Perez Zapata, y que cuando llevó la comunicacion para el gefe de la Suprema al exámen del rey, acababa de abandonar don Cosme su gabinete y pocos minutos despues el recinto de palacio.

El fiscal mayor del Santo Oficio, semejante á un tigre rabioso, que ve escapársele una presa segura, solo respiraba venganza: hervíale la sangre en el pecho y los segundos que tardaba en llegar á la satisfaccion de su encono le parecian siglos.

Bien comprenderán mis lectores que el blanco predilecto de su saña era Zapata. La esclamacion simultánea de éste y la de la señora Dorotea en la cámara de don Cárlos, cuando les anunció que la Inquisicion trataba de embargar los bienes de Pimentel, le hizo sospechar desde luego que se hallaban mas enterados de

lo que convenia de los asuntos del médico: uniendo este cabo suelto á los antecedentes del ex-familiar, que como ya vimos en el capítulo xx de esta misma historia, habia proporcionado á Gonzalo *el rezador* la fuga del calabozo que ocupaba en el Santo Oficio, creció de punto el ahinco, el empeño de don Cosme por apoderarse de aquel hombre, á quien ya tenia condenado *in mente* hacia mucho tiempo, con motivo de su desaparicion y complicidad en dicho acto, que calificaba de rebelde apostasía.

Apresuraba pues el paso, ansioso de poner en práctica las medidas que iba sugiriéndole su diabólica imaginacion, no sin que el recelo y la desconfianza anublasen la seguridad de sus cálculos. Habia comprendido, en efecto, que el presidente del consejo patrocinaba hasta cierto punto á Rodrigo, y aun conocia perfectamente que su larga detencion en el gabinete del primero habia dimanado del propósito convenido entre ambos, para evitar que el segundo cayese en su poder. Don Cosme habia dado, durante una larga carrera de infernales intrigas, abundantes pruebas de refinada sagacidad, y por lo mismo no era fácil que pecase de ignorancia respecto á los obstáculos que se le presentaban para el logro de sus intentos. Mas como era hombre incapaz de contenerse en los justos límites de la prudencia, y estaba acostumbrado á considerar la supremacia de la Santa Inquisicion como un fuero divino, universal, incontrastable, superior al de todas las demas instituciones, las mismas contrariedades que le salian al paso inflamaban su espíritu, comunicándole nuevas fuerzas, nuevos recursos para salir triunfante de todos los peligros.

Cuando entró en la sala, en que el Tribunal de la Fé celebraba sus sesiones secretas, su primer cuidado fué preguntar por el inquisidor mayor al familiar de guardia en aquel puesto. Por él supo que aun no habia acudido á autorizar el resultado de la segunda visita diaria que se pasaba á los presos, y entonces se dirigió á un estante colocado en la pared á bastante altura, y con el auxilio de un taburete alcanzó un rollo de papeles. Una risita sardónica animó al mismo tiempo sus lívidas facciones, comunicán-

doles una espresion de feroz alegría, y acercándose á la mesa, puso el rollo sobre el tapete y se sentó.

Pocos minutos despues examinaba ávidamente el legajo, que por la forma y á juzgar por una enorme cruz que encabezaba la página primera, debia ser indudablemente alguno de los innumerables procesos arrinconados en aquella mansion de lágrimas y de horribles dolores.

—Aquí tengo, murmuró con satánico regocijo, mucho mas de lo necesario para llevar á la hoguera á esa muger, que si no es una religiosa fugitiva, haremos que sea reconocida como tal. Todo tiene remedio en este mundo.... ¿Qué falta aquí?... Veamos...

Y dió principio á la siguiente lectura:

«El dia 9 de abril de 1702 se fugó del monasterio de San Blas, á las cinco y media de la mañana, sor Inés de la Encarnacion, cuyo nombre en el mundo habia sido de Inés Peñalva. Era á la sazon religiosa profesa de dicho convento y ejercia el cargo de portera del mismo. Segun las declaraciones, que obran á los fólios 87, 96, 107, 116 y 125 con sus vueltos correspondientes, parece indudable que en la ejecucion de su proyecto la ayudó eficazmente Ambroso Morales Santisteban, escudero de confianza de don César Gaspar de Mendibil, con quien la supradicha religiosa mantenia hacia largo tiempo ilícitas y criminales relaciones. Los delincuentes no pudieron ser habidos y el tribunal, por su sentencia del dia 12 de febrero del siguiente año de 1703, los condenó á ser quemados secretamente *in efigie* dentro del Santo Oficio, como comprendidos en la calificacion de apóstatas relapsos, cuya sentencia tuvo efecto á las veinticuatro horas despues de pronunciada. Y para los efectos acordados por el mismo tribunal y solo á su infalibilidad notorios, firmo el presente resúmen de la adjunta causa, el cual deberá unirse cosido á ella y conservarse perpetuamente.=Sala del Tribunal Supremo de la Fé, á 29 de octubre de 1779.=Fray Bartolomé Ruiz de Bolaño y Frias, secretario privado.»

—Completamente ageno debia estar el buen fray Bartolomé,

prosiguió diciendo entre dientes el fiscal mayor, de que su estracto de la causa de sor Inés me habia de venir en este instante como de molde. Pues, señor, ya que así lo han querido, así lo tendrán. Lo que hay que hacer es muy sencillo y en un dos por tres voy á atar todos los cabos. En primer lugar, si en mi negocio no hay caballero, á quien achacar el lance, hay un Rodrigo Perez Zapata por medio, y este pagará por el que sobra. Tacharemos por consiguiente lo de las relaciones amorosas del don César Gaspar de Mendibil y se las supondremos positivamente á nuestro antiguo familiar, cuyo nombre sustituirá del mismo modo al de Ambrosio Morales Santisteban; así como en lugar del de sor Inés de la Encarnacion, figurará en el nuevo proceso el de esa muger que estaba con Perez Zapata en la cámara de S. M. Lo demas puede quedar bajo el mismo pié, á escepcion de la fecha del suceso, que aparecerá como verificado á los pocos dias de aquel en que Rodrigo desapareció de la Inquisicion. De este modo pesarán sobre él dos acusaciones formidables. Primera: la fuga del preso Gonzalo, complicada con su propia evasion. Segunda: el rapto de una monja. Veremos ahora si el conde de Aranda y el rey don Cárlos arrancan de mis uñas á esos descreidos..... Ea: manos á la obra. Cópiese todo este fárrago con las variantes indicadas, y ya habrá gente que firme las nuevas declaraciones.

Hecha esta composicion de lugar, don Cosme se restregó las manos con un aire de satisfaccion que presagiaba la mas completa victoria para sus planes. Poco despues agitó fuertemente la campanilla y se presentó el familiar de servicio, que á una seña significativa del fiscal volvió á salir con presteza de la sala.

Pero no habian transcurrido diez minutos, cuando llamaron con suavidad á la puerta.

—Adelante, dijo fray Cosme.

Y apareció al punto la figura de un viejecillo, cuyos ojillos verdes y arrugado rostro anunciaban un carácter malicioso y perverso.

—¿Qué hay de novedades, señor Mateo? le preguntó el fiscal mayor con dulzura.

—Ya sabe Vuestra Paternidad que no salgo jamás de la casa, y que por consiguiente ignoro lo que ocurre por el mundo.

—Es cierto, y á esa circunstancia debeis el que os llamen todos el huron.

—¿Qué quereis que haga? La sociedad está demasiado pervertida, y huyo de ella para que no me contamine, refugiándome en el seno de la religion.

—Laudable propósito, que muchos critican y que yo admiro.

—Pues..... entre los que me censuran se encuentra el señor inquisidor mayor, quien supone que me he vuelto arisco, atrabiliario, antisocial y..... en fin, solo falta que me compare á un facineroso ó á una pantera de Java.

—¡Oh! El inquisidor mayor aprecia en lo que valen vuestro mérito y vuestra virtud, y solo dice esas cosas á fin de ejercitar un poco vuestra paciencia.

—Bien, bien, señor fiscal, estoy conforme y no se hable mas del asunto. ¿Qué tiene Vuestra Paternidad que mandarme?

—Eso es; vamos á nuestro negocio principal, que al cabo es urgente: pero ante todo ¿os ocupais ahora en algo?

—¡Bah! En unas cuantas fruslerias. Ya queda probado en la causa de la presa del calabozo *número quince*, que ella fué la que blasfemó en la iglesia de Santo Tomás, cuando salia la procesion de.....

—La del *número quince*..... ¿Qué muger es esa?

—¡Válgame Dios, señor fiscal, y qué memoria! Una jóven hermosísima, rubia como el oro y flexible y erguida como una palma, contra la que Vuestra Paternidad espidió mandamiento hace ocho dias.

—¡Ah! Ya caigo..... ¿Nada mas?

—Nada..... he puesto en órden varias delaciones que han venido y que pronto os entregaré.

—Ya..... mas la jóven..... ¿confiesa su crímen?

—Al contrario; persiste en sus negativas con un descaro increible.

—Lo creo; esa falsa acusacion la habrá exasperado, y como es tan orgullosa, segun asegura el inquisidor mayor....

—Poco importa; á la vista del tormento se amansará.

—Señor Mateo, se me figura que no habeis comprendido lo que se pretende de ella.

—¡Cómo! ¿Imaginais que acabo de nacer? ¿De qué me sirven los treinta años que llevo en las cárceles del Santo Oficio? Por esa razon he hablado de la vista del tormento, y no del tormento como cosa hecha.

—El inquisidor mayor prohibe la severidad tocante á esa jóven y así.....

—Señor fiscal, ya os he dicho que no acabo de nacer. Conozco perfectamente las intenciones benévolas del gefe supremo y por lo que atañe á su causa, quedará servido y Vuestra Paternidad tambien.

—En tal caso tratemos de lo que ahora importa. ¿Qué órden acaba de comunicaros el familiar de servicio?

—Ninguna: me ha hecho la seña consabida y he venido.

—Perfectamente. Hay que trabajar.

—Hace treinta años que no tengo otra tarea.

—En un proceso antiguo.....

—Segun costumbre de la casa. Habrá que aplicar á algun pobre demonio delitos agenos.

—Por ahí anda, señor Mateo. ¡Qué trastienda tan asombrosa!

—La práctica, señor fiscal, la práctica.

—Se trata de aprovechar esta causa, seguida en el año de 1702, introduciendo en ella nuevos personages y algunas levísimas variaciones. Leed el estracto.

Hízolo así el señor Mateo, en tanto que el fiscal escribia en un pliego aparte, y luego que ambos hubieron concluido, dijo el primero:

—Enterado.

—Ahí teneis, repuso el segundo, alargándole lo que habia escrito, las enmiendas que han de hacerse en la nueva copia.

—No son muchas ni importantes. La tal sor Inés de la Encarnacion debió haber sido una buena alhaja: supongo que la que ha de ocupar su lugar en el proceso..... ¿eh, señor fiscal?

—Dejad á un lado las bromas y atended bien á lo que os advierto, porque es cosa muy séria.

—Adelante..... Adelante.....

—En primer lugar ignoramos el nombre de esa muger, porque no creemos sea el suyo verdadero el que hemos oido pronunciar hoy mismo en la antecámara del rey.

—¡Por los cuernos de Satanás! Eso complica el trabajo, porque habrá que dejar huecos, para escribir ese nombre cuando se sepa.

—Se sabrá hoy.

—Corriente.

—No olvideis que interesa la prontitud. En cuanto á las firmas de las declaraciones.....

—Es escusado hablar de esa friolera. Las pondrán los mismos que siempre. Afortunadamente tenemos aquí hombre, que ha firmado en veinte procesos con nombres distintos.

—De modo que estamos convenidos en todo....

—Sin la menor dificultad. Ya recordareis, señor fiscal, que hemos dado cima á empresas mas espinosas.

—Pues al avío y no descuidarse.

—Se trabajará tambien esta noche, y para mañana á las diez estará lista la causa.

—Y llegará á buen tiempo, porque ya estarán los acusados en nuestros calabozos.

El señor Mateo se levantó y apoderándose del proceso, hizo una profunda reverencia al fiscal y desapareció.

Don Cosme ó fray Cosme, como mas agrade al lector, volvió á agitar la campanilla y al punto asomó en la entrada del tribunal la cabeza del familiar de servicio.

—Acercaos, le dijo el fiscal.

Obedeció el empleado subalterno, y el primero añadió:

—Disponed las cosas de modo que el señor Mateo sea vigilado constantemente, y prevenid á los porteros que estén alerta, porque se me figura que está algo cansado de encierro y que se propone darse al mundo.

El familiar salió sin replicar despues de haberse inclinado profundamente.

Al cabo de media hora poco mas ó menos llegó el inquisidor general, y dejándose caer con desaliento en el cómodo sillon que le correspondia, puso sobre la mesa un pliego sellado con las armas reales. No despegó los lábios, pero al fiscal le ocurrió inmediatamente la idea de que aquel pliego encerraba novedades, y como ya habia observado que estaba abierto, dedujo lógicamente que su lectura imprimia cierto desasosiego en el espíritu del gefe de la Suprema, cuyo abatido semblante revelaba, sin la menor duda, no poco temor y sobresalto.

Ahora bien: el fiscal habia adoptado la prudente costumbre de no preguntar nada sobre asuntos importantes, seguro de que obrando así, siempre conseguiria saberlo todo. En esta cuestion siguió la misma línea de conducta, y se contentó con saludar al inquisidor mayor con un respetuoso movimiento de cabeza. En seguida cogió la pluma para borrajear en un papel.

El inquisidor mayor, por su parte, deseaba romper el silencio, porque tenia necesidad de desahogo; pero no sabia por dónde empezar. ¡Tan trastornado le habia puesto la comunicacion del rey, que habia recibido en su casa!

Por fin, el fiscal, que ya iba cansándose de la falsa posicion en que ambos se hallaban, le sacó del atolladero, aunque sin renunciar á su inviolable sistema; por lo que echando mano de un rodeo que le condujese al fin apetecido, puso brevemente en conocimiento de su superior, que aquella misma noche debia procederse al secuestro de dos personas, acusadas de gravísimos crímenes contra la religion.

—Para eso estamos ahora, esclamó el inquisidor mayor, haciendo un esfuerzo desesperado. ¡Buen berengenal tenemos entre manos!

—Pues ello es, repuso fray Cosme, desentendiéndose de las anteriores palabras, que haya ó no haya berengenal entre manos, debemos proceder á la prision de esos individuos.

—¿Su delito consiste verdaderamente en actos contra la religion?

—¡Pues no!.... Una monja que se escapa del convento con su seductor.....

—Vamos..... vamos..... eso ya merece la pena. ¿Y cómo se llaman los culpables?

—Inés de Peñalva era en un tiempo el nombre de la religiosa; hoy tiene otro que averiguaremos en breve. En cuanto al amante..... ¡Oh! Vuestra Reverendísima Paternidad le conoce mucho.

—¡Que le conozco! Pues le sentenciaré con todo rigor, aunque sea mi mas entrañable amigo.

—¿No se acuerda Vuestra Reverendísima Paternidad de un tal Rodrigo Perez Zapata?

—¡Perez Zapata!.... ¡Jesús! Ese era familiar de la Santa Inquisicion.....

—Familiar traidor, que adjuró de la Fé cristiana, fugándose con el herege Gonzalo, aquel escudero del doctor Pimentel, tan judío como los dos.

—No se me ha olvidado, no. ¿Y deciais que podemos prender hoy á Zapata y á la monja?

—Estoy seguro de que caerán en nuestro poder.

—Luego no ignorais su paradero.....

—¡Vaya! Como que los he visto muy amartelados en tiernos coloquios.

—¡Qué profanacion!... ¡Qué costumbres!.. Nuestra sociedad está enteramente relajada, y temo que Dios Todopoderoso arroje sobre el mundo nubes y torrentes de fuego, para su completo esterminio. Sí..... sí..... teneis razon, fray Cosme; es necesario que

purguen sus maldades. ¡Una religiosa! ¡Un familiar de la Santa Inquisicion! Vamos: estended sin perder minuto la órden para su encarcelamiento; la firmaré, y por vuestra parte cuidareis de que se ejecute sin contemplaciones de ninguna clase.

—Ya está estendida, dijo el fiscal con sordo acento, presentando un papel con sello del Santo Oficio al inquisidor mayor.

Firmólo éste con rapidez y fray Cosme salió para comunicar las instrucciones necesarias á los satélites, que debian poner por obra la arriesgada operacion de prender al ex-familiar y á la señora Dorotea.

La esclamacion de estos en la antecámara del rey, cuando astutamente puso en su noticia que la Inquisicion se proponia embargar los bienes del doctor, habia servido á fray Cosme de punto de partida. No dudó pues de que la ejecucion de su plan de ataque debia tener principio por la casa del difunto Pimentel. Si en ella no encontraban sus esbirros á Rodrigo Perez y á la dueña, se apoderarian por lo pronto, y en calidad de secuestro, de cuanto les llegase á la mano, como muebles, ropas, alhajas, dinero y sobre todo papeles y documentos de propiedad, que podrian servir de mucho al Santo Oficio. Ademas, las gentes encargadas del cuidado de aquella vivienda no dejarian de dar alguna luz, en cuanto al paradero de los reos, cuyo encarcelamiento interesaba tanto á nuestro vengativo fiscal mayor. En consecuencia de estas prudentísimas reflexiones, impuso sus mandatos á un familiar de toda su confianza, elegido para el mando de la espedicion nocturna, aunque reservándose el derecho de acudir él mismo á poner digno término á la empresa, para dictar sobre la marcha las medidas convenientes, segun el giro que tomasen los acontecimientos.

Preciso es convenir en que, sin la esquisita vigilancia, y muy particularmente sin las acertadas precauciones de Rodrigo, merced á la proteccion decidida del rey don Cárlos, el plan de fray Cosme hubiera alcanzado un éxito completísimo, por lo mismo que la Inquisicion estaba en su derecho al proceder contra su antiguo familiar.

Luego que el fiscal mayor tuvo á su gente en disposicion de emprender la marcha hácia la calle del *Ave María*, en la cual no debia dejarse ver hasta que la noche cerrase enteramente, se volvió al lado del gefe de la Suprema, á quien encontró pensativo y revolviendo entre sus dedos descarnados el pliego, que á su entrada en la sala del tribunal habia puesto en la mesa. Desde luego supuso que habia llegado la hora de conocer el motivo del desasosiego de su superior, y en efecto, no bien se arrellanó en el sillon, cuando esclamó el último, lanzando un suspiro capaz de resucitar á un muerto:

—Hemos llegado, amigo fray Cosme, á una época deplorable. El horizonte se oscurece y la tempestad se acerca..... Confio en Dios sin embargo, y espero que no llegaré á ser testigo del triunfo de nuestros adversarios.

—Pero..... ¿qué es lo que acontece? le preguntó el fiscal, fingiendo mas asombro que curiosidad. Nunca he visto á Vuestra Paternidad Reverendísima tan turbado. Si nos amenaza algun peligro, estamos en el deber de aunar nuestros esfuerzos y.....

—Nuestros esfuerzos serán inútiles, repuso el inquisidor mayor interrumpiéndole.

—Lo cual significa, murmuró fray Cosme, que he sido indiscreto. Perdóneme Vuestra Reverendísima Paternidad, pues mi intencion no aspira á inquirir secretos que no me corresponde saber, sino á ofrecer á la santa causa de Dios mi débil, pero nunca desmentido apoyo, así como, si es necesario, el sacrificio de mi pobre existencia.

—¡Oh! Ya os conocemos bien, señor fiscal mayor, y nos consta que sois un varon de fortaleza y de virtud probada. Por eso no guardamos secretos para vuestra sapientísima inteligencia. Ademas, el que voy á revelaros os pertenece tambien, porque encierra un mal muy grave para todos los que sustentamos la sagrada causa de la Fé. ¿Recordais, fray Cosme, que en cierta ocasion anuncié aquí mismo, que el poder de la Inquisicion se desplomaria?

—Lo recuerdo..... Cuando Vuestra Reverendísima Paternidad habló en ese sentido, el encono del rey habia elegido por blanco á los Padres de la Compañía de Jesús.

—Pues mi vaticinio empieza á cumplirse.

—No lo permita el cielo, porque.....

—Os aseguro que está ya minado el edificio de nuestro poder.....

—Es decir que don Cárlos comenzó por los jesuitas, para acabar por nosotros.

—Todo lo hace creer así, hijo mio.

—De modo que eso prueba evidentemente, que cuando fueron espulsados de España los buenos Padres, cometimos un acto de insigne torpeza.

—¿Por qué?

—Porque estaba en nuestro interés defenderlos, y no abandonarlos á su mala suerte.

—No pudimos obrar de otro modo.

—Sí tal, supuesto que ahora se patentiza lo contrario.

—Fray Cosme, os olvidais de que los grandes hijos de S. Ignacio de Loyola se habian hecho demasiado temibles.....

—Pero ¿temibles á quién?

—Primero al trono.

—Subsistiendo ellos, viviriamos nosotros tranquilos.

—No lo creais. Tambien eran temibles para el pontificado.

—Para el pontificado, no: para el Papa sí. Querian un jesuita sentado en la silla de San Pedro y dominar en el cónclave de cardenales.

—¿Y luego?... ¡Ah, fray Cosme! los jesuitas hubieran dispuesto á su antojo de los tribunales de la Fé.

—Santo y bueno; mas no se veria amenazada la Inquisicion.

El gefe de la Suprema se mordió los lábios, porque nada tuvo que replicar á una conclusion tan contundente. El fiscal adivinó que con sus últimas palabras habia mortificado el amor propio de su superior, y se apresuró á añadir, como si no lo hubiese advertido:

—Los Padres de la Compañía son varones de ciencia y de gobierno. ¿Imagina Vuestra Reverendísima Paternidad, á cuyas reconocidas luces someto mis humildes observaciones, que hubieran trabajado contra los derechos de los tribunales existentes? Nunca fueron ingratos, antes bien pagaban con usura los servicios que se les prestaban, y no olvidarian en tiempo alguno, que á la gran autoridad de la Inquisicion eran deudores de su existencia en los dominios de España, y que sin la Inquisicion su poder seria pasagero en el mundo. En prueba de lo que afirmo ¿quién ha alcanzado mas influencia en los públicos negocios, el superior de la Compañía de Jesús ó Vuestra Paternidad Reverendísima?

—Bien está todo, fray Cosme, y no desconozco que hemos llevado muchas ventajas á nuestros hermanos en Jesucristo, pero no lo ignorais. El rey se habia entendido con el Padre Santo, y Roma nos envió instrucciones terminantes acerca de la conducta que deberiamos observar, si se llevaba á desgraciado término el negocio de la espulsion.

—No, no lo ignoro ciertamente, y esas instrucciones justifican en pleno á la Inquisicion de cualesquiera cargos, que sus implacables enemigos la dirijan.

—Implacables habeis dicho, fray Cosme, y habeis dicho bien. Leed este pliego y vereis lo que se nos ordena.

—¡Ordenar! ¿Pues quién puede dictar leyes á la Inquisicion?

—El rey don Cárlos.

—Cada vez crece mas mi asombro.

—¡Ah! Solo las generaciones venideras llegarán á comprender el daño que hoy hacen al Santo Oficio el ministro de Estado y el presidente del consejo de Castilla.

—Siempre fué Floridablanca enemigo nato de nuestro engrandecimiento.

—Pues mirad ahora en esas letras los requiebros, que nos echa el conde de Aranda

—Eso patentiza que tan herege es el uno como el otro.

Al pronunciar estas frases, se puso á examinar fray Cosme

detenidamente el contenido del pliego, y luego que se hubo enterado á su sabor de las prevenciones que en él se hacian (pues aquel pliego, como habrá comprendido el lector, era el mismo que habia llevado al rey el presidente del Consejo para la rúbrica) lo devolvió al inquisidor mayor, diciendo:

—El mal no es tan grande como yo me figuraba.

El gefe de la Suprema le miró de hito en hito, aunque sin atreverse á pedirle la esplicacion de sus razones; pero él, sin cuidarse del asombro que acababa de causar con ellas en el ánimo de su superior, prosiguió así:

—Hay en Castilla un adagio, vulgarísimo si se quiere, pero que aplicado á todas nuestras cosas encierra una verdad de á fólio. *Hecha la ley, hecha la trampa*, repiten las gentes sencillas, desde el instante que se proponen desobedecer un mandato, y la consecuencia es que lo consiguen. ¿Cómo? A fuerza de retorcer el precepto, que acatan sumisamente, encuentran siempre en él un resquicio, una salida favorable á su violacion y acaban por obrar á su antojo, por mas que se lo prohiban. ¿Por qué no hemos de imitar nosotros tan laudable ejemplo? El término es perentorio para la entrega de las causas por delitos puramente comunes..... Pues bien: el tribunal del Santo Oficio solicita del rey un plazo, á fin de ordenar dicha entrega, y mientras transcurre se convierten los procesos criminales en procesos religiosos. Supongamos que el plazo se nos niega. En este caso se forma índice de las causas que menos interesen á la Inquisicion, se pasan estas á los juzgados de la corte y se archivan en reserva todas las demas, dejándolas dormir unos cuantos meses. Ya conoce Vuestra Reverendísima Paternidad que con tan pequeño sacrificio venceremos el principal obstáculo.

—Mas no por eso habremos dejado de ceder, replicó el inquisidor mayor con triste acento.

—Cederemos en poco, para asegurar mucho, dijo sonriéndose el fiscal.

—Ya lo conozco, fray Cosme, y estoy casi convencido de que

no hay otro remedio. ¡Ah! ¡Si fuera posible oponer una vigorosa resistencia!

—No se apure Vuestra Paternidad Reverendísima; la desgracia tampoco merece la pena de que el Santo Tribunal apele á recursos violentos.

—Lo que hay es que se volverian contra nosotros.

—Soy de la misma opinion.

—Y ademas, existe otro motivo de grandísima angustia para mí.

—Si merezco la confianza de Vuestra.....

—Ese motivo es la seguridad que tengo de que el rey don Cárlos no teme á la Inquisicion. Ese pliego lo comprueba.

—Verdad es: no la teme, pero respetará sus fueros é inmunidades para no incurrir en escomunion. El Vaticano será su pesadilla, siempre que quiera atacarnos.

—¡Oh! Esos tres hombres..... esos tres hombres.... El conde de Aranda, Floridablanca y el rey don Cárlos..... Uno á uno estoy seguro de vencerlos..... pero conspirando los tres á un mismo fin..... es imposible.... nos humillarán, nos reducirán al último estremo.....

—Yo aseguro á Vuestra Paternidad Reverendísima que dos de ellos, por la parte mas corta, recibirán una buena leccion con el embargo de los bienes del doctor Pimentel.

—Y ese embargo, fray Cosme.....

—Se publicará mañana, cuando su casa y sus papeles obren en nuestras manos, lo cual se verificará esta misma noche. A propósito, ya va oscureciendo y necesito vigilar.....

—Solo os detendré cinco minutos para preguntaros, si juzgais que, despues de recibido este pliego, tenemos facultades para proceder contra los bienes y efectos del difunto.

—¿Lo duda Vuestra Reverendísima Paternidad? Conservo con gran cuidado la causa, en la cual aparece Pimentel convicto y confeso del crímen de heregía. Ese no es un delito comun, de los que el rey quiere sustraer á nuestra jurisdiccion, y por lo tanto

nos corresponde dictar libremente sentencia. Creo que esta razon es incontestable.

—Pues haced y deshaced como mejor os parezca en honra y servicio de Dios, fray Cosme, y él nos ayude con su divina gracia. Aprovechad bien el tiempo, en tanto que yo me dirijo al calabozo número quince.

—Vuestra Paternidad Reverendísima se propone tal vez convertir á la presa que lo ocupa.....

—Tal es mi intencion. Me han dicho que es jóven y hermosa y su cautiverio inspira lástima. Procuraré inculcar en su ánimo los grandes preceptos de la moral cristiana, y.....

—El señor Mateo asegura que está convicta de haber blasfemado en Santo Tomás.

—Es que..... si se arrepiente..... en fin, ya lo veremos mas despacio..... al señor Mateo suelen antojársele montañas las mismas yemas de sus dedos. Ea, adios, fray Cosme: la examinaré despacio y vos cuidareis de que se la trate como cosa mia.

Sonrióse el fiscal furtivamente, al despedirse del inquisidor mayor, y pasó á la sala del tormento. Allí supo que sus esbirros se habian puesto ya en marcha, por lo que echándose sobre los hombros una capa de seglar, de color oscuro, y cubriendo su cabeza con un enorme sombrero de anchas alas, abandonó el sombrío edificio de la Inquisicion, no sin prevenir antes á los guardianes de la entrada que estuviesen alerta, porque indudablemente llegarian presos aquella noche.

Cuando atravesaba la plazuela de *Santo Domingo*, para tomar la calle de *Jacometrezo*, observó que un bulto sospechoso se escurria suavemente por la *Bajada de los Angeles*. Como su objeto no era reconocer fantasmas, prosiguió su camino, y aunque la distancia que tenia que andar era larga, aligeró las piernas, y llegó á poco trecho de la casa del doctor Pimentel, al mismo tiempo que sus familiares llamaban por segunda vez á la puerta.

# CAPÍTULO XXXVII.

Un antiguo Mendigo hace otra de las suyas; los duendes pierden la batalla á los primeros disparos, y cae el gato en la ratonera.

El bulto sospechoso, que habia llamado la atencion de fray Cosme, se detuvo como al promedio de la *Bajada de los Angeles*, que no presentaba en aquella época la risueña faz de los elegantes edificios que en el dia la embellecen. Dos hileras desiguales de miserables tabucos de tierra y teja formaban aquella cuesta incómoda y desempedrada, obstruida por el lodo, los barrizales y la inmundicia, y en la que á duras penas se aventuraban los transeuntes, temerosos de un descalabro ó de un mal encuentro. Y era que, á pesar de la situacion de aquel, que mas podia llamarse atajo peligroso que calle entre la corte y la villa, y de su proximidad al punto céntrico de la poblacion, servia de refugio, por el estilo de los *Barrios Bajos*, á muchas gentes de mal vivir, como tahures y rateros, entre los que pululaban chalanes de toda especie, y á no pocas mugeres dadas á la crápula y á la prostitu-

Editor Vicente Castaños

cion, que hacian público alarde de su desenfreno con el mas repugnante cinismo.

Pegado, por decirlo así, á una de las casucas negras estaba el bulto de que hemos hablado: mas no tardó en abrirse una puerta medio desvencijada, que daba paso por sus junturas al viento y al frio de la noche. El bulto entró, y despues de trepar con un desembarazo, que revelaba su conocimiento de la localidad, catorce ó diez y seis escalones malamente iluminados por un ético candil, cuyo pavilo atizaba al mismo tiempo una mozuela sonrosada, aunque cubierta de harapos, se encontró en la cocina.

Un escaño, que sin duda habia servido á diez generaciones, dos sartenes, media docena de pucheros de barro de Alcorcon, que ya se trabajaba entonces, otras tantas escudillas é igual número de platos de la misma materia, componian el ajuar de la pieza mas interesante de aquella pobre morada. El fogon estaba alimentado por muchas rajas de pino y convertia la cocina en un infierno, porque el humo la llenaba de bote en bote, en vez de evaporarse por la chimenea, de lo cual hacia muy poco caso, al parecer, la mozuela sonrosada, supuesto que de vez en cuando revolvia airosamente, con un cucharon de madera, el contenido de cierta olla de regular cabida, que figuraba en medio del fuego.

Nuestro bulto se sentó, sin pronunciar una sílaba, en el escaño: la mozuela puso sobre sus rodillas un guiñapo lleno de manchas y de agujeros, que representaba el mantel, y cogiendo un plato, de los que yacian junto al hogar, lo colmó del sabrosísimo y picante guisado de callos que hervia en la olla, y lo presentó al bulto, haciendo un gracioso mohin con la boca. El bulto, á quien el lector ha visto andar, subir por una escalera y sentarse, era por estas razones convincentes, y por otras muchas que omitimos, un hombre de carne y hueso: así fué que comenzó á engullir callos con tanta ligereza, valiéndose admirablemente de una especie de tridente de hierro, que cualquiera hubiera dicho, al examinarle, que aquella habia sido la ocupacion predilecta de toda su vida.

Terminada la refaccion ó cena, el bulto se levantó, encendió un cigarro con un tizon del hogar, abrazó á la sonrosada, estampó en su frente un beso y se dirigió á la escalera, cuyos escalones bajó muy despacio. La mozuela le alumbró con el candil, como la vez primera, y juzgándole á poco rato en la calle, por haber oido rechinar la puerta, se retiró á la cocina.

En ella la esperaba otro bulto, que, acercándose en puntillas por detrás, enlazó con sus brazos aquel talle flexible, que se estremeció con un movimiento convulsivo. Pero los labios de la mozuela no se abrieron para dar paso á la mas pequeña esclamacion..... Sin duda presentia un ataque, que no le causaba el menor asombro. Lo único que hizo fué sacudirse como una serpiente herida, para libertar su cuerpo de los brazos que le oprimian con fuerza: despues..... ¡Oh!.... despues no espresaban sus negros y brillantes ojos cólera, ni odio, ni desesperacion, ni miedo, sino un desden profundo, tenaz, persistente, indescribible, un desprecio irónico, sarcástico, que debia matar todo amor, toda esperanza.

Pero el bulto, que era un moceton de veinte y siete años, alto, fornido y de pelo en pecho, no se arredró por la brusca recepcion que merecian sus sentimientos amorosos. Dió un paso hácia adelante para recobrar lo perdido; mas, observando que la sonrosada acababa de apoderarse de un tizon encendido, con ánimo sin duda de defenderse, lo cual podria ser causa de un escándalo ó de alguna desgracia irremediable, procuró capitular, á fin de conseguir, por medio de esplicaciones, la posesion del blanco de sus deseos.

Volvió pues á desandar el paso andado, retiróse otros seis mas y dijo á la sonrosada con estridente acento:

—Hablemos despacio, Paloma.

—Hablemos deprisa, Zurdo, contestó la mozuela resueltamente. Mi padre no tardará en volver y no quiero que te encuentre aquí.

—¿Por qué? preguntó el Zurdo.

—¿No lo sabes? repuso ella. ¿Por qué te has escondido en mi cuarto de dormir, cuando sentiste que venia?

—Por esto mismo; porque me habia empeñado en hablarte á solas esta noche, y estaba seguro de que tu padre se marcharia despues de cenar.

—Al entrar no me dijiste eso.

—¿Para qué? Te dije que necesitaba esperar á tu padre. Algo habia de decir.

—Y cuando salia á alumbrar á mi padre, me añadiste que en cuando supiese que estabas escondido en mi cuarto, le atravesarias el corazon con tu puñal.

—Eso fué para obligarte á callar.

—Y yo he callado, y he consentido en que mi padre salga, por no esponer su vida á tus golpes.

—Con que segun eso me crees.....

—Te creo capaz de matar á un hombre, aunque ese hombre sea tu protector, mas no de habértelas cara á cara con una muger.

—Eso se verá, porque tenemos tiempo de sobra. En fin, ya estamos solos.

—Te engañas; el tiempo urge: ya te he advertido que mi padre no debe tardar.

—Sí, aguárdale. Está en la taberna del *Nuevo Raposo*, desocupando sendos jarros de negro Arganda con los amigos.

—Aun cuando así sea, esplícate y pronto.

—No tienes malos humos de reina, Paloma.

—Y reina soy en mi casa. Vamos ¿quieres hablar?

—Sí, quiero hablar, y ya que te empeñas en que esta entrevista dure poco tiempo, echaré por el atajo; á fin de aprovecharla. Sabes, Paloma, perfectamente que siempre te he mirado con buenos ojos y que tambien te lo he dicho. Tu padre está ya muy chocho y ademas tiene muchas cuentas pendientes con la justicia; de modo que si no lo lleva al otro barrio una enfermedad dentro de algunos meses, bailará en el aire, sujeto por un

nudo corredizo, que le apretará el gañote, y váyase lo uno por lo otro. Entonces quedarás huérfana, perdida en medio del mundo, sin arrimo ni amparo y precisada á entregarte al primero que llegue. ¿Quién ha de hacer caso de tí, por hermosa que parezcas? Siempre serás la hija del ahorcado, ó una criatura abandonada de la mano de Dios y de los hombres. Mira, Paloma, eso no te conviene; antes bien te está mucho mejor convenirte conmigo y que vivamos los dos como buenos amantes. Al cabo soy jóven y no te desampararé nunca. Al avío pues; ven á los brazos de tu querido, que te mercará mañana buenos trages, calzado de galgas y pendientes de lo fino y de los que gastan las señoronas de la corte, y convertirá esta sucia huronera en un verdadero paraiso terrenal. ¿Me has entendido bien, Palomita de mi alma?

—¿Has acabado tu sermon, Zurdito de mi vida?

—Solo aguardo tu respuesta para.....

—¡Mi respuesta! ¿Por qué no se la pides á tu muger?

—¡Ah!.... ¿Esas tenemos?.... ¿Te rebelas porque soy casado?..... ¡Vaya un inconveniente! La Jara es vieja y horrible, siempre está enferma y lloriqueando por el género de vida que traemos, y yo..... ya lo ves..... necesito una hembra fornida, jóven, de ojos morunos, de frescas mejillas, y propia para hacer pecar á un santo. Paloma, tú eres la elegida de mi corazon, porque reunes todas esas ventajas. Afuera escrúpulos y venga un abrazo y un beso; desde este instante te declaro por mi querida.

—Zurdo..... Zurdo..... no tientes á Dios.

—No admito réplica en contrario, Paloma: me he propuesto no salir de aquí sin que seas mia.

—¡Tuya!.... ¿A qué llamas ser tuya?

—A..... no lo ignoras, picaruela. ¿Crees que te juzgo tan inocente? Ea, lo dicho dicho..... Si al fin ha de ser, cuanto mas pronto mejor; segurísimo estoy de que mañana te has de alegrar.....

Y al mismo tiempo que el Zurdo pronunciaba estas razones, se adelantó resueltamente hácia la sonrosada, con ánimo decidido

de hacerla sucumbir á sus impuros deseos. Pero Paloma, inspirada por la idea del peligro que corria su honestidad, protegida por el sentimiento de una virtud, tanto mas estraña y sorprendente en su corazon, cuanto que tenia casi siempre á la vista mil ejemplos de depravacion y de libertinage, como otros tantos cebos para arrastrarla al vicio, corrió al hogar, y armándose con un tizon mucho mas encendido que el primero, esperó con insultante sonrisa el ataque de su contrario. Un segundo despues, conociendo que éste vacilaba y que tal vez discurria algun otro medio de inutilizar su defensa, le gritó sin mirarle:

—¡Atrás!.... Estoy dispuesta á abrasarte.

Y añadió en seguida, señalando con el índice de la mano izquierda el pasillo de la escalera:

—Baja y huye..... no ignoras cómo se abre la puerta de la calle..... Baja, Zurdo, porque estás espuesto á morir á mis manos.

Paloma, infeliz hermosura de diez y seis años, estaba sublime en la escena que acabamos de bosquejar. El Zurdo la contemplaba asombrado, porque nunca la habia visto tan bella. Con los labios entreabiertos y rojos como el carmin, con la nariz dilatada, cual si la animase el ardor de unos deseos contrariados, levantado el pecho por la ira, fruncido el entrecejo y la cabeza erguida, revelaba tanto orgullo, tanto valor, tan indomable brío, tan increible fuerza de voluntad, que aquel hombre feroz, avezado al crímen, dudó, por la primera vez de su vida, de que sus esfuerzos alcanzasen la victoria que anhelaba conseguir.

No era sin embargo hombre capaz de ceder una pulgada de terreno; antes bien, incitado mas y mas por la hermosura, por el encanto, por la seduccion que ejercian en su pecho de hiena los hechizos de Paloma, aceptó la lucha que se le ofrecia, jurando no dar cuartel ni compadecerse de las lágrimas y ruegos de la desventurada, cuya deshonra y posesion era el objeto de sus afanes.

Y la lucha debia decidirse en breve espacio, porque el Zurdo habia comprendido que el éxito de la primera acometida no podia dilatarse por mas tiempo que el necesario para asegurarla en

favor suyo. Midió en consecuencia con la vista la distancia que le separaba de Paloma, y atravesándola de un salto, sujetó fuertemente los brazos de la que destinaba para víctima de su libidinoso empeño, antes que ella pudiese apercibirse de tan brusca acometida.

Pero un grito de rabia y de ódio, un grito desgarrador, desesperado, contestó á las caricias inmundas de aquel hombre desalmado y furioso, que, desarmando á la sorprendida jóven, y poniendo ante sus ojos la afilada hoja de un puñal, pretendia obligarla á que le siguiese al chiribitil contiguo á la cocina, y que era el mismo á que habia hecho alusion Paloma cuando habló de su cuarto de dormir.

Aquel grito, que pedia venganza contra el miserable forzador, fué el anuncio de la salvacion de la sonrosada, que ya se creia en el último trance de su desventura; pues no bien lo hubo exhalado su angustiado pecho, cuando sintió el Zurdo que se introducia por su espalda izquierda la helada punta de un cuchillo. Lanzó al punto un ¡ay! lastimero, doloroso, profundo; soltó á Paloma, deslizóse de su mano el puñal, y doblando las rodillas, dió con su cuerpo en tierra, esclamando desesperadamente:

—Muerto soy..... perdóneme Dios misericordioso.

—Así sea, le respondió un hombre encorvado, que acababa de presentarse en la cocina, para dar fin con su cuchillo á las pretensiones del Zurdo.

Paloma se arrojó en sus brazos y solo tuvo aliento para decir:

—El cielo os ha traido.....

—Calla, hija mia; todo lo sé.... todo lo he escuchado desde la escalera, supuesto que no he salido de casa. Cuando vine á cenar, no ignoraba que este bribon habia puesto los piés aquí, pero tu silencio y su desaparicion me hicieron creer que eras su cómplice y que le habias dado cita. Desde aquel momento juré mataros á los dos, si mis conjeturas salian verdaderas, y así, en vez de marcharme de casa con direccion á la taberna del *Nuevo*

*Raposo*, como lo hago otras noches, metí ruido abajo con la puerta de la calle figurando que la cerraba, y despues.... ¡oh!... despues he subido suavemente, sin respirar, para vengarme y vengarte. Mira.... cada vez que me acuerdo de que te hubiera asesinado si..... pero ¿qué tienes? ¿Por qué miras con tanto ahinco á ese ingrato lobo, que intentaba deshonrarte?

—Es que..... se me figura que respira, murmuró Paloma.... Padre mio..... ha pedido perdon á Dios, que sin duda habrá tenido piedad de su alma. Si pudiéramos nosotros salvar su cuerpo.....

—¡Y le compadeces!.... ¡Tú!.... ¡Tú!.... ¡Quién es capaz de entendérselas con una muger! replicó el encorvado. Pero has dicho que respira..... Veamos.

Y empuñando de nuevo el cuchillo se inclinó sobre el Zurdo.

—¿Qué vais á hacer? le preguntó su hija aterrada.

—Déjame, niña, refunfuñó él, examinando al herido. Es preciso que el perro no ahulle, y sobre todo que mañana ú otro dia no muerda. Efectivamente..... todavía tiene apego al mundo, pues acaba de mover los ojos..... Bueno..... esta se los hará cerrar para siempre.

Y diciendo y haciendo, asestó al Zurdo una puñalada en la tetilla izquierda.

El Zurdo se estremeció estirándose; despues no volvió á moverse; estaba muerto.

Paloma se habia cubierto el rostro con las manos. Su padre la obligó poco despues á que le ayudase á bajar el cuerpo del Zurdo hasta el zaguan: allí lo cargó, á pesar de su edad y de sus achaques, sobre sus espaldas, y abriéndole su hija la puerta, salió á la calle y echó á andar, á buen paso y cuesta arriba, hácia la plazuela de *Santo Domingo*.

Al amanecer encontraron las rondas, cuando se retiraban de sus correrías nocturnas, el cadáver del Zurdo, junto á la alcantarilla de Leganitos.

El encorvado volvió á su casucho, despues de deshacerse del muerto, y encontró á Paloma esperándole en el zaguan. Subie-

ron ambos á la cocina y se sentaron en el escaño. Entonces dijo el primero á la sonrosada:

—No me has dado hoy poco que hacer, á Dios gracias, y bien acertaba Paco Ramera cuando decia que una muger hermosa es el tesoro mas difícil de guardar.

—Pero yo no tengo la culpa de lo que ha sucedido, se atrevió á murmurar Paloma. Todavía estoy temblando y desesperada.

—Desesperada..... ¿y por qué? repuso su padre. ¿Hubieras preferido tal vez que ese pícaro Zurdo saliese con la suya?

—No..... mil muertes primero..... pero al fin..... se ha cometido aquí, delante de mis ojos, un.....

—Acaba: un asesinato..... ¿no es eso? ¡Gran novedad!..... ¿Qué querias que hiciera? ¿No te tenia estrechada tan fuertemente, que tu resistencia era ya imposible? ¿No ibas á sucumbir á los inícuos deseos de ese miserable? Debes confesar que llegué á tiempo.

—¡Oh!.... Sí..... Sí..... ciertamente.

—Porque mira, Paloma, yo..... ya conoces mi vida. Soy lo que se llama un hombre perdido, un ladron con causas abiertas por motivos gordos. Con solo tener presente que pertenecí á la asociacion de los *Mendigos* y que era uno de sus gefes principales, que luego figuré entre los *Hermanos del Guadarrama*, y que soy tal vez el único de ellos que no ha caido en las emboscadas de la señora justicia, está dicho todo. ¡Ah! En la famosa barriada del *Barranco*, y muy particularmente en la calle de los *Tintes*, se conservará eterna memoria del *Viejo*. Y estas cosas me traen á la imaginacion otras bien tristes; porque ¿cuándo volveré á encontrar otros muchachos como los de la taberna del *Raposo?*.... ¡Qué corazones aquellos, hija mia!.... ¡Qué brazos!.... ¿Qué se han hecho el *Gato*, el *Atravesao*, el *Vizco*, *Pedrillo*, y sobre todos *Paco Ranera*? Este último solo valia por mil, y si llego á encontrar alguna vez á su matador, juro por el diablo que he de vengarle. Pero dejemos esto ahora. Yo, Paloma, como iba diciendo, he llevado siempre una vida arrastra-

da, si las hay, y conozco que tarde ó temprano acabaré de muerte violenta, ó á golpe de puñal ó en la horca, porque así como ha sido el principio, así será el fin. Pues bien; en medio de todo he tenido aquí dentro una cosa, una especie de religion á mi modo, y he imaginado que Dios perdonaria mis crímines, si yo cuidaba de tí como buen padre y como cristiano. Ya has visto si lo he hecho. Te he separado constantemente de las malas compañías, he imbuido en tu corazon máximas de virtud y de pureza, y en una palabra, siendo el hombre mas vicioso del mundo, he hecho que aborrezcas el vicio con toda tu alma. Créeme, Paloma. Si fueras como esas muchachas inmundas, que escandalizan el barrio con sus blasfemias y que se dan al primero que pasa por su lado, no existirias ya, porque yo mismo te hubiera asesinado. Por consiguiente, para tu bien y para mi salvacion es preciso que nunca olvides mis consejos y que prosigas siendo lo que eres; una muger casta y hacendosa, á pesar de nuestra pobreza. De este modo, nunca te abandonará Dios, y encontrarás despues de mi muerte, personas honradas y caritativas que te protejan.

—Yo prometo ser siempre la misma, replicó la sonrosada deshecha en llanto.

—Bien, bien, hija mia, no llores, que para todo habrá remedio, murmuró el *Viejo* enternecido. La mala suerte no se cansa de perseguirme..... ¡Cómo ha de ser! Y no creas que lo digo por la muerte del Zurdo. Ese es negocio concluido y no se sabrá, porque como trataba de sorprenderte á solas, ya habrá tenido cuidado de no confiarse á nadie y de que no le vieran entrar aquí. Mis temores son otros.

—¿Cuáles, padre mio?

—Las pesquisas que hará el inquisidor mayor para averiguar tu paradero.

—Es verdad..... pero ¿volverán á prenderme? Porque..... yo no blasfemé en Santo Tomás, como querian que confesase.....

—¡Bah! ¿No conoces que eso de las blasfemias era un pretesto

para asegurar tu persona? El inquisidor mayor te vió, cuando salias de la iglesia, se prendó de ti, hizo que te siguiesen, y sabiendo que no contabas con grandes protectores, dispuso tu prision. Yo, cuando me hallé sin tí por la noche, hubiera revuelto el mundo para encontrarte, mas no fué necesario, porque me informaron los vecinos de que habias sido conducida á la Inquisicion.

—¡Ah! esclamó Paloma, dirigiendo la vista con terror hácia todas partes. Se desentendieron completamente de mis lágrimas y lamentos..... me taparon la boca.....

—¡Qué diablo! Eso lo hacen siempre. Pero ignoraban que habia quien velaba por tí. En la Inquisicion tengo un amigo, y si pudiera, hasta en el infierno lo tendria, porque es cosa muy útil é indispensable. Acudí pues á él; averiguó que te habian puesto en el calabozo número *quince* y que el inquisidor mayor habia ordenado que te tratasen bien, pues se interesaba mucho por tí. Esto me dió á conocer sus diabólicas intenciones y traté de introducirme en la Inquisicion para libertarte. El amigo de que te hablo me proporcionó un hábito viejo de fraile de Santo Domingo, y como es portero del Santo Oficio, estaba á la entrada y aun me introdujo cuando llegué anoche, pretestando que iba á confesarte por mandato del inquisidor mayor. Tu calabozo era mas bien un cuarto que un encierro; no habia cerrojos en la puerta, y con mi llave maestra la abrí fácilmente. Ya sabes lo demás: salimos, gracias á la proteccion de mi amigo, sin que nadie nos observára y sin que el amigo se comprometiese, porque es un sabueso de largo olfato, á quien conocí en otro tiempo entre los *Mendigos*. Ahora falta que los de la Inquisicion no te encuentren, y por eso te traje aquí esta madrugada, á cuatro pasos de ellos, porque hubiera sido muy imprudente llevarte á la otra vuelta, es decir, á la casa de la calle de las *Beatas*, donde te prendieron, y que abandoné ayer mismo, trayéndome el ajuar. Lo del Zurdo, él se lo ha buscado. ¿Quién le mandó olisquear el sitio que yo trataba de escoger para vivir? Además, debia estar enterado de tu vuel-

ta de la Inquisicion, porque sabia muy bien que estabas presa. Por lo tanto y para que no cante, bien muerto está. En fin, mañana será otro dia y pensaremos lo que nos conviene. ¿Has cenado?

—Todavia no, respondió Paloma: iba á hacerlo, si el Zurdo se mostraba razonable, pero sus empeños y locuras.....

—¡Necio de mí, que pregunto lo que no ignoro! Vamos, cena y acuéstate sin cuidado alguno. Yo tambien voy á dormir. Ea, encomiéndate á Dios y buenas noches.

El *Viejo*, á quien el lector conoce perfectamente, desde que le vió en la taberna del *Raposo*, propiedad de Paco Ranera, besó tres veces en la frente á su hija y se retiró á un zaquizamí inmediato á la bajada del portal. La pobre sonrosada no cenó: apagó el candil y se dirigió á su cuarto.

Dejemos descansar al padre y á la hija, si descansar pudieron aquella noche, y corramos hácia la calle del *Ave María*, en la cual nos esperan otros personages de esta historia.

La señora Dorotea, que, como no ignoramos, habia bajado al zaguan, por instrucciones de Zapata, alumbrándose con la luz del velon, se acercó resueltamente á la puerta de la calle y la abrió. Mas no bien hubo franqueado la entrada al enemigo, cuando se vió acometida por cuatro duendes negros, por cuanto los esbirros de la Inquisicion llevaban ropas talares con capuchas, que les cubrian enteramente los rostros.

Uno de ellos, despues de haber hablado con otros dos, que permanecian en la acera opuesta de la calle, preguntó á la dueña:

—¿Quién vive en esta casa?

—Estoy sola, sola, señores, con un amigo del difunto doctor Pimentel, que por caridad ha venido á hacerme compañia, respondió la señora Dorotea, fingiendo que temblaba.

—¿Cómo se llama ese amigo del difunto?

—Rodrigo Perez Zapata.

—Es el mismo que buscamos.

—¡A él, Dios mio!.... ¡A él!.... ¿Pues qué crímen ha cometido?

—Silencio. Contestareis cuando se os pregunte; y ahora alumbrad por la escalera, para que subamos.

Obedeció ella, aunque figurando que lo hacia de mala gana.

Los cuatro esbirros empezaron á subir y los dos que habian quedado en la calle se acercaron entonces á la puerta, como para guardarla: pero sintieron pasos de una persona, que al parecer se dirigia hácia ellos y avisaron á los que subian. Estos se detuvieron al punto, llegó la persona, cuyos pasos habian sentido los primeros, entró en el zaguan de la casa con desembarazo, se desembozó y todos reconocieron á fray Cosme.

—Ya veo que todo va en regla, murmuró; pero no hay tiempo que perder. ¿Se ha averiguado alguna cosa importante?

El denunciado Zapata está arriba, segun confesion de su cómplice, contestó el esbirro que antes habia interrogado á la dueña.

—Pues cumplid con vuestra obligacion. ¿Ha venido el escribano del crímen que debe inventariar lo que se encuentre?

—Todavia no.

—Si no llega pronto, recoged todas las llaves para presentarlas al Santo Tribunal, y que queden aquí dos hombres guardando la casa. Cuidad bien de los presos y que ocupen los calabozos, cuyos números señalará el familiar mayor de servicio. Ya tiene la órden. Vamos; hágase todo con prontitud y silencio.

No bien habia pronunciado estas palabras, cuando los dos esbirros de la calle se precipitaron, dando voces en el zaguan.

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede? preguntó sériamente alarmado fray Cosme.

Y al mismo tiempo que el sargento de la guardia española, con sus seis hombres, se presentaba en el umbral de la puerta, oyóse una carcajada en lo alto de la escalera y poco despues el acento burlon de Zapata que decia, contestando al fiscal mayor:

—Sucede, amigo fray Cosme, que la criada se ha vuelto respondona, que el gato ha caido en la ratonera, y que los que venian á prender quedan presos.

Hablando así, apareció el ex-familiar con su media docena de satélites, de modo que los esbirros de la Inquisicion se vieron cercados por todas partes, antes que pudiesen darse cuenta del contratiempo que desbarataba sus planes. Fray Cosme comprendió al punto que el astuto Zapata, alarmado por su encuentro en la antecámara real, le habia tendido un lazo, del cual le seria muy difícil desasirse. Se encontraba pues entre la espada y la pared y obligado á hacer de la necesidad virtud: mas quiso, con todo, probar fortuna y esgrimir contra sus enemigos las poderosas armas del terror y del fanatismo, con el objeto de que los soldados abandonasen la causa del antiguo dependiente del Tribunal de la Fé. Pronto hubo sin embargo de convencerse, con no poca mortificacion de su orgullo, de que su estratégia era completamente inútil; porque el sargento de la guardia española le declaró, de una manera rotunda y terminante, que tanto él como su tropa habian jurado fidelidad y obediencia al rey; que el rey los habia puesto á las órdenes de Zapata, y que á pesar de su respeto hácia los ministros de la Inquisicion, harian contra ellos y sus enviados todo cuanto Zapata les ordenase.

Fray Cosme, al oir esto, arqueó las cejas y dijo humildemente:

—Cedemos á fuerza mayor, y es necesario que conste así, para que yo no sea castigado por mis superiores.

—Constará, le respondió Zapata, con la prosopopeya de un general que aprueba un artículo de la capitulacion presentada por el enemigo.

—Ahora, repuso el fiscal, nada tenemos que hacer aquí; por consiguiente nos retiramos.

—Imposible, sin que primero escucheis lo que se me ofrece deciros, le replicó el ex-familiar. Subid pues y hablaremos un rato.

Dirigiéndose en seguida al sargento, y señalando á los esbirros añadió:

—Ojo alerta con los duendes, no sea que se nos evaporen antes de tiempo.

El sargento colocó un centinela en la puerta de la calle, despues de haberla cerrado por dentro, y dispuso el resto de su gente, de modo que estuviesen vigilados convenientemente los satélites de la Inquisicion. Hecho esto, subió con fray Cosme, Zapata y la señora Dorotea al aposento en que habian cenado, previniendo antes á los soldados que destripasen sin piedad al primer duende negro que se moviese.

Sentáronse delante de la mesa, á la sazon vacía, el ex-familiar y su antiguo gefe el fiscal de la Suprema; la dueña les llevó vino y un gran pastel de faisanes, regalo que fray Cosme, á pesar del mal éxito de su nocturna operacion, consideró de buen agüero, y el sargento de la guardia española se acomodó en una especie de sillon con honores de sofá, desde el cual alcanzaba fácilmente los objetos que la señora Dorotea acababa de colocar sobre la mesa, y en el que tambien podia, en caso de necesidad, entregarse plácidamente al sueño.

Así las cosas, Zapata entabló la conferencia diciendo:

—En otros dias os llamabais don Cosme; no habiais recibido las órdenes sagradas. ¿Cómo es que hoy os encuentro en ese trage, que cubre vuestra capa?

—¿Qué quieres, hombre? Entonces era casado, enviudé luego, me ví sin hijos que me..... en fin..... balbuceó el fiscal, conociéndose que le contrariaba el tener que contestar á un interrogatorio.

—Ya, ya, repuso Rodrigo; aquí tenemos que el diablo, harto de carne, se metió fraile. Convenidos: eso nada me importa. Pero nosotros nos conocemos, fray Cosme, y por la misma razon es preciso que desde esta noche seamos amigos verdaderos.

—¡Amigos! esclamó el religioso lleno de admiracion.

—Se supone. Amigos son siempre los que comen juntos. ¿Habeis cenado?

—No, hijo mio: hoy es dia de abstinencia.

—¿Sí? Pues vaya ese trocito de pastel para empezar á cumplirla. La señora Dorotea os servirá inmediatamente un buen vaso de Arganda.

Fray Cosme conoció que la hipocresía estaba allí de mas, y que por lo tanto debia atemperarse á las circunstancias. Aceptó el pastel y el vino que le ofrecian, y comió y bebió con apetito y desembarazo. Zapata prosiguió así:

—Me alegro de que os mostreis tan razonable, pues nos entenderemos á las mil maravillas. Francamente hablando, habeis venido á prenderme y.....

—Poco á poco, no he de ser menos que tú, y ya que te equivocas rectificaré.

—Con mucho gusto: rectificad..... rectificad.

—Yo no he venido á prenderte; los fiscales nunca hacen esas cosas por sí mismos.

—Pero vos sois fiscal de la Inquisicion.

—¿Qué importa? Lo que yo he hecho ha sido vigilar á los familiares, para saber si cumplian con exactitud mis órdenes.

—¿Y vuestras órdenes?

—Se reducian á echarte mano, lo mismo que á la señora Dorotea, y á que os llevasen á los dos á un par de encierros, de los que ya conoceis en el Santo Oficio..... de aquellos en que solo entran los pecadores contumaces.

—Vengan acá esos cinco, por la claridad y franqueza, padre fray Cosme. ¡Cuando yo aseguro que hemos de ser amigos, y amigos de corazon! Ea: otro pedazo de pastel y otra remojadura.

El fiscal mayor no se hizo de rogar y Zapata continuó de esta manera:

—Pues, señor, hemos llegado al punto mas importante de nuestro negocio, que es negocio de gran valía, porque al fin y postre, vos estais decidido á prenderme y yo á evitarlo. Respondedme pues. ¿Por qué me aborreceis de ese modo?

—Rectificacion al canto. Yo no te aborrezco de modo alguno.

—Pero..... me habeis aborrecido hasta ahora.

—Niego.

—Hasta esta noche.

—Tampoco.

—Luégo ¿por qué me perseguís con tanto ahinco?

—Ya veo que desde que te has dado al mundo, has perdido enteramente todas las nociones de la lógica. Pruébame, antes de sentarlo como argumento concluyente, que te he perseguido con ahinco ó sin él.

—Padre..... padre..... cuidado..... ¿No confesais que habeis dado órdenes para prenderme?

—Sí, por cierto. ¿Y es eso perseguirte?

—Creo que sí.

—Creo que no. Eso es, ni mas ni menos, mandar que te prendan. ¿Eres ó no eres delincuente para la Inquisicion? Examina tu concieneia. ¿Te fugaste de ella? ¿Facilitaste la evasion de un preso?

—No hay duda..... lo hice.

—*Ergo* la Inquisicion estaba en su derecho prendiéndote; *ergo* yo, como su fiscal mayor, debia estender el mandato y velar sobre su ejecucion..... Ya ves que eso no era perseguir á Rodrigo Perez Zapata, sino procurar el castigo de un crímen, ó mejor dicho, de dos, perpetrados por un dependiente de la casa.

—Me doy por vencido, padre fray Cosme, y queda como hecho notorio, que ni me aborreceis ni me perseguís. Pero..... ¿me perseguireis mañana?

—De modo que..... eso, segun y conforme.

—No os entiendo.

—Habeis complicado el asunto de tal manera.....

—Supongo que aludís á las condiciones del tratado de paz que aquí firmemos.

—Aludo á los seis familiares que están abajo, porque supongo que no los ahorcareis.

—Nada de violencia: cuando terminemos nuestra plática, quedarán libres, y aun se les dará de beber por las molestias de esta noche. Mas ¿qué tienen que ver en nuestros convenios?

—Mucho, muchísimo, porque serán preguntados y charlarán.

—Discurrid, discurrid un poco, fray Cosme; vuestra imaginacion y sabiduría encierran grandes recursos, y encontrarán fácilmente un medio de vencer todos los obstáculos que se presenten.

—¡Eh! Nadie sabe lo que un hombre puede revolver para conseguir su objeto.

—Es claro: puede figurar, por ejemplo, que la señora Dorotea y el antiguo familiar Zapata se constituyen presos voluntariamente, y que por lo mismo es inútil llevarlos presos entre esbirros.

—¡Estás loco! ¡Vaya un remedio! ¡Hacerme pasar por traidor y por imbécil á los ojos de los inquisidores! Mi idea vale mucho mas que la tuya, hijo mio.

—¡Oh! Ya me figuraba yo que si os poniais á pensar en ello, saldriamos del paso con fortuna.

—Pues, sí, señor; he pensado aunque de pronto, y me comprometo á que nadie sospeche la verdad: engañaré á los inquisidores y á los familiares que me aguardan. Pero hablemos ya de las condiciones que..... porque supongo que algunas habrá.

—¿Qué exijís, padre mio, por echar tierra al negocio de la Inquisicion?

—Respóndeme tú primero á otras preguntas.

—Os escucho con impaciencia.

—¿Tienes valimiento con el primer ministro?

—Nunca me he acercado á su persona.

—¿Y con el presidente del consejo de Castilla?

—El señor Conde de Aranda me protege.

—Ya observé que le hablabas en voz baja en la antecámara real. Acto contínuo me llevó á su despacho para entretenerme.... pues, solo para entretenerme, robándome un tiempo precioso, mientras tú..... Confieso, buen Rodrigo, que eres hombre apropósito para salir bien de comprometidos lances. Pero no creas que yo la eché en saco roto, no. Conocí perfectamente el juego y..... Adelante; la cosa ha salido al revés para el Santo Oficio,

y nada se remedia con charlar. Prosigamos por lo tanto. Decias que.....

—Que no conozco al ministro Floridablanca y que el presidente del consejo es por ahora mi protector.

—Bueno. ¿Y cuentas con S. M el rey don Cárlos?

—Para el negocio que estamos discutiendo, sí.

—¿Y para los demás?

—Lo ignoro, aunque me ha hecho magníficas ofertas.

—¡Oh! Las cumplirá de seguro. Dígalo esa tropa de su guardia que tienes para tu resguardo, á las órdenes del valiente sargento, que aunque dormidó como un liron, tiene los oidos muy abiertos para escuchar nuestra conversacion.

—Y el gaznate tan seco, como si hubiera terciado en ella, repuso el veterano enderezándose y cogiendo de la mesa un vaso lleno de mosto. Proseguid, señores, proseguid, añadió despues de haberlo apurado completamente, porque me place vuestra sabrosa plática. Haced de modo que se despierte mi hambre, para que dirija un asalto contra ese odorífico pastel.

—Esta es mano de que hagamos lo mismo, Reverendo Padre, observó Zapata.

Fray Cosme volvió á engullir y á beber, imitándole el ex-familiar y la señora Dorotea.

El diálogo entre los dos primeros no quedó gran espacio interrumpido por esta circunstancia, por cuanto el fiscal reanudó el hilo diciendo:

—Tenemos ya el amparo del rey y el favor del conde de Aranda. Corriente; es todo lo que necesito.

—¡Cómo!..... ¡Cómo!..... ¿Qué quereis dar á entender? esclamó Zapata. Esplicaos con claridad.

—Supongo que obtendrás de los dos esa bicoca para mí, si el Tribunal de la Inquisicion me incomoda. Estás viendo que cumplo perversamente con ella, desde que he entrado en composiciones con dos apóstatas judíos ó judaizantes, como tú y la señora Dorotea. Supongamos que mis razones le parecen poco con-

vincentes, y que decreta un auto de prision contra mí. ¿Por qué no he de agarrarme al rey, que es el único que puede protegerme?

—¿Os consta lo último?

—¡Vaya si me consta! ¿A qué hemos venido aquí? A asegurar los bienes y efectos del difunto doctor Pimentel, y de paso á prender á un fugado de la Inquisicion y á una religiosa escapada de su convento. Lo segundo es accesorio, y puede bastar mi dicho de que no parecen los criminales. En cuanto á lo primero, es necesario que se cumpla.

—¿Qué se cumpla?..... ¿Qué?

—La seguridad para la Inquisicion de los bienes de Pimentel.

—¡Demonio! La tropa ha venido para salvar.....

—Salva todo cuanto mas te agrade, hijo mio, pero no te opongas ó que yo tambien salve las apariencias. Haremos un registro de pura fórmula, á cuyo efecto subirán los alguaciles, porque deben presenciarlo. Nada se tocará, pues tú, y la señora Dorotea como esposa tuya.....

—¡Mi esposa, fray Cosme!

—Sí, hombre; déjate llevar dócilmente: los dos responderéis de conservar la casa, tal como hoy se encuentra, á disposicion del Tribunal; yo accederé á vuestra súplica y no habrá mas que pedir.

—¡Soberano!..... ¡Estupendo!..... dijo Zapata, estrechando de nuevo la mano del fiscal, que se ocupaba á la sazon en pellizcar el pastel.

—¡Inaudito!..... ¡Maravilloso!..... gritó el sargento, poniéndose en pié, como impulsado por un resorte, y abrazando al fraile con efusion.

—Poco á poco, militar; no me sofoqueis así. Por mi parte he concluido; pero, como antes hice presente, es preciso, es indispensable que yo obtenga la gracia del rey, y que el presidente del consejo me libre de toda persecucion y mala ventura. De lo contrario, á nada me avengo, aunque me mates.

—Capitulacion cerrada, por lo que toca á vuestras proposiciones, contestó el ex-familiar. Dentro de tres dias debo presentarme al conde con la señora Dorotea; en caso necesario, le veré mañana mismo, y..... me atrevo á aseguraros, que nada tendreis que temer del Tribunal de la Suprema.

—Yo salgo responsable, añadió el veterano, de que el señor Rodrigo cumplirá lo que ofrece, por si lo ignorais, debeis creer como artículo de fé, que un sargento de la guardia española jamás ha faltado á su palabra.

—Me doy por satisfecho, respondió el fraile. Y tú, Perez Zapata, habla ahora y dime tus condiciones.

—Ninguna. Me fío de vos y estoy seguro de que no volverá á perseguirme la Inquisicion, por sugestiones vuestras. Respecto á la señora Dorotea..... como nunca ha sido monja.....

—¡Eh! No hay que acordarse de semejante paparrucha; ocurrióme esa bromita inocente en un instante de buen humor, pero se inutilizará todo lo escrito sobre el particular. El señor Mateo se pondrá furioso y..... *laus Deo.*

—¿Qué hombre es ese y qué tiene que ver.....

—¡Bah! No es hombre, sino huron..... no revolvamos sus huesos.

—¡Toma!..... ¡Toma!..... Ya caigo..... el huron del Santo Oficio..... como que servia, segun aseguraban cuando yo estaba allí, para cosas que inspiraban horror.....

—Ociosidades de los porteros..... Ea..... ¿llamamos á los alguaciles? porque ya es tarde.

—Vengan, vengan esos fieles servidores de la Inquisicion y acuda la señora Dorotea, si á bien lo tiene, á la despensa y á la bodega del inolvidable médico, que santa gloria haya, para que los muchachos queden contentos de nosotros.

El sargento fué á dar inmediatamente la órden, mientras la dueña cuidaba de abastecer la mesa de los víveres necesarios para los duendes negros. Estos entraron en la sala delante del veterano, y á una seña del fiscal, empezaron á dar cuenta in-

mediatamente de los suculentos manjares, que desde luego habian hecho palpitar sus corazones de alegría.

Debemos advertir que antes de que los alguaciles del Santo Oficio se moviesen del zaguan, se habia dado fray Cosme una récia palmada en la frente, como si en aquel instante le hubiera ocurrido alguna idea luminosa. En efecto, oportunísimo fué su pensamiento para no quedar comprometido, y aunque no lo manifestó en voz alta, los resultados vinieron á demostrar lo acertado que anduvo en esta última parte de sus precauciones. Al punto se levantó, cogió á Zapata por el brazo, y poniéndole la mano izquierda en la boca para que no chistase, le habló al oido con rapidez y animacion. El ex-familiar se convenció indudablemente de que debia hacer lo que el fraile le aconsejaba, porque manifestó sin vacilar su aquiescencia, dirigiéndose con premura á la puerta de la sala, por la cual desapareció, de modo que cuando se presentaron los alguaciles, estaba solo fray Cosme con la señora Dorotea.

Si se atiende á la circunstancia de que los esbirros de la Inquisicion, y muy particularmente el que á la sazon hacia de gefe suyo, conocian á Zapata, fácil será comprender toda la importancia de que no viesen á este último en la morada del difunto doctor.

Como queda referido, nuestros duendes, que poco habia se juzgaban en una situacion bastante dudosa y no exenta de peligros eminentes, se abalanzaron con intrepidez á los manjares que les señalaba el fiscal; mas no dejaban al mismo tiempo de admirarse de aquel repentino cambio que acababa de tener lugar y su admiracion se traducia por sus atónitas miradas á la señora Dorotea y al sargento. Necesitaban evidentemente una esplicacion, y fray Cosme, mientras henchian sus desfallecidos estómagos, se apresuró á dársela en los términos siguientes:

—Aunque uno de los dos golpes, les dijo sonriéndose, ha sido poco certero, os habeis portado como siempre, esto es, como buenos hijos de nuestra madre la Iglesia y de la Santa Inquisi-

cion. Los informes no eran exactos respecto á la señora Dorotea, que nunca ha sido religiosa profesa, ni aun novicia, sino dueña de confianza del doctor Pimentel, segun acaba de probármelo. Aquí ha habido una sensible equivocacion, que ya averiguará el Tribunal. En cuanto al apóstata Rodrigo Perez Zapata, tampoco es cierto que se haya refugiado aquí..... ¿Cómo es eso, señor familiar?.... ¿Qué significa ese aspecto de duda?

El dependiente, á quien iba dirigido este apóstrofe, y que era el mismo que habia hablado con la señora Dorotea en el portal, respondió con respeto:

—Debo poner en noticia de Vuestra Paternidad, que esa dueña ha declarado abajo, que Rodrigo Perez Zapata habia venido á hacerla compañía, y que se hallaba en esta casa.

Tentado estuvo fray Cosme de rascarse la oreja al oir estas razones; pero como nunca perdia su aplomo, supo dominarse, y dirigiendo á la señora Dorotea una mirada escrutadora, adivinó por la grana de sus mejillas, que habia cometido en el zaguan una imprudencia; por lo que murmuró desdeñosamente, á fin de neutralizar su efecto:

—Ya me ha referido la dueña esa historia y sabe que, á pesar de su mucha cristiandad y evangélicas costumbres, ha incurrido en la pena de penitencia de tres dias de ayuno á la semana, y disciplinas los viernes, todo durante un año, por haber faltado levemente á la verdad. El apóstata Rodrigo parece que estuvo aquí anoche, cuando el doctor Pimentel se hallaba espirando, porque ambos se conocian mucho, y luego se marchó llevándose unos papeles, que hubo de encomendarle el difunto: probablemente seria su testamento. Pero hay mas, la señora Dorotea tenia miedo de quedarse sola en esta casa; y como es algo pariente del veterano que está presente, le confesó sus temores, y entonces él se ofreció á acompañarla y servirla por esta noche. Y como no cabia en el recato de tan honesta muger el propósito de velar con un hombre, por muy cristiano que fuese, el señor sargento trajo esos otros de la guardia española, para que guardasen la casa, y en apuro necesario sirviesen para atestiguar que

nada habia ocurrido aquí contra las buenas costumbres. Cuando llegasteis, creyó que erais ladrones, pues no pudo figurarse que el Santo Tribunal de la Fé se metiese con ella; y el señor sargento, que como bravo militar, se pinta solo para sorpresas, dispuso asustaros y aun prenderos verdaderamente, si erais lo que pareciais. La señora Dorotea, por su parte, con la plausible intencion de coadyuvar á la misma empresa, no quiso descubrir los refuerzos emboscados que tenia, y cuando uno de vosotros pretendió saber si estaba sola, contestó lo primero que le vino al magin, que fué asegurar que contaba con la compañía de Rodrigo. Despues sucedió lo que todos sabemos.....

El familiar no quedó muy satisfecho que digamos con las observaciones del fiscal mayor, porque habia visto y reconocido con sus propios ojos á Zapata en lo alto de la escalera: pero como en el fondo del asunto no se hallaba interesado, como los demas alguaciles, solo atendian al cuidado preferente de refocilarse, y por último, como su obligacion se limitaba á obedecer sin replicar, echó un punto á sus labios y dejó toda la responsabilidad de los acontecimientos á fray Cosme.

Este último, terminada la refaccion, declaró que iba á proceder al recuento de los muebles, efectos y papeles de la casa, y preguntó á la señora Dorotea, si conservaba algun documento que justificase su existencia. Ella conoció perfectamente que la demanda no podia menos de encerrar su misterio, y se fué, sin proferir una sílaba, á consultar el caso con Rodrigo, volviendo á poco rato con un cuaderno que entregó al fiscal, advirtiéndole que quedaban, tanto ella como el sargento su pariente, responsables de cuanto habia en la vivienda, si el Santo Tribunal de la Inquisicion se dignaba permitir que no la abandonase, al menos mientras no tuviese otra á que acogerse.

Fray Cosme la dijo que haria presente su peticion al Tribunal y que aceptaba, mientras éste resolvia lo mas acertado, la responsabilidad mancomunadamente propuesta, tolerando tambien que la dueña continuase habitando la casa. Sin embargo, como

diligencia indispensable y muy recomendada por el Tribunal en circunstancias análogas, añadió que no le era posible prescindir de visitar las habitaciones principales, para descargo de su conciencia, en cuanto á las noticias que le exigieren sus superiores, y para la formalidad necesaria, atendida la importancia del asunto. En vista de esto, abandonaron todos la sala y recorrieron *pro formula* todos los aposentos interiores, menos uno en que se habia escondido el ex-familiar. Concluida aquella operacion, fray Cosme se guardó el cuaderno, y despues de exhortar á la señora Dorotea para que cumpliese con exactitud y rigor la penitencia que le habia impuesto, dió á los alguaciles la órden de retirada. El sargento los acompañó hasta la puerta de la calle, y Rodrigo no quiso que se marchase el fiscal, sin manifestarle su gratitud con un apreton de manos. Al efecto abandonó su escondite, que era la sala de arriba, en que se hallaba la cómoda con los dos talegos de oro, y alcanzando al fraile, cuando éste llegaba al principio de la escalera, le abrazó diciendo:

—Hablaré al rey y al conde de Aranda..... descuidad. Ya sabia yo que esta noche tendria en vos un escelente amigo.

—El proceso de la religiosa fugitiva y de su raptor se hará añicos, aunque el señor Mateo rabie y se desespere, le contestó fray Cosme con alegría.

Cinco minutos despues se cerró y atrancó la puerta esterior de la casa.

¿En qué pasarian el resto de la noche la señora Dorotea, Zapata y el sargento?

Probablemente en dormir.....

# CAPÍTULO XXXVIII.

El manuscrito del rey don Felipe V, el Animoso.

Nadie sabia en la Inquisicion que la jóven blasfema del número *quince* se habia evadido, porque nadie pensaba que tuviese necesidad de hacerlo. El portero amigo de su padre, que facilitó á éste la entrada en el Santo Oficio, se encargó de introducir en el calabozo de Paloma, vacío á la sazon, la comida que le habian destinado, á fin de que otro dependiente de la casa no se cerciorase de la verdad. El inquisidor mayor no habia asistido aquel dia á la primera inspeccion de presos, que se verificaba siempre á las diez de la mañana, y el familiar mayor, encargado de este servicio, y á quien el gefe de la Suprema habia prevenido que tuviese con la arrestada todo género de consideraciones, tratándola como cosa suya, no habia juzgado indispensable requisar su encierro.

Cuando el inquisidor mayor se dirigió á él, despues de sepa-

rarse de fray Cosme, que como hemos visto tenia importantes asuntos por ventilar en la calle del *Ave María*, llamó al calabocero de guardia, ordenándole que le siguiese. ¡Mas, cuál fué su asombro, al acercarse al cuarto de Paloma y observar que estaba entreabierto! Penetró en él azorado, miró y remiró hácia todas partes, revolvió con febril impaciencia las ropas del mullido lecho, que por su órden se habia puesto allí para descanso de la jóven, y no cabiéndole ya la menor duda de que ésta habia desaparecido, preguntó furioso al calabocero:

—¿Quién ha entrado aquí?

—Nadie, que yo sepa, respondió aquel, mas muerto que vivo.

El inquisidor mayor se mordió los labios con despecho, y á fuerza de retorcerse violentamente las muñecas, consiguió sostener su dignidad, evitando que estallase su ira. Conociendo por último que el calabocero no podia ser cómplice en aquella evasion, supuesto que no se habia fugado para sustraerse al riguroso castigo que le esperaba, se retiró á la sala del Tribunal, formando mil castillos en el aire, despues de disponer que compareciese á su presencia el familiar de la requisa.

Nada sin embargo alcanzó á sacar en limpio de las esplicaciones de este último, que no habia hecho mas que cumplir con las reiteradas prevenciones, dadas por él mismo, tocante á los miramientos que debian guardarse á la detenida; y aunque en ellas no se comprendia el menor descuido respecto á la vigilancia, achacó el que acababa de cometerse aquel dia á esceso de celo por servirle y agradarle, así como al propósito de no molestar á su recomendada con frecuentes pesquisas. Examinados acto contínuo los porteros, tampoco llegó á descubrirse que se hubiese introducido en la Inquisicion persona alguna sospechosa, y entonces asaltó de pronto al gefe de la Suprema un pensamiento, que le hizo temblar.

—Gente de la casa ha sido indudablemente, se dijo vacilando, la que ha proporcionado la fuga á esa jóven encantadora, cuyos harapos embellecen mas sus gracias, que pudieran hacerlo los

riquísimos trages y adornos de nuestras señoras de la corte. ¿Se habrá sobornado á alguno ó á algunos de los familiares del Santo Oficio?.... ¿Tendrán que ver en esto el rey don Cárlos y el conde de Aranda?

Las sospechas del inquisidor mayor carecian de fundamento, pues ya nos consta que ni el rey ni el presidente tenian la menor noticia del suceso que tanto le afectaba.

El conde solo atendia entonces á que se cumpliesen las órdenes de S. M., relativas á la entrega, que debia verificar el tribunal de la Fé, de las causas por delitos comunes á los tribunales competentes. Ya habia remitido á Roma la comunicacion, en que se esplicaban las intenciones del gobierno español sobre este y otros puntos, y aguardaba tranquilamente sus resultados.

Despues de llenar don Cárlos la triste obligacion de despedirse de los inanimados restos de su hijo, obligacion que él mismo habia impuesto á su ternura, se retiró melancólico á su cámara en compañía de doña Isabel. Allí despidió á ésta para entregarse á sus meditaciones, de las que solo pudo distraerle el empeño de entregarse á los trabajos sobre mejoras materiales para el pais, que hicieron de su reinado una de las mas brillantes épocas de nuestra monarquía.

A las doce de la noche, hora en que el cortejo fúnebre de la corte, elegido para convoyar la carroza que conducia el cadáver del infante don Gabriel hasta el régio panteon del Escorial, salia de palacio, dió el rey por terminada su tarea. Arrimado á las vidrieras del balcon de la cámara, vió desfilar la comitiva, y luego que esta hubo desaparecido, se postró sobre la alfombra de Persia, que cubria el piso, y oró contritamente, ofreciendo al cielo sus dolores y sus lágrimas por la salvacion del alma del malogrado jóven, que tan cruel vacío acababa de dejar en su corazon.

La una seria cuando se recostó en el lecho, sin haberse desnudado: pero siéndole imposible descansar, porque mil pensamientos lúgubres atormentaban su intranquila mente, púsose en pié y acercándose á la mesa, se fijaron sus miradas, por casua-

lidad, en el pliego del doctor Pimentel. Entonces recordó que no habia leido el manuscrito, que habia dejado para él su padre el rey don Felipe el *Animoso*, é impulsado por el deseo de conocer los secretos resortes que tan infeliz habian hecho á su hermana doña María Teresa, lo desdobló, y despues de sentarse, recorrió con la vista las páginas siguientes:

«Al cabo de una lucha tan larga como sangrienta, quedé en pacífica posesion del trono de Castilla, y cuando todo me presagiaba un reinado de prosperidad y de ventura, turbóse la paz interior de mi casa por un suceso, que me obligó á desentenderme de mi cariño de padre, para pensar en mis deberes de rey.

»El honor de mi régia estirpe mancillado; escarnecidos los escelsos blasones de la poderosa descendencia de Anjou; criminal, vergonzosamente criminal la mas ilustre dama de la corte, la que por sus ejemplos de virtud y de puras costumbres debia servir de reguladora á la grandeza, para que esos ejemplos se reflejasen en el pueblo, la muger que mas derechos tenia á mi amor, mi propia hija..... ¡Oh! Dios, que sabe lo que he hecho, sabe tambien lo que he sufrido, lo que sufro, lo que sufriré..... porque el tormento que me causó su culpa y el que me ha impuesto su castigo solo acabará con mi vida.

»Amaba á la infanta doña María Teresa con un delirio, con una preferencia, con una ceguedad, que yo mismo he deplorado muchas veces. ¡Quién sabe si su delito fué disposicion del cielo, para que abriese los ojos y no robase á mis otros hijos el esceso de paternal ternura, que legítimamente les pertenecia! ¡Quién osará negar que tal vez, por tan infausto medio, quiso probar la fortaleza de mi ánimo, ó imponerme una pena dolorosa, tirana, insufrible, desgarradora, por mis antiguas faltas! Arcanos son estos, que no llega á penetrar el limitado entendimiento del hombre.

»Grandes y magníficas fiestas se disponian en todo el reino, para solemnizar en el año de 1730 el aniversario de mi en-

trada y coronacion en la capital. España podia considerarse una nacion dichosa, porque á los contínuos combates contra los príncipes de la liga austríaca habian sucedido los albores de una paz cimentada en la victoria. Habia llegado el momento de dedicarme á la hermosísima tarea de cicatrizar las llagas de ese pueblo, que tantos sacrificios habia hecho para sostenerme en el solio de Cárlos II, dándome sus tesoros para la guerra y sus mejores hijos para vanguardia de mis derechos. La corte hervia en príncipes, en magnates, en damas de las mas altas gerarquías, y todos, nobles y plebeyos, pobres y ricos se disputaban la preeminencia de agasajar á su rey. Madrid se asemejaba á un campamento bullicioso, alegre, atronador, con sus bailes y festines, con sus comedias y corridas de toros. El rey tenia que manifestar á sus súbditos leales la gratitud con que acogia tan sínceras manifestaciones de adhesion, y ordené que se celebrase en todos los salones del alcázar, un sarao, al cual fuesen admitidos representantes de las diferentes clases de la sociedad española, con la precisa é indeclinable prevencion, de que en cada uno de ellos hiciese los honores una princesa de la sangre.

» Este mandato, con que yo queria probar mi regocijo y mi reconocimiento á España, me convirtió desde aquel dia en el padre mas desgraciado, en el monarca mas severo del mundo.

» Eran (bien lo recuerdo, aunque con amargura) las nueve de la noche del 15 de marzo, y acababa de entregar á don Manuel Arias, presidente del consejo de Castilla, las capitulaciones matrimoniales del príncipe de Asturias don Fernando con doña María Bárbara de Portugal, y de la infanta doña María Victoria con don José, príncipe del Brasil. Satisfecho con esta doble alianza, solo atendia á su pronta realizacion, por lo que me entretuve largo espacio en redactar las disposiciones necesarias para que, despues de terminados los públicos festejos, se trasladase la corte á Badajoz, ciudad elegida para las recíprocas entregas de las que iban á ser princesas de Asturias y del Brasil á sus esposos. Pero interrumpió mi trabajo la llegada de la reina, que me traia

un escrito de la infanta doña María Teresa. Sus ojos, preñados de lágrimas, me hicieron presentir una desdicha y mi corazon se oprimió tristemente. Tomé el escrito, lo devoré con angustia..... decia así:

»Padre mio muy amado y mi augusto Señor: el estado de mi salud me impide presentarme mañana en el sarao, dispuesto de órden de V. M. Debiendo vestir ricas galas, para hacer los honores en el salon destinado al baile de la nobleza, me será imposible permanecer en él sin morir. Dígnese V. M. relevarme de tan horrible prueba. Dios guarde la importante vida de V. M. =María Teresa de Borbon.

—»¡Dios mio! esclamé temblando. ¿Qué enfermedad padece nuestra querida hija? ¿Se ha avisado á los médicos de cámara?.... ¿Desde cuándo esta novedad tan lamentable?.... Acudamos pronto..... Quiero ver á la infanta y..... pero hable V. M. Señora; sáqueme por Dios de tantas dudas y sobresaltos, como estas líneas acaban de despertar en mi pecho.....

»La reina no desplegó los labios; silenciosa, pálida, mirándome sin pestañear y como si implorase mi compasion, con la boca entreabierta y el rostro inundado por el llanto, era la imágen mas verdadera y espresiva del dolor.

»Aquel estado era insoportable para mí, y me adelanté hácia la puerta de la cámara, murmurando:

—»Ya que V. M. nada me esplica, voy á informarme de lo que ocurre.

»Entonces me siguió la reina y arrojándose á mis piés desesperada, gritó convulsivamente:

—»Por la salvacion de mi alma, Señor y esposo mio..... no salga V. M. de aquí.

»Un rayo desprendido del cielo, no me hubiera aturdido tanto como estas palabras. Ignoro lo que fué de mí, lo que hice, lo que pensé durante un cuarto de hora. Cuando pude recordar la situacion en que me hallaba, ví á la reina de rodillas, que me suplicaba tiernamente que me tranquilizase.

»La alcé del suelo en mis brazos, y haciéndola sentarse en un sillon, la dije:

—»Tranquilo estoy, si cabe tranquilidad en mi pecho, despues de lo que he oido. Mi hija está doliente, y cuando pretendo cerciorarme de la gravedad de su mal, me pide V. M. que no me mueva de la real estancia. He obedecido..... aquí me tiene V. M. á todo..... mi único ruego se reduce á que responda V. M. á mis preguntas.

—»Es mi deber, Señor, me contestó mi augusta esposa, y sabré cumplirlo, aunque me cueste la vida. ¡Infeliz madre!.... ¡Desventurada hija!....

—»Los momentos son preciosos, la interrumpí. ¿Cuándo ha escrito la infanta esos renglones?

—»Esta mañana, Señor, por mi consejo.

—»¡Por vuestro consejo!.... Luego la enfermedad no ha llegado repentinamente.....

—»¡Ah!.... No.

—»¿Y despues?

—»Despues.....

—»Ya lo comprendo, Señora..... Dios ha querido castigarme..... Soy un padre desgraciado..... ¿Qué me importa el cetro de Castilla?.... ¡Mi hija adorada!.... ¡Mi María Teresa ha muerto!....

—»Señor..... Señor..... escúcheme V. M.....

—»¡Oh!.... Lo conozco, Señora..... V. M. ha querido dulcificar el tormento de tan cruel noticia..... la infanta se ha sentido acometida de una fiebre aguda..... de un dolor violento..... el vaticinio de los médicos ha sido fatal..... V. M. entonces ha hecho que la pobre María Teresa me escriba..... sí; todo lo adivino ahora, y esa carta, esa peticion no ha venido á mis manos hasta que..... ¡Hija de mi alma!.... El trastorno, el llanto, la turbacion, las agitadas razones de V. M. son la mas elocuente prueba de mi desdicha..... ¡Qué me queda ya en el mundo!.... ¡He perdido la prenda de mi corazon!

»La reina se levantó, estrechó amorosamente mis manos entre las suyas y articuló estas frases:

—»Señor..... la infanta doña María Teresa vive.....

—»¡Vive!.... ¡Vive!.... esclamé enagenado. Es decir que aun hay esperanzas de.....

—»Su vida no corre el menor peligro.....

—»¡Cómo!.... ¡Que no corre peligro su vida!.... Señora..... ¿qué debo entender, en vista de lo que V. M. asegura?.... Porque..... esa contradiccion..... ese abatimiento.... esa desesperacion en que veo sumida á V. M.....

—Revelan, Señor, un grande infortunio para la real familia..... una desgracia irremediable.....

—»Pues bien, ya estoy bastante prevenido..... todo lo espero, y es inútil que se prolongue por mas tiempo mi martirio. ¿Qué desgracia es esa?

—»Temo anunciarla, porque mi corazon presiente otras mayores. ¿De qué palabras me valdré para conseguir.....

—¡Qué!.... ¡Qué quiere conseguir V. M!

—»Señor..... lo que una madre, que pide con la muerte en los labios, no puede menos de alcanzar.

—»Pronto..... pronto..... Señora.....

—»El perdon de mi hija.....

—»De..... ¡de vuestra hija!.... ¡el perdon!.... ¡de María Teresa!.... ¡Ella!.... ¡Ella culpable!.... ¡Y la reina..... la madre desolada, implorando piedad del padre..... del rey!.... ¡Ah!.... Esto es demasiado..... no puedo mas..... me ahogo..... me muero..... ¡Rabia!.... ¡Condenacion!.... ¡Infierno!.... ¡Por qué no se me deja creer en la muerte de..... de esa hija maldecida por Dios!

»No pude proseguir articulando otras razones, que me inspiraban la ira, el despecho, el orgullo de rey ofendido, y la amargura, el tormento, la desilusion de padre ultrajado, porque la voz se anudó en mi garganta, anublóseme la vista, crispáronse mis miembros en horrible convulsion y caí sobre la alfombra

sin sentido. Cuando á fuerza de medicamentos se logró hacerme abrir los ojos, y que reconociese á las personas que me rodeaban, me encontré en mi lecho, atacado de una fuerte calentura que puso mis dias en peligro. Los cuidados afectuosos de la reina y de toda la real familia, ó mas bien los misteriosos designios del Omnipotente me restituyeron á la vida, para que diese una prueba inequívoca de que no en vano corre por mis venas la sangre de los antiguos duques de Anjou.

» Habia sucedido lo que sigue:

» Entre los señores de la corte de Francia, que habian acompañado al esclarecido mariscal Harcourt, cuando este ilustre magnate y esforzado guerrero vino á darme el parabien, en nombre de su monarca por el triunfo conseguido contra el archiduque, se distinguia el caballero Ulrico, á quien se me recomendaba muy especialmente por cartas reales. Era un jóven de noble apostura y agraciado rostro, rubio, alto, de mirada espresiva y audaz continente. Alojóse en palacio, pues quise probar el aprecio que me merecia un amigo tan íntimo de Luis XV, y los agasajos que recibió de la familia real debieron significarle que su presencia en la capital de España nos habia colmado de regocijo. ¡Nunca hubiera llegado á pisar nuestro suelo!

» La infanta doña María Teresa no se mostró insensible á tan insensata pasion, que sus gracias inspiraron al caballero francés. Las ocasiones de verse y hablarse en el alcázar les eran propicias y frecuentes: pronto se multiplicaron, pues no bastándoles el dia para decirse con los ojos que se amaban, emplearon la noche para repetírselo..... Nadie llegó á penetrar el secreto de aquella locura, de aquella fascinacion, de aquel vértigo..... Cinco meses despues se volvió á Francia el mariscal Harcourt con su brillante comitiva, llevándose al caballero Ulrico, á pesar de la resistencia que éste opuso y de los deseos que yo mismo ¡infeliz! manifesté, para que permaneciese algun tiempo mas en mi compañía. La infanta..... á nadie descubrió que era madre.

» Cuando la reina me reveló este misterio, que despues de mil

dudas y perplejidades habia yo por fin adivinado, ni una palabra, ni un suspiro la hicieron comprender mis intenciones. Sus amarguras, sus temores eran incesantes, y mi severidad, mi silencio los aumentaban: una sola cosa sabia, y era que nada debia prometerse de mi afecto paternal, porque este se habia estinguido completamente en mi corazon.

»Escribí á Luis XV mostrándome quejoso del caballero Ulrico, aunque sin anunciarle el motivo de mi resentimiento. El monarca francés, de puño del duque de Orleans, me respondió que aquel magnate habia desaparecido de París, sin que las innumerables pesquisas hechas para encontrarle, hubiesen producido resultado alguno tocante á descubrir su paradero. (1)

»Sin esperanza ya de castigar á uno de los culpables, mi ira, mi rabia, mi furor, mi venganza iban á caer sobre el otro. Cerré mi pecho á todas las impresiones benévolas, lo cubrí con un peto de bronce, y no invocando para fortalecerme mas derechos que los que la naturaleza concede á un padre, ni mas justicia que la que las leyes imponen á un rey, declaré á mi augusta esposa que estaba resuelto á castigar á la infanta, con arreglo al crímen que habia cometido, deshonrando los reales blasones de mi estirpe, pero que aquel castigo, cuyo inflexible rigor no me inspiraba impaciencia, seria secreto.

»La reina se arrastró á mis piés, mesándose los cabellos y destrozándose el rostro, para despertar mi piedad en favor de aquella hija culpable, á la que no perdonaré, ni aun en la hora de mi muerte, el amor que me ha robado, ni el infierno que me ha hecho probar en este mundo. En vano la desconsolada madre pretendió servir de víctima espiatoria, ofreciéndose á mi colérica indignacion, en vano luchó con desesperados esfuerzos, con tenacidad, contra mí.

—»La suerte de la infanta doña María Teresa está decidida,

(1) Ya sabemos que el caballero Ulrico era el Delfin de Francia, enviado secretamente á Madrid por Luis XV.

Señora, la dije con enojo. No vuelva V. M. á hablarme mas de ella..... No quiero que se pronuncie su nombre.

—»Ella vendrá, Señor, murmuró la reina aterrada. Su angustia, sus lágrimas, sus ruegos enternecerán ese corazon de tigre, esas entrañas de.....

—»¿Intenta V. M. que se dé un escándalo en el alcázar y que la corte se entere de nuestras horribles miserias? la interrumpí con ronco acento. ¡Oh! En ese caso la justicia será tremenda, porque el castigo será público.

—»Señor..... Señor..... esclamó la desdichada madre entre ahogados sollozos..... ¿no quiere verla V. M.?

—»Nunca..... nunca..... grité con feroz regocijo, semejante al que me causaba la primera noticia de una victoria. La infanta doña María Teresa no es mi hija..... no; ha dejado de serlo; no la veré jamás..... jamás..... ¡Infame!.... ¡Hembra vil!.... Guárdese de salirme al paso.....

»Huyó la reina de la cámara, sosteniéndose á favor de las paredes..... al llegar á la suya, la acometió un accidente..... tres dias despues una pulmonía fulminante la llevó al sepulcro.

»¡Dichosa muger! Cesaron sus amarguras mucho antes que las mias.....

»Las fiestas de palacio se habian suspendido, con motivo de la enfermedad que padecí..... Despues..... la muerte de la reina aplazó el régio sarao indefinidamente.

»Una noche recibió el duque de Montemar la órden de presentarse en la real cámara. El duque es uno de los mas constantes, decididos y fieles servidores del Estado. General valiente y de serenidad probada; hombre prudente y de grandes recursos en los consejos; hábil político y negociador inteligente; su firmeza, su arrojo, su probidad nunca desmentida, su heredado apego á los intereses y prerogativas del trono habian ganado mi confianza. Una órden, una palabra, una indicacion de su rey, sin esplicaciones de ningun género, debian bastarle para acometer la mas árdua empresa, para sacrificarse, si era preciso, al cumpli-

miento de lo que miraria indudablemente como una obligacion sagrada.

»No me engañé. Su abnegacion fué grande, inmensa, increible, porque se prestó á que se le sospechase cómplice de un crímen, que no habia cometido, que era incapaz de cometer. Mi gratitud hácia él no conoce límites, porque el duque de Montemar es para mí mas que un amigo, mas que un hermano, desde el instante en que tomó á su cargo la misteriosa ejecucion de mi venganza.

—»Duque, le dije, os necesito para un negocio muy importante.

—»Señor, me contestó respetuosamente, bien sabe V. M. que en todo tiempo y á todas horas puede disponer de mí.

—»Os necesito en cuerpo y alma, añadí mirándole fijamente.

—»En cuerpo y alma me tendrá siempre pronto V. M., repuso él sin turbarse.

—»No voy á consultaros, general; la consulta está hecha y la resolucion tomada.

—»Bien, Señor; lo que falta sin duda es que se lleve á cabo.

—»Acertais perfectamente.

—»¿Y con ese objeto me llama V. M?

—»Sí.

—»Ya escucho, Señor.

—»La órden que vais á recibir es un secreto.

—»Y en secreto permanecerá, una vez depositada en mí.

—»Un secreto de estado.

—»¡Qué importa! Si es secreto, basta para que se guarde.

—»Secreto terrible.....

—»Todos lo son para la mala conciencia del que los publica.

—»Secreto que mata, duque.....

—»Señor, V. M. desea asustarme.....

—»¿Y no os asustais?

—»Nunca he temido á la muerte. El obrar contra mis principios y mis deberes, es lo único que me causaria zozobra.

—»General, quiero castigar secretamente un crímen cometido contra mi honor.

—» En ese caso, no necesito que V. M. me entere de la sentencia.

—» ¿Por qué?

—» Porque es claro que el que atenta al honor del rey debe morir.

—» Debe morir..... es cierto; debe morir.

—» Así lo ordenan nuestras leyes.

—» Duque de Montemar, teneis en Madrid un magnífico palacio, que nunca habitais.

—» En efecto, Señor; he gastado en él grandes sumas.

—» En ese palacio ha de tener lugar el acto severo de mi inflexible justicia.

—» Mande V. M. y obedecerá su fiel vasallo.

—» ¿Adivinais quién es la persona que debe morir?

—» No es fácil, Señor, porque ignoro el delito.

—» Yo os diré su nombre.

—» ¿Para qué? Me basta que V. M. lo disponga.

—» Porque es necesario que lo sepais.

—» En tal caso.....

—» Ese nombre.....

—» ¿Vacila V. M?.... ¡Dios mio!.... El crímen se ha perpetrado contra el honor del rey.....

—» Nada supongais, duque.....

—» Me atormentan mil encontrados pensamientos; Señor, sáqueme V. M. de tan cruel incertidumbre..... No puedo mas.

—» ¿Recaen vuestras sospechas en algun individuo de la real familia?

—» ¿Por qué he de ocultarlo?.... Aquí está mi vida, si mi corazon me ha inducido á un error lamentable; pero debo decir con lealtad lo que siento, aunque perezca despues, en castigo de mi osadía.

—» General, lo que vos habeis creido, tambien pueden creerlo

otros, porque habeis creido la verdad. Hé aquí ahora la órden que os doy. Mañana á las once de la noche, os esperará una litera en el patio principal de palacio; entrareis en ella.....

—»Entraré.

—»Dentro de la litera estará una muger.....

—»¡Ah!.... ¡Una muger!.... Señor..... Señor.....

—»Silencio, duque. ¿Os arrepentís de vuestras protestas?

—»Prosiga V. M.

—»Esa muger llegará á vuestro palacio, del cual tomará posesion como propietaria, ó como parienta vuestra; pero vos conservareis su custodia. Llegado el momento, dispondreis que un médico se encargue de todo lo demás.

—»Me encuentro algo á oscuras, Señor. ¿Cuándo llegará ese instante?

—»¡Ah, duque!.... ¿No habeis comprendido aun que la infanta doña María Teresa está en cinta?

»El nombre de la culpable y la revelacion clara, brusca, terrible de mis intentos, trastornaron al general, que se cubrió el rostro con las manos. Transcurrieron algunos segundos..... cuando fijó en mí sus miradas, estaba lívido; en ellas se leian abatimiento y resignacion.

—»He empeñado á V. M. mi palabra sin condiciones, á fuer de leal vasallo, me dijo con visibles señales de turbacion y amargura. Yo cumpliré esa palabra, que va á costarme la tranquilidad de mi existencia; porque en efecto, Señor, ese delito debe castigarse misteriosamente, ya que castigo merece, y solo puede confiarse la aplicacion de la pena al hombre mas adicto á su rey. Ahora necesito que V. M. me conceda dos gracias.

—»Concedidas. ¿Cuáles son?

—»Tengo hijos, que heredarán mi nombre, mis riquezas y la gloria que he tenido la dicha de adquirir en cien combates. Es indispensable, Señor, que el honor de mi nombre nunca se vea empañado, que no oscurezca mi gloria la mas leve sospecha de felonía. El rey de España puede castigar con la pena de

muerte á un criminal, sin que nadie le exija satisfacciones por su rigor. El duque de Montemar no es mas que un esclavo de las leyes, y no quiere dejar en el mundo fama de asesino. Entrégueme pues V. M. la órden escrita de matar á la infanta secretamente..... Así, cuando alguno llegue á descubrir, andando el tiempo, tan lamentable historia, sabrá que el rey tuvo razones poderosas para obrar como obró, y que el vasallo no hizo mas que obedecer.

»En el acto empuñé la pluma y escribí:

»Duque de Montemar:—*La infanta doña María Teresa se ha hecho digna de la pena de muerte. Os mando que dispongais su secreta ejecucion, porque así conviene al honor de la real familia. En palacio á veinte y siete de abril de mil setecientos treinta.*

YO EL REY.

—»¿Cuál es la segunda gracia? preguntó al general, poniendo en sus manos la órden.

—»Pido á V. M., me contestó con firmeza, que, terminada mi horrible comision, me envie á los campos de batalla, para que pueda morir combatiendo.

—»Ireis al Africa, á tomar á los infieles la plaza de Oran.

»El insigne caudillo me obedeció en todo. Oran y Mazarquivir cayeron en nuestro poder, por sus esfuerzos heróicos; aterrorizó á la morisma, pero no pudo morir como deseaba.

»La infanta llegó al término señalado por la naturaleza para la maternidad. Un médico asalariado por el duque, se encargó de que desapareciesen del mundo la madre y la hija. Cuando mi fiel vasallo, guardador de mi honra, se me presentó á referirme los pormenores de aquel triste suceso, exigí de él otra prueba de abnegacion, otro sacrificio que yo consideraba del mayor interés para lo futuro.

—»Es necesario, le dije, que en vos únicamente se deposite el arcano de mi venganza y de mi justicia. ¿Ha conocido el médico á doña María Teresa?

—» No ha visto su rostro, me respondió; pero tal vez haya sospechado que era.....

—» ¡Por mi nombre! esclamé irritado. ¿Vive ese hombre todavia?

—» Sus sospechas, si las ha concebido, repuso el general con sosegado acento, contribuirán á encubrir lo que no ha podido menos de ejecutar.

—» Esplicaos de una vez, duque, porque estoy como si me hubiesen tendido sobre un potro.

—» La infanta tenia puesta en el dedo anular de la mano izquierda una sortija, con un grueso diamante en el centro, y á su alrededor, grabado con todas sus letras, un título de marqués; sobre este título figura una corona.

—» ¿Y esa sortija?

—» Se la hice aceptar á la infanta, para que fuese reconocida como señora en mi palacio.

—» Luego era vuestra, duque.....

—» ¿Ha olvidado V. M. que aunque soy duque de Montemar, no he dejado de ser marqués de Ubeda? El médico habrá imaginado que he querido vengarme de la infidelidad de mi esposa. Despues..... cuando sepa que soy viudo, se dará á pensar que aquella pobre víctima era mi amante, y que su marido le ha buscado para que la sacrifique.

—» Pero vuestro palacio está ahí, para venderos.

—» El médico ignora á dónde se le ha conducido. Solo ha visto un salon y una alcoba, porque un velo cubria sus ojos.

—» ¿Ibais solo con él?....

—» Señor, permita V. M. que no enumere los medios que he puesto en práctica para encontrar al doctor y hacerle consentir en lo que de su ciencia exigia. He cumplido con escrupulosa exactidud las órdenes de V. M.

—» Yo tambien os cumpliré mi palabra real, concediéndoos el mando de la espedicion á las arenas africanas. Sois desde este momento el general de esas tropas; tened sin embargo por sabido,

que si alguna vez me veo en la necesidad de decir el nombre del amante de la infanta doña María Teresa, el nombre que pronunciará mi boca ó escribirá mi mano será el vuestro.

—» ¡El mio, Señor!

—» El vuestro, duque. Y no me desmentireis.....

—» V. M. quiere matarme lentamente.

—» Estabais dispuesto á servirme en cuerpo y alma.

—» ¿Quién ha servido á V. M. tanto como yo?

—» ¡Y qué! ¿No os basta mi convencimiento, mi seguridad de vuestra inocencia?

—» Me basta, y si V. M. ha menester de mi vida, como cómplice de doña María Teresa, se la ofrezco sin titubear.

» Estreché en mis brazos al duque, por su doble sacrificio y le dije con profundísimo dolor:

—» Si alguna vez el vulgo se empeña en buscar un amante para la infanta, ese amante será el duque de Montemar, general de los ejércitos del rey don Felipe V. La verdad solo la sabremos Dios, vos y yo.

» El duque me besó la mano y volví á abrazarle con síncera gratitud. Es el hombre que me ha salvado el honor, aunque no ha podido devolverme la felicidad. ¡Ah! Muchas veces dudo y tiemblo..... El delito estaba patente, pero la culpable era mi hija..... ¡Dios de misericordia!.... ¿Son infalibles los reyes?.... ¿Habrá sido injusta, cruel, inícua, bastarda mi justicia de rey y de padre?.... ¿Habré cometido un crímen mayor, mil veces mas horroroso que el que me propuse castigar?.... ¡Oh!.... Si debí compadecerme de *ella*..... ¡qué remordimientos!.... ¡qué martirios!.... ¡qué insufribles y eternas agonías!....

» La real familia, la corte nada supieron. Se habia pretestado una enfermedad, que habia hecho salir á la infanta precipitadamente de la capital, cuyos aires malsanos la perjudicaban. Mas tarde se esparció la noticia de que se hallaba en París, luego en Sicilia, y por último en Roma. De allí se hizo llegar un correo de gabinete hasta Madrid con el anuncio de su fallecimiento, y

la corte se vistió de duelo, al mismo tiempo que se celebraban régios funerales, por el descanso de su alma, en la iglesia de *Santa María*.»

---

«Han transcurrido desde entonces diez y seis años, y un descubrimiento que acabo de hacer conturba noche y dia mi ya agitado espíritu. Mis fuerzas desfallecen, el aniquilamiento va agotando mis fuerzas, y conozco que me quedan pocos meses, tal vez pocos dias de reinado. Leo en las miradas de los doctores Cornejo y Pimentel mi sentencia de muerte, y es preciso resignarme á la voluntad de Dios.

» ¿Será providencial lo que ha llegado á mi noticia?.... ¡Quién sabe si un milagro de la Providencia Divina!.... ¡Habrá sido traidor el duque de Montemar!.... No..... no..... es imposible..... pero ¿cómo salir de tan dura incertidumbre?..... ¿á quién preguntar?.... Basta..... Iré á inquirir por mí mismo la verdad..... profundizaré ese misterio..... No puedo vivir así..... ¡Oh! Si es ella..... ya siento hervir en mi pecho la casi helada sangre..... el apagado furor vuelve á rejuvenecer mi alma dolorida..... No mas dudas, no mas suposiciones insensatas..... Vamos.»

---

«He visitado á la superiora del monasterio de las *Descalzas Reales*, y prosigo esta relacion. No era ella..... estoy seguro y por consiguiente tranquilo.

» Al entrar en el locutorio, he dicho que necesitaba hablar á la madre abadesa, sobre un negocio importante, que concierne á una familia ilustre. La tornera no me ha conocido, porque iba disfrazado. La abadesa, impulsada por su curiosidad, se ha dispuesto á complacerme. Es una muger hermosa, no ha cumplido treinta años, y en el fruncimiento de su boca altanera anuncia

que desciende de la orgullosa y valiente raza de los Castros y Guzmanes.

» Antes de que yo pudiese examinar por completo su fisonomía, me ha preguntado:

—» Señor, ¿en qué puede servir á V. M. esta pobre monja?

» Era inútil guardar el incógnito, y la he respondido con precipitacion:

—» Callad, señora, porque vengo á vos en secreto, sobre averiguaciones que me interesan.

—» Pronta estoy á contestar á mi rey. Tome V. M. asiento.

—» Mis dias, madre abadesa, están contados.

—» ¿Por qué lo dice V. M?.... ¡Dios mio!.... Estoy asustada..... ¿Qué peligro?....

—» Tranquilizaos..... Nadie atenta contra la vida del rey..... Me consume una fiebre lenta, destructora, mortal..... Pronto me llamará á juicio el Todopoderoso..... Hacedme ahora la merced de enterarme de algunas circunstancias, referentes á una niña, que en el año de 1730 dejaron cierta noche depositada en el torno de este convento.

—» Señor..... como han depositado tantas.....

—» Bien, madre abadesa, pero en el año de que hablamos.....

—» Yo era novicia entonces.....

—» Pero habreis oido hablar del suceso. La niña que trajeron aquí tenia cierta señal en un brazo.....

—» ¡Ah, Señor! Ya conozco esa historia, por haberla oido referir y comentar mil veces á las madres. Esa señal ¿no era la letra *U*?

—» Ciertamente.

—» El brazo en que estaba ¿no era el izquierdo?

—» Os hallais bien informada.

—» Pues permita V. M. que suba á mi celda, para traer un testimonio de lo único que se sabe en el convento, acerca de esa niña.

» La superiora se ha retirado, despues de pronunciar las últimas razones, volviendo á pocos instantes para decirme:

—»La criatura apareció dentro del torno, envuelta con una sábana, y entre los pliegues de la misma habia este papel, que la anterior abadesa me entregó moribunda, porque ya ejercia yo su cargo desde el principio de la enfermedad, que la condujo á la tumba.

»Hablando así la monja, ha sacado un papel de su manga, el cual he traido y copio en este lugar, para conservarlo despues entre mis apuntes secretos.

»Dice de este modo:

»*Es de familia ilustre y no está bautizada; en el brazo izquierdo conserva la inicial de su apellido. El monasterio de las Descalzas Reales recibirá, dentro de pocos dias, diez y seis mil escudos de oro.*

—»¿Recibió el convento esa suma? he preguntado á la superiora.

—»Sí, Señor, me ha respondido, supuesto que consta la partida en el libro de entradas.

—»¿Qué se hizo de la niña?

—»Se crió y creció entre las novicias, hasta que la reclamaron sus deudos.

—»¿Qué deudos eran?

—»Su madre.

—»¿Vino ella misma á presentar la peticion de su hija?

—»No, Señor; hizo sus veces en regla un hombre llamado Rodrigo Perez Zapata, que tambien firmó en su nombre.

—»¿Cuándo aconteció eso?

—»Hace ocho meses.

—»¿Podeis revelarme el paradero de esa jóven?

—»No he vuelto á saber de ella.

—»¿Estais enterada de otros pormenores relativos á su persona?

—»Nada mas ha llegado á mi conocimiento.

—»Quedad con Dios, madre abadesa.

—»Dios guarde á V. M.»

———

«De vuelta al alcázar, he tomado mi resolucion. Aquella niña, que hoy debe ser una jóven de diez y seis años, vino al mundo pocas horas antes ó despues que la otra infeliz, muerta al ver la luz con su madre, en su mismo lecho. Lo mismo que ella, es, si existe, de familia ilustre. En caso de que la encuentre, la colmaré de beneficios, porque siento que obrando así tendrán algun alivio las penas de mi corazon. Mas tambien es fácil que mis diligencias sean infructuosas..... ¿qué debo hacer? ¿Dejar el cumplimiento de mi buena obra á cargo de mi sucesor en el trono?.... Herencias tales solo se dejan á un amigo, y los reyes ¿cuándo cuentan con él?.... ¡Ah!.... Soy ingrato, desagradecido y aun perverso, pues olvido al duque de Montemar..... No..... no..... á cualquiera otro primero..... he lacerado su alma..... ¿Cómo he de atreverme á exigir de su adhesion un nuevo sacrificio?.... Además, imaginaria que, pesaroso del fatal acontecimiento, en que me sirvió con tanta y tan rigurosa fidelidad, me propongo castigarme á mí mismo, imponiéndome ó imponiendo á los demas una obligacion espiatoria. ¿A quién acudiré?.... Dos hombres me cercan todos los dias, á todas horas, solícitos por mi salud y empeñados en disputar á la muerte esta vida, que se les escapa de las manos..... Mis dos médicos, que tambien son mis amigos.... el doctor Cornejo y el doctor Pimentel..... ¡Oh! Ya está elegido.... el último será á quien yo confie la espresion de mis dolores..... le dejaré, como un regalo precioso para su entrañable cariño, estas páginas, que rebosan despecho, amargura, furor, venganza, sangre..... El doctor Pimentel honrará mi voluntad, protegiendo á la jóven, que se designa en este escrito con la letra *U.* y cuyo nombre es Isabel, si no mienten los informes que se me han dado. Yo se lo pido encarecidamente, y si Dios me concede la gracia de conservarme claros los sentidos en el instante de morir, este será el último ruego que su rey le dirigirá. Tambien exijo de su lealtad que entregue á mi sucesor, despues de leer estas páginas, bien ocupe el trono el príncipe de Asturias don Fernando, bien su hermano don Cárlos, infante de España y rey de Si-

cilia, el papel que á esta hora en que escribo acompaña á la presente memoria.»

(Aquí interrumpió el rey don Cárlos la lectura, y desdoblando un papel, que en efecto estaba unido al manuscrito, vió que contenia el párrafo siguiente:)

«Hace diez y seis años murieron secretamente una dama principal y una niña al nacer ésta. Así quedó sepultada para siempre la deshonra de su nombre: mas ha llegado á mi noticia, que existe hoy en la corte una jóven llamada doña Isabel de *U.*, que fué depositada en el torno del monasterio de las *Descalzas Reales*, la misma noche del otro suceso. Las dos pues nacieron en una hora, ó con pocas de diferencia; y como la que se crió en el convento debe tener marcada la letra *U.* en el antebrazo izquierdo, y como *U* era la primera letra del título, con que un magnate de la corte, á quien no se puede castigar por sus altos merecimientos, osó mancillar el honor del rey, he dispuesto que se averigüe el paradero de doña Isabel, que salió de las monjas hace ocho meses, por haberla reclamado, en nombre de su madre, un viejecillo, que firmó la salida con el nombre de Rodrigo Perez Zapata. Y es tambien mi voluntad que esa jóven, si fuese hallada, ocupe en la corte el rango que hubiera debido corresponder á la que murió, si hubiese nacido legítima. En Madrid á diez y siete dias del mes de marzo de mil setecientos cuarenta y seis.»

Don Cárlos, despues de haber leido lo que antecede, permaneció largo rato meditabundo, y elevando al fin los ojos al cielo, murmuró con los ojos preñados de lágrimas:

—¡Oh, padre mio y augusto Señor, esforzado en las lides, piadoso y benéfico en la paz, caritativo con los pobres, y espléndido con los grandes y opulentos! El orgullo de tu raza te perdió, porque, ciego, loco, desatentado por el ultraje que recibieron tu amor y tu autoridad, pretendiste cubrir aquella vergüenza á los ojos de los hombres con crueldad estrema, bárbara, inaudita, que tu resentimiento paternal apellidó venganza.

sin que de justicia tuviese el colorido. Mas ¿lograste acaso fascinar los ojos de Dios?.... ¡Ah! Tu conciencia te acusó constantemente durante los tristes dias de tu azarosa existencia; ella te dijo que obraste mal como padre y como rey..... la conciencia del hombre es el ojo de Dios. ¡Demencia!.... ¡Contradicciones!.... ¡Vanidades!.... Hé aquí los ídolos, á los cuales revestimos con los pomposos nombres de leyes, obligaciones, honor, fidelidad, deber..... Nosotros, grandes criminales coronados, exigimos de los demás una virtud, imposible tal vez, y no perdonamos la mas leve falta ni aun á nuestra propia sangre. Pero Dios, cuya piedad ensalzamos, desconociéndola en nuestras acciones, Dios, que no podia permitir la perpetracion de un delito espantoso, repugnante á la naturaleza, salvó ¡oh padre y rey mio! á las dos víctimas de tu implacable saña. Bendita mil veces su Omnipotencia, que te hizo y te hará aparecer inocente, sin haberlo sido. Yo le ruego, con el corazon desgarrado, por la tranquilidad de tu alma..... ¡Oh! Ahora ya sabes que no llegó á consumarse aquel suplicio; que el duque de Montemar no fué traidor y que la Providencia sola se encargó de frustrar tus intentos. ¿Cuál ha sido, cuál es tu destino, ¡oh, monarca animoso! en esa eternidad, desde la cual se conocen, en su hedionda desnudez, todas las miserias de este mundo? Si en el supremo trance de la muerte te iluminó la luz del arrepentimiento ¡cuán feliz serás!.... Si no..... huya mi pensamiento de tan horrorosa idea. La misericordia de Dios es infinita, inagotable..... ¡Perdon, Señor, para el alma pecadora!

Concluida esta sentida plegaria, que revelaba elocuentemente los levantados sentimientos de don Cárlos, volvió á abismarse en otra profunda meditacion, sobre las desgracias que habian sobrevenido á la noble infanta doña María Teresa, y los medios de que se habia apoderado la mano de Dios para impedir la consumacion de un horrible parricidio. El nombre del doctor Pimentel asomó con respeto á los labios del monarca, y éste entonces no pudo menos que recordar el cariño entrañable de aquel hombre

hácia doña Isabel, patentizado de una manera irrebatible con la herencia de los dos talegos de onzas, que á la misma acababa de legar.

Este último recuerdo dió nuevo curso á las ideas del rey, que, doblando la memoria de Felipe V y metiéndola en un cajon secreto de la mesa, escribió inmediatamente una órden para Rodrigo Perez Zapata, en la cual prevenia á éste que, con el mayor secreto, introdujese en el real alcázar el oro de los dos talegos, dejando á su buen juicio la invencion de la traza que le pareciese mas apropósito para conseguirlo.

Cuando el portero de palacio, á quien el rey encomendó este servicio, se dirigia con la órden á la calle del *Ave María*, empezaba á blanquear la aurora los tejados de la muy noble villa y corte de Madrid.

# CAPÍTULO XXXIX.

## Plan de campaña para cumplir una órden del rey.

PROFUNDAMENTE dormia el honrado ex-familiar de la Santa Inquisicion, como hombre cuya conciencia estaba tranquila y satisfecha. Habia cumplido el dia anterior con sus deberes de buen cristiano y de súbdito leal, contaba con la poderosa proteccion del rey, y por consiguiente, libre de las persecuciones del tribunal del Santo Oficio, merced al tratado de paz concluido con fray Cosme, nada le atormentaba en este mundo.

Mientras él disfrutaba de las dulzuras del sueño matutino, que al decir de los perezosos, es el mejor de todos los sueños, el sargento de la guardia española, acostumbrado á madrugar al primer toque de diana, pasaba lista á su gente en altas y descompasadas voces, con el fin de acelerar el movimiento de la casa y con él la hora natural del desayuno.

Pero el movimiento á entrambas cosas solo podia darlo la se-

ñora Dorotea, que habia pasado una pícara noche de perros, soñando con inquisidores, fantasmas, reyes y onzas de oro. Tambien el diablo y el doctor Pimentel habian tenido parte principal en el nocturno trastorno de su aletargada fantasía, resultando de su horrible pesadilla una especie de amodorramiento, que paralizaba sus acciones. Al cabo oyó los gritos del sargento, que reprendia con acritud á los soldados y empezó á sospechar que ya habia amanecido. Restregóse los ojos, vió que la luz del dia penetraba por las rendijas de la ventana de su aposento, y sacudiendo, aunque con trabajo, el peso que la obligaba á cerrar nuevamente los párpados, comenzó á vestirse y á recordar los sucesos de la noche precedente.

Y aun no habia sacado los piés de las sábanas, cuando varios golpes aplicados á la puerta de la calle la hicieron correr hácia la cocina, punto elegido por el sargento para su revista de inspeccion y campo de maniobras.

—¿Qué víbora os ha picado, la preguntó el veterano sonriéndose con galantería, para que nos acometais tan de improviso y en paños menores?

—¡Ah, señor Cigarral! esclamó la dueña con sobresalto, (de aquí se deduce que ya habia aprendido el nombre del sargento) ¿estais sordo por ventura?

—¡Sordo! repuso él. ¡Sordo yo, y he salido á tomar el aire antes que el sol! No, señora Dorotea, ni estoy sordo ni ciego, á Dios gracias, ya que vuestros hechizos me encandilan los ojos, y.....

—Callad, por la Vírgen y sepamos pronto quién viene de nuevo á molestarnos.

—¿Quién ha de venir?

—¡Toma!.... El que acaba de llamar.

—¿Estais segura?.... ¿Con que han llamado? Pues juro por la punta del rabo de Lucifer que nada he oido.

—Ya lo creo; si estais alborotando la vecindad.....

—No hago mas que pasar lista; cumplo con la ordenanza, y

para un militar, que sabe su obligacion, la ordenanza es mas que la vida.

—Bien, dejemos eso á un lado, y conozcamos al importuno, que.....

—Sois aquí la generala y me toca obedecer..... Soldados de la guardia española, atencion. Dos números al zaguan..... dos á la escalera de abajo..... dos á la de arriba..... dos á mis órdenes y los demas aquí de reten y prontos para operar al primer aviso. Por el flanco derecho, paso redoblado, march.....

La señora Dorotea, el sargento y dos soldados se dirigieron á la habitacion en que la primera habia dormido. Los diez restantes cumplimentaron respectivamente las consignas que acababan de recibir.

Los golpes á la puerta se repetian con redoblado estruendo. La dueña abrió la ventana y sacando el sargento á fuera la cabeza y la boca de su mosquete, preguntó con voz de trueno:

—¿Quién vive?

—España por cuatro costados, respondió un hombre embozado en una larga capa. Mande abrir el sargento Cigarral á un amigo, que le trae órdenes, y nada tema, encerrado como está en ese formidable castillejo.

—¡Por Santiago que me conoce de veras! ¡Oh! Pues el que conoce al sargento Cigarral, por fuerza es hombre de bien. Con todo, la ordenanza me prescribe ciertas precauciones, para la defensa del puesto que se me ha encomendado.

Discurriendo así el veterano Cigarral, volvió á dirigir la palabra al de la calle en estos términos:

—¿Qué órdenes son esas que trae el amigo?

—Las ignoro, replicó éste: vienen escritas y cerradas.

—¡Demonio! Eso ya es algo. ¿Las trae el amigo de parte de mi alferez?

—No.

—¿De mi teniente?

—Tampoco.

—¿De mi capitan?

—Menos.

—Perfectamente; de mi coronel.....

—No está el sargento Cigarral para acertijos. Abra la puerta y nos entenderemos.

—¡Abrir la puerta! Primero consentiré en que me tuesten vivo. Quiero saber quién envia á tales horas un mensage á esta casa.

—El rey nuestro Señor.

—¡El rey! esclamó azorado el sargento y dejando caer á la calle la gorra de cuartel, que cubria su cabeza. ¡El rey se digna comunicarme directamente sus órdenes!.... ¡El rey tiene á bien escribirme!.... Una prueba, una señal cualquiera de que el amigo no miente.....

—No es al sargento Cigarral, á quien S. M. escribe.

—¿Pues á quién?

—Al señor Rodrigo Perez Zapata.

El sargento se rascó fuertemente la oreja, con motivo de la humillacion que sufria su orgullo; pero al cabo se atemperó á las circunstancias, como hombre de esperiencia, y dijo al emisario del rey:

—Ya he prevenido al amigo, que necesito pruebas de sus razones.

—Allá van, gritó el embozado.

Y desembozándose al mismo tiempo, cogió del suelo la gorra de cuartel del veterano, metió en ella el escrito que llevaba, y la arrojó á las narices de su interlocutor. Éste se separó con prontitud de la ventana, evitando el proyectil, y la gorra fué á caer en medio de la habitacion. Cigarral se apoderó al punto de su prenda y del papel, encasquetóse la primera con aire marcial, y leyendo el sobre del segundo, esclamó con acento de autoridad superior:

—Ni un minuto tardeis, señora Dorotea, en abrir la puerta al enviado de S. M. católica. Aquí no hay mas que fieles vasallos.

Ea..... ¿qué hacemos? ¿En dónde diablos se ha metido el señor Zapata que no viene á recibir de rodillas las órdenes de su rey y Señor?

Zapata, como no ignoramos, estaba muy apegado á las sábanas y habia dormido muchas horas, sin ocurrírsele que vivia en un mundo de penalidades y miserias, de dolores y de trabajos. Pero es indudable que nadie puede permanecer sumido eternamente en el sueño, y tal vez por esta razon abrió primero un ojo, despues el otro y por último oyó los gritos del sargento y los incesantes golpes que daban en la puerta de la calle. Esta última novedad sobre todo le obligó á recordar la situacion en que se encontraba, y temiendo alguna imprudencia por parte del veterano, se vistió apresuradamente, y acudió al aposento de la señora Dorotea, cuando ésta salia para dirigirse al zaguan, con el objeto de abrir al portador de la órden.

—Señor Rodrigo Perez, le dijo el sargento, Dios ayuda á quien madruga, pero vos acabais de ser en este afortunado dia la escepcion de la regla; no parece sino que descendeis de los siete durmientes, y á pesar de todo, tomais el chocolate con una misiva de S. M.

—¿Es para mí? preguntóle Zapata admirado y recibiendo el pliego.

—Se me figura que allá en palacio saben escribir, le contestó Cigarral; veamos ahora si en la Inquisicion aprendisteis á leer.

—En efecto, murmuró el ex-familiar: el sello con las armas reales y mi nombre. Es necesario saber lo que el rey manda.

Dicho esto, rompió el sobre del pliego y despues de enterarse del contenido, preguntó al que lo habia llevado, viéndole entrar en la habitacion, seguido de la señora Dorotea:

—¿Quién os ha entregado esta órden?

—El ugier de servicio en la antecámara de S. M., respondió aquel hombre.

—Pues aseguradle que será cumplida en todas sus partes, ó cesará de vivir Rodrigo Perez Zapata.

—Pero no hareis semejante cosa, añadió el veterano de la guardia española, sin dar primero un apreton de manos al sargento Cigarral.

—Gracias á Dios que me habeis conocido, seo bravo, repuso el otro.

—Nada de pullas, compadre. ¿Quién no conoce en Madrid al portero del alcázar, Braulio Jimenez?

—Eso sí..... mas vale tarde que nunca. ¿Y por qué no se me abrió la puerta desde un principio?

—¡Oh! Porque lo prohibe la ordenanza. Se me ha confiado un puesto importantísimo, el general Zapata estaba en el otro mundo; y despues de haber sostenido con energia y valor una descomunal refriega nocturna contra duendes, no era cosa de entregar la carta al primero que llegase alborotando.

—¡Cómo! ¿Ha habido batalla esta noche!

—Reñidísima. La señora Dorotea se ha encargado de lavar la sangre de los heridos. Cuerpo hay que se ha quedado sin una gota.

—Segun eso, muchos zaques se han desocupado, y siento no haber tomado parte en la bigotera.

—No ha sido corta la cuchipanda, y sino que hable la despensa del difunto doctor.

—Dejemos en paz al que no existe, señor Cigarral, y ahora dadme licencia para retirarme.

—Id con Dios y con la Vírgen, buen Jimenez, y acordaos que, corta ó larga nuestra guarnicion en esta fortaleza, es una tierra de amigos.

—Lo mismo ofrezco en todas partes al sargento Cigarral y á la compañía.

Estas fueron las últimas palabras de aquel diálogo. Braulio el portero volvió al alcázar y la señora Dorotea, despues de cerrar la puerta de la calle, se encaminó á la cocina para disponer el desayuno de sus huéspedes.

Entre tanto echó sus cuentas Perez Zapata, respecto á la maña

que se daria para satisfacer cumplidamente los deseos del rey, y convencido de que el sargento podria ayudarle en su tarea, cerró con precaucion la puerta del cuarto y le dijo:

—Las cosas reservadas solo deben tratarse entre personas que se conocen á fondo. Tenemos que discurrir sobre un asunto sério, compadre Cigarral.

El veterano, cuya curiosidad habia ido creciendo por instantes, desde que se hubo enterado de que el rey daba órdenes directas y por escrito al ex-familiar, satisfecho por la confianza que este último parecia otorgarle, se estiró los bigotes con fatuidad y dejándose caer en un asiento, respondió, despues de estirar las piernas:

—Discutamos, señor Zapata.

—Ante todo, repuso Rodrigo alargándole la órden que acababa de recibir, enteraos de lo que ocurre.

Cigarral tomó el escrito, levantóse respetuosamente para leerlo, volvió á sentarse, y entregándolo á Zapata, arqueó las cejas y mirándole con asombro, murmuró como hombre empeñado en resolver un problema dificilísimo:

—Por mas que quiero dar en el *item*, declaro que el negocio se me escapa.

—Habladme claro, compadre.

—¿Mas claro lo deseais? Pues bien; no entiendo una palabra.

—¿De qué?

—De lo que manda el rey.

—Eso me maravilla, porque la órden es terminante.

—Convenido; pero yo no la entiendo.

—¿Por qué razon? aquí se trata....

—Ahí está el busilis. Se trata de meter secretamente en el alcázar dos talegos de onzas de oro.

—Luego sobran las esplicaciones; ya comprendeis el asunto.

—Al contrario; estoy completamente á oscuras.

—Vamos, señor Cigarral, no os hagais el inocente. ¿Con que necesitais saber de mis labios, que solicito vuestra cooperacion?

—En hora buena; mas es el caso que para cooperar debe un hombre hallarse al corriente de lo que se le pide.

—Creia yo que á un militar tan esperimentado y de tanta trastienda le bastaba recorrer esas líneas, trazadas por la propia mano de S. M. ¿Qué apunta en ellas? Que introduzca con secreto en palacio la riqueza consabida. ¿Qué mas? Deja á mi arbitrio los medios de que he de valerme, para llenar este deber. Por consiguiente, si yo os ruego que discutamos, no hay duda de que será sobre los susodichos medios, pues de lo contrario.....

—Alto ahí, señor y compadre Zapata; no es menester que prosigais. Mi torpeza nada tiene de estraño, pues habeis de tener muy presente que soy, en todas las cosas de este mundo, hombre de órden y de método, y que me gusta empezar siempre por el principio. Ahora bien: de entablar la discusion por las últimas razones que os he oido, hubiéramos perdido menos tiempo y se hallaria á estas horas la cuestion algo mas adelantada; porque desde luego os hubiera manifestado que para serviros de algun provecho, en la faena que me exigís, era preciso que supiese una circunstancia esencial é indispensable.

—¿Cuál es esa circunstancia?

—Vamos por partes y recapitulemos.

—Recapitulad, recapitulad, señor sargento.

—Respondedme, señor Zapata. ¿No es cierto que debo prestaros los recursos de mi pobre caletre, para que os deis traza de llevar á palacio dos talegos de oro, sin que nadie los huela?

—Exactísimamente. Conociendo vuestro ingenio, y como buen militar acostumbrado á asechanzas, sorpresas, emboscadas y demás ardides de guerra, he acudido á la pericia de que.....

—No mas elogios, por los cuernos de Belcebú. Ya que me habeis juzgado merecedor de tan alta honra ¿no os ha ocurrido la primera pregunta que yo debia dirigiros?

—Señor Cigarral, hacedme esa pregunta, para ver si con mil demonios salimos del paso.

—Allá va, señor Rodrigo Perez. ¿Es un hecho que se os manda conducir oro á palacio?

—Sí.

—Pues la primera pregunta que os dirigirá cualquiera, enaltecido se entiende con vuestra confianza, será esta: ¿teneis el oro?

—Y á ella contestaria yo inmediatamente: lo tengo.

—¡Bravo! Prueba es esa de que sois hombre de pró.

—¿Estais contento?

—No puedo menos qne confesar cierto escrúpulo.....

—Si es de importancia.....

—De grandísima importancia, para discurrir gravemente sobre el negocio.

—¿Y á qué se reduce?

—A que mi primera pregunta tiene que ir acompañada de otra.

—Con tal que yo pueda responder á ella con la misma seguridad.....

—¡Vaya si podeis!....

—Oigámosla.

—Habeis asegurado que poseeis el oro. Segunda pregunta..... ¿En dónde está?

—Ignoro si me pertenece el secreto, y si puedo revelarlo.

—Pues nada he dicho, pero tampoco me comprometo á nada. Discurrid lo que se os alcance, y como estoy á vuestras órdenes, si requerís la fuerza de mi mando, acudirá, y yo tambien á su frente, para defenderos en todo trance. Esto es lo que previene la ordenanza.

El sargento, hablando así, se levantó como para dejar solo en la habitacion á Zapata; mas éste le detuvo con un ademan espresivo, y poniéndose un dedo en la boca, se esplicó así:

—Sois capaz de hacer que se desespere el mismo Job. Cuando he afirmado que tal vez no sea mio el secreto del sitio en que se halla el oro, no he dicho positivamente que no lo es, y en cuanto á si puedo ó no puedo descubrirlo, tampoco he hecho mas que consignar una duda. Sacadme de ella y veremos.

—Acepto la proposicion, replicó Cigarral volviendo á sentarse, y os libro de escrúpulos de este modo. ¿Os ha confiado alguna persona ese secreto?

—No.

—¿Lo habeis descubierto por casualidad?

—Habeis acertado; por casualidad ha sido.

—Luego os pertenece esclusivamente.

—No de una manera tan absoluta, porque el rey lo conoce.

—¿Quién se lo ha revelado?

—Yo.

—Es decir que vos, vos solo podiais disponer del secreto y del oro.

—No hay duda; pero mi conciencia.....

—Mereceis ser llevado en cuerpo y alma al Paraiso, por haber hecho frente á una poderosísima tentacion.

—¿Qué quereis? Ese oro no estaba destinado para mí.

—Volvamos al sitio en que se halla.

—Volvamos.

—¿Estais convencido de que, si se os antoja, podeis publicarlo á voz en cuello?

—Sí: pero se me antoja que lo sepa únicamente un fiel servidor del rey don Cárlos; por ejemplo, el sargento Cigarral.

—Y el sargento Cigarral jura no hacer traicion á tan alta prueba de confianza.

—El oro está aquí.

—¡Cómo aquí!

—En esta casa.

—¡Es posible!.... Vamos, vamos..... ya voy comprendiendo, y ya no me admira que S. M. os haya dado un destacamento para la guarnicion de estas cuatro paredes.

—Por supuesto: como que hay que guardar en ella algo mas que mi persona.

—Vuestra persona vale muchísimo, señor Zapata, pero de seguro no ha menester que la guarden otros. ¿A que no adivinais la idea que acaba de aposentárseme en el magin?

—Me doy por vencido.

—Pues es ni mas ni menos, que ese rico tesoro ha sido dejado en este pícaro mundo por el difunto doctor.

—Sois un finísimo sabueso, amigo y compadre Cigarral.

—Algo..... algo..... pero esto no ha sido mas que una consecuencia de lo otro. ¿Y á quién ha legado esas magníficas onzas el buen médico?

—Presumo que al rey.

—¡Lo presumís!

—Porque nada puedo asegurar. Habia un pliego cerrado con sobre para don Cárlos.

—¿Y ese pliego?

—Ayer lo puse en manos de S. M.

—Señor Rodrigo Perez Zapata, declaro aquí, y declararé en todas partes, que sois el hombre mas leal y mas honrado entre todos los nacidos y por nacer, y que si fuera yo rey de España y de las Indias, seriais mi tesorero universal.

—He cumplido un deber sagrado; hé ahí todo..... mas ahora recuerdo, para vuestra inteligencia, que hay otra persona, con la que debemos contar.

—¿Quién es?

—La señora Dorotea.

—¿Está enterada de la existencia del oro?

—Como yo mismo.

—¿Y de que se encuentra en esta casa?

—Tambien.

—Malo..... muy malo..... archi-malo.

—¿Por qué motivo?

—Porque la señora Dorotea, con todas sus preciosísimas cualidades, y á pesar de que sabe agasajar grandemente á sus amigos, no por eso deja de ser muger.

—Pero muger prudente.

—Mientras no tenga que hablar de otra cosa.

—Nada temais; está interesadísima en el asunto y callará, aunque la desuellen viva.

—Si hace Dios semejante milagro, seré capaz de meterme fraile cartujo.

—Pues lo hará; os doy mi palabra.

—A vuestra palabra nada tengo que oponer. Sigamos adelante.

—Lo que me importa principalmente es acertar con el medio de.....

—Ya estoy; con el medio de llevar el oro al alcázar, sin inspirar la menor sospecha.

—Cabalmente.

—Dadlo por hecho.

—¡De veras! ¿Es posible que tan pronto hayais pensado.....

—¿Qué quiere decir tan pronto? Cuando el sargento Cigarral agarra la sarten por el mango, no hay tiempo, ni distancias, ni dificultades que se la hagan soltar.

—Ea: examinemos nuestro plan de campaña.

—Sencillo y redondo, como debe ser el de todo general esperimentado, que sabe cubrirse bien del enemigo. Supongo que yo no hago falta aquí, ni mi gente tampoco.

—Esplanad mas claramente vuestro pensamiento.

—¡Qué demonio! Está visto que nada os proponeis acertar..... Corriente, tomaré otro rumbo. Espero vuestras órdenes para hoy.

—Bien; pero ese medio para sacar el oro.....

—Sois quien manda en la plaza; mi obligacion es presentarme á pediros órdenes.

—Ordenes..... órdenes..... ¡qué órdenes os he de dar!..... Mientras las onzas y yo permanezcamos aquí..... ninguna.....

—Mientras permanezcais aquí..... está entendido. ¿Y luego?

—Luego..... luego..... ¡vaya una pregunta! Os volvereis al real alcázar, á vuestra caserna, ó á donde os envie el rey.

—Pues ya habeis contestado á mi primera pregunta, aunque os placen mas los rodeos.

—Puede ser..... me preguntabais.....

—Tampoco: suponia que mis cachorros y yo estaremos de so-

bra en esta plaza, desde el instante en que el oro salga de ella.....

—De seguro. ¿Qué habeis de hacer aquí, sin tener que guardar?

—Por consiguiente, respondo del éxito de la empresa.

—¿Y no puede saberse ese gran misterio?

—Con muchísimo gusto. Enviaré á un soldado, para que alquile en el primer meson una caballería, aparejada con un buen seron cubierto, figurando que encierra provisiones para esta tropa. Dicha caballería vendrá á nuestra fortaleza, lo cual nadie estrañará; la cargaremos despues con las onzas de oro y saldré con la gente para palacio; á retaguardia irá la caballería, sirviéndonos de bagage para mayor disimulo, y veremos quién es el guapo que adivina lo que va en el seron.

—Sois un hombre verdaderamente estupendo, señor Cigarral, y confieso que en vuestra compañía puede cualquiera esperar tranquilamente el fin del mundo. Solo una observacion me ocurre hacer á tan magnífico proyecto.

—Señor Zapata, el don de no errar está reservado únicamente á Dios, como ser infalible. Los míseros mortales tropezamos, cuando mas creemos salir airosos en nuestros asuntos. ¿Qué mucho que mi plan, como hijo de la premura de las circunstancias, adolezca de vicios capitales? Pero hay mas; en todas las cosas de la vida, mas ven cuatro ojos que dos, y cuando los cuatro ojos pertenecen á dos hombres de trastienda, cazan muy largo y casi siempre fijan en el blanco la puntería. Haced pues al plan propuesto todas las observaciones que os sugiera vuestro caletre, y no os andeis por las ramas; demasiado sé, porque os conozco, que vuestros reparos serán justos.

—No se trata de reparos, compadre; vuestro plan es redondo y sencillo, segun me lo anunciasteis; por lo tanto os juro que no ha de modificarse en una tilde, á escepcion de la última parte que dice: *la cargaremos despues con las onzas de oro y saldré con la gente para palacio; á retaguardia irá la caballería, sirviéndonos de bagage, para mayor disimulo.*

—¿Y qué pondriais en lugar de esas palabras?

—Estas otras: *la cargaremos despues con las onzas de oro y saldré con la gente de la villa por una puerta, para entrar por la mas próxima á palacio: los pelaires que nos observen nos tomarán por un destacamento que vuelve á Madrid, y no estrañarán que entremos con una caballería cargada.*

—Aguzadísimo entendimiento teneis, señor Rodrigo Perez, y ahora sostengo que los siete sabios de Grecia fueron á vuestro lado unos solemnes pollinos. ¡Garras de Lucifer! ¡Y cuánta gramática y estrategia habeis aprendido, compadre! ¡Y cómo se trasluce que vuestros maestros fueron inquisidores! Adopto de corazon la enmienda, porque me parece prudentísima, y desde luego ha de ponerse en práctica. Lo que ahora debe ocuparnos es la designacion de las dos puertas que han de asegurar el éxito. Propongo como la primera, para salir de la poblacion, la nueva y flamante de *Alcalá*.

—Ya iba yo á designarla, si hubierais tan siquiera tosido ó estornudado para respirar. Veamos si la segunda, ó sea la que debemos tomar para volver á palacio, ha de ser la de *San Vicente*.

—¿Y cuál otra, compadre? De ese modo no tenemos que internarnos en la villa.

—Con la ventaja de que los papamoscas, entretenidos en respirar el aire fresco y colado del Guadarrama, se imaginarán que venimos del real sitio del *Pardo*, despues del relevo.

—Hablais en todo, señor Rodrigo, como un doctor de Salamanca.

—Señor Cigarral, una pregunta.

—Dos, si quereis.

—Dos serán efectivamente, porque me ocurre otra.

—Aunque sean ciento: ya os escucho.

—¿A qué hora nos pondremos en marcha?

—Se me figura que debemos almorzar y comer en este castillo, á costa del doctor Pimentel, cuyos intereses defendemos con tan esquisita escrupulosidad. Echaremos tambien por la tarde un

rato de siesta, ó fumaremos mano á mano una pipa, y luego..... entre dos luces.....

—Acepto, aunque la caminata por la *Ronda* es un poco larga y el terreno detestable.

—Charlaremos como dos comadres, y nos acompañará una bota del inolvidable *Arganda* de la bodega del médico.

—Ya he dicho que me place la hora: así encontraremos sin un alma la subida de la cuesta de *San Vicente*. En cuanto á la amabilísima compañía de la bota, ya comprendereis que nada tengo que replicar.

—Creo que no hemos concluido.

—Poco falta. ¿Juzgais necesario que llevemos en nuestra escursion á la señora Dorotea?

—¡Desatino!..... ¡Obligarla á fatigarse, andando sin motivo ni fundamento!..... Y si por casualidad nos encontramos con alguna pillería de mal vivir y se descerrajan un par de tiros de mosquete ¿qué demonios hemos de hacer con sus gritos y con sus faldas? Es muy capaz de poner en dispersion á mi tropa.

—¿Temeis alguna sorpresa?

—Diz que hácia la *Florida* andan algunos pajarracos de mal agüero.

—*San Antonio* glorioso, patron de la ribera del *Manzanares*, los ahuyentará de nuestro paso.

—Si huelen gente de guerra, no tardarán en tomar las de *Villadiego*. Nada quieren con nosotros.

—Aquí viene la señora Dorotea. La enteraremos de nuestras disposiciones, y haremos los preparativos.

—No tardaré yo en enviar á la calle de *Segovia* un perillan, para que nos traiga una escelente yegua ó cosa semejante.

Lo que Zapata acababa de anunciar era cierto, pues en aquel instante apareció la señora Dorotea, para avisar á sus amigos que el almuerzo les estaba esperando. En consecuencia quedó interrumpido el diálogo, aunque á la verdad tanto Rodrigo como el sargento nada tenian ya que comunicarse.

El primero enteró á la dueña, durante el dia, de todo cuanto se habia concertado, y ella se comprometió á esperar, hácia la fuente llamada de los *Once caños*, fuera de la puerta de *San Vicente*, la llegada del destacamento. El ex-familiar hubiera deseado acompañarla, y así se lo manifestó cordialmente; pero ambos convinieron en que no era cosa de perder de vista el tesoro del doctor Pimentel, por mucha confianza que les inspirasen el gefe y los soldados de la guardia española.

Las horas del dia transcurrieron sin la menor novedad entre la guarnicion de la casa del médico. El señor Cigarral cumplió su palabra de enviar á la calle de *Segovia* un pillete de los doce, que alquiló por todo el dia, entendiéndose hasta las nueve ó diez de la noche, una famosa yegua, enjaezada con un seron de dos bolsas.

Llegado el momento de levantar los reales, el sargento se puso á la cabeza con diez hombres y á retaguardia se colocaron los dos restantes, llevando en medio la yegua, cargada ya con los dos talegos consabidos, y de cuyo ramal tiraba Rodrigo Perez, como si fuesen custodiando el bagage de aquella partida de tropa. Así echaron á andar por la calle del *Ave María* hácia el *Prado*, y cinco minutos despues, cerró la señora Dorotea cuidadosamente la puerta esterior de la casa, dirigiéndose á la del *Sol*.

N° 440 tom. 3° mat



# CAPÍTULO XL.

Un bribon consumado antes de tiempo.

Las ocho de la mañana serian, cuando en un casucho, que ya conocemos, de la bajada de los *Angeles* penetró cierto rapaz medio vestido con unos andrajos, que en otro tiempo habian podido llamarse pantalon y chaqueta. Llevaba la cabeza y los piés á la intemperie y la camisa nunca se le pegaba al cuerpo, como á los hombres que algo temen, por la poderosa razon de que no la tenia. Su edad frisaba en los doce años y era tan malicioso y atrevido, como si contase diez y ocho.

Entróse pues de rondon en el zaquizamí de Paloma, y ésta, que acababa de llegar con lo necesario para el desayuno de su padre, no pudo menos de estremecerse al ver aquel pilluelo, cuya aparicion siempre les anunciaba algun mal percance.

El Viejo estaba en pié y se paseaba por la cocina pensativo y cabizbajo, pues recordaba el fatal suceso de la noche anterior,

receloso de que la justicia tomase cartas en el asunto y le hiciese un flaco servicio.

Nuestro rapaz, por su parte, se adelantó hasta la cocina con desparpajo, miró á Paloma de reojo, dió los buenos dias al Viejo, que no le contestó, y se puso á examinar atentamente el piso y las paredes, operacion que ya habia practicado al subir, respecto al zaguan y la escalera. Sin duda hubo de quedar satisfecho de sus observaciones, porque á poco rato soltó una carcajada estrepitosa, que aterrorizó á la mozuela y detuvo los paseos de su padre. Éste dirigió entonces al pilluelo una mirada escudriñadora y le dijo:

—¿Qué yerba has pisado hoy, Reptil?

—La mejor del mundo, señor Correa. ¿No veis qué alegre estoy?

—Es que tu alegria se parece á la del diablo, cuando se lleva las almas al infierno.

—¡Oh! Ahora no me cambiaria yo por él.

—¿Por qué razon?

—Porque voy á ser rico.

—¿Has encontrado alguna mina?

—Sí.

—¡Quién te verá!

—Para todos puede haber.

—¡Ah! ¿Con que eso es lo que te trae por aquí?

—Eso y otras cosas.

—¿Y quién te ha informado de que nos hallarias en la bajada de los *Angeles*?

—Mi trastienda. ¿No conoceis que soy muy curioso? Desde que los capuces negros se llevaron á Paloma de la calle de las *Beatas*, me empeñé en averiguar lo que iba á ser de ella, y pronto me convencí de que para mi propósito, era lo mejor no perderos de vista. Así he sabido que habiais cambiado de huronera, y ahora me alegro tambien de haber llegado á buena hora, porque supongo que me dareis de almorzar.

—¿No has tenido toda tu vida entrada franca en mi albergue? No olvides que muchas veces te he dado de comer y de cenar.

—Sí, pero de almorzar es de lo que ahora se trata. Por lo demas, no ignora el señor Correa que soy agradecido, y hoy vengo á probárselo.

—Veremos..... veremos..... he hecho bastante por tí y haria mas, si pudiera; pero ¡son tan malos los tiempos!.... Nuestra industria no progresa, hijo mio, y estoy enteramente arruinado.

—Porque habeis dado en la manía de trabajar solo.

—¿Qué quieres, hijo mio? Esta es época de muchas precauciones, porque la justicia del rey don Cárlos no se duerme y al pobrete que afianza.....

—Con la vejez os ha entrado el miedo, señor Correa, y segun aseguraba dias pasados mi tio el Zurdo, no erais antes así.

—¡Oh!.... Antes..... antes..... ¡qué diferencia!.... Cuando existian los *Mendigos*..... y luego los *Hermanos del Guadarrama*.....

—Vamos, vamos, que algunos viven todavia, y con un hombre de corazon al frente pudieran hoy mismo hacerse respetar de la señora justicia.

—Un hombre de corazon ciertamente daria algunos golpes; pero yo no sirvo..... la edad..... la edad..... á la primera que fuese muy sonada me echarian el guante.

—Bueno, bueno; mi intencion no es meterme en vuestros negocios. ¿Me dais de almorzar?

—Ya te he dicho que sí, y que á pesar de mi pobreza, siempre que me necesites, me encontrarás.

—¡Ah, señor Correa! Ya sabia yo que puedo contar con vuestro afecto y con el de Paloma. ¿No es verdad, prenda?

Paloma miró al pillo con lástima, hizo su mohin acostumbrado con la boca y siguió aderezando el almuerzo.

—Adelante..... adelante, añadió el rapaz sonriéndose y castañeteando con los dedos; no quiero distraerte de tu faena; que salga sabroso el guisado y no te cuides de lo demas. Señor Correa, prosiguió dirigiéndose al Viejo, ya que hoy me convidais á almorzar, voy á pagaros con usura, dándoos dos noticias.

—¡Dos nada menos! replicó el padre de Paloma.

—Y estupendas.

—Eso pica mi curiosidad.

—Pues aguzad los oidos, porque ya empiezo.

—Te escucho, Reptil, te escucho.

—Antes de todo exijo que Paloma no se asuste.

Paloma se asustó de veras, porque su corazon presentia alguna desgracia.

—No se asustará, hijo mio, murmuró el Viejo.

—Tampoco hay de qué, repuso el pilluelo, porque tarde ó temprano todos tenemos que morir.

Anudósele al Viejo la saliva en la garganta y apenas tuvo aliento para preguntar:

—¿Se trata de alguna muerte?

—Poca sustancia entre dos platos: de que anoche asesinaron á mi tio el Zurdo.

Al oir estas razones el señor Correa, imaginó que tenia sobre sí todos los corchetes de la villa; pero recordando que le iba nada menos que el pescuezo, si llegaba á caer en el garlito, porque su cuenta con la justicia era, como él mismo habia confesado, muy larga, llamó en su auxilio la tantas veces probada serenidad de otros tiempos mas felices, aunque tambien mucho mas borrascosos, y haciendo de la necesidad virtud, manifestóse impasible y dijo reposadamente:

—Sin duda, Reptil, ó yo he entendido mal, ó no te has esplicado bien. Se me figura haberte oido asegurar que anoche.....

—No sois sordo, señor Correa, y por lo tanto no ha habido equivocacion. Anoche dieron de puñaladas..... pues.....

—Pero..... ¿tienes la seguridad de que fué tu tio.....

—¿El muerto?.... Vaya..... Como que al amanecer he visto su cadáver.

—¡Válgame Dios, Reptil!.... Es una verdadera desgracia para sus amigos, y ya sabes que siempre me conté en ese número.

—Mayor ha sido para él.

—¿Y en qué parage ha acontecido el suceso?

—Algo darian los alcaldes de casa y corte por averiguarlo. Lo que es el cuerpo estaba muy temprano junto á la alcantarilla de *Leganitos*, lo cual prueba que el caso aconteció anoche. Ademas yo hablé con él ayer por la tarde en la taberna del *Nuevo Raposo*.

—¿Y no pudiste rastrear si tenia algun lance aplazado? Porque tal vez habrá sucumbido en lucha.

—Imposible: cuando nos separamos estaba muy contento, y me aseguró que esperaba ser feliz muy pronto. Por otra parte, mi tio el Zurdo nunca hurtaba el rostro al peligro, y lo cierto es que uno de los golpes lo recibió en la espalda, lo cual prueba que se lo dieron á traicion. Tenia otro en el pecho, pero no le causó sangre, y se me figura que se lo asestarian para rematarlo.

—¿Qué sitios frecuentaba el Zurdo en las inmediaciones de la alcantarilla?

—Os vais volviendo inocente, señor Correa. ¿Con que imaginais que por allí le mataron?

—Mis preguntas tienen por objeto descubrir.....

—¿El nombre del asesino? Dejémosle en paz; eso corresponde á la señora justicia.

—Era tu tio, Reptil.

—En efecto; un tio que me zurraba contínuamente y que nunca me puso en la mano un mendrugo de pan. No he perdido gran cosa.

—Verdad es que te regalaba sendas palizas, pero decia que obraba así por tu bien.

—¡Qué judio! Apuesto á que se ha condenado por la mentira. Me llamaba puerco-espin, sabandija, hijo del diablo, racimo de horca y no sé qué mas; hasta me puso el apodo de Reptil, con que todos me conocen.

—No queria declarártelo por respeto á su memoria, porque, aparte de su génio antojadizo y tenaz, era un escelente camarada; pero me consta que te miraba con malos ojos.

—Cuando os afirmo que me aborrecia de muerte.... En fin, ya se acabó, y desde ahora soy hombre libre y puedo hacer lo que se me antoje, sin aguantar aporreamientos de quien no me mantiene.

—Mira, muchacho; ya te he dicho que soy pobre, pero mi hija y yo partiremos contigo lo que haya.

—Ya lo sé, ya lo sé, señor Correa, siempre habeis sido para mí un segundo padre..... ¡Bah! No hablemos del asunto, porque me causa tristeza el considerar que estoy solo en el mundo. Creo por otra parte que así se vive mucho mejor: además, tampoco me aflige el no tener, pues considero que si otros tienen, lo guardan para cuando yo lo necesite. Ya llegaré á ser hombre y entonces veremos de lo que soy capaz.

—¡Oh! Demasiado se conoce que irás muy lejos: yo, á tu edad, era niño de teta comparado contigo, y eso que despues no he hecho malos negocios, que digamos.

—A todo esto ¿es hora de almorzar?

—Que lo declare Paloma; pero acuérdate de que me has ofrecido dos noticias.

—La primera es que mi tio el Zurdo ha cerrado el ojo.

—¿Y la segunda?

—Queda reservada, y no la daré sin matar el hambre.

—¡Pobre Reptil! ¿Con que tienes hambre?

—Como un pillastron de doce años, que no cenó anoche, ni comió ayer al mediodia.

—¡Es posible!.... ¡Veinticuatro horas en ayunas!

—Veinticuatro horas, cuando sobran los ricos que se regalan en opíparos banquetes. Es una gran picardía, que pronto remediaremos.

—Despacha ese guisado, Paloma.

La mozuela no tuvo necesidad de obedecer, porque el almuerzo estaba ya en sazon. Los tres dieron en breve buena cuenta del guisado, que segun juramento de Reptil, sabia á gloria, así como de un pan redondo y moreno de dos libras, que Paloma

habia comprado con el propósito de que sirviese para el almuerzo, la comida y la cena, pero cuya mayor parte sepultó el pilluelo en su insaciable estómago.

Concluida la refaccion, hizo Reptil una seña al Viejo, indicándole que deseaba hablar con él á solas; por lo que, dejando á la mozuela en la cocina, arreglando los miserables y escasos trevejos que componian su espetera, se entraron los dos en su cuarto de dormir. El Viejo se sentó en el pobre gergon que servia de lecho á Paloma, y Reptil, echando mano á un taburete desvencijado y roto, se acomodó en él como pudo y dijo magestuosamente:

—Desde hoy espero que nadie me tosa.

—Grandes humos gastas, hijo mio, repuso el señor Correa.

—La cosa no es para menos, replicó el pillastre.

—Ya..... ya..... como que te propones hacerte rico.....

—Rico de veras; pero tambien os he anunciado que puede haber para todos.

—¿Y en dónde está la mina de que hablaste?

—Hé ahí la segunda noticia que deseo comunicaros; pero ha de ser con una condicion.

—Reptil, siempre fuí enemigo de atarme las manos antes de tiempo, porque despues se encuentra uno con mil inconvenientes desagradables; pero en fin, si tu condicion es buena y me acomoda, pasaré por alto mi repugnancia á ese género de compromisos.

—La condicion no puede ser mas razonable y os acomodará desde luego, porque se reduce á que me ayudeis á esplotar la mina, con provecho propio.

—¡Ah! Con tal que el negocio se presente derecho.

—Hasta ahora promete mucho.

—¿Y habrá peligro?

—No se cogen truchas á bragas enjutas, señor Correa. Cuando os llamaban el Viejo, no erais seguramente tan escrupuloso.

—No me lo recuerdes y esplícate con lisura.

—Pues, señor, habeis de saber que en cierta casa de la calle

del *Ave María* hay un buen gato enterrado, si he de atenerme á las precauciones que se han tomado para guardar dicha casa. Figuraos que se han metido en ella doce galopines y un sargento de la guardia española. La gente del barrio no sabe qué pensar; unos aseguran que hay presos dentro de la casa, al paso que otros sostienen que va á hacerse en ella un registro de órden del rey. Lo cierto es que todos discurren como gansos, porque ¿qué presos puede haber allí? ¿Es por ventura cárcel de corte? En cuanto al registro, tampoco exije semejante aparato de tropa; basta con un juez, un escribano y tres testigos de la vecindad. Ahora bien; se me figura que yo he dado en lo cierto. El doctor Pimentel, dueño de la casa, ha muerto, y si no mienten lenguas, calzaba muchos puntos de brujo. Si era brujo, tambien seria rico, y no solo por hechicero, sino por médico del rey.

—Calla..... calla, Reptil; conocí perfectamente años atrás á ese doctor. El *Rezador* era escudero suyo.

—¿Y quién era ese *Rezador*?

—Un antiguo *Mendigo* renegado, á quien mató el famoso Paco Ranera, para castigarle por la emboscada en que nos habia metido pícaramente. Verdad es que otro bribon, conocido con el nombre de Rodrigo Perez Zapata, asestó un terrible golpe al valiente Paco, y le dejó patitieso.

—¡Rodrigo Perez Zapata, habeis dicho!

—Sí; era compinche de Gonzalo el *rezador*. ¡Ah! Si yo pudiera encontrarle, me las pagaria todas juntas.

—Os las pagará, ya que teneis ese antojo.

—¿De dónde lo sacas, muchacho?

—De que el tal Zapata se encuentra á estas horas aposentado en casa del difunto Pimentel.

—¿No lo has soñado?

—¡Cá!.... me lo dijo ayer el sargento Cigarral, ó mas bien el capitan de su compañia. Escuchadme: estaba yo en la plaza del alcázar, cuando ví pasar al susodicho sargento hácia el cuerpo de guardia. Como muchas veces me ha socorrido en mis necesidades,

porque es hombre caritativo, si los hay, acerquéme á él, manifestándole que no habia comido.

—Muchacho, me respondió, no puedo detenerme, porque me llama el capitan.

Y apresuró el paso. A pesar de su repulsa le seguí, con la esperanza de que cuando se desembarazase del capitan, se acordaria de mi ruego, y entré en el patio principal del alcázar. Efectivamente estaba ya hablando con el capitan y oí que éste le dijo:

—Que estén prevenidos doce hombres: muy pronto se os presentará un tal Rodrigo Perez Zapata con una órden del rey; obedecedle y marchad á donde os conduzca.

A poco rato, como un cuarto de hora, poco mas ó menos, apareció en el patio un hombre, seguido de una muger, y el primero entregó un papel doblado al sargento. Enteróse éste del contenido, y al punto echó á andar con los doce soldados detrás del hombre y de la muger. Ya comprendeis que aquel hombre era Rodrigo Perez Zapata.

Aunque tenia hambre, la escena del patio habia picado mi curiosidad y me propuse no perder de vista á la tropa, de modo que llegué con ella á la calle del *Ave María*, y allí, preguntando á las comadres ociosas, que nunca faltan, supe que la casa en que el hombre, la muger, el sargento Cigarral y los doce de la guardia española se habian metido, era la del médico Pimentel, que acababa de morir. Entonces empecé á cavilar sériamente y dije para mis adentros: veremos en qué para esta historia; yo no me muevo de aquí hasta que salgan.

Y no han salido en toda la noche; y por el contrario, anoche entraron otros, que salieron despues; y antes, mucho antes que saliesen los que habian entrado, apareció un hombre embozado en una larga capa y entró tambien; y en seguida ¿qué os parece que ví? al mismísimo sargento Cigarral, que con seis soldados, y sin haber salido de la casa, daba la vuelta por la esquina de la calle y entraba otra vez en su madriguera. Todo esto lo observé agazapado en el quicio de una puerta, donde he pasado la noche formando mil conjeturas y proyectos. ¿No pensais, como yo, que en la casa del médico debe haber riquezas? ¿No creeis que ese Zapata y su muger, ó lo que sea, han pedido una guardia al rey don Cárlos para que no se las roben?

—Demos de barato que aciertes, observó el Viejo, ¿qué tendremos en limpio?

—Por lo pronto, que debemos arriesgar una tentativa, con el objeto de que dichas riquezas pasen á nuestras manos.

—Tú mismo confiesas que están bien guardadas y defendidas.

—¿Y qué?

—¿Te parece pequeña la dificultad? ¿Con qué fuerzas contamos nosotros?

—Con dos muy grandes; la maña y la astucia. Ya he dado principio á las operaciones.

—¿De qué modo?

—Haciendo que mi primo Sanguijuela esté en acecho por los alrededores de la casa del médico. Así nos enteraremos de cualquiera novedad que ocurra allí.

—¿Le has encargado que te busque aquí precisamente?

—Si acontece algo, vendrá á esta huronera.

—Pues lo siento, como hay Dios.

—¿Por qué, señor Correa?

—Porque pienso levantar el campo y meterme en otro escondite.

—¡Ah!..... Temeis que los perdigueros de la Inquisicion vuelvan á olfatear el rastro de Paloma.

—¿Tambien sabes eso?

—¡Pues no! Si es público que se la llevaron de la otra calle.

—Hablas como un libro; tengo en verdad mucho miedo de que me la roben por segunda vez.

—En caso de que se resuelvan á ello, no lo harán tan pronto, y debeis suspender, siquiera hasta mañana, el proyecto de abandonar la bajada de los *Angeles*. ¡Quién sabe si mañana nos soplará el viento de la fortuna!

—¿Y si antes sorprenden á mi hija los de la casa negra?

—Desgracia seria, pero no creo que suceda, porque no querrán aventurarse á otro escándalo. No siempre tienen paciencia las gentes para sufrir que los Padres graves se apoderen de las mejores mozas de las familias. A lo dicho se añade que debemos dejar algo á la casualidad.

—Arguyes muy acertadamente, Reptil; mas.... ¿no puede acontecer que te hayas engañado?

—¿En qué habia de engañarme?

—En imaginar que hay un tesoro escondido en esa casa de la calle del *Ave María*.

—Colgado me vea como los últimos *Mendigos*, y haga mas muecas en la horca que el *Atravesao*, si no es verdad que allí existe alguna buena suma de dinero, ó cosa que lo valga. Me lo canta el corazon, que siempre acierta, y sobre todo nada se aventura en dar tiempo al tiempo. No salgamos de aquí en todo el dia; esperemos los avisos de Sanguijuela, y al paso guardaremos á Paloma.

Pareció bien al Viejo la proposicion de Reptil y la acogió contento, porque no le pesaba acompañar á su hija, al menos hasta la noche, y necesitaba un pretesto cualquiera que le privase de acudir á la taberna del *Nuevo Raposo*, segun lo tenia de costumbre. El compromiso que acababa de contraer con el pillastre le relevaba de aquella obligacion.

Poco antes del mediodía llegó Sanguijuela y puso en conocimiento de su primo, que uno de los soldados de la casa de Pimentel habia salido de ella, y que media hora despues habia vuelto con una yegua, que llevaba un seron de dos bolsas.

—Ya lo entiendo, observó Reptil, dirigiendo la palabra al señor Correa; esa cabalgadura será para la muger de Zapata y las bolsas del seron para los escudos, que sin duda les ha dejado Pimentel. Apostaria que la tal era parienta del médico. Y ahora me viene á la memoria que esta mañana al amanecer se acercó un hombre embozado á la ratonera de Zapata y dió fuertes y multiplicados golpes á la puerta. El sargento se asomó á una ventana y se puso á platicar con el de abajo; mas no pude oir lo que charlaron, porque recelé que me viesen, si me adelantaba para escuchar. La gorra del sargento Cigarral estaba en la calle, porque se le habia caido de la cabeza; el hombre que habia llamado la cogió, introdujo en ella un papel y la arrojó á la ventana. Poco despues le abrieron la puerta, entró en la casa y no tardó en salir.

—Se me ha metido en la cabeza que van á marchar todos, dijo Sanguijuela.

—Es necesario que no abandonen su puesto, antes que ocupes el tuyo. Vuelve á él á carrera de galgo y avisa.

—Si contara, tan siquiera, con un pedazo de pan.....

El Viejo fué á la cocina y volvió al cuarto con las sobras del almuerzo, que no eran muy abundantes.

—Come, muchacho, dijo al recien llegado, y no dejes de hacer lo que te encarga tu primo, que no te pesará.

Sanguijuela engulló las sobras con voraz apetito, y de cuatro saltos se plantó en la calle. Acto contínuo echó á correr á escape, y no se detuvo hasta su puesto de observacion.

Pocos minutos antes del anochecer abandonaron el casucho de la bajada de los *Angeles* el Viejo y Reptil, no sin haber encargado el primero á Paloma que cerrase bien la puerta, y que no abriese á nadie, aunque fuese á llamar en su nombre. Pero apenas llegarian á la mitad del camino, en direccion de la calle del *Ave María*, cuando vieron correr hácia ellos á Sanguijuela.

—¿Qué traes? le preguntó su primo atajándole.

—¡Ah! ¿Eres tú? respondió el muchacho. Pues, señor, hay novedades.

—Habla pronto.

—Déjame respirar.

—Respira despues y habla primero.

—Allá voy: han abierto la puerta y los soldados están en la calle. Me he acercado á la casa con disimulo y pidiendo limosna á los de la guardia, lo cual me ha hecho ganar tres puntapiés, y he visto.....

—¿Qué?..... No te detengas.

—Que cargaban la yegua en el zaguan.

—¿Has examinado la carga?

—He podido observar que entre el sargento y otro metian un talego, al parecer muy pesado, en una de las bolsas.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—Corramos, señor Correa, porque indudablemente se ponen en marcha.

—Apresuraos vosotros, que yo os seguiré, contestó el Viejo.

Los dos muchachos partieron velozmente y el padre de Paloma sacó fuerzas de flaqueza para no quedarse atrás. Muy pronto sin embargo los perdió de vista, porque el cansancio pudo mas sobre

sus débiles piernas que el deseo, y cuando llegó á la calle del *Ave María* solo vió á Reptil, que se dirigia lentamente hácia el centro de la poblacion.

—¿Qué tenemos de particular? le preguntó ansiosamente.

—Ya están seguros, le respondió el pilluelo; venid conmigo.

—¿A dónde?

—Detrás de aquella muger.

—Mis ojos se van debilitando mucho, hijo mio. ¡Pícara edad!

—Mirad bien; ahora dobla la esquina. Apretemos un poco el paso, antes que se meta en alguna casa.

—Pero en fin ¿qué ha habido?

—Que los soldados, Zapata y la yegua han tomado hácia la derecha, dirigiéndose por el Prado á la puerta de *Atocha* ó á la de *Alcalá*. Sanguijuela les sigue la pista y ya nos informará del paradero de toda esa gente. Nosotros entre tanto afianzaremos de puño á esa muger, luego que cierre la noche, si se presenta ocasion favorable, y ella cantará de plano todo cuanto sepa, ó dejarán de llamarme Reptil. Lo que importa es que no se nos oscurezca en algun agujero.

—Lo cual significa, replicó el Viejo, que esa muger es la compañera de Zapata.

—La misma; ha abandonado su madriguera, despues de la marcha de la tropa.

—Mira, Reptil; aparte del negocio de la riqueza verdadera ó soñada del médico, cuya direccion te pertenece, yo tambien estoy interesadísimo en que no se nos escape esa muger, por cuyo medio podré encontrar frente á frente, ó de otra manera, al traidor asesino de Paco el tabernero. Juré vengar su muerte y pido á Dios que me permita cumplir mi juramento.

—Pues al avío; poca plática y ojo largo.

Estas fueron las últimas palabras que se pronunciaron entre el Viejo y Reptil, concretándose ambos desde entonces á observar con escrupulosa atencion todos los movimientos de la señora Dorotea, que estaba muy lejos de sospechar el peligroso espionage de que era objeto. Su primera intencion, desde que salió de la calle del *Ave María*, fué recorrer otras de la villa coronada, aunque sin objeto alguno, y solo por hacer tiempo, calculando que Zapata y

el destacamento militar, que servia de escolta al oro de Pimentel, no llegarian á la puerta de *San Vicente* hasta las ocho, ó tal vez hasta mas tarde, porque el camino por la *Ronda* se hallaba en malísimo estado. Tuvo sin embargo la advertencia de aproximarse al alcázar todo lo posible, y con este fin no hizo mas que cruzar por la *Puerta del Sol*, y tomando luego la calle del *Arenal*, subió por el *Postigo de San Martin* á la de *Jacometrezo*, salió á la plazuela de *Santo Domingo* y entró en la calle ancha de *San Bernardo*. De este modo se encontró en la antiquísima de *Los Reyes*, y siguiendo por ella, en la alcantarilla de *Leganitos*, punto en que habia descubierto la policía de aquella época el cadáver del Zurdo, y muy próximo al principio de la cuesta, que conducia á la puerta de *San Vicente*.

Una vez allí, no era cosa de desandar lo andado para volver al mismo sitio; por lo que resolvió continuar su ruta por la vereda que se le presentaba al frente, pues tal era entonces la que hoy es ancha y cómoda calzada, desde el ángulo de las *Reales caballerizas*, hasta la elegante fuente de los *Once caños*. Y segun lo resolvió lo puso por obra, aunque dicha vereda era no poco solitaria y sospechosa; mas en su opinion no tuvo motivo de arrepentirse de aquel propósito, pues á poco trecho sintió pasos á sus espaldas, y volviendo la cabeza, divisó como dos sombras, una mayor que la otra, las cuales, en animada conversacion al parecer, iban acercándose á ella poco á poco. Conjeturó desde luego que serian campesinos, que retornaban á su aldea, despues de despachar los quehaceres que les habian llamado á Madrid, y con el objeto de caminar mas acompañada, se determinó á esperarles, aunque sin darlo á entender, pues se limitó á moderar la prisa que llevaba.

Pronto la alcanzaron las dos sombras, que, como debe suponerse, representaban los dos cuerpos mortales del Viejo y de Reptil. Éste, que por la proximidad del real alcázar, desde cuyos puestos avanzados podia oirse gritar, queria diferir el ataque hasta verse en campo abierto, se contentó con dar las buenas noches á la señora Dorotea, como de pasada, añadiendo infantilmente esta galantería:

—Bien haya la hermosa, que se aventura por estos andurriales, sin temer un mal encuentro.

La dueña se detuvo un instante y examinando al pillastre de piés á cabeza, le contestó:

—Miren el rapazuelo, y lo que tiene ya aprendido para su edad.

—¡Oh! esclamó el Viejo acercándose á ella; es mas avispado que Merlin.

—¿Hijo vuestro? preguntó la señora Dorotea.

—Para serviros. ¿Vais muy lejos, señora mia?

—A la fuente de los *Once caños*, con el objeto de esperar á unos amigos que deben llegar á la corte.

—Pues nosotros nos dirigimos á las *Rozas*, de modo que, si no os es molesto, podemos acompañaros.

—Admito la oferta con mucho gusto. Pero ¡á las *Rozas*! Mala hora habeis escogido para dejar la villa.

—¿Qué quereis? Mis ocupaciones me han obligado á detenerme en ella todo el dia.

—¿Y no se cansará el muchacho?

—¡Disparate! aunque tuviese que andar toda la noche.

Nuestros interlocutores caminaban hablando y su conversacion recaia, como no podia menos de suceder, sobre asuntos indiferentes. Reptil, á todo esto, se habia adelantado largo trecho, dando brincos como suelen hacerlo los niños de su edad, pero realmente con el objeto de elegir, fuera de la puerta de *San Vicente*, un sitio apropósito para el golpe que meditaba.

Pocos minutos despues estaba el sitio designado en su mente. Era el recodo que formaba la misma puerta, y que insensiblemente conducia á un barranco.

Cuando el Viejo y la señora Dorotea llegaron al recodo, encaróse Reptil con la última y pronunció estas palabras:

—El rapaz se ha vuelto hombre y pretende saber el paradero de Rodrigo Perez Zapata, del sargento Cigarral, de la yegua y de los doce soldados que la van escoltando desde cierta casa de la calle del *Ave María*. No deis un paso y cantad todo lo que sabeis, ya que venís de la misma casa.

—Sí, sí, añadió el Viejo, declaradlo á buenas, pues de lo contrario no respondo de lo que aquí puede acontecer esta noche.

El terror que se apoderó de la dueña, al escuchar tales razones, no la permitió dar un grito. Comenzó á creer la verdad de lo que pasaba, estremecióse de miedo y cayó suplicante á los piés del señor Correa. Éste, ayudado de Reptil, la arrastró hasta el barranco, en donde la pobre muger perdió el conocimiento.

# CAPÍTULO XLI.

El embajador del rey don Cárlos.

A su tiempo ya vimos los tristes resultados que tuvo la espedicion contra Gibraltar, confiada por el rey al célebre duque de Crillon. Aquella empresa, malograda á pesar del heróico sentimiento que la habia dictado y de los esfuerzos verdaderamente admirables, con que el caudillo de las huestes españolas y los valientes soldados que le seguian, se condujeron en los desesperados combates á que dió lugar, no abatió en manera alguna el ánimo del gran monarca, que sostenia en sus robustas manos el cetro de dos mundos. Así se le vió, cuando toda la corte esperaba pruebas de su enojo por el contrariado suceso, abrazar cordialmente al general de las tropas vencidas, cuando se presentó en palacio á darle estrecha cuenta de sus operaciones militares.

—Señor, le dijo el duque descubriéndose é hincando la rodilla, solo vengo á pedir á V. M. me otorgue la última gracia.

—¿Cuál es, general? le contestó el rey temblando de emocion.

—La de mi muerte; merezco ser pasado por las armas.

Los cortesanos creyeron que habia llegado la hora postrera del duque.

—Alzad, duque, porque no ha de estar de rodillas el gefe que ha salvado el honor de mis armas, repuso el rey con sosegado acento; cubríos, duque, porque sois Grande de España; abrazadme, duque, porque habeis intentado morir en medio de los soldados españoles y no habeis podido alcanzar esa fortuna. Me propongo indemnizaros con el nombramiento de mi plenipotenciario en Londres para la celebracion de la paz; ya sé que el honor de mi corona y el de España no corren peligro en vuestras manos.

La magnanimidad y justicia del rey asombraron á todos, pero todos tambien se hicieron lenguas de las excelsas virtudes de don Cárlos, al comentar los pormenores de tan memorable escena. En efecto se necesitaba toda la abnegacion y el profundo convencimiento que el monarca tenia de las nobles prendas, del valor sin segundo, de la tenacidad con que el general Crillon se habia propuesto restituir á España una fortaleza, arrancada á su poder por la mas negra felonía. Nadie ignoraba su juramento mil veces repetido de triunfar ó perecer en la demanda, las enérgicas y acertadísimas disposiciones que habia dictado, la construccion de las formidables baterías flotantes, que debian facilitar el asalto y la preparacion de las columnas de ataque en masa, que al sostenerse unas á otras en la primera embestida, habian de combinar sus movimientos decisivos de tal modo, que la reconcentracion del ejército en un punto dado se ejecutase sin mas pérdidas que las que sufriese el primer cuerpo de operaciones. La ocupacion de Gibraltar era segura, y el plan del duque de Crillon, ó el engaño, serán en todo tiempo los únicos medios de cobrar á la soberbia Albion lo que nos debe.

¿Y cómo habia de olvidar el leopardo inglés sus arteras mañas, al defender nuestro Peñon? ¿Opuso por ventura los pechos de sus bravos á las acometidas de nuestros leones? ¿Se les vió pelear un dia, una hora cuerpo á cuerpo con la intrépida hueste, que los estrechaba? ¡Ah! Quede consignado para eterno baldon de sus gefes, tan pérfidos como cobardes. Apúntelo la historia, como

una mancha infamante en la hoja de servicios del gobernador de Gibraltar. Cuando el general Eliot observó el terrible estrago que las máquinas flotantes hacian en las murallas y fortines de la fortaleza, cuando la zozobra de los sitiados le obligó á comprender que el caudillo de las tropas españolas le superaba en actividad, en arrojo, en estratégia y en perseverancia, cuando los certeros disparos de los sitiadores fijaron en su ánimo la conviccion de que la plaza defendida por las falanges británicas y por los recursos ordinarios de la guerra, no tenia mas remedio que sucumbir, apeló á las malas artes inspiradas por una política, que han reprobado siempre todos los gobiernos y todos los hombres que en algo tienen su honra y su dignidad. Las baterías de Gibraltar, como última reserva para sostenerse, y ya que sus bombas y granadas ningun pavor causaban á sus invencibles enemigos, empezaron á arrojar balas rojas sobre las flotantes baterías, contra el derecho de gentes, contra el espíritu y la letra de las relaciones transmitidas de unas á otras, respecto á los principios generales que todas las naciones deben respetar en paz y en guerra, para no contemplar escluidos sus nombres de la hermosa lista de los pueblos civilizados. De este modo se libró de volver al poderío de su legítimo dueño una de las llaves del Mediterráneo; ningun mérito ilustró á las armas inglesas en los trabajos de su conservacion: el general sitiado empuñó un arma prohibida, arma rechazada con horror en los combates, y alcanzó con ella, sin esponer un solo hombre al fuego contrario, no la victoria, sino la destruccion de los que le llamaban á la pelea. ¿Qué hubieran dicho los apóstoles de la filantropía universal, si el duque de Crillon, aceptando los consejos de algunos oficiales impacientes, hubiera dirigido proyectiles rojos á los grandes almacenes de pólvora de Gibraltar? Su ánimo esforzado desechó con indignacion semejante medio, que en su sentir deshonraria á España, y aludiendo á él, declaró con noble orgullo en la órden del dia 13 de setiembre de 1782, *que los soldados españoles ignoraban é ignorarian siempre el arte de pelear á traicion*. ¡Palabras memorables, que retratan las virtudes militares del general y de su hueste!

La pérdida fué inmensa en tan lamentable desgracia; mas de mil doscientos hombres habian perecido, abrasados la mayor parte,

porque las cañoneras quedaron reducidas á cenizas; gastáronse cuantiosas sumas en la espedicion, pues las baterías, desde mil hasta mil cuatrocientas toneladas, llevaban ciento cuarenta y dos cañones nuevos y setenta mas de reserva, sirviendo de destacamento á cada cañon treinta y seis hombres. La tempestad del 10 de octubre habia ademas dispersado completamente la escuadra combinada, y algunos de sus buques estuvieron en peligro de estrellarse entre las dos costas. A esta circunstancia debió el almirante Howe la fortuna de meterse en Gibraltar con treinta y cuatro naves, repasando despues el Estrecho, á favor de un fuerte viento de Levante, y huyendo cobardemente de nuestros buques, que empezaban á reunirse, y que no pudieron conseguir de su apocado aliento, que consintiese en combatir á todo trance contra fuerzas inferiores. Nuestros heróicos marinos querian vengar la perfidia del 13 de setiembre; pero el almirante inglés no se atrevió á esperarles y solo se creyó seguro en la rada da Plimouth.

El duque de Crillon sostuvo dignamente, primero en Londres y despues en Versalles, los derechos de España.

La nacion británica ansiaba la paz, porque su comercio iba arruinándose por el mantenimiento de sus grandes escuadras, y el pueblo de Londres festejó la llegada del embajador de Cárlos III. Pero el sanguinario lord Pitt, el ministro que habia premiado al general Eliot, por el empleo que éste hizo de las balas rojas para no verse en la necesidad de rendirse, acogió al enviado español con insultante altanería.

—General, le dijo afectando una conmiseracion irónica, mucho siento el golpe contundente que han recibido vuestros ejércitos. Mil veces me han asegurado que las armas de la antigua Iberia son invencibles; en Italia y Flandes, bajo Cárlos V, y Felipe II, dieron bastante que hablar; no hay duda..... mas eso consistió en que los franceses, á pesar de su caballeresco emperador Francisco, y los flamencos, aunque contaban con el caprichoso duque de Orange, habian degenerado mucho. Hé ahí por qué triunfasteis en Pavía y en.....

—Alto ahí, le interrumpió bruscamente Crillon; he venido á Inglaterra para firmar preliminares de avenencia, en nombre del rey mi Señor, si los preliminares son honrosos para España; mas

no á recibir una leccion de historia. Veo no obstante, milord, que al meteros á pedagogo, no habeis contado con la huéspeda, es decir, que juzgándome pura y simplemente soldado, me creis ageno al estudio de las letras. ¡Error increible en un ministro inglés! ¿No es por ventura el conocimiento de la historia indispensable para el arte de la guerra? Por eso la he estudiado yo..... Ahora bien ¿quereis oir de mis lábios el motivo principal de haber triunfado los españoles en Pavía?

—¡Oh! Ya lo sé..... ya lo sé..... replicó Pitt, como desdeñándose de entrar en discusion con el duque.

Pero era tarde, porque Crillon era granadero á prueba de bomba, y no abandonaba fácilmente la brecha.

—No lo sabeis, milord, repuso sin perder su aplomo y pronunciando lentamente las palabras. Los españoles triunfaron en Pavía y en todas partes menos en Gibraltar, porque hasta el dia 13 de setiembre siempre tuvieron al frente enemigos dignos de su valor.

—¿Qué quereis espresar, señor duque? preguntó el ministro con arrogancia.

—Traducidlo como gusteis, señor ministro, respondió el general mirándole con desprecio.

—Es un desacato, un.....

—No; es una enmienda á vuestra leccion de historia; habeis equivocado una página y os he corregido..... Si pretendeis llevar la disputa adelante, hombre soy, que nunca me vuelvo atrás. Elegid el terreno que os acomode, ó la discusion á las armas.

—Lo pensaré despacio, general.

—Pensadlo, milord.

Retiróse Crillon y esperó, aunque inútilmente, por espacio de muchos dias un mensage del primer ministro inglés. Entre tanto informó al rey don Cárlos de lo que le habia ocurrido con lord Pitt, y recibió un autógrafo del monarca, aprobando su conducta enérgica, y previniéndole que si en los ocho primeros dias no se mostraba dispuesto el gobierno inglés á proponerle unos preliminares de paz, cuales convenian al decoro de la nacion española y á las ventajas que tenia derecho á prometerse, despues de la guerra, para deponer las armas, se retirase inmediatamente de Londres.

Transcurrieron seis dias, sin que lord Pitt se diese por entendido;

pero al sétimo le hizo saber Crillon que estaba preparándose para abandonar la Inglaterra, si en las veinticuatro horas siguientes no era llamado á examinar las bases del acomodamiento entre las dos naciones.

Dos horas despues, un magnífico carruage tirado por seis briosos corceles le conducia al almirantazgo, en donde le esperaba el primer ministro.

—Habeis tomado por lo sério lo que os manifesté el otro dia, le dijo éste. ¿Ignorais que nosotros los ingleses padecemos una enfermedad que se llama manía?

—Milord, le contestó el duque con dignidad, vuestras palabras encierran una satisfaccion para mí, y sobre todo para España. Así pues no recuerdo las anteriores, que como buen español me sonaron á insulto. Los intereses de mi gobierno me han obligado á dirigiros una comunicacion apremiante.....

—Comunicacion que debeis figuraros no haber escrito, porque mi deseo es hacer que no nos abandoneis tan pronto. Hé ahí los preliminares, general, añadió el feroz diplomático, señalando un protocolo que habia sobre la mesa del salon. Examinadlos á vuestro gusto y nada decidais con precipitacion, que es muy mala consejera. Esta noche doy un banquete á los demas ministros de S. M. y os invito á que lo presidais.....

Crillon, que estaba hojeando el protocolo, preguntó repentinamente á lord Pitt:

—¿Estais decidido, milord, á sostener en su integridad estas proposiciones?

—No admitiré la mas leve variacion, respondió el ministro.

—¿Me lo asegurais así?

—Os lo aseguro, á fé de caballero.

—¿Y si no firmo los preliminares?

—No admitiré ni propondré otros.

—¿Habeis podido imaginar que yo consienta en la ratificacion de las pérdidas que España ha sufrido, y sobre todo en la de las islas de Menorca y la Florida? ¿Entra en la equidad del gobierno inglés el principio de que España restituya sus conquistas, sin que se le devuelvan las que se le han hecho, y sin indemnizacion de ninguna clase?

—General, no ignorais que las victorias llevan en pos de sí muchos derechos. Nosotros exijimos para la Inglaterra la quieta y pacífica posesion de las conquistas que hoy le pertenecen: la Inglaterra ha salido vencedora en la lucha y.....

—No me obligueis, milord, á rectificar por segunda vez vuestras observaciones.

—Imposible es que lo hagais.....

—¿Imposible? No, milord, y ahora mismo vais á verlo. La lucha no ha terminado; se ha suspendido, y España puede aun continuarla con honor y con gloria, por espacio de mucho tiempo. Inglaterra ha triunfado en unas partes, sufriendo en otras sérios descalabros. Ya conoceis los nuestros; permitidme que os recuerde algunos reveses que os han llegado al alma, como la toma de los fuertes de Baton-Rouge, Panmure, y Misilimakinak, y la posesion de cuatrocientas leguas de territorio en las riberas del Misisipí, el desastre que padecisteis en San Fernando de Omoa, cuyas inmensas riquezas se apropiaron vuestros navíos, para dejarlas en nuestras manos, merced al terror con que huyeron de la escuadra española, que los destrozó completamente..... ¿Quereis que os hable, milord, de Panzacola?

—Vuestros recuerdos, duque de Crillon, se parecen mucho á reconvenciones indirectas.

—Señor ministro, no desnaturalicemos la índole de esta conferencia diplomática. Estamos en el caso de saber si la pundonorosa nacion, cuyos intereses y honor represento, y S. M. el rey don Cárlos, que ha confiado á mi lealtad tan importante cometido, deben aceptar unas transacciones tan indecorosas para su orgullo, cuando se sienten con fuerzas para imponer mañana otras mas conformes con la equidad y la justicia.

—Es decir, señor embajador, que os negais á la adopcion de mis proposiciones.

—Por mi nombre os juro, milord, que despues de lo que acabo de declarar, me ofende vuestra duda. Por lo demas, estoy pronto, porque deseo la paz y la buena inteligencia entre nuestras dos naciones, y porque así cumpliré igualmente la voluntad del rey mi Señor, á presentaros nuevas bases, que examinareis, y sobre las cuales podremos tratar para el arreglo definitivo.

—¿No podeis indicarme vuestro pensamiento, duque?

—¿Por qué no? Se reduce á muy poca cosa. Fundaré las bases en la devolucion de todas las plazas por ambas partes, y muy particularmente os exigiremos que nos entregueis á Menorca y la Florida. La bahia de Honduras será punto neutral.....

—En ese caso ¿para qué hemos emprendido la guerra?

—Para dar á entender al mundo que teneis escuadras.

—¡Oh!.... Queremos indemnizaciones.

—En el mismo caso estamos nosotros.

—Y esas indemnizaciones han de consistir precisamente en plazas conquistadas.

—Bien, milord; eso significa que las rescataremos á balazos, sin tener necesidad de devolver las vuestras.

—De modo, general, que preferís el rompimiento de las hostilidades.....

—Lo prefiero á las condiciones vergonzosas que me proponeis.

—Os participo y declaro que el gobierno inglés, aunque no rehusa la guerra cuando se la proponen, tampoco la provoca.

—El gobierno inglés, milord, hará que se la declaren con el tiempo todas las naciones.

—No comprendo el motivo.....

—Porque pretende humillarlas, envilecerlas por medio de pactos, que sin deshonrarse no pueden admitir.

—¿Hablais así como embajador?

—Hablo como hombre ofendido en sus sentimientos de lealtad hácia el monarca que le envia.

—Y respecto á nuestra conferencia ¿cuál es vuestro *ultimatum*?

—¿Persiste el gobierno inglés en el mantenimiento de sus preliminares?

—Persiste.

—¿No admite variaciones?

—Ninguna.

—¿Me lo asegurais como ministro?

—Como ministro.

—Pues bien, milord, nuestras conferencias quedan rotas desde la presente, y antes de veinticuatro horas abandonaré la capital de la Gran Bretaña.

—Ya lo pensareis mejor.

El duque de Crillon dirigió á lord Pitt una arrogante mirada y salió del almirantazgo, para prevenir á los oficiales de su séquito que inmediatamente se dispusiesen á embarcarse en el navío *San Telmo* de ochenta cañones, anclado en el Támesis á las órdenes del embajador de España. Acto contínuo pasó á despedirse del lord corregidor, quien desde su llegada á Londres le habia obsequiado dignamente, esmerándose en darle pruebas inequívocas del alto aprecio en que tenia su valor.

De vuelta á su posada le entregaron un pliego de lord Pitt. Lo abrió sin perder momento, con la esperanza de que su entereza hubiese obligado al primer ministro á modificar sus opiniones, respecto á los preliminares para la paz, y leyó lo siguiente:

«Al general duque de Crillon:

»S. M. el rey de la Gran Bretaña, Jorge III, mi Señor, desea que presenteis, en nombre de S. M. el rey de España, vuestras proposiciones, como bases fundamentales de un tratado de paz. Se entiende que en dichas bases han de incluirse todas las concesiones, que España esté dispuesta á reconocer en favor de Inglaterra, Francia y los Estados-Unidos americanos.

»Londres 2 de enero de 1783.

»Firmado.=Guillermo Pitt.»

—Gran talento descubre este hombre, murmuró el general, á pesar de que solo cuenta veinticinco años. Seguramente dará qué hacer á la Europa; pero acaba de incurrir en una torpeza, sugiriéndome un pensamiento feliz, para arrancar de su gobierno lo que necesitamos. ¡Ah, señor ministro novel! No es Londres, sino Versalles, el punto en que se ha de ajustar la paz.

Llamó inmediatamente á su secretario y le dictó la contestacion en estos términos:

«Al primer comisario y canciller del tesoro.

»Vuestra carta, milord, me prueba una de dos cosas; ó que obrais, despues de nuestra conferencia, en virtud de órdenes superiores, con las cuales os habeis conformado; ó que, modificadas vuestras opiniones, quereis probar á la Europa y al mundo entero que anhelais la paz. De todos modos, en nombre de esa misma paz, os agradezco que hayais impedido mi marcha de Londres, invitándome á tomar la iniciativa sobre los preliminares.

»El único medio de asegurar un arreglo amistoso y durable entre las cuatro naciones consiste en que cada una de las cuatro respete el decoro de las otras tres. España, por su parte, se obligará:

»1.° A reconocer como legítima la cesion que se haga á la Francia de las islas de Santa Lucía y Gorea, y de las fortalezas situadas en el Senegal. Propone al mismo tiempo que Tabago sea la garantía de esta cesion.

»2.° A consentir que la Inglaterra conserve sus establecimientos sobre el rio Gemba, con tal que abandone á Pondicheri y las poblaciones y fortalezas que ha sometido en el Indostan.

»3.° A interponer su influencia, reclamándolo como de justicia, para que Francia restituya á Inglaterra las seis islas de las Indias Orientales, que tomó durante la guerra.

»4.° A favorecer las pretensiones de los Estados-Unidos americanos en la cuestion de reconocimiento de sus fronteras y en la de la pesca de Terranova, sin perjuicio de los derechos subsistentes que pueda alegar el gobierno británico.

»5.° España devolverá á Inglaterra las plazas suyas que posee, sin condiciones de ningun género, ni plazos para el cumplimiento de su palabra.

»6.° Inglaterra hará lo mismo con todas las posesiones españolas que conserva en su poder, entregándolas, inmediatamente despues de la ratificacion del tratado de paz, á los comisarios que S. M. C. nombre para recibirlas.

»7.° Inglaterra se compromete, por la aceptacion de estos preliminares, á restituir desde luego á España la isla de Menorca, y á no oponer obstáculo para que sus fuerzas de mar se dirijan á tomar posesion de las provincias de la Florida. Aunque no llegue á ratificarse el tratado de paz, dichas provincias y la isla de Menorca pertenecerán de hecho y de derecho á España.

»8.° España no pide indemnizaciones, ni las otorga, por gastos de guerra.

»Hé aquí, milord, las bases que os propongo, para que sobre ellas, con las justas modificaciones que exija la conveniencia de las cuatro naciones interesadas, arreglemos las diferencias existentes.

»Acusadme su aceptacion, si verdaderamente deseais retener-

me por algunos dias en el suelo hospitalario de la Gran Bretaña.

»Londres 2 de enero de 1783.

»Firmado.=A. F., DUQUE DE CRILLON.»

A las cuatro de la tarde se presentó en la posada del enviado español Sir Jorge Yonge, secretario de la guerra, para asegurarle de parte de lord Pitt, lord Sidney, lord Thurlow, el marqués de Camarten, el conde Gowet, los duques de Rutlan y de Richemond, lord Howe, el tesorero Dundas y de la suya propia, que antes de las diez de la mañana del dia siguiente recibiria la respuesta á sus proposiciones. Al mismo tiempo le rogaban los ministros que honrase con su presencia el banquete, que su gefe les daba, un albricias de su reciente nombramiento de primer lord de la tesorería.

Crillon estuvo dudoso, respecto á aceptar aquella invitacion; pero imaginó que si se negaba al absequio que le hacian, podrian figurarse los ministros que obraba así por temor de verse envuelto en una nueva discusion diplomática. Entró pues con Sir Jorge Yonge en el coche de éste, que los condujo al salon principal del almirantazgo, en donde presenció una de esas escenas degradantes, que repugnan al buen sentido y que con tanta elocuencia deponen contra la sobriedad británica. Nada se habló de preliminares, y el duque se dió el parabien por ello, pues le hubiera sido imposible sostener una polémica razonada con hombres eminentes que acababan de perder voluntariamente la razon.

Seis horas duró el banquete-orgía de los ministros. A las diez de la noche se retiró el duque á su posada; mas al entrar en ella vió á un hombre andrajoso que estendia el brazo hácia él. Creyendo que le pedian un socorro, iba á meter la mano en el bolsillo, cuando observó un papel doblado en la de aquel hombre. Lo tomó y se disponia á leerlo á la luz del farol enorme que iluminaba el portal, pero no pudo menos de estrañar que el pordiosero hubiese desaparecido.

—Alguna persona desgraciada implora indudablemente mi compasion, se dijo entre dientes dirigiéndose á sus habitaciones y guardando el papel. Me enteraré de su nombre y obtendrá mis auxilios.

¡Cuál fué su asombro cuando, sentándose delante de la chimenea, sacó el papel y leyó estas líneas!

«Duque de Crillon, no durmais esta noche, porque peligra vues-

tra existencia. La mision que habeis traido á Londres ha fracasado completamente. Estad alerta y embarcaos pronto.

» *Un buen amigo.*»

—¡Ira de Dios! esclamó levantándose con enojo ¿Se figuran estos miserables isleños que asesinándome, no habrá en España otro hombre capaz de contener sus orgullosas aspiraciones? ¡Nécios!... Hé aquí aclaradas las miras del pliego de lord Pitt; me han dado esperanzas para detenerme veinticuatro horas, con el objeto de vengar la firmeza de mi lenguage. ¡Qué importa! Vengan los asesinos..... cara les ha de costar su osadía.....

Pensando así, echó mano á las pistolas, las cargó y colocándolas á la cabecera de su lecho con la espada desnuda, se acostó vestido. Durante dos horas ningun suceso interrumpió su tranquilidad, y ya iba creyendo que el anuncio de la carta era falso, ó que los que debian atentar contra su vida se habrian arrepentido de su propósito, cuando repentinamente llegó á sus oidos un estraño rumor, que procedia de la sala contigua á su aposento. Levantóse en silencio, cogió las armas y acercándose á la puerta, esperó la acometida en medio de la oscuridad, teniendo antes la precaucion de colocar á tientas las pistolas en un taburete al alcance de su mano.

De allí á pocos instantes se abrió la puerta y entrando un bulto en la habitacion que ocupaba el general, dijo en voz baja:

—Adelante, Speeck; está durmiendo y podemos matarle sin peligro.

—¡Bah! murmuró el duque; son unos viles asalariados: tanto mejor.

Y arrojándose sobre el bulto, lo atravesó de parte á parte con su espada. Un grito de angustia hizo comprender al llamado Speeck que el negocio presentaba sérias dificultades, y procuró escaparse abandonando á su compañero; pero Crillon se lanzó á la sala pistola en mano, é interponiéndose entre aquel hombre y la puerta que daba á los corredores, le dijo en buen inglés:

—Tengo dos pistolas cargadas; si das un paso, hago fuego, y aunque no te acierte, porque estamos á oscuras, el primer fogonazo me servirá de puntería para el segundo tiro; de modo que estoy seguro de matarte. Si prefieres rendirte, te perdono la vida y te regalo veinte guineas para que te emborraches á mi salud.

Speeck entró en cuentas consigo mismo y hubo de apreciar en su justo valor el contrato que se le proponia, porque respondió sin vacilar:

—Tengo un cuchillo de Buckingham muy apropósito para cortar la cabeza á un buey; puedo dar un salto, guiándome por el sonido de vuestra voz, é introduciros la hoja hasta el corazon; pero veo que sois un hombre razonable, pues me ofreceis veinte guineas porque no haga lo que me he comprometido á hacer por diez. Sois además caballero y español; por consiguiente me fío de vuestra palabra y acepto la capitulacion en todas sus partes.

—Eres un perillan de talento y supongo que habrás pensado en que tú y tu compadre podriais tener necesidad de una luz.

—Tengo pedernal, yesca, eslabon, pajuela y cerilla para alumbrarnos; si jurais no atacarme, pronto nos veremos las caras.

—Lo juro, á fé de español y de caballero.

Speeck sacó sus chismes y no tardó en encender la cerilla. Crillon se acercó á él pistola en mano y despues de examinarle de piés á cabeza, le dijo:

—Entrégame ese cuchillo.

El tunante obedeció sonriéndose y á una seña del duque le siguió á su aposento, en donde yacia el otro bribon bañado en sangre y sin aliento.

—¿El nombre de ese desgraciado? preguntó el general á Speeck.

—Norwins, caballero, respondió éste.

—¿Quién os ha pagado para asesinarme?

—¡Oh! No me habeis comprado ese secreto.

—Hablas como pudiera hacerlo el mismo Ciceron. Diez guineas sobre las veinte prometidas.

—Nos ha requerido para este lance el mayordomo de un alto personage.

—Y ese personage ¿se llama lord Pitt?

—Lo ignoro, caballero.

—¿De dónde pues has sacado su clase distinguida?

—El mayordomo nos ha declarado que íbamos á servir á un Par de Inglaterra.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—¿Sabes quién soy?

—El embajador de España.

—¿Ignoras que si te entrego al corregidor de Londres, serás ahorcado antes de tres dias?

—Demasiado conozco que me abandonarán el personage y su mayordomo; pero tambien estoy seguro de que no me llevareis ante el jurado.

—¿Por qué?

—Porque tengo que emborracharme á vuestra salud con las treinta guineas.

—No hay duda; mi palabra es moneda corriente. Pero te necesito todavia.

—¿Para qué, caballero?

—Es necesario sacar de aquí ese cadáver.

Speeck se dirigió al balcon y lo abrió de par en par: acto contínuo agarró el cuerpo de Norwins, y medio en vilo, medio arrastrando, consiguió al fin colocarlo sobre la balaustrada; una vez allí, con un fuerte empuje lo arrojó á la calle diciendo:

—Pasto para canes hambrientos.

Y cerró el balcon tranquilamente.

—¿Quereis mas, caballero? preguntó al general.

—Sí, respondió éste; esa sangre.....

—Ya la limpiarán los criados de la casa. ¿Pensais permanecer aquí?

—No. Salgamos á la sala; voy á llamar á mis oficiales para marchar.

—¿Y qué hago yo?

—Callar y seguirme.

El duque cerró el aposento con llave por la parte esterior, despues de haber hecho que sacase Speeck del mismo su baul de viaje, único mueble que habia desembarcado del navío *San Telmo*. En seguida llamó á la gente de su comitiva y previno que se abriese la puerta de la calle.

Un cuarto de hora despues bogaba por el Támesis una lancha, que conducia hácia el navio español al duque, á sus oficiales y á Speeck.

A las nueve de la mañana siguiente recibió lord Pitt un pliego que decia así:

«Al primer comisario y canciller del Tesoro:

»Es muy nocivo para mi salud el aire que se respira en las calles y sobre todo en las posadas de Londres. Por eso me he acogido á su puerto, y en él aguardo, milord, vuestra respuesta á mis proposiciones para el arreglo de los preliminares.

»Firmado.=A. F., duque de Crillon.»

El primer ministro inglés le contestó inmediatamente en estos términos:

«Al general duque de Crillon.

»Si España renuncia á su pretension de poseer la isla de Menorca y las provincias de la Florida, se firmará la paz.

»Firmado.=Guillermo Pitt.»

Indignóse el enviado español de tanta superchería y dijo á lord Grewille, que le habia llevado la respuesta del ministro:

—Declarad á ese asalariador de matones que estoy cansado ya de su intriga diplomática; que España no retira su pretension, y que me ausento de un pais, en donde..... vergüenza es imaginarlo.... cuando no se puede contrarestar de otro modo á los embajadores, se les asesina en sus posadas.

Speeck recibió, no treinta, sino cuarenta guineas del duque, cuya mano besó reconocido antes de saltar al bote, que le llevó á tierra.

El *San Telmo* levó anclas y sin saludar á los fuertes ni á los buques de guerra surtos en el puerto, bajó lentamente por el Támesis é hizo rumbo hácia España.

Dos meses despues de estos sucesos entregó el capitan de una fragata portuguesa al corregidor de Londres, Sir Henry Barstoowe, un cajon, que para él mismo habia recibido en Lisboa y que procedia de Madrid. En él figuraba una magnífica vajilla de plata mejicana y en todas las piezas se leia la siguiente inscripcion:

«Noche del 2 de enero de 1783.»

«*A un buen amigo, un amigo agradecido.*»

La letra del aviso que habia recibido Crillon, previniéndole que peligraba su vida, era del corregidor Barstoowe.

# CAPÍTULO XLII.

Un paréntesis de la novela para descanso del lector.

Lo que acabamos de narrar habia ocurrido cinco años antes del fallecimiento del infante don Gabriel: pero la relacion quedaria incompleta, sin el recuerdo del golpe decisivo que supo dar á la Gran Bretaña el rey don Cárlos. Advertido á tiempo de la mala fé con que procedia el ministerio inglés, por el despacho en que el duque de Crillon le participaba el resultado de su primera entrevista con lord Pitt, conoció, lo mismo que su enviado, la conveniencia de entenderse con el gobierno de Francia, á fin de obligar á su comun enemigo á consentir, tarde ó temprano, en lo que ambos conviniesen.

De esta gran iniciativa diplomática de Cárlos III surgió la paz de 20 de enero de 1783, á la cual tuvo que adherirse la Inglaterra en 15 de febrero siguiente, aunque de mal grado, por las ventajas que las naciones francesa y española reportaron de tan célebre tratado. Sucedió por consiguiente que á los pocos dias, ó mes y me-

dio despues de haber visto el orgulloso Pitt menospreciado su poder y sus malas artes por la entereza y sangre fria del general Crillon, humilló su altanería insultante, cuando la Francia, interpretando con fidelidad el pensamiento del rey de España, respondió á las proposiciones de Inglaterra, que don Cárlos solo rectificaria la paz, si se aceptaban los preliminares, que en sustancia habia presentado ya el enviado español al primer ministro de Jorje III. Enredado el gabinete británico en un laberinto sin salida, envió un plenipotenciario á Versalles, y pudo convencerse de que la Europa indignada no tardaria en acusarle de ambicioso y de infame, si negaba su sancion al tratado. Este fué reconocido públicamente y Pitt leyó con ira el nombre del duque de Crillon en la copia legalizada del mismo, que el agente inglés llevó á Londres.

Por consecuencia indeclinable de aquel convenio, recobró España en un dia todas sus pérdidas, y llegó á tal punto la impopularidad del gabinete inglés, que cuando el pueblo de Londres supo que volvian á nuestro poder la isla de Menorca y la Florida, se alborotó corriendo por las calles y apedreando las casas de los ministros.

Cárlos III, tan previsor como prudente y alentado, aprovechó las ventajas que la paz le ofrecia, para imprimir al comercio, que estaba exánime, un vigor y seguridad, que hasta entonces no habia tenido; celebró tratados con todas las naciones estrangeras, por medio de los cuales se afianzaban los derechos ya reconocidos, pero pocas veces respetados, de nuestros intereses mercantiles, y la Gran Bretaña fué la primera en garantizar su cumplimiento, por medio de las concesiones que otorgó á nuestro pabellon en los mares y puertos que la acataban como reina y señora.

Puede asegurarse que, despues del bombardeo de Argel por el ntrépido marino catalan don Antonio Barceló, y establecida ya la concordia con Trípoli, solo se ocupó el monarca español en hacer que floreciesen en nuestra privilegiada patria las artes, el comercio y la agricultura. Las fábricas catalanas, merced á la inteligencia, al celo, á la incansable actividad, á los grandes sacrificios de los sóbrios y laboriosos hijos de Barcelona, Tarrasa, Reus, Manresa y otras muchas poblaciones del antiguo Principado, recibieron todo el impulso que podia comunicarles la solicitud del rey, y á la cual

se habian hecho siempre acreedoras, por lo mucho que con sus magníficos artefactos contribuian al acrecentamiento de la riqueza nacional. Entonces fué tambien cuando se formó la nueva real compañia de Filipinas, agregándose poco despues á la misma la de Caracas, en beneficio del comercio y de las utilidades del fisco.

Para los que buscan en una novela histórica algo mas que entretenimiento, no será ocioso consignar que durante el reinado de Cárlos III, se comprendió perfectamente el único resorte de civilizacion moral y material de los pueblos, que consiste en la propaganda del principio de asociacion, así como en el cambio recíproco de productos. Un vasto plan de caminos y canales era de imposible ejecucion entonces, por el atraso visible del pais, por el mucho tiempo y enormes gastos que debia ocasionar; pero las necesidades públicas empezaban á exigir mayor rapidez en las comunicaciones, ó mas bien el establecimiento de estas, porque desde la dominacion de Roma en España, desde que sus legiones abrieron en nuestras provincias sus *vias militares*, que luego conservaron los adoradores de Mahoma, nadie se habia acordado de caminos, hasta que Felipe el *Animoso* pudo empuñar tranquilamente el cetro. Hé aquí la razon de que nuestro comercio tuviese que apelar, por único recurso, á la traginería, sin que empezase á cesar tan pobrísima situacion, hasta los gloriosos dias del rey don Cárlos.

Pero se hallaba exhausto el tesoro, el interés nacional apremiaba pidiendo proteccion y el ilustrado monarca no podia permanecer indiferente, cuando todo le impulsaba á llenar el vacío de calamitosos años anteriores. Ya que por la escasez de recursos no contaba con que se llevase á cabo el gran proyecto de comunicaciones, tan completamente como lo habia concebido, imaginó desde luego aprontar, de una manera ignorada hasta aquí, lo preciso para ofrecer concluido el canal de Aragon, comenzado en tiempos de Cárlos V, para abrir de nuevo, adelantándola notablemente, la Acequia de Colmenar, que habia existido bajo Felipe II, para ordenar la construccion de doscientas leguas de camino real y trescientos veinticinco puentes, y por último para establecer la primera línea de diligencias españolas entre Madrid y Cádiz. La creacion del banco de *San Cárlos* fué la piedra fundamental del

crédito que nuestra nacion necesitaba obtener, para dar la cara á los compromisos originados por tan útiles reformas. (1)

A las favorables condiciones de existencia y de desarrollo progresivo, que las favorables disposiciones de don Cárlos predecian al comercio interior de la península, empezaban á corresponder las fundadísimas esperanzas que se habian concebido respecto al esterior. Verdad es que todos los antiguos dominadores de España habian esplotado hábilmente su ventajosa situacion para el tráfico con las demas naciones, enseñando á sus naturales el gran provecho que podian sacar, por medio de relaciones con otros pueblos esencialmente navegantes. Así que la riqueza pública, sobre todo en

---

(1) No hay exageracion en la pintura que el autor espone de los elevadísimos pensamientos del rey don Cárlos. La historia, no siempre imparcial y justa, los reconoce, y á ella puede unirse el concienzudo voto, que espresa el siguiente escrito:

«En España, como sucede todavia, era considerable la cantidad de oro y plata poseida por los particulares, y existian infinitos capitales muertos en poder de sus dueños y perdidos completamente para la reproduccion. No puede ofrecerse mayor prueba de la poca salida que tenian los capitales para ganar interés, que el ver la multitud de censos consignativos, impuestos sobre las tierras, ruinosos á la agricultura y orígen fecundo de pleitos y de despoblacion, como lo demostró Vizcaino Perez en una obra especial, que escribió sobre los estragos que causan los censos. Así pues, en ningun pais era de mayor urgencia la institucion del Crédito y de los Bancos. No habia, en esta parte, tenido que envidiar nada la España á las demas naciones en los siglos XIV y XV; pero habian desaparecido todas estas instituciones, cuando despues del descubrimiento de la América, tomó el comercio una direccion nueva y se verificó en el siglo XVII la ruina completa de nuestra industria, sin que hubiese podido restablecerla la pragmática de Felipe IV de 1622, que mandó la creacion de los erarios y montes de piedad. Cárlos III, empeñado en la guerra contra Inglaterra, y en llevar adelante, á pesar del estado de la Hacienda, el proyecto del canal de Aragon, recurrió al crédito y emitió durante su reinado 94,479 vales, cuyo capital ascendia á 548,905.500 reales vellon, y los réditos anuales contra el erario á 21,956.220 reales. Segun los autores de la *Historia de la guerra de España contra Napoleon*, comenzada de real órden por una comision de oficiales, y no concluida, el importe del capital de los vales creados por Cárlos III fué el de 804,441.285 reales vellon. Habiendo recurrido ahora al crédito y emitido papel moneda, era mas urgente y perentoria la utilidad de un banco nacional, empresa en la cual puede ganar mucho un gobierno, y para la que cuenta con elementos que nunca están al alcance de ningun particular ni compañia. Por ello en 1782 creó Cárlos III el banco nacional de San Cárlos, con un capital de quince millones de pesos fuertes y con 150,000 acciones de 2,000 reales cada una, con tres objetos esclusivos: formar una caja general de pagos y reducciones, para satisfacer, anticipar y reducir á dinero efectivo las letras de cambio, vales de tesorería y pagarés que voluntariamente se llevasen á ella; administrar y tomar á su cargo los asientos del ejército y marina, por veinte años lo menos, con la remuneracion de la décima, y pagar todas las obligaciones de giro de paises estrangeros, con el derecho de comision del uno por ciento.»

*Juic. crit. of* GESCHICHTE VON SPANIEN *(Historia de España.) F. G. M. pág.* 250 *y* 251.

nuestras ciudades marítimas, tomó un vuelo estraordinario durante los siglos XIII, XIV y XV. Entre todas ellas descolló Barcelona, capital de la industriosa Cataluña, que ya desde mediados del siglo XIII mantenia cónsules en todos los puertos de escala de Levante, y á la que debió Europa el primer código mercantil, conocido con el espresivo nombre de *Consulado del mar*, y escrito en lengua lemosina.

En 1713, bajo el reinado de Felipe V, se habia cometido el funestísimo error de celebrar con Inglaterra el *Asiento de Negros*, por el que se permitia habitar en América á los naturales de la Gran Bretaña, y á la compañia llamada del *Asiento* introducir un buque de quinientas toneladas cada año de los treinta que debia durar la contrata. El contrabando llegó á aumentarse por este medio de una manera escandalosa; el gobierno inglés no se descuidó por otra parte en obtener noticias exactísimas de la situacion financiera, militar y política de nuestras colonias; de modo que los efectos del tratado fueron deplorables para España, por la decadencia que en ellas esperimentó nuestro tráfico.

Entre tanto adelantaba á pasos agigantados el estudio de la ciencia económica. Campillo clamaba por la destruccion completa del sistema prohibitivo, y la comision dada en 1774 á Ulloa y á Jorge Juan, para que visitasen secretamente nuestros dominios de Ultramar, así como las ideas luminosas de Ward el irlandés, prepararon el camino para la gran reforma de nuestro sistema colonial, que solo debia llevar á cabo el rey Cárlos III.

Su primera disposicion en 1764 fué establecer *paquebotes*, ó buques corredores, esto es, de *mucho andar* ó de *buenos piés*, como dicen los marinos, los cuales salian todos los meses de la Coruña para Puerto-Rico y la Habana con la correspondencia pública y la del gobierno, permitiéndoseles además llevar á bordo hasta media carga de frutos nacionales y traer así mismo otra media de coloniales, cuya providencia refluia notoriamente en ventaja del comercio y era por otra parte de alta importancia para el pais, bajo el aspecto político. Sin embargo hasta el 16 de octubre del año siguiente no recibió el sistema prohibitivo el golpe de gracia. Don Cárlos, por Real decreto de la indicada fecha, habilitó los puertos de Barcelona, Alicante, Málaga, Cartagena, Cádiz, Sevilla, la Coruña,

Gijon y Santander, para el comercio con la isla de Cuba, la de Puerto-Rico, Trinidad, Margarita y Santo Domingo, quedando abolidas para siempre las gabelas de Visitas, licencias, habilitaciones, palmes, toneladas estrangeras y Seminario de San Telmo. Hízose poco despues estensivo aquel privilegio á otros puntos, y por fin en 12 de octubre de 1778 abrazó todos los dominios americanos, cuyo comercio podian esplotar á su sabor los indicados puertos de nuestro litoral, y tambien los de Almería, Alfaques de Tortosa, Palma de Mallorca y Santa Cruz de Tenerife, quedando desde entonces sin efecto práctico, por Real determinacion, el vicioso y perjudicial sistema de galeones. El célebre decreto de 1774, que habia levantado la funesta prohibicion de relaciones mercantiles entre Nueva España, Goatemala, el Nuevo Reino de Granada y el Perú, se consideró como la preparacion y naturalmente como el complemento de tan sábias disposiciones.

De este modo, bajo los auspicios de una administracion protectora, justa, rigurosa y esclava de las prescripciones legales, sostenida con firmeza y perseverancia por Cárlos III, consiguió este monarca para nuestra nacion uno de los puestos mas distinguidos entre las potencias de Europa.

El estado de la instruccion pública en nuestra patria debia llamar la atencion de un rey tan ilustrado y esclarecido. Dominado el suelo español por el poder inquisitorial y por absurdas preocupaciones, quedó sin movimiento, sin vida, por decirlo así, en medio de los adelantos constantemente progresivos de las demás naciones. La ciencia era patrimonio esclusivo de aquellos hombres que disponian á su antojo de los altos destinos de la Iglesia; pero bajo el reinado de Felipe V se obró una reaccion favorable á nuestra ilustracion y cultura. Aquel monarca no pudo sin embargo dedicarse al exámen prolijo que requeria el estado de la pública enseñanza, porque le ocupaban incesantemente mas graves y perentorios cuidados. El marqués de la Ensenada fué el ministro que, reinando Fernando VI, empleó laudables esfuerzos, á fin de sacar á España del letargo en que yacia; pero tampoco se dictaron entonces providencias que regularizasen, generalizándola con utilidad y acierto, la enseñanza interior. Se pensionó para que pasaran á paises estrangeros, con el objeto de estudiar sus adelantos, á va-

rios hombres de talento reconocido; mas esto no era bastante, porque se descuidaba lo principal, como lo prueban las quejas al rey del mencionado ministro, cuando le escribia diciendo, que tenia por muy lamentable desgracia el hecho de que nuestras Universidades no contasen con una sola cátedra, en que se diese á la juventud el conocimiento preciso de las leyes españolas.

Cárlos III introdujo en la enseñanza una verdadera revolucion, suprimiendo los Colegios mayores, que monopolizaban el ingreso á todas las carreras. Esta importantísima reforma contribuyó poderosamente á destruir el espíritu de pandillage, introducido y arraigado en España desde tiempo inmemorial. Ordenóse poco despues, por el respetabilísimo Consejo de Castilla, la reorganizacion de las Universidades y el arreglo concienzudo de la enseñanza, disposicion que no todos acataron cumplida y satisfactoriamente, haciéndose notar por su oposicion la célebre de Salamanca. El gobierno, lejos de cejar en su propósito, y atrincherándose en el espíritu de la época, lo llevó á cabo con firmeza, y además creó en la corte la Academia práctica de Jurisprudencia, restableciendo así mismo el colegio de San Isidro el Real, fundado por Felipe IV en 1625, para que en él se enseñasen latin, retórica y poética, filosofía, derecho natural, disciplina eclesiástica, matemáticas y lenguas griega y orientales.

Las ciencias naturales, médicas y exactas en toda su estension adquirieron al paso un desarrollo notable, habiéndose encargado de su propagacion profesores muy distinguidos en Barcelona, Vergara, Valencia, Cádiz, Madrid, Segovia y el Ferrol. El rey impulsó dichos estudios estableciendo el jardin botánico de Madrid, el de Barcelona y el de Cádiz, así como el gabinete Real de Historia Natural y el Colegio de Cirujía en la corte. La ilustracion se difundió como por encanto en nuestra sociedad, y puede decirse que de los últimos reinados, ninguno presenta tantos grandes y sábios escritores como el de Cárlos III. Las obras económicas de Campomanes, las histórico-legales de Asso, los discursos críticos sobre las leyes y sus interpretaciones de Castro, la historia natural y geografía física de España de Bowles, la biblioteca Arábigo-Escurialense de Casiri, la de escritores rabinos de Rodriguez, además de otras muchas obras de grande erudicion, son monumen-

tos imperecederos, que realzan en sumo grado la gloria del monarca, que supo dispensarles decidida proteccion.

¿Qué diremos de las bellas artes? Su decadencia era notoria en España desde Cárlos II. Nuestras construcciones churriguerescas nada tenian de comun con las grandiosas concepciones greco-romanas de Mora de Toledo y de Herrera; habiase perdido el entusiasmo, depravádose el gusto, y una turba de borrageadores ignorantes parodiaba las bellezas de Jordan sobre el lienzo. Tampoco habia producido la escultura maestro alguno, que se asemejase á Cano, á Montañes, á Pereira ó á Hernandez. Al rey don Cárlos se debió tambien la resurreccion, el que pudo llamarse en la Península un verdadero renacimiento. Ya en Italia habia merecido el nombre de restaurador de las bellas artes, por haber dotado de magníficas obras á Pórtici, Nápoles y Caserta, y descubierto y sacado, por decirlo así, de las entrañas de la tierra las dos célebres ciudades de la antigüedad Pompeya y el Herculano. Nuestra patria le debe el establecimiento de la Academia de Nobles Artes de Valencia y el incesante apoyo que siempre acordó á los artistas estimulando su celo para que produjesen obras notables. De este modo pudo Mengs volver por el honor de la pintura española, así como mantuvieron el de la escultura el valenciano Vergara, Gutierrez, Alvarez y Castro, distinguiéndose en arquitectura Villanueva, Arnal y Rodriguez, en el grabado Montaner, Ferro, Carmona, Fabregat, Selma y Ballester y en el ramo de imprenta Monfort é Ibarra, por su correccion é inteligencia, á pesar de los escasos elementos con que contaban. Bellos, suntuosos y sorprendentes edificios se levantaron en época tan venturosa, como lo atestiguan elocuentemente la Casa Lonja de Barcelona, la Aduana y la iglesia del Temple de Valencia, la fábrica de tabacos de Sevilla, la Colegiata de Santa Fé de Granada, los hermosos palacios de Liria y de Altamira y el puente sobre el Jarama entre Madrid y Aranjuez.

Y ahora el novelista pide perdon á sus lectores, por haberles distraido de los sucesos de esta historia, para ofrecerles un brevísimo resúmen de la administracion de España, durante el reinado memorable de un monorca, que tanto hizo en bien de sus pueblos. Reanudemos el hilo de nuestra narracion.

Al siguiente dia de aquel en que se le habia presentado Rodri-

go Perez Zapata, pasó don Cárlos á la habitacion particular de la infanta doña Isabel, sin haberse hecho anunciar. Recibióle la última con las mayores muestras de afecto y le preguntó respetuosamente:

—¿A qué debo, Señor, tan alta y cariñosa merced?

—Tenemos que proseguir una conversacion comenzada, sobrina mia, respondió el rey sonriéndose con melancolía.

—No la recuerdo, repuso ella, pero sin duda V. M.....

—Sentémonos, la interrumpió don Cárlos.

Hiciéronlo así, y luego prosiguió el mismo:

—¿No recordais, doña Isabel, que anoche os comuniqué una buena noticia?

—¡Una noticia! esclamó la infanta.

—Sí; os anuncié terminantemente que el doctor Pimentel os habia nombrado su heredera.

—¡Ah! Es verdad..... se trata segun creo de.....

—De dos talegos de onzas de oro.

—Pero V. M. no habrá olvidado otra cosa.

—¿Cuál? En medio de los grandes cuidados que me rodean, fácil será que me olvide de muchas cosas.

—Hice presente á V. M. mi deseo de que se destine ese legado de mi segundo padre, el buen doctor, á las grandes obras públicas, que se han emprendido ó se emprendan mas adelante.

—Mi escrúpulo, al no admitir tan generosa oferta, nace de un principio de justicia muy respetable. Aunque el duque de Montemar dejó á don Fernando muchos bienes, y aunque vos, sobrina mia, tampoco careceis de fortuna, no hay derecho para despojar á vuestros hijos de lo que legítimamente les corresponde.

—Señor, permita V. M. que rectifique sus razones. Mi esposo don Fernando y yo somos muy ricos, merced á los dones que.....

—No.... no..... una infanta de España, una sobrina del rey Cárlos debe ser tambien la señora mas acaudalada.

—He dicho á V. M. que lo soy por la munificencia de.....

—No se hable de eso aquí. He hecho lo que exigian una desgracia inmerecida y el cariño sin límites que siempre he profesado á mi familia.

—Pero el hecho, Señor, es que soy rica, muy rica, inmensa-

mente rica. ¿Qué mas pueden hacerme algunos puñados de oro?

—¡Oh!..... ¡Algunos puñados de oro! Muchísimos debe haber en los dos talegos. Supongamos que ascienda la suma.....

—¿A cuánto, Señor?

—A cuarenta mil onzas.

—¡A cuarenta mil onzas! Parece increible.

—Y sin embargo es cierto. Ya veis, infanta, que eso bien puede llamarse una verdadera fortuna.

—¡Qué importa! Yo no me vuelvo atrás, porque nunca me ha tentado la codicia. Suplico pues á V. M. que admita ese donativo, para emplearlo en la prosperidad del pais.

—Ved lo que haceis, sobrina mia: la obligacion de un buen rey es no desaprovechar nada de lo que pueda contribuir al bienestar y al fomento de la nacion que gobierna.

—Pues bien, Señor; en nombre de tan caros intereses para el corazon de V. M., insisto á fin de que no sea desairado mi ofrecimiento. Si es necesario, me arrojaré á los piés de V. M.

—No, sobrina mia; me habeis vencido, y acepto para España vuestra generosa resolucion.

—Gracias, Señor, gracias; ya estoy contenta, ya me considero dichosa.

—Y ahora empieza mi cuidado, porque tengo que discurrir el destino que hemos de dar á ese oro, para que redunde en beneficio público. No me conviene tenerlo aquí estancado.

—¡Cómo! ¿Se halla en el alcázar?

—Todavia no; pero llegará esta noche. He dado órdenes al fiel ejecutor de la voluntad de Pimentel.

—¡Pobre doctor! ¡Con cuánta ternura me amaba! ¡Cuán bueno fué siempre para mí!

—¡Y cuán desgraciado!

—¡Desgraciado él!

—Sí por cierto, infanta; muy desgraciado: hoy, que conozco los secretos de su vida, puedo decirlo. Vos los conocereis igualmente y vuestro corazon se compadecerá de sus grandes infortunios.

—Ya los siento amargamente, desde que oigo hablar de ellos á V. M.

—Añadid que vuestra gratitud hácia su memoria debe ser eterna.

—Eterna, eterna, Señor; hé ahí la verdadera palabra: en primer lugar le debo la vida de mi madre y la mia; despues la proteccion y un cariño sin límites durante mi niñez y mi primera juventud, y por último esa herencia, que me proporciona el placer de contribuir á las benéficas miras de V. M.

—Y vais á contribuir poderosamente, sobrina mia.

—¡Ah! ¡Con cuánta alegría escucho esas palabras!

—Sí; ya he pensado en el empleo que han de tener esos doce millones ochocientos mil reales, que constituyen vuestra oferta. Hace seis años.....

—¡Cómo, Señor! ¿Se propone V. M. esplicarme sus intenciones?

—Preciso es que lo haga. Decia pues que hace seis años, en 1782, instituí el Banco de San Cárlos, que tan importantes servicios ha prestado y está prestando á la nacion. Su capital, que era respetable, pues ascendia á quince millones de pesos fuertes, está en circulacion y cubre, por medio de operaciones sábia y prudentemente calculadas, los principales compromisos de la administracion pública. Pero al mismo tiempo resulta que el empleo del capital en las citadas operaciones, de las cuales reporta no pequeñas utilidades repartibles, deja muchas veces al Banco sin recursos, para que mi gobierno pueda emprender las grandes obras que se propone. Porque habeis de saber, infanta, que mi plan ha sido siempre dotar á la nacion de los monumentos que constituyan la base de su prosperidad, y proporcionar simultáneamente pingües ganancias á los buenos patricios, que interesándose en las acciones del Banco, contribuyen al fomento general del reino. Ahora bien: las cuarenta mil onzas de oro, cuya administracion me confiais.....

—No... no... permítame V. M. que le interrumpa; no se trata de administracion, ni de que yo me utilice de la mas pequeña parte de los rendimientos de ese oro, sino de.....

—Dejadme obrar, sobrina mia, que ya sé lo que conviene.

—Señor, V. M. quiere quitar á ese pequeño sacrificio todo su mérito.

—¿Pequeño? Son doce millones y.....

—Pues bien. ¿Qué tenia yo cuando vine al mundo? ¿Era in-

fanta de España por ventura? ¿No fuí, por el contrario, sentenciada á muerte violenta desde antes de nacer? Y mas tarde ¿era otra cosa que la pobre novicia del convento de las *Descalzas Reales?* Un hombre generoso velaba sobre mí, y á su ternura debo la fortuna de no haber mendigado mi sustento por las calles de la corte, ó la de no haber sucumbido al deshonor. Y hoy que me veo acatada á la sombra del trono de V. M. por los mas altos personages, hoy que soy rica y sobrina del rey de España, hoy que la felicidad me sonrie ¿no me ha de ser permitido, en memoria de lo pasado, dedicar esa herencia, sin retribucion de ninguna especie, á la ventura de mi patria? ¡Quién sabe, Señor, si de este modo cumpliré mas acertadamente que de otro alguno alguna mision, algun pensamiento secreto y misterioso del hombre, que me amparó cuando debia perecer!

—Cumplireis, noble infanta, ese pensamiento, esa mision, pues no parece sino que el mismo Dios os inspira.....

Al pronunciar don Cárlos estas razones, observó doña Isabel que tenia los ojos preñados de lágrimas y esclamó con júbilo:

—¡Ah!... ¿Con que he triunfado?

—Habeis triunfado, sobrina mia, murmuró el rey estrechándola en sus brazos é imprimiendo en su hermosa frente un beso paternal.

—¿Y admite V. M. mi donativo sin condiciones?

—Lo admito.

—Señor, V. M. no puede hacerme ya mas dichosa que lo que soy.

Y levantándose de su sitial al decir esto, se arrodilló ante el rey y besó sus manos con precipitada efusion.

—¿Estais contenta? le preguntó don Cárlos, alzándola del suelo con cariño.

—¿Lo duda V. M? respondió la infanta con una sonrisa que espresaba su felicidad.

—Doña Isabel, repuso el monarca serenándose, empiezo á creer que sois el ángel destinado á reconciliar á un pecador arrepentido con el Dios de las misericordias. El difunto doctor cometió gravísimas faltas, y los remordimientos le obligaron á sacrificarse en beneficio de la humanidad; este fué su propósito durante largos

años. Es por lo tanto un empleo digno de su idea fija el que dais á su herencia. Os doy las gracias por esa resolucion sublime, que os eleva mucho mas de lo que pensais.....

—La aprobacion y el afecto de V. M. me bastan, balbuceó doña Isabel sollozando.

—Amada sobrina, mereceis un trono; si no lo alcanzais en la tierra, lo obtendreis de seguro en el cielo.

Dicho esto, se levantó el rey y abrazando de nuevo á doña Isabel tiernísimamente, se dirigió á su cámara. En el tránsito encontró al presidente del Consejo de Castilla y le dijo:

—Se me figura, Aranda, que el dia de hoy empieza bien.

—¿Pues cómo así, Señor? preguntóle éste.

—Porque nos proporciona los medios de hacer frente á algunas necesidades.

—Nada quiero preguntar, por no ser indiscreto.

—Ya sabeis, conde, que solo os oculto mis amarguras. La nacion acaba de adquirir muy cerca de trece millones de reales.

—Buena noticia es. El dia se anuncia prósperamente, como ha dicho V. M.

—Quiera Dios que acabe del mismo modo.

Don Cárlos entró en la real cámara y el presidente en el salon del Consejo.

# CAPÍTULO XLIII.

El interrogatorio, el pacto y los dos sirbidos al aire libre.

Entre dos hombres y sin sentido hemos dejado á la señora Dorotea, ó por mejor decir, entre un hombre cuya vida era una continuada série de crímenes, y un niño, que empezaba su carrera, por donde muchos bribones suelen concluirla.

La consulta que tuvieron los dos, mientras duraba el parasismo de aquella pobre muger, fué breve.

—¿Qué piensas hacer, Reptil? preguntó el señor Correa.

—Obligarla á que nos descubra todo, respondió el rapaz. En este barranco estamos bien, porque nadie puede observarnos.

—Corriente: tú te encargarás de esa comision, y cuando la termines comenzará la mia, que se reduce á averiguar el paradero de Zapata.

—¡Golpe magnífico, si los hay! Una mina que promete y una venganza entre manos. Casi me dan ganas de bailar.




El pilluelo sacudió fuertemente el brazo de la señora Dorotea.

—Ten juicio, Reptil, y no olvides que, para lograr nuestro intento, es preciso que esta buena alhaja vuelva en sí de su desmayo.

El pilluelo sacudió fuertemente el brazo de la señora Dorotea, operacion que hubo de repetir varias veces sin éxito alguno, hasta que por fin el fresco de la noche, ó la humedad del sitio en que se hallaban, ó ambas cosas reunidas la hicieron volver en sí. Abrió los ojos asustada, como sucede al que de pronto despierta, despues de horrible pesadilla, pasóse la mano por la frente y esclamó con acento desesperado y angustioso:

—¡Vírgen Santísima del Cármen! ¿En dónde estoy?

—En tierra de amigos, la contestó Reptil dulcemente. Serenaos y nada temais.

—Vosotros..... repitió ella, procurando levantarse, á lo cual se opuso el Viejo..... ¡Ah! Ahora lo recuerdo todo..... los que ibais á las *Rozas*.....

—Ya estamos de vuelta.... ¿no lo veis? Ea, amiguita, supuesto que habeis recobrado el sentido, es indispensable que respondais á ciertas preguntas.

—Nada tengo que responderte..... nada tienes que preguntarme..... pillo, aparta, que quiero subir hácia la puerta.

—Poco á poco, hermosa; no seais tan impaciente. La subida hácia la puerta y á estas horas pudiera acarrearos algun contratiempo.

—¡Ah!.... ¡Cómo así! ¿Con que estoy entre ladrones?

—Vaya, vaya..... murmuró el señor Correa jovialmente. ¡Qué instinto tienen las hembras! Nada se les escapa..... ¿A que supone que intentamos robarle el bolsillo?

—De ningun modo puedo imaginarlo, observó la dueña estremeciéndose, porque ya no lo tengo. Durante mi desmayo me habeis.....

—¡Qué don de adivinar tiene esta buena muger, querido Reptil! Pregúntale si sabe lo que le acontecerá, en caso de que se niegue á contestar á nuestras preguntas.

—¿Qué ha de acontecerle? replicó el pillo, pasándose la mano por el pescuezo y haciendo una mueca horrible. Por poco que conozca lo que lastima un cordel de cáñamo.....

—¡Dios de piedad y de misericordia!.... ¡Quieren ahorcarme!... ¡Auxilio!.... ¡Socor.....

No pudo terminar la última palabra la señora Dorotea porque una mano de hierro se posó sobre su boca, bañándosela en sangre. Aquella mano era la del Viejo, que deslizó en su oido suavemente estas razones:

—El cielo sabe, amiga mia, que no se trata de causaros la menor incomodidad. ¿A qué vienen esos gritos? Pero ya lo conozco. Reptil es un niño mimado y travieso, que se complace en asustar á todo el mundo..... Ea pues, tened mas pecho y no os pongais á esparcir la alarma en estos alrededores sin motivo ni fundamento. Figuraos que si volveis á chillar, ese diablillo de Reptil es muy capaz de contener vuestro resuello con el cordel de que antes habló....

—Y le dejariais obrar..... ¿No es cierto? preguntó la dueña con desesperado acento.

—Ya os he dicho, repuso el señor Correa, que el muchacho es travieso y encontrará en vuestras convulsiones un verdadero placer. ¿Pretenderiais que yo le privase de tan alegre pasatiempo?

—Estoy entre dos malvados, balbuceó la infeliz.

—No, sino entre dos buenos amigos, repuso el Viejo. ¿Quereis la prueba?

—¡La prueba!.... ¡Pobre de mí!

—La prueba, repito.

—¿Y en qué consiste? ¿No me habeis robado?

—¡Quién se acuerda ya de eso!.... ¡Un bolsillo tan enjuto como el alma de un escribano!

—¿Qué mas quereis de mí?

—Que nos declareis, en primer lugar, á cuánto asciende la suma que Rodrigo Perez Zapata y el sargento..... ¿cómo se llama el sargento, querido Reptil?

—Cigarral, respondió el pilluelo.

—Y el sargento Cigarral, prosiguió el señor Correa, han sacado de vuestra casa.

—¡De mi casa! pudo articular apenas la señora Dorotea, presintiendo una desdicha.

—Vamos por partes y no haya cuidado, hermosa. ¿Quién habita en la casa de la calle del *Ave María*, que habeis abandonado para venir á este sitio?

—Ahora..... nadie.

—¿Y antes, prenda?

—Antes..... el doctor Pimentel.

—Perfectamente. ¿Serviais al doctor?

—He sido su ama de gobierno durante....

—Basta; el tiempo no hace el caso. Ya veis que yo no iba fuera de camino, al asegurar que el dinero ha salido de vuestra casa, supuesto que, muerto el médico, os habeis quedado en ella. Con que..... ¿á cuánto monta el caudal de los dos talegos, que conduce la yegua?

—¡De los dos talegos!.... Esto es para perder el juicio.

—No andemos con melindres, porque aquí estamos enterados de muchas cosas.

—Pero si yo.....

—Responded á mi pregunta. ¿Qué cantidad contienen los talegos?

—No lo sé..... no los he visto..... Tened compasion de mí.....

—Vais á hacer de modo que Reptil prepare la cuerda.

—¡Misericordia!

—¡Qué diablos de gimoteos y de lamentaciones! Os hallais aturdida y no sabeis lo que decís. Yo os ayudaré un poco, á fin de evitar que ese pilluelo enredador tome la medida á vuestro pescuezo. Escuchadme bien. Vos conoceis á Zapata, porque ayer fuisteis con él desde palacio hasta la calle del *Ave María*..... ¿Eh?

—Yo..... le encontré por casualidad y.....

—¿Fuisteis con él?

—Sí..... pero.....

—Ese pero no madura; fuisteis con él; luego le conociais.

—A veces..... en el mundo..... sucede que.....

—En efecto; sucede que nos acompañamos con personas, que debieran estar ahorcadas; mas no es esa la cuestion. Tambien os acompañó el sargento Cigarro, ó Cigarra, ó como se llame; luego le conoceis igualmente.

—¡Oh! Puedo jurar que nunca le habia visto hasta.....

—Ese *hasta* vale un Potosí. ¿Hasta cuándo?

—Hasta..... hasta ayer.

—Lo cual evidencia que le conoceis hoy.

—Pero, señor, si el miedo que me inspirais me obliga á decir cosas.....

—Se me figura que os obliga á ocultarlas. Adelante. Tenemos que conoceis al sargento Cigarron ó Cigarral y á Perez Zapata, que tal vez sea vuestro amante, y de lo cual se tratará luego. Tenemos que los susodichos durmieron anoche en vuestra casa, ó si os agrada mas, en la del doctor Pimentel, con la añadidura de varios soldados de la guardia española, todo lo cual prueba que estamos muy enterados de lo que pasa. Solo resta que nos descubrais lo poco que ignoramos. Los dos talegos se han puesto en las bolsas de un seron, como carga de la yegua; despues, el pobre animal, convoyado por la gente de armas y por vuestro.... en fin.... ha partido hácia la derecha. Al cabo de un cuarto de hora, os habeis echado á la calle, tomando hácia la izquierda. ¿Quereis que os nombre las calles que habeis atravesado, para venir á parar en la puerta de *San Vicente*?

—¡Y en vuestras manos!....

—En otras peores pudierais haber caido. Con que..... vuelvo á lo del principio. ¿Qué suma encierran los dos talegos?

—Pero..... si yo os aseguro que no contienen oro.....

—¡Oro! gritó Reptil, dando un salto de tigre.

—¡Oro!... ¡Oro! repitió el señor Correa, estendiendo los brazos. ¡Santa palabra! Teneis, hermosa dueña, una boca mas dulce que la miel.

—¡Jesús!.... ¡Jesús mil veces! se apresuró á esclamar la señora Dorotea. Habeis entendido lo contrario de lo que.....

—Convenceos, la interrumpió el Viejo con entusiasta elocuencia, de que mana la verdad de vuestros purísimos labios, del mismo modo que fluyen mansamente las aguas cristalinas del manantial riquísimo que las atesora. En los cálculos de mi imaginacion entraba por mucho la plata, porque no podia figurarme que se empleasen un sargento y un piquete de la guardia española, para custodiar dos talegos de miserables *júbias*. Pero ¡oro!.... ¡nada menos que oro! Os confieso, señora.... ¿quereis declararme vuestro nombre?

—Dorotea.

—Os confieso, señora Dorotea, que despues de haberos escu-

chado, nadie será capaz de persuadirme de que no es oro, y oro de buena ley, lo que encierran esos afortunados talegos. Ahora es mas fácil la cuenta, porque el oro llevado de esa manera debe consistir en onzas. Variaré por lo tanto mi sistema y no os preguntaré á cuánto asciende la cantidad, que conduce la yegua, sino qué número de onzas hay en cada talego. Tengo curiosidad de saber si Reptil sabe sacar la cuenta.

En tanto que el Viejo se espresaba así, revelando una diabólica astucia, conoció la señora Dorotea que necesitaba adoptar una resolucion decisiva, para salir de su comprometida y peligrosa situacion. Convencida, por una parte, de que aquellos dos bribones estaban bastante informados del negocio de la herencia de Pimentel, para que pudiesen contentarse con sus negativas, y no queriendo, por otra, dar su brazo á torcer, como suele decirse, y declarar abierta y francamente todo lo que sabia, salvo el caso estremo de ver amenazada su existencia, eligió el término medio de convenir en que efectivamente llevaba la yegua caudales del rey, pues este descubrimiento retraeria seguramente á los ladrones del propósito de robarlos.

—No he de empeñarme en ocultar lo que, en resumidas cuentas, me importa muy poco que averigueis, murmuró de modo que el Viejo la oyese. ¿Qué ganaria yo en ello?

—Parece que os dais á partido, dijo con gravedad el señor Correa; si así lo haceis, os alabaré el gusto.

—He pensado, contestó la dueña sin vacilar, que yo no tengo el cometido de defender ese oro.

—¡Ah! por fin os consta que es oro lo que ha salido de vuestra casa.

—Y en la mejor moneda por cierto; en onzas, como no ha mucho suponiais.

—¡Diablo!.... ¡Diablo!.... Referidnos esa historia..... pero no; primero la suma y la historia despues.

—¿La suma?.... Cuarenta mil.....

—Reptil, hijo, mio ¿has oido esa blasfemia? ¡Cuarenta mil reales en dos talegos!.... Esta buena muger ha dado en la flor de que somos salvages. ¿Para cuándo quieres el cordel?

—No me habeis comprendido bien, supuesto que nada he hablado de reales.

—Es decir que son cuarenta mil duros, segun vuestros cálculos.

—Tampoco, porque eso seria contradecirme, y no hay para qué disimular lo cierto. ¿Estabais sordo, cuando aseguré que eran onzas?

—Asegurasteis que en onzas iba el caudal, pero no á cuanto sube éste.

—Pues ya lo sabeis; á cuarenta mil onzas.

—¿Pretendeis burlaros de nosotros?

—¡Burlarme! ¿Con qué objeto?

—¡Toma! Con el de burlaros. Cuando uno se burla de otro.....

—Os he confesado la verdad. A cuarenta mil llegan las onzas de los talegos, aunque yo no las he contado; pero el señor Zapata, como hombre entendido en eso.....

—¡Oh! Sí; en eso y en otras cosas..... ¿eh?

—Ignoro lo que.....

—¿Lo ignorais?..... ¡Qué lástima!..... Pues yo no; pero dejemos á Zapata. ¿De dónde proceden las onzas?

—El doctor Pimentel las ha dejado al morir.

—¡Que las ha dejado al morir! Esta es otra mas fuerte, ¿De dónde demonios le vino al mata-sanos tanto dinero?

—Me es imposible contestar á esa pregunta.

—Ello es que tenia sus buenas puntas de brujo, y que por este motivo estuvo encerrado en la Inquisicion; mas nunca entendí que fuese alquimista. ¿Estais segura de no haber soñado, y de que el médico tenia en efecto cuarenta mil onzas de oro?

—Lo que puedo jurar es que se hallaban en uno de los cajones de su cómoda.

—Reptil, supongo que no te duermes; si lo que afirma esta dueña es cierto, tú y yo debemos ser algo mas que ricos.

—Lo que me parece, contestó el pilluelo, es que no adelantais gran cosa con tanta conversacion.

—Ten paciencia, hijo, que con paciencia se gana el cielo. Ya hemos averiguado poco á poco, que andan rodando cuarenta mil hermosísimas onzas por esos mundos de Dios. Veamos ahora si pueden ser nuestras.

—Si me dejais meter baza, lo serán, señor Correa. ¿No os dije esta mañana que tenia entre manos un magnífico negocio?

—A eso voy, querido Reptil, pero no te apures de ese modo, porque lo echarás á perder. Esta honradísima dueña te teme, y no sin fundamento, porque con tus inocentes travesuras del cordel la has asustado desde un principio. Vamos, señora..... Dorotea, declaradme, como si estuviéramos solos, dos cosas muy importantes.

—¿Cuáles son? articuló la dueña, poniéndose sobre aviso para no verse sorprendida.

—La primera, á quién pertenece hoy ese caudal.

—Al rey nuestro Señor, que Dios guarde.

—Algo parecido me revelaba yo, porque andan en el asunto el sargento Cigarrera y compañía. Con que es indudable que el Señor rey don Cárlos hereda al médico Pimentel.....

—Indudable y positivo.

—¿En dónde consta?

—En un pliego, que tambien dejó el difunto.

—Hombre previsor..... ¿Y ese pliego?

—Está en poder de S. M.

—¿Quién se lo ha entregado?

—El señor Zapata.

—No es el único servicio que S. M. debe agradecerle. Segunda pregunta importante. ¿A qué punto se dirige la yegua?

La señora Dorotea recordó que su interlocutor no ignoraba que la caballería y los que la custodiaban habian tomado hácia la derecha, esto es, hácia el *Prado*, lo cual no indicaba precisamente el camino de la puerta de *Alcalá*, pues podia ser del mismo modo el de la de *Atocha*. Interesábale además que el Viejo y Reptil no permaneciesen mucho tiempo en las inmediaciones de la de *San Vicente*, y por lo mismo contestó con bastante aplomo:

—Si quereis seguirles la pista, fácil os será alcanzarlos, porque no os llevarán mucha delantera. Como su viaje ha de durar algunos dias, pues se dirigen á Barcelona, tratan de caminar despacio.

—¡A Barcelona!..... Pues señor, no atino con el objeto del rey al dictar semejante medida.

—Es que..... como allí hay casa de moneda, lo mismo que en la corte..... observó la dueña.

—Ya; pero en una casa de moneda..... la moneda acuñada está de sobra. Reptil ¿qué te parece de mi argumento?

—Que estamos, poco mas ó menos, como al principio. Es preciso tomar otro rumbo y no gastar cumplimientos con las personas que nos engañan.

Y esto diciendo, acercóse Reptil á la señora Dorotea y añadió ferozmente:

—¿Se os figura que no soy capaz de apretaros el pescuezo? A mí no se me da gato por liebre y estoy resuelto á salir con la mia, aunque despues me desuellen vivo. ¿Por qué razon os habeis encaminado á la puerta de *San Vicente*, no bien os separasteis de Zapata?

—Porque..... porque..... murmuró temblando la dueña, que habia adivinado los instintos perversos de aquel niño.

—Ea, sepámoslo de una vez, insistió éste, antes de que os eche un nudo corredizo al cuello.

—He venido..... porque..... porque era temprano y queria dar un paseo. ¡Hace tantos dias que no he salido de casa!

—¡Qué casualidad! ¿No está mas cerca el *Prado* de la calle del *Ave-María*? ¿Cómo habeis preferido atravesar todo Madrid?

—Porque me gustan las afueras.

—Os hubierais ido hácia *Recoletos* ó hácia el *Canal*, que al cabo es una maravilla.

—Ciertamente; pero no me ha ocurrido.

—Es una desgracia, pero la disculpa no cuela. Aquí hay gato encerrado, señor Correa de mi alma, y si esta bruja no canta en buen romance, voy á apretarle el galillo. Cinco minutos tiene para.....

—Espera un poco, hijo mio, le interrumpió el Viejo, y no te precipites, ahora que me has dado pié para aclarar el misterio. Estas cosas han de hacerse á buenas, para que no haya escándalos.

Y dirigiéndose á la señora Dorotea, prosiguió así:

—Ese pícaro Reptil es un sabueso muy fino, y promete mucho para mañana ú otro dia. Por lo mismo es necesario contentarle, pues de lo contrario hará una de las suyas. Confesémosle que las onzas de oro han salido de Madrid por la puerta de *Atocha*, ó por la de *Alcalá*, ó por la de *Recoletos*, lo cual es de todo punto indife-

rente, y que se han propuesto penetrar por esta en que nos hallamos, con direccion al real alcázar. ¿Qué tal? ¿Es ó no es así?

La señora Dorotea se cubrió el rostro con las manos, al ver descubierto con tanta facilidad el plan de Zapata. Sus ahogados suspiros revelaron al señor Correa, que tanto él como Reptil acababan de vencer el mayor inconveniente para el éxito del robo que meditaban, pues respecto á la tropa, que convoyaba el caudal de Pimentel, se proponia el Viejo separarla del antiguo familiar, por medio de alguna estratagema.

Seguro ya de que las onzas de oro traian aquel camino, se levantó y llamando aparte á Reptil, le dijo en voz baja:

—Adelántate á paso de galgo hasta la *Florida* y de vez en cuando haz la señal que has aprendido en la taberna del *Nuevo-Raposo*. Supongo que Sanguijuela la conoce.....

—Y sabe hacerla con mas perfeccion que yo mismo, respondió el pilluelo.

—Corriente: si te oye, te contestará, y si te contesta, volverás corriendo á noticiármelo, porque eso querrá decir que se aproxima lo que buscamos.

—¿Nada mas?

—Nada mas. Si no fallan mis cálculos, el negocio de esta noche será una gran fortuna para los dos.

—Pero ¿qué pensais hacer?

—No puedo esplicártelo ahora, porque llega el momento de obrar. Corre á la *Florida* y avisa de lo que ocurra.

—Estoy pensando que si por desgracia hemos discurrido mal, y esos talegos se dirigen hácia otra parte, se lleva el diablo la ganancia. Sanguijuela no sabe dónde encontrarnos y se verá solo.....

—Puede acontecer lo que dices, Reptil, y por lo tanto voy á obligar á la dueña á que declare la verdad. Basta ya de consideraciones.

El Viejo, hablando de este modo, volvió á meterse en la hondonada del barranco, pero observó, no sin sorpresa, que la señora Dorotea se dirigia resueltamente hácia él. Detúvose un instante para esperarla y previno á Reptil, que le seguia, de la novedad que ocurria. El pillo entonces, figurándose que la dueña trataba de huir, tomó la vuelta del barranco para cortar su retirada hácia la

puerta; mas no tardó en convencerse de que sus recelos eran infundados, porque vió que la buena muger hablaba tranquilamente con el señor Correa.

—Es lo mejor que podeis hacer, la decia éste; ayudadnos en lo que se proyecta y tendreis vuestra parte correspondiente en el botin. De lo contrario, nos pasaremos sin vuestro auxilio y os saldrá mucho peor la cuenta.

—¿No habeis oido que estoy pronta á serviros? le contestó ella. Escuchadme ahora. Ese oro, como os he asegurado, pertenece al rey, quien nos ha ofrecido á Perez Zapata y á mí su proteccion.

—¡Su proteccion!... ¡Bah!.... Como que el rey va á acordarse de vosotros.

—Sí tal, mañana mismo debemos presentarnos al presidente del Consejo.

—¿Para qué?

—Lo ignoro; pero seguramente será para recibir el premio debido á nuestra fidelidad.

—Pecais de puro inocente, y á fé á fé que os tenia por mas avisada. Voy á desengañaros.

—¡A desengañarme!

—Sí. ¿No estais viendo las precauciones que ha tomado el rey, para que entren los dos talegos en el alcázar? ¿No los hace salir por una puerta de la poblacion y entrar por otra? ¿No elige la noche para este juego? ¿No se desentiende de los empleados de la tesorería real, y encarga la comision á Zapata, que es, como si dijéramos, un agente suyo, y le da por auxiliares un sargento y soldados de su misma guardia española? ¿Qué significa todo ello? Una cosa muy sencilla. Que el rey no quiere que se trasluzca que ha heredado las onzas del doctor Pimentel.

—En efecto, señor Correa, supuesto que ese es vuestro nombre, ó al menos el que os da vuestro avispado compañero de esta noche: me sobran motivos para saber que la intencion de S. M. es que nadie sospeche la entrada de los talegos en el alcázar.

—¿Y creeis que vivirá sosegado, con la seguridad de que existen una señora Dorotea y un Rodrigo Perez Zapata, que todo lo saben?

—Esas palabras.....

—No las olvideis, pues os manifiestan que nada bueno debeis esperar del presidente.

—¿Qué puede hacernos?

—Encarcelaros, por ejemplo, á fin de que no hableis.

—Me parece imposible. ¡Se mostró el rey tan afable con nosotros!... ¡Nos encargó tanto que no dejásemos de ver al conde de Aranda!.....

—Pues ya se ve: entregais el oro en palacio, os presentais al señor Conde, y éste, que tiene ya las instrucciones necesarias, os envia á sitio en que no os den el sol ni el aire.

—Mirad, señor Correa, todo puede suceder, y bien hacia yo en oponerme á los deseos de Zapata, cuando descubrimos las onzas y el pliego.

—¿Os opusisteis?

—Con todas mis fuerzas.

—¿A qué?

—A noticiárselo al rey.

—Pero fuisteis vencida.....

—Lo fuí; Zapata es hombre de puños.

—¿Quereis vengaros de él?

—¿De qué modo?

—Poniéndolo en mis manos.

—¡Ah! ¿Intentais matarle?

—Dios me libre de ese pensamiento.

—¿Pues para qué he de hacer yo.....

—¡Qué sencilla sois, señora Dorotea! Estando Zapata en nuestro poder, no tardarán las onzas en ser nuestras.

—En tal caso, indicadme lo que debo ejecutar.

—Confesadme antes, si amais á Zapata.

—¡Amarle!... No por cierto; y sin embargo ayer le ofrecí mi mano en la antecámara de S. M.

—Ya: obrabais así por.....

—Porque me proponia disuadirle de su propósito, de entregar al rey la rica herencia del médico. Con los dos talegos de onzas podiamos vivir holgadamente y.....

—Lo creo, lo creo, y efectivamente se me figura que no abrigais una pasion muy volcánica, hácia el buen agente secreto del

rey. En cuanto á las onzas de oro, ya es otra cosa, y creo grandemente decidida vuestra aficion hácia ellas.

—¿Qué quereis? Es preciso vivir.

—Corriente: vivireis y viviremos todos. Ya os lo he dicho; el éxito del negocio depende de que nos apoderemos de Zapata, para lo cual..... pero quedemos antes en una cosa fija. Habeis convenido en que el oro debe entrar esta noche en el alcázar.....

—Esa es la órden del rey.

—Por la puerta de *San Vicente*, segun he supuesto.....

—Por la puerta de *San Vicente*.

—Bien: Zapata y su escolta se hallarán ahora.....

—No deben estar muy lejos.

—Pues adelantaos con Reptil hasta la *Florida*, ó hasta donde le encontreis y fingid una fábula, que le haga creer un peligro imaginario, engañándole al mismo tiempo con la verdad. Decidle que hácia este barranco hay gente sospechosa, encareciéndole la necesidad de que él mismo venga á espiarla y ofreciéndoos desde luego á acompañarle, mientras el sargento y los soldados esperan su regreso y sus órdenes para avanzar con la yegua; todo en consideracion al gran sigilo que S. M. desea guardar sobre tan importante asunto; pues Zapata debe conocer perfectamente, que no entra en las intenciones del rey el propósito de que el sargento de su guardia española arme una refriega, que ponga en alarma á toda la poblacion. De ese modo todo el mundo se enteraria del secreto del oro y..... ¿me habeis comprendido bien?

—Me parece que sí.

—Mucha prudencia y disimulo, señora Dorotea.

—El pensamiento se reduce á que Zapata se separe de la escolta ¿no es verdad?

—Precisamente, y tambien á que se dirija hácia este lado.

—Queda de mi cuenta.

—Que no se os olvide el papel que vais á representar.

—¿Temeis que Zapata desconfie esta noche de mí?

—Es hombre apropósito para desconfiar hasta de sí mismo.

—Ya vereis como no.

—Eso deseo, y Dios nos la depare buena.

El Viejo llamó á Reptil, le dió nuevas instrucciones, y vol-

viendo al lado de la dueña, murmuró á su oido estas palabras:

—El muchacho sale en descubierta y os defenderá de todo peligro; pero solo el poder de Dios os librará de mi furia, si nos haceis traicion. Os buscaré en las mismas entrañas de la tierra, si no os encuentro en otra parte, y cuando caigais en mis manos..... desearéis no haber nacido.

—Señor Correa, le contestó ella, reuniéndose con Reptil, lástima es que no nos hayamos conocido antes de ahora, porque juntos hubiéramos hecho algunas cosas buenas. Por lo demás, pronto veremos quién es el traidor esta noche, porque..... y de esto no hemos hablado todavia, supongo que las cuarenta mil onzas se dividirán en tres partes iguales.....

—¿Qué dices á esto, Reptil? preguntó el señor Correa al muchacho.

—Que tres somos muchos, respondió el pilluelo; pero ¿hace falta la señora Dorotea para el golpe?

—Muchísima: como que sin ella no puede ejecutarse mi plan.

—Pues escusamos disputas; tiene derecho á la misma parte que nosotros.

—Concedido.

Esta fué la última palabra que se pronunció en aquella estraña conferencia. La dueña y Reptil se separaron del Viejo, y éste, considerando que desde el barranco no podia observar á su sabor lo que ocurriese en el camino, abandonó el escondite, dirigiéndose con lentitud y precaucion á orillas del *Manzanares*, esto es, á la parte opuesta del sitio que hasta entonces habia ocupado.

Un cuarto de hora despues oyó un silbido, al que contestó otro mas lejano.

—No hay duda, dijo entre dientes; Reptil ha hecho la señal y Sanguijuela le responde. Tenia razon la señora Dorotea; no está muy lejos el buen Rodrigo Perez Zapata.

# CAPÍTULO XLIV.

Una descarga á tiempo, que no puede evitar un robo.

En sabrosa plática distraidos, caminaban alegremente el ex-familiar del Santo Oficio y el sargento de la guardia española, sin sospechar que por la vereda que seguian pudiese espiar sus pasos alma viviente. La noche era clara y serena, no empañaba la atmósfera la mas ligera nube, y por consiguiente ningun bulto se hubiera colocado á razonable distancia de los que daban vuelta á la *Ronda* de Madrid, escoltando un tesoro, sin que sus miradas le hubiesen descubierto.

Sin duda tuvo presente Sanguijuela esta poderosa razon para no adelantarse á la comitiva, ni permanecer rezagado y en observacion de la retaguardia, supuesto que apenas hubo salido la tropa por la puerta de *Alcalá*, cuando se unió á ella resueltamente y manifestó á un soldado que, teniendo precision de ir á la *Florida*, punto en que vivian sus padres, suplicaba que se le permitiese andar ar-

rimado á la escolta, por no atreverse á atravesar solo y de noche aquellos andurriales. El soldado elevó la peticion verbal al sargento y éste á Zapata, como comandante general de la espedicion. El exfamiliar examinó al pilluelo, hízole varias preguntas, á las que él satisfizo cumplidamente, y á pesar de su trastienda, cayó en la trampa consintiendo en la demanda que se le dirigia.

Y hé aquí de que modo espiaba Sanguijuela, sin el menor peligro para sus huesos, todos los movimientos de la nocturna espedicion.

Al entrar en el camino real, despues de terminada la *Ronda* ó sea el circuito de aquella parte de la corte inmediata á la muralla, se vió nuestro pillastre en un apuro, pues no se le ocultó que la escolta tomaria hácia la derecha, siguiendo la ruta de Castilla, porque ¿cómo habia de suponer que saliese por una puerta de Madrid, para entrar por otra? Difícil por lo mismo nos seria pintar su asombro, cuando observó que el sargento doblaba hácia la izquierda, ó lo que es igual, que se dirigia rectamente á la puerta, por donde sin su conocimiento habian salido aquella misma noche el Viejo y Reptil, acompañando á la señora Dorotea. Desde luego comprendió que le era de todo punto imposible proseguir con la tropa, por haber declarado, al reunirse á ella, que iba á la *Florida*; mas no queriendo abandonarla, y mucho menos cuando la veia próxima á penetrar en la poblacion, lo cual le daba mucho que discurrir, se despidió de Zapata y de sus acompañantes, deseándoles la mayor ventura, encaminóse resueltamente por la ruta de las *Rozas*, y no bien los hubo perdido de vista, cuando con la ligereza de la liebre corrió hasta la orilla del rio, y por fosos y breñales, saltando zanjas y cercas, tomó la delantera, con direccion á Madrid, á los que acababa dejar. Entonces subió al camino, seguro de que formaba la vanguardia de la tropa, cuyos pasos monótonos resonaban en medio del silencio de la noche, y se propuso llegar sin descanso á la puerta de *San Vicente* y detenerse allí, para atisbar si Zapata y los suyos daban la vuelta hasta la de *Segovia*.

No cumplió sin embargo esta determinacion, porque un silbido agudo y prolongado le obligó á detenerse, diciendo:

—O Reptil ó el diablo; no hay remedio; uno de los dos anda esta noche por las afueras de Madrid. Es necesario contestar.

Y metiendo instantáneamente dos dedos de cada mano en la boca, produjo otro silbido, al parecer interminable, estridente y muy semejante al primero.

Pocos minutos despues se reunian los dos primos y la señora Dorotea.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó Reptil.

—Mucho; le respondió Sanguijuela. El sargento y los demas vienen cerca.

—Ya lo sabemos, repuso el primero.

—¿Que lo sabes? Esa es buena. ¿De qué modo lo has averiguado?

—Ya te lo diré en otra ocasion. ¿Llegan todos juntos, como cuando tomaron calle del *Ave María* hácia el *Prado*?

—Y tan juntos, que no parece sino que cada cual tiene miedo de que lo coma el *Coco*.

—Pues no hay que perder tiempo: nosotros dos á la orilla del rio. Señora Dorotea, ya es hora de que os adelanteis.

—Dime, Reptil ¿qué muger es esta?

—Una aliada que la buena suerte nos acaba de deparar; se nos ha pasado desde el campamento enemigo, y no debes desconocerla, porque la has visto esta tarde.

—¡Ah!.... Me acuerdo..... me acuerdo..... Pero en resumidas cuentas ¿de qué se trata?

—¡Bah! Déjate de eso ahora y haz lo que yo te diga.

—No..... no; es preciso saber.....

—¿Qué?

—Qué es lo que te propones y lo que yo voy ganando, si te ayudo.

—Mira, Sanguijuela; siempre te he tenido por un muchacho de disposicion hasta esta noche.

—¿Y esta noche?

—Te tengo por un imbécil.

—¿Por qué?

—Porque con tus preguntas y tus observaciones vas á hacer que seamos sorprendidos. La tropa se aproxima...., vámonos, que ya te lo esplicaré todo.

—Con esa condicion te sigo; mas..... cuidado si me engañas, porque saldrá al aire la lengüeta de muelle.

—Te repito que nos van á meter en chirona, si nos guipan. Corramos.

—Espera un momento. ¿Qué ha sido del padre de Paloma? ¿Le han echado el guante?

—¡Cá! nos aguarda en la puerta de *San Vicente*.

—Eso ya presenta otra cara; el señor Correa es hombre con quien se puede tratar de negocios.

—Si así lo crees, ven conmigo, porque él ha dispuesto esta emboscada; si te quedas, te prenden y lo echas todo á perder.

—Tienes razon, Reptil; no charlemos mas y al avío.

Apresuráronse los dos pilletes á abandonar el camino, y metiéndose por un repecho de los muchos que conducian al *Manzanares*, bajaron hasta muy cerca de la orilla de este rio, situándose de modo, que pudiesen oir clara y distintamente los pasos de los que se acercaban á la poblacion. Su objeto principal era no ser vistos y hallarse en el caso de acudir á tiempo, para cooperar eficazmente á los planes del señor Correa.

Éste, á quien hemos dejado tambien últimamente en la misma línea de operaciones, es decir, junto al rio, conoció, poco despues de haber escuchado los dos silbidos, que sus auxiliares debian estar juntos y que no tardarian en aparecer caminando hácia la puerta; y á fin de que le reconociesen, y no queriendo repetir la señal convenida, que acaso no dejaria de infundir sospechas en el ánimo de Zapata, se dirigió por la misma orilla y guiado por la casualidad, hácia el punto que ocupaban los muchachos, á quienes encontró ocupados en discutir gravemente los derechos que á Sanguijuela correspondian, por el negocio de aquella noche.

—¿Qué diablos es eso? les dijo con acento irritado, aunque contenido por la prudencia. ¿Así me ayudais?

—Callad, señor Correa, que los tenemos encima, y Reptil puede asegurar si he cumplido ó no fielmente con mi obligacion, respondió Sanguijuela con la mayor imperturbabilidad.

—Cierto, añadió Reptil; nos hemos comunicado por medio de la señal y luego hemos venido aquí, para estar al tanto de todo.

—¿Con que tan inmediatos se hallan? preguntó el Viejo.

—Hace un instante que sentiamos sus pasos; ahora no se oyen, contestó Reptil.

—¿Y la muger?

—Ha ido á desempeñar su comision, y con tal que no nos venda.....

—No: la tropa se ha detenido.

—En efecto; ya debia haber llegado.

—Eso prueba que Zapata ha caido en mis redes. Sanguijuela, sube al camino y entéranos de lo que observes, ó veas, si es que tus ojos pueden acostumbrarse á la oscuridad.

Obedeció al punto el pillo; mas no bien hubo llegado á lo alto, cuando se dejó deslizar apresuradamente por el repecho, y dijo á sus camaradas:

—Alerta; he visto al enemigo.

—¿Cuántos? murmuró el Viejo.

—Dos: una muger y un hombre.

—Albricias, muchachos; Zapata y la señora Dorotea que lo pone en nuestras manos. Arriba pronto, y no le demos tiempo para pedir auxilio.

Treparon los tres cuesta arriba y salieron al camino, cuando el ex-familiar y la dueña, que le habia engañado completamente, llegaban á la embocadura del repecho. Arrojóse el Viejo sobre Zapata y sujetándole por los brazos, al mismo tiempo que Sanguijuela y Reptil se habian abalanzado á sus piernas, le dijo:

—Si das un grito ó pronuncias una palabra, mueres.

Zapata no despegó los labios, por haberse convencido al punto de que se hallaba entre mala gente, y de que se le cumpliria la amenaza; mas no dejó de estrañar al mismo tiempo que nadie inquietase á la señora Dorotea, y que ésta permaneciese impasible espectadora de su mala ventura, en vez de apresurarse á poner en conocimiento de la tropa lo que ocurria.

Túvose pues por perdido, y mucho mas cuando oyó pronunciar al Viejo esta sentencia:

—Señor Rodrigo Perez Zapata, nos conocemos de años atrás. ¿Te acuerdas de la noche, en que pereció á tus manos Paco Ranera? Pues aquella noche estaba yo demasiado ocupado conmigo mismo, pero despues juré vengar su muerte y.... gracias al diablo, ya te tengo entre mis uñas. Te digo esto, para que comprendas que solo hay un medio de salvarte, y que ese medio consiste en la en-

trega inmediata de los dos talegos de onzas de oro, que llevas para el rey.

La situacion del ex-familiar no podia ser mas crítica, y la única esperanza que podia quedarle era la de ganar tiempo, á fin de que el sargento Cigarral le socorriese, en caso de que llegase á sospechar algo de lo que ocurria. Por este motivo no le pareció oportuno contestar inmediatamente á las primeras razones del señor Correa.

Pero no era el Viejo hombre capaz de detenerse en el propósito que una vez habia adoptado. Con ayuda de los dos pilluelos, que acababan de atar con un fuerte cordel los brazos de Rodrigo Perez, ordenó á éste que echase á andar cuesta abajo por el repecho, á lo cual tuvo que someterse. Luego que estuvieron los cinco personages de esta escena á cubierto del camino real, registró Reptil al prisionero y le encontró un puñal, que puso en manos del gefe y director de aquella atrevida empresa. Entonces el Viejo preguntó á Zapata:

—¿Es el mismo con que atravesaste á Paco Ranera?

—Sí, respondió el ex-familiar.

—Pues bien: lo conservaré en memoria suya, despues de sepultártelo en el corazon; porque me parece haberte dicho ya, que he jurado vengarle.

—Me lo has dicho, pero no lo cumplirás.

—¿Quién puede impedírmelo?

—Tu propio provecho.

—Cuéntame esa historia, para ver si me convences.

—Figúrate que no estoy solo, y que vienen detrás un sargento y doce valientes soldados de la guardia española; que el rey me espera esta misma noche en el alcázar, y que esa tropa no puede presentarse á S. M. sin mí.....

—¿De veras? Y mucho menos sin las onzas de oro, que conduce la yegua. ¿Eh?

—Convengo en ello, ya que tan enterado estás. Eso mismo te indica que nada puedes ganar con mi muerte; antes al contrario, que es muy fácil, segura, segurísima tu perdicion.

—¿Por qué?

—Porque el sargento me buscará con su gente, y como ya

que me he adelantado, por consejo de esa muger, para observar si habia por aquí gente sospechosa, conocerá que he caido en alguna emboscada, y os perseguirá á todo trance.

—Se cansará inútilmente.

—Supongamos ahora que me dejas libre, y que me reuno á la escolta, con la cual entro en Madrid.

—Por los cuernos de Lucifer, que tengo curiosidad de saber lo que en tal caso aconteceria.

—Acontecerá seguramente que yo hablaré al rey nuestro Señor del respeto con que miras sus intereses; que el rey nuestro Señor te protegerá en tu persona y en las de tus hijos, pues por tales tengo á estos dos rapaces, acomodándote y acomodándolos de manera, que nunca llegueis á esperimentar necesidades; y que yo, por la parte que me toca, te señalaré desde luego una recompensa, que bien podrá confundirse con el rescate de un conde. Se me figura que las ofertas no son de despreciar.

—Ciertamente que no, y estoy viendo que picas muy alto, amigo Rodrigo Perez; pero es una desgracia para tí que no me conozcas mejor. Acabas de igualarme con los ladrones de baja ralea, con esos escamoteadores de bolsillos, que desacreditan el arte y que son una verdadera plaga para la sociedad. Semejante modo de juzgar á un hombre como yo, encanecido entre peligrosos lances de gran cuenta, no honra mucho á tu perspicacia. ¿Quieres saber quién soy?

—¡Quién has de ser! Un hombre temible por tu esperiencia, y con quien por lo mismo debo esperar entenderme.

—Soy un antiguo *Mendigo*, soy el último de los *Hermanos del Guadarrama*.

—Ya lo he comprendido desde tus primeras razones.

—No olvides tampoco que fuí íntimo de Paco Ranera.

—Eso ya pasó y tu interés te aconseja que no te acuerdes ya de aquella terrible noche, en la cual no pude obrar de otro modo.

—Mientes, Zapata.

—Maté en defensa propia.

—Mientes, digo, porque Ranera solo queria castigar á Gonzalo el *rezador*, por alevoso y por infame.

—Eso era bueno para sabido.

Editor Vicente Castaños



—¡Eh! No te hagas el tonto; porque eso me irrita mas la sangre.

—Pero en fin ¿qué resuelves? ¿Aceptas mis proposiciones?

—No; en primer lugar, porque el rey, si te dejo en libertad, mandará buscarme y aun te dará esa comision, para hacerme ir á colgar en la horca; y en segundo, porque la recompensa que me has prometido se reduce á una palabra, que no piensas cumplir.

—¿Qué seguridades exiges?

—¿De que el rey me amparará?

—Sí.

—Ninguna, porque esa seguridad será otra mentira tuya. Conozco á don Cárlos y sé perfectamente que nunca perdonará á un *Hermano del Guadarrama*. Ya ha ahorcado á los que sus piquetes de tropa no han destruido á balazos, y me ahorcará tambien, si me coge vivo, lo cual espero que no suceda.

—¿Y no puede quedar tu secreto entre nosotros?

—¡Mil demonios! ¡Ahora me juzgas imbécil!.....

—No hay tal cosa.

—¿Con que no?... ¿Y pretendes sujetarme, mientras exista, á tu voluntad? ¿No ves, menguado, que estás haciendo méritos para que te aplaste?

—Pero considera.....

—Ya está considerado que cuando te plazca, podrás prenderme en nombre del rey, gritando: «Este es el último de aquellos.»

—Antes perderia la vida mil veces.....

—Nada de protestas; no las creo.

—Escucha sin embargo.

—Habla.

—Si no imaginas seguro tu secreto en mi poder ¿por qué me lo has revelado?

—Para probarte que vas á morir: de ese modo lo guardarás fielmente.

—Vamos; no te precipites y piénsalo con mas sosiego.

—¿Con mas sosiego? Si te parece poco el que tengo ahora..... Zapata, ya has escuchado mi única condicion para perdonarte. Entrégame las cuarenta mil onzas de los talegos, ó encomienda tu alma á Dios.

—Hombre..... debes convencerte de que eso es imposible..... la escolta lo impedirá.

—Esa no es cuenta mia, sino tuya: manéjate de modo que los soldados abandonen la yegua.

—Repito que es imposible.....

—¿Te niegas?.....

—¡Qué he de hacer, Dios mio!..... No consiste en mí..... no puedo hacer lo que me pides.

—Pues reza el credo, porque solo te doy cinco minutos de vida. Señora Dorotea, y vosotros, muchachos, dejadme solo con este traidor asesino.

La dueña y los dos pillos se apartaron de aquel sitio: la primera, arrepentida por el infame papel que acababa de representar, para que Zapata cayese en el lazo, deseosa de evitar su desastrosa muerte, pero sin valor bastante para esponerse al resentimiento del Viejo, si abogaba en su favor, y mucho menos para correr hácia el sargento y noticiarle lo que sucedia; los segundos, casi desesperanzados de obtener la parte que les correspondia del riquísimo botin, que habian creido conquistar, por cuanto la muerte de Zapata desvanecia completamente sus ilusiones.

—¿Estás dispuesto para dejar este mundo? preguntó el bandido á Zapata, luego que se vió solo con él.

—Eres peor que un tigre, murmuró con rabia el ex-familiar. Yo maté á Ranera en un encuentro, en una escaramuza, donde habia peligro de muerte para todos; pero tú me has tendido un lazo y despues de maniatarme, me asesinas impunemente.

—Menos conversacion, porque ha llegado la hora de concluir, replicó el señor Correa. ¿Quieres conservar la vida, entregándome las onzas de oro?

—No puedo.

—Reza una salve á la Vírgen, para que interceda por tu alma.

—Ella me ampare bajo su manto, ya que es preciso. Hiere.

El Viejo levantó el brazo, armado con el puñal de Rodrigo Perez; pero en el mismo instante rompió el silencio de la noche una descarga de mosquetería, y como media docena de balas cruzaron silbando entre el preso y el que se proponia ser su verdugo.




Ella me ampare bajo su manto, ya que es preciso
Hiere.

Zapata comprendió al punto que le llegaba auxilio, dió un salto hácia atrás y dejándose caer en tierra, rodó por el repecho hasta la orilla del rio. El señor Correa bramó de corage al convencerse de que se le escapaba la presa; pero viendo amenazada su vida, subió al camino, y atravesándolo hácia la derecha, fué á meterse en los espesos matorrales, que forman una especie de muralla desde la puerta de *San Vicente* hasta el recodo en que da principio la vereda de la *Ronda*. Seguro ya de no ser encontrado allí y de poder dirigirse á la puerta de *San Bernardino*, ó á las de *Fuencarral y Alcalá*, si queria ir mas lejos, prefirió detenerse en aquella especie de bosque prolongado, y recorrerlo paralelamente al camino, á fin de rastrear el paradero de los dos pillos y de la dueña, y sobre todo para cerciorarse de los movimientos de la tropa, y de si ésta, por casualidad ó por torpeza, habia abandonado el tesoro que escoltaba.

Pocos pasos anduvo, cuando llegó á adquirir la prueba mas palpable de que la fortuna seguia brindándole sus favores, porque habiendo sentido pasos hácia el camino, aproximóse á él con cautela, y oyó que Reptil, cuyo acento no podia equivocar con otro, pronunciaba estas palabras:

—Tienes razon, Sanguijuela; nuestro es el oro: pero ¿qué hacemos de él y de la caballería? Los soldados volverán y..... ¡pobres de nosotros! Mas vale huir.

—No: no huyais, esclamó el Viejo precipitándose al camino y empuñando el ramal de la yegua, que llevaba Reptil. Al matorral, al matorral corriendo, que ya me contareis todo mas tarde.

La yegua se resistió obstinadamente á penetrar en los zarzales, pero la punta del puñal de Zapata, que el señor Correa empuñaba por lo que pudiera suceder, la hizo someterse. A los cuarenta ó cincuenta pasos se detuvieron en medio de la espesura, y entonces rajó el bandido las dos bolsas del seron y los talegos cayeron á tierra.

—No hay que moverse de aquí, dijo á los muchachos, porque todavía tenemos que hacer otra cosa para asegurarnos la posesion de ese oro. Os encargo que no chisteis, mientras yo despavilo este pobre animal.

Hablando así, condujo la yegua á lo mas enmarañado del bos-

que, y como á unos doscientos pasos de los pilluelos. Una vez allí, le introdujo el puñal por la garganta y en seguida le aplicó un fuerte golpe de punta en la nuca. Cayó la yegua al suelo sin sentido, y pocos momentos despues espiró.

Volvióse el Viejo al sitio en que habia dejado á Reptil y á Sanguijuela, y eligiendo el punto que le pareció mas apropósito entre los matorrales, les dijo:

—No podemos llevarnos este oro de una sola vez, y aun es conveniente que esta noche salgamos de aquí sin una pieza. Ayudadme pues á abrir un hoyo, en el cual quede enterrado, y que irá desocupándose por veces, á fin de no inspirar sospechas, si por casualidad tropezamos con gentes de justicia, que todo lo quieren averiguar. En tanto que nos entretenemos en nuestra obra, me referireis lo que os ha acontecido desde nuestra separacion.

Pusiéronse á trabajar activamente, y luego que hubieron practicado el agujero que les pareció apropósito para contener su riqueza, arrastraron los dos sacos hácia él, empujáronlos, y cubriéndolos acto continuo con gran porcion de tierra y zarzales, que arrancaron de otros sitios, quedó terminada la operacion, no sin que el Viejo colocase junto al rico depósito unas cuantas piedras, á fin de que le sirviesen para reconocerlo.

En cuanto á la aventura de los muchachos, era un rasgo de osadía, que hablaba elocuentemente en favor de la astucia y maldad de Reptil.

—Cuando resonaron los tiros, dijo éste, ya estábamos nosotros en el camino real, señor Correa, porque desde que quisisteis quedaros a solas para dar pasaporte á Zapata, me propuse espiar á la tropa. ¡Buena encomienda nos dé Dios! La tropa, ó mejor dicho, parte de ella se habia cansado de esperar, y tomando la vuelta por la orilla del rio, nos regalaba confites calientes. Me figuré que podiais haber muerto, y tambien supuse que no debia haberse separado de la yegua toda la escolta, dejándola á merced del primero que llegase. Entonces calculé de este modo: —Ea, Reptil, si el señor Correa no vive ya, consiste en que yo le he metido en el fandango; pero deja á su hija Paloma abandonada, y es preciso mirar por ella. Aquí del ingenio, y veamos si es posible pescar esas onzas de oro.

—¿Eso imaginaste? murmuró el Viejo conmovido, á pesar de su fiereza, y estrechando la mano del pilluelo.

—Eso imaginé, y en alta voz repuso éste con orgullo; testigo Sanguijuela, que no me dejará mentir. Y lo mismo que lo imaginé, lo hice. Corrí al encuentro de los soldados que custodiaban el tesoro, y les hice creer que sus camaradas se veian en apuro junto al rio, pero que si bajaban á él rectamente desde el sitio en que nos encontrábamos, no solo sacarian al sargento de un mal paso, sino que pondrian á los ladrones entre dos fuegos. La tropa no quiso escuchar mas; y á pesar de las órdenes que tenia en contrario, se precipitó hácia el Manzanares, preparando los mosquetes y encargándome que cuidase de la yegua, sin moverme de allí. ¡Qué si quieres!... Apenas desaparecieron, cuando se me reunió Sanguijuela y echamos á andar, aunque sin saber á punto fijo cómo nos habiamos de conducir, para que la empresa no se nos aguase. En esto salisteis del matorral y asunto concluido.

El Viejo juzgó conveniente alejarse de allí, por si al sargento se le antojaba, á pesar de la oscuridad, hacer una batida por el bosque. En consecuencia, se dirigieron por los zarzales á la vereda de la *Ronda,* y aunque las puertas de la coronada villa estaban cerradas hacia ya mucho tiempo, escalaron el muro por una como brecha, que desde tiempo inmemorial figuraba inmediata al postigo de *San Bernardino*. Dentro de la poblacion nada tenian que temer, por lo que se encaminaron tranquilamente á la *Bajada de los Angeles*, y aunque Sanguijuela y Reptil se empeñaron en dejar á la puerta de su casucho al padre de Paloma, no lo consintió éste, alegando que podrian encontrar alguna ronda que los llevase á la cárcel, por lo que les hizo subir, asegurándoles que habria cena para todos

¿Qué habia ocurrido entre tanto á nuestro amigo Zapata? Fácilmente se adivinará, teniendo en cuenta que la descarga de mosquetería era procedente, como ya sabemos, de los soldados, que mandaba el sargento Cigarral. Éste, que, como tampoco ignoramos, era rígido observador de la ordenanza, se mantuvo en el camino real, custodiando la yegua, por espacio de un cuarto de hora, segun el encargo terminante de Rodrigo Perez, quien le habia advertido además que, si, transcurrido dicho término, no volvia

de la observacion, á que le conducian los solapados consejos y temores de la señora Dorotea, sobre la aparicion de gente sospechosa, se moviese en su busca y auxilio con la mitad de la tropa, dejando la restante en el camino con la caballería.

El sargento obedeció estas órdenes con su acostumbrada puntualidad, y cuando bajó hácia el rio, oyó, aunque confusamente, cierto ruido, que muy pronto se convirtió en murmullo, pareciéndole ser como de gente que hablaba. Adelantóse con cautela, y á pesar de las sombras de la noche, distinguió tres bultos que subian el repecho; eran Reptil y su primo, que acababan de separarse de Zapata y del Viejo, y á quienes con gran trabajo seguia la dueña, encomendándose á todos los santos del Paraiso, no obstante ser ella la autora de la mala ventura del ex-familiar.

Poco despues atisbó el sargento otros dos bultos, y desde luego dió entrada en su imaginacion á la idea de que se hospedaba en aquella ladera del camino una legion de ladrones; por lo que sin encomendarse á Dios ni al diablo, mandó hacer fuego y en seguida volver á cargar, para repetirlo. Mas antes que esto último sucediese le advirtieron sus soldados que se movia una cosa en el repecho, y efectivamente pudo cerciorarse de que rodaba un hombre hácia el rio. Aquel hombre era Zapata, que comprendiendo se hallaba ya en salvo, se detuvo, púsose en pié y corriendo hácia el valiente Cigarral, esclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡No he escapado de mala! Desde esta noche se me figura que voy á ser eterno.

Rodeóle inmediatamente la tropa, y el sargento le preguntó con interés:

—¿Estais herido?

—No, á Dios gracias, aunque vuestro plomo ha pasado muy cerca de mí; pero sí contuso de las piedras que me han baqueteado el cuerpo al rodar.

—¿Y por qué rodasteis?

—¡Gran ocurrencia! ¿Pretenderiais que debia permanecer allá, esperando otra descarga?

—Verdad es que habia peligro; pero un soldado muere en su puesto.

—En el mio iba á morir yo, y eso que podia salvarme fácilmente.

—¡Ah! esclamó Cigarral desatando el cordel, que oprimia los brazos del ex-familiar.

—Sí, por cierto; entregando el oro, murmuró éste.

—Ya sé, amigo y señor Zapata, que teneis un corazon bien puesto. Y ahora decidme, ¿hácia qué punto están los enemigos? Porque es necesario continuar la persecucion.

—El enemigo. Hablad al menos con alguna propiedad.

—Bien: en la guerra se nombra al enemigo ó á los enemigos indistintamente.

—Aquí no, porque no hay mas que uno.

—¡Uno!

—Uno, ó para que mejor lo entendais, un hombre solo, esto es, un solo ladron.

—¡Si yo he visto tres por un lado y dos por otro!

—De los dos últimos; uno seria yo. En cuanto á los otros tres, los habreis visto acaso en figura de árboles. Puede suceder sin embargo que hayais distinguido á la infame dueña, en compañía de dos pilletes, uno de los cuales era el mismo que nos acompañó por la *Ronda*.

—Atónito me dejais, señor Zapata. ¡Pues qué! ¿La dueña nos ha hecho traicion?

—Ella ha sido la que me ha engañado indignamente, y la que tiene la culpa de nuestra detencion.

—Pues no nos detengamos mas; reunámonos al resto de la gente y prosigamos la marcha con el tesoro que escoltamos. Un hombre solo no merece la pena de que se le busque.

—¡Oh! Yo le buscaré.

—¡Silencio! dijo Cigarral. ¿Qué nuevo ruido es ese?

No habia duda; dejábanse oir pasos acompasados á retaguardia de la tropa; esta preparó las armas y ya iba el sargento á dar la voz de fuego, cuando con la mayor sorpresa conoció que los que llegaban eran los soldados, á quienes habia prevenido que custodiasen la caballería durante su ausencia.

—¿Qué habeis hecho, miserables? les preguntó furioso y como si temiese una desgracia.

—Correr á vuestro auxilio sin detenernos, le respondió un soldado.

—¡A nuestro auxilio! repitió Cigarral.

—Pues es claro; el rapaz que nos habeis enviado nos ha dicho que.....

—¡Un rapaz! gritó Zapata.

—¿Y la yegua, maldecido? añadió el sargento con acento sepulcral.

—El rapaz la cuida hasta que volvamos.

—Al camino todos; al camino y á la carrera. Si ha sucedido lo que me figuro, mañana sereis pasados por las armas.

# CAPÍTULO XLV.

En el cual se esplica que una dueña podia servir á Dios y al diablo.

El resultado de las escenas referidas en el último capítulo fué, que al rey don Cárlos, á pesar de su impaciencia, no llegó aquella noche la menor noticia del paradero de la herencia de Pimentel, ni del de Rodrigo Perez Zapata.

Esto último nada tenia de estraño, porque el ex-familiar, tan pronto como se hubo convencido de la desaparicion de la yegua y de los talegos, por la imprevision de la tropa encargada de su custodia, se separó bruscamente del sargento Cigarral, asegurándole que, muerto ó vivo, queria presentar á la justicia del rey el autor del robo.

El sargento, por su parte, reunió á sus soldados, que dispersos por el camino y por la ladera del *Manzanares*, habian andado á caza de los ladrones, y dirigiéndose con ellos á la puerta de *San Vicente*, dióse á conocer á los que la guardaban, y luego que estos la

abrieron, se encaminó directa y tranquilamente al real alcázar de Madrid, seguro de su propia irresponsabilidad en los acontecimientos de aquella malhadada noche.

Media hora despues de su llegada, ya estaba informado el rey por el presidente del Consejo de Castilla de cuanto habia ocurrido, y decia sonriéndose:

—Habia contado sin la huéspeda, al aceptar la donacion de esa magnífica suma, para invertirla en beneficio público. ¡Cómo ha de ser! El hombre pone y Dios dispone.

—¡Quién sabe, señor! contestóle el conde de Aranda. Rodrigo Perez es muy listo, y tal vez, cuando menos lo esperemos, recibamos noticias suyas.

—Muy listo es en efecto, replicó don Cárlos; pero de seguro puede darle lecciones el bribon que le ha escamoteado los dos talegos.

—Eso no obstante, Señor, confio en que Zapata los rescatará.

—Puede ser, conde, puede ser; el amor propio ofendido es un auxiliar poderoso para las empresas grandes, y nuestro ex-familiar debe hallarse á estas horas muy picado de la jugarreta.

—Y tanto, que ha jurado haber al ladron muerto ó vivo.

—Si pide ayuda, conde, será preciso dársela.

—Así se hará, Señor.

—¿Cómo se ha conducido el sargento?

—No ha hecho mas que obedecer las órdenes de Rodrigo Perez: es hombre inflexible, pundonoroso y valiente; la ordenanza es su Dios, y por no sé qué falta, tiene en arresto á seis hombres, de los doce que le han acompañado.

—Si esa falta se relaciona con el robo de los talegos, es mi voluntad que la cosa no pase de arresto. Ya sabeis, conde, que me incomoda mucho el escándalo; pues bien; mas me incomoda y me molesta el ridículo.

—Creo, Señor, que el sargento está formando sumario á esos seis hombres, y aun ha llegado á mi noticia alguna especie sobre consejo de guerra.

—¿Pues qué han hecho los infelices?

—Parece que han desobedecido una órden suya.

—¡Ah! Ese es un ataque directo á la disciplina.

—Ciertamente, y aun afirma el sargento, que esa desobediencia ha entregado el dinero á los ladrones.

—¡Cómo!.... ¡Mis soldados se han convertido en hombres viles!.... ¡Mis soldados de la guardia española en connivencia con ladrones y con gente perdida! Señor presidente, eso no puede ser.

—Señor, V. M. les hace justicia. La falta se ha cometido con la mejor intencion.....

—Esplicaos, conde.

—Con la intencion de auxiliar y aun de salvar al sargento, á quien la mitad de su gente creia sériamente comprometido.....

—Basta: dejemos que el sargento cumpla con su deber, porque tiene muchísima razon; antes que todo la ordenanza. Ya habreis comprendido, señor presidente, que me propongo perdonar á esos soldados.

—El magnánimo corazon de V. M. no puede dejar de hacerlo.

—Pero es preciso que la ley se cumpla, para que la impunidad no aliente á otros.

—Es muy justo.

—De lo cual se infiere, que esos hombres deben ser sentenciados por un consejo de guerra; pero como la sentencia ha de venir á mi aprobacion, obtendrán su gracia.

—Y bendecirán el nombre de V. M.

—Hablemos de otra cosa. Quiero que, si el ladron de los talegos cae en poder de la justicia, sea ahorcado inmediatamente, sin mas trámite que la identificacion de la persona.

—Así se hará.

—No os descuideis, conde, en dar las órdenes necesarias para que se busque á Rodrigo Perez, pues temo que le haya acontecido alguna desdicha.

—Ya están dadas, Señor, y espero noticias de un momento á otro.

—Es un buen servidor y estoy agradecido á su lealtad.

—En atencion á su celo y adhesion, he dispuesto que la policía le busque sin descanso: se me figura por lo mismo que pronto daremos con él.

El presidente del Consejo de Castilla se equivocaba de medio á medio al ofrecer á don Cárlos estas seguridades, porque no era

muy fácil ni muy hacedero tropezasen á la sazon con Zapata. La razon era sencillísima: nuestro ex-familiar se habia disfrazado de mendigo, cubriéndose de harapos y pedia limosna, por amor de Dios, con un acento quejumbroso que desgarraba el alma, al pié de las escaleras que conducian al antiguo *mentidero* de *San Felipe el Real*. Allí permaneció hasta las altas horas de la noche, y cuando ya le pareció que en Madrid no se movia una mosca, y que por lo tanto nadie podia observar sus acciones, se puso en demanda de la calle del *Ave-María*; luego que estuvo en ella, se dirigió cautelosamente á la casa del difunto Pimentel; mas no se entretuvo en hacer esfuerzos inútiles para abrir la puerta, sino que apoyándose en una reja inmediata, trepó, aun que con trabajo, hasta la ventana del primer piso, que cedia con facilidad á un fuerte empuje. Como él no ignoraba esta circunstancia especial y habia formado su proyecto con la mayor sangre fria, llevaba á prevencion un buen cuchillo y un pedazo de hierro como de cuarta y media, en forma de mango: no entraba tampoco en su cálculo alborotar la vecindad dando golpes, y así, metiendo la punta del hierro por el lado de la ventana, hácia el cual debia estar el pestillo, al paso que sostenia el equilibrio del cuerpo con una mano y con los piés, que descansaban en dos piedras salientes del muro, apretó fuertemente con la otra y el instrumento fué poco á poco abriendo brecha en la juntura de la ventana, hasta que por fin saltó la hoja, abriéndose de par en par.

Un grito de espanto y un cuerpo que cayó desplomado en medio de la habitacion helaron la sangre en el corazon de Zapata. A pesar de las grandes pruebas de serenidad y arrojo que habia dado hasta entonces, aquello le parecia increible, sobrenatural, maravilloso. En efecto, la última idea que podia ocurrirle era que habia de encontrar habitada la vivienda del difunto doctor, y habitada..... ¡por quién! Porque sus ojos azorados no le engañaban, y aquel cuerpo, del cual habia salido un grito de terror y de angustia, y que yacia al parecer exánime en medio de la habitacion, no era otro que el de una muger demasiado conocida del ex-familiar; no era otro que el de la señora Dorotea, que se le aparecia allí indudablemente por arte de encantamiento.

El instinto de su propia conservacion obligó al ex-familiar á sos-

tenerse firme y pegado, por decirlo así, á la parte esterior de la ventana, pues de lo contrario le hubiera hecho el susto precipitarse de la altura en que se hallaba. Viéndose en la necesidad de permanecer allí, para no perecer aplastado contra las losas de la calle, entró en cuentas consigo mismo, y serenándose algun tanto, empezó á creer que no era vision fantástica la que á sus atónitas miradas se ofrecia, y que bien hubiera podido suceder, que la señora Dorotea, despues de los acontecimientos de la puerta de *San Vicente*, se refugiase en la morada que habia abandonado y cuyas llaves debia conservar.

—Al ruido que he hecho con la ventana, murmuró un instante despues, me ha visto esa bribona, y temiéndolo todo de mi justa indignacion, se ha desmayado. Perfectamente..... Hé aquí un encuentro felicísimo y con el cual no contaba yo seguramente. Me proponia descansar hasta mañana, ignorado de todo el mundo, hasta de los corchetes que el conde de Aranda habrá puesto en ejercicio para buscarme, en vista de la relacion del sargento Cigarral, y entretenerme en discutir á solas un plan de operaciones, para descubrir á ese antiguo *Mendigo*, á ese último de los *Hermanos del Guadarrama*, á ese compañero del famoso Paco Ranera, cuya muerte ha querido vengar á costa de mi vida. La suerte, que nunca me desampara, me ha conducido aquí para ahorrarme la mitad del trabajo, pues por medio de esta muger podré averiguar algunas cosas interesantes.

Dicho esto, pasó una pierna por la ventana, despues la otra, y entrando en la habitacion, se dirigió resueltamente hácia la dueña, convenciéndose muy pronto de que su desvanecimiento era fingido, aunque en honor de la verdad debe consignarse que estaba temblando.

Asióla fuertemente por un brazo, la sacudió con ira, obligándola á levantarse y pronunció con irritado acento estas palabras:

—Vas á morir sin confesion, como una perra leprosa, si no me declaras la verdad.

Al oir esto, miró ella de hito en hito á Zapata, doblárónsele las piernas y cayó de rodillas murmurando:

—¡Perdon!..... ¡Perdon!

—No hay perdon para tí, miserable, si no procuras merecerlo,

gritó Rodrigo Perez, cerrando la ventana y la puerta de la habitacion, á la cual echó el cerrojo.

—Piedad..... compasion..... haré todo lo que me mandeis, dijo la dueña tartamudeando.

—A la prueba. ¿Quién te acompaña en esta casa?

—Nadie..... nadie..... he venido sola.....

—¿Lo juras?

—¡Oh!.... Sí..... lo juro.

—¿Por la salvacion de tu alma?

—Por la salvacion de mi alma.

—¡Ay de tí, si mientes! Podrán venir á acometerme, pero de seguro te encontrarán muerta.

—No.... no..... no tengo cómplices..... os digo que estoy sola y que podeis hacer de mí lo que querais. Tened misericordia de una pobre muger.

—¡Misericordia! ¿Imaginas que, á no tenerla, hubiera dejado de atravesarte el corazon con mi cuchillo? Responde, infeliz, como si estuvieses dando cuenta á Dios de tus culpas.

—Preguntadme, señor Zapata, y vereis que nada os oculto.

—¿Desde cuándo conoces al malvado que ha querido asesinarme?

—Desde esta misma noche.

—Imposible.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—Porque le has ayudado mucho en su diabólico proyecto.

—Hubiera muerto á sus manos, ó á las del pillo que le acompañaba, en caso de negativa, aunque confieso que su plan para robar los talegos tentó mi codicia, así como las ofertas que me hizo acabaron de vencer la resolucion que habia formado de cumplir con mi deber. Fuí sorprendida antes de llegar á la puerta de *San Vicente*, lleváronme al barranco de la derecha y quedé anonadada al oir que todo lo sabian; la marcha de la yegua con la escolta, espiada por otro pillo.....

—Es verdad; no tardaré en cortarle las orejas.

—Mi salida de esta casa con el objeto de encontraros, vuestra direccion al real alcázar con el caudal en onzas de oro..... en fin, cuanto se habia imaginado para asegurar el secreto de la espedi-

cion. Despues hubo insultos, amenazas y hasta un cordel para ahorcarme..... luego.....

—¿Qué? Prosigue.

—Me ofreció parte en el botin el señor Correa.

—¡El señor Correa!

—Así le llamaba el pillo.

—¿A quién?

—Al que os prendió y quiso asesinaros.

—¿En dónde vive?

—Lo ignoro. Ya os he dicho que le he encontrado esta noche por la primera vez.

—¿Conoceis á los pillos que le acompañaban?

—No.

—¿Qué se han hecho esos tres personages, despues de mi aventura?

—Tampoco lo sé. Cuando retumbaron los tiros de mosquetería, ya estaban los dos pilletes en el camino real; yo permanecí como petrificada en el repecho, y poco despues, dándome alas el temor, me dirigí hácia la puerta de *San Vicente*, que los guardianes alarmados acababan de abrir.

—¿Habeis entrado por ella?

—Sí; despues de haber hecho saber á los guardianes que la tropa del rey perseguia á una banda de ladrones.

—De modo que si me acerco hácia allí, me toman por uno de ellos y me prenden. Acerté de todo punto adelantándome hasta la puerta de *Segovia*, que nunca se cierra. Adelante..... ¿y el bribon principal?

—¿Quién?

—Ese bandido, ese malhechor, ese señor Correa.....

—Si no he vuelto á verle desde que me separé de su lado, cuando os amenazaba en el repecho.....

—¿Y la yegua?

—¡Vírgen Santísima! ¿No quedó en el camino con la tropa, cuando os adelantasteis?.....

—Cuando con tu lengua viperina, muger del infierno, fingiste una fábula para venderme. Tienes muchísima razon; en el camino quedaba entonces la yegua con la escolta; pero despues..... en fin, lo sucedido no puede ya evitarse.

Zapata, tan pronto como hubo pronunciado estas razones, se pasó la mano por la barba y cerró los ojos, como si procurase recordar alguna cosa importante. Al cabo de cinco minutos se sentó, mordiéndose los labios y murmuró estas frases:

—El señor Correa..... el señor Correa..... no hay duda..... yo he oido ese nombre antes de ahora..... pero ¿cuándo?.... ¿en qué sitio?.... Es necesario que yo recoja bien mis ideas, porque el asunto tiene grandísima importancia y..... vamos..... estoy seguro de que no me equivoco..... ¡El señor Correa!..... está sonando en mis oidos, como si acabara de oirlo pronunciar..... Meditemos..... vamos recapacitando todos los lances en que..... ¡Ah!

Al exhalar esta esclamacion, dió Rodrigo Perez un salto, que infundió mortal angustia en el ánimo de la señora Dorotea, por lo que en ademan suplicante y llena de congoja empezó á balbucear una oracion. Pero el primero no pensaba ya en castigarla por su alevosía, sino en remediar el mal que con ella habia causado á todos, y repetia entre dientes:

—Ramirez..... Ramirez..... él fué..... he encontrado lo que buscaba..... es preciso que yo vea á Ramirez..... ¡Vaya! Me acuerdo perfectamente de aquella conversacion..... Estábamos de plática en la plazuela de *Santo Domingo,* y pasó un hombre que le dijo; *Adios.* «Con Dios vaya el señor Correa,» respondió Ramirez con respeto..... aquello me chocó..... sí..... me chocó..... y pregunté á Ramirez qué especie de hombre era el tal. ¡Oh! me contestó sonriéndose; el señor Correa cuenta una larga historia de hechos, cuya relacion nos entretendria mucho..... ya hablaremos de él otro dia..... si mi memoria no es infiel, esto fué lo que dijo, y..... con todo, ese dia no llegó nunca..... Bien; es preciso que llegue y se me figura que ha llegado.

Acercándose, luego de terminado su soliloquio, á la señora Dorotea, la ordenó que se sentase, y colocándose delante de ella, la preguntó:

—¿Quereis que el rey, nuestro Señor, os perdone?

—¡Válgame Dios! esclamó la dueña. ¡Con que ya sabe el rey....

—¡Qué diablos! ¿Cómo pretenderiais que lo ignorase, si estaba con nosotros el sargento Cigarral, que se ha conducido como un asno?

—¡Ah! ¡Pobre de mí!

—Los aspavientos y lamentaciones para otra ocasion. ¿Quereis alcanzar gracia del rey D. Cárlos, por lo que habeis hecho esta noche?

—¡Pues no he de querer!

—¿Deseais que yo olvide la mala partida que me habeis jugado?

—Lo deseo con toda mi alma..... estoy arrepentida, y á costa de mi sangre, si pudiera.....

—Ya supondreis que yo no he de fiarme sin pruebas muy positivas, porque el gato escaldado..... ya me entendeis.

—Exigídmelas; nada me detendrá.

—A eso voy. Se trata de recuperar los dos talegos perdidos.

—¡Qué escucho!.... ¡Perdidos!....

—Perdidos..... sí..... el señor Correa los ha robado.

—¡Los ha robado! ¡Ha salido al fin con la suya!

—Así como yo saldré con la mia.

—Dios lo haga.

—En vuestro auxilio consiste.

—Zapata, disponed de mí á vuestro antojo, aunque me cueste la vida.

—Eso me agrada. ¿Conoceis á un tal Ramirez, portero de la Inquisicion?

—No le conozco.

—¿Le habeis oido nombrar?

—Nunca.

—Poco importa. Apenas amanezca, ireis á buscarle.

—¿Y dónde le encontraré?

—En el Santo Oficio.

—¿Es familiar?

—Portero, acabo de decir.

—Cierto; ya no me acordaba.

—Vais á representar con él la misma comedia que habeis representado conmigo.

—Lo cual significa.....

—Que es necesario engañarle.

—Con tal que esté en mi mano.....

—¡Oh! Puedo atestiguar que para eso os pintais sola.

—Señor Zapata, me habeis ofrecido olvidar.....

—Todo depende de vuestra conducta.

—Pues dadme algunas instrucciones.

—Tengo motivos para creer que Ramirez y el malvado señor Correa son amigos; el primero, que está muy enterado de la historia del segundo, desconfiará de mí si le pregunto donde vive, porque puede figurarse que deseo prenderle.

—Ya lo entiendo; quereis que se lo pregunte yo.....

—Habeis adivinado; pero es indispensable que nada sospeche.

—Nada sospechará; os lo aseguro.

—Ya lo sabia yo; sois apropósito para el caso.

—Haré todo lo que pueda.....

—No basta; le arrancareis el secreto de la morada del bandido.

—Se lo arrancaré; os lo prometo.

—¿Qué direis á Ramirez?

—Le diré..... que me indique el sitio en que pueda hablar con el señor Correa, á fin de cumunicarle noticias de sumo interés para su seguridad. Para que no dude, añadiré que ponga en conocimiento del señor Correa, sin la menor tardanza, que la señora Dorotea, dueña del difunto doctor Pimentel, necesita verle, porque intenta salvarle de un gran peligro. Como hoy he sido su cómplice y debe temer que le persigan.....

—¡Oh! Mugeres..... sois el verdadero arcano del mundo, porque nadie es capaz de conoceros. Vuestro plan me parecia magnífico y lo llevareis al pié de la letra. No se hable mas y ocupémonos ahora en tomar un corto refrigerio, para dormir en seguida dos ó tres horas, que serán poco mas ó menos las que nos quedan de noche.

Así lo hicieron, y á cosa de las siete de la mañana, despues de haberse desayunado opíparamente, partieron ambos en amor y compañia, como si nada hubiese acaecido entre ellos capaz de interrumpir sus buenas relaciones, hácia la cuesta de *Santo Domingo*. Al llegar á la calle de la Inquisicion, detúvose Rodrigo Perez en la esquina y dijo á la señora Dorotea:

—Acercaos á la portería del Santo Oficio, preguntad por Ramirez y habladle con arreglo á lo que anoche quedó concertado. Desde aquí os observo y os veré entrar y salir. Ved pues lo que os tiene cuenta y no añadais nuevo capítulo á vuestras culpas.

La dueña obedeció sin replicar, y no tardó Zapata en verla desaparecer por la puerta que daba acceso al Santo Tribunal de la Fé y á sus lóbregos encierros.

Un cuarto de hora largo tuvo de espera, y al cabo de este tiempo se reunió á él gozosa aquella muger, que despues de haber hecho traicion al ex-familiar, aceptaba de éste el encargo de vender á su último aliado.

—Ya podeis estar seguro de echarle el guante, esclamó con júbilo; ya le tenemos, y me pagará el susto que anoche me hizo pasar, así como la mala accion que me obligó á cometer.

—Silencio, señora Dorotea, que pueden oiros y aun prenderos los de justicia por lo de anoche, repuso tranquilamente Zapata; en tal caso, de poco os serviria mi proteccion. Vamos andando, y referidme las noticias que hayais adquirido de ese buen Ramirez.

La dueña no se hizo de rogar y refirió á su acompañante lo que el portero de la Inquisicion le habia dicho. El tal portero Ramirez era aquel amigo del señor Correa, antiguo bribon, como él, que tanto habia contribuido á la fuga de Paloma, facilitando á su padre los medios de introducirse en el calabozo que ocupaba. Engañado torpemente por la fingida ansiedad de la señora Dorotea, que aparentaba un interés verdadero en favor del *Hermano del Guadarrama*, no tuvo reparo en descubrir su retiro, cuyas señas tuvo ella gran cuidado de repetir á Zapata, añadiéndole:

—Segun mis informes, parece que la ocasion mas segura de cogerle en su ratonera es de noche, porque durante el dia sale á sus escursiones. ¿Conoceis la taberna del *Nuevo Raposo*?

—Sí, por cierto; no estamos muy lejos de ella.

—Pues allí ó en la *bajada de los Angeles* le encontrareis.

—Corriente: venid conmigo.

—¿A dónde?

—A la calle del *Ave-María* y pronto.

—¿Que temeis?

—Que nos encuentre, que nos conozca y se salve.

—¿Contais con auxilios para prenderle?

—Sí; con los vuestros.

—¡Con los mios! ¿Qué puedo hacer yo?

—Mucho. ¿No me pusisteis en sus manos? Pues esta noche lo pondreis en las mias.

—¿De qué modo?

—Ya os lo esplicaré; alejémonos de aquí.

Apretó Zapata el paso, siguiéndole la señora Dorotea, y atravesando calles poco frecuentadas, llegaron á la del *Ave-María*, instalándose nuevamente en la que habia sido tranquila morada del doctor Pimentel.

En ella permanecieron hasta las ocho de la noche, hora en que se encaminaron recatadamente hácia la *bajada de los Angeles*. Una vez allí, fácil les fué dar con el casucho del señor Correa, en cuyo acecho se apostó Zapata, en tanto que la dueña se dirigió á la taberna del *Nuevo Raposo*. Mas no tardó en reunirse al ex-familiar, á quien dijo:

—No está allí, ni le han visto en todo el santo dia de Dios.

—Bueno, repuso Rodrigo Perez; eso quiere decir que alguna enfermedad le obliga á permanecer en su agujero. ¿Qué me importa? Le cogeré muerto ó vivo. Vamos, llamad y avisadme cuando sea tiempo de acudir.

Llamó en efecto la dueña á la puerta del Viejo y pocos instantes despues bajó Paloma con luz y abrió. Acto contínuo y encontrándose con una muger estraña, preguntó entre avergonzada y confusa:

—¿Qué quereis?.... ¿A quién buscais?

—Hé ahí, hija mia, dos preguntas, respondió la señora Dorotea, á las cuales debo contestar por órden; esto es, primero á quien busco, y segundo, lo que quiero. Pues bien, busco al señor Correa, y quiero salvarle.

—¡Dios mio!..... ¡Salvarle!.... esclamó la jóven con angustia. ¡Pues qué!.... ¡Van á prenderle!....

—Sí, por cierto, hija mia; á prenderle van, si yo no lo remedio. Pero es mal sitio á estas horas el quicio de una puerta de calle. Entremos, para que yo pueda hablar con el señor Correa y... ¿es, por ventura, vuestro padre?

—Sí, murmuró Paloma; mi padre es..... ¿os conoce?

—¡Vaya! Preguntadle si se acuerda del importante servicio que la señora Dorotea le prestó anoche.

—Entrad, entrad y le esperareis, refiriéndome entre tanto los peligros que le amenazan.

—¡Cómo!.... ¿Está ausente?

—Sí, y volverá tarde.

—¿A qué hora?

—¡Oh! ¿Quién puede asegurarlo? A las doce..... á la una..... á las dos.....

—No puedo detenerme y necesito encontrarle; de lo contrario, no respondo de su vida.

—¡Cielos!.... ¿Será verdad?

—Tan verdad como que el presidente del Consejo de Castilla se ha empeñado en ahorcarle.

—¡La Vírgen Santísima le proteja!.... ¿Qué hemos de hacer?

—Una cosa muy sencilla. ¿En dónde se halla?

—No lo sé.

—Imposible.

—Creedlo. Al salir, despues de haber cenado, me ha dicho que no iba á la taberna, segun su costumbre de todas las noches, sino á un negocio urgente, y que volveria tarde, muy tarde.

—¿Ha marchado solo?

—No: en compañía de dos muchachos.

—Ya; uno de ellos será Reptil.

—¿Le conoceis?

—¡Qué pregunta! Lo mismo que conozco al señor Correa. Vaya, hija mia, me decido á esperar á este último por su propio bien; pero como no he venido sola, confio en que no rechazareis á la persona que me acompaña.

—Yo.... no..... no la rechazo; mas como mi padre me tiene prevenido.....

—Lo entiendo; que á nadie recibais. Sin embargo, esa persona es la que todo puede hacer para que la justicia no se acuerde por ahora del señor Correa. Ya conoceis que no es prudente disgustarle.

—¡Oh!..... No; acérquese y entre; subid con él.

La señora Dorotea hizo una seña al ex-familiar, que se adelantó, y ambos subieron á la cocina del señor Correa, alumbrados por Paloma, que cerró con cuidado la puerta de la calle.

Una vez dueño del castillo, encerró Zapata á la jóven en su mismo dormitorio, amenazándola con que la mataria, si daba una voz.

Dejó á la dueña en la cocina de centinela, y provisto de luz y de un cordel, bajó al zaguan y esperó.

Dieron las doce de la noche.... pasó una hora.... despues otra...

Las tres serian cuando llamaron suavemente á la puerta. Zapata no abrió, pero colocó la luz de modo que pudiese ser vista desde la parte esterior: esta maniobra engañó completamente al que llegaba, porque acercando los labios á la cerradura, dijo con acento claro y sonoro:

—Somos nosotros, Paloma.

Zapata abrió la puerta recatándose y entraron Sanguijuela y Reptil, de quienes no hizo caso alguno; mas no bien puso el señor Correa los piés en el zaguan, cuando arrojándose sobre él de improviso, le derribó en tierra y echándole al cuello el cordel con un nudo corredizo, que tenia preparado, se lo apretó hasta el estremo de obligarle á pedir misericordia. Entonces le ató los brazos fuertemente con la otra punta del cordel, cerró la puerta de la calle, y mandó al señor Correa y á los pilluelos que subiesen á la cocina. Los tres obedecieron sin chistar.

# CAPÍTULO XLVI.

El padre en la cárcel y la hija en palacio.

Sobrecogidos de espanto Reptil y Sanguijuela, al ver la facilidad con que Zapata habia dado cuenta del Viejo, maniatándolo en un dos por tres, agacharon las orejas, y á pesar de su precoz perversidad y osadía, á nada se atrevieron contra el hombre, que solo y sin armas acababa de derribar al temible señor Correa.

Rodrigo Perez registró á los dos pillos y les ocupó un par de sendos puñales; despues recobró el suyo, sacándolo del cinto del Viejo, que bramaba de cólera, al considerar que se hallaba á merced de un enemigo implacable.

Y no iba muy descaminado en esto último, porque Zapata estaba decidido á recuperar los talegos robados y á ahorcar al ladron. A fin de perder el menor tiempo posible, constituyóse en juez, y sentándose tranquilamente en el escaño de la cocina, junto á la señora Dorotea, que á duras penas podia respirar, pronunció estas razones:

—Obro en virtud de facultades que tengo de S. M. el rey nuestro Señor, y por lo tanto os advierto á los tres que el que se mueva perderá la vida en el acto. Tú, á quien llaman el señor Correa, responde á las preguntas que voy á dirigirte.

El Viejo rugió como un leon enjaulado, y replicó con ronco acento:

—Eres el mas fuerte, miserable Zapata, y ahora conozco que hice muy mal anoche en no darte de puñaladas. Bueno..... bueno..... He perdido la partida.

—Te mando que contestes á mis preguntas, repuso Zapata ardiendo en ira; de lo contrario, peor para tí.

—¡Ah! ¿Y si contesto?

—Si contestas..... pero no puedes pasar por otro camino, porque estás en mi poder.

—¿Y eso qué importa? Figúrate que se me antoja callar.....

—Imposible: es preciso que hables, ó que mueras á mis manos.

—Lo segundo consiste en tu voluntad; lo primero en la mia.

—Y tu voluntad..... ¿se inclina á responderme?

—Con tal que sea razonable lo que me preguntes.....

—Declárame el sitio en que se hallan los dos talegos de oro, que robaste anoche.

—¡Oh! Mal principio es ese, compadre Zapata, porque ¿de dónde has sacado que yo los robé?

—¿De dónde? Supongo que no me tendrás por necio ni por falto de sentido comun. Tú y yo sabemos perfectamente lo que aconteció anoche, en las afueras de la puerta de *San Vicente*. Tambien está enterada de todo la señora Dorotea, que nos escucha y esos bribonzuelos, aprendices de galeotes, que te ayudaron con empeño en tus infernales maniobras. Repito, pues, que necesito enterarme del sitio que oculta las onzas de los talegos.

—¿Para qué?

—Para apoderarme de ellas.

—¿Y yo?

—No te entiendo.

—Pues no me parece tan difícil.

—Sin embargo.....

—Quiero decir..... ¿cuál será mi suerte?

—¡Hola! Ya tienes miedo.....

—Búscame un hombre que no lo tenga.

—¡Bah! Lo que puedo asegurarte es que te ahorcarán.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—En tal caso echaré un nudo á la lengua, y se ignorará el paradero de las onzas de oro.

—Es que..... si callas te mataré aquí, ahora mismo.

—Tanto mejor, pues me ahorrarás setenta y dos horas mortales de capilla.

—¿Estás resuelto?

—¿A qué?

—A no declarar.

—¿Y tú?

—Yo.....

—Sí.... ¿á asesinarme cobardemente?

—Acuérdate de que anoche te proponias hacer conmigo otro tanto.

—No es cierto: te dí á escoger.

—¡Buena eleccion!

—Buena ó mala ofrecí dejarte la vida, si me entregabas el dinero que conducia la yegua. Fuí mas generoso que tú, aunque tenia que vengar la muerte de un amigo.

—Tus razones me hacen fuerza, y á pesar de que conozco tu maldad, no has de ganarme en cortesía. Si me revelas en dónde están las onzas, intercederé con el conde de Aranda y con el rey en tu favor.

—No, Zapata; harás otra cosa.

—¿Cuál?

—Me dejarás libre esta misma noche.

—¿Lo crees?

—Sin duda, porque te daré parte en el botin, las onzas pasarán como robadas y viviremos todos.

—No admito la proposicion, soy un hombre honrado, un leal servidor del rey, y necesito ese oro para entregárselo.

—Y me necesitas á mí para entregarme al verdugo..... ¿no es eso?

—Ya he dicho que te recomendaré á la clemencia de S. M.

—Guarda tu recomendacion y guarde el rey su clemencia, que yo tambien guardaré mi secreto.

—¿Te obstinas en callar?

—Me obstino.

—Irás á la horca.

—Iré.

—Y no te acompañarán esos dos pilletes, que sin duda son tus hijos, porque no tienen la edad que las leyes señalan para el cordel; pero arrastrarán grillete mientras vivan.

—¡Misericordia! esclamó Sanguijuela.

—No somos sus hijos, añadió Reptil.

—Tanto peor, dijo sentenciosamente Zapata.

—¿Y si descubrimos el paradero del oro? preguntó el primero.

—¡Oh! Sereis perdonados.

—Mira lo que haces, maldecido; gritó el Viejo con rabia. Si cantas, te pierdes.

—No tal, yo os lo juro, repuso Rodrigo Perez. Esta misma noche quedareis los dos libres, si cumplís vuestra palabra.

—Vamos á celebrar un pacto, observó Reptil.

—Habla.

—Para saber donde están las onzas, no nos necesitais á los dos; con uno os basta: quede pues desde luego en libertad el otro.

—Acepto.

—Pues bien, Sanguijuela, busca á Paloma, que va á quedar sin arrimo y sírvele de hermano. Yo guiaré al señor Zapata al matorral de la puerta de *San Vicente*.

—¡Infame!.... ¡Mal nacido!.... ¡Hijo de Lucifer!.... ¡Dios te maldiga!.... murmuró el Viejo rechinando los dientes.

Zápata oyó ruido de pasos en la calle, se acercó á una ventanilla, la abrió y viendo que pasaban varios hombres embozados por la *bajada de los Angeles*, sospechó lo que aquello podia ser, y les gritó:

—¡Favor al rey!

Los hombres se detuvieron, Rodrigo Perez cogió la luz y bajó al zaguan, para abrirles la puerta de la calle. Entraron todos y preguntó el ex-familiar.

—¿Quién es el gefe de esta ronda?

—Aquí está, respondió un moceton de poblada barba y bigote récio.

—Bien venido: arriba hay una pieza, que es preciso poner á buen recaudo.

—Se pondrá; pero ¿quién lo manda?

—El rey nuestro Señor, y yo en su real nombre. Es un facineroso, que anoche robó caudales del Estado, y á quien la justicia ahorcará probablemente mañana.

—Pues á la cárcel de corte con él.

—¿De cuánta gente se compone la ronda?

—De quince.

—Cinco bastarán para llevar ese malhechor á la cárcel; los otros diez irán conmigo á rescatar la suma robada, para entregársela al rey. Os da esta órden por S. M. el agente secreto Rodrigo Perez Zapata.

El cabo de la ronda se dirigió á la cocina, y apoderándose del Viejo, lo entregó á cuatro esbirros, á cuyo frente se puso, encaminándose hácia la cárcel, y dejando los otros diez á disposicion del ex-familiar.

Este dijo entonces á Sanguijuela:

—Eres libre; huye de aquí y escarmienta con lo que has presenciado esta noche.

—¡Ah! esclamó el pillo; permitidme que aguarde la vuelta de Paloma, para consolarla.

—Paloma, si es la que yo supongo, está en ese aposento. Puedes quedarte y con eso acompañarás tambien á la señora Dorotea.

El muchacho se sonrió diabólicamente, porque habia formado su plan, mientras Zapata añadia dirigiéndose á Reptil:

—Tú eres nuestro guia; ponte en marcha y cuidado con engañarme. Ya ves que yo cumplo fielmente lo estipulado.

Reptil, Zapata y los diez de la ronda echaron á andar hácia la puerta de *San Vicente*, proveyéndose antes de dos caballerías. El nombre del rey allanó las dificultades que al principio opusieron los guardadores de aquella entrada de Madrid, para dejar libre el paso á Rodrigo Perez, y una vez llegado al matorral de la derecha del camino con su gente, no le fué difícil al pilluelo acertar con el hoyo, en que habia ayudado á enterrar la herencia del doctor Pi-

mentel. Aquella misma noche fué desenterrada y conducida á palacio con gran satisfaccion del rey Cárlos III, del conde de Aranda y sobre todo del ex-familiar, que con el rescate del oro y la prision del señor Correa, habia puesto, como suele decirse, una pica en Flandes.

Entre tanto habia tenido lugar en el casucho del señor Correa una escena horrible.

Despues de la marcha de Rodrigo Perez, de Reptil y de los esbirros, Sanguijuela cerró la puerta de la calle, y volviendo á la cocina, se colocó enfrente de la señora Dorotea, cruzándose de brazos y mirándola de hito en hito. Entonces comprendió aquella muger traidora para todos, que habia cometido una imprudencia, en el hecho de quedarse en compañía del pilluelo. El miedo y su conciencia la revelaron que algo tenia que temer de aquella mirada tenaz, profunda, devoradora, que se clavaba en ella, y aunque estaba decidida á defenderse, no pudo menos de conocer que, al lado de Paloma, por mas que para ella fuese una jóven estraña, estaria mucho mas segura. Levantóse, no sin temblar, para dirigirse al dormitorio de la hija del Viejo, pero saliendo Sanguijuela de su inmovilidad, la detuvo diciendo:

—¿A dónde vamos, buena muger?

—A consolar á esa pobre muchacha, respondió la dueña balbuceando. ¿No has visto que se llevan preso á su padre?

—Sí..... se lo llevan ahora, para ahorcarlo despues; pero..... ¿quién tiene la culpa?

La señora Dorotea no encontró palabras que pronunciar.

—Os hemos encontrado aquí con Zapata en acecho de nuestra venida, prosiguió el bribon; despues de haberle vendido, nos vendeis á nosotros..... respondedme ¿quién tiene la culpa?

—Pero tú estás libre..... articuló la dueña con trabajo.

—Sí; libre estoy..... es verdad..... mas las onzas, que sabeis han volado, ó van á volar muy pronto..... ¿quién tiene la culpa?

—Tu compañero ha ofrecido entregarlas, para que los dos quedeis en paz y sin ir á la cárcel.

—Reptil no podia hacer otra cosa, por el apuro en que nos veiamos. O descubrir el paradero del oro, ó arrastrar el grillete. ¿Quién tiene la culpa?

—Ea, no pienses en eso, y déjame ver á esa desgraciada jóven.

—¿En dónde está?

—¿No has oido á Zapata que en su dormitorio?

—Se me habia olvidado. Entremos.

Hiciéronlo así y se presentó á su vista un tristísimo espectáculo. La infeliz Paloma yacia tendida en el suelo, sin sentido y yerta. Parecia un cadáver.....

Sanguijuela corrió á la cocina, cogió el botijo del agua, roció el rostro de la jóven, la sacudió con fuerza, y al cabo consiguió que abriese los ojos. Algunos instantes despues recobró el sentimiento y la memoria, y recordando lo poco que habia llegado á sus oidos, antes que perdiese el conocimiento, esclamó desesperada:

—¡Ahorcan á mi padre!..... ¡Dios de misericordia y de justicia!... Tened piedad de su alma.....

—Paloma, dijo Sanguijuela con resolucion, nada sacarás con angustiarte de ese modo, y es preciso tomar las cosas segun y conforme vienen. Es casi seguro que ahorcarán á tu padre, porque al fin y al cabo está preso á estas horas y sus cuentas con la justicia contienen muchos embrollos; pero te queda un consuelo.

—¡Consuelo para mí! murmuró Paloma deshecha en llanto y ocultando el rostro entre sus rodillas. Ya no lo hay, ya no puede haberlo en el mundo.

—Yo te aseguro que sí, y si no me crees, pregúntaselo á la señora Dorotea, que está presente.

—Yo..... murmuró la dueña temblando, al observar la iracunda mirada del pilluelo. Yo..... nada puedo decir.....

—Porque habeis dicho y hecho bastante para la perdicion de todos, replicó Sanguijuela; pero tened entendido que vais á pagarlas todas juntas. Mira, Paloma; el consuelo de que te he hablado es la venganza.

—¡La venganza!..... esclamó la jóven entre sollozos.

—Sí, la venganza: esta infame arpía ha delatado á tu padre; despues de haber sido su cómplice, y es preciso que no salga viva de aquí.

—¡Ah!.... Sin duda es el instrumento de que se ha valido Dios, repuso Paloma con dolorosa resignacion. Cúmplase su santísima voluntad.

—¿Con esa embajada sales ahora?

—¿Y qué remedio?

—No te he hablado de remedio ninguno, sino de que te consueles.

—Sanguijuela, yo no sé vengarme; no puedo hacer mas que perdonar.

—Pues bien; á mí me toca.

El pillo se abalanzó de repente al cuello de la señora Dorotea y enlazándolo entre sus manos, como si se lo apretase con unas tenazas, la privó de gritar, para pedir auxilio, y poco despues de la respiracion. La infeliz se debatia horriblemente, sus uñas se clavaban en los brazos de Sanguijuela; pero éste se habia propuesto no desprenderse de su presa y no tardó en contemplarla exánime. Cuando Paloma, dando treguas á su desesperacion, pudo acudir é interponerse entre el asesino y la víctima, era ya tarde. La dueña yacia completamente estrangulada y el pillo se sonreia satisfecho. Entonces la jóven le miró con horror y pronunció estas palabras:

—¡Casa maldecida!.... ¡Noche de execracion!.... Huyamos.

Y desapareciendo del dormitorio, que acababa de ser teatro de tan horrible escena, bajó al zaguan y huyó del casucho, primero á la ventura, y despues, guiada por el instinto de su propia conservacion, hácia la morada de una distinguida señora, que vivia en la calle del *Arenal*, y á la que era deudora de escelentes consejos y mercedes. Aquella dama la acogió con benevolencia, como que hacia justicia á su candor y á sus virtudes; y enterada de cuanto habia ocurrido, la ofreció interponer su valimiento con el conde de Aranda en favor de su padre; promesa que cumplió aquella misma noche, escribiendo al presidente del Consejo de Castilla una carta que contenia toda la historia de Paloma.

Sanguijuela tambien huyó del casucho de la *bajada de los Angeles*, y aunque en un principio procuró rastrear el paradero de Paloma, á fin de obligarla á que, por voluntad ó por fuerza, callase lo que habia visto, se convenció muy pronto de que su empresa no era fácil; antes por el contrario podia acontecer que él mismo cayese en medio de alguna ronda y se encontrase en la cárcel, donde probablemente se descubririan tanto su reciente crímen, como otras bribonadas anteriores.

A las diez de la mañana del siguiente dia, entraron un alcalde de casa y corte, un escribano y Rodrigo Perez Zapata en un calabozo de la cárcel.

En aquel calabozo estaba desde la noche anterior el último de los *Hermanos de la Montaña*.

Levantóse de su tarima, tan pronto como se abrió la puerta de su encierro, y preguntó á los que llegaban si iban á buscarle, para conducirle al suplicio.

El juez le tranquilizó, asegurándole que solo se trataba de tomarle declaracion.

—Inútil será lo que se escriba, dijo el preso, porque al fin y postre me han de ahorcar. Así, cuanto antes, mejor.

—Con todo, nadie sabe lo que puede resultar de un sumario, por breve que este sea, repuso el alcalde; de lo cual se deduce que, mientras no hay sentencia, hay esperanza.

—¡Ah!.... ¿Con que no estoy sentenciado todavia?

—¡Sentenciado!.... ¡Sentenciado un presunto reo, sin que declare!.... ¿Cuándo se ha visto?

—Perdonad; pero como he visto á Zapata á vuestro lado, y ese hombre es un verdadero verdugo..... creia.....

—A nadie insulteis, pues os tendrá cuenta. El señor Rodrigo Perez me acompaña para identificar vuestra persona.

—Pues que lo haga, si puede; pronto vereis como queda por embustero.

—Luego se verá. Procedamos por órden, y comenzad haciendo con dos dedos la señal de la cruz.

—Ya está hecha.

—¿Jurais decir verdad en todo cuanto supiereis de lo que os fuere preguntado?

—Sí, juro.

—Si así lo hiciereis, Dios os lo premie, y sino os lo demande.

—Amen.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—José Correa.

—¿Qué edad teneis?

—Hace ya muchos años que perdí la fé de bautismo.

—Bien; pero poco mas ó menos....

—Poned cincuenta años, ó sesenta, ó cien; para el caso es igual.

—¿Vuestro estado?

—Viudo de una santa muger.

—¿Teneis hijos?

—Una hija, que es otra santa.

—¿En dónde se encuentra ahora?

—¡Quién lo sabe, señor juez!.... La infeliz va á quedar desamparada en el mundo.... Solo por ella siento dejar esta miserable vida.

—Eso quiere decir que os acosan remordimientos y es muy buena señal. Confesad todos vuestros crímenes sínceramente, y tal vez el rey nuestro Señor se apiadará de vuestra desgraciada situacion.

—¡Mis crímenes!.... Ese los conoce.

—¿Quién?

—Zapata; y tambien sabe que el rey ha de mandar que me ahorquen sin misericordia.

—¿Qué decís á eso, señor Rodrigo Perez?

—Que ignoro la vida de este hombre, á quien nunca he visto hasta el lance en las afueras de la puerta de *San Vicente*, respondió el ex-familiar con aplomo.

—Escríbanse sus palabras, señor juez, repuso el preso con satánica alegria.

—Escritas quedan, dijo el alcalde de casa y corte. ¿Qué teneis que replicar á ellas?

—Que falta á la verdad quien las ha pronunciado.

—Luego creeis que el señor Zapata os ha conocido antes de ahora....

—Ciertamente, y sostengo que me ha conocido como ladron.

—¡Yo!... esclamó Rodrigo Perez santiguándose.

—Tú... tú... supuesto que me acometiste cierta noche y me asestaste una puñalada dejándome por muerto.

—¡Impostura!

—¿Y lo niegas aun? ¿Niegas haber visto al Viejo, tendido y espirando, hace ya tiempo, entre el lodo de la calle del *Ave-María?* ¿Niegas haberle dado una cuchillada tremenda, cuando él se proponia hacer otro tanto contigo?

—El Viejo.... el Viejo.... murmuró Zapata, es verdad que maté á ese bandido....

—No... no le mataste.... la voz corrió de que habia muerto.... pero no faltó una alma caritativa que le socorriese.... el Zurdo andaba por allí.... si pudiese hablar ahora, atestiguaria lo que estoy diciendo y haria ver á todo el mundo que el Viejo, antiguo *Mendigo* de Madrid y uno de los gefes de la barriada del *Barranco*, y el último de los *Hermanos del Guadarrama* son una misma persona, y que esa persona soy yo.

Hízose atrás Rodrigo Perez involuntariamente y como rechazado por la centelleante mirada del bandido, á quien al mismo tiempo preguntó el alcalde de casa y corte:

—¿Qué se ha hecho de ese hombre, que habeis citado con el apodo del Zurdo?

—Se halla en la eternidad, respondió el Viejo sosegadamente. Quiso violentar á mi hija Paloma, y le castigué como merecia.

—¿Os confesais autor de su muerte?

—Sí: pero supongo que no estoy aquí por eso.

—Estais por haber robado caudales del rey.

—Ignoraba que lo fuesen.

—¿Qué replicais, señor Rodrigo Perez?

—Digo, contestó Zapata, que la señora Dorotea instruyó al preso de toda la historia correspondiente á esos caudales.

—¿Cómo lo sabeis?

—Porque la dueña me lo ha dicho.

—¿En dónde se halla?

—Lo ignoro. Anoche quedó en la cocina del preso, cuando.....

—No prosigais: antes de venir á este sitio, he recibido denuncia de que esa muger fué asesinada anoche en un casucho de la *bajada de los Angeles*.

—¡En mi casa! esclamó el Viejo.

—¿Qué significa esa esclamacion? le preguntó severamente el juez.

—Significa que ha llevado su merecido.

—¿Sois cómplice en su muerte?

—¡Bah! Si lo fuese, no lo negaria; pero Zapata ha dicho ya que la dueña quedaba en mi casa, y en efecto allí permanecia, cuando me trajeron á la cárcel.

—Bien podiais haber preparado antes alguna trama contra ella.

—Me reservé esa venganza para mejor ocasion, se entiende, si lograba salir del aprieto en que estaba metido. Lo mismo he pensado respecto á Zapata.

—De modo que si os vierais libre, atentariais contra la existencia del señor Rodrigo Perez.

—Es muy problable, supuesto que por él me encuentro aquí. Os aseguro sin embargo que tambien me las pagará todas juntas, si no me ahorcan pronto.

El juez, no bien hubo escuchado estas razones, cuando llamando al carcelero, ordenó que fuese registrado escrupulosamente el preso, por si ocultaba algun arma, operacion que ya se habia hecho al encerrarlo en su calabozo. Nada se le encontró, y el juez atribuyó sus palabras al ódio que naturalmente debia inspirarle Zapata.

El resto del interrogatorio nada ofreció de notable. Media hora despues fallaba el alcalde de casa y corte que José Correa, conocido por el Viejo, debia ser ahorcado y descuartizado en la plaza de la *Cebada* para escarmiento de malhechores.

Cuando llevó la sentencia á la aprobacion del rey, encontrábase éste en disposicion de abandonar su real cámara, para dirigirse, con el presidente del Consejo, á la capilla de palacio, á fin de asistir á una misa de *requiem*, que debia celebrarse en ella por el alma del nunca bastante llorado infante don Gabriel. El magistrado, luego de tomar su vénia, le presentó el fallo, y don Cárlos, despues de enterarse minuciosamente de todos los trámites de la causa, seguida y sustanciada en pocas horas contra el Viejo, dijo al conde de Aranda:

—Me parece que no tendré remordimientos, si apruebo este fallo.

—Señor, le contestó el presidente, los crímenes de ese hombre están probados plenamente; es un malhechor convicto y confeso: pero V. M. puede hacerle gracia de la vida, en méritos de esa persona que.....

—Veo aquí por sus declaraciones, le interrumpió el rey, que José Correa es un malvado incorregible; lejos de dar la menor muestra de arrepentimiento, se complace, por el contrario, con el

recuerdo de sus delitos, y espera cometer otros mayores tal vez, si se libra de la muerte. El perdonarle seria dañoso á la sociedad. No olvideis, conde, que es un antiguo *Mendigo*, uno de esos terribles *Hermanos de la Montaña* ó *del Guadarrama*, y que todos los de su bando, que han caido en poder de mi justicia, han purgado sus maldades. José Correa tenia entre ellos la categoría de gefe. ¿Cómo pues he de perdonarle, cuando sabeis que mi conciencia no me permitió acceder á los ruegos del doctor Pimentel, en favor de otro que desgraciadamente..... Dadme la pluma; no puedo menos que firmar esta sentencia.

El presidente le alargó la pluma, y don Cárlos escribió su nombre al pié de la fórmula de aprobacion, que ya iba puesta en el proceso.

Retiróse el alcalde de casa y corte, y entonces preguntó el de Aranda al rey:

—¿Quiere V. M. pasar á la real capilla?

—Ya me habeis dicho lo mismo otras dos veces antes que viniese el magistrado, le respondió el monarca: sin duda teneis mucha prisa en sacarme de aquí.

—¿Lo cree V. M.?

—Lo creo, porque se me figura que es temprano para asistir á la misa.

—Al contrario, Señor; me parece que la funcion debiera empezar, si ha de concluir á buena hora.

—Vamos pues. ¡Ah! ¿No me habeis dicho que la hija de José Correa es un dechado de pureza y de hermosura?

—Así es la verdad, Señor; hoy me he convencido de ello por mí mismo, en la casa de una señora, amiga mia, que la ha amparado en su desgracia.

—Pues yo tambien quiero verla.

—La verá pronto V. M.

—Cuento con vuestra palabra, conde. Salgamos para que empiece cuanto antes la misa.

Dejó don Cárlos la cámara real y se dirigió, acompañado del presidente del Consejo, y sin ostentacion alguna, hácia la galería principal del alcázar. Al entrar en ella estrañó no ver el piquete de la guardia española, que siempre la guarnecia: el conde de Aran-

da lo habia hecho retirar al otro estremo, inmediato á la puerta de la capilla, con motivo de la funcion; mas apenas hubo dado al rey estas esplicaciones, se separó de su lado quedándose algo atrás. Entonces se destacó del hueco de una de las grandes y rasgadas ventanas de la galería una jóven, una niña mas bien, hermosa como el sol, melancólica como el último suspiro de una madre, pura como su primera sonrisa, cubierta de harapos, llorosa, desesperada. Su primera accion fué santiguarse; la segunda arrojarse á los piés del rey y abrazar sus rodillas.

—¿Quién eres?.... la preguntó don Cárlos conmovido.

—Paloma.....soy Paloma, Señor..... van á matar al Viejo..... murmuró ella dulcemente.

—¡El Viejo!.... ¿Quién es el Viejo?

—Señor, mi padre.... José Correa.....

—¡Ah! esclamó el rey, mirando al conde de Aranda. ¿Y qué quieres de mí, pobre niña?

—El perdon de mi padre..... solo V. M. puede otorgarlo; mi deber es no separarme de vuestras plantas hasta conseguirlo.

—Hija mia, alza del suelo; tu padre será ahorcado por sus crímenes y tú premiada por tus virtudes.

Paloma arrojó un grito agudo, un grito del alma, y cayó sin conocimiento sobre el enlosado.

—Conde, dijo el rey: el cielo la envia para salvar á su padre. Ordenareis que se suspenda la ejecucion de José Correa.



Alza del suelo, hija mia; tu padre será ahorcado por sus crímenes, y tú premiada por tus virtudes.

# CAPÍTULO XLVII.

La venganza de José Correa.

A la caida de la tarde del dia mismo, en que el rey don Cárlos, compadeciéndose de la desgracia de Paloma, habia dispuesto que se suspendiese la ejecucion de su padre, platicaban gravemente dos personages conocidos del lector en los soportales de la plazuela de *Santa Cruz*, que daban y dan frente al edificio llamado de la *Audiencia*, el mismo en cuyo costado derecho se hallaba la cárcel de corte.

Aquellos personages trataban indudablemente de asuntos gravísimos, supuesto que ponian especial cuidado en que no se oyese su conversacion, al mismo tiempo que con marcada curiosidad y cautela examinaban de vez en cuando todos los alrededores, lo cual daba á entender claramente que abrigaban algun temor de ser sorprendidos.

—Te digo y te repito que lo ahorcarán, insistia uno de ellos, prosiguiendo al parecer una discusion comenzada.

—De otras como esa ha salido con bien, replicaba el otro, y se me figura que todavia no ha llegado su hora. Es hombre de grandes recursos y á poco que se descuiden les ganará la partida.

—Aunque sea el mismo diablo en persona, no le han de valer hoy sus artes, porque ha caido en muy malas manos.

—Ya estoy..... en las de Zapata ¿eh?

—Precisamente; y Zapata le tiene ojeriza.

—Como que el señor Correa trató de darle pasaporte para el otro barrio.....

—La cosa viene de tiempos atrás.

—¿Con que ya se conocian?

—Parece que sí. El tal Zapata mató á Paco Ranera, que segun dicen, era hombre de pelo en pecho, y además compadre y amigo del señor Correa. Éste, por su parte, queria vengar aquella muerte.....

—Vamos; ahora lo comprendo todo.

—Pero la suerte ha favorecido á Zapata y..... ya lo ves; el señor Correa está preso y por consiguiente será ahorcado.

—Hombre..... ¿qué quieres que te diga? Es fácil que aun le veamos tomar parte en algunos negocios de provecho, y dirigirnos en árduas empresas.

—¿Lo crees así?

—Así lo creo.

—Pues suponiendo que la justicia del rey no le haga bailar en el aire, y que luego se dé trazas para recobrar su libertad, desde ahora renuncio á su trato.

—Vamos..... temes su enojo.....

—¿Yo?.... ¿Por qué?

—Porque al fin y al cabo, descubriste á Zapata el secreto de las onzas.

—Es que..... tú consentiste en el pacto.

—Sin duda; no lo niego.

—De donde resulta que tambien estará enojado contigo.

—Verdad es; pero como no habia otro medio para salvarnos y para trabajar por él.....

—Disculpas de mal pagador, que no nos agradecerá; porque al fin ¿qué hemos hecho para sacarle de apuros?

—Yo..... algo.

—¿Qué? Cuéntame eso.

—Le he visto.

—¿Nada mas? ¿Cómo se encuentra?

—Anoche le pusieron en capilla.

—Ya te lo decia yo; lo ahorcarán sin remedio.

—¡Quién sabe! La capilla no es la horca.

—¿Has hablado con él?

—No: me acerqué esta mañana muy temprano á la reja, y empezé á llorar á lágrima viva, lanzando unos sollozos que partian las piedras.

—¿Y qué significaba semejante sainete?

—El carcelero me dirigió la misma pregunta que tú, y yo le respondí que lloraba por mi padre.

—¡Demonio!.... Prosigue..... prosigue.....

—Se compadeció de mí, y me hizo entrar en la capilla diciendo: «si es tu padre, despídete de él, y que sea pronto, porque si se sabe que has pasado de esta reja, me despedirán á mí.»

—¿Qué hiciste despues?

—Me precipité en los brazos del señor Correa, mirándole de hito en hito, para darle á entender que le llevaba alguna cosa.

—¿Y qué le llevabas?

—Un puñal de resorte y de dos filos, que introduje disimuladamente en el bolsillo de su calzon, porque el carcelero nos observaba al través de la reja.

—¿Y luego?

—El señor Correa se sonrió diabólicamente, me estrechó en sus brazos y salí.

—¿Quieres que te diga lo que siento?

—¿Por qué no?

—Pues mira; creo que has obrado perversamente.

—¿En qué?

—Proporcionando ese puñal al señor Correa, cuando está en capilla.

—No podia hacer otra cosa por él, y yo soy agradecido. Puede acontecer que le sirva para salvarse.

—Mas bien para acelerar su muerte.

—¿Cómo así?

—Porque se lo clavará en el corazon, para que no le lleven al suplicio.

—Tanto mejor, pues de ese modo no quedará infamada la pobre Paloma.

—¡Ah! ¿Qué ha sido de ella?

—No lo sé.

—Sin embargo..... yo te dejé en su casa para que mirases por ella, cuando salí con Zapata y los de la ronda. ¿Quedó en la *bajada de los Angeles*?

—Quedó.

—¿Y tú?

—Me marché.

—¡Te marchaste!..... ¡Abandonada la infeliz!..... Mira, primo; creo que obraste mal.

—Es que..... no pude obrar de otro modo.

—¿Sucedió algo?

—Sucedió que estaba espuesto á que me prendiesen, porque Paloma empezó á gritar.

—Vamos..... ya lo entiendo..... por la desgracia de su padre.

—Primero por eso..... no; por eso no alborotaba..... no hacia mas que llorar y gemir.

—¿Pues por qué?

—Porque..... porque..... ¡Qué curioso eres, primo!

—Lo soy, porque esas cosas me interesan.

—Es verdad; nos interesan á los dos. Pues ello fué que yo estaba enfrente de aquella bruja infernal, llamada la señora Dorotea.....

—Ahora recuerdo que efectivamente se quedó contigo en casa del señor Correa, para ayudarte á consolar á Paloma.

—Y tambien supongo que estarás convencido de que ella tuvo la culpa de todo lo que está pasando.

—¡Toma! Tan claro es eso, como que nos hemos de morir. Te aseguro que mas de una vez estuve tentado de hacerle pagar su merecido, delante del mismo Zapata.

—¿De veras?..... ¿Con que te ocurrió ese pensamiento?

—Me ocurrió, como te lo digo.

—Pues á mí tambien, y aun hice mas.

—¿Sí?.... ¿Qué hiciste?

—Lo puse en ejecucion.

—¡Qué me cuentas, primo!

—Lo que oyes..... por eso gritaba Paloma.

—¡Mataste á la dueña!

—Oprimí su cuello con fuerza y cesó de respirar.

—¡Ahogada!

—Indudablemente: ahogada en seco.

—Despues..... huiste de la casa..... pero ¿te vieron salir?

—No: la costanilla estaba desierta.

—Mal negocio te has echado encima, primo.

—¡Bah! No tengo miedo.

—Anda con cuidado.

—¿Qué puede sucederme?

—Mucho. En primer lugar, Paloma estaba allí..... ¿eh?

—Todo lo presenció, pero estoy seguro de que no hablará.

—¿Estás seguro? Paloma no es como nosotros, ni como el señor Correa.

—No importa; sabe perfectamente que á la dueña debe su desgracia, y que yo no hice mas que vengar á su padre.

—Bien. ¿Y qué me dices de Zapata y de los hombres de la ronda, que salieron conmigo?

—Esplícate mas claro.

—¿No te dejaron en casa del señor Correa con las dos mugeres?

—Sí.

—Pues te pedirán cuenta del cadáver de una y de la desaparicion de la otra.

—Me encogeré de hombros.

—Lo cual no te librará de la argolla.

—Pediré que se presenten pruebas.

—No te harán caso.

—Allá lo veremos. Lo que me interesa sobre todo es no caer entre las garras de la señora justicia.

—Debes evitar esa desdicha á todo trance. Ocúltate ó sal de Madrid.

—Ya pienso hacerlo, pero antes necesito.....

—¿Qué necesitas?

—Ver en qué viene á parar lo del señor Correa y encontrar á Paloma.

—¡Calla!.... No parece sino que el diablo se empeña en darte gusto..... se me figura que lo del señor Correa se acabará muy pronto..... Mira..... mira.....

—¿Qué he de mirar?

—Hácia nuestro frente..... arrimémonos á la pared del soportal, para que no nos atisbe..... ¿Qué es lo que ves?....

—Veo..... un hombre que atraviesa la plazuela..... ¡Ah!.....

—Por fin le has conocido.....

—Sí..... sí..... es el mismo..... es Zapata, que se dirige á la cárcel.

—Y de seguro no va á cosa buena.

—Así lo imagino: irá á apresurar la ejecucion del reo.

—Es mas que probable.

—Pronto saldremos de dudas, porque la muchedumbre que se agolpa hácia la capilla nos traerá nuevas.

—Una cosa estraño.

—¿Cuál?

—No ves tropas, ni acompañamiento de corchetes, ni en fin, la respetable figura del verdugo.

—Acaso no tarden en llegar.

—Pues esperemos.

—Esperemos.

Hace tiempo que el lector ha reconocido á los interlocutores.

Reptil y su primo Sanguijuela esperaron en efecto como cosa de tres cuartos de hora el desenlace de la escena, cuyo principal episodio debia consistir en la suerte definitiva del Viejo.

Otra sin embargo se representaba al mismo tiempo en el interior de la cárcel de corte, y de la cual no tenian idea los dos pilletes. Mas no bien hubo terminado, cuando la gente de la plazuela comenzó, primero á arremolinarse y luego á correr en todas direcciones, á guarecerse en los soportales de *Santa Cruz* y de la *Plaza Mayor* y á lanzar tan desaforados gritos, que no parecia sino que los ingleses penetraban ya por las puertas de la capital del reino.

Poco despues aparecieron por todos los alrededores piquetes de infantería y de caballería, alguaciles y otros hombres sospechosos, cuyos movimientos revelaban que pertenecian á la ronda secreta de aquel tiempo, en que tambien existia, como en épocas posteriores, aunque con distintos fines. La presencia de estos hombres y la de los ministros de justicia impresionó vivamente á Sanguijuela y á su primo, quienes por lo que pudiese acontecer, se refugiaron á la carrera en la iglesia del convento de *Santo Tomás*, inmediata al teatro del tumulto.

Vamos á referir lo que habia sucedido.

El conde de Aranda, á quien habia interesado con encarecimiento en favor de Paloma la ilustre dama, que acababa de acogerla bajo su proteccion, preparó las cosas de modo, que aquella desdichada pudiese arrojarse á los piés del rey en la galeria principal de palacio, para impetrar de su magnánimo y compasivo corazon la gracia de José Correa. Conseguida la suspension de la muerte del bandido, el presidente del Consejo hizo llamar á Zapata, y habiéndosele presentado éste, despues de terminada la régia funcion fúnebre le dijo:

—De órden del rey nuestro Señor, pasad ahora mismo á la cárcel, á fin de que se retire el religioso que está auxiliando al reo José Correa puesto en capilla, ordenando al carcelero que lo traslade nuevamente á su calabozo, hasta que el juez de la causa disponga lo conveniente.

Rodrigo Perez miró de hito en hito al conde, sin saber qué pensar; pero al fin se aventuró á preguntarle:

—Señor presidente, ¿ha perdonado S. M. á ese bribon?

—Si no le ha perdonado, respondió el de Aranda, creo que le perdonará. Por lo pronto manda que se suspenda su ejecucion.

—¿Y he de ser yo precisamente quien lleve la noticia á la cárcel?

—Primero á la cárcel y despues al alcalde de casa y corte, que ha entendido en la causa, diciendo á este último que hoy mismo recibirá la real órden, en la cual irá espresa la voluntad del rey.

—Pero yo..... Yo.....

—Así conviene.

Y el conde despidió á Zapata, recomendándole que no perdiese

tiempo, si queria seguir mereciendo su proteccion y el agrado del rey.

El ex-familiar bajó la cabeza, y aunque despechado y confuso por una novedad tan inesperada para él, como el perdon de un *Hermano del Guadarrama,* con las circunstancias agravantes, que además concurrian en el Viejo, se dirigió á la cárcel.

—Está visto, murmuró antes de entrar en la capilla, que esta cuestion se decidirá algun dia personalmente entre nosotros. Sí: ó mataré á Correa, ó Correa me matará.

Su prediccion iba á cumplirse.

Al entrar en la capilla observó que el Viejo, puesto de hinojos á los piés del fraile dominico que le preparaba á bien morir, escuchaba atentamente las exhortaciones que el último le dirigia con religioso celo. Zapata se detuvo en medio de la capilla, y entonces se volvió Correa hácia él, como para examinar quien habia entrado á interrumpir su confesion, y no bien hubo reconocido á Rodrigo Perez, cuando dijo al religioso, levantándose:

—Sí, padre mio, así debe ser y conozco que teneis razon; ha llegado el instante en que necesito perdonar á los que me han hecho daño en este mundo, y á todos los perdono con sinceridad, á escepcion de uno solo.

—Bien, hijo mio, bien, le respondió el fraile, dejando su asiento y acercándose á Zapata, para enterarse de lo que éste queria. Algo, y no algo, sino mucho has hecho ya, pobre pecador, para tu salvacion eterna. Poco hace que aborrecias á todos tus enemigos y ahora los perdonas; tu naturaleza rebelde se resiste aun á olvidar las ofensas de uno de tus prójimos, pero espero en Dios que las olvidarás antes de tu muerte. Descansa un rato y levanta el corazon y el pensamiento hácia el Juez misericordioso que te espera, á fin de que te ilumine, para que prosigamos luego nuestra plática.

Y saludando despues al ex-familiar, añadió:

—¿Me buscais? ¿Qué se os ofrece?

—Vengo de órden del rey nuestro Señor, contestó Zapata con ronco acento.

—¿De órden del rey nuestro Señor? repitió José Correa encarándose con el enviado. ¿Y qué pretende el rey? ¿No me ha sentenciado ya su justicia? ¿No van á llevarme al suplicio? Ahora no

tiene jurisdiccion sobre mí..... pertenezco al verdugo de la villa ¿lo entiendes? ¡Ah, señor Zapata! No parece sino que tienes empeño en tentar al diablo, cuando te atreves á ponerte delante de mi vista.

—Bien sabe Dios, repuso Rodrigo Perez con alguna turbacion, que este es el último sitio, al cual hubiera venido yo voluntariamente.

—¿Pues por qué has venido?

—Porque S. M. lo ha dispuesto.

—Sepamos lo que ordena S. M.

—La noticia debe ser muy satisfactoria para tí.

—Lo cual equivale á asegurar que te pesa en el alma.

—Has adivinado perfectamente, porque sabes que te conozco bien.

—¿Y qué es ello? Veamos.

—Que se suspende la ejecucion de tu sentencia.

—Zapata, no estamos para burlas.

—Esto no quiere decir que no serás ahorcado dentro de cuatro, ocho, ó á lo sumo quince dias; mas por ahora, tendrá á bien retirarse el padre agonizante que nos escucha, pues no urge su ministerio.

—¿Quieres tambien, desalmado, que muera sin confesion?

—Repito que no morirás hoy.

—¿Y qué harán de mí?

—Trasladarte al calabozo que has ocupado. Ya tiene la órden el carcelero y pronto vendrá.

—¡Otra vez al calabozo!.... ¡Para volver de nuevo á la capilla!.... Acabemos de una vez..... ¿Quién ha conseguido esa gracia para mí?

—Pregúntaselo al rey.

—¿Y si yo no la admito?

—Nada tengo que ver con eso.

—Tienes que ver y mucho.

—¿Por qué?

—Porque en mi mano está que esa gracia no tenga efecto.

—¿Y qué?

—Que te interesa la cuestion.

—¿A mí?

—A tí. Mírame bien .... ¿Nada presientes?

—¿Qué he de presentir?

—¿Ni te figuras que te amenaza un peligro..... de muerte, por ejemplo?

—¡De muerte! Todos tenemos que sufrirla, cuando Dios nos llama.

—¿Y crees que no te llama Dios?

—Creo que no, por ahora.

—Pues mira; te has equivocado de medio á medio; te llama y muy de veras. Muere, infame, para que quede vengado Paco Ranera.

Diciendo así el Viejo, sacó furiosamente del bolsillo derecho de su calzon el puñal de resorte, que como ya sabemos, habia introducido en él Sanguijuela, y lo clavó con fuerza desesperada en el pecho de Rodrigo Perez. El religioso lanzó un grito y se precipitó hácia el bandido pidiendo socorro, y al mismo tiempo recibió á Zapata espirante en sus brazos. No tardaron en acudir el carcelero, sus ayudantes y los soldados de la guardia, pero ya era tarde para evitar las consecuencias fatales del nuevo crímen de José Correa, porque el ex-familiar acababa de morir.

Inmediatamente que se hubo enterado el juez de la causa del horrible suceso ocurrido en la capilla de la cárcel, se presentó en ella para disponer la seguridad y encierro del criminal, que, satisfecho de su última proeza, habia arrojado el arma homicida y pedia á voces que le llevasen al suplicio. Despues instruyó el magistrado todas las diligencias del nuevo proceso con una actividad prodigiosa, tomó declaraciones, confrontó testigos y falló la pena de muerte en horca contra el Viejo, no obstante la suspension de la sentencia anterior, mandada por S. M., cuya gracia no podia aplicarse á su reciente delito. Terminado su trabajo, pasó al alcázar para obtener del rey la confirmacion de sus actuaciones y diligencias, cuando ya la noticia del asesinato de Zapata habia cundido por la capital, ocasionando la aglomeracion de tropas y de agentes de justicia en la plazuela de *Santa Cruz*, y las corridas y el alboroto, que tan en cuidado habian puesto á Reptil y á Sanguijuela, obligándoles á buscar refugio en la iglesia de *Santo Tomás*.




Muere, infame, para que quede vengado Paco Ramera.

Enterado el rey del atentado cometido por José Correa, anuló la suspension que antes habia ordenado, disponiendo que se ejecutase al reo, sin darle mas espera que la necesaria para reconciliarse con Dios. Aquella misma tarde, á pesar de la costumbre inmemorial establecida, segun la que todos los suplicios debian verificarse á las once de la mañana, fué ahorcado José Correa, llamado el Viejo, antiguo *Mendigo de Madrid* y último de los *Hermanos del Guadarrama*, en la plazuela de la *Cebada*, con gran contentamiento del pueblo, que aplaudió con entusiasmo así la magnanimidad del rey, como su severa justicia.

Sanguijuela y Reptil, confundidos entre la multitud, habian presenciado los últimos momentos del bandido, su maestro y protector. Retiráronse cabizbajos y pensativos de la plazuela, y metiéndose en el zaquizamí de la calle del *Calvario*, que les servia de albergue por la caridad de una pobre vieja, ignorante de sus perversas inclinaciones, comenzaron á pensar en su suerte.

—Por mi parte, dijo Reptil, creo que lo mejor que podemos hacer es pedir plazas de pitos en un regimiento. De ese modo tendremos seguro el rancho y nadie se meterá en averiguaciones sobre nuestras diabluras pasadas.

—Mal pensamiento, primo, replicó Sanguijuela.

—¿Por qué?

—Porque cuando menos lo imaginemos, nos puede ocurrir la idea de robar á nuestros camaradas los demás pitos, y ya sabes que en la milicia no se anda con dibujos. Me cogen á un pobrete en un pelillo y cátale llevando baquetas, ó con un grillete, ó con media docena de balas, que le agujerean el pellejo. Nada de tropa; nada de disciplina.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Mira, Reptil, es preciso que te convenzas de que nosotros necesitamos una ocupacion, que nos aleje de la gente honrada, porque de lo contrario estamos muy espuestos á pasarlo mal.

—No acabo de comprenderte.

—Cuando digo que debemos huir de los hombres de bien, quiero manifestar que solo nos convienen sus relaciones, mientras saquemos provecho de ellas. ¡Oh! Yo he aprendido mucho en poco tiempo.

—Se me figura, Sanguijuela, que no vas descaminado.

—Ya lo verás, ya lo verás, si quieres guiarte por mí.

—Pues entérame de tu plan.

—¡Mi plan! Se reduce á muy poco; á que nos aseguremos una vida libre y alegre.

—Eso tiene su mas y su menos.

—¿Cómo así?

—Me esplicaré. Vida libre es la que hasta ahora hemos llevado, pero con ella no hemos salido de miseria.

—¡Vaya una gracia! ¿Hemos hecho otra cosa que ejercitarnos en el oficio? Nuestras hazañas se han reducido á escamoteos de poca monta, y á rasguños, que familiarizan al hombre con el peligro. En una palabra, nuestro aprendizage promete cosas mayores.

—¡Ah! ¡Si hubiera cuajado el negocio de las onzas!....

—No lo recordemos, Reptil, á no ser para que nos sirva de enseñanza. Sus consecuencias, tan fatales para el señor Correa, me han inspirado la idea de la conducta que debemos seguir.

—Ya te he pedido que me des á conocer tu proyecto.

—Y ya te lo he indicado, sino que tú no lo has entendido. Ahora lo verás claramente. De ningun modo hemos de trabajar en asuntos complicados, que exijan intervencion de otras personas, porque estas pueden vendernos. No hay que fiarse de alma viviente, y para evitar dimes y diretes con la justicia, escondites, persecuciones y malos ratos, nos conviene huir de la corte y no volver á ella.

—¿Pero á dónde refugiarnos?

—Al Guadarrama; al monte en que Paco Ranera, nuestro tio el Zurdo, el Atravesao, el Viejo y tantos otros se han cubierto de provecho y de gloria.

—¡Ay, Sanguijuela! Esos valientes fueron cayendo en manos de la justicia y ella los ahorcó.

—Porque cometieron la torpeza de abandonar sus guaridas; porque se metieron á trabajar en la poblacion.

—En efecto; me convencen tus razones.

—No lo dudes: mientras permanecieron en el monte, se burlaron soberanamente de las tropas del rey; pero una vez dispersos

en las calles y escondrijos de Madrid, los corchetes, ayudados por el traidor Zapata, olieron su pista y los cazaron.

—Pues, señor, opino por el Guadarrama; pero me ocurre una dificultad.

—Ya la estás diciendo.

—Que vamos á perecer de hambre, ó mejor dicho, que el hambre nos arrojará al llano.

—De modo que tú no cuentas con que en el monte hemos de encontrar algun caminante, que venga de Valladolid, ó vaya de la corte para allá.

—Puede suceder eso; pero mucho aventuramos.

—Pues aventuremos, porque así estamos malísimamente. ¿Quién sabe si nos deparará la fortuna algun buen golpe, que nos haga ricos? Considera que dinero no puede faltarnos para nuestras necesidades, mientras crucen la sierra gentes honradas, y que habiendo dinero podemos comprar provisiones en el pueblo de las Rozas. Lo demás ya vendrá, y sobre todo, será lo que Dios quiera.

—Sanguijuela, estoy decidido ¿Cuándo. marchamos?

—Cuanto antes, mejor.

—Esta misma noche.

—No hay mas que hablar. Comamos algo y echémonos á dormir. Al anochecer bajaremos por la calle de *Segovia*, y antes que se cierre la puerta, atravesaremos el puente.

—Pues á comer y á dormir.

Quince dias despues de esta conversacion entre aquellos dos bribones, bastante consumados ya, á pesar de su juventud, en la carrera del crímen, empezó á correr la voz por Madrid de que se cometian frecuentes robos y aun muertes en la sierra que divide las dos Castillas. La opinion general era que no se habia extinguido completamente la temible asociacion de los *Hermanos del Guadarrama*, por mas que hubiesen perecido en la horca ó de otro modo sus mas famosos gefes, y el gobierno se vió en la necesidad de enviar tropas, que limpiasen el monte de bandidos. Pero las tropas nada encontraron, los robos y las muertes prosiguieron, y por último se abandonó la persecucion de los malhechores, con el objeto de que ellos mismos se entregasen, por esceso de confianza en la impunidad, que al parecer les cubria.

Algunos esbirros de la ronda secreta, disfrazados ya de maragatos, ya de religiosos, ya de mendigos, solian atravesar el monte, como de viaje; pero todos caian en poder de la destructora banda, que compuesta al principio únicamente de Sanguijuela y Reptil, fué aumentándose progresivamente, hasta que, andando el tiempo, llegó á contar el número de ochenta hombres determinados y sujetos á la mas severa disciplina. Puede asegurarse que el Guadarrama nunca, antes ni despues, abrigó entre sus riscos y arboledas partida tan numerosa, ni que tantos males causara en el pais.

La historia de sus hechos y horrores no es de este lugar: pertenece á otro libro, que el autor de la presente obra se propone dar á luz. Entre tanto debe consignar aquí, que el rey don Cárlos dictó las mas eficaces medidas para el esterminio de aquellos malvados, sin que pudiese conseguirlo, unas veces, porque lograban averiguar, por medio de espías, las asechanzas que se armaban contra ellos, otras, porque en Madrid tenian cómplices, y las mas, porque las dolencias del rey íbanse agravando de dia en dia y la actividad de la persecucion se debilitaba por los mismos, á quienes se habia encargado con mayor empeño. Toda la corte temia y esperaba un doloroso y próximo acontecimiento, que la salud destruida de don Cárlos hacia presentir, y como ya no le era dado mezclarse, segun su costumbre, en los pormenores de la administracion pública, como no podia, en una palabra, gobernar por sí mismo, habia comenzado á resentirse de flojedad el saludable rigor que habia impreso, durante su glorioso reinado, á la represion de los delitos. Los malvados alentaban con orgullo y los bandidos del Guadarrama, cada vez que hundian un puñal en el pecho de algun emisario de la justicia de Madrid, dejaban en el cadáver un papel escrito, en el cual solo se leia lo siguiente:

Los Hijos de los Hermanos.

# CAPÍTULO ÚLTIMO.

La muerte del rey.

El presidente del Consejo y la dama protectora de la hija de José Correa se concertaron para ocultar á la infeliz huérfana la desastrosa muerte de su desalmado padre. Así ignoró Paloma, durante mucho tiempo, aquel nuevo golpe de la suerte, que, á pesar de su propia inocencia y de sus virtudes, la infamaba á los ojos del mundo. Aseguraron á la desdichada que el rey habia indultado plenamente al Viejo, y que éste debia salir desterrado de la corte, por el bien parecer: ella entonces manifestó el deseo de acompañarle, para mitigar sus amarguras y cuidarle en su desamparo y ancianidad, pero se opusieron á ello, bajo la promesa de que su padre, al cabo de cierto tiempo, volveria á Madrid, y que entre tanto habia consentido en dejarla encomendada al afectuoso cariño de los que hasta allí la habian amparado.

Eran las nueve de la noche del 13 de diciembre de 1788. El

dia habia estado lluvioso y el frio viento del *Guadarrama* azotaba fuertes y espesos chaparrones sobre la capital de la monarquía. Esto no obstante, un inmenso gentío, compuesto de todas las clases de la poblacion, se agolpaba en la plaza del palacio real, obstruyéndola completamente, y ocupando asimismo todas sus inmediaciones. Los habitantes de Madrid habian abandonado sus casas y sus tertulias por acercarse al alcázar, á fin de conocer positivamente hasta qué punto era cierta la infausta noticia, que circulaba hacia ya algunas horas, acerca del peligro de la vida del rey. Revelábase con este motivo la ansiedad de los corazones en los semblantes, preguntábanse unas á otras las gentes y todo era en los grupos y entre los hombres y mugeres que llegaban y se volvian, desasosiego, duda, tristeza, esperanza y abatimiento. Nadie se acordaba á la sazon de que el agua caia á torrentes, de que los trages estaban empapados y los cuerpos yertos de frio; allí no habia mas que un pensamiento, un deseo, una voluntad: enterarse de la preciosa salud del rey, para saber si el pueblo tendria pronto que alegrarse ó llorar.

A eso de las diez salió un coche del patio principal del alcázar, y la apiñada multitud se abrió, como por arte de encantamiento, para dejarle el paso libre.

—Es uno de los médicos, dijeron algunos.

—No por cierto, replicaron otros: es el arzobispo de Toledo.

Todos se equivocaban: en aquel carruage iba el presidente del Consejo de Castilla, acompañado del conde de Floridablanca: su conversacion se relacionaba perfectamente con el desgraciado motivo, que obligaba al pueblo de Madrid á reunirse en la plaza de palacio.

—¿Creeis que saldrá de la noche? habia preguntado el de Aranda á su compañero.

—Ya habeis observado su tranquilidad, á pesar de los rápidos progresos de la fiebre, le contestó el ministro. Si así continúa, podemos esperar.....

—Nada espereis, amigo mio. Esa fiebre es maligna, pero no es ella la que mata al rey.

—¡Qué me decís! ¿hay otra causa?

—¡Oh! Sí, por desgracia; y mas grave, mucho mas grave.

—No atino.....

—Puede asegurarse que al morir el infante don Gabriel, murió tambien su padre el rey don Cárlos.

—Mucho le afectó realmente esa sensible pérdida; mas con todo, despues ha trabajado mucho en la administracion de los negocios públicos.

—Es verdad; necesitaba adormecer su pena, y además cumplir con el deber que se impuso al empuñar el cetro de España. Habia jurado ser el padre de sus pueblos. Pero la pena ha ido minando sordamente su corazon, hasta convertirse en pasion de ánimo. La fiebre inflamatoria ha sido una consecuencia inmediata de su melancolía, de la postracion de ese cuerpo, animado por un espíritu activo, inteligente, incansable y superior.

—De modo que, segun creeis.....

—Segun creo, el rey don Cárlos no vivirá muchas horas.

—En tal caso no obramos cuerdamente, retirándonos del alcázar.

—Es que lo hacemos por órden de S. M.

—Cierto que así me lo habeis dicho; pero.....

—¿Queriais que en el salon principal y delante de toda la corte os repitiese las palabras del rey? Aranda, me ha dicho; tú y Floridablanca habeis sido siempre para mí leales servidores y amigos afectuosos y verdaderos. Os confio mi sucesion á la corona; me queda poco tiempo de vida; id ahora mismo y preparadlo todo, para que empuñe el cetro mi hijo don Cárlos. Ya comprendeis que no debemos perder tiempo.

—No; pero nuestra tarea es fácil.

—Opino del mismo modo, porque el testamento de S. M. allana todas las dificultades.

—Así es, y todos los españoles, sin escepcion, están dispuestos á acatarlo. Pero.....

—Proseguid, señor presidente.

—Y á vos..... ¿nada se os ocurre?

—Se me ocurre que..... tal vez vuestro pensamiento sea el mio.

—¿Teneis inconveniente en declarármelo?

—Ninguno. Se me figura que pronto cambiarán los tiempos.

—Efectivamente; nuestras ideas coinciden: á tiempos felices y gloriosos sucederán tal vez para España otros de calamidad y de desventura. ¿No es así como discurriais?

—Así es, porque el carácter del nuevo monarca.....

—Estamos conformes.....

No hablaron mas aquellos personages: el coche tomó la direccion de la calle del *Arenal,* atravesó la *Puerta del Sol* y se detuvo delante de una de las primeras casas de la *Carrera de San Jerónmo.* En ella vivia el conde de Aranda.

Durante la noche se sucedieron por Madrid las mas contradictorias noticias, acerca del estado en que se hallaba el rey. Ocupaban el salon principal de palacio toda la grandeza, el alto clero, los dignatarios de la servidumbre y algunas personas distinguidas de la poblacion madrileña. En un gabinete inmediato á la cámara real se hallaban el infante don Cárlos, heredero del trono, el príncipe don Fernando su hijo, la infanta doña María Teresa, hermana del rey, y su sobrina doña Isabel, esposa del duque de Montemar, acompañados del arzobispo de Toledo y de otros personages.

A eso de las cuatro de la mañana del dia 14 se abrió con precaucion la puerta que daba entrada al salon principal y se presentó en él un ugier de servicio, preguntando por el presidente del Consejo.

El conde de Aranda, que habia vuelto ya á palacio con el ministro Floridablanca, hizo señas al ugier para que se le acercase, y le preguntó:

—¿Quién me busca?

El ugier por única respuesta le entregó una carta.

El conde leyó lo siguiente:

«Paloma ha desaparecido, y segun he llegado á entender nos la han robado. El dador os enterará de esta desventura, que me tiene sin tranquilidad.»

«*Vuestra amiga*, La marquesa de C.»

—¿En dónde está el hombre que ha traido esto? preguntó vivamente el de Aranda al ugier.

—En la galería, respondió éste inclinándose.

Salió del salon el presidente y se encontró con un anciano, vestido pobremente, pero sin que su trage revelase precisamente mise-

ria. Examinóle bien y creyó descubrir en su rostro verdaderos rasgos de característica honradez.

—¿Quién sois? le preguntó impaciente.

—Un humilde servidor vuestro, señor conde, contestó el viejo sin turbarse, aunque con voz cascada.

—¿Me habeis traido una carta?

—Sí, señor; he tenido esa honra.

—¿Quién os la ha encomendado?

—La señora marquesa de C., dama muy caritativa, por la que me arrojaria á un pozo, si me lo mandase.

—Veo que la conoceis bien.

—¿Que la conozco? Pues ya lo creo; no son pocos los favores que mi familia le debe. Es un ángel, señor, para todos los desgraciados, y lo que ha hecho en bien de esa pobre criatura llamada Paloma..... pero os estoy incomodando, señor conde, con asuntos que no os interesan, y así con vuestro permiso.....

—No, no os vayais; tengo que hablaros..... de esa muchacha..... de Paloma.

—¡Ah! Es diferente. ¡Si supierais cuán afligida está la señora marquesa por su desaparicion!

—No es estraño: era su protectora..... la servia de madre.

—¡Y qué madre! Paloma hubiera sido feliz á su lado.

—Pero la marquesa me dice que podeis enterarme de lo que ha ocurrido.

—Puedo deciros lo que ha pasado á mi vista, y lo que ha pasado me obliga á creer que la pobre muchacha ha sido robada.

—Hablad pues pronto, porque tengo los minutos contados.

—Ya, ya, señor conde; esa desgraciada enfermedad del rey nuestro Señor, que contrista á todos los buenos españoles..... pero voy á empezar y á concluir. Es el caso que hace tres ó cuatro dias andaban rondando por la noche la casa de la señora marquesa dos hombres de muy mala catadura; uno de ellos siguió ayer los pasos de la hija de José Correa, á quien Dios haya perdonado, porque la muchacha salió á misa con la doncella y un criado: por la tarde estaban los dos hombres reunidos junto á la reja de la *Escalinata*; yo pasaba casualmente por allí, y como ya tenia mis sospechas, apliqué el oido, acortando el paso, pues para mi edad no soy mal andarin, con el objeto de pescar algo de su conversacion. En efecto,

conseguí retener estas palabras, que uno de ellos dijo al otro:—«Quedamos convenidos y en la primera ocasion echaremos el guante á la hermosa Paloma.»—En seguida se separaron, y yo me apresuré á poner en noticia de la señora marquesa lo que acababa de oir; mas no me fué posible hablarla porque habia ido á paseo: contenteme pues con vigilar la casa, hasta las doce de la noche, hora en que volvió la señora marquesa, y como era intempestiva la coyuntura, y como por otra parte estaba seguro de la permanencia de Paloma en la morada de su protectora benéfica, me retiré á dormir. Esta mañana, ya muy tarde, fuí á ver á la señora marquesa, para comunicarle mis noticias y recelos, y encontré toda la casa alborotada. Paloma habia desaparecido sin saberse cómo ni cuándo, y la señora marquesa estaba inconsolable, á pesar de que habia mandado hacer pesquisas por todo Madrid, y no dejaba de confiar en sus resultados. Por último, al anochecer no fuí dueño de mi impaciencia y me empeñé en hablar á la señora.....

—Poco á poco ¿cuándo la hablasteis?

—Al anochecer.

—Bien; pero habeis dicho primero que hoy os habeis levantado tarde y son las cuatro y media de la mañana.

—Perdonad, señor conde; como todavia no ha amanecido, he hablado de hoy por hablar de ayer.

—Adelante.

—La señora marquesa se ha enterado de todo, y ha seguido practicando nuevas y eficaces diligencias durante la noche, aunque desgraciadamente sin fruto, hasta que por fin, convencida del mal éxito de ellas, ha resuelto enviarme á vuestra presencia con una carta, para que verbalmente sepais lo que ha ocurrido, por conducto de este vuestro pobre, aunque seguro y honrado servidor.

—Aunque las noticias que me dais son malas y llegan en la peor ocasion, no por eso dejo de agradecéroslas, por el interés paternal que os ha inspirado esa pobre niña.

—¡Oh! Eso sí, y harto siento su desventura, porque..... ¿en qué manos habrá caido la infeliz Paloma?

—Tal vez no lamentaria su rapto la señora marquesa, si la hubierais hablado á tiempo.

—¡Qué quereis, señor conde!..... No pude hacer mas..... Las gentes de mi clase no entran cuando quieren en las habitaciones

de una ilustre dama..... Preciso era que todo sucediese así para que se consumase el crímen.

Y el buen anciano, al espresarse de este modo, lloraba como una criatura.

El conde de Aranda se enterneció tambien y sacando un bolsillo lleno de oro, lo puso en las manos del viejo diciéndole:

—Cierto es lo que acabais de esponer; Dios lo ha querido: tomad.

—¡Cómo, señor conde! repuso aquel resistiéndose. ¿Imaginais que yo sirvo por interés á la señora marquesa? Lo hago por obligacion, por gratitud.

—No importa, replicó el presidente, negándose á tomar el bolsillo, que su interlocutor le devolvia: yo no os pago el servicio; quiero sencillamente que lleveis eso en memoria de que el conde de Aranda estima y aprecia á los hombres de sentimientos nobles y generosos.

—En tal caso, no debo ser desagradecido rehusando vuestras dádivas, murmuró el viejo, guardando el oro.

—Así me place: decid á la señora marquesa, que la policía se encargará de buscar á Paloma, tan pronto como los graves cuidados que me encadenan en palacio me permitan otras ocupaciones.

El anciano se despidió del conde con una profunda reverencia, abandonó el alcázar, y en vez de dirigirse hácia la calle del *Arenal*, tomó á la derecha, atravesó callejuelas, encontróse al fin en la calle de *Segovia*, por cuya puerta, que acababa de abrirse, salió de la villa, y pasando el puente, eligió la vereda mas corta que conducia al Guadarrama. Una vez allí, se desembarazó del trage que le disfrazaba, así como de la postiza barba y la peluca que le cubrian rostro y cabeza, y mostró al aire libre la pícara figura de Sanguijuela, ó mas bien, la de algun diablo que se le parecia.

El primo de Reptil, despues de haber robado á Paloma, supo que la marquesa de C. noticiaba al presidente del Consejo la desaparicion de su protegida, por medio de una carta. Apoderóse de ésta, porque el criado que debia ponerla en manos del conde, era espía de los bandidos de la sierra, y quiso entregarla él mismo, para cerciorarse de la persecucion que podia temer. Satisfecho por lo tocante á este asunto, no lo quedó menos de la generosidad del magnate, que acababa de valerle un bolsillo asaz repleto de monedas de oro, como premio otorgado á su honradez.

Cuando el conde de Aranda volvió al salon principal, vió retratada la consternacion en todos los semblantes.

—¿Qué noticias han llegado hasta aquí? preguntó el primer ministro.

—Tristes, muy tristes, le contestó Floridablanca. S. M. pierde terreno por instantes.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que apenas vivirá tres horas.

En esto avisaron al presidente, á los ministros y á todos los grandes de la corte, para que pasasen á la real cámara, en la que se hallaban ya reunidos los príncipes y princesas de la sangre.

Yacia el rey en su lecho, y el príncipe don Cárlos, puesto de hinojos y estrechando entre las suyas la ya descarnada mano del moribundo, ocultaba el rostro entre las ropas, y vertia abundantes lágrimas.

—No lloreis, hijo mio, le dijo su padre con apagado acento, por una cosa tan natural y sencilla, como es la muerte. Vos tambien habeis de morir, y por lo mismo importa que vivais bien. Al dejaros la corona, os lego una carga inmensa, porque os hago padre de mis pueblos, que hasta hoy han sido mis hijos. Atended á su dicha y prosperidad gobernándolos en ley y justicia; oid sus quejas, compadeceos de sus infortunios, remediadlos y mostraos siempre clemente, sin dejar de ser justiciero.

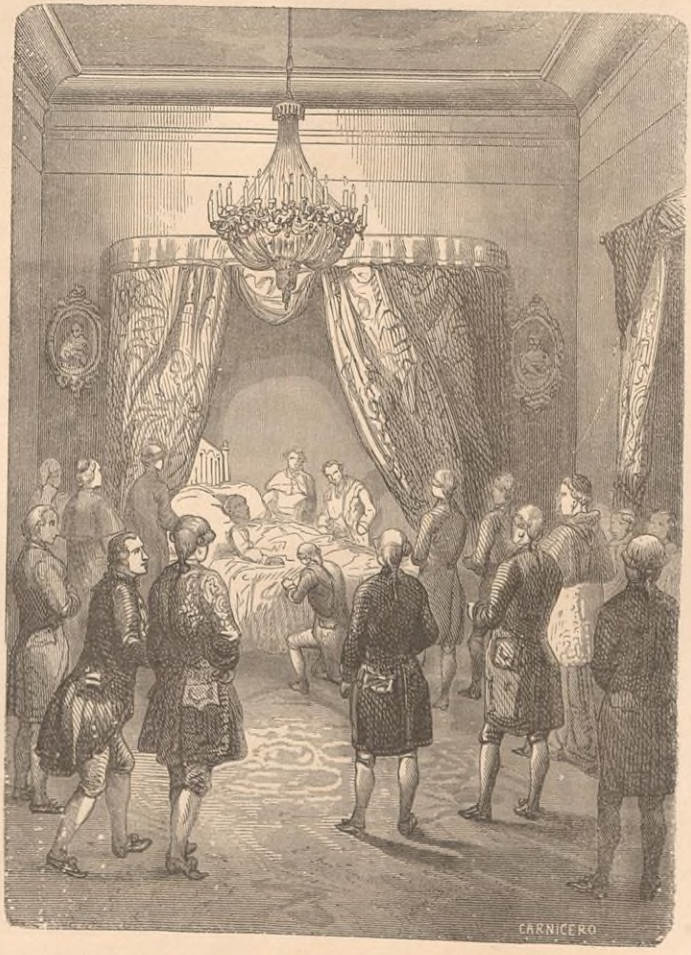
Poco despues de haber pronunciado estas palabras, acometió á don Cárlos una fuerte congoja, señal infalible de su próximo fin. Los médicos se miraron, y aquellas miradas dieron á entender á toda la corte que no podia tardar el desenlace de tan triste escena.

Un cordial reanimó algun tanto el espíritu del augusto enfermo, y entonces se despidió de toda la familia real; pero el esfuerzo duró cortos instantes, y presa ya de nueva congoja, unió sus dos manos, y elevándolas al cielo, esclamó:

—Dios, á quien entrego el alma, haga felices á mis pueblos.

Acto continuo entró en la agonía, que le duró hasta las siete de la mañana, hora en que espiró, á los setenta y dos años de edad y veintinueve de un gloriosísimo reinado.

Siguiéronle al sepulcro el dolor y las lágrimas de todos los españoles, porque todos le habian considerado siempre mas como padre, que como monarca.




Dios haga felices á mis pueblos.

# EPÍLOGO.

Muy pocas palabras exije la esplicacion de la suerte que cupo á los personages de esta historia, que sobrevivieron al rey.

El presidente del Consejo de Castilla y el conde de Floridablanca figuraron en el reinado de Cárlos IV.

Don Cosme, ó fray Cosme, fiscal mayor del Santo Tribunal de la Inquisicion, murió de vejez, porque habia sabido darse lo que se llamaba entonces, y no ahora, una buena vida.

El Inquisidor mayor consiguió un obispado, y andando el tiempo llegó á vestir la púrpura cardenalicia.

Doña Isabel, despues del fallecimiento de su madre la infanta doña María Teresa, pasó á la corte de Francia, en compañia de su noble esposo don Fernando de Montemar. Allí murieron ambos, dejando ilustres herederos de su grandeza y de sus virtudes.

La desgracia reservó á Paloma grandes pruebas, porque su suerte corrió constantemente enlazada con la de su raptor Sanguijuela y la de su primo Reptil.

Como estos dos bandidos se hicieron célebres durante los doce últimos años del pasado siglo, el autor de la presente novela ha formado el propósito de dar á luz la que puede considerarse como su segunda parte, con el título de La Hija del Ahorcado ó Los Bandidos del Guadarrama. En ella se descubrirán las vicisitudes y fin que tuvieron los dos discípulos del famoso José Correa y aquella bellísima doncella, digna de mejor fortuna, que la que debia prometerse de la compañia del ya consumado bribon, entre cuyas manos acabamos de dejarla.

FIN DE LA NOVELA.

# ÍNDICE

*de los capítulos que contiene esta obra.*


*Pág.*

Introduccion.—El doctor Pimentel. 5
Capítulo. I.—Preliminares de una intriga. 29
Cap. II.—Prosigue la intriga y da principio un encuentro. 42
Cap. III.—El encuentro de la calle de la Sarten produce á don Fernando un amigo; los magnates de la corte se quedan con la boca abierta. 55
Cap. IV.—Don Fernando de Montemar empieza á creer que tiene un buen aliado en el rey de Nápoles, aunque no comprende jota del asunto. 68
Cap. V.—De como el doctor Cornejo fué por lana y volvió trasquilado. 82
Cap. VI.—El premio de una buena obra y un secreto que mata. 96
Cap. VII.—En que se manifiesta que las declaraciones de una dueña oficiosa son muy perjudiciales. 108
Cap. VIII.—Efectos de la maldicion del rey don Felipe V. 124
Cap. IX.—En el cual se habla de la muerte de un gato y de los negocios en que se ocupaban los mendigos hace unos ciento doce años. 140
Cap. X.—En el cual se atan todos los cabos sueltos para el rapto de una doncella. 159

*Pág.*

Cap. XI.—Los bribones se entienden y los desgraciados se sacrifican. . . . . 176
Cap. XII.—El sacrificio y la revelacion. . . . . 191
Cap. XIII.—Satisfacciones para todos. . . . . 213
Cap. XIV.— El duque de Montemar. . . . . 230
Cap. XV.—Gonzalo echa el resto de su diplomacia y Mendo asusta á una dueña. . . . . 248
Cap. XVI.—Nuestra historia exije la aparicion de tres nuevos personages. . . . . 265
Cap. XVII.—El marqués de Vera ha aparecido en el capítulo anterior, para desaparecer en este, por meterse en camisa de once varas. . . . . 284
Cap. XVIII.—El rey don Cárlos cumple su palabra á don Fernando y Paco Ranera comete una necedad. . . . 303
Cap. XIX.—La confesion con cargos. . . . . 313
Cap. XX.—Un amigo antiguo y dos reales órdenes. . . 331
Cap. XXI.—Un juez que nada tenia de lerdo y los preliminares de un motin. . . . . 349
Cap. XXII.—En el que se habla de un motin, de un lazo, de un puñal y de un pañuelo. . . . . 364
Cap. XXIII.—Demuéstrase prácticamente que el doctor Pimentel habia obrado con gran tino, negándose á huir de la Inquisicion. . . . . 382
Cap. XXIV.—Espulsion de los Jesuitas. . . . . 398
Cap. XXV.—En el cual se encuentra sériamente comprometido el honor de la sobrina del rey. . . . . 413
Cap. XXVI.—Los dos rivales. . . . . 428
Cap. XXVII.—En el que se ve que la justicia de Dios nunca deja impunes los delitos. . . . . 443
Cap. XXVIII.—Vuelven á aparecer en escena ciertos personages que no habrá olvidado el lector. . . . . 460
Cap. XXIX.—Una entrevista en la cárcel. . . . . 474
Cap. XXX.—La hora del doctor, la del infante y la del bandido. . . . . 485

*Pág.*

Cap. XXXI.—La herencia del doctor. . . . . 493
Cap. XXXII.—Utilidad de no ceder en las disputas, é inconvenientes de encontrarse con antiguos conocidos. . 505
Cap. XXXIII.—El perro y el gato. . . . . 521
Cap. XXXIV.—Preparativos para una batalla contra duendes. . . . . 529
Cap. XXXV.—El manuscrito del doctor Pimentel. . . 543
Cap. XXXVI.—Los buenos recursos que para todo tenia á mano el fiscal de la Suprema Inquisicion. . . . 560
Cap. XXXVII.—Un antiguo mendigo hace otra de las suyas; los duendes pierden la batalla á los primeros disparos, y cae el gato en la ratonera. . . . . 576
Cap. XXXVIII.—El manuscrito del rey don Felipe V, el Animoso. . . . . 601
Cap. XXXIX.—Plan de campaña para cumplir una órden del rey. . . . . 625
Cap. XL.—Un bribon consumado antes de tiempo. . . 641
Cap. XLI.—El embajador del rey don Cárlos. . . . 656
Cap. XLII.—Un paréntesis de la novela para descanso del lector. . . . . 671
Cap. XLIII.—El interrogatorio, el pacto y los dos silbidos al aire libre. . . . . 684
Cap. XLIV.—Una descarga á tiempo, que no puede evitar un robo. . . . . 698
Cap. XLV.—En el cual se esplica que una dueña podia servir á Dios y al diablo. . . . . 713
Cap. XLVI.—El padre en la cárcel y la hija en palacio. 727
Cap. XLVII.—La venganza de José Correa. . . . . 741
Capítulo último.—La muerte del rey. . . . . 755
Epílogo. . . . . 763

# PAUTA

## para la colocacion de las láminas.


| | Pág. |
|---|---|
| Es de familia ilustre y no está bautizada; etc. | 28 |
| ¿Habeis venido por una muger? etc. | 54 |
| Don Fernando, respetad ese misterio, etc. | 80 |
| ¿Y viven?—La hija sí; etc. | 100 |
| Habia perdido el conocimiento y sus músculos, etc. | 122 |
| Paco Ranera no duerme cuando hay negocios, etc. | 148 |
| Mi servicio será entregaros la persona de la señora Marta. | 173 |
| Callad..... callad..... ¡Oh! Es ella....., etc. | 205 |
| ¡Ah, rey don Felipe!.... ¿Era así siempre tu justicia? | 226 |
| Por los clavos de nuestro Redentor..... ¿quién es él? | 263 |
| Manejaré el negocio, como si la brujería del médico, etc. | 282 |
| Despues de rezar un padre nuestro, etc. | 302 |
| Apuntando al bulto de su enemigo, etc. | 317 |
| Nunca se os ocurra culpar á nadie, etc. | 352 |
| Se encontró con la punta del puñal de Gonzalo, etc. | 377 |
| Sin tí la vida me es odiosa, etc. | 406 |
| Mil ducados por este servicio importante. | 414 |
| Entonces se oyó una detonacion y el escudero, etc. | 459 |
| ¿En dónde está el desgraciado herido? | 472 |
| Así lo ha querido el rey..... Hijo por hijo. | 492 |
| El pilluelo sacudió fuertemente el brazo, etc. | 685 |
| Ella me ampare bajo su manto, etc. | 706 |
| Alza del suelo, hija mia; etc. | 740 |
| Muere, infame, para que quede vengado Paco Ranera. | 750 |
| Dios haga felices á mis pueblos. | 762 |